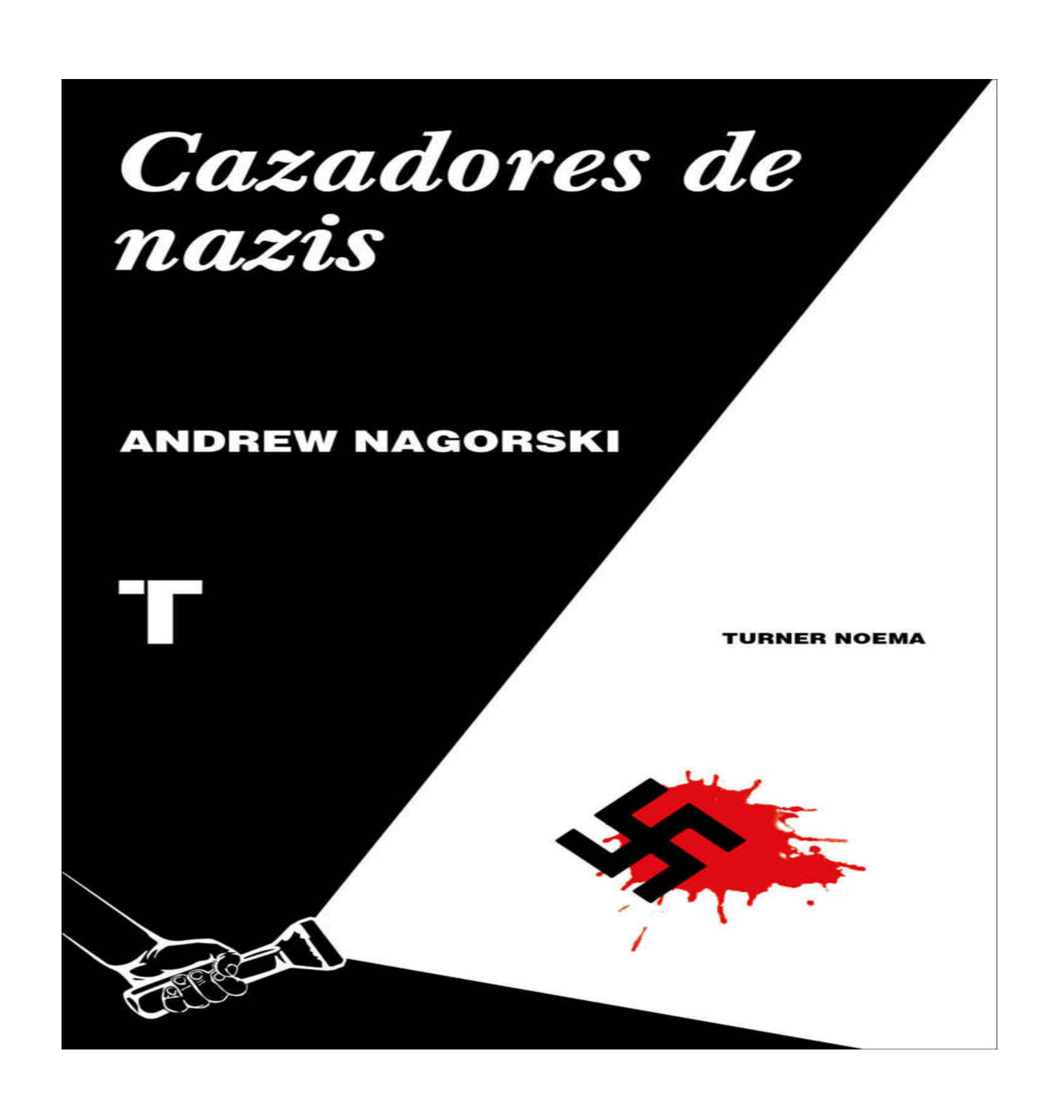
Cazadores de nazis

ANDREW NAGORSKI

T

TURNER NOEMA




Cazadores de nazis
ANDREW NAGORSKI
T
TURNER NOEMA

Cazadores de nazis

ANDREW NAGORSKI

COLECCIÓN NOEMA

T

Título:
Cazadores de nazis

Edición original en inglés: *The Nazi Hunters*
Simon & Schuster, 2016

De esta edición:

Diego de León, 30
28006 Madrid
www.turnerlibros.com
Primera edición: abril de 2017

De la traducción del inglés: Equipo TURNER

eISBN: 978-84-16714-85-8

Diseño de la colección:
Enric Satué
Ilustración de cubierta:
Diseño TURNER

Depósito Legal: M-9676-2017
Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

Para Alex, Adam, Sonia y Eva
y, como siempre,
para Krysia.

ÍNDICE

LISTA DE PERSONAJES

LOS CAZADORES

FRITZ BAUER (1903-1968): Juez y fiscal alemán. Miembro de una familia judía no practicante, Bauer pasó la mayor parte de la era nazi exiliado en Dinamarca y Suecia. Al volver a Alemania después de la guerra, su ayuda fue clave para que los israelíes lograran capturar a Adolf Eichmann. En la década de 1960, fue el máximo impulsor del juicio por los crímenes de Auschwitz, que tuvo lugar en Frankfurt.

WILLIAM DENSON (1913-1998): Fue el fiscal jefe del ejército de Estados Unidos en los procesos de posguerra de Dachau, donde se juzgaba a los responsables de los campos de Dachau, Mauthausen, Buchenwald y Flossenbürg. Llevó ante el tribunal a ciento setenta y siete personas y consiguió que todas ellas fueran declaradas culpables. Noventa y siete acabaron en la horca. Sin embargo, hubo bastante polémica sobre su forma de llevar algunos de estos casos.

RAFI EITAN (1926): Uno de los dos agentes del Mosad que dirigían el comando que secuestró a Adolf Eichmann en los alrededores de su casa de Buenos Aires el 11 de mayo de 1960.

BENJAMIN FERENCZ (1920): A los veintisiete años, Ferencz ejerció de fiscal jefe en lo que la Associated Press llamó “el mayor juicio por asesinato de la historia”: el juicio de Núremberg a los jefes de los *Einsatzgruppen*, los comandos especiales que se encargaban de las matanzas de judíos, gitanos y otros “enemigos” civiles en el frente oriental antes de que se empezaran a realizar en las cámaras de gas de los campos de concentración. Los veintidós acusados fueron condenados y a trece se

les impuso la pena capital. Varias de estas sentencias se redujeron más adelante y al final solo cuatro de ellos acabaron en la horca.

TUVIA FRIEDMAN (1922-2011): Judío, polaco y superviviente del Holocausto, Friedman formó parte de las fuerzas de seguridad del régimen comunista en la Polonia de posguerra, lo que le permitió ajustar cuentas con los soldados alemanes en cautividad y con cualquiera que hubiera colaborado con los invasores. Posteriormente, fundó el Centro de Documentación de Viena, reuniendo pruebas para ayudar a encarcelar a oficiales de la SS y a otros responsables de crímenes de guerra. En 1952, cerró el centro y se mudó a Israel, donde siguió la búsqueda de Eichmann y otros criminales de guerra.

ISSER HAREL (1912-2003): Jefe del comando del Mosad que consiguió llevar a cabo el secuestro de Eichmann en Buenos Aires en 1960 y su posterior traslado a Israel en un vuelo especial de El Al, las líneas aéreas israelíes, lo que hizo posible el juicio y posterior ejecución de Eichmann en Jerusalén.

ELIZABETH HOLTZMAN (1941): Cuando se convirtió en congresista, en 1973, esta demócrata de Brooklyn no dudó en ponerse manos a la obra e investigar las acusaciones de que muchos supuestos criminales de guerra estaban viviendo tan tranquilos en Estados Unidos. Como miembro del subcomité de inmigración del Congreso y más tarde como presidenta del mismo, peleó por la creación de una Oficina de Investigaciones Especiales (OSI, en sus siglas en inglés) dependiente del departamento de Justicia, lo que acabó consiguiendo en 1979. A lo largo de los siguientes años, la OSI se encargó de encontrar, y deportar a varios criminales de guerra nazis tras despojarlos de la nacionalidad.

BEATE KLARSFELD (1939): Temeraria incorregible, Beate era la cara más visible del dúo franco-alemán de cazadores de nazis que formaba con su marido. Su padre formó parte de la Wehrmacht y ella apenas fue consciente del legado del Tercer Reich hasta que se fue a vivir a París para trabajar como *au pair* y conoció a su futuro marido, Serge Klarsfeld. En 1968, se hizo famosa por abofetear al canciller de Alemania occidental, Kurt Georg Kiesinger, exmiembro del partido nazi. Junto a Serge, persiguió y enfrentó a los culpables de deportar judíos y de otros crímenes en la Francia ocupada.

SERGE KLARSFELD (1935): Nació en el seno de una familia de judíos rumanos que se mudaron pronto a Francia. Solo en el plano personal, ya

le sobraban los motivos para investigar, perseguir y publicar los nombres de los jefes nazis que habían sido responsables de las deportaciones y las muertes de los judíos franceses, pues su padre había muerto en Auschwitz. Meticulosamente, fue reuniendo todo tipo de pruebas incriminatorias contra estos exnazis y no dudó en hacerlas públicas. Al igual que su esposa, Beate, no tenía miedo alguno a enfrentarse directamente con ellos, a pesar de los riesgos.

ELI ROSENBLAUM (1955): Empezó en la oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia estadounidense como becario y de 1995 a 2010 fue su director. Es la persona que más tiempo ha permanecido en el cargo. En 1986, en su condición de consejero general del Congreso Judío Mundial, lideró la campaña contra el antiguo secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, por entonces candidato a la presidencia de Austria. Esta decisión derivó en un amargo enfrentamiento con el hombre que había sido para él un ídolo, Simon Wiesenthal.

ALLAN RYAN (1945): De 1980 a 1983, ejerció de director de la oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia, liderando esta nueva unidad en sus primeras batallas para identificar a los criminales de guerra nazis y quitarles la nacionalidad estadounidense.

JAN SEHN (1909-1965): Juez e investigador polaco, se crio en una familia de origen alemán. Fue el primero en elaborar un relato detallado de la historia y la operativa de Auschwitz. También se encargó del interrogatorio de Rudolf Höss, el director de dicho campo durante buena parte de la guerra, convenciéndole de que escribiera sus memorias antes de que lo ahorcaran, en 1947. También ayudó a su homólogo Fritz Bauer, declarando como testigo en el proceso de Auschwitz llevado a cabo en Frankfurt durante la década de 1960.

SIMON WIESENTHAL (1908-2005): Nacido en un pequeño pueblo de la Galicia polaca, sobrevivió a Mauthausen y a otras tragedias y se convirtió en el cazador de nazis más famoso, creando su propio Centro de Documentación en Viena. Aunque nadie pone en duda sus méritos a la hora de perseguir y atrapar a grandes criminales de guerra, a menudo se le ha acusado de exagerar sus logros y su papel en determinadas operaciones como, por ejemplo, la caza de Eichmann. También se enfrentó al Congreso Judío Mundial con motivo de la polémica en torno a Kurt Waldheim.

EFRAIM ZUROFF (1948): Fundador y director de la sede del Centro Simon Wiesenthal en Jerusalén, Zuroff nació en Brooklyn pero se trasladó a Israel en 1970. Se le considera el último cazador de nazis, siendo responsable de varias y muy polémicas campañas de publicidad para localizar y poner a disposición de la justicia a los guardias de los campos de concentración que aún siguen con vida.

LOS PERSEGUIDOS

KLAUS BARBIE (1913-1991): Conocido como "el carnicero de Lyon", ejerció de jefe de la Gestapo en dicha ciudad francesa y fue el responsable de miles de muertes, además de torturar personalmente a incontables víctimas. Entre estas destacan Jean Moulin, el héroe de la resistencia francesa, y los cuarenta y cuatro niños judíos que vivían protegidos en el pueblecito de Izieu y que fallecieron en Auschwitz. Los Klarsfeld siguieron el rastro de Barbie hasta Bolivia, librando una larga batalla para conseguir su extradición a Francia, donde por fin fue juzgado y condenado a cadena perpetua en 1987. Murió en prisión cuatro años más tarde.

MARTIN BORMANN (1900-1945): Secretario personal de Hitler y líder de la cancillería del partido nazi, desapareció del búnker de Hitler en Berlín después de que su jefe se suicidara el 30 de abril de 1945. Algunas fuentes apuntaban a que había muerto o se había suicidado a las pocas horas, mientras otros rumores igual de insistentes señalaban que había huido de la capital alemana. Hubo incluso quien aseguró haberlo visto, en persona o en fotografía, en Sudamérica y Dinamarca. En 1972, se encontraron sus supuestos restos mortales en el solar de una obra en Berlín. La prueba de ADN confirmó su identidad en 1998, llegándose a la conclusión de que había muerto el 2 de mayo de 1945.

HERMINE BRAUNSTEINER (1919-1999): Ejerció de guardia en los campos de concentración de Majdanek y Ravensbrück, donde se ganó el apodo de *Kobyla* –"yegua", en polaco– por su costumbre de patear sin piedad a las prisioneras. En 1964, Simon Wiesenthal descubrió que después de la guerra se había casado con un estadounidense y que residía en el barrio

neoyorquino de Queens. Le pasó entonces la pista a *The New York Times*, cuyo posterior artículo dio el pistoletazo a una larga batalla legal que, después de varios años, la despojó de la nacionalidad estadounidense. Una vez enviada de vuelta a Alemania occidental, fue condenada a cadena perpetua, aunque por motivos de salud pudo salir de prisión en 1996. Murió en una residencia de ancianos tres años más tarde.

HERBERT CUKURS (1900-1965): Aviador letón de cierta fama ya antes de la Segunda Guerra Mundial, durante la ocupación alemana recibió el apodo de "Verdugo de Riga". Se le considera responsable de la muerte de unos treinta mil judíos. Al terminar la guerra se asentó en São Paulo, Brasil, donde siguió volando en su propio aeroplano y dirigiendo un puerto deportivo. El Mosad lo engañó para que viajara a Montevideo, Uruguay, el 23 de febrero de 1965, donde sus agentes lo asesinaron. Este es el único caso, que conozcamos, en el que la agencia israelí decidió asesinar a un criminal de guerra prófugo.

JOHN DEMJANUK (1920-2012): Desde la década de 1970 hasta su muerte en 2012, fue el protagonista de una de las batallas legales más complejas de toda la posguerra, que tuvo como escenario Estados Unidos, Israel y Alemania. Este mecánico de Cleveland, ya jubilado, había trabajado en su momento como guardia de seguridad en un campo de exterminio, pero no era, como se pensó en un principio, "Iván el terrible", el guardia de Treblinka que se hiciera desgraciadamente famoso por sus atrocidades. En 2011, un tribunal alemán lo declaró culpable por sus años como guardia en Sobibor y murió menos de un año después. Su caso sirvió como ejemplo de los problemas de la justicia alemana para procesar a los cada vez menos presuntos criminales de guerra que aún quedaban vivos.

ADOLF EICHMANN (1906-1962): Uno de los artífices del Holocausto, organizó las deportaciones en masa de judíos a Auschwitz y a otros campos de concentración. El 11 de mayo de 1960 unos agentes del Mosad lo secuestraron en Buenos Aires. Juzgado y condenado a muerte en Jerusalén, falleció en la horca el 31 de mayo de 1962. Todo su caso generó multitud de titulares y polémica, incluyendo un apasionado debate acerca de "la banalidad del mal".

ARIBERT HEIM (1914-1992): Apodado "Doctor Muerte" por sus horripilantes prácticas criminales cuando trabajaba como médico en Mauthausen,

desapareció en cuanto acabó la guerra y se le ha estado buscando hasta hace pocos años, mediante campañas públicas. En medio se cruzó todo tipo de información confusa al respecto, como que se le había visto en Latinoamérica o que lo habían asesinado en California. En realidad, como *The New York Times* y la cadena alemana de televisión ZDF demostraron en 2009, Heim había encontrado refugio en El Cairo, se había convertido al islam y había adoptado el nombre de Tarek Hussein Farid. Murió allí en 1992.

RUDOLF HöSS (1900-1947): Fue quien más años pasó como comandante en jefe de Auschwitz. En 1946, los británicos lo capturaron y declaró como testigo en los juicios de Núremberg, tras los cuales lo enviaron a Polonia para que lo juzgaran. Jan Sehn, el juez de instrucción polaco, lo convenció para que escribiera su autobiografía antes de morir en la horca. Su escalofriante descripción de los medios consagrados a "mejorar" la maquinaria de muerte sigue constituyendo uno de los testimonios más estremecedores en la vasta literatura sobre el Holocausto.

ILSE KOCH (1906-1967): Viuda del primer comandante del campo de Buchenwald, durante el juicio al que la sometió el ejército estadounidense en Dachau se la llamó "la perra de Buchenwald" debido a los escabrosos testimonios de cómo jugaba sexualmente con los prisioneros antes de golpearlos y asesinarlos. Estos testimonios, junto a la sospecha de que fabricaba pantallas para lámparas con la piel de dichos prisioneros, hicieron de su juicio el más aireado de la posguerra. La condenaron a cadena perpetua, pero el general Lucius D. Clay le redujo la pena a solo dos años. No obstante, en 1951, un tribunal alemán volvió a condenarla de por vida y se suicidó en la cárcel en 1967.

KURT LISCHKA (1909-1989), HERBERT HAGEN (1913-1999) y ERNST HEINRICHSOHN (1920-1994): Estos tres oficiales de la SS fueron el objetivo de Serge y Beate Klarsfeld por su papel en la deportación de judíos de Francia durante la guerra. Los tres vivieron tranquilamente en Alemania occidental hasta los años 70, cuando los cazadores de nazis organizaron una campaña para enfrentarse a ellos, llegando a planificar el secuestro frustrado de Lischka. El 11 de febrero de 1980, un tribunal de Colonia los declaró cómplices de la deportación y la muerte de los cincuenta mil judíos que habían partido de Francia. Sus condenas oscilaron entre los seis y los doce años de prisión.

JOSEF MENGELE (1911-1979): Miembro de la SS, ejerció de médico en Auschwitz, donde se le conocía como "El ángel de la muerte" por la crueldad de sus experimentos médicos con los prisioneros, sobre todo los hermanos gemelos. También era el encargado de decidir quién debía ir directamente a las cámaras de gas. La búsqueda de Mengele, que había huido a Sudamérica, continuó incluso después de su muerte. Se ahogó mientras se bañaba en una playa brasileña en 1979, pero sus familiares lo guardaron en secreto hasta que se descubrieron sus restos en 1985.

ERICH PRIEBKE (1913-2013): Este capitán de la SS había organizado la ejecución de trescientos treinta y cinco hombres y niños, entre ellos setenta y cinco judíos, en las Fosas Ardeatinas, cerca de Roma, el 24 de marzo de 1944, como represalia por el asesinato de treinta y tres soldados alemanes. Después de la guerra, disfrutó de una vida cómoda en la ciudad balneario de San Carlos de Bariloche, en Argentina. Pero en 1994, un equipo de ABC News dio con él y el reportero Sam Donaldson le hizo unas preguntas en la calle. Consecuencia: Argentina lo extraditó a Italia en 1995, donde lo condenaron a cadena perpetua en 1998. Debido a su avanzada edad, se le mantuvo en arresto domiciliario hasta su muerte en 2013.

OTTO REMER (1912-1997): Fue uno de los hombres clave en el fracaso del intento de asesinato de Hitler del 20 de julio de 1944. El comandante Remer era el jefe del batallón de Guardias de la Gran Alemania en Berlín. En un principio, estaba dispuesto a seguir las órdenes de los conspiradores, pero cambió de idea cuando se enteró de que Hitler había sobrevivido y que estaban deteniendo a todos los involucrados en la operación. En 1951, se erigió como líder de un partido de extrema derecha de la Alemania occidental y calificó a los conspiradores de "traidores". Fritz Bauer lo acusó de difamación en 1952, en un intento de demostrar que en realidad aquellos hombres fueron verdaderos patriotas. Lo condenaron a tres meses y su partido quedó al margen de la ley, por lo que huyó a Egipto. Volvió a Alemania occidental en los años 80, al beneficiarse de una amnistía, y retomó su actividad al frente de la extrema derecha. Tras ser acusado nuevamente de incitación al odio y al racismo, se trasladó a España en 1994, donde murió tres años más tarde.

ARTHUR RUDOLPH (1906-1996): Formó parte del equipo de ingenieros aeronáuticos alemanes que se exiliaron a Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, y desarrolló el cohete Saturno V, que mandó a los primeros astronautas a la luna. Sin embargo, tras conocerse que había hecho trabajar hasta la muerte a miles de prisioneros en la fabricación de cohetes V-2 durante la guerra, Eli Rosenbaum, de la Oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia, lo presionó para que renunciara a la nacionalidad estadounidense y abandonara el país en 1984. Murió en Hamburgo.

KURT WALDHEIM (1918-2007): Cuando el antiguo secretario general de las Naciones Unidas decidió presentarse a las elecciones presidenciales austriacas de 1986 y se convirtió en el principal favorito, aparecieron nuevas pruebas de que había ocultado un capítulo significativo de sus tareas durante la guerra: su trabajo en los Balcanes a las órdenes del general Alexander Löhr, que fue juzgado y ahorcado en Yugoslavia como criminal de guerra más adelante. El Congreso Judío Mundial se embarcó en una intensa campaña contra Waldheim pero aun así este acabó siendo elegido para el puesto. Simon Wiesenthal culpó al CJM de la reacción antisemita que provocó todo el asunto Waldheim, poniendo en evidencia los desacuerdos entre los distintos cazadores de nazis.

INTRODUCCIÓN

Una de las películas alemanas más famosas de los primeros años de posguerra se tituló *Die Mörder sind unter uns*, es decir, “Los asesinos están ente nosotros”. Susanne Wallner, una superviviente de un campo de concentración interpretada por Hildegard Knef, regresa a su devastado apartamento de Berlín. Allí encuentra a Hans Mertens, quien ejerciera de médico en el ejército alemán y que aún vive en el piso, hundido en el alcoholismo y la desesperación. Un día, el médico se encuentra en la calle con su antiguo capitán, convertido ahora en empresario de éxito, sin que nadie sospeche que es la misma persona que ordenó en su momento la masacre de cien civiles en una aldea polaca durante la nochebuena de 1942. Atormentado por dichos recuerdos, Mertens decide asesinar al capitán en la primera nochebuena posterior al fin de la guerra.

En el último momento, Wallner convence a Mertens de que tomarse la justicia por su mano de esa manera sería un error. “Nosotros no podemos dictar sentencia”, le dice. El médico entra en razón. “Es cierto, Suzanne –le contesta al final de la película–. Pero debemos denunciarlo. Que sirva como desagravio para los millones de víctimas inocentes asesinadas”.

La película fue un éxito espectacular, congregando a muchísimos espectadores en las salas de cine. Sin embargo, había algo engañoso en su mensaje: en realidad, fueron los aliados y no los alemanes los encargados de hacer justicia en la inmediata posguerra… aunque pronto dejaron de lado esa labor para centrarse en la incipiente guerra fría. En cuanto a la mayoría de los alemanes, estaban más interesados en olvidar su pasado reciente que en andar expiando culpas.

Tampoco mostraron ánimo alguno de expiación los responsables del Holocausto que no fueron arrestados inmediatamente, o que lo fueron sin que sus captores aliados llegaran a descubrir su verdadera identidad. Lo primero en lo que pensaron fue en escapar. En el caso de Adolf Hitler, su huida tomó forma de suicidio, junto a su reciente esposa Eva Braun, en su búnker. Joseph Goebbels, el ministro de propaganda, y su mujer, Magda, hicieron lo propio después de envenenar a sus seis hijos. En la novela *Operación Valhalla*, que fue un auténtico éxito de ventas en 1976, el Joseph Goebbels de ficción explica por qué tomó esa decisión: "No tengo la más mínima intención de pasarme el resto de mi vida dando tumbos por el mundo como si fuera un perpetuo refugiado", afirma.

Sin embargo, la mayoría de sus colegas y gran parte de los nazis culpables de crímenes de guerra ni se plantearon seguir el ejemplo de Hitler. Muchos de los que ocupaban puestos inferiores ni siquiera sintieron la urgencia de la huida: pronto se confundieron entre los millones de alemanes que intentaban reconstruir sus vidas en una nueva Europa. Otros, que sentían el peligro más de cerca, se las arreglaron para huir del continente. Durante mucho tiempo, dio la sensación de que ambos grupos habían conseguido eludir las responsabilidades de sus crímenes, a menudo gracias al apoyo de familiares leales y de las redes de *Kamaraden*, simpatizantes del partido nazi.

Este libro se centra en el grupo relativamente pequeño de hombres y mujeres –tanto los que ocupaban cargos oficiales como los que decidieron operar por su cuenta– que trabajaron para cambiar esta situación e impedir que el mundo se olvidara de estos crímenes. Estos perseguidores demostraron una determinación y una valentía tremendas: siguieron luchando incluso cuando el resto del mundo, incluidos los gobiernos que representaban a los vencedores, ya había perdido todo el interés en el destino de los criminales de guerra nazis. De paso, su esfuerzo sirvió para profundizar en el debate sobre la naturaleza del mal y poner en evidencia aspectos muy inquietantes sobre el comportamiento humano.

Aunque todos estos luchadores que han intentado llevar a los asesinos ante la justicia han recibido el nombre genérico de "cazadores de nazis", lo cierto es que nunca formaron un único grupo con una estrategia común ni consiguieron llegar a un acuerdo por básico que fuera en torno a las tácticas que usarían. A menudo se enfrentaron los unos con los otros, se lanzaron recriminaciones, se mostraron celosos de los éxitos ajenos y se comportaron

como verdaderos rivales, aunque persiguieran más o menos las mismas metas. En algunos casos, estas desavenencias impidieron que la lucha fuera más eficaz.

Ahora bien, aunque todos los involucrados en la tarea de perseguir a los criminales nazis hubieran dejado de lado sus diferencias personales, los resultados no habrían sido significativamente distintos. Y, se mire por donde se mire, estos resultados no están ni remotamente cerca de lo que podríamos considerar "hacer justicia". "Cualquiera que intente poner en la misma balanza los crímenes que se cometieron y el castigo que han recibido sus responsables acabará frustrado", dijo David Marwell, historiador, colaborador de la oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia, del Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos y del Centro de Documentación de Berlín, y exdirector del Museo del Patrimonio Judío en Nueva York. En cuanto al compromiso inicial de los vencedores de perseguir a todos los responsables de crímenes de guerra, Marwell resume la situación en una sola frase: "Es demasiado difícil".

Demasiado difícil si se considera a gran escala, desde luego, pero los esfuerzos de aquellos que se negaron a rendirse, con la esperanza de poder capturar al menos a algunos criminales de guerra nazis y llevarlos ante la justicia, dieron forma a una epopeya que no cesó durante años y años de posguerra, y que no tiene antecedentes en la historia de la humanidad.

Antes, cuando una guerra terminaba, los vencedores asesinaban o esclavizaban a los vencidos, saqueaban sus tierras y exigían una inmediata reparación económica. Las ejecuciones sumarias, sin juicio ni procedimiento legal que tuviera como objeto determinar la inocencia o la culpabilidad del reo, eran lo habitual. Se trataba de vengarse, sin más complicaciones.

A muchos de los cazadores de nazis los movió en un principio un sentimiento de venganza, especialmente a quienes habían pasado por los campos o quienes habían ayudado a liberarlos, que vieron con sus propios ojos las pruebas estremecedoras del horror que los fugitivos habían dejado detrás: los muertos y los moribundos, los crematorios, las instalaciones "médicas" que hacían las veces de cámaras de tortura… En consecuencia, algunos nazis y algunos de sus colaboradores fueron ajusticiados nada más acabar la guerra.

Sin embargo, empezando por los primeros juicios de Núremberg y continuando con la caza de criminales de guerra en Europa, Latinoamérica,

Estados Unidos y Oriente medio, que incluso hoy sigue dando resultados esporádicos, los cazadores de nazis han centrado la mayoría de sus esfuerzos en conseguir que sus presas respondan ante la ley con todas las garantías, convencidos de que incluso el culpable más culpable tiene derecho a un juicio justo. No es ninguna casualidad que Simon Wiesenthal, el más famoso de los cazadores de nazis, titulara sus memorias *Justicia, no venganza*.

Incluso cuando vieron que la justicia se quedaba abrumadoramente corta, que los culpables a menudo se libraban de sufrir penas a la altura de sus crímenes o que, en muchos casos, ni siquiera recibían condena alguna, se propusieron otra meta: educar con el ejemplo. ¿Por qué perseguir en sus últimos días al anciano guardia de un campo de concentración? ¿Por qué no dejar que los responsables fueran desapareciendo poco a poco y en silencio? Muchos altos cargos estadounidenses no veían ningún problema en esa solución, sobre todo teniendo en cuenta que su atención estaba puesta en otro enemigo: la Unión Soviética. Ahora bien, esos individuos llamados cazadores de nazis no estaban dispuestos a rendirse, convencidos de que cada caso contaba y que de cada uno podían extraerse lecciones muy valiosas.

El objeto de estas lecciones era demostrar que los espantosos crímenes de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto ni pueden ni deben olvidarse, y que aquellos que los instigaron o cometieron –o los que se sientan tentados de hacer lo propio en el futuro– nunca deberían sentirse a salvo de la ley, al menos de entrada.

Yo tenía trece años cuando, en 1960, un comando del Mosad secuestró a Adolf Eichmann en Argentina y lo llevó en un avión a Israel para que lo juzgaran. No recuerdo exactamente hasta qué punto era consciente de lo que había sucedido ni si llegué a prestar atención a lo que decían los medios, pero desde luego algo caló en mi interior. Lo sé por un recuerdo muy vivo que aún guardo del siguiente verano, cuando a Eichmann todavía lo estaban juzgando en Jerusalén.

Habíamos ido a visitar a unos familiares a San Francisco y yo estaba sentado con mi padre en una confitería. De repente, empecé a examinar la expresión de la cara de un anciano que estaba sentado en el lado contrario de la barra. Me incliné hacia mi padre, señalé a aquel hombre y dije en voz baja: “Creo que ese tipo podría ser Hitler”. Mi padre sonrió y me quitó la

idea de la cabeza con mucha cortesía. Por supuesto, entonces no podía saber que, trabajando para este libro medio siglo después, tendría la oportunidad de entrevistar a Gabriel Bach, el único fiscal del juicio a Eichmann que sigue con vida, y a los dos agentes del Mosad que dirigieron el equipo que lo capturó.

El secuestro, el juicio y el ahorcamiento de Eichmann marcaron el principio de la conciencia, cada vez más extendida, de que los criminales nazis se habían ido de rositas, y reavivaron el interés general por sus crímenes. También dio pie a una cascada de libros y películas sobre cazadores de nazis, a menudo más cercanos a la fantasía que a la realidad. Yo fui un lector ávido de aquellos libros y vi todas aquellas películas, fascinado por los personajes –tanto los héroes como los villanos– y por lo vibrante del argumento.

Había algo que iba más allá de la caza en sí y que despertó el interés de todo el mundo: conocer la identidad de los objetos de esa caza, su forma de ser, incluso quiénes eran sus familiares y sus vecinos, se convirtió, especialmente para la generación de posguerra, en una cuestión igual de fascinante. Ni siquiera hoy es fácil contestar a la pregunta de por qué tantos millones de alemanes y austriacos, además de los distintos colaboradores que encontraron en la mayoría de los países que invadieron, decidieron alistarse voluntariamente en un movimiento volcado en el asesinato en masa.

En las décadas de 1980 y 1990, durante mis estancias como jefe de la corresponsalía de *Newsweek* en Bonn, Berlín, Varsovia y Moscú, aproveché para examinar en detalle las consecuencias y la herencia que nos habían dejado la guerra y el Holocausto. Cada vez que daba por hecho que ya no encontraría novedades, que nada más podría sorprenderme y que todo serían ya pequeñas variaciones de las mismas historias, acababa encontrándome con una nueva revelación que me dejaba estupefacto.

A finales de 1994, estaba preparando un reportaje para el número que *Newsweek* había planeado como celebración del 50 aniversario de la liberación de Auschwitz el 27 de enero de 1995. Tuve que entrevistar a numerosos supervivientes repartidos por varios países de Europa. Siempre me sentía incómodo cuando le pedía a cualquiera de ellos que reviviera los horrores de aquellos años, y siempre les advertía de que no había problema alguno en detener la entrevista si aquello les resultaba demasiado doloroso. Sin embargo, en la mayoría de los casos necesitaban vomitar sin freno todo

por lo que habían pasado; una vez empezaban su relato, este no se detenía en ningún momento, sin que yo tuviera que intervenir ni preguntar. Por muchas historias de ese tipo que escuchara, siempre acababa asombrado, y en ocasiones verdaderamente impresionado.

Después de entrevistar a un judío holandés superviviente, cuya historia era particularmente conmovedora, lo primero que hice fue pedirle perdón por hacerle rememorar todo aquello con tanto detalle, dando por hecho que era una odisea que él ya habría contado muchas veces a sus amigos y familiares. “Nunca se lo he contado a nadie”, contestó. Al ver mi gesto de incredulidad, añadió: “Nadie me había preguntado hasta ahora”. Había cargado con ese peso en soledad durante cincuenta años.

Tres años más tarde, mantuve otro encuentro que me sirvió para conocer a quienes cargan con un peso de otra clase. Entrevisté a Niklas Frank, el hijo de Hans Frank, que durante la ocupación ejerció de gobernador general de Polonia bajo Hitler, dejando a su paso un rastro de muerte. Niklas era periodista y escritor, y se describía a sí mismo como el típico liberal europeo, muy comprometido con los valores democráticos. Estaba especialmente interesado en Polonia, sobre todo en la lucha del sindicato independiente Solidaridad por los derechos humanos durante la década de 1980, que acabó con el derrumbamiento del régimen comunista.

Nacido en 1939, Niklas apenas tenía siete años cuando vio a su padre por última vez, en Núremberg, poco antes de que este muriera ahorcado como criminal de guerra. Había ido con su madre a visitarlo a la cárcel. Su padre actuaba como si no pasara nada: “Bueno, Nikki, pronto estaremos todos juntos de nuevo para festejar las navidades”, le dijo. El joven se marchó “furioso”, según recuerda aún hoy, porque él sabía que estaban a punto de colgar a su padre. “Mi padre le mintió a todo el mundo, incluso a su propio hijo”, afirmó. Cuando llegó a ser plenamente consciente de lo sucedido, Niklas reflexionó sobre lo que le hubiera gustado que su padre le hubiera dicho: “Mi querido Nikki, me van a ejecutar porque hice cosas terribles. No sigas mi ejemplo en la vida”.

Durante la entrevista, Niklas pronunció otra frase que siempre recordaré. Describió a su padre como “un monstruo” y aseguró: “Estoy en contra de la pena de muerte, pero creo que la ejecución de mi padre estaba totalmente justificada”.

Durante todos mis años como corresponsal en el extranjero, no había oído nunca a nadie hablar así sobre su padre… y aun así, el sufrimiento de

Niklas era aún más profundo: me contó que, como Frank es un nombre bastante común, la mayoría de la gente que lo conoce no sabe que es el hijo de uno de los mayores criminales de guerra a no ser que él mismo lo advierta. Sin embargo, en su interior, él tiene que vivir con esa verdad y no puede dejar de pensar en ello. “No hay un solo día en el que no piense en mi padre y en general en todo lo que hicieron los alemanes –afirmó–. El mundo nunca olvidará esto. Siempre que voy al extranjero y digo que soy alemán, la gente piensa en Auschwitz… y creo que con toda la razón del mundo”.

Le confesé a Niklas que yo tenía la suerte de no tener que enfrentarme a ese sentimiento de culpa heredado, ya que a mi padre le había tocado luchar en el lado perdedor cuando Alemania invadió Polonia en 1939. Aunque, racionalmente, sabía que la circunstancia de dónde y en qué entorno naciste no es motivo para sentirte moralmente superior o inferior y Niklas también lo sabía, podía entender perfectamente que su gran deseo en la vida fuera un padre del que no tuviera que avergonzarse.

La actitud de Niklas no era ni mucho menos la habitual entre los familiares de los criminales de guerra nazis, pero, en mi opinión, su honestidad cruda, brutal, ejemplificaba lo mejor que poseen los alemanes del presente: el deseo de muchos de ellos de enfrentarse, día tras día, al pasado de su país. Ese sentimiento tardó mucho en calar en la sociedad y habría tardado más de no ser por los cazadores de nazis y su lucha ardua, a menudo solitaria, no solo en Alemania y en Austria sino en cada rincón del mundo.

Esa lucha está a punto de terminar. Dentro de muy poco, la mayoría de los cazadores de nazis, así como sus presas, solo existirán en nuestro imaginario colectivo, donde el mito y la realidad probablemente se mezclen más de lo que ya lo están. Razón suficiente para que sus historias deban y puedan contarse ahora.

I
EL OFICIO DEL VERDUGO

"Mi marido fue militar toda su vida y se ganó morir como un soldado. Eso es lo que pidió y lo que yo intenté conseguir para él. Solo eso. Que muriera con un poco de honor".
(La viuda de un general ajusticiado en la horca en conversación con un juez estadounidense en Núremberg, sacado de *El juicio de Núremberg*, producción de Broadway de 2001 escrita por Abby Mann).

El 16 de octubre de 1946, diez de los doce líderes nazis a los que el Tribunal Militar Internacional había condenado a muerte por ahorcamiento fueron enviados a un patíbulo construido a toda prisa en el gimnasio de la prisión de Núremberg, donde los guardias de seguridad estadounidenses habían jugado un partido de baloncesto apenas tres días antes.

Martin Bormann, la mano derecha de Adolf Hitler, había escapado de su búnker de Berlín durante los últimos días de la guerra para desaparecer después de la faz de la tierra, siendo el único de los doce convictos condenado en ausencia.

Al ser el nazi de más alto rango en Núremberg, Hermann Göring –que había servido a Hitler en distintos puestos como, por ejemplo, presidente del Reichstag o comandante en jefe de las fuerzas aéreas, además de haber sido uno de los aspirantes a suceder al Führer– tenía que ser el primero ante la horca. El veredicto del tribunal detalló su papel indiscutible en el entramado nazi: "No hay nada que se pueda aducir como atenuante. Göring era a menudo, por no decir siempre, la fuerza que lo ponía todo en movimiento, solo por detrás de su líder. Era el principal agresor bélico, en su doble función de líder político y militar; fue el director del programa de

trabajos forzados y el creador del opresivo régimen contra los judíos y otras razas tanto en el interior de Alemania como en el extranjero. Todos estos crímenes han sido admitidos sin ambages por él mismo".

Sin embargo, Göring eludió al verdugo mordiendo una pastilla de cianuro poco antes de que comenzaran las ejecuciones. Dos semanas antes, cuando volvió a su celda después de la lectura del veredicto, "su cara estaba pálida y el gesto, helado; los ojos se le salían de las órbitas", según G. M. Gilbert, el psiquiatra de la prisión encargado de auxiliar a los condenados. "Las manos le temblaban pese a su empeño en mostrarse indiferente ante los demás –afirmó Gilbert–. Las lágrimas se le acumulaban en los ojos y respiraba con dificultad, luchando para no derrumbarse en público".

Lo que más indignó a Göring y a algunos de sus compañeros fue el método elegido para la ejecución. Harold Burson, un cabo de veinticuatro años proveniente de Memphis y encargado de informar a la radio de las Fuerzas Armadas con un resumen diario sobre el juicio, recuerda: "Lo único que Göring quería proteger por encima de todo era su honor como militar. Afirmó varias veces que no tendría ningún inconveniente en que lo sacaran a la calle y le dispararan ahí mismo, como a un soldado. El problema era que consideraba que lo peor que se le podía hacer a un militar era colgarlo".

Fritz Sauckel, que había ejercido de supervisor del aparato de trabajos forzados, compartía los mismos sentimientos. "Morir ahorcado… eso sí que no me lo merezco –protestó–. No tengo problemas con la pena de muerte, pero *¿eso?* No, no me merezco algo así".

El mariscal de campo Wilhelm Keitel y su asistente, el general Alfred Jodl, pidieron evitar la horca y sustituirla por un pelotón de fusilamiento, lo que les ofrecería, en palabras de Keitel, "la muerte que se le garantiza a todo soldado en cualquier ejército en caso de ser condenado a morir". El almirante Erich Raeder fue condenado a cadena perpetua, pero pidió "por piedad" al Consejo de Control Aliado "conmutar la condena por una de muerte por fusilamiento". Supuestamente, Emmy Göring había afirmado que su marido solo tenía planeado utilizar la cápsula de cianuro si "se rechazaba su petición de ser fusilado".

El suicidio de Göring dejó a diez hombres en manos del verdugo, el sargento mayor John C. Woods. Herman Obermayer, un joven soldado judío del ejército americano que ya había trabajado con Woods al final de la guerra, suministrándole materiales básicos como madera y cuerda para montar los cadalsos en los primeros ahorcamientos, recuerda que el fornido

verdugo de Kansas, de treinta y cinco años, “no seguía las normas, no se limpiaba los zapatos ni se afeitaba”.

No había nada de raro, pues, en el aspecto de Woods de aquel día. “Siempre vestía de manera descuidada –añadió Obermayer–. Sus pantalones siempre estaban sucios y sin planchar, llevaba la misma chaqueta durante semanas, a veces parecía que incluso dormía con ella puesta, sus galones de sargento mayor estaban sujetos a la manga por una endeble puntada de hilo amarillo a cada extremo y siempre llevaba la gorra arrugada y descolocada”.

Woods era el único verdugo americano en suelo europeo y, según sus propias palabras, había despachado a trescientas cuarenta y siete personas en sus quince años de carrera; entre sus primeras víctimas en Europa se contaban varios soldados estadounidenses condenados por asesinato y violación, y un buen número de alemanes acusados de distintos crímenes de guerra, como matar a pilotos aliados derribados e indefensos. Este “alcohólico y en su día vagabundo” con “los dientes torcidos y amarillos, un aliento asqueroso y el cuello siempre sucio”, como lo describía Obermayer, sabía que podía permitirse descuidar su aspecto porque sus superiores lo necesitaban.

Y en Núremberg, más que en ningún otro sitio. Allí, Woods se convirtió en “uno de los hombres más importantes del mundo”, como señaló Obermayer, aunque este papel no pareciera alterarlo en lo más mínimo.

En el gimnasio se dispusieron tres cadalsos de madera, los tres pintados de negro. La idea era ir alternando dos de ellos y dejar el tercero de reserva por si se estropeaba el mecanismo de los dos primeros. Cada cadalso tenía trece escalones y las cuerdas se suspendían de unas vigas sostenidas por dos postes. Para cada ahorcamiento se utilizaba una cuerda nueva. En palabras de Kingsbury Smith, uno de los periodistas que cubrieron el acto: “Cuando se soltaba la cuerda, la víctima desaparecía de la vista y caía al interior del cadalso. La parte interior estaba cubierta de madera por tres lados y una cortina de tela oscura protegía el cuarto ángulo, impidiendo que nadie viera los espasmos de muerte de aquellos hombres mientras se balanceaban con el cuello roto”.

A la 1:11 de la madrugada, Joachim von Ribbentrop, el ministro de exteriores de Hitler, fue el primero en llegar al gimnasio. El plan original era que los guardias escoltaran a los prisioneros desde sus celdas sin utilizar esposas ni grilletes, pero después del suicidio de Göring se decidió cambiar

el procedimiento. Ribbentrop apareció en el gimnasio esposado y solo se le retiraron las esposas para ponerle en su lugar una correa de cuero.

Después de subirse al cadalso, “el antiguo mago de la diplomacia nazi”, como lo definió Smith con sorna, proclamó a los testigos ahí presentes: “Dios proteja a Alemania”. Como se le permitía hacer una corta declaración adicional, el hombre que había jugado un rol decisivo en los ataques que Alemania había lanzado contra un país tras otro, concluyó: “Mi última voluntad es que Alemania vuelva a ser una sola nación y que se pueda llegar a un acuerdo entre el este y el oeste. Deseo que el mundo consiga vivir en paz”.

En ese momento, Woods colocó la capucha negra sobre la cabeza de Ribbentrop, ajustó la cuerda y tiró de la palanca que abría la trampilla, dándole muerte.

Dos minutos más tarde, el mariscal de campo Keitel entró en el gimnasio. Smith señaló acertadamente que era “el primer líder militar en ser ejecutado bajo el nuevo concepto de ley internacional. A partir de ahora, los soldados profesionales no podrán evitar la condena por participar en guerras cruentas y permitir crímenes contra la humanidad bajo la excusa de que se limitaban a cumplir las órdenes de sus superiores”.

Keitel mantuvo su pose militar hasta el último momento. Mirando a los presentes desde lo alto del cadalso, antes de que le pusieran la soga alrededor del cuello habló alto y claro, sin mostrar señal alguna de nerviosismo: “Pido a Dios Todopoderoso que tenga piedad con el pueblo alemán –declaró–. Antes de mí, más de dos millones de soldados alemanes partieron hacia la muerte por defender a su patria. Es el momento de que me reúna con mis hijos: todo por Alemania”.

Con Ribbentrop y Keitel colgando aún de sus cuerdas, se hizo una pausa en el proceso. El general estadounidense que representaba a la Comisión de Control Aliado dio permiso para fumar a las treinta personas que estaban en el gimnasio, lo que bastó para que prácticamente todo el mundo encendiera de inmediato un cigarrillo.

Un médico estadounidense y otro ruso, con sus respectivos estetoscopios, se metieron tras las cortinas para confirmar las muertes. Cuando salieron, Woods volvió a subir los escalones del primer cadalso, sacó un cuchillo que colgaba de su costado y cortó la cuerda. Una camilla transportó el cuerpo de Ribbentrop, con la cabeza aún cubierta por la capucha negra, a un rincón del gimnasio que también estaba tapado por una

cortina negra. El mismo procedimiento se seguiría con el resto de los cuerpos.

Una vez acabada la pausa, un coronel estadounidense dio la orden: “Apaguen los cigarrillos, por favor, caballeros”.

A la 1:36 le llegó el turno a Ernst Kaltenbrunner, el líder de la SS en Austria que había sucedido al asesinado Reinhard Heydrich como jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich (RSHA en sus siglas en alemán), el organismo que supervisaba los asesinatos en masa, los campos de concentración y demás formas de persecución. Entre el personal que tenía a su cargo estaban Adolf Eichmann, director del departamento de Asuntos Judíos del RSHA y responsable de poner en práctica la Solución Final, y Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz.

A diferencia de Kaltenbrunner, a quien después de la guerra las tropas estadounidenses habían seguido el rastro hasta su escondite en los Alpes, el paradero de Eichmann era aún desconocido. Höss, capturado por los británicos en el norte de Alemania, en el juicio de Núremberg participó solo como testigo, pero también acabaría con la soga al cuello poco después.

Aún desde el cadalso, Kaltenbrunner insistió, como lo había hecho en su conversación con Gilbert, el psiquiatra estadounidense, en que por raro que pareciera él no sabía nada de los crímenes de los que se le acusaba. “Siempre he amado al pueblo alemán y a mi patria desde lo más profundo de mi corazón. He cumplido mi deber haciendo cumplir las leyes de mi pueblo y lamento que mi pueblo se dejara guiar por hombres que no eran soldados, y que se cometieran tantos crímenes de los cuales yo nunca tuve conocimiento”.

Cuando Woods sacó la capucha negra para taparle la cabeza, Kaltenbrunner añadió: “Buena suerte, Alemania”.

A Alfred Rosenberg, uno de los miembros más veteranos del partido nazi y, en la práctica, el sumo sacerdote de su credo criminal, racista y “cultural”, se le despachó a toda velocidad, más rápido que a ningún otro. Cuando se le preguntó si quería decir unas últimas palabras, no contestó. Aunque se declaraba ateo, apareció acompañado por un capellán protestante que se quedó rezando a su lado mientras Woods tiraba de la palanca.

Después de otro receso breve, Hans Frank, el *gauletier* o gobernador general de la Polonia ocupada designado por Hitler, hizo su aparición. A diferencia de los anteriores, cuando se enteró de la condena reconoció ante

Gilbert que “me lo merecía y me lo esperaba”. Durante su tiempo en prisión se había convertido al catolicismo. Fue el único de los diez que llevaba una sonrisa en la cara, aunque delataba su nerviosismo tragando saliva continuamente. Según Smith, “transmitía una sensación de alivio ante la oportunidad de expiar sus malos actos”.

Las últimas palabras de Frank parecieron confirmar esta sensación: “Agradezco el amable trato recibido durante mi cautiverio y le ruego a Dios que me acepte en su misericordia”.

A continuación, llegó el turno de Wilhelm Frick, el ministro de Interior de Hitler, que se limitó a decir: “Larga vida a la eterna Alemania”.

A las 2:12, según el relato de Smith, Julius Streicher, el “hombrecito feo y con apariencia de enano” que dirigía *Der Stürmer*, el infame periódico del partido nazi, subió al cadalso. La cara le temblaba visiblemente. Cuando le pidieron que se identificara se limitó a gritar: “¡Heil Hitler!”.

Aquí Smith se permite una referencia, muy rara en él, a sus propias emociones: “Aquel grito me produjo escalofríos por la espalda”.

A Streicher lo tuvieron que subir a empujones hasta lo más alto del cadalso, donde quedó en manos de Woods. Una vez ahí, miró fijamente a los testigos y gritó: “Purim Fest, 1946”, en referencia a la fiesta judía que conmemora la ejecución de Amán, quien, según el Antiguo Testamento, planeaba matar a todos los judíos del imperio persa.

Cuando le preguntaron formalmente si quería pronunciar unas últimas palabras, Streicher gritó: “Algún día, los bolcheviques os colgarán a vosotros”.

Mientras Woods le colocaba la capucha negra sobre la cabeza, se escuchó a Streicher murmurar: “Adele, mi esposa querida”.

No acabó ahí el drama: la trampilla se abrió con gran estruendo y Streicher cayó al vacío pataleando. Cuando la cuerda por fin parecía tensarse, empezó a balancearse violentamente hacia los lados y los gruñidos de Streicher resonaron por toda la sala. Woods bajó de la plataforma y desapareció detrás de la cortina negra que escondía al moribundo. Abruptamente, los gemidos cesaron y la cuerda dejó de moverse. Smith y los otros testigos se miraron, convencidos de que Woods había agarrado a Streicher y había tirado de él hacia abajo, estrangulándolo.

¿Se trataba de un fallo… o había sido intencionado? El teniente Stanley Tilles, encargado de coordinar las ejecuciones de Núremberg y las

anteriores de otros criminales de guerra, afirmaría más tarde que Woods, deliberadamente, había colocado la soga de tal manera que Streicher no se rompiera el cuello al caer, sino que muriera estrangulado. “Todos los que estábamos en la sala habíamos sido testigos del número de Streicher y se ve que Woods tomó buena nota. Woods odiaba a los alemanes […] y yo vi cómo se le iba encendiendo la cara de ira y apretaba las mandíbulas”, escribió, añadiendo que la intención de Woods estaba clara. “Lo vi esbozar una sonrisilla al tirar de la palanca”.

La procesión de impenitentes continuó… y también continuaron las supuestas incidencias técnicas. Sauckel, el hombre que había ejercido de supervisor del vasto programa de trabajos forzados, gritó desafiante: “Muero siendo inocente. La sentencia es errónea. Que Dios proteja a Alemania y haga a Alemania grande de nuevo. ¡Larga vida a Alemania! Que Dios proteja a mi familia”. También él gimió sonoramente después de caer por la trampilla.

Vestido con su uniforme de la Wehrmacht y con el cuello de la chaqueta vuelto en parte hacia arriba, Alfred Jodl solo pronunció estas últimas palabras: “Yo te saludo, Alemania mía”.

El último de los diez fue Arthur Seyss-Inquart, que había ayudado a implantar el dominio nazi sobre su Austria natal y después había hecho lo propio sobre la Holanda ocupada. Llegó al patíbulo cojeando, arrastrando un pie zambo y, al igual que Ribbentrop, se presentó como un hombre de paz: “Espero que esta ejecución sea el último acto de la tragedia que ha supuesto la Segunda Guerra Mundial y que la lección que saquemos de todo este horror es que la paz y la comprensión deben guiar la relación entre los pueblos”, afirmó antes de concluir: “Creo en Alemania”.

A las 2:45 cayó al encuentro de la muerte.

Woods calculó que el tiempo total transcurrido desde el primer hasta el décimo ahorcamiento había sido de ciento tres minutos. “Un trabajo rápido”, declararía más tarde.

Con los cuerpos de los dos últimos condenados todavía balanceándose en las cuerdas, los guardias sacaron un undécimo cuerpo en una camilla. Estaba cubierto por una sábana del ejército de Estados Unidos pero de ella sobresalían dos grandes pies desnudos y por el lado colgaba un brazo cubierto con un pijama de seda negra.

Un coronel del ejército ordenó que se retirara la sábana para que no hubiera duda de a quién pertenecía el cuerpo que iba a reunirse con los de sus compañeros. La cara de Hermann Göring "todavía estaba deformada por el dolor de sus últimos momentos de agonía, mezclado con un gesto desafiante –relató Smith–. Lo cubrieron rápidamente y este señor de la guerra nazi, que, como un personaje sacado de los Borgia, se había regocijado en la sangre y la belleza, atravesó una cortina de tela para entrar en las páginas más negras de la historia".

En una entrevista con *Stars and Stripes* tras las ejecuciones, Woods mantendría que la operación había salido a pedir de boca:

> Colgué a esos diez nazis en Núremberg y me siento orgulloso de ello; hice un buen trabajo. Todo fue de primera. No recuerdo [...] una ejecución mejor. Lo único que lamento es que ese Göring se me escapara; habría sabido estar a su altura. No, no estaba nervioso. Yo no tengo nervios. En un trabajo como el mío no te puedes permitir los nervios. Además, este encargo de Núremberg era exactamente lo que quería. Deseaba que me lo ofrecieran a mí con tantas fuerzas que decidí quedarme allí un tiempo más aunque podría haberme ido a casa antes.

Sin embargo, tras las ejecuciones no todo el mundo estaba de acuerdo con Woods. La narración de Smith demostraba que algo había fallado en la ejecución de Streicher y probablemente también en la de Sauckel. Un reportaje publicado en el periódico *The Star* de Londres aseguraba que la distancia de la caída era demasiado corta y que los condenados no estaban correctamente atados, lo que provocó que se golpearan la cabeza con la trampilla al caer y que "murieran asfixiados lentamente". En sus memorias, el general Telford Taylor, que ayudó a preparar la acusación del Tribunal Militar Internacional contra los jefes nazis y posteriormente se convertiría en el fiscal jefe en los siguientes doce juicios que se celebraron en Núremberg, admitió que las fotos de los cuerpos que yacían en el gimnasio parecían confirmar estas sospechas. Algunos tenían restos de sangre en la cara.

Se empezó entonces a especular con la posibilidad de que Woods hubiera hecho algunas cosas mal a propósito. Albert Pierrepoint, el verdugo oficial del ejército británico, con una larga experiencia a sus espaldas, no quiso criticar directamente a su homólogo estadounidense pero sí hizo referencia a "ciertos indicios de torpeza [...] empezando por la caída de metro y medio, que era la misma para todos, y siguiendo por la soga vaquera de

cuatro nudos, ya muy pasada de moda”. En su informe sobre el juicio de Núremberg, el historiador alemán Werner Maser asegura que Jodl tardó dieciocho minutos en morir y Keitel “nada menos que veinticuatro”.

Estas afirmaciones no cuadran con la narración de Smith. Sin duda, algunos de los relatos de las ejecuciones publicados con posterioridad han exagerado deliberadamente y con afán sensacionalista los fallos. Sea como fuere, hay que reconocer que no se trató de una ejecución tan limpia como Woods defendía. Intentó esquivar las críticas diciendo que a veces las víctimas se mordían la lengua durante los ahorcamientos, lo que explicaría la sangre en las caras.

El debate en torno a la actuación de Woods puso aún más de relieve la cuestión que varios de los condenados habían planteado desde el principio: ¿por qué se eligió la horca en vez de un pelotón de fusilamiento? Woods estaba verdaderamente convencido de las virtudes de su oficio. Obermayer, el joven soldado que había conocido a Woods durante sus primeras ejecuciones, recordó una vez que un soldado le preguntó al verdugo “en plena borrachera” si a él le gustaría morir colgado o de alguna otra manera. “Bueno, la verdad es que es una manera fantástica de morir; de hecho, es muy probable que yo mismo acabe mis días así”.

“Venga, por el amor de Dios, seamos serios, con estas cosas no se bromea”, interrumpió otro soldado.

Woods no pretendía hacer ningún chiste. “Lo digo completamente en serio –afirmó–. Es limpio e indoloro y tiene una larga tradición detrás”. Añadió: “Es habitual que los verdugos se ahorquen a sí mismos cuando envejecen”.

Obermayer no estaba del todo convencido acerca de las presuntas ventajas del ahorcamiento con respecto a otras formas de ejecución. “Morir ahorcado tiene algo especialmente humillante –dijo, recordando aquellos tiempos con Woods–. ¿Por qué digo que es humillante? Porque cuando mueres, pierdes el control de tus esfínteres. Te pones hecho una mierda”. Desde su punto de vista, no era de extrañar que los jefes nazis de Núremberg suplicaran tan desesperadamente que los pusieran frente a un pelotón de fusilamiento.

Ahora bien, Obermayer sí estaba convencido de que Woods era sincero al afirmar que llevaba a cabo su trabajo con la mayor eficacia y decencia. Pierrepoint, su homólogo británico, cuyo padre y tío habían ejercido el mismo oficio, afirmó algo parecido al final de su carrera: “Me he

encargado, en nombre del estado, de ejecutar lo que, para mí, es el modo más humano y digno de dar muerte a un criminal", escribió. Entre las víctimas de Pierrepoint durante su estancia en Alemania destacaron "las bestias de Belsen", entre ellas Josef Kramer, el excomandante de Bergen-Belsen, e Irma Grese, la guardia que se hizo desgraciadamente famosa por su sadismo y que solo tenía veintiún años cuando la enviaron al patíbulo.

A diferencia de Woods, Pierrepoint disfrutó de una larga vida al final de la cual se posicionó en contra de la pena de muerte. "La pena capital, en mi opinión, no es más que un acto de venganza", afirmó.

Obermayer, que había regresado a Estados Unidos antes de las ejecuciones de Núremberg, siempre mantuvo la convicción de que Woods hacía frente a todos sus encargos, incluyendo el más famoso de ellos, con profesionalidad y distancia. Para él, "solo era un trabajo más –escribió–. Estoy seguro de que su actitud era más parecida a la del carnicero que hace su labor en un matadero cualquiera de Kansas City que a la del francés orgulloso y fanático que guillotinó a María Antonieta en la plaza de la Concordia".

Con todo, recién terminada la guerra y aún grabados en la memoria los horrores del Holocausto, no es de extrañar que las nociones de venganza y justicia se mezclaran en demasiadas ocasiones, fueran cuales fueran las intenciones de los verdugos.

En cuanto a Woods, erró en su predicción y no murió colgado de ninguna cuerda. En 1950, se electrocutó por accidente mientras reparaba un tendido eléctrico en las islas Marshall.

II
‘OJO POR OJO’

> “Si este tema de los judíos recibe algún día su venganza en la tierra, ya nos puede pillar a los alemanes confesados”.
>
> (Comandante Wilhelm Trapp, jefe del batallón 101 de la Policía de Reserva, uno de los escuadrones de la muerte más temidos de la Polonia ocupada).

*N*o fue solo “este tema de los judíos” lo que disparó las ansias de venganza a medida que los ejércitos aliados avanzaban imparables hacia Alemania, aunque sí es cierto que la implementación metódica y psicópata de la Solución Final contra la totalidad de una raza no admitía comparación con ninguna de las demás crueldades nazis. Cada país que había sido arrasado por las tropas de Hitler –aterrorizando y asesinando a sus ciudadanos y reduciendo a escombros buena parte de sus ciudades– tenía motivos de sobra para tomarse la justicia por su mano. En particular, el trato que los nazis dieron a los *Untermenschen*, los “subhumanos” eslavos del este, a los que esclavizaron para que trabajaran hasta morir de hambre o agotamiento, desató la furia del Ejército Rojo soviético.

Las políticas nazis de asesinato en masa en los territorios recién conquistados y el trato brutal que recibían los prisioneros de guerra hicieron que los soldados soviéticos se dieran cuenta enseguida de que ser capturados implicaba una muerte casi segura, lo que le vino de perlas a la propaganda de Stalin para azuzar el odio hacia los invasores.

En agosto de 1942, Ilya Ehrenburg, corresponsal de guerra para *Krasnaya Zvezda*, el periódico oficial del Ejército Rojo, redactó sus líneas más famosas: “Ahora lo sabemos. Los alemanes no son humanos. Para

nosotros, la palabra ‘alemán’ se ha convertido en la peor blasfemia. Mejor será no decir nada más. Mejor será no caer en la indignación. Matémoslos, sin más. Si no matas a un alemán, el alemán te matará a ti [...] Si ya has matado a un alemán, mata a otro. No hay visión más alegre que la de los cadáveres alemanes”.

Antes de que el término “cazadores de nazis” se hiciera popular, ya había cacerías contra los nazis, o, para ser más exactos, contra los alemanes. No había tiempo ni ganas para andar con distinciones entre los soldados y los civiles o entre los líderes militares y los políticos. Estaba muy claro: la victoria exigía la venganza. Por eso, conforme las tropas de Hitler empezaron a encontrar una resistencia mayor y su derrota fue poco a poco convirtiéndose en el escenario más probable e inmediato, los líderes aliados empezaron a discutir la cuestión de hasta dónde llevar los límites de la compensación, y de cuántos deberían pagar con su vida por los crímenes de su país.

Cuando los ministros de exteriores de las tres grandes potencias se reunieron en Moscú en octubre de 1943, acordaron por unanimidad juzgar a los criminales de guerra más relevantes mientras que los responsables de aquellas atrocidades circunscritas a determinados ámbitos geográficos se “enviarían de vuelta a los países donde tuvieron lugar esos abominables hechos”. Aunque esta Declaración de Moscú serviría de guía para los futuros juicios, el secretario de estado Cordell Hull quiso dejar bien claro que los procesos judiciales de los principales líderes políticos no serían más que una mera formalidad. “Si por mí fuera, agarraría a Hitler, a Mussolini, a Tojo y a sus cómplices más leales y los sometería a un juicio sumarísimo delante de un tribunal militar –declaró para deleite de sus anfitriones soviéticos–. ¡Así, al empezar el nuevo día sucedería un incidente de lo más histórico!”.

Seis semanas más tarde, en la conferencia de Teherán, Iósif Stalin acusó a Winston Churchill, que había preparado el borrador de la Declaración de Moscú puliendo al máximo las palabras, de ser demasiado débil con los alemanes. Como alternativa, propuso la clase de solución que con tanta liberalidad aplicaba él mismo en su propio país. “Al menos cincuenta mil –y quizá cien mil– de los altos mandos alemanes deben ser aniquilados físicamente –afirmó–. Propongo un brindis por que se haga justicia con todos los criminales de guerra tal y como se merecen, es decir, ¡frente a un

pelotón de fusilamiento! Bebamos por nuestro compromiso unívoco de matarlos en cuanto los capturemos. ¡A todos ellos!".

De inmediato, Churchill expresó su indignación: "No cuenten conmigo para ninguna clase de carnicería a sangre fría", afirmó. Estableció una distinción entre los criminales de guerra, que "deben pagar", y quienes simplemente habían peleado por su país. Añadió que antes preferiría ser él el fusilado "que ensuciar el honor de mi país mediante tal infamia". El presidente Franklin D. Roosevelt intentó relajar la tensión del momento con un chiste malo. Quizá, propuso, los dos líderes podrían llegar a un compromiso razonable sobre cuántos alemanes había que ejecutar: "¿Cuarenta y nueve mil quinientos les parecería bien?".

Sin embargo, para cuando se celebró la cumbre de Yalta en febrero de 1945, las posiciones de Churchill y Stalin respecto a qué hacer con los criminales de guerra nazis habían sufrido un cambio sorprendente. Guy Lidell, jefe de contraespionaje en el MI5, llevó durante toda la guerra unos diarios que solo se desclasificaron en 2012. Según su relato, Churchill apoyó un plan que le habían presentado algunos de sus oficiales por el cual "algunos tenían que ser eliminados" mientras que a otros bastaría con encarcelarlos sin necesidad de hacerlos pasar por los juicios de Núremberg. Esos "algunos" cuya eliminación física resultaba imprescindible eran los principales líderes nazis. Como resumen de la lógica que subyacía a esta recomendación, Liddell escribió: "Esta propuesta sería mucho más firme sin llegar a chocar con la legalidad".

Como dejan claro los diarios de Liddell, esta solución volvió a realinear de manera inesperada a las tres grandes potencias. "Winston propuso el plan en Yalta pero Roosevelt creía que los americanos necesitaban los juicios –escribió pocos meses después de la cumbre–. Joe [Stalin] apoyaba a Roosevelt por la simple razón de que a los rusos les gustan los juicios públicos como estrategía propagandística. Me parece que nos están empujando a un ejercicio de justicia impostada, similar al que la URSS lleva aplicando durante los últimos veinte años".

En otras palabras, Stalin vio en el empeño de Roosevelt por mantener los procesamientos otra oportunidad para repetir los juicios farsa de los años 30, que era exactamente lo que Churchill quería evitar, aunque fuera a costa de autorizar las ejecuciones sumarias de los líderes nazis sin proceso judicial previo. Los estadounidenses acabarían imponiendo sus tesis y

organizando todo lo relativo a Núremberg, aunque la sombra de la duda ya sobrevolaba el proceso desde el principio.

***

Durante la fase final de la guerra, buena parte del Ejército Rojo dio rienda suelta a su ira. Llevaban casi cuatro años luchando en su propio territorio, sufriendo un número descomunal de bajas y contemplando la devastación que causaban los invasores alemanes allá donde iban. Por si esto fuera poco, los nazis se negaban a rendirse a lo inevitable, incluso cuando el asalto a Berlín era cuestión de días. Las muertes de soldados alemanes alcanzaron una cifra récord superior a los cuatrocientos cincuenta mil solo en enero de 1945, el mes en que la Unión Soviética lanzó su mayor ofensiva. Son más bajas de las que sufrió Estados Unidos en toda la guerra, contando todos sus frentes.

No fue ninguna casualidad. Los líderes nazis habían aumentado la presión contra sus propios ciudadanos para asegurarse de que cumplían la orden de Hitler de resistir hasta el final. Creció el número de "Cortes Marciales Itinerantes del Führer" que viajaban a toda velocidad a las zonas en conflicto para ordenar las ejecuciones sumarias de soldados sospechosos de deserción o de minar la moral de sus compañeros, lo que en la práctica les daba libertad para disparar a quien se les antojara. De alguna manera, recordaba a la decisión de Stalin de ejecutar arbitrariamente a sus propios oficiales y soldados durante la ofensiva alemana contra su país; en teoría, con la misma intención disuasoria. Aun reducidas en número y sin apenas armas, las unidades alemanas siguieron causando una gran cantidad de bajas entre los atacantes.

Todo esto creó el caldo de cultivo ideal para una orgía de violencia, auspiciada por los principales jefes soviéticos. Las órdenes del mariscal Georgy Zhukov a sus tropas del frente de Bielorrusia, justo antes de la ofensiva de enero de 1945 sobre Polonia y posteriormente Alemania, iban en ese sentido: "Miserable sea la tierra de los asesinos. Por fin podremos cobrarnos nuestra venganza por todo lo que nos han hecho".

Incluso antes de llegar al corazón de Alemania, las tropas del Ejército Rojo ya se habían ganado una espantosa reputación como violadores despiadados, especialmente en Hungría, Rumanía y Silesia, donde apenas distinguían entre alemanas y polacas, atrapadas unas y otras en esa tierra

fronteriza que tantas veces ha supuesto una disputa entre ambos países. Cuando la ofensiva soviética empezó a ocupar territorio alemán, de cada ciudad y cada pueblo tomado por las tropas del Ejército Rojo empezaron a llegar las noticias de las horrendas violaciones en grupo. Vasili Grossman, el novelista y corresponsal de guerra ruso, escribió: “Lo que les están haciendo a las mujeres alemanas es terrible. Un alemán culto y educado me explica con gestos expresivos y algunas palabras sueltas en ruso que a su mujer la han violado diez hombres en un solo día”.

Por supuesto, la censura no permitió que los despachos oficiales de Grossman incluyeran ese tipo de relatos de los hechos. En algunos casos, los oficiales superiores sí que detuvieron los disturbios y poco a poco se impuso un cierto orden a medida que fueron pasando los meses desde la rendición alemana del 8 de mayo, pero siguió habiendo excepciones. Algunas estimaciones cifran en 1,9 millones el número de mujeres alemanas violadas, incluso repetidamente, por las fuerzas soviéticas en la fase final de la guerra y los meses posteriores.

Aún el 6 y el 7 de noviembre de 1945, coincidiendo con el aniversario de la revolución bolchevique, Hermann Matzkowski, un comunista alemán al que las nuevas autoridades soviéticas nombraron alcalde de un distrito de Königsberg, informó de que los invasores parecían haber oficializado estos actos de vandalismo. “Les daban unas palizas terribles a los hombres y violaban a la mayoría de las mujeres, incluida a mi madre, de setenta y un años, que murió en esas mismas navidades”, escribiría posteriormente. Las únicas alemanas bien alimentadas en todo el pueblo “son aquellas mujeres que se han quedado embarazadas de los soldados rusos”.

Los soldados soviéticos no eran los únicos que violaban a las alemanas. Según una mujer británica casada con un alemán en un pueblo de la Selva Negra, las tropas francesas procedentes de Marruecos “llegaban por la noche, rodeaban todas las casas del pueblo y violaban a cualquier mujer entre los doce y los ochenta años”. Las tropas estadounidenses también cometieron violaciones pero ni mucho menos a una escala comparable a las del Ejército Rojo en su territorio. A diferencia de lo que sucedía en el frente oriental, se trataba de violaciones esporádicas que, al menos en algunos de los casos, recibían un castigo por parte de las autoridades. John C. Woods, el verdugo del ejército estadounidense, ejecutó a numerosos asesinos y violadores americanos antes de alcanzar la fama en Núremberg.

Otro acto de venganza fue la expulsión en masa de familias de etnia alemana de las zonas del Reich que acabarían formando parte de Polonia, Checoslovaquia y la Unión Soviética (Königsberg cambiaría su nombre por el de Kaliningrado), siguiendo el nuevo mapa de la región que habían configurado los vencedores. Ya en su momento, millones de alemanes habían iniciado una huida caótica de esos territorios según veían avanzar al Ejército Rojo. Algunos se habían instalado siguiendo la estela de las tropas de Hitler tan solo seis años atrás, participando en las brutales medidas que se tomaron contra la población local, dispuesta ahora a ajustar cuentas.

Según el acuerdo de Potsdam firmado por Stalin, el nuevo presidente estadounidense Harry Truman y el nuevo primer ministro británico Clement Attlee el 1 de agosto de 1945, los traslados de población posteriores a la guerra debían llevarse a cabo "de manera humana y ordenada". Sin embargo, la situación distaba mucho de la indicada con tan tranquilizadora retórica. Además de morir de hambre y agotamiento en sus caminatas desesperadas hacia el oeste, los expulsados tenían que lidiar a menudo con los ataques de sus antiguos vasallos, incluyendo a campesinos armados y prisioneros de los campos de concentración que habían conseguido sobrevivir a las "marchas de la muerte" y a las ejecuciones de sus caciques nazis, que siguieron produciéndose hasta los últimos días de la guerra. Incluso los que no habían tenido que pasar por todo eso estaban hambrientos de venganza.

Un miembro de una milicia checa recordaba así el destino de una de sus víctimas: "En un pueblo, los habitantes arrastraron a un alemán hasta un cruce de caminos y le prendieron fuego […] No pude hacer nada, porque si hubiera dicho algo, habrían saltado inmediatamente sobre mí". Un soldado del Ejército Rojo acabó dándole el tiro de gracia a la víctima para acortar su sufrimiento. El total de alemanes expulsados de la Europa central y oriental a finales de los años 40 se estima habitualmente en los doce millones y el número de bajas mortales varía ostensiblemente. En la década de 1950, el gobierno de Alemania occidental afirmó que se trataba de más de un millón; estimaciones más recientes dejan la cifra en unos quinientos mil. Sea cual sea la cantidad exacta, nadie se preocupó demasiado por el destino de esos alemanes en manos de los vencedores del este. Aquello no era sino la puesta en marcha de la promesa del mariscal Zhúkov y la "terrible venganza" que esperaba al enemigo.

El 29 de abril de 1945, la 42ª División de Infantería del ejército de Estados Unidos, conocida como Rainbow Division [División Arcoíris] por estar compuesta originalmente por unidades de la guardia nacional de veintiséis estados distintos, además de la ciudad de Washington, entró en Dachau y liberó a los treinta y dos mil supervivientes –aproximadamente– del campo principal. Aunque no se trataba técnicamente de un campo de exterminio y su única cámara de gas nunca se había utilizado, este campo principal había servido para torturar, matar de hambre y explotar a los internos hasta la extenuación. Diseñado como el primer campo de concentración propiamente dicho de la era nazi, ahí iban a parar sobre todo los considerados prisioneros políticos, aunque la proporción de judíos fue creciendo conforme avanzaba la guerra.

Las tropas americanas fueron testigos de unas escenas tan horrendas como jamás podrían haber imaginado. En su informe oficial, el brigada general Henning Linden, vicecomandante de división, describió así su primera impresión de Dachau:

> Parado en unas vías que recorrían la parte norte del campo, encontré un tren de entre treinta y cincuenta vagones, algunos para pasajeros, otros de carga y otros, simples plataformas; todos ellos hasta arriba de cuerpos de prisioneros muertos, unos veinte o treinta por vagón. Algunos habían caído al suelo y yacían junto al tren. Por lo que pude ver, la mayoría mostraba signos de palizas, inanición, disparos o las tres cosas juntas.

En una carta enviada a sus padres, el teniente William J. Cowling, ayudante de Linden, era aún más explícito: “Los vagones estaban repletos de cadáveres. La mayoría desnudos y todos en los huesos. En serio, las piernas y los brazos apenas tendrían unos siete centímetros de diámetro y no quedaba rastro de los glúteos. En muchos de ellos encontramos agujeros de bala en la nuca. Nos entraron ganas de vomitar, todo aquello era tan repulsivo y tan indignante que no podíamos ni hablar, solo apretar los puños de rabia”.

Un oficial de la SS, acompañado por un representante de la Cruz Roja, se acercó a Linden con una bandera blanca en la mano. Apenas había empezado a explicarles que estaban dispuestos a rendirse y a entregar el campo, cuando los americanos oyeron unos disparos que venían del interior. Linden mandó a Cowling a investigar. Montado en el asiento del copiloto de un jeep, atravesó la puerta de entrada junto a un grupo de periodistas

estadounidenses y se encontró con un patio de cemento que parecía desierto.

> Entonces, de repente, empezó a aparecer gente (por llamarla de alguna manera) por todos lados –continuaba Cowling en su carta a casa–. Estaban sucios; eran poco más que esqueletos famélicos con las ropas raídas, que chillaban y gritaban y lloraban sin parar. Corrieron hacia nosotros y nos abrazaron. Ahí estábamos los chicos de la prensa y yo, impresionados por cómo nos besaban las manos, los pies… todos intentaban tocarnos. Nos cogieron en volandas y nos lanzaron al aire gritando a todo pulmón.

Cuando Linden y los demás soldados americanos llegaron al lugar, se vivió otro episodio trágico: al correr para intentar abrazarlos, algunos de los prisioneros se chocaron contra la valla electrificada y murieron en el acto. Los americanos siguieron inspeccionando el campo, encontrando más y más montones de cadáveres desnudos y atendiendo a los supervivientes, todos ellos famélicos y la mayoría con tifus. Algunos guardias de la SS se rindieron sin poner impedimento alguno pero unos pocos se pusieron a disparar contra los prisioneros que intentaban huir del campo e incluso llegaron a enfrentarse a las tropas estadounidenses, que reaccionaron con rapidez.

"La SS intentó atacarnos con sus ametralladoras –informó el teniente coronel Walter J. Fellenz–, pero cada vez que alguien hacía el ademán de disparar, nosotros nos adelantábamos y lo matábamos. En total, matamos a diecisiete guardias".

Otros soldados afirmaron haber visto a los prisioneros persiguiendo a los guardias, aunque no consideraron oportuno intervenir en ningún momento. Según el cabo Robert W. Flora, los guardias podían considerarse afortunados si el ejército los encontraba primero. "A los que no disparamos ni detuvimos, los persiguieron los internos recién liberados y los mataron a golpes. Vi cómo uno de ellos le pateaba la cara a un agente de la SS hasta dejarlo irreconocible".

Flora se acercó al prisionero en cuestión y le dijo que había que tener "mucho odio acumulado" para hacer algo así. El hombre asintió.

"No le culpo", concluyó Flora.

Otro de los liberadores, el teniente George A. Jackson, se encontró con un grupo de unos doscientos prisioneros que rodeaban en círculo a un soldado alemán que había intentado escapar. El alemán llevaba puesto todo su equipo de combate, pistola incluida, pero no pudo reaccionar cuando dos

prisioneros esqueléticos se le echaron encima. “Se hizo un silencio absoluto –aseguró Jackson–. Aquello parecía un ritual y en cierto sentido lo era”.

Finalmente, uno de los prisioneros, que según Jackson debía de pesar poco más de treinta kilos, lo agarró por los faldones. El otro le quitó el rifle y empezó a golpearle en la cabeza. “En aquel momento, fui consciente de que, si intervenía –que, en el fondo, bien podría considerarse mi obligación–, me habría puesto a mí mismo en una situación muy incómoda”, recordó Jackson, que se limitó a darse la vuelta y abandonar el lugar. Cuando regresó, quince minutos después, “lo habían degollado”.

El grupo de prisioneros había desaparecido; solo quedaba el cadáver como prueba de lo que acababa de pasar. En cuanto al teniente Cowling, la liberación de Dachau le hizo reflexionar sobre el trato que venía dispensando a los prisioneros alemanes y decidió cambiar su conducta a partir de ese momento. “Nunca volveré a tomar a un soldado alemán como prisionero, esté armado o no –prometió en una carta a sus padres dos días después de tan escalofriante experiencia–. No pueden esperar que, después de hacer lo que han hecho, les baste con decir ‘me rindo’ y a otra cosa. No merecen vivir”.

El Ejército Rojo avanzaba por el frente oriental y Tuvia Friedman, un joven judío de la ciudad de Radom, en el centro de Polonia, no solo planificaba su huida del campo donde tenía que realizar trabajos forzados sino que rumiaba la venganza. Casi toda su familia había muerto durante el Holocausto. “No dejaba de pensar en vengarme ni de fantasear con el día en el que los judíos se la devolvieran a los nazis, ojo por ojo”, afirmó.

Cuando las tropas alemanas ya estaban preparando la evacuación, Friedman y otros dos compañeros se escaparon por una alcantarilla que salía de una fábrica y, vadeando el fango, aparecieron al otro lado de la alambrada. Se bañaron en un riachuelo y echaron a andar. Años más tarde, Friedman recordaría su sensación de euforia: “Teníamos miedo, pero éramos libres”.

Ya por entonces operaban en la zona varios grupos de partisanos polacos, luchando no solo contra los alemanes sino también entre sí. Estaba en juego el futuro de Polonia una vez acabara la ocupación alemana. El movimiento de resistencia más poderoso y efectivo de la Europa ocupada era el Ejército Nacional polaco (AK), que también era manifiestamente anticomunista y

dependía del gobierno polaco en el exilio de Londres. La Milicia Popular (GL) era más reducida en número y estaba organizada por los comunistas, sirviendo de punta de lanza para la ocupación del país que proyectaban los soviéticos.

Friedman, que decidió utilizar el nombre de Tadek Jasinski para camuflar su identidad judía –no solo ante los alemanes sino ante los lugareños antisemitas–, se apuntó con entusiasmo a una milicia de partisanos comunistas comandada por el teniente Adamski. Su misión, según Friedman, era "poner fin a las actividades anarquistas" del Ejército Nacional y "atrapar y arrestar a aquellos alemanes, polacos y ucranianos que hubieran estado involucrados durante la guerra en actividades 'contrarias a los intereses de Polonia y del pueblo polaco'".

"Lleno de entusiasmo, me entregué por completo a esta última tarea –afirmó Friedman–. Junto a muchos otros milicianos que estaban a mi cargo, con la seguridad que da una pistola bien sujeta al cinto, fui arrestando a un criminal de guerra tras otro".

Friedman y sus camaradas consiguieron dar con algunos de los más importantes criminales de guerra. Por ejemplo, encontraron a un oficial ucraniano llamado Shronski "que había torturado a más judíos de los que él mismo podía recordar" y este, a su vez, los había llevado a otro ucraniano que más tarde moriría en la horca. Sin embargo, la definición de "los intereses de Polonia" también implicaba en ocasiones arrestar a gente que no estaba de acuerdo con la idea de depender de la Unión Soviética una vez acabada la guerra, incluyendo a algunos de los resistentes polacos más activos y valientes durante la ocupación alemana.

No había acabado aún la lucha con las tropas alemanas que se batían en retirada cuando el Kremlin mandó arrestar a dieciséis líderes del Ejército Nacional en Varsovia y los llevó a la temida prisión moscovita de Lubianka. Torturados por los "liberadores" de Polonia, pasaron por una farsa de juicio en junio, poco después de que la guerra en Europa hubiera terminado oficialmente. Como recompensa por haber combatido a los nazis durante seis años recibieron una larga condena de prisión por "actividades contra el estado soviético".

Estos conflictos le daban igual a Friedman. Había sufrido el antisemitismo polaco en más de una ocasión y se había convencido de que el Ejército Rojo era en verdad una fuerza de liberación.

Ahora bien, no era la ideología de los futuros dueños de Polonia lo que verdaderamente atraía a Friedman. Su prioridad era vengarse de los alemanes… y los comunistas le daban carta blanca al respecto.

Destinado a Danzig, Friedman y cinco amigos de Radom emprendieron viaje a esta ciudad del Báltico; por el camino se encontraron a varios grupos de soldados alemanes que huían hacia el oeste, intentando salir de ahí antes de que fuera demasiado tarde. “En ocasiones daba pena verlos, apenas podían andar, con las vendas de la cabeza manchadas de rojo –escribió Friedman–. Pero, por mucho que lo intentáramos, éramos incapaces de compadecernos, de ponernos en su lugar. Los carniceros se lo habían buscado; estaban recogiendo lo que habían sembrado”.

Buena parte de la ciudad estaba en llamas. La policía polaca y el Ejército Rojo habían decidido dinamitar los edificios en peligro de derrumbamiento. “Era como estar en Roma durante el famoso incendio de Nerón”, añadió Friedman. Los recién llegados estaban eufóricos ante el repentino cambio de tornas. “Nos sentíamos como hombres de otro planeta cuya llegada hacía huir aterrorizados a los habitantes de la tierra”. Saquearon los apartamentos que los alemanes habían evacuado a tal velocidad que todavía se podían encontrar por el suelo uniformes, objetos personales e incluso dinero alemán. En una de estas viviendas, se encontraron con unos jarrones de porcelana –“probablemente de Dresde”, señala Friedman– y se pusieron a jugar al fútbol con ellos, rompiéndolos en pedazos.

Con algo más de disciplina, prosiguieron con su misión de encontrar “a los carniceros nazis que habían masacrado a los polacos, con el fin de ajustar cuentas y llevarlos ante la justicia”. El ministerio de Seguridad Estatal, del que dependían, les encargó detener a todos los alemanes de entre quince y sesenta años que quedaran en la ciudad. “Encontremos a esa escoria nazi y limpiemos la ciudad”, les dijo su nuevo superior.

En sus memorias, Friedman cuenta la reacción de Bella, su hermana mayor, cuando empezaron a deportar a los judíos de Radom: “Van como ovejas al matadero”, le decía. Esa actitud sería objeto recurrente de debate en las discusiones posteriores sobre el Holocausto. Sin embargo, ahora, lleno de satisfacción por el terror que inspiraba en Danzig interrogando y encarcelando a alemanes, Friedman utilizaba la misma metáfora: “La tortilla se ha dado la vuelta y, gracias a mi elegante uniforme polaco, puedo ordenar lo que se me antoje a los que tan orgullosamente se creían una raza superior, y ellos obedecen como ovejas asustadas”.

Nunca tuvo reparos en admitir que “mostró muy poca piedad” con los prisioneros a los que tenía que interrogar, golpeándolos hasta que confesaban. “Mi corazón estaba lleno de odio. Los odiaba en su derrota como los había odiado en sus brutales momentos de triunfo”.

Mucho después de la guerra, escribiendo sobre todo aquello, afirmaría: “Hoy, cuando echo la vista atrás, no puedo evitar un cierto sentimiento de vergüenza, pero no podemos olvidar que, incluso en aquella primavera de 1945, los alemanes seguían luchando con uñas y dientes en los dos frentes, contra los aliados y contra los rusos, y yo aún no sabía si alguien de mi familia había conseguido sobrevivir a los campos nazis”. De hecho, aún le quedaban más horrores por descubrir: un día, acompañado por varios de sus compañeros, encontró una sala llena de cadáveres desnudos con evidentes signos de tortura sistemática. Ahora bien, él mismo reconoce que, cuando empezó a notar que tenía fama de inmisericorde, pensó que algo estaba haciendo mal.

Un día, le llegó por fin la noticia de que Bella había sobrevivido a Auschwitz, lo que le llevó a colgar el uniforme y volverse a Radom. Allí, ambos decidieron abandonar Polonia, un país cada día más distinto al que habían conocido antes de la guerra. La violencia antisemita seguía a la orden del día y ningún otro familiar cercano había conseguido regresar de los campos. Su plan original era ir a Palestina y unirse así al grupo de supervivientes judíos que recibía la ayuda de la Brichah (“vuelo” en hebreo), la organización secreta cuya misión era organizar huidas ilegales desde Europa. Este éxodo de posguerra fue lo que dio pie a la creación posterior del estado de Israel.

Sin embargo, el viaje de Friedman acabó antes de empezar y al final se mudó a Austria, donde pasó varios años entregado a su pasión de cazar nazis. Estaba empeñado en ajustar cuentas… aunque sin recurrir esta vez a los métodos brutales e indiscriminados que tanto les gustaban a los nuevos amos comunistas de Polonia.

El tanque con la bandera estadounidense en lo alto de la torreta avanzaba por el campo de concentración de Mauthausen, cerca de la ciudad austriaca de Linz, el 5 de mayo de 1945. Uno de los demacrados prisioneros, aún embutido en su uniforme a rayas, intentaba acercarse agónicamente para tocar la estrella blanca pintada en un lateral, pero no conseguía reunir la energía suficiente para recorrer los escasos metros que lo separaban de su

objetivo. Las rodillas le fallaron y cayó de bruces contra el suelo. Cuando un soldado estadounidense lo levantó, el prisionero consiguió acercar un dedo al tanque y tocar la estrella justo antes de desmayarse.

Cuando recuperó el conocimiento, en unos barracones donde descansaba en una litera individual, Simon Wiesenthal se dio cuenta de que era un hombre libre. Muchos de los guardias de la SS habían huido la noche anterior; de pronto le correspondía una litera para él solo, habían recogido los cadáveres que aún yacían a la vista la mañana anterior y el olor a desinfectante impregnaba todo el campo. Lo que era más importante, los estadounidenses habían traído unas ollas llenas de sopa. “Era sopa *de verdad* y sabía de maravilla”, afirmó Wiesenthal.

Tan buena estaba la sopa que fue incapaz de digerirla y se puso malísimo, como gran parte de los demás prisioneros. Los médicos estadounidenses, con sus batas blancas, lo solucionaron con una dieta diaria de más sopa, verdura y carne que lo devolvió a la vida. Aquellos fueron, para Wiesenthal, unos días de “agradable apatía” después de tanto tiempo luchando por sobrevivir en el campo. No corrieron la misma suerte otros muchos compañeros –Wiesenthal calcula que unos tres mil–, para los que la comida llegó demasiado tarde. Murieron de agotamiento o de inanición después de ser liberados.

Ya antes de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto, Wiesenthal se había tenido que acostumbrar a la violencia y a la tragedia. Había nacido el 31 de diciembre de 1908 en Buczacz, una pequeña ciudad del este de la región de Galicia que por entonces formaba parte del imperio austrohúngaro; después de la Primera Guerra Mundial pasó a manos polacas y hoy es territorio ucraniano. Su población era mayoritariamente judía, pero convivía con vecinos de todo tipo de nacionalidades que hablaban distintos idiomas, lo que hizo que de niño Wiesenthal acostumbrara el oído al alemán, el yidis, el polaco, el ruso y el ucraniano.

La violencia de la Primera Guerra Mundial no tardó en devorar la región, junto con los efectos de la revolución bolchevique y las sucesivas guerras civiles entre rusos, polacos y ucranianos. El padre de Wiesenthal, un próspero comerciante de materias primas, murió nada más empezar la guerra luchando en el bando austriaco, tras lo cual la madre de Wiesenthal se llevó a sus dos hijos a Viena, aunque volverían a Buczacz cuando los rusos se retiraron de la ciudad, en 1917. A los doce años, un saqueador ucraniano a caballo le dio a Simon un latigazo en el muslo, dejándole una

cicatriz de por vida. Cuando era aún adolescente, su hermano pequeño, Hillel, murió de una lesión de columna provocada por una caída.

Wiesenthal estudió arquitectura en Praga, pero volvió a su ciudad natal para casarse con su novia del instituto, Cyla Müller, y montar un estudio dedicado a diseñar edificios residenciales. Durante sus días de estudiante e incluso ya de vuelta en Buczacz se rodeó de un círculo de amistades que incluía tanto a judíos como a no judíos y nunca se sintió atraído por los movimientos de extrema izquierda en los que cayó buena parte de los jóvenes de su época. La única causa política que le interesaba era de un cariz totalmente distinto: "De joven era sionista", me recordó cuando hablé con él, algo que ya había repetido en varias entrevistas.

El Holocausto le tocó de lleno, como a Friedman y a los otros supervivientes. Vivió la primera parte de la guerra con su familia en Lwów –Leópolis, en la actualidad–, que primero fue ocupada por las tropas soviéticas como resultado del pacto Molotov-Ribbentrop que dividía Polonia entre Alemania y la Unión Soviética, y después pasó a manos alemanas cuando Hitler decidió invadir la URSS en 1941.

Al principio, los Wiesenthal fueron confinados en un gueto de la ciudad y más tarde transportados a un campo de concentración cercano, para acabar trabajando en las obras de reparación del Ostbahn, el ferrocarril oriental. Allí, Simon se encargaba de pintar la insignia nazi en los trenes que los alemanes arrebataban a los soviéticos y dibujar todo tipo de señales. Aquello no fue sino el principio de una sucesión de campos de concentración, escapadas y aventuras que lo llevarían a Mauthausen cuando la guerra ya tocaba a su fin. Consiguió planificar la fuga de su mujer, y Cyla pudo esconderse en Varsovia bajo el nombre de una católica polaca, pero el destino no fue tan amable con su madre.

En 1942, Wiesenthal avisó a su madre de la inminencia de una nueva deportación y le dijo que, si aparecían para llevársela, les diera el viejo reloj de oro que aún tenía consigo para que la dejaran en paz. Así lo hizo cuando un policía ucraniano llamó a su puerta, pero, como Simon siempre recordaría lleno de dolor: "Media hora más tarde llegó otro policía ucraniano y ya no le quedaba nada con lo que sobornarlo, así que se la llevó. Tenía problemas de corazón. Solo espero que muriera en el tren y que no tuviera que desnudarse y entrar en la cámara de gas".

Wiesenthal contaba cómo escapó de la muerte milagrosamente en numerosas ocasiones. Por ejemplo, el 6 de julio de 1941, se vio envuelto en

un pogromo organizado por las tropas ucranianas, que pusieron a un montón de judíos contra la pared y empezaron a dispararles en la nuca mientras bebían vodka a tragos. Los ejecutores se iban acercando cada vez más y Wiesenthal mantenía la mirada fija en el muro cuando de repente oyó las campanas de la iglesia y a un ucraniano que gritaba: “¡Ya basta! ¡Misa de tarde!”, antes de que los soldados desaparecieran.

Con el tiempo, una vez Wiesenthal se convirtió en un personaje conocido en todo el mundo y se intensificaron sus conflictos con otros cazadores de nazis, se puso en duda la veracidad de muchas de estas historias. Incluso Tom Segev, el autor de una biografía más que amable, se muestra cauto sobre su versión de los hechos. “Wiesenthal tenía aspiraciones literarias y tendía a echarle mucha imaginación a todo lo que contaba. A menudo, dramatizaba la realidad en vez de remitirse sin más a los hechos, como si pensara que la historia real no bastaría para impresionar a su público”, escribió.

Lo que no está en cuestión es lo angustiosa que debió de ser para Wiesenthal su peripecia durante el Holocausto, ni el hecho de que esquivó la muerte por los pelos en más de una y en más de dos ocasiones. Tampoco hay duda de que, como Friedman e innumerables supervivientes, “deseaba vengarme con todas mis fuerzas”, y así lo reconocería varias veces. Friedman, quien pronto conocería a Wiesenthal en Austria y empezaría a colaborar con él en la búsqueda de los nazis que habían conseguido huir, lo dejó bien claro: “Cuando salió del campo de concentración al acabar la guerra, Simon era un cazador de asesinos nazis resentido, vengativo e inmisericorde”.

Sin embargo, en las primeras aventuras de Wiesenthal tras la liberación no hay rastro alguno de la brutalidad que confesaba sobre sí mismo Friedman. Todavía estaba demasiado débil para plantearse un enfrentamiento físico con nadie, así que, aunque hubiera querido, tampoco habría podido pasar a la acción. Y todo apunta a que muy pronto empezó a moverse mucho más allá del simple ánimo de venganza.

Al igual que Friedman, Wiesenthal se quedó sorprendido de cómo se habían vuelto las tornas después de la guerra, y el lugar en el que esto dejaba a sus antiguos torturadores. Cuando se hubo recuperado lo suficiente en Mauthausen para valerse por sí mismo, un confidente polaco del campo, un antiguo prisionero con privilegios especiales, lo atacó sin motivo aparente. Wiesenthal decidió denunciar el incidente ante los americanos.

Estaba esperando para presentar su denuncia cuando vio a los soldados estadounidenses interrogar a los hombres de la SS. En ese momento, un guardia especialmente violento entró en la habitación y Wiesenthal, instintivamente, se dio la vuelta para intentar pasar inadvertido.

"Su sola presencia siempre me había provocado sudores fríos por la nuca", recordaba, así que, cuando vio lo que estaba pasando, al principio le costó creérselo. Escoltado por un exprisionero judío, "el hombre de la SS temblaba como nosotros habíamos temblado en su presencia". El mismo que antes había sembrado el terror en el campo era ahora "un cobarde asustado y despreciable[…] los superhombres se vuelven cobardes cuando no pueden echar mano de las pistolas para protegerse".

Sin dudarlo un instante, Wiesenthal tomó una decisión crucial: entró en la oficina de crímenes de guerra de Mauthausen y ofreció sus servicios al teniente al cargo. El americano lo miró con cierto escepticismo, recordándole que no tenía experiencia alguna al respecto.

"Y, por cierto, ¿cuánto pesa?", le preguntó.

Wiesenthal dijo que pesaba cincuenta y seis kilos, lo que provocó la risotada del teniente. "Wiesenthal, márchese y tómese las cosas con calma. Vuelva a verme cuando *de verdad* pese cincuenta y seis kilos".

Diez días más tarde, Wiesenthal volvió a la oficina. Había ganado algo de peso pero aún no lo suficiente y se había frotado un papel rojo por las mejillas para disimular la palidez.

Tanto empeño dejó al teniente impresionado y le puso a las órdenes de un tal capitán Tarracusio, al que Wiesenthal acompañó en su primera misión: arrestar a un guardia de la SS apellidado Schmidt. Tenía que subir a la segunda planta para detenerlo. Si Schmidt se hubiera resistido, el antiguo prisionero no habría podido hacer nada: cuando se encontraron, Wiesenthal aún estaba temblando, puede que de agotamiento después de subir tantas escaleras, o puede que por los nervios y la excitación. Sea como fuere, Schmidt también temblaba, aunque de miedo, y, después de que Wiesenthal se sentara y recuperara el resuello, el hombre de la SS lo tomó de un brazo para que se apoyara en él y lo ayudó a bajar las escaleras.

Cuando llegaron al jeep donde esperaba el capitán Tarracusio, el guarda de la SS lloró y suplicó clemencia, argumentando que él era un don nadie y que había ayudado a muchos prisioneros.

“En efecto, ayudaste a muchos prisioneros –lo interrumpió Wiesenthal–. Yo mismo he visto cómo ayudabas a llevarlos al crematorio”.

Según Wiesenthal, ahí empezó su carrera como cazador de nazis. Nunca trasladaría su residencia a Israel aunque su hija, su yerno y sus nietos viven ahora allí. Para él, Israel, era algo así como otra vida a la que había renunciado, por mucho que su peripecia vital lo obligara a trabajar –y a menudo a pelearse– con quienes después conseguirían llevar ante la justicia de Israel a uno de los arquitectos del Holocausto: Adolf Eichmann.

Wiesenthal y Friedman solían repetir que, desde el principio, su objetivo número uno había sido atrapar al hombre que había organizado las deportaciones en masa de judíos a Auschwitz y los demás campos de concentración. Sin embargo, en el fragor de la más inmediata posguerra, los noticiarios prefirieron centrarse en los que ya habían sido capturados o eran más fáciles de capturar y sus correspondientes juicios. La caza de los nazis –y su posterior castigo– era aún, en lo esencial, una tarea reservada a los vencedores.

III
EL PLAN COMÚN

"Somos un pueblo muy obediente. Es nuestra gran fortaleza y nuestra gran debilidad. Nos permite hacer posible un milagro económico mientras los británicos andan de huelga en huelga, y nos lleva a seguir a un hombre como Hitler hasta una enorme fosa común".
(Hans Hoffman, personaje de ficción; director de una revista en la aclamada novela *Odessa* [1972], de Frederick Forsyth).

En los meses posteriores a la derrota de Alemania, la mayoría de los súbditos de Hitler hicieron lo posible por desligarse de los asesinatos en masa y las atrocidades cometidas en nombre de su país. Los soldados de los ejércitos triunfadores y los supervivientes de los campos de concentración no dejaban de encontrarse con alemanes que les aseguraban que ellos siempre habían estado en contra de los nazis... quizá no de forma activa, pero sí en el fondo de su corazón. Muchos también afirmaban haber ayudado a los judíos y a otras víctimas del régimen nazi. "Si todos los judíos de los que me hablaron durante aquellos meses se hubieran salvado de verdad, hubiera habido más judíos vivos al final de la guerra que al principio", señaló irónicamente Wiesenthal.

Aunque al principio muchos alemanes veían con desconfianza los juicios a los mandos nazis, incluido el de Núremberg, por considerarlos una muestra de "la justicia de los vencedores" también hubo quien sintió algo parecido al alivio al ver que los cerebros del sinsentido en el que cayó Alemania iban a ser castigados sin piedad. Saul Padover, historiador y

politólogo nacido en Austria, combatió en el ejército de Estados Unidos desde el desembarco de Normandía hasta la entrada triunfal en Alemania, periodo durante el cual tomó abundantes notas sobre la actitud de los alemanes ante el conflicto. En sus diarios se menciona una conversación con una chica que había dirigido una agrupación de la Bund Deutscher Mädel, la Liga de Jóvenes Alemanas, el equivalente de las Hitlerjugend o Juventudes Hitlerianas en los chicos.

Cuando le preguntó por su papel en la liga, "mintió", según registra Padover, y aseguró que la habían "obligado" a ser una de sus dirigentes. ¿Qué pensaba que había que hacer con los líderes nazis? "Por mí, podéis colgarlos a todos", contestó.

La joven no era precisamente la única que deseaba ver cómo algunos de los peces gordos nazis pagaban con la muerte; de alguna manera, les ayudaba a distanciarse de todo lo sucedido. Como muchos alemanes, sostenía que no tenía ni idea de los horrores del Tercer Reich.

Peter Heidenberger, que había combatido en Italia durante la última parte de la guerra en una división alemana de paracaidistas, fue prisionero de guerra durante un breve periodo de tiempo y llegó a la ciudad de Dachau poco después de que hubieran liberado el campo de concentración. Estaba buscando a su prometida, que había huido de la ciudad de Dresde después del bombardeo del 13 de febrero con la intención de reunirse con unos amigos. "La verdad es que Dachau es una ciudad preciosa, con un castillo magnífico...", comentaría décadas más tarde al recordar aquellos días. Precisamente mientras paseaba camino del castillo, un guardia estadounidense le preguntó si sabía lo que había pasado en el campo de concentración. "Le dije que nunca había estado allí y que no sabía nada aparte de que era un campo de prisioneros –afirmó–. No me creyó".

Pero pronto Heidenberg se fue poniendo al día, asimilando más y más datos, tantos que no le fue difícil acabar compartiendo los mismos sentimientos que la chica de la Liga de Jóvenes Alemanas. "Deberían haberlos puesto a todos cara a la pared y así se habría hecho justicia de verdad", afirmó al recordar su reacción inicial cuando se enteró de lo que realmente había estado pasando durante la guerra.

La opinión de Heidenberger cambiaría con el tiempo y en eso influyó decisivamente su participación en la otra serie de juicios que se celebraron a la vez que los de Núremberg. Dachau fue el escenario elegido por el ejército de Estados Unidos para procesar a quienes ejecutaban las políticas

planeadas por los líderes nazis colgados en Núremberg. Hablamos de los que realmente se mancharon las manos, los oficiales de la SS que no solo se ocupaban de Dachau sino de los demás campos de concentración. Los estadounidenses estaban buscando un corresponsal, un periodista independiente que pudiera informar de los juicios de Dachau para Radio Múnich, una nueva emisora que habían fundado los vencedores. Un oficial de la zona recomendó a Heidenberger por considerarlo un alemán bien educado y sin pasado nazi.

El joven alemán no había hecho nunca nada relacionado con el periodismo y tenía mucho que aprender pero, aun así, aceptó al instante. “Lo bueno es que nos daban muy bien de comer”, señaló. Pronto demostraría ser un reportero de alto nivel, colaborando incluso con la Agencia Alemana de Noticias y con Reuters. Aunque los procesos de Dachau son mucho menos conocidos que los juicios de Núremberg, dejaron detalles más que relevantes acerca de lo que suponía el Tercer Reich en la práctica.

Ese tipo de detalles eran los que Harry Truman tenía en mente cuando, mucho después de dejar la presidencia, explicó el propósito original de todos estos juicios: “que fuera imposible que con el paso del tiempo, alguien dijera: ‘Oh, eso nunca sucedió, no es más que propaganda, un montón de mentiras’”. En otras palabras, los juicios de posguerra no solo pretendían castigar a los culpables sino que jugaban un papel crítico para establecer un relato veraz que pudiera pasar a la historia.

A diferencia de muchos de sus contemporáneos, William Denson no tuvo que combatir en Europa. Este nativo de Alabama –su bisabuelo luchó en la guerra de Secesión del lado de los confederados, su abuelo fue juez del Tribunal Supremo estatal, jugándose el puesto por defender a ciudadanos negros, y su padre era un respetado político y abogado local– se licenció en la facultad de Derecho de Harvard y entró como profesor de derecho en la academia militar de West Point. Sin embargo, a principios de 1945, fue llamado a filas para ejercer de fiscal militar en Alemania. A los treinta y dos años, Denson se encontró solo (su esposa no tenía la más mínima intención de acompañarlo a un país totalmente devastado) pisando por primera vez la zona ocupada para preparar cada uno de los casos.

Los primeros días los pasó en Frisinga, junto a otros fiscales y miembros del aparato de justicia. Muchos de los testimonios horripilantes de los

supervivientes de los campos de concentración le resultaron poco verosímiles al principio. “Pensé que se trataba de gente que buscaba venganza porque los habían tratado mal en el campo y que lo que decían era más producto de la fantasía que de la realidad”, explicaría décadas más tarde. Sin embargo, no tardó mucho en darse cuenta de que todos aquellos testimonios mostraban una coherencia absoluta. Puesto que los testigos “contaban básicamente las mismas cosas, me quedó claro que tenían que ser verdad porque era imposible que se hubieran reunido antes para ponerse de acuerdo”.

Si aun así quedaba alguna duda, los espeluznantes testimonios de quienes habían liberado Dachau y otros campos acabaron de disiparla. Unos testimonios que reavivaron el debate de si los responsables de estos asesinatos en masa y estas torturas merecían algo que no fuera una ejecución sumaria. Cuando el general George S. Patton entró en Ohrdurf, un campo secundario de Buchenwald, se encontró con un espectáculo desolador propio de una pesadilla o de un cuadro de El Bosco, lo que le hizo gritar desde su jeep: “¿Habéis visto lo que han hecho estos hijos de puta? ¿Veis lo que han hecho estos cabrones? ¡No quiero que toméis ni un solo prisionero!”.

Tanto Denson como sus colegas en la oficina judicial estaban convencidos de que estos procesos eran absolutamente necesarios, no solo para castigar a los culpables sino para dejar bien claros los hechos, por escabrosos que fueran, de manera que todo el mundo fuera consciente de lo que pasó, en aquel momento y en el futuro. Después de oír los detalles de lo que las tropas estadounidenses habían visto en Dachau y la sucesión de testimonios posteriores, “llegué a un punto en el que estaba preparado para creerme casi cualquier cosa”, declaró Denson, que acogió de buen grado la petición de que los casos contra los responsables se aceleraran todo lo posible. El debate entre ejecuciones sumarias y juicios ya no tenía sentido. El interrogador que trabajaba para Denson era Paul Guth. Nacido en una familia judía de Viena, de niño lo enviaron a Inglaterra para estudiar; más tarde, se fue a Estados Unidos, donde los servicios de inteligencia lo reclutaron para cursar estudios en Camp Ritchie, Pensilvania, el campo de entrenamiento que acabó reuniendo a un gran contingente de refugiados judíos procedentes de Alemania y Austria. Después de graduarse el primero de su promoción, Guth siguió formándose en Inglaterra y acabó en Frisinga. Destacaría como uno de los interrogadores más eficaces del ejército.

Cuando Guth fue a hablar con los prisioneros, arrestados en los mismos barracones que hasta hace bien poco habían dado cobijo a sus víctimas, no se puede decir que su presencia resultara demasiado intimidante, más bien al revés. Los hombres de la SS daban por hecho que los iban a ejecutar; sin embargo, Guth anunció en voz alta los nombres de los cuarenta prisioneros que iban a ser juzgados por un tribunal militar americano. También les dijo que podían elegir el abogado que consideraran más oportuno, que la factura corría a cargo de sus captores y que no tenían obligación de testificar si no querían. Como escribió Joshua Greene, el biógrafo de Denson: "Los alemanes no podían creerse lo que estaban oyendo".

Cuando empezó el juicio, el 13 de noviembre de 1945, la sala del tribunal estaba hasta arriba. El Tribunal Militar Internacional iba a empezar sus deliberaciones en Núremberg la semana siguiente, así que la sala estaba llena de peces gordos como el general Walter Bredel Smith, jefe de personal de Eisenhower, y el senador Claude Pepper, de Florida. También había muchos periodistas, entre ellos estrellas de los medios como Walter Lippmann y Marguerite Higgins. Ahora bien, ni Lippman ni Higgins aguantaron siquiera la primera mañana y, para finales de esa primera semana de juicios, la mayoría de sus colegas se habían ido también a Núremberg, entendiendo que era un evento mayor y que daría más titulares. Pronto, los únicos reporteros a los que podía verse en la sala cubriendo los procesos de Dachau fueron Heidenberger y un corresponsal de *Stars and Stripes*.

Igual que los cuarenta acusados se quedaron sorprendidos cuando les dijeron que iban a ir a juicio y les explicaron las condiciones, los asistentes al juicio no salían de su asombro al ver la actuación de Denson como fiscal jefe. "Los espectadores alemanes, que no estaban familiarizados con las costumbres legales estadounidenses, no acababan de entender los formalismos de los abogados y los fiscales en el juicio", recordaría Heidenberger. Denson se acercó al estrado y empezó su argumentación con un "Con la venia, señoría" envuelto en un marcado acento sureño. No solo fue el acento de Denson lo que cautivó al público. "Era un tipo que cuidaba mucho las formas, muy agradable, y eso le beneficiaba a la hora de presentar sus acusaciones", añadió Heidenberger.

El joven reportero alemán quedó más impresionado todavía cuando entró en el despacho de Denson por primera vez, honrado de que el estadounidense lo aceptara como un miembro de pleno derecho de la

comunidad periodística. “Ya se sabe que a los estadounidenses les encanta poner los pies encima de la mesa –afirmaría décadas más tarde–. Pues bien, él tenía los pies en su escritorio y me trató como a un periodista más”.

Con todo, el aspecto amable y calmado de Denson ocultaba una determinación de hierro: conseguir que todos los acusados fueran declarados culpables. A diferencia de los acusados de Núremberg, los de Dachau no decidían las medidas a tomar, así que no podían ser acusados de planificar crímenes contra la humanidad. En cambio, Denson se propuso demostrar que el personal que administraba el campo de concentración sabía exactamente cuál era su propósito y que eso bastaba para considerarles parte de un “plan común” –o “convergencia de intenciones”– para cometer dichos actos criminales. No hacía falta probar qué crímenes específicos había cometido cada uno de los acusados. En su argumentación inicial, el larguirucho letrado de Alabama expuso las que serían las guías maestras de su acusación:

> Con la venia; señoría, confiamos en que las pruebas demuestren que durante los años que estamos juzgando, aquí en Dachau, se llevó a cabo un plan completo de exterminio. Confiamos en que dichas pruebas demuestren que las víctimas de este exterminio planificado fueron civiles y prisioneros de guerra, individuos que se negaron a someterse al yugo del nazismo. Confiamos en demostrar que estas personas sirvieron de conejillo de indias para diversos experimentos y trabajaron hasta la extenuación mientras se les dejaba morir de hambre; que sus condiciones de vida hacían inevitables la enfermedad y la muerte […] y que cada uno de estos acusados era una pieza más en esta maquinaria de exterminio.

Los abogados de la defensa pusieron todo su esfuerzo en combatir este enfoque de “piezas en la maquinaria”, pero sin éxito alguno. En los juicios posteriores, eso sí, esta teoría de la culpa colectiva no sería aceptada y la mayoría de los procesos se centrarían en los supuestos hechos concretos cometidos por cada uno de los acusados.

A diferencia de lo que pasó en Núremberg, donde casi todas las pruebas de la acusación consistían en documentos incriminatorios de los propios alemanes, el juicio de Dachau se basaba en los relatos de los testigos que le iban contando a Denson uno tras otro los estremecedores detalles de esta maquinaria de exterminio, incluyendo el último traslado de judíos fuera del campamento. Según el testimonio de Ali Kuci, un prisionero albano, el 21 de abril se recibió la orden de meter a dos mil cuatrocientos judíos en unos vagones de tren. Los mismos que, ocho días después, el 29 de abril, cuando las tropas estadounidenses liberaron el campo, estaban llenos de cadáveres.

Kuci y los demás prisioneros llamaban al tren, que nunca llegó a salir de la estación, el “Morgue Express”. Solo seiscientos de los prisioneros sobrevivieron, añadió. Los guardias de la SS no permitieron que nadie se acercara mientras los que estaban dentro se morían de hambre.

Denson también aportó como pruebas las confesiones que Guth y otros interrogadores les habían sacado a algunos de los acusados, lo que provocó que la defensa alegara que se habían utilizado métodos coercitivos al efecto. Guth negó categóricamente dichas acusaciones, pero la rapidez con la que se ventilaron los juicios de Dachau y su resultado final crearon cierta duda respecto a si se había observado escrupulosamente la legalidad. Denson dejó clara su posición en el alegato final: “Es importante enfatizar que estos cuarenta hombres no están acusados de asesinato. Su delito es formar parte de un plan común para asesinar, golpear, torturar y matar de hambre a los internos de los campos”. En otras palabras, lo que realmente marcaba la diferencia en la acusación era el concepto de “plan común”, que llevaba sus actos más allá del asesinato puntual de otro ser humano.

También rechazó los alegatos de la defensa, que insistía en que solamente cumplían órdenes, culpando a los acusados de “no ofrecer ninguna resistencia a la hora de hacer lo que obviamente estaba mal”. Añadió: “No se puede aceptar una respuesta del tipo ‘es que me ordenaron que lo hiciera’”. Esta cuestión sería clave en los juicios que siguieron al de Dachau. La conclusión de Denson fue contundente: “Si este tribunal legitima de alguna manera las conductas que han quedado expuestas y demostradas en este proceso, los acusados habrán conseguido que la civilización retroceda al menos mil años”.

Las condiciones en las que vivían estos prisioneros que antes habían sido los amos daban la impresión equívoca de que los vencedores estaban siendo demasiado benevolentes. Cuando lord Russell de Liverpool, que ejercía de fiscal auxiliar para el ejército británico asentado en el Rhin, visitó Dachau, quedó sorprendido por cómo trataban a los prisioneros alemanes: “Cada uno de ellos vivía cómodamente en una celda aireada, con luz eléctrica, calefacción central en invierno, una cama, una mesa, una silla y unos cuantos libros. Tenían buen aspecto, se notaba que comían bien y estaban fuertes. En su cara, se podía ver un gesto de cierta perplejidad. Sin duda no entendían dónde estaban”.

Sin embargo, el 13 de diciembre de 1945, cuando el tribunal militar anunció los veredictos, esta percepción cambió por completo. Los cuarenta

hombres fueron declarados culpables, y treinta y seis condenados a la pena de muerte. De estos treinta y seis, veintitrés fueron colgados entre el 28 y el 29 de mayo de 1946.

En su visita al campo, lord Russell vio algo que le pareció particularmente extraño: “Clavado a un poste del tejado del crematorio, se podía ver una cajita rústica que servía de nido para aves salvajes. Algún esquizofrénico de la SS la debió de poner ahí”.

Esto le llevó a una conclusión final sobre lo que acababa de ver: “Solo entonces me fue posible entender hasta qué punto la nación de Goethe y de Beethoven, de Schiller y de Schubert, también era la de Auschwitz y Belsen, la de Ravensbrück y Dachau”, escribió.

A diferencia de muchos de los otros miembros del equipo legal del ejército, Denson no regresó a Estados Unidos cuando acabó el primer juicio de Dachau. Siguió al cargo de los equipos de la acusación en los juicios posteriores, que continuarían hasta 1947. Aunque esos juicios se centraban en las maquinarias de muerte de campos como Buchenwald, Flossenbürg y Mauthausen, también se celebraron en el complejo de los campos de Dachau. Denson actuó personalmente como fiscal en un total de ciento setenta y siete casos contra guardias, oficiales y médicos de campos de concentración, lo que supone una cifra récord. En todos ellos, los acusados fueron declarados culpables; noventa y siete acabaron en la horca.

En octubre de 1947, Denson ya tenía las maletas hechas para volver a su vida civil. *The New York Times* aprovechó para reconocer su labor: “El coronel Denson ha sido una pieza clave gracias a su trabajo incansable en el equipo de fiscales de la Comisión de Crímenes de Guerra, con sede en Dachau. A menudo tenía que ocuparse de un caso decisivo durante el día y trabajar hasta altas horas de la madrugada en la preparación de otro, lo que le ha convertido durante estos dos años en un símbolo de la justicia entre los hombres y las mujeres de la SS que ejecutaban las directrices de Adolf Hitler en los campos de concentración”.

Ahora bien, la tensión provocada por ese ritmo agotador –y por la reconstrucción diaria de hechos insoportables para cualquier ser humano– hizo mella en Denson. De setenta y tres kilos pasó a menos de cincuenta y cinco. “Decían que era yo quien parecía recién salido de los campos y no los testigos que llevaba al estrado”, recordaría luego. En enero de 1947, se desmayó de puro agotamiento y tuvo que pasar dos semanas en la cama. Pese a todo, cada nuevo caso parecía insuflarle fuerzas para seguir adelante.

Robina, la mujer de Denson, que se había quedado en Estados Unidos, presentó una demanda de divorcio. Según su biógrafo, "ella se había casado con alguien de su misma clase, un miembro de una familia reputada y respetada socialmente... no con un misionero de la justicia empeñado en perseguir nazis".

Heidenberger, cuya amistad con Denson y los otros americanos de Dachau fue creciendo con los meses, sostiene que esta no fue la única razón detrás de la decisión de Robina. "Demonios, lo que arruinó aquel matrimonio fueron todas esas *fräuleins* alemanas –afirmó–. Los americanos tenían de todo, traían medias de nylon y conseguían a las chicas. Las supuestamente pacatas *fräuleins* alemanas no dejaban de sorprendernos. Bill me contó cómo eran las fiestas a las que iba en Múnich. Tenían pinta de ser bastante salvajes". Robina Denson se enteró de dichas escapadas, según Heidenberger, y eso la empujó a acabar con un matrimonio sin hijos que ya llevaba mucho tiempo muerto.

No tardó demasiado Denson en prendarse de una joven alemana que también estaba infelizmente casada. Se trataba de una auténtica condesa y sus amigos la llamaban Huschi. Había abandonado la finca familiar de Silesia en un carruaje, junto a su hija de seis meses, justo antes de que llegara el Ejército Rojo y más tarde conseguiría sobrevivir al bombardeo de Dresde. Durante las postrimerías de la guerra se instaló en un pueblecito de Baviera donde recibió en un inglés perfecto al primer tanque estadounidense que hizo aparición con esta frase: "¡Les entregamos este pueblo!". Todas estas historias fascinaban a Denson y lo dejaban con ganas de saber más. Aun así, tardaría mucho tiempo en volver a verla, y entonces descubrió que Huschi también se había divorciado y vivía en Estados Unidos. Se casaron el 31 de diciembre de 1949. Las fuentes coinciden en que fue un matrimonio enormemente feliz en todos los sentidos.

Años más tarde, Denson recordaría sus días en Alemania como "los mejores de mi carrera", aunque estuvieron llenos de polémica. Después del juicio del campo de Dachau, se hizo cargo de una serie de casos que coparon los titulares y fueron el centro de un acalorado debate, especialmente el que tenía como acusados a los encargados del campo de Buchenwald y que se celebró en la primavera de 1947.

Lo sucedido en ese campo, argumentó Denson ante el tribunal, constituía "un capítulo de infamia y sadismo sin parangón en la historia documentada". De entre todos los episodios registrados, ninguno resultaba

más escabroso que el de Ilse Koch, la viuda del primer comandante de Buchenwald. Antes incluso de que comenzara el juicio, recordaba Heidenberger, algunos de los futuros testigos empezaron a divulgar a los medios “historias de lo más salvajes sobre ella, como un monstruo sexual”. Interrogados por Denson, los antiguos internos del campo testificaron que le encantaba provocar sexualmente a los prisioneros… para después ordenar que les dieran una paliza o los mataran.

El prisionero Kurt Froboess estaba un día cavando junto a la valla para instalar unos cables cuando vio a Koch de pie a su lado. “Llevaba una falda muy corta y me miraba desde arriba con las piernas separadas, sin ropa interior”, afirmó. En ese momento empezó a preguntar a los prisioneros qué demonios estaban mirando y se puso a golpearlos con una fusta.

Otros testigos aseguraron que utilizaba piel humana para fabricar pantallas de lámpara y fundas de cuchillo o incluso para encuadernar sus libros. “También se decía que los prisioneros tatuados solían acabar en el hospital si Koch se fijaba en ellos mientras trabajaban –afirmó Kurte Sitte, que pasó toda la guerra en Buchenwald–. Allí los mataban y los despellejaban para arrancarles los tatuajes”.

Heidenberger tuvo que cubrir como periodista todos estos testimonios y no alberga duda alguna de la culpabilidad de Koch ni de su brutalidad sistemática, pero también admite que muchos de los rumores no tenían base alguna. Llegó al juicio con una reputación de sádica “hipersexualizada” que la acompañó durante todo el proceso; los internos la odiaban con especial virulencia por su manera de mezclar sexualidad y poder. Cuando subió a testificar, el hecho de que estuviera visiblemente embarazada –aunque no había salido de la cárcel desde su detención– no hizo sino despertar más comentarios y escandalizar de nuevo a los asistentes al juicio. Los periodistas se devanaban los sesos para encontrarle un apodo adecuado. Según Heidenberger, un reportero de *Stars and Stripes* irrumpió un día en la sala de prensa para anunciar: “Ya lo tengo. Llamémosla ‘la perra de Buchenwald’”.

El apodo funcionó y se convirtió en la diablesa de los juicios. No le ayudó que la fiscalía presentara como prueba la cabeza jibarizada de un prisionero polaco que supuestamente había escapado del campo para luego ser detenido y ejecutado. Según uno de los testigos, las autoridades del campo exhibían la cabeza ante los nuevos visitantes. Aunque la fiscalía

reconoció que no había manera de vincular directamente a Koch con este hecho, la cabeza se admitió como prueba.

Soloman Surowitz, uno de los abogados americanos que formaban parte del equipo de Denson en el juicio de Buchenwald, acabó dándose cuenta de que todo el alboroto en torno a Koch estaba perjudicando al juicio como tal, con lo que abandonó el caso. "No puedo soportarlo más –le dijo a Denson–. Ya no me creo ni a nuestros propios testigos. Son todo rumores".

Los dos hombres se separaron sin acritud y Denson siguió adelante, convencido de que tenía que seguir aportando todas las pruebas que pudiera, que eran lo suficientemente poderosas para condenarla independientemente de la veracidad o no de las afirmaciones más sensacionalistas. A Koch la sentenciaron a cadena perpetua, pero su caso aún seguiría dando que hablar, especialmente cuando la opinión pública empezó a hacerse más inquisitiva respecto a los juicios por los crímenes de guerra. Ya de regreso a Estados Unidos, Denson tendría que justificarse por sus acusaciones a Koch, especialmente cuando las historias acerca de las pantallas de lámpara hechas con piel humana empezaron a resultar cuando menos cuestionables.

Heidenberger reconoce sus propios errores al dar pábulo en sus artículos a determinadas historias sin verificar, contribuyendo así a la atmósfera sensacionalista que rodeaba al juicio. De lo que no tiene duda es de que Koch y los otros acusados en el proceso de Buchenwald se ganaron a pulso su veredicto de culpabilidad. A pesar de sus defectos, aquellos juicios lo convencieron de que se había equivocado al afirmar, nada más acabar la guerra, que los principales responsables del horror debían morir ejecutados en el acto en lugar de disfrutar de un proceso judicial. "Con todos sus problemas legales, los juicios a los criminales de guerra nos han proporcionado los detalles más exactos y fiables de lo que realmente sucedió durante el Holocausto", es su conclusión.

En 1952, Heidenberger emigró a Estados Unidos con su mujer y sus dos hijos. Se convirtió en uno de los primeros reporteros alemanes en Washington después de la guerra, un habitual de las conferencias de prensa de Truman en la Casa Blanca. Como ya había estudiado derecho en Alemania, pronto se matriculó en la facultad de Derecho de la universidad George Washington. Una vez licenciado, inició su propia carrera como abogado en Washington, representando en ocasiones a las víctimas que exigían una reparación legal por parte del gobierno alemán; posteriormente

trabajaría como consejero del propio gobierno alemán en casos relacionados con el Holocausto. Uno de sus primeros colegas y mentores fue su viejo amigo William Denson.

IV
LA REGLA DEL PINGÜINO

"Tenía un tono de voz bien modulado, unas manos preciosas y muy cuidadas, y se movía con gracia y confianza en sí mismo. La única mácula a tanta perfección era que había matado a noventa mil personas".
(El juez Michael Musmanno, en su descripción del acusado Otto Ohlendorf, durante el juicio a los comandantes jefe de los *Einsatzgruppen*, los escuadrones especiales desplegados en el frente oriental).

*C*uando lo visité en su modesto bungalow de una sola habitación en Delray Beach, Florida, a principios de 2013, Benjamin Ferencz parecía el típico jubilado: con una gorra de marinero, una camiseta azul de manga corta y unos pantalones azul marino sostenidos por unos tirantes negros, me esperaba sentado en un sillón colocado en el porche.

Este hombre de noventa y tres años que apenas si llegaba al metro y medio de estatura podía parecer el anciano más insulso del mundo hasta que flexionaba los bíceps y dejaba ver los resultados de su actividad diaria en el gimnasio. Tampoco defraudaba cuando se ponía a contar sus recuerdos de la facultad de derecho de Harvard, donde estudió gracias a una beca pese a haber crecido en uno de los barrios más duros de Nueva York, el conocido como *Hell's Kitchen* [la cocina del infierno], o cómo abandonó su lancha de asalto para correr fusil en mano hacia Omaha Beach, con el agua hasta la cintura mientras a sus compañeros apenas les llegaba a las rodillas.

Lo más impactante, sin embargo, era su explicación de cómo, gracias a una mezcla de suerte y perseverancia, acabó, a los veintisiete años, en Núremberg, ejerciendo de fiscal jefe en lo que la Associated Press llamó, sin exagerar, "el mayor juicio por asesinato de la historia". El problema es

que dicho juicio, como sucedería con los de Dachau, quedó completamente eclipsado por los procesos del Tribunal Militar Internacional contra los grandes líderes nazis, que coparon todos los titulares y convirtieron el resto de encausamientos de aquellos meses en poco más que una breve nota a pie de página dentro de los anales de la historia.

Nacido en Transilvania, en el seno de una familia judía húngara que se trasladó a Estados Unidos cuando él era un niño, Ferencz siempre había sido un peleón que se dejaba llevar por sus pasiones y no se achantaba ante ningún reto. Vivía en el sótano de uno de los edificios de Hell's Kitchen, donde su padre trabajaba como portero, y al principio le impidieron entrar en el colegio público del barrio porque, aunque tenía seis años, solo hablaba yidis y parecía mucho menor por su estatura. Tuvo que pasar por diversos colegios en distintas partes de la ciudad hasta que quedó claro que tenía un "talento especial". Se convirtió en la primera persona de su familia en ir a la universidad y no paró hasta conseguir su licenciatura en derecho por la universidad de Harvard, sumando beca tras beca.

A finales de 1944, el cabo Ferencz aún estaba combatiendo en el cuerpo de infantería cuando lo trasladaron a la sección de fiscales militares del tercer batallón del general Patton, lo que lo entusiasmó, especialmente cuando le dijeron que formaría parte de un nuevo equipo dedicado a los crímenes de guerra. Las tropas estadounidenses luchaban por entrar en Alemania y conforme se acercaban iban llegando más y más informes de aviadores aliados que, tras caer en territorio alemán con sus paracaídas, habían sido asesinados por los vecinos del lugar.

La investigación de estos casos corrió a cargo de Ferencz, así como la detención de los responsables. "Mi autoridad se basaba en la pistola de calibre cuarenta y cinco que me colgaba del cinto y la presencia abrumadora de las tropas del ejército estadounidense en cada ciudad que visitaba –señaló–. En aquellas circunstancias, los alemanes se volvieron muy obedientes y no recuerdo que ofrecieran resistencia alguna".

A pesar de su tamaño, Ferencz era un claro ejemplar del típico neoyorquino descarado. Cuando el general Patton se asentó definitivamente a las afueras de Múnich, Marlene Dietrich fue a visitar a las tropas y montó una pequeña actuación en su honor. Aquel día, a Ferencz le tocaba limpiar los lavabos. Como era el que había llegado más tarde al grupo, su cometido era asegurarse de que nadie molestara a la cantante ni entrara en su habitación mientras se daba un baño. "Después de esperar un tiempo

razonable –para asegurarme de que al menos se hubiera metido en la bañera– y dispuesto a cumplir con mis tareas, entré sin más en el cuarto de baño donde ella se sumergía tranquila y radiante en su esplendor". Pero aquello debió ser demasiado incluso para un tipo tan echado para adelante como Ferencz y se retiró inmediatamente con un "Oh, discúlpeme, señor".

A Dietrich le hizo gracia que se disculpara, especialmente que utilizara la palabra "señor". Cuando se enteró de que era abogado por Harvard, le pidió que la acompañara a una comida que tenía con unos oficiales. Como Ferencz no era más que un cabo, le sugirió a Dietrich que lo presentara como un viejo amigo europeo, cosa que ella hizo encantada. De esta manera pasó de limpiar los baños a comer sentado delante de una de las grandes estrellas de la época. Antes de que Patton la acompañara al salir, Dietrich le dio a Ferencz su tarjeta.

Aunque se tomaba en serio los casos de aviadores derribados, Ferencz no se dejaba llevar por los deseos de venganza. A veces, incluso tenía sentimientos encontrados al respecto. Durante la investigación de la paliza y posterior asesinato a un piloto derribado después de un bombardeo cerca de Frankfurt, le tocó interrogar a una joven que se había unido al linchamiento. La joven admitió su participación pero, a lágrima viva, le explicó que sus dos hijos habían muerto en el bombardeo. Conmocionado y movido por un cierto sentido de culpa, Ferencz se limitó a ponerla bajo arresto domiciliario. "Lo cierto es que me dio pena", recordaría más tarde. Todo lo contrario le sucedió con el bombero que, según los presentes, había dado la puntilla al piloto y después se había puesto a presumir delante de todos de que estaba cubierto de sangre estadounidense.

Meses más tarde, Ferencz asistió al juicio por crímenes de guerra en el que se acusaba a ambos. El bombero fue condenado a muerte. Cuando el juez anunció una sentencia de dos años para la joven, inmediatamente esta se desmayó. Ferencz pidió la presencia de un médico que comprobó que la mujer no corría peligro, pero de paso le dio una información inesperada: estaba embarazada, y el padre era uno de los soldados estadounidenses que la vigilaban en su domicilio. "En tiempos de guerra, pasan cosas muy extrañas", señaló Ferencz.

El ánimo del joven investigador cambió drásticamente cuando le asignaron una nueva misión: entrar en los campos de concentración recién liberados y reunir cualquier tipo de prueba que pudiera ser utilizada contra aquellos al cargo de esos osarios. En un principio, lo que vio campo tras

campo –los cuerpos desparramados por todas partes, los supervivientes esqueléticos– le resultaba incluso difícil de creer. “Mi cerebro no podía aceptar lo que veían mis ojos –escribiría más tarde–. Había entrado en el infierno”. En Buchenwald recogió dos cabezas reducidas de prisioneros que los oficiales de la SS tenían a la vista de todo el mundo. Servirían como prueba para Denson en el juicio posterior.

Ferencz sintió cómo la rabia crecía y crecía en su interior, lo que derivó en un deseo incontrolable de unirse a las víctimas cuando les veía perseguir a sus torturadores, hacer algo de inmediato o, a veces, de no hacer nada en absoluto cuando las víctimas se volvían contra sus torturadores. Al llegar al campo de Ebensee, le encargó a un grupo de civiles que pasaban por ahí que recogieran y enterraran los cadáveres. En ese momento, unos internos enfurecidos capturaron a un oficial de la SS, posiblemente el comandante del campo, mientras intentaba huir. Ferencz lo vio todo: cómo golpeaban al hombre y cómo lo ataban a una de las plataformas de metal utilizadas para deslizar los cuerpos en el crematorio: lo acercaron y alejaron de las llamas hasta asarlo vivo. “Lo vi y no hice nada –recordaría Ferencz–. Ni siquiera me sentía con ganas de intervenir”.

En Mauthausen, encontró montones de huesos humanos apilados en el fondo de una cantera, los restos de los trabajadores esclavos a los que tiraban por un precipicio cuando no les quedaban fuerzas para seguir trabajando. De camino a la cercana Linz, expulsó a una familia nazi de su casa para que sus hombres pudieran descansar. Antes de regresar a Mauthausen la mañana siguiente, vació los vestidores y los armarios y se llevó al campo toda la ropa que encontró para los prisioneros, que iban casi desnudos. Esa noche, una joven que vivía en la casa volvió para ver si podía recuperar algo de ropa. “Usted misma”, le contestó Ferencz. Cuando vio los armarios vacíos, empezó a gritar que le habían robado.

“No estaba de humor para que un alemán me llamara ladrón a la cara”, afirmó Ferencz. Así que agarró a la joven por la muñeca, aún entre gritos, y bajó con ella por las escaleras, mientras le explicaba que iba a llevarla al campo para que pudiera pedirles personalmente a los prisioneros que le devolvieran la ropa. Aterrorizada, ella se puso a gritar con más fuerza aún, pidiendo que la dejara marcharse. Ferencz consintió, pero con la condición de que le dijera a todo el mundo que esa ropa la había regalado, que nadie se la había robado. Su enfado sirvió para darle una lección a esa chica de quién era en realidad el perjudicado en toda esa historia.

***

Ferencz aprovechó un permiso para volver a Estados Unidos y casarse. Poco después, regresó a Alemania para unirse al equipo del general Taylor que estaba trabajando en los juicios por crímenes de guerra de Núremberg. El primero de esos juicios y, como sabemos, el más famoso, celebrado por el Tribunal Militar Internacional, había acabado con la condena a muerte de los principales líderes nazis como Göring, Ribbentrop y Keitel el 1 de octubre de 1946, pero aún restaban una docena más de juicios en Núremberg, esta vez bajo la jurisdicción del ejército de Estados Unidos. El origen de uno de ellos hay que buscarlo en un encuentro casual en Berlín que cambió la vida de Ferencz.

A su regreso a Alemania junto a su nueva esposa, Ferencz fue enviado a Berlín para crear un nuevo equipo de investigadores de crímenes de guerra. En la primavera de 1947, uno de sus mejores hombres irrumpió en su despacho para informarle de un importante descubrimiento. Rebuscando en un edificio anexo al aeropuerto de Tempelhof, propiedad del ministerio de Asuntos Exteriores, había encontrado una serie de documentos clave enviados a la Gestapo. Informaban al detalle, día a día, de las ejecuciones masivas y de los primeros experimentos con gas contra judíos, gitanos y otros "enemigos" civiles del frente oriental por parte de los *Einsatzgruppen*, los escuadrones especiales de ejecución que se encargaban de dichas tareas antes de que las matanzas se trasladaran a las cámaras de gas de los campos.

Ferencz cogió una pequeña calculadora y empezó a sumar el número de víctimas mencionadas en estos informes. "Cuando pasé del millón dejé de contar. Era demasiado para mí". Ferencz se desplazó a Núremberg inmediatamente para informar a Taylor, instándole a que utilizara estas pruebas para abrir otro juicio. Este descubrimiento casual ofrecía la información precisa de qué unidad –y qué comandantes– habían sido los responsables de las matanzas a gran escala de judíos, gitanos y demás civiles durante el ataque del ejército alemán a la Unión Soviética en 1941.

La primera reacción de Taylor fue más calmada –y más calculada– de lo que Ferencz había esperado. El general le explicó que era improbable que el Pentágono dedicara más dinero y más personal para más juicios aparte de los ya planificados. Además, la gente ya estaba cansada. Ferencz insistió, ofreciéndose como voluntario para llevar el caso, además de sus restantes

tareas, si nadie más se hacía responsable. "De acuerdo, es tuyo", consintió Taylor, convirtiéndolo así en el fiscal jefe. Solo tenía veintisiete años.

Ferencz se mudó a Núremberg para preparar la acusación. El reto consistía en manejar adecuadamente esa enorme cantidad de pruebas contra los aproximadamente tres mil miembros de *Einsatzgruppen* que habían asesinado metódicamente a cientos de miles de civiles en el frente oriental. Ferencz me explicó que al final decidió procesar tan solo a los oficiales de la SS más veteranos y con mejor formación, puesto que era imposible ir más lejos. De entrada, la sala de Núremberg solo tenía veinticuatro asientos reservados para los acusados. Ferencz siempre reconoció que "la justicia es imperfecta" y que solo pudo llevar a juicio a una "pequeñísima parte de los muchos responsables de esas matanzas". De los veinticuatro que decidió procesar en un principio, uno se suicidó antes y otro sufrió un colapso durante la lectura de los cargos, lo que dejó la cifra en veintidós.

El juicio duró desde el 29 de septiembre de 1947 hasta el 12 de febrero de 1948, pero Ferencz despachó el alegato de la acusación en solo dos días. "Supongo que aparecerá en el Libro Guinness de los Récords como la actuación más rápida de un fiscal en un juicio de tanta importancia", escribiría más tarde. Estaba convencido de que los documentos ofrecían pruebas mucho más concluyentes que cualquier testimonio oral. "No llamé a declarar a ningún testigo y tenía mis motivos para hacerlo –explicó–. Puede que no tuviera ninguna experiencia en aquel momento pero en Harvard me había aprendido el derecho criminal de pe a pa. Sabía que los peores testigos son los que cuentan lo que vieron, su impresión personal… en este caso, yo tenía documentos, informes, y podía demostrar que eran válidos, aunque, por supuesto, la defensa se empeñara en lo contrario".

En su alegato inicial, Ferencz acusó a los procesados de "la matanza deliberada de más de un millón de hombres, mujeres y niños inocentes e indefensos […] dictada no por necesidades militares sino por esa perversión suprema del pensamiento que es la teoría nazi según la cual los alemanes son una raza superior". A continuación, desgranó las cifras para demostrar exactamente cómo sucedió todo. Las pruebas dejaban claro que los cuatro *Einsatzgruppen*, cada uno de ellos compuesto por entre quinientos y ochocientos hombres, "promediaban unos mil trescientos cincuenta asesinatos al día durante un periodo de dos años; mil trescientos cincuenta seres humanos asesinados cada día, siete días a la semana, durante más de cien semanas".

Ferencz utilizó un término nuevo para describir los crímenes de los acusados: genocidio. La expresión la había acuñado Raphael Lemkin, un abogado judío polaco que tuvo que huir de su país y que ya en 1933 había intentado avisar al mundo de que Hitler iba muy en serio en su amenaza de exterminar a toda una raza. Ferencz conoció a Lemkin –"un tipo algo perdido y desaliñado, con una mirada salvaje y llena de dolor"– en las salas del tribunal de Núremberg, donde ejercía presión para que el genocidio se reconociera como un nuevo tipo de delito a nivel internacional.

"Como el viejo marinero del poema de Coleridge, agarraba por banda al primero que encontraba para contarle la historia de cómo los alemanes habían acabado con su familia –recordaba Ferencz–. A los judíos los mataban simplemente por ser judíos". Una vez acabado el relato, rogaba a su interlocutor que lo apoyara para que se reconociera el genocidio como un crimen con una consideración especial. Ferencz incluyó deliberadamente el término en su alegato inicial como guiño a las insistentes peticiones de Lemkin, definiéndolo como "el exterminio de una categoría entera de seres humanos".

El joven fiscal concluyó su presentación con una frase que influyó en todos aquellos que en las décadas posteriores dedicarían su vida a buscar una justicia que se correspondiera con los monumentales crímenes cometidos; de hecho, el responsable de los nuevos tribunales especiales de las Naciones Unidos para los crímenes de Yugoslavia y Ruanda la citaría cincuenta años más tarde: "Si estos hombres quedan impunes, entonces la ley ha perdido su sentido y la humanidad tendrá que vivir con miedo", declaró Ferencz. Como al segundo día ya había expuesto todo lo necesario para su acusación, los meses restantes del juicio se dedicaron al testimonio de los acusados.

Michael Musmanno, el juez al cargo del caso, proveniente de Pensilvania, pronto se dio cuenta de que a Ferencz "no le interesaba la retórica sino las cifras puras y duras", y describió al fiscal "como un David que se crecía para estar a la altura de Goliat", demoliendo cada intento de la defensa de desviar responsabilidades o de alegar que habían intentado ser todo lo "humanos" posible mientras cumplían con sus tareas de muerte y destrucción.

A Musmanno lo acompañaban otros dos jueces que lo ayudaban a llevar el juicio pero, como Ferencz pronto advirtió, en realidad era él quien dominaba por completo los procedimientos. Hijo de inmigrantes italianos,

Musmanno había defendido a los famosos anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti en los años 20, y de vez en cuando le gustaba mostrar sus dotes teatrales. A mediados de los años 30, cuando ya ejercía de juez en una corte penal, se embarcó en una cruzada contra el alcohol al volante, dictaminando que veinticinco hombres que estaban en prisión por delitos relacionados con el alcohol asistieran al funeral de un minero asesinado por un conductor borracho. También avisó de que cualquiera que cuestionara la existencia de Papa Noel –cualquiera que contribuyera al sufrimiento de un niño, en sus palabras– incurriría en desacato al tribunal. “Si la ley ampara a las personas sin identificar, no veo por qué no puede amparar a Papa Noel”, afirmó.

Al principio, Ferencz no sabía cómo lidiar con esta figura tan excéntrica. Le molestaba el hecho de que Musmanno denegara continuamente sus protestas cuando la defensa presentaba pruebas que en su opinión no eran sino “meros rumores, documentos claramente falsificados o testigos interesados que debían ser excluidos del proceso”. Fue entonces cuando el juez le dijo a las claras a Ferencz y a su equipo lo que ellos ya sospechaban: iba a seguir aceptando todo lo que aportara la defensa “incluso, si es necesario, la vida sexual de un pingüino”, lo que sirvió para acuñar el término “La regla del pingüino”.

Pero Ferencz también se dio cuenta de que a Musmanno le fascinaban los testimonios de acusados como Otto Ohlendorf, padre de cinco hijos que había estudiado derecho y económicas, presumía de su doctorado en jurisprudencia y había comandado el *Einsatzgruppe* D, probablemente el más temido y violento de todos los escuadrones de la muerte. El joven fiscal había incluido a Ohlendorf precisamente porque lo consideraba uno de los asesinos en serie más cultos de la historia.

En un momento dado, Musmanno se dirigió personalmente a Ohlendorf, eligiendo cuidadosamente sus palabras: “El soldado que va a la batalla sabe que debe matar, pero entiende que solo puede hacerlo en el caso de encontrarse con un enemigo con sus mismas armas. Ahora bien, usted se dedicaba a disparar a gente indefensa. ¿Nunca llegó a plantearse hasta qué punto era inmoral una orden de ese tipo? Supongamos que la orden hubiera sido –y no pretendo ofenderlo con esta pregunta– matar a su hermana. ¿No habría evaluado moralmente esa orden de manera instintiva para decidir si era correcta o incorrecta –moralmente hablando, no me refiero a la política

ni al ámbito de lo militar– en términos de humanidad, conciencia y justicia?”.

A Ohlendorf pareció desconcertarle la pregunta; abría y cerraba el puño y sus ojos recorrieron toda la sala. Como Musmanno recordaría más tarde: “Era consciente de que un hombre capaz de matar a su propia hermana no podía considerarse un ser humano”. Lo único que podía hacer era intentar evitar contestar a la pregunta. “No estoy en disposición, su señoría, de aislar este caso que usted me cita respecto a los otros”, contestó.

A los ojos de la acusación, Ohlendorf no solo seguía insistiendo en que no era su competencia cuestionar las órdenes que recibía sino que intentaba presentar las ejecuciones como actos de defensa propia, puesto que, como Ferencz resumiría posteriormente en su alegato final: “Alemania se veía amenazada por el comunismo, los judíos eran meros abanderados de los bolcheviques y en los gitanos no se podía confiar”.

Este tipo de razonamiento desde luego no ayudó mucho a Ohlendorf ni a los otros acusados en su defensa. Sobre todo porque todos estaban en condiciones de saber lo que hacían, algo que no se le escapaba a Musmanno: “Si uno entrara en una biblioteca pública, le resultaría muy difícil encontrar estudiando allí a hombres más cultos y formados que los que ocupaban los asientos de los acusados durante el juicio a los *Einsatzgruppen* en Núremberg”, escribiría más tarde.

El general Taylor, que fue quien salió a pronunciar el alegato final de la acusación, enfatizó que los acusados eran las cabezas visibles del numeroso grupo de “ejecutores de un gigantesco programa de exterminio” y que la documentación demostraba claramente “su participación en los delitos de genocidio, así como en los muchos otros crímenes de guerra y contra la humanidad de los que se les acusa”. Es significativo que Taylor, que tenía a su cargo el resto de juicios de Núremberg, se uniera a Ferencz en el uso del nuevo término de genocidio, acuñado por Lemkin.

Cuando ejercía de juez en Pensilvania, Musmanno nunca llegó a condenar a nadie a muerte. Era un católico devoto y, de hecho, la idea de tener que hacer algo así le obligó a retirarse a un monasterio cercano durante varios días. Ferencz no había solicitado explícitamente la pena capital contra los acusados pero dejó claro que “no hay condena posible a la altura del crimen cometido”.

Llegado el momento, el juez entró en la sala para emitir su veredicto y Ferencz se quedó sorprendido al oír sus palabras: “Musmanno fue mucho

más severo de lo que yo esperaba –recuerda el fiscal–. Cada vez que decía 'Muerte por ahorcamiento' la frase resonaba como un martillazo en mi cabeza". El juez emitió dicho veredicto trece veces y condenó a los demás acusados a penas de prisión que iban de los diez años a la cadena perpetua.

Ferencz entendió por fin por qué Musmanno había insistido en "la regla del pingüino". Su intención era que el acusado "tuviera todas las opciones legales de defenderse", en palabras del propio Ferencz. "Estaba convencido de que no conseguirían engañarlo y de que al final, el tribunal tendría la última palabra". Cuando fue así, "de repente, mi respeto y mi afecto por el juez Michael Musmanno se multiplicaron", concluyó.

Mucho más tarde, como sucediera con los veredictos de Dachau, los cargos se revisarían y algunas sentencias se reducirían. Desde la distancia de sus noventa y tres años, Ferencz hacía el siguiente resumen: "Tenía datos incriminatorios sobre tres mil miembros de los *Einsatzgruppen* que salían cada día de caza y mataban a todos los judíos y gitanos que encontraban a su paso. Procesé a veintidós y los veintidós fueron condenados, trece de ellos a morir en la horca. De esos trece, solo cuatro fueron ejecutados y el resto salió de la cárcel al cabo de unos pocos años". Con un gesto sombrío, añadió: "A los otros tres mil… no les pasó nada. Habían cometido asesinatos en masa cada día".

Aunque Ferencz estaba orgulloso de su actuación, algunas de sus experiencias en Núremberg –en especial, la actitud de los acusados y de sus cómplices– le resultaron frustrantes. Fuera de la sala evitó hablar con los hombres a los que había procesado, excepto con uno: Ohlendorf. Ferencz intercambió unas pocas palabras con él después de que lo condenaran a muerte. "Los judíos en Estados Unidos pagarán por esto", le dijo el condenado, uno de los cuatro que acabaron en la horca. Según Ferencz: "Murió convencido de que él tenía razón y de que yo estaba equivocado".

Pocos alemanes se expresaron ante los vencedores con tanta crudeza, pero tampoco era habitual que mostraran arrepentimiento: "En todo el tiempo que pasé en Alemania, ningún alemán vino a decirme lo siento –señaló Ferencz–. Esa fue mi mayor decepción: nadie, incluyendo a los asesinos en masa a los que llevé a juicio, pidió siquiera disculpas. Esa era su mentalidad".

"¿Dónde quedaba la justicia? –continuó–. No fue más que una cuestión simbólica, un primer paso, eso es todo lo que pudimos hacer".

Al cabo Harold Burson, el ingeniero de combate de veinticuatro años que cubrió los procesos del Tribunal Militar Internacional en Núremberg contra los principales líderes nazis para la emisora de las Fuerzas Armadas, lo exasperaba que los alemanes se pasaran el día jurando que ellos ni habían apoyado nunca a los nazis ni sabían lo que habían hecho. "No conocí a nadie que fuera un nazi o que supiera lo que eran los campos de concentración", recordaba con ironía. O, en palabras de Richard Sonnenfeldt, un judío alemán que había huido de su patria, se había enrolado en el ejército de Estados Unidos y después ejercería de intérprete jefe en Núremberg: "Lo más interesante de la posguerra en Alemania era que los nazis ¡habían desaparecido junto a los judíos!". Estos esfuerzos por parte de los alemanes por intentar justificarse a sí mismos ante los vencedores se hicieron tan habituales que el dramaturgo y guionista Abby Mann decidió ridiculizarlos cuando escribió su obra *Vencedores o vencidos (El juicio de Núremberg)*. "En Alemania no hay nazis –le confiesa en privado el fiscal americano al juez antes de que empiece el juicio–. ¿No lo sabía, juez? Los esquimales invadieron Alemania y se apoderaron del país. Por eso pasaron luego cosas tan horribles. ¡No fue culpa de los alemanes, sino de esos malditos esquimales!".

Burson estaba convencido de la importancia crucial de los juicios de Núremberg precisamente porque el pueblo alemán necesitaba ver las acciones del Tercer Reich pintadas hasta el más mínimo detalle. "Había que grabárselo a fuego para que no lo olvidaran nunca", afirmó. Las figuras clave en el juicio tenían una visión aún más amplia de lo que era su tarea. En su alegato inicial ante el Tribunal Militar Internacional, sir Hartley Shawcross, el fiscal jefe del ejército británico, afirmó que los procesos "supondrán un antes y un después en la historia contemporánea y servirán de documento imparcial de autoridad al que los historiadores del futuro recurrirán en busca de la verdad y los políticos del futuro temerán como advertencia".

Las intervenciones diarias de Burson en la radio reflejaban que era consciente de estar viviendo un evento trascendental. "Los espectadores en la sala fueron conscientes en el día de hoy de que estaban formando parte de la configuración de la historia moderna", escribió al inicio de los procesos. Los jueces de las cuatro potencias victoriosas –Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética– "aparecieron en la sala para

dar comienzo al primer intento mundial de establecer una ley internacional como verdadera ley entre las naciones”.

A menudo, entre sus compañeros de armas, Burson tenía que oír quejas en voz baja sobre la inutilidad de los juicios: la ejecución sumaria de los líderes nazis habría sido más rápida y más sencilla. En sus crónicas, Burson contradecía esta idea, citando la argumentación de Robert H. Jackson, miembro del Tribunal Supremo y fiscal jefe de la acusación en nombre de Estados Unidos en este juicio estrella: “No debemos olvidar que los parámetros que utilicemos para juzgar hoy a estos acusados serán los que utilice la historia para juzgarnos a nosotros”. O, como afirmaría Burson en su crónica: “No es nuestra intención comportarnos como lo harían los nazis: sacarlos ahí fuera y pegarles tres tiros […] nuestro concepto de la legalidad no entiende de linchamientos. Estableceremos los castigos que exijan las pruebas”.

Casi siete décadas después, Burson –quien acabaría como cofundador del gigante de las relaciones públicas internacionales Burson-Marsteller– admitía: “Mis crónicas tienen un punto de inocencia que quizá no tendrían hoy”, especialmente en lo que respecta a su convencimiento de que las recién formadas Naciones Unidas evitarían crímenes de ese tipo en el futuro. Con todo, nunca dudó de la sinceridad de Jackson, el artífice de buena parte de la estrategia de Núremberg, a la hora de “permitirles un juicio tan imparcial como fuera posible, dentro de las limitaciones de que los vencedores juzguen a los vencidos” y establecer así nuevos estándares para la justicia internacional.

Entre los reporteros más veteranos, incluyendo algunos tan famosos como William Shirer, Walter Lippmann y John Dos Passos, había gran escepticismo, al menos al principio: “Esto no es más que un paripé, no va a durar mucho, la mayoría van a ser ejecutados de todas maneras”; esa era, según Burson, su actitud. En Estados Unidos, el dramatismo que rodeaba la sala de Núremberg no solo provocaba escepticismo sino, a menudo, una oposición frontal que venía de ambos lados del espectro político.

Milton Mayer escribió en su columna para *The Progressive* que “la venganza no resucitará a los muertos ni a los torturados” y que las pruebas sacadas de los campos de concentración liberados “no serían suficientes para condenar a nadie a muerte en un tribunal ordinario estadounidense”. En *The Nation*, el crítico James Agee llegó a sugerir que las imágenes grabadas de la liberación de Dachau eran exageraciones con fines

propagandísticos. Cuando el Tribunal Militar Internacional ya había anunciado sus veredictos, justo antes de las ejecuciones, el senador republicano Robert A. Taft declaró: “Hay en todo este juicio un espíritu de venganza, y la venganza rara vez es justicia”. La ejecución de los once condenados, añadió, “será un borrón en la historia de Estados Unidos que lamentaremos durante mucho tiempo”. (Como ya se señaló, al final fueron diez los ahorcados porque Göring se suicidó).

Incluso los que veían los juicios como un primer paso decisivo a la hora de establecer nuevas normas de justicia albergaban ciertas dudas sobre su validez. “Castigar a los criminales de guerra alemanes hizo que todo el mundo percibiera que en las relaciones internacionales, como en la sociedad civil, no se podía permitir que un crimen quedara impune –declaró Raphael Lemkin, el abogado polaco que había acuñado la palabra genocidio–. Sin embargo, las consecuencias puramente jurídicas de los procesos fueron del todo insuficientes”. La presión constante acabaría dando sus frutos en 1948 cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Convención de Prevención y Castigo del Delito de Genocidio.

Buena parte de los componentes de los equipos legales que se dieron cita en Núremberg apenas tuvieron tiempo para reflexionar sobre las connotaciones más profundas de los juicios. “Los que estábamos involucrados en los juicios de Núremberg no acabábamos de percibir su valor histórico –afirmó Ferencz–. Muchos de nosotros éramos muy jóvenes y estábamos aún envueltos en la euforia de la victoria y la excitación de las nuevas aventuras”. Incluso en pleno juicio, no faltaban lugares de esparcimiento y momentos de celebración. Herman Obermayer, el joven soldado judío que había colaborado con el verdugo John Woods en sus primeras ejecuciones, asistió un día a una de las sesiones del juicio principal, en el que se juzgaba a Göring, junto a otros, y esa misma noche se fue a ver a las Radio City Rockettes, que habían viajado a Alemania para entretener a las tropas.

Pese a todo, y aunque las implicaciones a largo plazo no estuvieran del todo claras, debió de resultar difícil para aquellos que se vieron envueltos en los juicios en algún momento, por corto que fuera, no apreciar el significado y el simbolismo de los mismos. Gerald Schwab, quien, junto al resto de su familia judía, había huido de Alemania en 1940 para establecerse en Estados Unidos, se enroló en el ejército estadounidense y combatió como artillero en la campaña de liberación de Italia antes de que

sus superiores lo designaran como intérprete para los alemanes capturados. En cuanto se pudo licenciar, decidió ejercer un trabajo similar como civil en Núremberg. “Me pareció algo maravilloso: era fácil darse cuenta de que estabas participando en algo histórico”, recuerda.

Schwab no solía hablar de su condición de alemán judío con los acusados porque consideraba que ya tenían suficiente con lo suyo, pero cuando se encontró en la misma habitación que el mariscal de campo Albert Kesselring, quien esperaba para testificar, el veterano comandante le preguntó dónde había aprendido alemán. Schwab le explicó sus orígenes y cómo su familia había conseguido escapar en el último momento. “Debe de provocarle una enorme satisfacción estar aquí”, apuntó Kesselring. “Desde luego, mariscal”, contestó Schwab.

Entre los alemanes, la queja más habitual era que los juicios no eran sino la justicia de los vencedores. “No, no se trataba de eso –replica Ferencz enérgicamente–. Si hubiéramos querido imponer nuestra justicia, habríamos agarrado a medio millón de alemanes y los habríamos matado”. No se trataba de vengarse, continuó; al contrario, el objetivo era “demostrar hasta qué punto eran horribles aquellos hechos para disuadir a otros de repetirlos en el futuro”.

En su alegato inicial ante el Tribunal Militar Internacional, el juez Jackson había señalado cuál era el verdadero logro detrás de estos juicios: “Que cuatro grandes naciones, borrachas de victoria y aún heridas por tanto sufrimiento, renuncien a la venganza y voluntariamente sometan a sus enemigos al dictado de la ley es uno de los tributos más significativos que el Poder haya pagado jamás a la Razón”. Es cierto que, si se tiene en cuenta la magnitud de los actos de venganza indiscriminada vividos antes de los juicios, particularmente a manos del Ejército Rojo, la declaración de Jackson podría considerarse excesivamente autocomplaciente, pero sería un error. Precisamente el hecho de que “el poder de la venganza” fuera tan grande y que en sus manos estuviera aún la posibilidad de causar más muerte le daba a Jackson toda la razón.

También estaban en lo cierto los otros miembros de los equipos legales que argumentaron que los juicios, por imperfectos que fueran, habían sido no solo necesarios sino un verdadero éxito. “Nunca se han expuesto con tanto detalle los archivos de una nación en guerra como los de la Alemania nazi en el juicio de Núremberg –escribió Whitney R. Harris, el encargado del caso contra Ernst Kaltenbrunner, el oficial nazi de más alta graduación

de entre los acusados–. El resultado es una documentación sin precedentes en la historia respecto a cualquier gran guerra". Según el general Lucius D. Clay, el gobernador militar de la Alemania recién derrotada, "los juicios culminaron la destrucción del nazismo en Alemania".

Con el paso de los años, Ferencz se fue convenciendo de que los juicios, aparte de su simbolismo a la hora de castigar solo a una fracción de los responsables de los crímenes del Tercer Reich, contribuyeron a un "despertar gradual de la conciencia humana". Tal vez, pero había un argumento aún más imperioso para llevar a cabo dichos juicios, que estaba implícito en las acciones de todos los encargados de que salieran adelante. Fue Robert Kempner, un abogado judío alemán que había escapado a Estados Unidos para regresar como parte del equipo de Jackson, el que mejor lo resumió: "Sin ellos, toda esa gente habría muerto sin motivo alguno y no habría responsables y todo volvería a repetirse de nuevo", señaló.

De hecho, los juicios de Dachau y de Núremberg no fueron ni mucho menos el último capítulo en la lucha por llevar a los nazis ante la justicia. Otros se encargarían de seguir el rastro y acusar –al menos ante la opinión pública– a otros nazis durante los siguientes años y las siguientes décadas. De esa manera, se mantuvo la alerta entre un público que, tanto en Alemania como en los demás países, estaba deseando pasar página.

En cualquier caso, los juicios estuvieron lejos de contestar todas las preguntas que la era nazi dejó en el aire. De hecho, las más significativas siguen pendientes de respuesta. El juez Musmanno las resumió en la siguiente reflexión sobre su experiencia en Núremberg:

> El gran problema al que me enfrenté personalmente en el juicio contra los *Einsatzgruppen* no fue decidir si los acusados eran inocentes o culpables. La cuestión se fue resolviendo por sí misma conforme avanzaba el juicio. Lo que me inquietaba como ser humano era la cuestión de cómo y por qué aquellos hombres tan bien formados y educados habían ido tan lejos y se habían desviado tanto de los valores que aprendieron en su infancia, incluyendo el respeto absoluto a las virtudes bíblicas de la honestidad, la caridad y la limpieza de espíritu. ¿Olvidaron por completo aquellas enseñanzas? ¿Habían perdido todo sentido de la moralidad?

Son preguntas que aún se repetirían muchas veces.

V
EL GUARDIÁN DE MI HERMANO

“Un alemán cree que ha muerto como buen alemán si espera en la acera cuando el semáforo está en rojo y cruza cuando se pone en verde, aunque sepa perfectamente que hay un camión que viene a toda velocidad, transgrediendo toda ley, que acabará llevándoselo por delante”.
(El periodista estadounidense William Shirer en una entrada de su diario, citando a una alemana desesperada por la ceguera de sus compatriotas al seguir a Hitler hasta el final, 25 de enero de 1940).

*M*uchos de los que desde un principio consideraron que su deber era llevar a los nazis ante la justicia no eran judíos. Por ejemplo, los fiscales jefe de Núremberg, Robert H. Jackson y Telford Taylor; el juez de los *Einsatzgruppen*, Michael Musmanno, o el fiscal jefe en Dachau, William Denson. Sin embargo, no debería sorprender a nadie el hecho de que otros miembros de los equipos legales en Núremberg y en Dachau, como Benjamin Ferencz, sí lo fueran o que supervivientes del Holocausto como Simon Wiesenthal o Tuvia Friedman estuvieran más que dispuestos a ayudar a los vencedores en todo lo posible para reunir a los asesinos y desarrollar las acusaciones contra ellos. No hacía ninguna falta explicar sus motivos.

Jan Sehn, en cambio, pertenecía a una categoría completamente distinta, el caso más original de cazador de nazis que pueda imaginarse. Se trata de alguien a quien, incluso en nuestros días, prácticamente nadie conoce, ni siquiera en su propio país, Polonia. El Instituto para la Memoria Nacional de Varsovia y los archivos del Museo del Holocausto en Washington están

llenos de testimonios de supervivientes de campos de concentración con su firma como juez instructor al final del documento. También escribió el primer relato detallado de la historia, la organización, los experimentos médicos y las cámaras de gas de Auschwitz, el campo cuyo nombre se ha convertido en sinónimo del Holocausto.

Sehn instruyó el juicio de Rudolf Höss (no confundir con Rudolf Hess, ayudante personal de Hitler, condenado a cadena perpetua en Núremberg), el comandante del campo que subió al patíbulo situado en el "bloque de la muerte" de Auschwitz el 16 de abril de 1947. El lugar se eligió a propósito, en el sitio exacto donde tantas de sus víctimas habían muerto durante años. Una de las aportaciones más significativas de Sehn fue su maña para convencer a Höss de que tenía que escribir un relato personal de su estancia al frente del campo antes de morir ejecutado. El volumen resultante sigue siendo hoy uno de los testimonios más escalofriantes que se han escrito nunca –si no el que más– de cómo funciona por dentro la mente de un asesino en serie. Curiosamente, esas memorias tampoco son demasiado conocidas y se han perdido entre tanta literatura acerca de los crímenes del Tercer Reich, olvidando casi su impacto.

Tal vez la razón por la que Sehn y su legado han recibido tan poca atención hay que buscarla en el hecho de que no dejó nada personal para el recuerdo: ni diarios, ni libros de memorias, ni siquiera artículos en los que se intuyera algún tipo de autorretrato. Sus escritos no eran más que informes y transcripciones basadas en testimonios y otras pruebas que fue acumulando como miembro de la Alta Comisión para la Investigación de los Crímenes Hitlerianos en Polonia, la Comisión Militar Polaca de Investigación de los Crímenes de Guerra Nazis… y, por supuesto, en su condición de juez instructor en el juicio de Höss y los juicios posteriores del resto de soldados encargados de mantener el régimen de terror de Auschwitz, incluyendo a varios oficiales de la SS. También llevó el caso contra Amon Göth, el sádico comandante del campo de concentración de Plaszow, en Cracovia, reflejado posteriormente en la película de Steven Spielberg *La lista de Schindler.* Tal vez si Sehn no hubiera fallecido en 1965, a los cincuenta y seis años, podría habernos contado algo más de su vida como juez.

O tal vez no. Sehn tenía un motivo de peso para centrarse en su trabajo y no en su peripecia vital. Era consciente de que tenía algo que ocultar y lo ocultó incluso a sus colegas más cercanos hasta el final de su vida.

Todo el mundo sabía que el apellido Sehn venía de Alemania, aunque su origen exacto fuera un misterio. En una región en la que las fronteras iban cambiando con los imperios, aquello no tenía nada de raro. Cuando Jan Sehn nació en 1909 en Tuszów, un pueblecito de Galicia que ahora está en el sudeste de Polonia pero entonces formaba parte del imperio austrohúngaro, los idiomas habituales eran el alemán y el polaco. Arthur Sehn, un sobrino-nieto de Jan nacido medio siglo más tarde, ha intentado rastrear el historial familiar y cree que los Sehn son descendientes de unos colonos alemanes que se desplazaron a Galicia a finales del siglo XVIII por decisión del emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, José II, que gobernaba todo el territorio de los Habsburgo, incluida buena parte del sur de Polonia. Las sucesivas particiones de Polonia a manos de Rusia, Prusia y Austria-Hungría borraron el país del mapa durante más de un siglo.

Tras la Primera Guerra Mundial, Polonia resurgió como estado independiente. Casi toda la familia Sehn permaneció en la región más rural del sudeste, ganándose bien la vida gracias a la agricultura y la ganadería, pero de 1929 a 1933 Jan se fue a Cracovia a estudiar derecho en la universidad Jaguelónica, lo que supuso el comienzo de su carrera en el mundo de las leyes. En 1937, empezó a trabajar en los juzgados de instrucción de Cracovia. Sus antiguos compañeros de trabajo lo recordaban como "un apasionado de la criminología", pero la invasión de Polonia por parte de los alemanes, que supuso en la práctica el estallido de la Segunda Guerra Mundial, hizo que todo quedara en suspenso.

Sehn se quedó en Cracovia durante la guerra y encontró un trabajo como "secretario" de una asociación de restaurantes. No hay evidencia alguna de que simpatizara con los movimientos soterrados de la resistencia polaca o de que colaborara de ninguna manera con las autoridades alemanas; se limitó a intentar sobrevivir durante los seis largos años de ocupación. Sin embargo, la experiencia de los otros miembros de su familia, que se habían quedado en su granja del sudeste, fue muy distinta.

El hermano de Jan, Józef, vivía en un pueblo llamado Bobrowa y tomó una decisión fatal al principio de la ocupación. Una de las primeras cosas que hicieron los nuevos señores alemanes fue animar a los *Volksdeutsche* –los polacos de origen alemán– para que se registraran como alemanes. Su nieto Arthur, el historiador de la familia, descubrió los documentos que muestran que Józef inmediatamente registró a toda su familia: a su mujer, a sus tres hijos y a su padre. Es muy probable que Józef tomara partido por

los vencedores para protegerse a sí mismo y proteger de paso a los suyos. Pronto, por su condición de *Volksdeutsche*, fue nombrado alcalde del pueblo.

Cuando se hizo evidente que Alemania iba a perder la guerra y su ejército estaba en plena retirada, Józef desapareció sin dejar rastro. Ni siquiera sus tres hijos llegaron a saber qué había pasado con él. "A los niños no se les contaba nada", apunta uno de ellos, llamado también Józef. A dos de los chicos los mandaron a Cracovia, donde se quedaron con su tío Jan y su mujer durante varios meses. Su padre, averiguarían más tarde, había huido al noreste, se había cambiado el nombre y había trabajado como guarda forestal en una comunidad aislada –"lo más lejos posible de la civilización", en palabras de Arthur Sehn– hasta su muerte en 1958. En su tumba aparecía su nuevo nombre. Durante todo ese tiempo, había temido que los nuevos dueños de Polonia lo castigaran por colaboracionista.

Aunque Józef y Jan Sehn hubieran tomado caminos separados desde la adolescencia, Jan era muy consciente del papel de su hermano durante la ocupación, como demuestra el que acogiera a dos de sus hijos cuando la guerra estaba a punto de acabar. Había una tercera hermana, que al parecer siguió teniendo contacto de manera indirecta con el fugitivo y es probable que de paso informara a Jan.

Jan y su mujer no tenían hijos, pero eran duros como padrastros. "Era muy serio", recuerda su sobrino Józef. Cuando su mujer le decía a Jan que alguno de los niños se había portado mal, no dudaba en castigarlo a la vieja usanza, con el cinturón. Pero también ayudó a uno de sus sobrinos a conseguir un trabajo temporal en un restaurante de Cracovia y les dio un techo a ambos cuando más lo necesitaban.

Incluso antes de que terminara definitivamente la guerra, Jan empezó su búsqueda de pruebas incriminatorias contra los alemanes. Maria Kozłowska, una vecina suya de Cracovia, más joven que él y que trabajó también en el Instituto de Investigaciones Forenses, que Jan dirigió desde 1949 hasta su muerte, recuerda que en Wroclaw –o Breslau, el nombre original de la ciudad antes de entrar a formar parte de Polonia– "intentaba rescatar documentos incluso entre las ruinas aún humeantes. Viajó por toda Polonia para buscar pruebas".

Kozłowska y muchos otros que más tarde trabajarían con Sehn siempre dieron por hecho que era su pasión por la ley y la justicia lo que le llevaba a acumular pruebas de los crímenes nazis con tanta determinación y

persistencia, levantando las acusaciones que acabarían con muchos de los asesinos en el cadalso. Se dedicaba en exclusiva a ayudar a la nueva Polonia a recuperarse de la devastación que supuso la ocupación alemana y la pérdida de casi seis millones de personas, nada menos que un dieciocho por ciento de su población anterior a la guerra; del total de muertos, aproximadamente tres millones eran judíos polacos, casi el noventa por ciento del total de ese colectivo.

Todo esto le daba buenas razones para dedicarse con tanto ahínco a su misión, pero no era lo único. Aunque los colegas de Sehn sabían que su familia tenía raíces alemanas –el apellido ya era en sí mismo un claro indicativo–, nunca pensaron que eso pudiera ser un factor que influyera en su lucha. Muchos polacos son de ascendencia mixta, así que no había nada raro en su situación familiar… siempre que nadie supiera lo que había pasado con su hermano. Kozłowska sabía que tenía una hermana en Wroclaw, pero no sabía nada acerca del hermano desaparecido y desde luego nada sobre su odisea personal durante la ocupación ni tras la derrota de Alemania.

Es normal que no supiera nada. Arthur, el historiador de la familia, no se atreve a pronunciarse con total seguridad acerca de los motivos de su tío abuelo, pero sospecha que el afán con el que guardaba el secreto acerca de su hermano –que seguramente habría llegado a oídos de los nuevos líderes comunistas de Polonia– también estaba detrás de su búsqueda apasionada de la justicia. “Tal vez pusiera un especial empeño en estar en el lado de los buenos y ser él quien señalara a los malos –afirma–. Puede parecer una explicación algo oportunista… no sé, quizá después de todo, sus motivos fueran claros y puros”.

Fueran cuales fueren esos motivos, Jan Sehn empezó enseguida a dar unos resultados espectaculares.

Rudolf Höss había sido comandante jefe de Auschwitz desde que llegó para supervisar su creación en 1940 hasta finales de 1943. El campo principal se construyó a partir de unos antiguos barracones del ejército situados cerca de la ciudad de Oświęcim, o Auschwitz en alemán, y recibió su primer transporte de setecientos veintiocho polacos en junio de 1940. Se trataba de prisioneros políticos, normalmente afiliados a movimientos de la resistencia. En su mayor parte eran católicos, puesto que la deportación de judíos aún no había comenzado.

Como señalaría Zygmunt Gaudasiński, un antiguo prisionero político: "El campo fue creado con el objeto de destruir a la parte más valiosa de la sociedad polaca y, en parte, los alemanes se salieron con la suya". Algunos prisioneros, como el padre de Gaudasiński, murieron fusilados; la tortura era algo habitual, y la tasa de mortalidad en los primeros días, altísima. Ahora bien, aquellos que no morían enseguida veían cómo sus posibilidades de sobrevivir mejoraban una vez conseguían un trabajo –en las cocinas, los almacenes y demás– que les ofreciera refugio a diario. De los ciento cincuenta mil prisioneros políticos polacos recluidos en Auschwitz, setenta y cinco mil murieron allí.

Cuando Alemania invadió la Unión Soviética en junio de 1941, se empezó a mandar a los prisioneros de guerra soviéticos a Auschwitz. Heinrich Himmler, el jefe de la SS, había calculado que el número de prisioneros de guerra sería enorme y encargó la ampliación del campo con la construcción de un segundo complejo en Birkenau, a unos tres kilómetros de distancia. Los primeros prisioneros de guerra tuvieron que trabajar ayudando a la construcción de las nuevas instalaciones en unas condiciones que horrorizaban incluso a los endurecidos prisioneros políticos polacos. "Se les trataba peor que a cualquier otro prisionero", en palabras de Mieczysław Zawadzki, que trabajaba de enfermera en el ala dedicada a prisioneros de guerra. Solo comían nabos y pequeñas porciones de pan, con lo que a menudo se desmayaban por el hambre, el frío y las palizas que recibían. "Tenían tanta hambre que les cortaban las nalgas a los cadáveres de la morgue y se comían la carne –recordaría posteriormente Zawadzki–. Tuvimos que cerrar con llave la morgue para que no pudieran entrar".

Como la mayoría de los prisioneros de guerra soviéticos moría a las pocas semanas y el flujo del este se había detenido, Himmler le dio la orden a Höss de que preparara el campo para convertirlo en uno de los grandes centros neurálgicos de la Solución Final para los judíos europeos. Los transportes de judíos de toda Europa, coordinados por Adolf Eichmann, transformaron Auschwitz-Birkenau en el más internacional de los campos. Aunque seguía siendo en parte un campo de trabajo y en parte un campo de exterminio, lo cierto es que pronto se convirtió en la fábrica de muerte más poderosa del Holocausto, con las cámaras de gas y los crematorios de Birkenau siempre funcionando a pleno rendimiento. Allí murieron más de un millón de personas, el noventa por ciento de las cuales eran judías.

A finales de 1943, Höss entró a formar parte de la Inspección de Campos de Concentración, lo que le obligó a abandonar la comandancia de Auschwitz. Ahora bien, pronto lo mandarían de vuelta al campo para preparar la llegada de más de cuatrocientos mil judíos húngaros durante el verano de 1944. Se trataba de la mayor operación que jamás hubiera albergado Auschwitz contra un grupo nacional de judíos (la mayoría de los judíos polacos habían muerto en otros campos de exterminio antes de que Auschwitz-Birkenau estuviera completamente operativo) e hizo tan bien su trabajo que sus superiores y sus colegas le dieron a la operación el nombre de *Aktion Höss*.

Höss escribiría posteriormente que en abril de 1945, cuando el Ejército Rojo consiguió entrar en Berlín y Hitler se suicidó, él y su mujer, Hedwig, pensaron en seguir el ejemplo de su líder. "El Führer se había ido y con él, nuestro mundo –se lamentaba–. ¿Tenía sentido alguno seguir viviendo?". Ya se había hecho con el veneno cuando, según su versión de los hechos, recapacitaron en el último momento por el bien de sus cinco hijos y decidieron viajar al norte de Alemania, donde se separaron para evitar que los identificaran. Höss tomó el nombre y la documentación de Franz Lang, un joven marino que acababa de morir, y se presentó en la Escuela de Inteligencia Naval de la isla de Sylt.

Cuando las fuerzas británicas se hicieron con la escuela, trasladaron a sus miembros a un campo improvisado al norte de Hamburgo. Allí, separaron a los oficiales del resto de los detenidos y los mandaron a prisión, sin prestar atención en ningún momento al tal Franz Lang. De hecho, tardaron poco en liberarlo, tras lo cual empezó a trabajar en una granja en el pueblo de Gottrupel, cerca de la frontera danesa. Durante ocho meses vivió en un granero de la zona, trabajando con diligencia y sin levantar sospechas entre los vecinos. Como Hedwig y los niños se habían instalado en Sankt Michaelisdonn, a unos cien kilómetros de distancia, podía mantener de cuando en cuando el contacto con ellos.

Ese fue el gran error de Höss. En marzo de 1946, el teniente Hans Alexander, un judío alemán que logró escapar a Londres antes de la guerra y que luego trabajó en el ejército británico investigando crímenes de guerra, ya había conseguido dar con la familia y estaba convencido de que ellos sabían dónde se escondía el excomandante. Las fuerzas británicas desplegadas en la región ya tenían a la mujer y a los hijos bajo vigilancia y habían requisado una carta que Höss le había mandado a su esposa, tras lo

cual decidieron enviarla a prisión. Alexander interrogó a Hedwig sobre su marido, pero ella se negó a hablar. Con la madre bajo custodia, se fue a ver los niños. Ellos también se negaron a decir dónde se escondía su padre, incluso cuando Alexander, al borde de la desesperación, amenazó con matar a su madre si no le daban la información.

Alexander se había enrolado en el ejército británico en cuanto estalló la guerra, ansioso por luchar contra su país natal. Después de la guerra, se convirtió en el cazador de nazis oficial de su país de adopción y desde luego no estaba dispuesto a rendirse fácilmente: decidió llevar a Klaus, que a sus doce años se había mostrado como el más sensible de todos a las amenazas de Alexander, a la prisión donde permanecía su madre y lo metió en otra celda.

Al principio, Hedwig se mantuvo firme, defendiendo que su marido estaba muerto, pero Alexander jugó una última baza para acabar con su resistencia. Justo cuando oían pasar un tren junto a la prisión le dijo que iban a montar a Klaus y mandarlo a Siberia… de manera que no podría volver a verlo jamás. En pocos minutos, Hedwig confesó el paradero de su marido y el nombre bajo el que se escondía. Poco tardó Alexander, al mando de un grupo de asalto, en capturar a Höss en su granero la noche del 11 de marzo. El anillo de boda sirvió para despejar cualquier duda que se pudiera albergar sobre su identidad. Después de que Alexander lo amenazara con cortarle el dedo si no soltaba el anillo, el comandante finalmente se lo entregó, dejando a la vista la inscripción: “Rudolf y Hedwig”.

Alexander, como muchos de los primeros cazadores de nazis, no quiso soltar la presa y entregarla a la justicia sin más. Deliberadamente, se alejó unos metros de sus hombres, diciéndoles que volvería en diez minutos y que necesitaba que metieran a Höss en el furgón “sano y salvo” para cuando estuviera de vuelta. Los soldados tomaron sus palabras como una carta blanca para poder vengarse del nazi, cosa que hicieron, golpeándolo brutalmente con el mango de un hacha. Para cuando acabaron la paliza, Höss estaba medio desnudo y con heridas por todas partes. Envuelto en una manta, sin zapatos ni calcetines, lo metieron en un camión y lo llevaron con ellos de vuelta a la ciudad. Allí, lo hicieron esperar mientras Alexander y los suyos celebraban su éxito en un bar. Como humillación final, Alexander le quitó la manta y le ordenó que cruzara la plaza, aún cubierta por la nieve, desnudo, camino de la prisión.

Después de los primeros interrogatorios de los británicos, los aliados decidieron enviar a Höss al sur, a Núremberg, donde el juicio a los principales líderes nazis había empezado cuatro meses antes. Leon Goldensohn, psiquiatra del ejército estadounidense y uno de los pocos que pudieron hablar con el recién llegado a principios de abril, se quedó sorprendido al entrar en la celda de aislamiento y ver la siguiente escena: "Höss estaba sentado con ambos pies metidos en un cubo de agua fría, frotándose las manos pegadas al cuerpo –señaló–. Me dijo que llevaba dos semanas con sabañones por el frío y que meter los pies en agua helada le aliviaba el dolor".

Por muy patético que resultara, este prisionero de cuarenta y seis años se convirtió en uno de los hombres más solicitados de Núremberg según avanzaba el juicio a sus superiores nazis. Incluso en un recinto que albergaba a algunos de los mayores criminales de la historia, el antiguo comandante de Auschwitz seguía llamando la atención, particularmente entre los encargados de analizar la salud mental de quienes habían puesto en práctica el plan de Hitler.

Whitney Harris, miembro del equipo de fiscales americanos, obtuvo la confesión de Höss sin dificultad alguna. Según Harris, Höss era "un tipo tranquilo e insignificante que colaboraba en todo lo que le pedíamos". Nada más empezar esa primera confesión, soltó una bomba, al estimar que "al menos dos millones y medio de personas habían sido ejecutadas y exterminadas allí [en Auschwitz] en las cámaras de gas y los crematorios, y al menos otro medio millón acabó muriendo de hambre o enfermedades, lo que daba un total de tres millones de muertos".

Höss le diría más tarde a Goldensohn que esas eran las cifras que Eichmann le había enviado a Himmler, pero que podían estar "algo infladas". De hecho, lo estaban, aunque el número real de víctimas de Auschwitz –estimado en la actualidad entre 1,1 y 1,3 millones– ya es lo suficientemente horrible sin necesidad de exageraciones. En cualquier caso, cuando Höss testificó ante el Tribunal Militar Internacional y repitió las mismas cifras que le había dado a Harris, todos los presentes se quedaron de piedra, entre ellos varios de los líderes nazis del banquillo. Hans Frank, quien fuera gobernador general en la Polonia ocupada, le dijo al psiquiatra estadounidense G. M. Gilbert: "Aquel fue el peor momento del juicio: cuando oímos a un hombre, de su propia boca, reconocer que había

exterminado a dos millones y medio de seres humanos a sangre fría. Eso es algo de lo que la gente hablará durante mil años”.

Pero no solo era el fondo sino también la forma lo que resultaba impactante del discurso de Höss: su manera calmada de describir cómo había ejecutado metódicamente las órdenes de convertir Auschwitz en un campo de exterminio lo más eficiente posible. No cabía duda de que entendía perfectamente la intención de esas órdenes. En su confesión, declaró: “La ‘solución final’ a la cuestión judía implicaba el exterminio completo de todos los judíos de Europa”.

A continuación explicó cómo comprobaban el funcionamiento de las cámaras de gas recién construidas: “La gente tardaba en morir entre tres y quince minutos, según las condiciones meteorológicas. Sabíamos que todos habían muerto y que la cámara funcionaba cuando dejaban de gritar”. A la hora de hablar de las “mejoras” que introdujo en Auschwitz no podía evitar cierto orgullo: por ejemplo, cuando presumió de las cuatro cámaras de gas con espacio para dos mil personas cada una en comparación con las viejas cámaras de Treblinka que solo podían alojar a doscientas personas a un mismo tiempo.

“Otra mejora” con respecto a Treblinka, donde la gente sabía lo que le esperaba, era hasta qué punto “en Auschwitz conseguimos engañar a las víctimas para que creyeran que solo íbamos a despiojarlos”, aunque admitió que no podían hacer mucho para impedir que la gente se diera cuenta del verdadero propósito del campo, señalando que “el olor nauseabundo que salía de las chimeneas por la quema continua de cuerpos inundaba todo el área, de manera que todos los que vivían en los pueblos de alrededor sabían que en Auschwitz se exterminaba a los prisioneros”.

Con el juicio ya iniciado, los americanos prefirieron que Höss acudiera a Núremberg como testigo en vez de como acusado, con lo que no se le podía juzgar legalmente por ninguno de sus actos. Su intención era que testificara contra los líderes nazis. En lo que el general Taylor, el fiscal jefe, consideraría “una decisión extraordinaria”, el abogado defensor de Ernst Kaltenbrunner, el jefe de la oficina principal de Seguridad del Reich, decidió llevar a Höss al estrado para que testificara a favor de su defendido. El abogado quería que confirmara que Kaltenbrunner, pese a ser el responsable del aparato de terror y muerte en general, no había visitado nunca Auschwitz. Höss reconoció que eso era cierto y le dio la razón también en otros aspectos menores pero, en términos generales, su

testimonio solo ayudó a sellar el destino de Kaltenbrunner y los demás acusados, que fueron condenados a muerte.

Como conclusión, Whitney Harris afirmó que, a la vista de su papel en Auschwitz, Höss ya podía considerarse "el mayor asesino de la historia". Tampoco dio muestras de sensibilidad alguna a la hora de llevar a cabo sus encargos. "Desprovisto de cualquier principio moral, reaccionaba a las órdenes de aniquilar a seres humanos como si le hubieran pedido que talara árboles", añadiría Harris.

Los dos psiquiatras del ejército estadounidense que hablaron por separado con Höss en Núremberg para intentar averiguar algo de su personalidad llegaron a conclusiones similares. En su primera sesión, G. M. Gilbert quedó sorprendido desde el primer momento por "su tono de voz calmado, indiferente, práctico". Cuando el psiquiatra intentó ir más allá, preguntándole cómo era posible matar a tanta gente, el antiguo comandante dio una respuesta exclusivamente técnica: "No era algo tan complicado… incluso podríamos haber exterminado a más gente". A continuación, procedió a explicar el cálculo que permitía matar a diez mil personas cada día: "Lo que menos tiempo nos ocupaba era la parte de la ejecución en sí misma –aseguró–. Podíamos acabar sin problemas con dos mil personas en media hora […] lo que nos tomaba más tiempo era quemarlas".

Gilbert intentó de nuevo ponerlo contra las cuerdas insistiendo en la cuestión de por qué no mostró reserva ni escrúpulo alguno cuando Himmler le informó de que Hitler había ordenado la Solución Final. "No tenía ni voz ni voto. Solo podía decir '*Jawohl*' [Sí, señor]", contestó. ¿No podía haberse negado a cumplir la orden? "No, toda nuestra formación iba encaminada a que ni se nos pasara por la cabeza la idea de no cumplir una orden de un superior", continuó Höss. Aseguró que cualquiera que hubiera hecho algo así habría acabado en la horca. En ningún momento se le ocurrió que lo pudieran considerar responsable por lo que estaba haciendo. "Mire, en Alemania se daba por hecho que si algo salía mal, el responsable era el que hubiera dado la orden". Gilbert lo intentó de nuevo, preguntándole por el elemento humano, pero en ese momento Höss le cortó: "Eso ni siquiera se contemplaba".

Leon Goldensohn recibió una explicación similar, aunque con diferentes palabras, aún si cabe más sorprendentes: "Creía que estaba haciendo lo correcto. Estaba obedeciendo órdenes y ahora, por supuesto, me doy cuenta de que era algo innecesario y malo. Pero no sé qué quiere decir cuando me

pregunta si me siento mal por lo sucedido; al fin y al cabo, yo no maté a nadie con mis propias manos. *Tan solo era el director del programa de exterminio de Auschwitz* [las cursivas son mías]. Fue Hitler el que se lo ordenó a Himmler y Eichmann el que me informaba sobre los transportes".

Höss siempre fue consciente de que los psiquiatras estaban intentando averiguar si estaba loco o no. "Entiendo que de esta manera pretende saber si mis pensamientos y mis comportamientos son normales –le dijo a Gilbert en una ocasión, tras lo cual ofreció su propia respuesta–: Soy una persona completamente normal. Incluso cuando me dedicaba al exterminio, llevaba una vida familiar perfectamente normal y así era en todo lo demás".

Sus conversaciones empezaron a adoptar un tono surrealista. Cuando Gilbert le preguntó por su vida sexual, Höss respondió: "Bueno, era de lo más normal… pero cuando mi esposa se enteró de lo que estaba haciendo, perdimos el deseo de tener relaciones".

Solo cuando Alemania tuvo la guerra perdida empezó Höss a contemplar la posibilidad de que lo que estaba haciendo estuviera mal. Al menos eso le contó a Gilbert: "Nadie había dicho nada antes en ese sentido, o desde luego nosotros nunca oímos nada". La peripecia de Höss lo llevaría de vuelta a Polonia; los americanos habían decidido mandarlo a Varsovia y entregarlo a las autoridades locales para que lo juzgaran. El excomandante era muy consciente de que este sería su último viaje, pero ni siquiera eso parecía alterar su comportamiento letárgico.

La conclusión de Gilbert cuando acabó sus sesiones con el prisionero fue la siguiente: "Muestra demasiada apatía para pensar en algún indicio de remordimiento y ni siquiera la idea de que lo vayan a colgar llega a afectarlo. Uno se lleva la impresión general de que está ante un hombre intelectualmente normal pero con una apatía esquizoide, una falta de sensibilidad y una ausencia total de empatía que no igualaría ni un psicópata puro y duro".

Jan Sehn, quien había ayudado a reunir algunos de los testimonios de supervivientes de Auschwitz para que la acusación pudiera utilizarlos en Núremberg, también estaba trabajando en la instrucción del juicio de Höss y otros oficiales de Auschwitz en Polonia. Para cuando consiguió interrogar en profundidad al excomandante en Cracovia, ya tenía a su disposición una enorme cantidad de testimonios en su contra, aunque la perspectiva de sacar

todo lo posible del prisionero más famoso del país le resultaba de lo más excitante.

Sehn era exigente y serio en todo lo que hacía, como pronto descubrirían sus sobrinos y sus compañeros de trabajo. Más adelante, cuando lo nombraron director del Instituto de Investigaciones Forenses, situado en una elegante villa del siglo XIX que él mismo había elegido como emplazamiento, siempre andaba pendiente del más mínimo detalle. Comprobaba personalmente que sus empleados llegaran puntuales a las ocho de la mañana y reñía a quien lo hacía un poco más tarde. Eso sí, también era rápido a la hora de echar una mano a cualquier empleado que lo necesitara. Zofia Chłobowska recuerda que se retrasó una mañana porque su hijo estaba en el hospital. Cuando le explicó lo sucedido, Sehn insistió en que utilizara cada mañana el chófer y el coche del instituto para visitar a su hijo mientras durara el tratamiento.

Además de un gran jurista, Sehn era apuesto y elegante. Sus empleados solían llamarlo "el profesor" y de hecho también daba clases de derecho en la universidad Jaguelónica. Pero aunque ese apelativo mezclara el respeto con una cierta distancia, lo cierto es que solía alternar sin problemas tanto con la élite de Cracovia como con sus subordinados. Fumador empedernido, cuando recibía visitas siempre lo encontraban con un cigarrillo encendido descansando en una boquilla de jade o de madera, y no era raro que les procurara un trago de su botella favorita de vodka, guardada en el armario de su despacho. Cuando los empleados, como Maria Paszlowska, la farmacóloga del instituto, traían una botella de cerveza artesanal, no tenía problemas en unirse a beber con ellos. Buena parte de esta cerveza se producía en el mismo instituto, utilizando fresas, cerezas, ciruelas o lo que correspondiera en cada estación del año.

Cuando Sehn comenzó sus interrogatorios con Höss en noviembre de 1946, lo trató con una cortesía ejemplar. Su objetivo era reunir toda la información posible acerca de las operaciones de Auschwitz… y sobre la vida personal de Höss. Como los psiquiatras americanos, quería llegar a entender la personalidad del hombre que había sido responsable de la mayor fábrica de muerte de la historia. Citaba al excomandante a primera hora de la mañana y los interrogatorios duraban hasta el mediodía.

Sehn informó satisfactoriamente de la "predisposición positiva de Höss a la hora de testificar, dando respuestas detalladas y exhaustivas a las preguntas del instructor". Cualquier duda que Höss pudiera haber albergado

cuando Sehn le propuso que empezara a escribir por su cuenta todo lo que pudiera recordar, se evaporó al poco tiempo. Basándose en las preguntas del juez, dedicó las tardes a escribir y escribir, a menudo después del almuerzo, pagado personalmente por Sehn. Cuando las sesiones se interrumpían durante varios días, según la información que nos ha llegado del propio Sehn: "Höss escribía por iniciativa propia si consideraba que algún punto marginal pero interesante del anterior interrogatorio no se había desarrollado bien".

Cuando su cita con el verdugo se hizo inminente, Höss le pidió a Sehn que cuando todo hubiera acabado le entregara su anillo de bodas –el mismo que había servido para desvelar su identidad ante las tropas británicas que fueron a por él al acabar la guerra– a su mujer. Sehn le concedió el deseo. "Debo admitir que nunca habría imaginado ni por asomo que me tratarían tan decentemente y con tanta consideración como hicieron los polacos cuando estuve bajo su custodia", declararía el excomandante. También acogió con entusiasmo la tarea escrita que le impuso Sehn: "Me evitó muchas horas de autocompasión inútil y enervante". Veía en la escritura "algo absorbente y satisfactorio", de manera que cada noche se acostaba "satisfecho, no solo por haber dejado otro día atrás, sino por haber realizado una tarea útil".

Esa "tarea útil" acabaría convirtiéndose en la base de la autobiografía de Höss, que se publicó por primera vez en polaco en 1951, cuatro años después de que muriera en la horca.

"En las siguientes páginas, intentaré compartir mis más profundas intimidades", escribía Höss al principio de sus memorias, que serían publicadas posteriormente en alemán, inglés y otros idiomas. En ellas, hablaba de su solitaria infancia a las afueras de Baden-Baden, rodeado de granjas aisladas cerca del bosque. "El único al que podía confiar mis secretos era a mi poni, y yo estaba seguro de que me entendía", recordaba. No le gustaba pasar el tiempo con sus hermanas y, aunque aseguraba que sus padres se trataban con "amor y respeto", lo cierto es que en todo el libro no aparece ni una sola muestra de afecto.

Le prohibieron ir al bosque solo, escribió, "porque, de niño, unos vagabundos gitanos me encontraron jugando y me llevaron con ellos". Según su relato, un campesino que conocía a la familia se encontró con los gitanos en la carretera y, al reconocer al chico, lo llevó de vuelta a casa.

No hace falta ser un gran psicólogo para darse cuenta de que esta leyenda familiar le inculcó la idea de que los extraños eran peligrosos y siempre estaban al acecho, llenos de malas intenciones. Aparte, su padre quería que se convirtiera en sacerdote. El señor Höss era un católico devoto y había combatido en las colonias alemanas del África oriental. Su trabajo como comerciante lo obligaba a pasar mucho tiempo fuera de casa, pero más tarde la familia se mudaría a Mannheim y sus viajes se redujeron. Allí pudo pasar más tiempo con su hijo, a quien intentó inculcar su sentimiento religioso mientras le contaba las buenas acciones de los misioneros en África. De esa manera consiguió el efecto deseado en el chico. "Estaba decidido a convertirme algún día en misionero en las tenebrosas selvas del África más desconocido –recordaba en sus memorias–. Mis padres me enseñaron que no había deber más alto que el de ayudar a los necesitados".

Como era de esperar, esta fascinación por la religión acabó derrumbándose, algo que Höss considera clave en su posterior recorrido vital. Cuando tenía trece años, empujó "sin querer" a uno de sus compañeros de clase por las escaleras y el chico se rompió el tobillo en la caída. Höss no le dio la menor importancia: al fin y al cabo, cientos de alumnos debían de caerse por esas escaleras a lo largo del año y que su compañero se hubiera hecho daño solo podía atribuirse a la mala suerte. Además, inmediatamente, confesó lo sucedido "sin omitir ni un detalle". El confesor era amigo de su padre y como le habían invitado esa misma noche a cenar, aprovechó para contarle lo que había hecho su hijo. Al día siguiente, el padre de Höss lo castigó por no habérselo contado a él primero.

El joven Höss nunca llegó a entender por qué su confesor "le había traicionado de esa manera", dado que una de las bases del catolicismo es el secreto de confesión. "Mi fe en el sacerdocio quedó destruida en ese momento", escribió. Su padre murió un año después y, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, Rudolph se empeñó en unirse al ejército pese a su juventud. Se enroló en secreto con dieciséis años y lo mandaron primero a Turquía y luego a Irán. Cuando llegó su primera batalla contra las tropas británicas e indias, siempre según su propio testimonio, estaba "paralizado por el terror", un pánico que no hizo sino aumentar cuando empezó a ver cómo sus compañeros caían derribados por las balas. Eso sí, conforme los soldados indios fueron acercándose, logró superar sus miedos y acabó disparando a uno de ellos. "¡El primer hombre al que mataba!", escribía, entre exclamaciones que subrayaban el orgullo que sintió en aquel

momento. Nunca volvería a sentir el mismo pánico ante la perspectiva de la muerte.

Si no se tratara de la historia de alguien que acabaría convirtiéndose con los años en un asesino de masas, la verdad es que sería difícil encontrar algo de verdadero interés en su relato… y eso es precisamente lo destacable. Höss se presenta a sí mismo como un adolescente normal y corriente que tuvo que crecer a toda velocidad porque se vio envuelto en una guerra en la que lo hirieron dos veces. Estas heridas también lo obligaron a bajar la guardia, dejando de lado su instinto infantil de evitar "cualquier demostración de afecto". Al principio, la enfermera que lo estaba cuidando le hacía sentirse incómodo con sus "tiernas caricias" pero de pronto algo cambió. "Ella me guio, paso a paso, hasta la consumación final; viví una experiencia maravillosa e inimaginable hasta entonces… por fin caía, yo también, en el hechizo mágico del amor".

Höss confiesa en su libro que él nunca habría sido capaz de "reunir el valor necesario" para empezar esta aventura sentimental y que tuvo un impacto importantísimo en su forma de ver el mundo. "Fue algo tan tierno y tan especial que me afectaría para el resto de la vida –escribe–. Ya nunca podría hablar a la ligera de esas cuestiones: las relaciones sexuales sin verdadero amor de por medio se convirtieron en algo impensable para mí. De esta manera me libré de las aventuras de una noche y de los burdeles".

A lo largo de su relato, Höss evita hacer referencia alguna a cualquier hecho que pueda contradecir su piadoso autorretrato. Por ejemplo, en Auschwitz empezó a prestar especial atención a una prisionera austriaca, Eleanor Hodys, una costurera no judía a la que habían sorprendido falsificando un documento nazi. Un día, mientras ella trabajaba en su villa, Höss la besó en los labios por sorpresa, asustándola tanto que se encerró en el cuarto de baño. Inmediatamente, la mandó a una celda de aislamiento en el bloque de interrogatorios. Tomando todas las precauciones necesarias para que nadie lo viera, Höss empezó a visitarla en secreto: al principio la mujer se le siguió resistiendo, pero no tardó en ceder. Se quedó embarazada y la trasladaron a una celda oscura y diminuta en el sótano, donde pasaba el día desnuda y sin apenas comida. Cuando finalmente la sacaron de ahí, el embarazo iba ya por los seis meses. A petición del comandante, la enviaron a un médico que le practicó un aborto.

Höss no incluyó ni una sola palabra de este sórdido episodio en sus memorias. Al repasar su vida mientras esperaba la ejecución, prefirió

aferrarse a esa historia de la pérdida de la virginidad que lo mostraba como un hombre de principios… y, en cierto modo, como un romántico irredento. Señalaba lleno de orgullo que, a los dieciocho años, ya mandaba a hombres de más de treinta, justo al final de la Primera Guerra Mundial, lo que le valió la Cruz de Hierro de Primera Clase, el más alto reconocimiento a un soldado alemán en tiempo de guerra. "Me había convertido en un hombre, tanto física como mentalmente, mucho antes de lo que me hubiera correspondido por edad", aseguraba.

Su madre murió mientras él estaba en el ejército y pronto empezó a pelearse con el resto de sus familiares, incluido el tío que se había convertido en su tutor y que se empeñaba, como su padre, en convertirlo en sacerdote. "Lleno de ira", Höss renunció a cualquier tipo de herencia que le correspondiera de sus padres y abandonó a su familia para unirse a uno de los *Freikorps* (Cuerpos de liberación), como se conocía a las bandas paramilitares de antiguos soldados que decían defender el honor de un país derrotado y en ruinas, en los estados bálticos. "Estaba dispuesto a luchar yo solo contra el mundo", escribió. Sus nuevos camaradas eran, al igual que él, "unos inadaptados a la vida civil". En 1922 también se unió al partido nazi, señalando que "coincidía plenamente" con sus metas.

Estaba preparado para hacer lo que hiciera falta y administrar justicia a la manera de los *Freikorps*. "La traición se castigaba con la muerte y nunca faltaban traidores a los que castigar", señaló. A pesar del descontrol legal de aquellos años, con multitud de asesinatos políticos que a menudo quedaban impunes, las autoridades detuvieron en 1923 a Höss por su participación en un atentado, condenándolo a diez años de trabajos forzados. Höss nunca se arrepentiría, "convencido por completo de que ese traidor merecía ser ejecutado".

En una muestra más de la autocompasión que impregna su libro, escribe que "cumplir condena en una prisión prusiana de aquellos días no era estar en un balneario". Se quejaba de las reglas tan estrictas que había que cumplir y de los castigos que recibía cualquiera que las infringiera. Ni siquiera tras dirigir Auschwitz y trabajar en otros campos de concentración nazis se dio cuenta de que esas condiciones eran infinitamente mejores que las que sus propios prisioneros tenían que soportar.

Otro aspecto notable de su relato es la indignación –y la superioridad moral– con la que habla de los demás prisioneros. Asegura que una vez escuchó a uno de ellos explicar cómo había matado con un hacha a una

mujer embarazada y a una criada antes de silenciar a cuatro niños que no paraban de gritar golpeándoles la cabeza contra la pared. “Un crimen tan atroz me daba ganas de lanzarme a su garganta”, insistía Höss, presentándose como un hombre de valores. En cuanto al resto de internos de la prisión, “eran unos desalmados”, en su opinión. Tampoco tenía mejores palabras para sus carceleros, que “cuanto menor era su inteligencia más se deleitaban abusando de su poder”.

Höss salió de la cárcel en 1928, beneficiándose de una amnistía general, lleno de una peligrosa combinación de autocomplacencia y superioridad moral. Los nazis pronto capitalizarían la desesperación provocada por los problemas económicos de la mayoría de los alemanes tras el derrumbamiento de Wall Street en 1929. Un año después de que Hitler llegara al poder en 1933, Höss se unió a las tropas de la SS asignadas al nuevo campo de concentración para prisioneros políticos de Dachau y al poco tiempo ya era el encargado de la formación de los jóvenes recién llegados. Aunque llegó a plantearse volver a la granja familiar y dedicarse a la agricultura, finalmente decidió que lo mejor era quedarse en el ejército. “Trabajar en los campos de concentración no me suponía problema alguno –aseguraba–. Para mí, lo realmente importante era volver a mi condición de soldado en activo, retomar mi carrera militar… era una vida que me fascinaba”.

Dicha vida de soldado, en el caso de los miembros de la SS que controlaban estas primeras versiones de los campos de concentración nazis, estaba llena de episodios de una brutalidad nunca antes vista. Como no había enemigo armado contra el que luchar en el campo de batalla, se dedicaban a aterrorizar y, a menudo, asesinar prisioneros indefensos. En los escritos que entregaba a Sehn, Höss insistía una y otra vez que él era más sensible que otros guardias de la SS. Cuando asistió por primera vez al azotamiento público de un prisionero, los gritos de aquel hombre le hicieron sentir “escalofríos por todo el cuerpo”. Mientras que otros hombres de la SS veían en aquella tortura “un espectáculo excelente, una especie de festival campestre”, él “no era de esos”.

Ahora bien, también alertaba contra los peligros de “mostrar demasiada amabilidad y buena voluntad para con los prisioneros”, que podían fácilmente pasarse de listos y acabar jugándotela. En 1938, lo ascendieron al puesto de ayudante del comandante jefe en Sachsenhausen, otro campo de concentración. Casi inmediatamente, lo hicieron responsable de uno de

los escuadrones de ejecución que, casi cada día, decidían a qué prisioneros fusilar. Una vez atados al poste, él daba la orden de disparar y se encargaba de dar el tiro de gracia. Se defendía asegurando que sus víctimas eran “saboteadores” o miembros de la resistencia que estaban intentando echar por tierra el trabajo de Hitler. Fueran comunistas, socialistas, testigos de Jehová, homosexuales o judíos, todos ellos suponían una amenaza interior para el régimen.

A Höss le parecía todo normal, aunque no se consideraba “el más indicado para ese tipo de trabajo”, lo que le obligaba a esforzarse el doble para no “exponer mis debilidades”. ¿Qué debilidades? “El sufrimiento humano nunca me resultó indiferente”. Cualquier duda, sin embargo, quedaba disipada ante el éxito incontestable de Hitler en estos primeros años, demostrando en su opinión que “los medios y los fines” de los nazis eran los correctos. A finales de 1939, lo ascendieron a comandante jefe de Sachsenhausen y al año siguiente lo mandaron a Auschwitz.

Jan Sehn sostenía que su famoso prisionero no era del todo insincero cuando escribía sobre su falta de entusiasmo a la hora de llevar a cabo algunas de sus tareas… o, por lo menos, que su entusiasmo no era el mismo que el de la mayoría de sus subordinados, que eran abiertamente sádicos. “El nacionalsocialismo prefería a los Höss de turno para los puestos de comandancia de sus campos de concentración, como contrapunto a las criaturas depravadas, licenciosas y salvajes de la SS”, señaló. En otras palabras, eran tecnócratas cuyo principal objetivo era ascender en el escalafón y por eso se esmeraban al máximo en cumplir las órdenes con eficiencia, aunque no disfrutaran especialmente torturando y asesinando a sus prisioneros. Ahora bien, si la tortura y el asesinato formaban parte de su trabajo, tampoco ponían pega alguna.

Höss dio muchos más detalles en lo que escribió por encargo de Sehn sobre sus años en Auschwitz que en sus testimonios y conversaciones orales de Núremberg. Se le había encargado organizar el nuevo campo a partir de los edificios ya existentes y después levantar el complejo de Birkenau de la nada. Su intención, escribió, era romper con la tradición de otros campos de concentración ofreciendo “un trato más humano” a los prisioneros para conseguir de esa manera que trabajaran más y mejor, garantizándoles “mejor techo y mejor alimentación”.

Sin embargo, él mismo hubo de reconocer que sus buenas intenciones "quedaron en nada por culpa de la falta de humanidad y la profunda estupidez de la mayoría de los oficiales y soldados a mi cargo". En otras palabras, la brutalidad de sus subordinados era imposible de contener y, por supuesto, eso no era culpa suya. De ahí que decidiera refugiarse en su trabajo de una manera obsesiva. "Me prometí a mí mismo que nada me iba a derrotar –escribió–. Mi orgullo no iba a permitirlo. Solo vivía para mi trabajo".

Insistía en que desistir de su idea de construir un campo más eficiente y con menos violencia gratuita acabó haciendo mella en su forma de ser: "En Auschwitz, me volví una persona diferente […] Tuve que relegar todo sentimiento humano". Las presiones de sus superiores, junto a la "resistencia pasiva" de sus subordinados a la hora de cumplir sus órdenes, le hicieron darse a la bebida. Hedwig, su esposa, intentaba organizar reuniones con amigos para animarlo, pero no había manera. "Incluso la gente que apenas me conocía acababa sintiendo lástima por mí", cuenta en su autobiografía, cayendo de nuevo en la autocompasión que anega casi todo su relato.

Cuando Himmler ordenó en 1941 la creación de cámaras de gas que permitieran el exterminio masivo de prisioneros, Höss no protestó y se puso manos a la obra. "Desde luego que era una orden monstruosa y completamente fuera de lo normal –escribe–, pero los motivos que justificaban el programa de exterminio también eran extraordinarios y en aquel momento me pareció una decisión correcta". En cualquier caso, era una orden y tenía que cumplirla, dejando claro en sus memorias que solo se había dado cuenta de lo monstruoso de su alcance cuando lo condenaron a muerte. "En aquel momento, no le di demasiadas vueltas […] me faltaba la perspectiva necesaria".

Höss asistió en persona a la ejecución de los prisioneros de guerra soviéticos utilizados para probar la efectividad del Zyklon B, el gas elegido para los asesinatos en masa. "Durante este primer experimento, no fui realmente consciente de lo que estaba pasando, tal vez porque todo el proceso en general me impresionaba demasiado", dejó escrito. Oyó a aquellos novecientos prisioneros de guerra gritar y golpear las puertas mientras los gaseaban. Cuando ventilaron la estancia y Höss pudo ver los cadáveres, "me resultó incómodo, fue una visión estremecedora… pero yo me había hecho una idea de la muerte por gas que era aún peor". Estas

primeras pruebas, pese a todo, lo tranquilizaron, pues pudo ver que las cámaras estaban listas para llevar a cabo el exterminio masivo de judíos a continuación.

La maquinaria mortal del campo no tardó en trabajar a pleno rendimiento y Höss era el encargado de comprobar regularmente que todo fuera bien. Aunque muchos de los condenados realmente pensaban que iban a las duchas, otros se dieron cuenta desde el primer momento de lo que estaba sucediendo. Las madres que sabían lo que les esperaba "encontraban de todos modos el valor para bromear con sus hijos y animarlos, pese al terror mortal que se podía ver en sus propios ojos". Una mujer, camino de la cámara de gas, se acercó a Höss y señaló a los cuatro niños que la acompañaban, susurrándole al oído: "¿Cómo es capaz de matar a unos niños tan preciosos, tan adorables? ¿Es que no tiene corazón?". Otra madre intentó sacar de un empujón a sus hijos de la cámara de gas cuando la puerta se estaba cerrando. "Dejad al menos que mis preciosos hijos vivan", suplicó, por supuesto sin éxito.

Höss aseguraba que tanto a él como a los otros guardias les afectaba mucho ver "estas escenas tan impactantes" y que "las dudas les atormentaban". Pero, precisamente para no alimentar esas dudas, él tenía que hacerse el duro. "Todo el mundo me estaba mirando", señala en sus escritos, es decir, no podía permitirse mostrar compasión alguna. También aseguraba no sentir odio hacia los judíos ya que "el odio, como sentimiento, no está en mi naturaleza", aunque sí reconocía que "los veía cómo enemigos de nuestro pueblo".

Por mucho que hable de supuestas dudas secretas, el orgullo por la eficacia de la maquinaria letal que él mismo construyó siempre estaba presente en los escritos que entregaba a Sehn. Incluso señaló con cierto pesar que el proceso de selección permitía que demasiados prisioneros enfermos siguieran vivos y "desbordaran la capacidad del campo". Insistía en que sus jefes deberían haber seguido su consejo y haber seleccionado un grupo de trabajadores menor pero más sano, es decir, que deberían haber enviado a aún más judíos y a otros prisioneros a las cámaras de gas.

Aunque Höss reconoce alegremente que en Auschwitz no tenía tiempo para aburrirse, también asegura que, una vez empezó el exterminio en masa, "ya no era feliz". El motivo detrás de esta infelicidad nos dice más acerca de su personalidad que cualquier otro detalle de sus memorias. Todos en Auschwitz creían que llevaba "una vida maravillosa" y era cierto que su

mujer tenía “un paraíso de flores” en su jardín, sus hijos tenían muchos mimos y animales a los que adoraban, como tortugas, gatos y lagartos. También visitaban regularmente los establos y las instalaciones donde guardaban a los perros del campo. Incluso los prisioneros que trabajaban para ellos estaban siempre dispuestos a hacerles algún favor, presumía, como si no tuviera ni idea de por qué. Sin embargo, añadía: “Ahora me arrepiento profundamente de no haberles dedicado más tiempo a mis hijos. Siempre tenía la sensación de que debía de estar de servicio, las veinticuatro horas del día”.

Esas líneas de Höss llegan justo después de describir las estremecedoras súplicas de las madres que intentaban salvar o al menos calmar a sus hijos cuando los llevaban a las cámaras de gas. Claramente, era incapaz de ver conexión alguna. Como escribiría Sehn en la edición polaca de las memorias del excomandante: “Cada vez que explica los asesinatos masivos, lo hace como un observador completamente ajeno”.

Höss admitió formalmente ante Sehn, como antes en Núremberg que la responsabilidad de sus acciones era suya y que entendía que tenía que pagar con su vida, aunque en realidad no dejaba de culpar de todo a Hitler y a Himmler, que eran quienes daban las órdenes. Todo esto mientras explicaba con orgullo que incluso al final de la guerra: “Mi corazón seguía fiel al Führer y a sus ideales; unos ideales que no desaparecerán jamás”.

Primo Levi, el escritor judío italiano, superviviente de Auschwitz, se encargó de añadir una introducción a una de las ediciones posteriores de la autobiografía de Höss. “Está llena de maldad y esta maldad la narra con una torpeza burocrática perturbadora”, escribió. El autor aparece como un “sinvergüenza grosero, estúpido, arrogante y presuntuoso que en ocasiones miente sin ambages”. Sin embargo, Levi también consideraba que el libro era “uno de los más aleccionadores que se han publicado jamás”. Demuestra cómo un hombre que en cualquier otra circunstancia no habría pasado de ser “un funcionario gris y disciplinado, preocupado solo por que todo estuviera en orden” se convirtió en “uno de los grandes criminales de la historia”.

El libro mostraba, en su opinión, “cómo el mal puede acabar con el bien, acosándolo hasta acabar sumergiéndolo en las tinieblas… aunque rescatándolo de vez en cuando en pequeños detalles: una vida familiar ordenada, el amor a la naturaleza, una moral victoriana…”. Con todo, Levi reconocía que el relato de Höss era en su mayor parte verídico, incluyendo

su empeño en repetir que él no era un sádico que disfrutara infligiendo dolor a los demás. En ese sentido, apunta, "aquel hombre no era un monstruo y nunca lo fue, ni siquiera en los peores momentos de Auschwitz".

Estas cuestiones aparecerían de nuevo al tratar el caso de otro de los artífices del Holocausto, Adolf Eichmann. ¿Eran estos encargados de perpetrar el mal unos monstruos o eran en cambio seres humanos de lo más normales? En muchos sentidos, Höss daba más motivos para pensar lo segundo que el propio Eichmann. De ahí partió la tesis que más tarde interpretaría el Holocausto como "la banalidad del mal".

Ya se ha dicho que Höss, cuando testificó en Núremberg y en Cracovia, dio unas cifras erróneas respecto al número de víctimas de Auschwitz, confundiendo a sus interrogadores. Su estimación inicial de que el recuento estaba en los dos millones y medio y los tres millones de muertos fue respaldada en un principio por los testimonios de los miembros supervivientes de los *Sonderkommando* –los escuadrones de prisioneros judíos que conducían a la fuerza a los recién llegados a las cámaras de gas. La mayoría de los que componían estas unidades especiales también acababan gaseados, pero unos pocos sobrevivieron. Dos de estos miembros testificaron nada más acabar la guerra que cuatro millones de personas habían pasado por las cámaras de gas de Auschwitz. Esa cifra se convirtió en la oficial para las autoridades soviéticas y polacas y en el libro que escribió Sehn sobre el campo se valida esa cifra. De hecho, el gobierno comunista polaco no cedió en ese punto hasta su caída en 1989, a pesar de las numerosas pruebas de que la cifra estaba considerablemente inflada.

Los que niegan el Holocausto o creen al menos que el número total de víctimas se ha exagerado enormemente, se centran en la persona de Sehn y en sus escritos, y algunos lo han tildado de "marioneta de los soviéticos". Lo cierto es que, aunque las comisiones soviéticas y polacas que empezaron con las investigaciones sobre Auschwitz sin duda habrían estado dispuestas a aceptar los testimonios más terribles, no hay motivo alguno para pensar que la cifra original fuera producto de una falsificación deliberada.

Teniendo en cuenta que estas cifras provenían de Höss y de algunos supervivientes, no es de extrañar que las autoridades se las tomaran en serio. Los oficiales de la SS quemaron el noventa por ciento de los archivos del campo antes de abandonarlo, señaló Piotr Cywińsky, el actual director

del Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau, lo que provocó que se tardara mucho tiempo en cuadrar unas cifras más precisas. "No creo que las comisiones de investigación actuaran de mala fe –asegura–. Pero en un momento dado, los soviéticos abrazaron la idea de 'cuantos más, mejor'". Y, en la época de Stalin, cuando algo se daba por bueno, "tenías que estar loco para intentar contradecir la versión del Politburó".

Franciszek Piper, historiador polaco del Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau durante la época comunista y tras la llegada de la democracia, consiguió después de muchas investigaciones bajar la estimación inicial hasta una cifra que oscilaba entre los 1,1 y los 1,5 millones de muertos. Escribió un libro al respecto, pero no pudo publicarlo hasta 1992, tras la caída del comunismo. Piper sabía que las cifras oficiales eran incorrectas mucho antes de que las autoridades aceptaran cambiarlas oficialmente, pero, en su opinión, esta tardanza en aceptar la realidad era temor a dar la impresión de "minimizar el genocidio en general y los crímenes de Auschwitz en particular". Además, añadió, "a cualquiera que hubiera intentado reducir las estimaciones en aquellos días lo habrían tildado de defensor de los asesinos".

En realidad, la cifra de cuatro millones se corresponde más o menos con el total de judíos ejecutados en *todos* los campos y guetos aparte de los más de un millón que ya habían sido asesinados por los *Einsatzgruppen*, los grupos especiales de ejecución que operaban en el frente oriental. Esta coincidencia explica por qué el número de víctimas totales del Holocausto no se ha modificado pese a la revisión a la baja de las cifras de Auschwitz.

En lo que a Sehn respecta, no se puede decir que fuera un ideólogo del nuevo régimen. De hecho, cuando lo nombraron director del Instituto de Investigaciones Forenses en 1949 se negó a entrar en el Partido Comunista, que es lo que se esperaba de cualquiera en un puesto tan relevante. Por el contrario, se unió a la Alianza de Demócratas (Stronnictwo Demokratyczne), que él consideraba "el hijo ilegítimo" de los comunistas, es decir, un partido pequeño que el régimen toleraba para dar una falsa impresión de pluralismo. Curiosamente, este sería uno de los dos partidos que romperían con los comunistas en 1989, acabando con el régimen al unirse en el parlamento con Solidaridad.

Por supuesto, todo esto sucedería muchos años después de la muerte de Sehn, pero da una muestra de su instinto para mantener buenas relaciones con los nuevos gobernantes y a la vez alejarlos de su trabajo todo lo posible.

Durante su mandato como director del Instituto de Investigaciones Forenses, desde 1949 hasta su muerte en 1965, Sehn consiguió evitar que se estableciera allí una organización del Partido Comunista; prácticamente todas las demás instituciones de ese tipo tenían una de esas unidades internas. “Durante su mandato, no hubo presión política alguna”, corrobora su antigua colaboradora Zofia Chłobowska.

Al mismo tiempo que luchaba por su independencia, Sehn mantenía una estrecha amistad con Józef Cyrankiewicz, líder del Partido Socialista Polaco antes de la guerra, superviviente de Auschwitz y que con el tiempo sería primer ministro de la Polonia comunista. Sin esta red de contactos de tan alto nivel, probablemente nunca le habrían dado la responsabilidad de instruir el juicio de Auschwitz ni le habrían permitido viajar al extranjero. Como era habitual en aquellos tiempos, siempre lo acompañaba un “guardaespaldas” cuando salía del país, especialmente si iba a Alemania, donde entregaba pruebas que luego podían utilizarse para otros juicios. Aunque es cierto que Sehn recibió numerosas amenazas anónimas de muerte por su papel en la persecución de los criminales nazis, la auténtica misión del guardaespaldas era asegurarse de que no tuviera ningún contacto no autorizado con extranjeros.

Sehn nunca se mostró vengativo en sus interrogatorios a Höss y a sus cómplices. “Los trataba de la manera más humana posible porque sabía el destino que les esperaba”, señala Chłobowska. También sabía que los prisioneros eran más receptivos cuanto mejor se les trataba, y que eso les hacía hablar con mayor franqueza de las monstruosidades de las que eran responsables. Estaba convencido de que su trabajo era conseguir que el excomandante hablara y hablara, que así lograría reunir más pruebas en su contra. Bajo su hábil dirección, Höss soltó todo un aluvión de palabras que, efectivamente, acabarían siendo su condena.

Puede que, al menos de manera inconsciente, Sehn empezara sus investigaciones de los crímenes de guerra porque quería demostrar que no tenía nada que ver con su hermano, quien, como *Volksdeutsche* autoproclamado, había sido el alcalde de su pueblo bajo el dominio nazi. Ahora bien, su determinación a la hora de arrestar a los asesinos y reunir los testimonios de sus víctimas fue mucho más allá, tanto que es imposible considerar el factor familiar como el decisivo.

Sehn siempre se mostró especialmente afable en el trato con los supervivientes de los campos que le contaban sus espeluznantes

experiencias… y al menos en una ocasión, se arriesgó políticamente con el fin de ayudarles. Su excompañera Kozłowska recuerda que le tomó testimonio a un grupo de mujeres polacas que habían sobrevivido a los experimentos médicos en el campo de concentración de Ravensbrück. “Esas mujeres estaban devastadas psicológicamente y él consiguió convencerlas de que merecía la pena vivir”. También fue capaz de convencer a las autoridades de que permitieran que una docena de esas supervivientes viajara a Suecia para recuperarse, algo muy poco habitual en pleno inicio de la etapa comunista.

En aquellos días, los ciudadanos de a pie no solían tener la oportunidad de viajar fuera del bloque soviético porque las autoridades temían que no regresaran. De hecho, solo dos o tres miembros del grupo de supervivientes de Ravensbrück volvieron, lo que podría haber acabado con la carrera de Sehn. Su amistad con el primer ministro Cyrankiewicz le permitió capear el temporal.

Otra de las supervivientes de Ravensbrück, con una cojera permanente producto de las palizas que había recibido en el campo, se presentaba con cierta frecuencia en las oficinas del instituto “para quejarse a gritos de lo que le habían hecho”, en palabras de Kozłowska, quien admite que “le habían hecho un daño horrible”. Sehn se ocupó de que sus empleados la trataran bien. Le daban un lápiz y un papel y un rincón donde sentarse y ella se ponía a escribir llena de furia durante horas. Aunque el resultado solía ser ilegible, la mujer se iba más tranquila, al menos durante un par de semanas.

Sehn luchaba por que los asesinos recibieran su condena sin olvidar quiénes habían sido las verdaderas víctimas… y nunca se dejó engañar por los patéticos intentos de Höss de presentarse a sí mismo como un pobre hombre. El excomandante era un caso digno de estudio en profundidad y por eso le permitió que se autoincriminara escribiendo su propia historia, pero siempre en calidad de merecedor de la pena máxima. Así entendía Sehn su misión.

VI
HACIENDO LA VISTA GORDA

“Entendemos que el castigo a los criminales de guerra tiene como principal objeto disuadir a las generaciones futuras y no tanto ajustar cuentas con todos y cada uno de los culpables. Es más, atendiendo a los futuros acontecimientos políticos en Alemania […] estamos convencidos de que ahora mismo es necesario dejar el pasado a un lado lo antes posible”.

(Telegrama secreto enviado desde la Oficina de Relaciones con la Commonwealth de Londres a Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, India, Pakistán y Ceilán, países miembros, el 13 de julio de 1948).

*A*ún no había acabado la guerra y algunos de los vencedores ya empezaban a preguntarse si tenía sentido seguir cazando y procesando a los criminales de guerra nazis. Los jueces y fiscales de Núremberg, junto a los investigadores de los crímenes de guerra y supervivientes del Holocausto como Simon Wiesenthal o Tuvia Friedman, estaban convencidos de que las promesas de justicia no debían quedar en mera retórica de sus líderes. Otros, sin embargo, ya estaban anticipando lo que sería el mundo de posguerra y lo que veían como un enfrentamiento inevitable con un nuevo enemigo totalitario: la Unión Soviética.

En la primavera de 1945, Saul Padover, historiador y politólogo nacido en Austria que entonces servía en el ejército de Estados Unidos, decidió escribir un diario donde detallaba sus conversaciones con los lugareños y, en ocasiones, con los estadounidenses encargados de controlar las ciudades y pueblos que iban ocupando en su marcha a Berlín. Parte de su cometido era calibrar el sentimiento del pueblo alemán y también estimular el proceso de identificación y purga de los altos cargos nazis. Padover se reunió con un teniente coronel anónimo, al que identifica como el GM (gobernador militar)

de una ciudad industrial en Renania, y dejó constancia escrita del escepticismo con el que este oficial veía todo el proceso. Su discurso es algo difuso, pero a la vez lo suficientemente claro:

> No es asunto nuestro investigar lo que piensan los alemanes. ¿Encontrar a verdaderos demócratas? Ni siquiera en Estados Unidos los encontraríamos. Me da igual quién dirija este país y quién viva aquí siempre que no nos causen problemas. Me preocupa más la amenaza rusa que la cuestión alemana. Solo Estados Unidos es lo suficientemente fuerte para combatir a Rusia; lo de Inglaterra es de risa. En esta ciudad ya hay un comité que supuestamente se dedica a señalar a los nazis; no es asunto mío. En realidad no tengo nada en contra de ellos siempre que no se enfrenten conmigo. Esta lista de abogados nazis que me has pasado… puede que sea verdad, puede que no, pero ser miembro del partido nazi no es algo necesariamente malo en sí mismo.

El general George Patton no escatimó ironía al referirse a los esfuerzos de sus superiores por castigar o al menos apartar a los nazis de los puestos de control de la sociedad alemana de posguerra. Durante su época de gobernador militar de Baviera, en 1945, le escribió a su mujer: “Lo que estamos haciendo es destruir por completo el único estado semi-moderno de Europa para que Rusia pueda arrasar con todo de una vez”.

Incluso algunos judíos alemanes que habían huido de su patria en la década de 1930 se mostraron extrañamente pragmáticos y fríos respecto a los retos que les esperaban cuando regresaran como estadounidenses de nuevo cuño a una Alemania en ruinas. Peter Sichel tenía doce años en 1935, cuando sus padres lo sacaron de Berlín y lo enviaron a un colegio británico. Recuerda cómo aquel mismo año su madre ya puso a toda la familia en alerta cuando el régimen de Hitler aprobó las leyes raciales de Núremberg: “Van a matar a todos los judíos”. También recuerda cómo la mayoría de sus amigos pensaban que estaba loca por decir algo así. En 1938, sus padres consiguieron huir también de Alemania. Ya en 1941, Sichel estaba instalado en Estados Unidos y seis meses después de su llegada, tras el ataque a Pearl Harbor, se alistó voluntario en el ejército.

Durante la guerra, Sichel trabajó en la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos, el organismo precursor de la CIA. Reclutó a prisioneros de guerra alemanes para convertirlos en espías y, al acabar el conflicto, este joven capitán ya era el máximo dirigente de la OSS del Séptimo Batallón, destacado en Heidelberg. En el retrato que nos ofrece el teniente coronel Padover, Sichel consideraba inútiles los esfuerzos por identificar y castigar a todos los dirigentes de alto nivel del régimen de Hitler. “Nuestra misión era encontrar a los oficiales nazis de más alto rango, a los miembros de los

servicios de seguridad y a los dirigentes de la SS", afirmó, sin mostrar ningún entusiasmo. "Pero no me pregunte qué o a quién capturamos", añadió encogiéndose de hombros.

En una conferencia que había tenido lugar en Londres el año anterior, Sichel ya había avisado a sus superiores de que no había necesidad de preocuparse por la posible resistencia de los nazis de pura cepa una vez la guerra hubiera acabado. "Esto no es como la Primera Guerra Mundial –explicó–. Ellos mismos son conscientes de las cosas tan terribles que han hecho durante estos años. Van a esconderse donde puedan, pero no nos van a causar ningún problema". Añadió que sus excompatriotas eran muy eficientes, pero solo cuando trabajaban en grupo: "Los alemanes no se enzarzan en peleas individuales". Tenía razón. Los aliados tenían miedo de que las *Werwolf* –tropas paramilitares entrenadas para iniciar una guerra de guerrillas contra los aliados– se convirtieran en un enemigo temible, pero en cuanto acabó la guerra no se volvió a saber nada de ellas.

Poco después de la derrota alemana, Sichel fue destinado Berlín, donde continuó sus actividades clandestinas para la OSS y a continuación para la CIA, una vez la nueva agencia sustituyó a la OSS. En Berlín se estableció un equipo operativo que dependía directamente de la sede central de la CIA en Alemania occidental y Sichel acabó como jefe de dicho equipo en 1950. Su prioridad era conseguir información de los rusos y proteger a los científicos y técnicos alemanes para que no los raptaran y los llevaran a la Unión Soviética. También ayudaban a dichos científicos, independientemente de su pasado nazi, a cruzar a Alemania occidental, donde algunos de ellos volaban directamente a Estados Unidos. "No había demasiada gente dispuesta a seguir luchando hasta las últimas consecuencias", señaló.

En cuanto a los criminales de guerra, añadiría: "Es horrible decir esto pero no era una de mis máximas preocupaciones. Yo siempre fui de la opinión de que a los criminales tendría que habérseles pegado un tiro y olvidarnos de ellos por completo. Había que deshacerse de todos los que hicieron cosas realmente terribles y ser más comprensivo con los que simplemente mostraron alguna debilidad, con el fin de mirar al futuro y no anclarse en el pasado". En lo que a él respectaba, con los primeros juicios de Núremberg y demás ya bastaba para solucionar el problema.

Esta posición estaba en las antípodas de la idea inicial de los nuevos dueños de Alemania. El 10 de mayo de 1945, el presidente Truman firmó una

declaración que explicaba punto por punto el ambicioso proceso de "desnazificación" del país derrotado. "Todos los miembros del partido nazi que hayan tenido una participación en sus actividades más allá de la meramente nominal, todos los que apoyaron activamente el nazismo o el militarismo y todos aquellos que ofrecieron resistencia a los aliados serán depuestos y excluidos de la función pública y de cualquier cargo de cierta importancia en organismos semipúblicos y privados", afirmó. A continuación, pasó a definir las distintas categorías de implicados que sufrirían las consecuencias de esta resolución, utilizando un lenguaje lo suficientemente firme como para deducir que incluía a la gran mayoría de los simpatizantes del Tercer Reich.

Las cuatro potencias que ocupaban el país –Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética– coincidieron en un principio en la necesidad de la desnazificación. Los alemanes que optaran a cualquier puesto de trabajo tenían que rellenar los pronto infames *Fragebogen*, que incluían ciento treinta y una preguntas relacionadas con asuntos que iban desde sus características físicas a su afiliación política en el pasado. A continuación, los tribunales de desnazificación decidían si la persona quedaba incapacitada para ejercer un cargo público o privado. El escritor alemán Ernst von Salomon escribiría posteriormente el libro *Der Fragebogen* [El cuestionario], compuesto por sus largas e irónicas respuestas a cada una de las preguntas acerca de sus actividades durante la era nazi.

Sin embargo, el reto al que se enfrentaban los vencedores para manejar a aquellos que durante tanto tiempo habían desfilado al compás de los tambores nazis no solo era un asunto serio sino de una gran complejidad. Ocho millones y medio de alemanes habían pertenecido al partido nazi y así constaba en los registros, pues el encargado de hacerlos desaparecer, el dueño de una fábrica de papel de Múnich, había ignorado deliberadamente las instrucciones al respecto. Y varios millones más pertenecían a organizaciones que dependían del partido. Si todo aquel que hubiera servido de alguna manera al Tercer Reich quedaba excluido del sector público y del privado, apenas iba a quedar mano de obra. Noel Annan, oficial jefe de inteligencia en la zona británica, afirmó en público lo que incluso los más fervientes defensores de la desnazificación tenían que admitir en privado: "La democracia en Alemania solo puede nacer utilizando los fórceps de la desnazificación, pero con cuidado para no aplastar al bebé".

A medida que los alemanes rellenaban obedientemente sus *Fragebogen*, los ocupantes empezaron a comprender que era imposible manejar tanto papeleo. Al principio, los estadounidenses fueron de lo más ambiciosos, exigiendo que cualquiera que tuviera más de dieciocho años rellenara los cuestionarios y convencidos de que su deber era hacer una revisión lo más exhaustiva posible de los mismos. A finales de 1946 habían examinado casi 1,6 millones de cuestionarios, expulsando a trescientos setenta y cuatro mil nazis de sus puestos de trabajo. El problema es que aún quedaban millones de casos por revisar y no había personal estadounidense suficiente para encargarse de todos ellos. En palabras del general Lucius Clay, el gobernador militar de la zona americana: "Ni en cien años nos habría dado tiempo a juzgarlos a todos". Su conclusión fue que la desnazificación tenía que quedar "en manos de los propios alemanes".

Esta decisión encajaba con su voluntad de animar a los alemanes que estuvieran más o menos "limpios" a que poco a poco se fueran encargando ellos de tomar las riendas del país. Los *Spruchkammern*, tribunales locales de desnazificación repartidos por la zona americana, no eran técnicamente tribunales legales en sentido estricto, pero sí tenían sus fiscales y sus abogados defensores, y eran los encargados de determinar a quienes se podía considerar "implicados de primer grado", "implicados de segundo grado", "implicados sin más", "simpatizantes" o "exonerados de culpa".

El proceso estuvo plagado de problemas desde el principio. Muchos antiguos nazis se acogieron a la figura del *Mussnazi:* forzados a hacerse miembro del partido pese a tener ideas antinazis. Los vencedores siempre bromeaban con que en realidad Hitler nunca había tenido ni un solo seguidor. Aunque algunos miembros de los tribunales sí que se tomaron en serio su obligación, otros estaban encantados de exonerar a los nazis basándose en testimonios bastante dudosos. Los alemanes pronto popularizaron un término para definir este lavado de imagen masivo: *Persilschein*, haciendo un juego de palabras con el detergente Persil. Sin embargo, al principio, los alemanes apoyaron el proceso sin demasiadas reticencias: en 1946, una encuesta demostró que el cincuenta y siete por ciento de los residentes en la zona americana lo respaldaban. Poco a poco, empezaron a surgir dudas sobre su ecuanimidad a la hora de aplicar justicia y las cifras se redujeron hasta quedar en un diecisiete por ciento en 1949. En algunos casos se produjeron ataques vandálicos a los edificios donde se reunían los tribunales y a los vehículos y domicilios de sus miembros.

Clay admitiría con posterioridad que tanto los cuestionarios como los tribunales fueron en buena medida un fracaso. “Pero no sé qué otra cosa podríamos haber hecho”, afirmó, y hay que reconocer que en eso tenía razón. En una sociedad que había estado tan controlada por Hitler y su movimiento, nadie tenía la fórmula mágica de la desnazificación. Por otro lado, Clay también reconoció que, con sus defectos y sus limitaciones, los alemanes que se encargaron de la desnazificación sí consiguieron al menos destapar a muchos nazis y excluirlos de los puestos de mando. “Puede que no hayan hecho una limpieza total de su casa, pero al menos quitaron la porquería más visible”.

Todas las potencias ocupantes empezaron pronto a aplicar excepciones a las reglas, como en el caso de los ingenieros aeronáuticos por los que se peleaban los rusos y los americanos. Por su parte, los británicos y los franceses encontraron formas de saltarse rápidamente su propia ley cuando les perjudicaba. En junio de 1946, se apartó a ciento setenta y nueve ejecutivos y empleados de la fábrica de Volkswagen en la zona británica. Como el principal cliente de la fábrica eran precisamente los británicos, en febrero de 1947, ciento treinta y ocho ya estaban de vuelta al trabajo. Los franceses despidieron en un principio a tres cuartas partes del profesorado de su zona, pero reconsideraron su decisión cuando se acercó el momento de empezar el curso, readmitiéndolos a todos.

Las autoridades soviéticas acusaron en repetidas ocasiones a las potencias occidentales de colaborar con antiguos nazis y permitirles ocupar muchos puestos clave en la administración. Cuando la ocupación finalizó oficialmente en 1949 y se crearon la Alemania oriental y la occidental, el Kremlin siguió describiendo a esta última como un nido de nazis. Aunque es muy cierto que muchos de los antiguos nazis salieron indemnes del proceso de desnazificación en las zonas occidentales de ocupación y pronto se hicieron con puestos de relevancia en el nuevo estado democrático, tampoco es que los soviéticos pudieran dar lecciones a nadie.

Por un lado, el Ejército Rojo se había vengado de forma brutal durante su avance definitivo hacia Berlín y los últimos prisioneros de guerra alemanes que aún quedaban con vida no fueron liberados hasta 1956. Además, en 1949, los nuevos tribunales de Alemania oriental se encargaron de impartir justicia al más puro estilo de Stalin, condenando a los acusados a una velocidad sobrecogedora: en poco más de dos meses y medio,

encarcelaron a tres mil doscientos veinticuatro antiguos oficiales nazis en procesos que duraban una media de veinte minutos cada uno.

Sin embargo, por otro lado, igual que las potencias occidentales, los nuevos amos soviéticos tuvieron que enfrentarse con la misma cuestión práctica de cómo cubrir la enorme cantidad de puestos de trabajo de su zona y luego en la nueva Alemania oriental. Y, al igual que hicieron los occidentales, no tuvieron problema en pasar por alto a antiguos afiliados si les convenía para sus propósitos, en ocasiones con más frecuencia que en el oeste. Los antiguos miembros del partido nazi apenas encontraron trabas a la hora de afiliarse al recién creado Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (Partido Socialista Unificado de Alemania, SED por sus siglas en alemán), nombre que recibió el Partido Comunista Alemán. Ya en 1946, el treinta por ciento de los miembros de los grupos locales del SED eran antiguos nazis. Como advirtió sarcásticamente el general Clay: “Uno se desnazifica en cuanto entra en el SED”.

El historiador alemán Henry Leide, que investigó volúmenes y volúmenes de archivos de la Alemania oriental para escribir un estudio detallado de cómo dicho país trató con su pasado nazi, señaló que esa estadística no era precisamente la excepción: “A pesar de que muchos inocentes fueron encarcelados, casi todos los criminales nazis de verdad salieron pronto de prisión y pudieron afirmar (erróneamente) que ya habían pagado por sus crímenes”.

Y es que el arrepentimiento y la redención, por la vía de unirse al partido comunista, suponían en la Alemania oriental un impulso a cualquier carrera: en universidades, hospitales, política, servicios de seguridad… Los enemigos de verdad, tal y como lo veían los nuevos amos soviéticos, eran aquellos alemanes de los que se sospechaba algún tipo de anticomunismo. Esos eran mucho más peligrosos que los nazis.

En junio de 1948, el Kremlin puso en marcha el bloqueo de Berlín occidental, cortando toda comunicación fluvial, ferroviaria y por carretera entre la ciudad y la zona de Alemania controlada por los occidentales. El objetivo era aislar y engullir este enclave occidental en medio de la zona soviética, expulsando a los americanos, los británicos y los franceses. Los aliados occidentales respondieron por el aire, organizando hasta doscientos setenta mil vuelos que surtieron a Berlín con más de dos millones de artículos de primera necesidad para ir subsistiendo hasta que la Unión

Soviética levantó el bloqueo, el 12 de mayo de 1949. Fue una muestra espectacular de determinación que salvó a Berlín occidental y aceleró la creación formal de los dos estados alemanes. La guerra fría había empezado en serio.

No es casualidad que 1948 fuera también el año en el que los gobiernos occidentales empezaron a perder ostensiblemente el interés por perseguir a los criminales de guerra, y a reducir las sentencias de los ya condenados. El telegrama secreto que la Oficina de Relaciones con la Commonwealth mandó a todo el mundo el 13 de julio de 1948 daba unas instrucciones muy claras de "cómo dejar el pasado a un lado lo antes posible". El comunicado urgía a que se acelerara cualquier caso que estuviera pendiente de juicio con fecha del 31 de agosto de aquel año, añadiendo que "no debía iniciarse ningún proceso nuevo" pasada esa fecha. "Esto afecta en especial a los casos de supuestos criminales de guerra que no están en prisión y que podrían en algún momento caer en nuestras manos", concluía.

El ambiente también estaba cambiando en Washington. Los críticos de los juicios por crímenes de guerra recibieron más munición para la polémica cuando los abogados de muchos de los encarcelados empezaron a pedir la reducción de las condenas. En el caso de las tropas de la Waffen-SS condenadas por llevar a cabo la matanza de prisioneros de guerra americanos en Malmedy, se alegó que algunos de los testimonios incriminatorios habían sido obtenidos mediante artimañas y amenazas. No hubo tal acusación en ninguno de los casos de los que se encargó William Denson en Dachau, pero el fiscal –que ya estaba de vuelta en Estados Unidos– también vio cómo se cuestionaba su trabajo al detalle.

El ejército de Estados Unidos creó cinco grupos de revisión para examinar las sentencias dictadas hasta la fecha e informar posteriormente al general Clay. En teoría, se trataba tan solo de una medida rutinaria para garantizar que se había hecho justicia, pero la atmósfera política de aquellos años invitaba a considerar la indulgencia como un mensaje positivo. Al aceptar muchas de las peticiones de clemencia de los grupos de revisión que examinaron todos los juicios de Dachau, Clay se limitó a seguir el espíritu de los tiempos, aunque siempre rechazó vehementemente la acusación de que había sido demasiado débil con los criminales de guerra.

Los juicios de Dachau habían terminado con la condena de mil cuatrocientos dieciséis de los mil seiscientos setenta y dos acusados. "Anulé sesenta y nueve condenas, conmuté ciento diecinueve y reduje ciento treinta

y ocho, dejando intactas mil noventa condenas", señalaba Clay. Al considerar poco fiables los testimonios de algunos supervivientes de los campos de concentración, Clay conmutó ciento veintisiete de las cuatrocientas veintiséis penas de muerte por cadenas perpetuas. Ahora bien, lo que verdaderamente sorprendió a Denson, que ya estaba de vuelta en Washington, y lo que generó una reacción contraria de inmediato en la capital, fue la decisión de Clay de reducir la cadena perpetua de la acusada más polémica de Dachau –Ilse Koch, "la perra de Buchenwald"– a cuatro años de cárcel.

La justificación de Clay se basaba en que Koch era un "personaje sórdido e indeseable" que se había ganado "el odio más profundo" de los prisioneros que testificaron en su contra "al alardear de su sexualidad", pero que las pruebas recabadas no lo convencían de que fuera "una de las participantes clave en los crímenes de Buchenwald". Los rumores de que se había hecho fabricar pantallas para las lámparas con la piel de los prisioneros, añadió, perdieron crédito porque al parecer eran en realidad de piel de cabra.

Denson consideró que la acción de Clay era "una burla a la administración de la justicia". El caso Koch volvió a los titulares y dio pie a una investigación por parte de un subcomité del senado encabezada por Homer Ferguson, de Michigan. En la audiencia, Denson volvió a describir a Koch como una sádica que disfrutó atormentando a innumerables prisioneros. Explicó que las acusaciones de que iba eligiendo prisioneros para despellejarlos y luego utilizar su piel para adornar objetos nunca fueron una pieza central en su acusación, por mucha importancia que le hubiera dado la prensa. "Nunca me pareció que todo ese asunto de la piel tuviera tanta importancia –declaró–. La acción agravada era golpear o bien ordenar que golpearan hasta la muerte a los prisioneros. Esa era, estoy seguro, la base de su condena".

Cuando le preguntaron si Koch era menos culpable que otros acusados de Buchenwald, Denson respondió destacando que solo era la esposa del comandante jefe del campo, es decir, que no tenía ninguna obligación oficial. "Por eso creo que era más culpable, porque lo hacía de forma gratuita –afirmó–. No tenía por qué ejercer la autoridad que ejerció… la gente con la que pude hablar en su momento coincidía en que la única razón por la que se la condenó a cadena perpetua en vez de a la horca fue que estaba embarazada". Denson también argumentó que la decisión de Clay

levantaría ampollas en Alemania, a pesar de las insistentes demandas de que los aliados fueran más clementes. "Los alemanes decentes están tan sorprendidos como yo por esta reducción de condena", declaró.

Ninguno de los miembros de la subcomisión mostró ninguna simpatía hacia Koch, aunque algunos sí cuestionaron la manera de llevar los juicios de Dachau. "Mi opinión respecto a este caso es que a esa mujer deberían haberle roto el cuello", afirmó el senador de Arkansas John McClellan. El subcomité concluyó que no había justificación alguna para la reducción de la condena de Koch. Basándose en la intervención de Denson, el senador Ferguson escribió en su informe final: "Cada acto cometido por Ilse Koch, como demuestran todas las evidencias, fue fruto de una decisión voluntaria. Dicha acción voluntaria, contraria a cualquier instinto humano decente, merece el mayor de los desprecios y no admite matiz alguno".

Dolido por las duras críticas hacia su decisión de reducir la condena de Koch, Clay sugirió que igual habría llegado a una conclusión diferente si hubiera podido ver todas las pruebas contra Koch. Señaló que el subcomité del senado "que unánimemente ha criticado esta acción, ha tenido la oportunidad de escuchar a testigos cuyo testimonio no figuraba en la documentación que se me entregó".

Denson tendría aún otro motivo de satisfacción. El canciller Konrad Adenauer, el primer líder del recién creado gobierno de Alemania occidental, pronto se sumó a las peticiones de amnistía que le hicieron llegar los que habían pasado por los juicios. "A la vista de los confusos tiempos que estamos dejando atrás, lo mejor es hacer tabla rasa", declaró en una de las primeras reuniones de su gabinete. Sin embargo, después de que Koch cumpliera los cuatro años que había pedido Clay, un tribunal de Alemania occidental la condenó por incitación al asesinato y maltrato físico de prisioneros alemanes, condenándola a cadena perpetua: exactamente la misma condena que había conseguido Denson cuando la llevó a juicio por primera vez. Como él mismo había predicho, los alemanes tampoco estaban demasiado satisfechos con la decisión de ponerla en la calle.

Peter Heidenberger, el joven reportero alemán que había cubierto los juicios de Dachau, entrevistaría años después a Koch en su nueva prisión. Admitió que llegó a sentir lástima por aquella mujer de aspecto lánguido que en su momento fuera considerada un monstruo erótico de proporciones míticas. No quedaba nada de su imagen escandalosa de antaño y parecía, más bien, "una secretaria de pueblo, quizá algo sexualizada, pero alguien

con quien no querrías tener relación", declaró. Hablando sobre su caso décadas más tarde, señalaría que ella también encajaba en la definición de "la banalidad del mal", por usar el término que se pondría de moda mucho después de que Koch entrara en la cárcel.

En 1963, cuando ya llevaba años en el olvido, Koch recibió la visita en prisión de su hijo adolescente, Uwe, que acababa de enterarse de quién era su madre, la mujer que lo tenía en su vientre durante el juicio de Dachau. Uwe empezó a visitarla con cierta regularidad. Un día de 1967, cuando llegó a la prisión, los funcionarios le informaron de que Koch se había ahorcado. Su madre le había dejado una nota: "No puedo hacer otra cosa. La muerte es para mí una liberación".

Aunque la opinión pública apoyó sin fisuras a Denson en el caso de Koch, no se puede decir lo mismo de los juicios de Dachau en su totalidad. Denson había conseguido una condena tras otra demostrando que los acusados eran parte de lo que él llamaba "un plan común" de los campos de concentración, que implicaba formar parte de una "comunidad de intenciones" para cometer actos criminales. Los críticos argumentaron que esta categorización era demasiado amplia y que había otros aspectos de los juicios de Dachau que dejaban dudas acerca de su ecuanimidad.

Entre los críticos más duros estaba nada menos que Benjamin Ferencz, el joven fiscal que consiguió que condenaran a los veintidós líderes de los *Einsatzgruppen* en Núremberg. Según él, los juicios de Dachau fueron algo "completamente deleznable. Aquello no se parecía en nada a un tribunal de justicia –declaró–. Eran poco más que cortes marciales, y esa no es mi idea de lo que debería ser un proceso judicial, al menos desde mi perspectiva idealista de licenciado en derecho por Harvard".

Denson defendió con uñas y dientes la legalidad de los juicios de Dachau hasta el día de su muerte, en 1998, argumentando que fueron lo más justos posible en aquellas circunstancias; y que era un proceso absolutamente necesario. Aunque se negaba a atribuirse ningún mérito especial por haber conseguido todas aquellas condenas, incluidas varias a muerte, en 1991 ante una clase en la universidad de Drew afirmó: "Hay algo, sin embargo, que me llena de orgullo; y es cuando un superviviente se me acerca y me dice: 'Le agradecemos todo lo que ha hecho por nosotros'".

Ferencz y Denson tenían muchas cosas en común: ambos eran jóvenes cuando se les encargó la acusación contra los hombres que habían puesto en práctica las órdenes más draconianas del régimen de Hitler, unos casos que acabarían pasando a la historia. Los dos estaban convencidos de que los que habían asesinado y torturado sin piedad tenían que pagar por sus acciones. El objetivo era tanto sentar un precedente para las generaciones futuras como reconocer el sufrimiento de sus víctimas, que no se merecían menos, como indicaría Denson… algo con lo que Ferencz coincidía por completo.

Sin embargo, Ferencz siempre ha insistido en que fueron los juicios de Núremberg y no los de Dachau ni los posteriores, los que consiguieron esos objetivos. Los hombres a los que condenó, argumenta, eran "oficiales y coroneles que disparaban cada día a miles de personas, a miles de niños", señala. No había necesidad de discutir los "planes comunes", puesto que ahí estaban los datos fríos y documentados de cómo llevaban a cabo estos asesinatos en masa. Y no se trataba solo de los ejecutores, sino de los comandantes de unas unidades llenas de ejecutores. Y eso, en su opinión, era a lo más que se podía aspirar.

Ferencz tenía buena parte de razón, pero su actitud también revelaba un rasgo que se haría cada vez más habitual entre ese reducido grupo de personas que pasarían a llamarse cazadores de nazis: la tendencia a considerar sus esfuerzos como los más importantes y a cuestionar –cuando no denigrar– la actuación y, en ocasiones, los motivos de sus colegas.

Irónicamente, varios de los líderes de los *Einsatzgruppen* se acabarían beneficiando de unas reducciones de condena mayores incluso que las de los "nazis menores" –en palabras del general Clay– que fueron juzgados en Dachau. Pese a la creciente presión a favor de reducir drásticamente las penas, Clay se mantuvo firme a principios de 1949, cuando revisó los casos de los veintidós comandantes de los *Einsatzgruppen* procesados por Ferencz, confirmando las trece condenas a muerte. Sin embargo, poco después John J. McCloy, abogado de Wall Street y antiguo subsecretario de guerra, remplazó a Clay y ocupó su lugar como Alto Comisionado de Estados Unidos. En 1950, formó un Consejo Consultivo para peticiones de clemencia y decidió revisar de nuevo las sentencias de los *Einsatzgruppen* y de los demás juicios. Adenauer y muchos otros estaban presionando para que se conmutaran todas las penas de muerte y tanto el consejo consultivo como el propio McCloy acabaron cediendo, si no del todo, sí en buena medida.

A principios de 1951, McCloy aceptó casi todas las recomendaciones del consejo consultivo y redujo aún más de lo solicitado las sentencias de los que seguían en prisión, conmutando además más sentencias de muerte de las sugeridas. Al final, solo mantuvo cuatro de las trece condenas a muerte del juicio contra los *Einsatzgruppen* del que se encargó Ferencz. En medio del creciente conflicto entre las dos grandes potencias, la prioridad era alinear a Alemania occidental en el bando de la lucha contra el comunismo. McCloy pensó que bastaba con mantenerse inmisericorde con cuatro de los condenados del juicio de Ferencz para ilustrar el principio de que había crímenes que eran demasiado grandes para recibir ninguna clase de perdón, ni siquiera parcial. Los colgaron el 7 de junio de 1951.

Telford Taylor, el jefe de Ferencz y responsable del alegato final en el caso contra los *Einsatzgruppen*, calificó la actuación de McCloy como "la personificación del politiqueo". Ferencz, que en ningún momento había pedido específicamente la pena capital, se mostró más comprensivo, señalando que McCloy venía del derecho mercantil y no estaba preparado para condenar a hombres a la horca. "Sabía que le iba a costar lo de firmar un papel ordenando que los colgaran –afirmó, aunque también añadió–: Si hubo razones suficientes para imponer un castigo, no debería reducirse sin otras razones suficientes… y en muchos casos no había ninguna, que yo supiera".

En 1980, McCloy escribió una carta a Ferencz en la que parecía arrepentirse de su decisión: "Si hubiera manejado todos los datos que manejo ahora, sin duda mi resolución habría sido más justa". Ya en 1958 todos los líderes restantes de los *Einsatzgruppen* condenados en Núremberg habían sido puestos en libertad, incluyendo a algunos que en un principio fueran condenados a muerte. Ellos, como muchos de sus compañeros de asesinatos en masa, vivieron el resto de sus días como hombres libres.

Después del "mayor juicio por asesinato de la historia", a Ferencz se le quitaron las ganas de seguir procesando a criminales de guerra. Se dedicó a otras cosas, sobre todo a buscar asistencia material para los supervivientes. Con la ayuda de Clay y después de McCloy, que aportaron los créditos inicales para ayudarle a poner en marcha sus planes, Ferencz se nombró a sí mismo director general de la Organización de Restitución del Patrimonio Judío, "para impresionar a los alemanes con un título", según contaba. Contrató una serie de ayudantes y les mandó a revisar los registros inmobiliarios de todo el país con la orden de reclamar cualquier propiedad

transferida después de 1933 o que incluyera un nombre judío. A continuación, ayudó a crear la Organización Unida de Restitución, con oficinas en diecinueve países, y se involucró en las complejas negociaciones entre el nuevo gobierno de Adenauer, los demás países y las numerosas víctimas, no solo judíos. Ferencz permaneció en Alemania junto a su familia hasta 1956, volcado en su trabajo, y sus cuatro hijos nacieron en Núremberg.

Aunque Ferencz hace hincapié en lo mucho que tardaron los alemanes en quitarse de encima su antisemitismo y reconocer a sus víctimas, siempre le impresionó la diligencia con la que las nuevas autoridades alemanas pusieron en marcha lo que sería un proceso sin precedentes para compensarlas. “Nunca había sucedido, en toda nuestra historia, que un país pagara a sus damnificados de forma individual, siguiendo las palabras de Adenauer, que dijo que aquellos terribles crímenes se habían cometido en nombre de todo el pueblo alemán”.

Su papel como fiscal jefe en el juicio de Núremberg contra los *Einsatzgruppen* fue lo que alimentó esa pasión que le sigue consumiendo en lo que es ya su décima década de vida. Siempre insiste en que los conflictos han de resolverse “mediante la ley y no mediante la guerra” y es un firme defensor del Tribunal Penal Internacional. El 25 de agosto de 2011, Ferencz fue el encargado de hacer el alegato final en el primer juicio del Tribunal, celebrado en La Haya: el caso contra Thomas Lubanga Dyilo, líder de los rebeldes congoleños y acusado de reclutar a niños soldados. Ferencz tenía noventa y un años por entonces y no dudó en evocar las lecciones aprendidas en Núremberg. En julio de 2012, el Tribunal encontró culpable a Dyilo y lo condenó a catorce años de prisión.

Ferencz considera hoy innecesario seguir persiguiendo a guardias y oficiales de campo de concentración, ya muy ancianos, y cuyo papel fue relativamente poco importante. “Mejor olvidarlos –afirma–. Por el amor de Dios, a esos pececillos yo los metería otra vez en el estanque”.

La mayoría de los cazadores de nazis que siguieron a Ferencz en su labor vieron la situación de manera completamente distinta, rechazando su idea de que solo merecían ser procesados los acusados del nivel de Núremberg para arriba. Eso supondría, en la práctica, la inmunidad para la gran mayoría de los asesinos masivos. Ferencz afirma que por supuesto que hay que asegurarse de que los peces gordos de cualquier época paguen por sus

responsabilidades, para que todo el mundo tome ejemplo, pero en el caso de los nazis, sigue convencido de que los únicos peces gordos eran los suyos.

Buena parte de la motivación a la hora de estos juicios por crímenes de guerra residía exactamente en eso: hacer que fuera la justicia la que repartiera responsabilidades delante de todo el mundo. Al mostrar todo lo que fue el Tercer Reich, agresión por agresión, asesinato masivo por asesinato masivo, atrocidad por atrocidad, los juicios fueron cruciales para establecer qué había pasado exactamente… y dejar claro que los ejecutores tenían una responsabilidad directa en sus crímenes, fuera quien fuera el que diera las órdenes. Para asegurarse de que las pruebas llegaran al mayor público posible, los aliados que se dieron cita en Núremberg montaron una unidad de rodaje con la intención de producir conjuntamente un documental sobre los procedimientos del Tribunal Militar Internacional contra los principales acusados.

Como era de esperar, los representantes estadounidenses y los soviéticos no se pusieron de acuerdo en un enfoque común, así que ambas partes decidieron rodar sus documentales por separado. Más sorprendente fue el resultado de sus respectivos trabajos: los soviéticos inmediatamente distribuyeron su película mientras que los directores estadounidenses se vieron envueltos en agrias batallas internas acerca de qué tipo de documental deberían hacer… lo que, en último término, derivó en que la película no consiguiera estrenarse en Estados Unidos. Sí lo hizo en Alemania, a finales de la década de 1940, bajo el título de *Nuremberg: Its Lesson for Today* [Núremberg: lo que podemos aprender], pero pronto cayó en el olvido.

La principal razón por la que el documental no tuvo relevancia alguna fue que no se acabó de montar hasta 1948 y para entonces las prioridades políticas de Washington habían cambiado por completo. "La guerra fría era lo único importante, el objetivo era reconstruir Alemania –afirma la productora Sandra Schulberg–. No tenía mucho sentido andar restregándoles a los alemanes sus atrocidades durante la guerra y a la vez intentar convencerlos para que volvieran a integrarse en Europa".

Schulberg nació en 1950 pero tiene un vínculo directo y personal con el documental. Su padre fue Stuart Schulberg, el guionista y director del filme, que se había enrolado en los marines después del ataque a Pearl Harbor, acabando en la unidad audiovisual de la OSS, encabezada por el famoso

director John Ford. Su tío, Budd Schuberg, novelista de gran éxito en aquella época y ganador del Oscar a mejor guion por *La ley del silencio*, se había alistado en la marina y también acabó en la unidad audiovisual de la OSS. En cuanto acabó la guerra, ambos se dedicaron a recorrer Alemania y los territorios conquistados buscando metraje incriminatorio.

Los nazis habían intentado destruir cualquier prueba audiovisual, así que los Schulberg tuvieron que recurrir a los antiguos colaboracionistas del Tercer Reich para que les ayudaran a rescatar lo que quedaba. En Bayreuth, una ciudad al norte de Baviera, Stuart y su pequeño equipo ordenaron a un grupo de prisioneros de la SS que prepararan un gran cargamento de celuloide para su transporte. Dos soldados se quedaron con ellos haciendo guardia y apuntándoles con sus rifles mientras iban cargando a regañadientes los pesados contenedores. "Todavía llevaban sus uniformes negros y sus orgullosas gorritas militares –recuerda Stuart–. Podíamos ver a aquellos arios de la SS sufriendo con la situación. Cada vez que les dábamos una orden, torcían levemente el gesto. Me recordaban a los tigres y a los leones que actúan en un circo, obedeciendo contra su voluntad, rabiando, pero temerosos del látigo".

Todo el material aportado resultó de lo más valioso para los fiscales del Tribunal Militar Internacional de Núremberg, pues les permitió consolidar su acusación con imágenes dramáticas. De la OSS también salieron *The Nazi Plan*, una historia del movimiento nacionalsocialista, y *Nazi Concentration Camps*, utilizando las imágenes rodadas por las tropas estadounidenses y británicas en el momento de la liberación de los campos. Cuando este último documental se proyectó en el juicio, sorprendió incluso a los acusados.

Después de licenciarse en 1945 y volver a Estados Unidos, Budd Schulberg rechazó una oferta para escribir el guion de la versión americana de los juicios, proponiendo a Stuart en su lugar. Pare Lorentz, conocido como "el cineasta de FDR" (por el presidente Franklin Delano Roosevelt) era el jefe de la sección de música, teatro y cine del departamento de Guerra y como tal se encargó de todo el proyecto de Núremberg. Siguiendo la recomendación de Budd, le pidió a Stuart que escribiera el guion y peleó ferozmente contra el general Clay y el gobierno militar para que estos no asumieran el control creativo del documental; una lucha que también mantenían en Washington el departamento de Guerra y el departamento de Estado. En 1947, Lorenz estaba tan desesperado con las luchas intestinas, la

falta de financiación y otra serie de problemas que dimitió y abandonó su puesto en el departamento de Guerra.

Stuart continuó su trabajo, escribió varios borradores del guion que le habían propuesto y tuvo que soportar a menudo las iracundas críticas de los que querían imponer su criterio. Pese a todo, al final, su versión fue la ganadora. El documental giraba en torno a los cuatro cargos de la acusación: conspiración, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. De una manera directa pero atractiva, explicaba los cargos contra el Tercer Reich en cada uno de esos ámbitos, intercalando imágenes del propio juicio que Robert Jackson, el fiscal jefe de Estados Unidos, había autorizado a grabar en parte.

A mediados de 1947, cuando los estadounidenses por fin empezaron a trabajar en su película, llegaron noticias de que los soviéticos ya habían completado su versión, que por supuesto se centraba en el papel del Ejército Rojo en la derrota de la Alemania nazi, ignorando en buena parte la contribución de los aliados occidentales. Esto provocó titulares embarazosos en los medios estadounidenses: "La guerra interna en el ejército de Estados Unidos permite que los rojos se adelanten a los yanquis en la película sobre Núremberg", publicó *Variety* el 11 de junio.

Aunque algunos oficiales estadounidenses en Alemania todavía pretendían retrasar o incluso prohibir el documental, el éxito de la versión soviética ayudó a que por fin se completara y se estrenara. La película americana se estrenó ante el público alemán en Stuttgart el 21 de noviembre de 1948, y se distribuyó por toda Alemania occidental en 1949. Según Stuart, el documental recibió unas críticas "inesperadamente buenas" y las salas se abarrotaban. "El público se pasaba la película en un silencio sepulcral para después abandonar la sala despacio, sin palabras y cariacontecidos". Citó un informe oficial del gobierno militar que decía: "Este documental les explica el nazismo a los alemanes en ochenta minutos mejor que lo que hemos hecho nosotros en tres años".

Antes incluso del éxito en Alemania, Jackson, el juez del Tribunal Supremo, que ya había regresado de Núremberg, hizo presión junto a muchos otros para que se estrenara también en Estados Unidos. El colegio de abogados de Nueva York había solicitado una copia del filme para su proyección, pero Washington les negó la autorización. Sin embargo, sí les daban acceso a una copia de la versión soviética. Enfurecido, Jackson escribió a Kenneth Rogall, secretario del ejército, el 21 de octubre de 1948,

defendiendo vehementemente la necesidad de distribuir la película en Estados Unidos. Ya antes había escrito a Harrison Tweed, el presidente del colegio de abogados de Nueva York, que se puso en contacto con él para preguntarle si podía leer su carta de agravio al resto de los miembros del grupo “quitando las palabrotas”. La respuesta de Jackson fue afirmativa, “siempre y cuando las palabrotas se queden en su sitio”.

El argumento fundamental de Jackson era que la película cumplía con múltiples propósitos: ayudar a los alemanes a entender por qué necesitaban una democracia; contrarrestar la propaganda del filme soviético que daba “la impresión de que ellos conquistaron y organizaron los juicios sin ayuda de nadie” e ir más allá en los objetivos de Roosevelt y Truman, presentando una versión precisa y acertada de por qué Estados Unidos tuvo que entrar en guerra y por qué había que juzgar a los responsables. “No puedo ver motivo alguno por el que Estados Unidos no deba beneficiarse de estas enseñanzas”, concluyó.

A Rogall le dieron igual todos estos argumentos: “El estreno y distribución del documental en este país ni siquiera es materia de discusión –le contestó a Jackson–. En mi opinión, el tema no encaja con las actuales políticas y propósitos de la administración; por lo tanto, considero que esta película no puede, en este momento, servirle de nada al ejército ni a la nación en su conjunto”.

De entrada, muchos oficiales del ejército ya se habían opuesto a los juicios de los oficiales alemanes, pero lo que condenó a la película fue el inicio de la guerra fría. Los estadounidenses necesitaban a los alemanes occidentales como aliados y parecía que esa película les perjudicaba en sus esfuerzos. William Gordon, el director de relaciones públicas de Universal Pictures, defendió después de ver la película la decisión de no distribuirla, poniendo pegas especialmente a las imágenes de los campos de concentración y a otras atrocidades “demasiado difíciles de digerir… y lo digo en un sentido literal”.

Este acto de censura no pasó inadvertido. Walter Winchell, columnista de *The New York Daily Mirror*, publicó el 6 de marzo de 1949 una columna titulada “The Hall of Shame” [La galería de la vergüenza] burlándose de la lógica por la cual el filme podría generar un sentimiento anti-alemán en los Estados Unidos. “¿Se puede ser más idiota? –escribió–. Los mismos cuyo deber era erradicar el nazismo se empeñan ahora en erradicar las pruebas de

la brutalidad de ese nazismo… convirtiéndose de esa manera en cómplices o encubridores de los crímenes nazis".

Pare Lorentz, que había estado al frente del proyecto hasta que decidió dimitir y volver a la vida civil, llegó a ofrecerse para comprarle al ejército el documental y después distribuirlo él mismo por los cines estadounidenses. Ni así hubo manera. El 19 de septiembre de 1949, un artículo de *The Washington Post* sugería que "hay en las altas esferas gente que piensa que los estadounidenses son tan simples que solo pueden odiar a un enemigo al mismo tiempo. 'Olvidaos de los nazis', vienen a decir, 'y concentraos en los rojos'". William Shirer, el famoso periodista que escribiría años después *Auge y caída del Tercer Reich*, había asistido a una proyección especial de la película para críticos y escritores. Denunció el empeño del ejército por bloquear la distribución de la película, considerándolo "un escándalo".

Nada logró que el ejército y el gobierno cambiaran de idea. El documental nunca llegó a estrenarse para el público estadounidense de a pie. Pese a su decepción, Stuart Schulberg siguió dirigiendo películas para el gobierno militar de Estados Unidos en Alemania sobre la desnazificación y la reeducación, y más tarde, de 1950 a 1952, ejercería de jefe de la sección audiovisual del Plan Marshall en París, encargándose de distintas películas cuyo fin era fomentar la reconciliación entre Francia y Alemania.

En 2004, un cuarto de siglo después de la muerte de Stuart Schulberg, su hija Sandra presentó una retrospectiva de las películas del Plan Marshall en el festival de cine de Berlín. Como aperitivo, y por decisión del director del festival, Dieter Kosslick, se proyectó la versión en alemán del documental de su padre sobre Núremberg, que la propia Sandra no había tenido la oportunidad de ver nunca. Le dejó muy impresionada.

Cuando volvió a Estados Unidos, Sandra se hizo con la versión americana y se dio cuenta de que los realizadores habían utilizado a dobladores en lugar de mantener el sonido original de la sala de juicios. Así, se embarcó en el ambicioso proyecto, junto al director y montador de sonido Josh Waletzky, de restaurar la película utilizando el sonido de la sala para que el público pudiera oír a todos los principales participantes del juicio hablando en sus propios idiomas: alemán, inglés, ruso y francés. Le pidieron al actor Liev Schreiber que pusiera la voz para la narración original en inglés pensada por Stuart. El documental, completamente restaurado, se estrenó por primera vez en los cines estadounidenses en otoño de 2010. En 2014, ya estaba disponible también en Blu-Ray.

Después de tanto tiempo, los estadounidenses habían podido disfrutar del trabajo de su padre. Una vez acabada la guerra fría ya no quedaba quien le pusiera pegas.

VII
'UNOS LOCOS COMO YO'

"Nada pertenece al pasado. Todo es aún parte del presente y podría convertirse de nuevo en futuro".
(Fritz Bauer, fiscal general de Braunschweig y luego de Hesse, explicando su obstinación por que sus compatriotas fueran conscientes de los crímenes que se cometieron en su nombre durante el Tercer Reich).

*L*os estadounidenses que se habían involucrado a fondo en los juicios por crímenes de guerra y en sus consecuencias no fueron los únicos en darse cuenta de lo rápido que se había perdido el interés por perseguir a los nazis y por denunciar lo que habían hecho durante sus doce años de terror. Los cazadores de nazis independientes, a menudo motivados por los horrores que habían experimentado o presenciado como supervivientes del Holocausto, también perdieron ímpetu al encontrarse de pronto con la indiferencia o incluso la hostilidad de las autoridades a la hora de mantener viva su causa. Ellos también tuvieron que plantearse si no sería mejor dedicar sus energías a nuevos objetivos personales y políticos. Con los antecedentes del inicio de la guerra fría a finales de la década de 1940 y el estallido de la guerra de Corea en 1950, estaba claro que la década de 1950 iba a ser muy diferente de la anterior, con nuevos y muy diferentes problemas copando los titulares.

Desde que lo liberaran del campo de Mauthausen el 5 de mayo de 1945, Wiesenthal se había instalado en la cercana ciudad austriaca de Linz, trabajando para la OSS. El oficial jefe de la organización le ayudó firmándole un pase que certificaba que estaba haciendo "trabajos confidenciales de investigación" para la OSS y que le permitía "moverse

libremente en la parte de Austria ocupada por los americanos”. Cuando la OSS cerró su oficina en Linz a finales de 1945, se pasó al Cuerpo de Contrainteligencia del ejército de Estados Unidos (CIC por sus siglas en inglés). Su trabajo siguió siendo el mismo: ayudar a los americanos a identificar y capturar nazis. En muchos casos, sin embargo, los vencedores mostraron poco interés en mantenerlos encerrados y soltaban a los detenidos nada más arrestarlos.

Además de colaborar con los agentes del CIC en los arrestos y la recogida de pruebas, Wiesenthal empezó también a trabajar de firme con los desplazados, casi todos supervivientes del Holocausto que se hallaban repartidos por toda la región, y pronto se dio cuenta de que podían ser excelentes testigos contra los asesinos. Los ayudaba a obtener atención médica, a rellenar peticiones de visado para entrar en Estados Unidos, o a lo más importante: encontrar a sus familiares desaparecidos, y así consiguió crear una amplia red de fuentes de información. Les enviaba cuestionarios en los que podían contar sus respectivas vivencias, lo que ayudaba a abrir nuevos caminos de investigación y servía de punto de partida para establecer el historial de cada uno.

Como Wiesenthal no se andaba con medias tintas, insistió en que todo aquel que quisiera buscar un trabajo en las organizaciones judías encargadas del reasentamiento de los desplazados en la zona americana debía presentar a al menos dos testigos que verificaran que no había sido colaborador de los nazis en los campos; en concreto, que no tenía nada que ver con los *Kapos*, los supervisores nombrados por la SS para vigilar a los demás prisioneros. Siempre reconoció que “esa decisión me generó muchos enemigos” entre los supervivientes. No sería la primera vez, y mucho menos la última. Aunque innumerables desplazados le agradecieron su ayuda, pronto se vio envuelto en los inevitables piques entre los distintos grupos de refugiados, lo que a menudo provocaba que las víctimas se enfrentaran entre sí en la lucha por sobrevivir y construirse una nueva vida.

En el recién creado Comité Judío de Linz, Wiesenthal y sus ayudantes elaboraron las listas de supervivientes, que ponían en común con quienes acudían, armados con sus propias listas, buscando a sus familiares y amigos. A quien ya no esperaba encontrar en aquellos registros cada vez más largos era a la persona que más le preocupaba: su esposa, Cyla. Había perdido el contacto con ella después de que se fuera a Varsovia a vivir bajo un nombre católico falso. Tiempo después, le llegó el rumor de que durante

el levantamiento de Varsovia de 1944 las tropas alemanas habían utilizado lanzallamas para destruir el edificio donde vivía con la mujer de un poeta polaco, en la calle Topiel. "Nunca he creído en los milagros. Sabía que toda mi gente estaba muerta. No tenía ninguna esperanza de que mi mujer siguiera con vida".

Sin embargo, casi de milagro, Cyla había logrado escapar justo antes de que su calle fuera arrasada. Detenida junto a otros supervivientes del levantamiento, la mandaron a trabajar a una fábrica de armas en Renania. Allí la liberaron los británicos. Ella también se había hecho a la idea de que su marido estaba muerto. Un amigo común de Cracovia, a quien Simon escribía de vez en cuando, le dio la buena noticia de que, por el contrario, estaba vivo y esperándola. En diciembre de 1945, la pareja volvió a encontrarse después de que Simon le pidiera a un superviviente de Auschwitz que volvía a Polonia que la escoltara hasta Linz. En septiembre del año siguiente, Cyla dio a luz a Paulinka, su primera y única hija.

Wiesenthal también buscaba, a su manera, construirse una nueva vida. Por mucho que admirara a los americanos que lo habían liberado de Mauthausen y después le habían ofrecido la oportunidad de cazar nazis, le resultaba difícil aceptar la rápida evolución de las prioridades y los acontecimientos. Uno de sus colegas en el CIC se lo dejó bien claro: "Ya verás la velocidad a la que cambia todo. Necesitan a los alemanes para enfrentarse a los rusos y con los 'buenos alemanes' no basta".

A Wiesenthal le sorprendió la predisposición de los antiguos nazis a colaborar con las fuerzas de ocupación… y cómo, en efecto, se vendían como expertos en la nueva guerra de occidente contra la Unión Soviética. "Los estadounidenses eran especialmente fáciles de engañar. Llegaba cualquier alemán alto, rubio y de ojos azules y a ellos les recordaba a los oficiales estadounidenses de las películas", afirmó. Los vencedores también caían fácilmente ante las súplicas de clemencia que venían de parte de "las *Fräuleins*, su mejor arma secreta. Un joven americano, como es natural, estaba más interesado en divertirse con una chica bonita y complaciente que en ajustar cuentas con uno de 'esos de la SS' a los que querían dejar atrás como a un mal sueño".

Sin embargo, Wiesenthal no estaba dispuesto a olvidar sin más sus crímenes: en 1946, publicó su primer libro, *KZ. Mauthausen*, una colección de dibujos en blanco y negro basados en sus experiencias en el campo de concentración. Ya al año siguiente estaba al mando del recién creado Centro

Histórico de Documentación, en Linz, donde reunió hasta el más mínimo detalle que pudo encontrar acerca de los crímenes nazis, especialmente a partir de los testimonios de los desplazados, los supervivientes que seguían a la deriva en medio del caos de la posguerra. Wiesenthal había convencido a Avraham Silberschein, quien fuera su profesor en Buczacz, su pueblo natal en la Galicia polaca, para que financiara el centro, aprovechando un encuentro en el Congreso Sionista de Basilea de 1946. Al final solo aportó una pequeña cantidad, pero el indomable Wiesenthal ya estaba lanzado.

No todo el mundo estaba contento con su labor, especialmente en la Austria de posguerra, que intentaba venderse al mundo como la primera víctima del Tercer Reich en vez de como su apoyo más entusiasta. De hecho, el porcentaje de austriacos en puestos de mando dentro de la maquinaria de terror nazi había sido abrumador, especialmente en la dirección de los campos de concentración. "Los austriacos solo suponían el ocho por ciento de la población del Tercer Reich, y aun así los nazis salidos de Austria fueron los responsables de la mitad de los asesinatos de judíos que se cometieron durante los años de Hitler", escribiría Wiesenthal. En otras palabras, tenían mucho que perder si la caza de nazis proseguía en serio. Las actividades de Wiesenthal y su llamamiento a "extirpar las ramas silvestres del nazismo" en Austria provocaron la reacción esperada en forma de cartas amenazantes, con lo que en 1948 se le autorizó a llevar pistola.

Hablamos del mismo periodo en el que la organización Brichah estaba transportando a judíos de Europa a Palestina, y Wiesenthal cooperaba con su operativo en Austria. Él mismo pensaba que tarde o temprano seguiría esos mismos pasos, así que apoyaba a cualquier judío que decidiera viajar a lo que pronto se conocería como Israel. Sin embargo, siempre se opuso a las represalias violentas contra los responsables de los crímenes nazis que pregonaba la Brichah.

Irónicamente, las rutas por las que escapaban de Europa estos judíos, muchos de los cuales cruzaban Austria para acabar en los puertos italianos y embarcar rumbo a Palestina, coincidían a menudo con la "ruta de las ratas": la de los fugitivos nazis que huían a Sudamérica. En muchos casos, los nazis recibieron la ayuda de grupos que presumían de humanitarios organizados por la iglesia católica; Alois Hudel, obispo austriaco, era bien conocido por su sensibilidad pro-nazi y ayudó a huir a muchos criminales de guerra. Wiesenthal se pasó el resto de su vida exigiendo que el Vaticano

diera explicaciones y abriera sus archivos, aunque también se preocupó de dejar claro que la iglesia católica había ayudado a salvar a muchos judíos.

“Lo más probable es que la iglesia estuviera dividida: había sacerdotes y miembros de órdenes religiosas que veían en Hitler una representación del Anticristo y por eso practicaban la caridad cristiana, y había otros que veían a los nazis como el poder establecido en la lucha contra la decadencia de la moral y el bolchevismo –escribió–. Los primeros probablemente fueran los que ayudaron a los judíos durante la guerra mientras que los segundos se dedicaron a esconder a los nazis una vez acabado el conflicto”.

Mientras buscaba pruebas con la esperanza de que condujeran a la captura y encarcelamiento de más criminales nazis en Austria, Wiesenthal a menudo se sentía frustrado por la, en su opinión, excesiva inocencia de las nuevas tropas estadounidenses desplegadas en el país. Aún le irritaba más la actitud de las fuerzas de ocupación británicas. Una vez, al cruzar a la zona británica para buscar pruebas contra un criminal de guerra, se vio interrogado por un sargento al que “parecía importarle muy poco” su caza de nazis. “¿Y qué opina usted de los transportes ilegales vía Italia a Palestina?”, fue la primera pregunta del sargento en cuestión. Wiesenthal asumió entonces que los británicos estaban mucho más preocupados por detener el flujo de refugiados a Palestina que “por los criminales nazis de su zona”.

Al ver que todas las partes iban perdiendo interés en la persecución de los asesinos aún sueltos, Wiesenthal volvió a plantearse la posibilidad de mudarse a Israel, que se había fundado como estado independiente en 1948. Cyla había sido partidaria de dicho traslado desde el primer momento, según Paulinka. “En 1949, mis padres estaban dispuestos a irse a Israel”, dijo su hija. Simon visitó el país por primera vez aquel año, convencido de que se convertiría en su nuevo hogar.

Además de cooperar con la Brichah, Simon había ayudado al movimiento sionista, aunque fuera indirectamente, de muchas otras maneras. En 1947, publicó su segundo libro, que se centraba en la figura del líder palestino Haj Amin Al-Husseini, nombrado gran muftí de Jerusalén por los británicos. En 1936, el muftí encabezó las protestas violentas contra los colonos judíos, lo que provocó su cese y posterior exilio. Sin embargo, siguió animando desde el extranjero a los musulmanes a que se rebelaran contra los judíos y pidió ayuda a la Alemania nazi. Se reunió con Hitler en noviembre de 1941 y le expuso así la situación: “Los árabes son los aliados

naturales de Alemania porque tienen los mismos enemigos que Alemania, en concreto, los judíos". Hitler contestó prometiéndole todo el apoyo de Alemania para la causa árabe.

Según la versión de Wiesenthal, el palestino también habría visitado Auschwitz y Majdanek junto con Eichmann, para conocer los engranajes de la Solución Final. Ahora bien, como señala Tom Segev, el biógrafo de Wiesenthal, "no hay prueba alguna que confirme la veracidad de esta historia" y Wiesenthal no consiguió que le publicaran el libro en inglés. Eso no disminuyó su interés en las actividades del muftí, y le fue pasando toda la información que llegaba a sus manos a Silberschein, su mecenas, quien, según él creía, le transmitía toda la información a Israel.

Wiesenthal aprovechó su primera visita a Israel, en 1949, para llevar unos documentos que demostraban los contactos entre los árabes y los nazis. Según contó posteriormente, fue en esta visita en la que Boris Guriel, un alto funcionario del ministerio israelí de Asuntos Exteriores, lo convenció de que debía quedarse en Europa, pues los servicios de inteligencia del nuevo estado lo necesitaban allí. Segev cuenta que Wiesenthal "empezó entonces a trabajar para los servicios secretos israelíes", cuyo salvoconducto le ayudaría a obtener el permiso de residencia en Austria. También consiguió acreditarse como corresponsal de un par de publicaciones israelíes.

Sin embargo, la relación de Wiesenthal con los recién creados servicios de inteligencia israelíes nunca fue del todo clara. Les mandaba informes sobre el antisemitismo y los acontecimientos políticos en Austria, y mantenía contacto con los diplomáticos israelíes de la embajada de Viena. Ahora bien, según Segev, Israel no lo veía más que como "un colaborador", es decir, que no llegaba a ser un agente del servicio secreto en sentido estricto. En 1952, los israelíes decidieron no renovar su salvoconducto; también rechazaron su petición de que el consulado le pagara una cantidad por continuar enviando información y se negaron a contratarlo como empleado fijo. Protestó tanto que al final aceptaron prolongarle el salvoconducto hasta finales de 1953, pero a partir de ahí tuvo que trabajar por su cuenta.

A Wiesenthal le hubiera bastado con mudarse a Israel para conseguir la nacionalidad israelí, pero en aquel momento él quería que se la dieran sin tener que moverse de Austria. Aunque no lo consiguió, sí obtuvo la nacionalidad austriaca. Por mucho que Cyla siguiera empeñada en mudarse

a Israel, Simon había cambiado de idea. Entonces no lo sabían, pero al final resultó que esa decisión fue la que le permitió ir ganándose el reconocimiento internacional en las décadas siguientes.

Tuvia Friedman, que ya había ajustado cuentas con los alemanes en Danzig después de la guerra, cuando trabajaba para las nuevas fuerzas comunistas polacas de seguridad, se mudó también a Austria, en concreto a Viena, donde se hizo cargo de otro pequeño centro de documentación. En ese y otros sentidos, sus primeras experiencias y actividades fueron muy similares a las de Wiesenthal en Linz. Junto a sus compañeros, se encargaba de reunir los testimonios y la documentación aportada por los distintos judíos que llegaban a Viena desde Europa central y oriental para utilizar después toda esa información en los juicios contra los agentes de la SS y de otros cuerpos de seguridad. "Nuestra oficina mantuvo a la policía austriaca ocupada en arrestar a docenas de sospechosos", presumía Friedman.

En una ocasión, un estudiante judío rumano perteneciente a la universidad de Viena se presentó en su despacho con un fajo de cartas que había descubierto en un cajón de la habitación que le alquilaba una mujer austriaca. Eran del teniente de la SS Walter Mattner, que había combatido en Ucrania poco después de que Alemania atacara a la Unión Soviética en junio de 1941. El estudiante le dijo a Friedman que había leído las cartas y le habían hecho vomitar. Las misivas estaban dirigidas a su mujer en Viena, embarazada por entonces. En ellas se explicaban al detalle las ejecuciones masivas de miles de judíos, mencionando con toda tranquilidad que en Kiev habían matado a unos treinta mil y en Mogilev, a diecisiete mil. El teniente también hablaba de los ahorcamientos públicos de los oficiales del Partido Comunista, que los civiles estaban obligados a presenciar. "Aquí en Rusia me he dado cuenta de lo que significa ser un nazi", añadía.

Friedman le llevó las cartas a un inspector de policía austriaco, que se quedó de piedra cuando las leyó. Llamó a varios compañeros para que también las pudieran leer. "Entendí la vergüenza que sintieron aquellos hombres", apuntó Friedman.

La policía buscó y encontró a Mattner un par de días después en un pueblecito del norte de Austria y se lo llevó preso a Viena. El inspector que había leído las cartas en primer lugar invitó a Friedman a asistir al interrogatorio. Cuando Mattner admitió que él era el autor de las cartas, el

inspector le gritó: "¡Maldito seas! ¿Cómo podías escribirle a tu mujer embarazada que estabas asesinando a niños en Rusia sin piedad?".

Mattner intentó poner excusas: "Yo… Yo solo quería darme importancia ante ella". Según Friedman, esa respuesta le valió un tortazo del inspector, que señaló que las cartas eran una prueba irrefutable de su participación en unos asesinatos masivos. Cuando Mattner empezó a decir que en realidad él apuntaba siempre por encima de la cabeza de los prisioneros, el inspector volvió a abofetearle: "¿Cómo podías disfrutar tanto disparando a judíos en Rusia?", le preguntó.

Mattner siguió intentando defenderse, asegurando que en Viena él era "el mejor amigo de los judíos" y que compraba en tiendas judías hasta que, en 1938, se produjo el *Anschluss*, es decir, la incorporación de Austria al Tercer Reich. Todo lo que pasó después, insistía, no había sido culpa suya. "Fue la propaganda de Hitler, nos envenenó, y con todo ese poder salvaje en nuestras manos", afirmó.

Friedman intentó controlar su ira mientras contemplaba la escena, hasta que tuvo que marcharse, por miedo a acabar lanzándose sobre el prisionero. A Mattner lo juzgaron y lo ahorcaron.

Durante el periodo inmediatamente posterior al fin de la guerra, cuando las tropas aliadas de ocupación estaban atentas, los tribunales de Austria manejaron más procesos de lo que se suele creer: 28.148 personas fueron juzgadas, de las cuales se condenó a 13.607. Pero, como rápidamente descubrieron Friedman, Wiesenthal y muchos otros, la guerra fría y los aires repentinos de cambio que trajo consigo implicaron que el entusiasmo por los juicios fuera disminuyendo y que muchos de los condenados acabaran en la calle enseguida. En Austria, un país que se aferraba a la coartada de haber sido la primera víctima de Hitler, los nazis no solo eludían la prisión sino que empezaban a volver a sus antiguos puestos de trabajo.

"Aquello era cada vez más bochornoso –recordaría posteriormente Friedman–. Al parecer, la mitad de los policías austriacos había participado en operaciones ordenadas por los nazis contra las comunidades judías, especialmente en Polonia. Empecé a notar hostilidad de su parte contra mi centro de documentación y contra mi persona". Los agentes de policía que en un principio habían colaborado con él empezaron a quedar al margen.

Exasperado, Friedman decidió hablar de la situación con su contacto en la sede de la CIC en Viena. "Esto es Austria, Friedman– le dejó claro el comandante del ejército de Estados Unidos que lo recibió, también judío–.

Los rusos quieren taparla con su telón de acero y nosotros no queremos que eso suceda. Así que se están aprovechando de la situación. No son estúpidos, eso ya lo sabes. Y, desde luego, no quieren ver sus tribunales llenos de juicios a criminales de guerra nazis".

La estrategia funcionó: las fuerzas aliadas de ocupación –incluyendo el contingente soviético– se retiraron de Austria en 1955, permitiendo que el país se convirtiera en independiente y neutral. De 1956 a 2007, y no es casualidad, en Austria solo hubo treinta y cinco juicios contra acusados nazis.

Al igual que hiciera Wiesenthal, Friedman también trabajó con la Brichah en su labor de transporte de judíos a Palestina. En 1947, un año antes de la fundación de Israel, mantuvo una reveladora conversación con uno de los líderes de la Haganah, la organización paramilitar judía cuyos miembros a menudo acompañaban a los refugiados que entraban en Palestina. El oficial le agradeció a Friedman su labor llevando a los nazis ante la justicia pero también le avisó de que no olvidara cuál era la prioridad: crear un estado judío. "Dedique todas sus fuerzas a esta tarea, Tadek –le dijo–. Los nazis pueden esperar, pero nosotros no podemos seguir más tiempo sin una patria judía".

Friedman admitiría más adelante haber ayudado a distintos equipos de la Haganah, que secuestraban camiones llenos de armas con destino a los países árabes… y los mandaban a las unidades judías asentadas en Palestina. En 1949, el año posterior a la creación del estado judío, apareció en Viena un nuevo agente israelí que tomó las riendas de las actividades de inteligencia. A Friedman le dieron a entender que ya no necesitaban sus servicios en ese campo. "La situación se volvió muy extraña en Viena –aseguró–. Estaban los israelíes y, aparte, los otros judíos. Técnicamente, yo era súbdito polaco".

Friedman siguió trabajando en su centro de documentación pero, como le sucedió a Wiesenthal con su oficina de Linz, no encontró demasiados apoyos. A principios de la década de 1950, la corriente de refugiados judíos que entraban en Austria se había detenido significativamente y apenas había presupuesto. Aún más desesperante era el hecho de que a nadie pareciera importarle lo que estaban haciendo en el centro. "Tenía los archivos llenos de documentos, de confesiones juradas –recordaría Friedman–. Pero nadie puso ningún interés en consultarlos ni en utilizarlos para perseguir a los

nazis. Los alemanes no los querían, los austriacos no los querían… y tampoco los querían los aliados occidentales ni los rusos”.

En 1952, el centro de documentación de Viena cerró sus puertas y Friedman envió sus archivos a Yad Vashem, la nueva institución israelí con sede en Jerusalén encargada de documentar y guardar la memoria del Holocausto. Friedman decidió seguir el mismo camino que sus archivos y se mudó a Israel aquel mismo año. Se prometió a sí mismo que continuaría desde allí su lucha por localizar a más nazis, aunque también sabía que tendría que encontrar una forma de ganarse la vida en su nuevo país.

Más tarde, Friedman admitiría que no entregó toda la documentación. Se quedó con un expediente que no envió a Jerusalén: el de Adolf Eichmann.

Durante su estancia en Viena, Friedman había mantenido una relación fluida, tanto personal como epistolar, con Wiesenthal, que estaba en Linz. “Decidimos ayudarnos el uno al otro, intercambiar información y cooperar en todo lo posible”, según Friedman. En un principio, esta voluntad de cooperación de los dos grandes cazadores de nazis se reveló auténtica. Friedman había trabajado para los comunistas polacos en Danzig al finalizar la guerra mientras que Wiesenthal había trabajado para los americanos en Austria. Esto hacía que no acabaran de confiar del todo el uno en el otro, pero estaban comprometidos con una misma causa: la de seguir el rastro de los criminales nazis. Aún pasarían unos años hasta que esta meta común se convirtiera en la fuente de una rivalidad apenas disimulada.

Según Friedman, ambos se centraron desde el principio en la búsqueda de Eichmann, el cerebro de la logística de la Solución Final, desaparecido al acabar la guerra. Wiesenthal aseguraba que se enteró de quién era Eichmann y cuál había sido su papel en el Holocausto gracias a Asher Ben-Natan, un judío de origen austriaco que había huido a Palestina en 1938 para unirse a la Haganah y que, después de la guerra, dirigió la Brichah en su antiguo país de nacimiento bajo el nombre de Arthur Pier. Cuando se reunieron en Viena el 20 de julio de 1945, en palabras de Wiesenthal, “Arthur” le entregó una lista de criminales de guerra confeccionada por el departamento político de la Agencia Judía; en ella estaba el nombre de Eichmann y su cometido: “alto oficial del departamento de Asuntos Judíos del cuartel general de la Gestapo y miembro del NSDAP [Partido Nacional Socialista]”.

Tanto en su primera como en su segunda autobiografía, Wiesenthal aseguraba que la siguiente pista le había llegado de una fuente de lo más improbable: la que había sido su casera en el número 40 de la calle Landstrasse, a un par de portales de la oficina de la OSS en Linz. Una noche, mientras él repasaba sus listados de criminales de guerra, la señora entró en la habitación para hacerle la cama y echó un vistazo a los papeles como quien no quiere la cosa. "Eichmann –dijo–. Ese debe de ser el general Eichmann de la SS que estaba al cargo de los judíos. ¿Sabía que sus padres viven en esta misma calle, solo a unas casas de distancia, en el número 32?".

Eichmann solo llegó al rango de teniente coronel, pero la casera estaba en lo correcto: se trataba de la misma persona. Según Wiesenthal, la pista sirvió para que un par de americanos de la oficina de la OSS visitaran a la familia Eichmann dos días después y hablaran con su padre, que insistió en que no había vuelto a saber nada de su hijo desde el final de la guerra.

Este fue el inicio de su búsqueda desesperada del paradero de Eichmann, algo que, según el propio Wiesenthal, acabaría convirtiéndose en una obsesión. El siguiente paso fue interrogar a una mujer llamada Veronika Liebl en la ciudad balneario de Altaussee. Reconoció que había estado casada con Eichmann, pero que, después de su divorcio en marzo de 1945, cuando vivían en Praga, no había vuelto a tener contacto con él. Wiesenthal siguió investigando el caso, hasta el punto de que en Linz lo empezaron a llamar "Eichmann Wiesenthal" y "la información me desbordaba". Una de las claves era conseguir una foto de Eichmann, que había tenido buen cuidado de no acercarse a las cámaras mientras orquestaba los asesinatos masivos. Wiesenthal afirma en sus libros que uno de sus compañeros de investigación consiguió una foto de 1934 con su exnovia, en Linz, y esta se añadió a la orden judicial que se cursó contra Eichmann.

Años más tarde, cuando los críticos y los rivales de Wiesenthal empezaron a atacarlo por considerar que se atribuía demasiado protagonismo en el éxito de la operación contra Eichmann, se pusieron a diseccionar y desdeñar casi cada detalle de su narración de los sucesos, por considerarla demasiado enrevesada. En algunos casos, llegaron a cuestionar el mismo hecho de que empezara a buscar a Eichmann nada más acabar la guerra, como siempre había asegurado.

Friedman, que se instaló en Austria en 1946 procedente de Polonia, también contaba que había sido "Arthur" –Asher Ben-Natan– el primero en

hablarle de Eichmann, describiéndolo como “el mayor asesino de la lista”. Cuando el recién llegado reconoció que no había oído hablar de él, el líder de la Brichah le dio la siguiente instrucción: “Friedman, tienes que encontrar a Eichmann. Te lo voy a decir otra vez: *Tienes que encontrar a Eichmann*”.

Lo que está claro es que tanto Wiesenthal como Friedman se empezaron a interesar por el paradero de Eichmann al poco de acabar la guerra, cualquiera que fuera el momento exacto. Robert Kempner, judío nacido en Alemania y miembro del equipo de fiscales estadounidenses de Núremberg, escribió en sus memorias que Wiesenthal se le acercó durante los juicios y le preguntó: “¿Tenéis pruebas contra un tal Adolf Eichmann? ¿Va a estar en vuestra lista de acusados?”.

En 1947, siempre según Wiesenthal, un amigo americano le informó de que Veronika Liebl, también conocida como Vera, había solicitado en un juzgado local que declararan muerto a su exmarido “en interés de los niños”. Un supuesto testigo había afirmado bajo juramento que a Eichmann lo habían asesinado en su presencia, en Praga, el 30 de abril de 1945, casi al final de la guerra. Wiesenthal descubrió que el testigo estaba casado con la hermana de Liebl y pasó la información a un agente de los servicios de inteligencia estadounidenses, quien a su vez advirtió al juzgado de esta sospechosa coincidencia. Al final, el juzgado rechazó la petición de Liebl y se negó a declarar muerto a Eichmann. “Posiblemente, esta acción tan poco espectacular fuera mi aportación más valiosa al caso Eichmann”, escribió Wiesenhtal.

Sus críticos cuestionarían más tarde si realmente un certificado de defunción hubiera cambiado algo… o si hubiera detenido a los israelíes en su empeño por cazar a Eichmann. Ahora bien, teniendo en cuenta el poco interés que ya por entonces mostraban las autoridades a la hora de perseguir a criminales de guerra, todo lo que mantuviera viva la cuestión –y a los asesinos en la mente de sus potenciales perseguidores– pudo jugar un papel crucial. Según Friedman, tres israelíes llegaron a Austria en 1950 para buscar a Eichmann. Pensaban que seguía escondido en Austria después de haber evitado que las tropas aliadas lo identificaran durante su paso por una serie de campos temporales de prisioneros al finalizar la guerra.

Pero justo en 1950 Eichmann se había marchado a Génova bajo el nombre de Ricardo Klement y tomado un barco rumbo a Argentina. Friedman acusó a los israelíes de rendirse demasiado pronto; aquel mismo

año, “Arthur permitió que la caza de Eichmann se diera por concluida”, afirmó.

Solo Wiesenthal y él se negaron a aceptar que la caza hubiera acabado, insistía Friedman. Siguieron intercambiando toda la información que les llegaba sobre Eichmann. “La verdad es que nadie sabía nada –escribió–. Y cada día que pasaba, disminuía el interés en Eichmann y en los nazis”. Friedman se mudó a Israel en 1952, aunque volvió a Austria de visita aquel mismo año. Allí aprovechó para reunirse de nuevo con Wiesenthal, quien le pidió que “les insistiera a los israelíes con el tema de Eichmann… tienen que hacer algo al respecto”.

Según Friedman, cuando ya se habían dado la mano como despedida y estaba listo para iniciar su viaje de vuelta a Israel en enero de 1953, Wiesenthal le hizo la siguiente reflexión: “Piensa en ello. Cuando encuentren a Eichmann, lo juzgará un tribunal judío en un estado judío. Lo que está en juego, Tadek, es nuestra historia y el honor de nuestro pueblo”.

En aquel mismo año de 1953, Wiesenthal daría el que consideraba el principal paso adelante en su investigación. Según su relato, conoció a un anciano barón austriaco que compartía su pasión por coleccionar sellos. Aquel barón, cuyo nombre solo revelaría más adelante, era Heinrich Mast, un antiguo agente del servicio de contraespionaje. Wiesenthal lo describió como “católico-monárquico”, es decir, “que siempre había desconfiado de los nazis”. Cuando se enteró de a qué se dedicaba Wiesenthal, sacó una carta de un armario y se la enseñó. La remitía un antiguo compañero de armas que estaba en Buenos Aires, trabajando como docente para el régimen del presidente Juan Perón. Señaló el último párrafo de la carta. Wiesenthal afirmó que se había “quedado sin respiración” al leerla: “¿A que no sabes a quién más vi e incluso tuve que hablar con él en un par de ocasiones? A ese asqueroso cerdo de Eichmann, el que se encargaba de los judíos. Vive cerca de Buenos Aires y trabaja para la compañía del agua”.

El barón se preguntó en voz alta: “¿Qué le parece eso? Algunos de los peores criminales consiguieron huir”.

Wiesenthal estaba entusiasmado pero enseguida se dio cuenta de que no podía seguir la pista por su cuenta. Dada la influencia de los nazis en la Argentina de Perón, Eichmann tenía motivos para sentirse a salvo allí. “Como adversario para él, yo no era entonces más que un peso ligero”. Lo que hizo fue consultar con Arie Eschel, el cónsul israelí en Viena, quien le sugirió que reuniera toda la información que había recogido sobre

Eichmann, incluyendo lo que le había contado el barón, y enviara un informe al Congreso Judío Mundial (WJC por sus siglas en inglés) de Nueva York. Siguió sus instrucciones y envió una copia al presidente del WJC, Nahum Goldmann, y otra al consulado de Israel en Viena.

Los israelíes no contestaron, según Wiesenthal. Quien sí le escribió, después de dos meses, fue el rabino Abraham Kalmanowitz, del WJC, acusando recibo de su información y preguntándole la dirección de Eichmann en Buenos Aires. Cuando Wiesenthal le pidió dinero para mandar a alguien a Argentina que intentara averiguarla, Kalmanowitz desestimó la propuesta, alegando que el FBI había informado a Goldmann de que Eichmann estaba en Damasco, lo que en la práctica lo hacía invulnerable, puesto que Siria nunca lo extraditaría.

Ya estábamos en 1954 y Wiesenthal llegó a la misma conclusión a la que había llegado Friedman cuando abandonó Austria dos años antes: nadie estaba lo suficientemente interesado en sus investigaciones para encontrar el paradero de los nazis desaparecidos. “Probablemente, los judíos estadounidenses tuvieran otras preocupaciones en aquel momento –escribió–. Los israelíes ya habían perdido todo interés en Eichmann; suficiente tenían con defenderse de [el líder egipcio Gamal Abdel] Nasser. Los americanos no querían saber nada de Eichmann porque estaban metidos en la guerra fría contra la Unión Soviética”. Sentía que “estaba bastante solo en todo esto, con la excepción de unos pocos locos como yo”. En otra ocasión afirmó que “la caza de nazis de la posguerra había terminado como tal”.

Con todo, Wiesenthal mantuvo su decisión de quedarse en Austria. Más tarde, explicaría que lo hizo así porque se dio cuenta de que tenía que estar en Europa para continuar su trabajo como cazador de nazis. Sin embargo, 1954 fue también el año en el que se vio obligado a cerrar el centro de documentación de Linz, igual que había hecho Friedman con el suyo dos años antes. Él también metió en cajas los archivos del centro y se los envió al Yad Vashem en Jerusalén. Se había hecho a la idea de que sus papeles servirían más a los historiadores que a los fiscales. Ahora bien, al igual que hizo Friedman, se guardó el expediente de Eichmann. “La verdad es que no sé por qué, porque ya me había rendido del todo”, declararía posteriormente. Wiesenthal se quedó en Linz, trabajando para distintas organizaciones de apoyo a los judíos, escribiendo artículos para la prensa

local y buscando otras formas de mantenerse ocupado y sustentar a su familia.

Más tarde, cuando Eichmann fue capturado en Buenos Aires en 1960, toda la historia de Wiesenthal sobre su encuentro con el barón y el poco apoyo recibido sería objeto de un intenso debate. Después de todo, sugería que los israelíes habían perdido la oportunidad de localizar a Eichmann mucho antes. Isser Harel, el jefe del Mosad en cuyas manos estaba toda la operación contra Eichmann, mostró su indignación con la versión de los hechos que Wiesenthal publicó por primera vez en su libro de memorias, en 1967. Si la historia de Wiesenthal era cierta, él quedaba en muy mal lugar.

La captura de Eichmann supuso la incursión más espectacular de Israel en el campo de la caza de nazis… pero también marcaría el inicio de una batalla de por vida entre Wiesenthal y Harel.

Por su parte, en Alemania, como era de esperar, la fiebre por perseguir a los nazis, fuera para encarcelarlos o simplemente para evitar que ocuparan determinados puestos de trabajo, hacía tiempo que había pasado. A mediados de la década de 1950, los aliados occidentales no tenían más de doscientos criminales de guerra en su poder; el resto se había beneficiado de las sucesivas amnistías. El canciller Adenauer declaró en 1952: “Creo que ha llegado el momento de dejar de husmear en todos lados en busca de nazis”. En esas circunstancias, pensar que podría aparecer un nuevo cazador de nazis justo en esa Alemania que estaba deseando tomarle la palabra a su líder parecía una locura.

Sin embargo, eso fue exactamente lo que sucedió. Apareció un cazador que no tenía nada que ver con Wiesenthal ni con Friedman, a los que les gustaba darse aires y actuar por su cuenta. Fritz Bauer se parecía mucho más a Jan Sehn, el juez de instrucción polaco que había llevado los casos contra el comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, y otros oficiales de distintos campos de concentración.

Sus historias eran completamente diferentes: Bauer era un judío alemán no practicante que vivió la mayor parte del periodo nazi en el exilio; Sehn creció en el seno de una familia católica con raíces alemanas y su hermano se había registrado como *Volksdeutsche* –de etnia alemana– durante la ocupación. Ahora bien, estas diferencias eran menos importantes que sus muchas similitudes. Tanto Bauer como Sehn eran fumadores empedernidos,

de perfil bajo, y se centraban en el trabajo oscuro que luego permitía que los tribunales pudieran cumplir su labor. En un momento en el que era raro ver a gente de los dos lados del telón de acero colaborar entre sí, ellos demostraron que esa colaboración era posible, trabajando juntos para reunir las pruebas que permitieran llevar a los culpables a juicio.

Lo que es más importante: ambos veían su misión no solo como el castigo a los asesinos, sino como la fijación de un registro para la historia, asentando así los cimientos para educar a las generaciones presentes y venideras, especialmente en Alemania, el país de los agresores, mucho más que en Polonia. La tarea allí era urgente y de proporciones gigantescas.

Bauer era más conocido en su país que Sehn en Polonia: ya en 1952 había aparecido en los titulares de prensa al instruir el caso contra un antiguo general nazi. Su objetivo era demostrar que resistirse a Hitler era un acto de nobleza y en ningún caso una traición. En la década de 1960, organizó otro juicio contra Auschwitz, pero esta vez era el juicio de Alemania, lo que despertó al país de su voluntaria amnesia hacia el Holocausto y los crímenes de su pasado cercano. Se convirtió en una cara habitual en los debates de televisión acerca de cómo debería lidiar el país con su pasado nazi… pero nadie supo nunca de su papel crucial a la hora de desenmarañar el caso Eichmann a finales de los 50.

Esto lo debería haber convertido en un hombre respetado y admirado en todo el mundo, pero Bauer no recibió ni la más alta condecoración al servicio público en Alemania y después de su muerte, en 1968, a los sesenta y cuatro años, cayó prácticamente en el olvido. Fuera de su país, nunca había sido conocido, y su redescubrimiento en Alemania es cosa de los últimos años. Como sucede con la mayoría de los cazadores de nazis, el proceso ha venido acompañado de una cierta polémica, pero se trata de un reconocimiento que Bauer se merecía desde hace mucho.

Como señaló Irmtrud Wojak, la autora de la primera gran biografía de Bauer, publicada en 2009 tras una exhaustiva investigación: “Justo cuando ya nadie quería saber nada del pasado y la expresión ‘punto final’ estaba en la boca de todo el mundo”, él fue la persona que no se cansó de repetirle a sus compatriotas que no se podía dejar de lado el pasado reciente como si nada. Wojak argumentaba que “Bauer contribuyó significativamente al hecho de que Alemania sea hoy un estado democrático, sujeto al imperio de la ley”.

La perseverancia de este hombre a la hora de recordarles a sus compatriotas los crímenes que se habían cometido en su nombre le valió muchos más enemigos que admiradores, y muchas más amenazas de las que Sehn tuvo que soportar en Polonia. Recibió llamadas anónimas que le gritaban "¡Muere, cerdo judío!" y cartas en las que le preguntaban "¿Acaso su rencor enfermizo le impide ver que la mayoría del pueblo alemán está ya harta de los juicios a los supuestos criminales nazis?". Pero los estudiantes lo tenían en gran estima, especialmente los de derecho.

Ilona Ziok estrenó en el festival de cine de Berlín de 2010 un impresionante documental acerca de Bauer que volvió a colocarlo en el ojo público, recalcando el camino tan solitario que tuvo que seguir a lo largo de su vida. Titulado *Fritz Bauer, muerte a plazos*, el documental lo presentaba como una "figura histórica" y dejaba claro lo aislado que se sentía a menudo. "Básicamente, Bauer solo tenía enemigos", señalaba.

La consideración de Bauer como una figura histórica no ha hecho sino crecer a partir de esta primera biografía y el posterior documental. Ronen Steinke, director del periódico alemán *Süddeutsche Zeitung*, publicó una biografía de Bauer más ligera y más corta en 2013. Trataba algunos temas algo más delicados que el anterior libro y la película habían omitido, lo que le valió la acusación de que estaba intentando hacer sensacionalismo con la historia de Bauer. Cuando el Museo Judío de Frankfurt inauguró una exposición sobre Fritz Bauer en abril de 2014 que se basaba en buena parte en la versión de los hechos de Steinke, Wojak y Ziok se mostraron particularmente indignadas. La polémica pronto llegó a los periódicos, provocando un debate más amplio dentro de la comunidad intelectual.

La discusión empezó por el origen judío de Bauer y el énfasis que había que poner en dicha identidad. Su familia en Stuttgart era no practicante, hasta el punto, según Zidek, de que "para los judíos no era un judío; solo lo era para Hitler". O, en palabras del propio Bauer, solo era judío según las leyes de Núremberg que marcaban la política racial nazi.

En la exposición del Museo Judío se podía leer: "La familia de Fritz Bauer era representativa de la clase media judía en el imperio alemán", y en su hogar, "las fiestas judías se respetaban siempre que alguna de las abuelas pasaba un tiempo en la casa". Ahora bien, también se dejaba claro que "la familia se consideraba laica. Asociaban la asimilación con la promesa de reconocimiento social y de igualdad".

El padre de Bauer, veterano de la Primera Guerra Mundial, era un acérrimo nacionalista alemán, y la educación de Fritz fue la típica en aquellos tiempos, lo que le permitía entender por qué tantos de su generación nunca se plantearon decir que no a una orden. En una charla con estudiantes en 1962, recordó que "a mucha gente la criaron como a mí… con una educación autoritaria. Tienes que sentarte bien a la mesa, callarte cuando papá habla, no tienes derecho a decir nada… todo conocemos a ese tipo de padre. Aún tengo pesadillas cuando pienso en aquel domingo por la tarde en el que tuve el valor de levantar el brazo izquierdo en vez de dejarlo obedientemente bajo la mesa".

"La educación autoritaria era el fundamento de la ética alemana –prosiguió–. La ley es la ley y una orden es una orden… ese es el alfa y el omega de la eficiencia alemana". Todo esto parecía hacerlo encajar bien en la tradición cultural alemana, pero sus padres introdujeron un matiz que fácilmente podría vincularse a sus valores judíos, por muy poco practicantes que fueran. "Siempre debes decidir por ti mismo lo que es correcto", le dijeron.

A Bauer no le gustaba dar muchos detalles de sus experiencias personales con el antisemitismo, especialmente durante su adolescencia, pero le era muy complicado evitar por completo el tema ya que pasó parte de sus años como universitario en Múnich justo cuando los nazis empezaban a crecerse allí. En su charla con los estudiantes, decía recordar las "ruidosas multitudes de nazis" y sus carteles de un rojo brillante que proclamaban: "Los judíos no pueden entrar aquí". Cuando el ministro de Asuntos Exteriores, Walther Rathenau, el judío más importante del gobierno, fue asesinado en 1922, la noticia "nos conmocionó a todos y de repente tuvimos la impresión de que la democracia de Weimar, en la que tanto creíamos, estaba en serio peligro".

Dos años antes, todavía en el instituto, Bauer se había afiliado al Partido Socialdemócrata; toda su vida estuvo marcada por el compromiso político. La exposición de Frankfurt lo presentaba como "un socialdemócrata judío", lo cual, en opinión de Ziok y Wojak parecía indicar que ambas circunstancias eran igual de importantes. Lo cierto es que la mayoría de los primeros encontronazos de Bauer con los nazis tuvieron que ver con sus ideas políticas, en particular con su defensa de la República de Weimar frente a los ataques de la extrema derecha y la extrema izquierda. Creía

firmemente en un orden social que tendiera hacia la izquierda pero que se ciñera a los principios democráticos.

En 1930 se convirtió en el juez más joven de Stuttgart, mostrando un especial interés en interpretar la ley de la forma más benévola posible con los delincuentes más jóvenes, para que así pudieran reinsertarse. Un año más tarde, el *NS-Kurier*, el periódico local del partido nazi, publicaría un artículo con el siguiente titular: “Un juez de distrito judío utiliza su cargo para propósitos partidistas”. El artículo exigía que el ministro de justicia aclarara si “estaba de acuerdo con el comportamiento del judío Bauer”. No cabe duda de que para los nazis el principal pecado de Bauer era su ideología socialdemócrata, pero no tuvieron ningún problema en acentuar la crítica mencionando su identidad judía.

En este caso no consiguieron su objetivo… o no del todo. Bauer decidió demandar al periódico por difamación. El tribunal acabó dándole la razón, pero con una cierta ambigüedad, de tal modo que el *NS–Kurier* pudo titular: “La expresión ‘juez de distrito judío’ es difamatoria”.

Hitler llegó al poder a finales de enero de 1933; a finales de marzo, Bauer, junto a Kurt Schumacher y otros prominentes socialdemócratas, fue enviado a Heuberg, el primer campo de concentración nazi cerca de Würtemberg. No cabe duda de que fueron a por él por su filiación política. Se le liberó en noviembre de aquel año y tanto la biografía de Steinke como la exposición de Frankfurt aseguran que para ello tuvo que firmar un juramento de lealtad al nuevo régimen: “Apoyamos incondicionalmente a nuestra patria en lucha alemana por el honor y la paz”. Schumacher, que después de la guerra se convertiría en el líder de los socialdemócratas, se negó a firmarlo y tuvo que pasar por una serie de campos de concentración hasta que los británicos lo liberaron al final de la guerra. Bauer siempre manifestó admiración por “su increíble fe y valentía”.

En la exposición de Frankfurt se incluía un ejemplar de un periódico que llevaba en sus páginas el juramento de lealtad, junto con la lista de los prisioneros liberados que lo habían firmado. El segundo nombre de la lista era “Fritz Hauer”. Los organizadores de la exhibición lo consideraron una errata, señalando que no había ningún otro prisionero cuyo nombre se pareciera tanto al de Bauer. También aseguraron que había otras pruebas que demostraban sin lugar a dudas que Bauer había firmado el documento. Sin embargo, en la biografía de Wojak, mucho más extensa, no hay mención alguna al supuesto juramento, y Ziok también lo ignoró en su

documental. Ambas mantienen que omitieron el detalle porque no consideraron que hubiera pruebas suficientes de que Bauer hubiese firmado aquel papel.

"Si lo firmó, lo hizo por su familia –añade Ziok–. Hizo todo lo que estaba en su mano por sacar a su familia". A pesar de su malestar ante lo que considera un especial interés en resaltar la identidad de Bauer como judío, reconoce que el juez era consciente de que las políticas antisemitas de los nazis implicaban que tanto él como su familia podrían ser procesados en cualquier momento solo por eso, por mucho que su primera detención tuviera un motivo político.

Si la disputa en torno al juramento de lealtad parece relativamente poco importante, hay otro aspecto de la vida de Bauer –su orientación sexual– que sí ha causado un gran revuelo. En 1936, huyó a Dinamarca, donde su hermana se había mudado junto a su marido dos años atrás. Al principio, el país le parecía un paraíso liberal. "Los daneses disfrutan de las ventajas de su país con una tranquilidad pasmosa, como si no tuviera nada de especial, algo que fascina a todos los extranjeros", escribió.

Sin embargo, según la biografía de Steinke y la exposición de Frankfurt, la policía de este país en apariencia progresista lo estuvo vigilando de cerca durante meses y llegó a detenerlo para preguntarle por sus supuestos contactos con homosexuales. En 1933, Dinamarca se había convertido en el primer país de Europa en despenalizar el sexo consentido entre dos hombres, pero la prostitución homosexual aún estaba prohibida. Un informe policial mostrado en Frankfurt aseguraba que Bauer reconocía haber mantenido dos encuentros sexuales, pero sin dinero de por medio.

Wojak sostiene que hacer públicos unos informes policiales cuando menos cuestionables solo esconde la intención de mancillar la reputación de Bauer. "Apela a los prejuicios que aún existen contra los homosexuales". Ziok está convencida de que Bauer era "asexual, no creo que tuviera relaciones sexuales con nadie", aunque también añade: "Y aunque lo fuera [gay], es asunto suyo". Ambas evitaron este tema en sus obras.

Monika Boll, la comisaria de la exposición de Frankfurt, defendió la decisión de incluir esta parte de la vida de Bauer en la muestra. "No se trataba de exponerle", insistía mientras me enseñaba la exposición el día de su estreno. "Él pensaba que en Dinamarca estaba seguro en términos políticos, pero, de repente, lo empezaron a perseguir de nuevo por algo que afectaba a su esfera personal. Esto es algo que la historia debe conocer. Es

la única razón legítima por la que hemos hecho públicos estos archivos. No suponen ningún descrédito para Fritz Bauer, sino para las autoridades que hicieron dichas observaciones”.

Lo peor de estas peleas es que a menudo dejan en segundo plano el hecho de que todos coinciden en lo esencial y valoran sus grandes logros. Se trata más bien de que unos piensan que todo lo que aparezca sobre él debe ser positivo y otros creen que abordar determinados detalles de su vida personal no le quita estatura en absoluto.

Cuando las tropas alemanas invadieron y ocuparon Dinamarca en 1940, Bauer se vio de nuevo en peligro. El Partido Socialdemócrata danés lo mantuvo escondido durante una temporada hasta que en 1943 se casó con Anna Marie Petersen por la iglesia luterana danesa, lo que según todas las fuentes fue una maniobra de protección. En ese mismo año, Hitler ordenó las deportaciones de judíos de Dinamarca, pero la resistencia danesa respondió organizando una labor histórica de rescate que permitió que unos siete mil judíos escaparan a Suecia, entre ellos Bauer, su hermana, su cuñado y sus padres.

En Suecia, Bauer dirigió la *Sozialistische Tribüne*, la publicación en el exilio del Partido Socialdemócrata alemán. Uno de sus ayudantes más jóvenes sería el futuro canciller de Alemania occidental Willy Brandt, que le impresionó por su facilidad para hacer amistades en los círculos internacionales. Bauer decía de él que era “listo como un estadounidense”.

Cuando terminó la guerra, Bauer y su familia decidieron regresar a Dinamarca. En su discurso de despedida frente a un grupo de activistas antinazis, el 9 de mayo de 1945, justo después de la rendición de Alemania, dejó clara su posición en cuanto al futuro de su país natal:

> Alemania es ahora mismo una *tabula rasa* […] podemos y debemos construir una Alemania mejor desde sus mismos cimientos […] Reconocemos la obligación de Alemania de pagar por los crímenes de guerra cometidos en su nombre […] Los incontables criminales de guerra […] que llevaron el nazismo al poder y empezaron la guerra, los criminales de Buchenwald, Belsen y Majdanek deberían ser castigados con toda severidad […] Ninguno de nosotros pide compasión para con el pueblo alemán. Sabemos que los alemanes tendremos que trabajar para ganarnos el respeto y la comprensión de los demás durante los próximos años y las próximas décadas.

En aquel mismo año, Bauer publicó un libro en Suecia con un título premonitorio: *Die Kriegsverbrecher vor Gericht* [Los criminales de guerra a juicio]. En 1947, escribió un artículo llamado “Los asesinos entre nosotros”, que dos décadas más tarde serviría de título de la primera

autobiografía de Wiesenthal. Es casi seguro que Bauer eligió este título inspirándose en el del primer filme alemán de la posguerra que trataba del desenmascaramiento de un criminal de guerra, y que llevaba un nombre casi idéntico, “Los asesinos están entre nosotros”.

Bauer quiso contribuir desde el primer momento a ese trabajo de reconstrucción del respeto hacia Alemania. Aún en Dinamarca, le escribió a su amigo Schumacher contándole que había solicitado de los estadounidenses un permiso para poder viajar de nuevo a Stuttgart, rellenando un formulario tras otro, pero no se lo habían dado. Aunque admitía que no podía estar seguro del motivo por el que le negaban la entrada, aireaba su sospecha de que “[los estadounidenses] no quieren que los judíos regresemos” para no tener que darles trabajo en el sector público. Mientras Brandt y otros colegas sí pudieron volver a Alemania al poco de acabar la guerra, Bauer no lo consiguió hasta 1949. Su primer empleo fue en Braunschweig, donde ejerció de director de los tribunales de la zona y después de fiscal general del distrito. Ahí empezarían sus primeros enfrentamientos con los que habían servido con tanto empeño al Tercer Reich.

El caso que consagró a Bauer como gran oponente legal de los nazis no tuvo nada que ver con acusaciones de crímenes de guerra o contra la humanidad. No había nada grandioso de por medio. Sin embargo, se centraba en una cuestión crucial para la Alemania de posguerra: cómo evaluar el comportamiento de los oficiales y civiles alemanes que intentaron asesinar a Hitler el 20 de julio de 1944.

El coronel Claus von Stauffenberg había colocado un maletín con una bomba bajo la mesa de conferencias donde Hitler repasaba sus planes de guerra con sus principales oficiales en los cuarteles de la llamada *Wolfsschlanze* o “guarida del lobo”, en Prusia oriental. Por casualidad, uno de los oficiales desplazó el maletín con el pie hasta la pata de la mesa y Hitler sobrevivió a la explosión. Aquellos conspiradores, ¿eran héroes o traidores?

Como ya sabrá cualquiera que haya visto la película *Operación Valquiria* (2008) protagonizada por Tom Cruise, la figura clave en la operación subsiguiente fue el comandante Otto Remer, comandante del batallón de guardias de la Gran Alemania en Berlín. Lo habían herido en combate ocho veces y Hitler lo había recompensado con la Cruz de Hierro con hojas de

roble. Nadie cuestionaba su lealtad. Sin embargo, durante la confusión que siguió a la explosión en la Guarida del Lobo, los conspiradores intentaron tomar el poder en Berlín. Le dijeron a Remer que Hitler había muerto y le dieron la orden de detener al ministro de Propaganda, Goebbels.

Cuando Remer se presentó en el despacho del ministro acompañado de veinte hombres, Goebbels le informó de que el Führer estaba sano y salvo… y que podía demostrárselo. Hizo una llamada de teléfono y le pasó con Hitler, que inmediatamente ordenó a Remer que arrestara a los conspiradores. Ahí empezó una caza que acabó con la ejecución de muchos y el suicidio obligado de otros. Remer fue ascendido a comandante general antes de que acabara la guerra.

En la Alemania occidental de posguerra, Remer contribuyó a la formación de un partido de extrema derecha, el *Socialistische Reichspartei* [Partido Socialista del Reich], y movilizó a sus seguidores con virulentos ataques contra los líderes recién elegidos del país. Remer empezó a ser conocido públicamente cuando su partido alcanzó unos resultados más que aceptables en las elecciones regionales de 1951. El semanario *Der Spiegel* lo caracterizó utilizando unos términos que recordaban a las primeras descripciones de Hitler. “De 39 años y muy delgado, tiene la cara demacrada y la mirada ardiente de los fanáticos”, aseguraba la revista.

Remer culpaba a los nuevos líderes democráticos de Alemania de ser meros “ejecutores de las órdenes de las potencias extranjeras”. Por mucho que esas acusaciones enfadaran a los políticos en cuestión, no bastaban por sí mismas para llevarlo ante los tribunales. Sin embargo, Remer fue demasiado lejos durante un mitin electoral en Braunschweig el 3 de mayo de 1951. No solo defendió su actuación durante el golpe abortado del 20 de julio sino que acusó directamente a los conspiradores utilizando un lenguaje muy habitual en él: “Aquellos conspiradores eran en buena medida traidores a su patria, pagados por las potencias extranjeras”, afirmó.

Bauer vio aquí la oportunidad de dar un paso adelante en una cuestión que, en buena parte, encarnaba su forma de entender cómo había que enfrentarse al pasado reciente de Alemania. No tenía ningún interés en castigar a Remer por su persecución de los conspiradores que se habían quedado tan cerca de asesinar a Hitler. En cambio, lo acusó de difamación por tildar de traidores a dichos conspiradores, lo que le permitía ir más allá en sus intenciones: quería mostrar al público alemán qué debía considerarse como comportamiento patriótico durante el mandato de Hitler.

El juicio comenzó el 7 de marzo de 1952 ante la presencia de sesenta periodistas alemanes y extranjeros. En la sala de Braunschweig, Bauer hizo un alegato lleno de pasión con un claro mensaje político y filosófico: "¿Acaso no tenían derecho aquellos que eran conscientes de la injusticia de la guerra a resistirse e impedirla?". De hecho, añadió: "Un estado injusto de por sí, como el Tercer Reich, no puede ser objeto de traición". Remer no pudo probar su acusación de que los conspiradores habían recibido dinero de las potencias extranjeras, pero Bauer sí consiguió anotarse el tanto más importante: demostrar que aquellos hombres actuaron por amor a su país; un país que había sido traicionado por un régimen monstruoso.

En privado, Bauer reconocía que las razones militares de los conspiradores no eran todo lo nobles que él mismo defendía en la sala. En una carta escrita en marzo de 1945, señaló: "El sentimiento anti-nazi [de los conspiradores del 20 de julio] no surgió de ninguna consideración ética o política contra el nazismo en sí, sino del hecho de que Hitler estaba perdiendo la guerra". Lo que pretendían al asesinar a Hitler era "evitar una rendición incondicional", añadía, y permitir que Alemania pudiera seguir siendo un país independiente al acabar la guerra.

Con todo, su alegato en el juicio de Braunschweig le salió directamente del corazón: "Es la obligación de los fiscales y los jueces de nuestro nuevo estado legal y democrático rehabilitar a los héroes del 20 de julio sin condición ni limitación alguna, teniendo en cuenta los datos que hoy obran en nuestro poder y por un sentido de respeto a los principios eternos del derecho", afirmó. Añadió un detalle personal sobre sus días de adolescente en Stuttgart, cuando iba a clase con Claus von Stauffenberg. Su excompañero y los demás oficiales implicados en la conspiración "entendían que su labor era proteger el legado de Schiller", argumentó, invocando al poeta, dramaturgo y filósofo más querido en Alemania. En otras palabras, los conspiradores actuaron movidos por un profundo sentido de lealtad hacia la historia y la cultura alemanas. Ellos eran los verdaderos patriotas.

El juez Joachim Heppe, que había luchado en Stalingrado como oficial y que acabó como prisionero de guerra en Rusia, declaró que los dilemas morales que Bauer había planteado "lo habían conmovido profundamente". De hecho, Bauer se centró tanto en enfatizar el sentido moral de las acciones de los conspiradores que se olvidó de pedir una sentencia específica para Remer. El tribunal lo declaró culpable de difamación y lo

condenó a tres meses de cárcel… una sentencia que no llegó a cumplir porque huyó a Egipto y volvió a tiempo de acogerse a una nueva amnistía.

Sin embargo, para Bauer, el juicio supuso una enorme victoria. El tribunal había coincidido en su visión de que el Tercer Reich no se regía por las leyes del derecho; por lo tanto, todo aquel que se le resistiera estaba moralmente legitimado para ello. El dictamen del tribunal recogía en buena parte las consideraciones de Bauer: los resistentes "actuaron con el objetivo de eliminar a Hitler y en consecuencia acabar con el régimen que lideraba. Lo que les movía era un amor incontrolable hacia la *Vaterland* [madre patria] y un sentido altruista de responsabilidad hacia su *Volk* [pueblo] que los llevó a no dudar ni un momento a la hora de sacrificar sus propias vidas. Su intención no era dañar al Reich ni a su potencia militar, sino ayudarlos a ambos".

Antes del juicio, se publicó una encuesta que mostraba que el treinta y ocho por ciento de los alemanes aprobaba las acciones de la resistencia alemana; a finales de 1952, el año del juicio, la cifra había aumentado hasta el cincuenta y ocho por ciento. Bauer no solo había logrado mover la opinión pública de manera significativa, sino que también había dado pie a un debate que continuaría durante décadas.

Este tipo de juicios, según Bauer, eran cruciales para que los alemanes entendieran qué había pasado durante los años que duró la pesadilla y qué podía considerarse una conducta decente… o indecente. El castigo en sí era mucho menos importante que las lecciones que se podían sacar de estos procesos. Eso sí, era muy consciente de que aún no había acabado la batalla para educar al público en la responsabilidad individual y la moral. A pesar del giro positivo de la opinión pública tras el juicio a Remer, sabía que muchos de sus compatriotas aún no sentían arrepentimiento por la era nazi y estaban dispuestos incluso a proteger a los criminales de guerra. De ahí la importancia de seguir persiguiéndolos siempre que fuera posible.

Por eso, cuando en 1957, un emigrado alemán ciego y medio judío que había residido varios años en Argentina le informó del paradero de Eichmann, Bauer decidió actuar también según su conciencia: en vez de trasladar la información a sus superiores a través de los canales habituales en Alemania, se la filtró a los israelíes. De esa manera, puso en marcha una cadena de acontecimientos que culminaron en el juicio que mantendría en vilo no solo a Israel y a Alemania sino al mundo entero.

VIII
'UN MOMENTITO, SEÑOR'

"Todo el mundo sabía que al menos una potente unidad secreta judía llevaba trabajando sin cesar desde el final de la guerra, en cada rincón del mundo, siguiéndoles la pista a los criminales de guerra nazis que habían escapado de la red aliada en 1945. Había oído que sus miembros se entregaban en cuerpo y alma a su tarea, gente valiente que había dedicado su vida a llevar ante la justicia a algunos de los monstruos inhumanos responsables de Belsen, Auschwitz y otros agujeros infernales".

(Jack Higgins, *The Bormann Testament*, novela que se publicó originalmente en 1962 bajo el título de *The Testament of Caspar Schultz*).

*S*entado en el cómodo salón de una casa sorprendentemente moderna del barrio de Afeka, en Tel Aviv, Rafi Eitan parecía relajado la tarde de marzo de 2014 en la que nos reunimos para hablar de sus muchos años de servicio en el Mosad… incluido el punto culminante de su carrera: cuando lideró el comando que secuestró a Adolf Eichmann cerca de su casa de Buenos Aires, el 11 de mayo de 1960. Hablamos de la suerte que tuvo de comprar los terrenos en los que luego edificó su casa en 1950, cuando solo tenía veinticuatro años y empezaba en el Mosad. Eran unos terrenos baratos porque había un río que los separaba de la ciudad y aún no se habían construido puentes para unir ambas partes. Además, no había electricidad ni agua potable. "Me dije: 'Compraré el terreno y algún día tendré mi propia casa en pleno centro de Tel Aviv'", afirmó, mientras sonreía satisfecho.

Hoy, Afeka es un barrio de clase alta lleno de villas lujosas y urbanizaciones conectadas con el centro de la ciudad mediante relucientes autopistas. Sin embargo, su casa está en una calle tranquila y silenciosa que perfectamente podría pertenecer a un centro turístico del Mediterráneo. La

planta baja está llena de flores y de plantas y la luz anega toda la estancia, proveniente de los ventanales que dan al jardín y al patio y de un enorme tragaluz. En la salita de entrada y en su estudio, forrado de libros, se pueden observar numerosas esculturas minimalistas de animales fibrosos, hechas de bronce y de hierro. Las fabrica con sus propias manos, las mismas que empujaron a Eichmann para meterlo en el coche donde esperaban sus compañeros, aquel día decisivo de hace más de medio siglo. Eitan es un hombre de corta estatura, y en su juventud había fortalecido los brazos y las manos trepando por cuerdas.

Antes de empezar a contar la historia del secuestro más famoso de la era moderna, Eitan –que es un sabra, como se llama a los judíos nacidos en Palestina o en el posterior estado de Israel– comentó que la primera vez que visitó Alemania fue en 1953. Al bajar del tren en Frankfurt recuerda haber pensado: “Hace tan solo unos años, ocho años, si me hubieran encontrado aquí probablemente me habrían ejecutado al instante… pero ahora soy un representante del gobierno israelí”. Pero su misión allí no tenía nada que ver con la caza de nazis, se apresuró a añadir.

Uno de los grandes mitos de la posguerra es que había agentes israelíes rastreando cada rincón del mundo siguiendo sin descanso los pasos de los criminales de guerra nazis. Nada más lejos de la realidad, me explicó. Si lo mandaron a Frankfurt fue para reunirse con los agentes del Mosad encargados de controlar la llegada de judíos de Europa oriental y la Unión Soviética, de camino hacia el nuevo estado de Israel.

El flujo de inmigrantes de estas regiones resultó ser un reto de lo más exigente para el Mosad desde el mismo inicio de la guerra fría. “Los servicios de inteligencia de los países del este –Polonia, Rumanía y, por supuesto, Rusia– reclutaban a muchos de estos inmigrantes”, explicó Eitan. El Kremlin se había alineado sin dudarlo con los árabes en su lucha contra los israíles. Cuando el KGB o sus equivalentes del otro lado del Telón de Acero recibían información de sus agentes infiltrados en Israel, inmediatamente la compartían con los vecinos árabes de Israel. El nuevo estado necesitaba desesperadamente más y más colonos (la población total de Israel en 1953 era de 1,6 millones de habitantes) pero también necesitaba saber exactamente al servicio de quién estaban los que entraban. “Teníamos que investigar a todo el mundo para averiguar si era un espía o no –señaló Eitan–. Esta era nuestra gran prioridad… y no andar cazando nazis”.

Avraham Shalom –agente del Mosad nacido en Austria que más tarde se convertiría en director del Shin Bet, el servicio de seguridad interna de Israel– hizo de ayudante de Eitan en la operación Eichmann. En la entrevista que mantuvimos en su casa de Tel Aviv tres meses antes de que falleciera, en junio de 2014, confirmó la impresión de Eitan… y fue un poco más allá: "Nunca me interesó la caza de nazis como tal", admitió. En su opinión, lo mejor que podían hacer los judíos a los que tanto disgustaba la idea de que hubiera criminales nazis sueltos era "venirse a vivir aquí", añadió.

En los primeros días de existencia de Israel, simplemente no había tiempo, energía ni voluntad suficientes para ponerse a cazar nazis. Por eso, Eitan no le dio en su momento la más mínima importancia a la polémica en torno al valor de la información que el barón austriaco le habría dado a Wiesenthal en 1953 acerca del avistamiento de Eichmann en Argentina. Incluso en el caso de que Wiesenthal se las hubiera apañado para dar una información más precisa sobre el paradero de Eichmann, Israel todavía no tenía medios humanos ni materiales para ir a por él. La lucha por la supervivencia del país en una región llena de enemigos eclipsaba todo lo demás.

Sin embargo, a finales de la década de 1950, el primer ministro David Ben-Gurión y otros líderes israelíes ya se sentían más seguros acerca del futuro de su incipiente país. La idea de autorizar una gran operación para capturar a un conocido criminal de guerra nazi no parecía algo tan lejano… en el caso de que dicha oportunidad surgiera, es decir, si le surgiera al Mosad.

Y eso fue exactamente lo que pasó.

El 19 de septiembre de 1957, Fritz Bauer, por entonces fiscal general de Hesse, un estado del sudoeste de Alemania occidental, se reunió con Felix Shinar, el jefe de las misiones de compensación a Israel en Alemania occidental. Para asegurarse de que nadie se enteraba de la reunión, los dos hombres decidieron verse en una posada junto a la autopista que unía Colonia y Frankfurt.

Según Isser Hasel, el director del Mosad que más tarde daría las órdenes para que Eitan, Shalom y otros agentes viajaran a Argentina a secuestrar a Eichmann, Bauer no se anduvo con rodeos: "Han localizado a Eichmann", le dijo a Shinar.

Cuando el israelí le preguntó si de verdad se refería a Adolf Eichmann, Bauer contestó: “Sí, Adolf Eichmann. Está viviendo en Argentina”.

“¿Y qué pretende hacer?”, le preguntó Shinar.

“Seré absolutamente sincero con usted, no sé si en esto podemos fiarnos del todo del sistema judicial alemán, y mucho menos de la embajada alemana en Buenos Aires”, contestó Bauer, dejando bien claro que recelaba de muchos de los funcionarios de su país y que le preocupaba la posibilidad de que alguien le diera el soplo a Eichmann si se enteraban de que corría el riesgo de ser arrestado. “No veo más opción que dejarlo en sus manos –prosiguió Bauer–. Ustedes tienen fama de ser eficientes y nadie podría estar más interesado en la captura de Eichmann”. Fue entonces cuando pidió una discreción absoluta: “Obviamente, me gustaría que trabajáramos juntos en esta cuestión pero siempre y cuando se guarde un secreto total”.

Lo que Bauer quería decir es que las autoridades alemanas no podían enterarse de nada de lo que hablaran, algo con lo que Shinar no tenía problema alguno, señalando que toda la información que pasara a las autoridades israelíes se basaría en el mismo principio de discreción. “Gracias con todo mi corazón por la gran confianza que ha mostrado en nosotros –le dijo–. Israel nunca olvidará lo que está haciendo”.

Shinar cumplió su promesa y envió un informe detallado al ministerio de Asuntos Exteriores en Jerusalén. Cuando Walter Eytan, el director general del ministerio, se reunió con Harel en un café de Tel Aviv para contarle la noticia, el jefe del Mosad prometió investigar la información a fondo. Esa misma noche y hasta entrada la madrugada, se leyó el informe sobre Eichmann que había encargado al archivista de la agencia. “Por entonces no sabía qué clase de hombre era Eichmann –escribiría posteriormente–, ni con qué celo, rozando lo morboso, se ocupaba de su labor criminal”. Ahora bien, cuando se levantó del escritorio, casi al amanecer, ya tenía claro que “Eichmann era la máxima autoridad en todo lo que tuviera que ver con los judíos y suyas eran las manos que movían los hilos que controlaban las persecuciones y las masacres”.

Harel también era consciente de que, según sus propias palabras, “la gente estaba cansada de historias atroces”, pero, según su relato, no tardó demasiado en tomar una decisión crucial: “Esa noche me prometí a mí mismo que, si Eichmann estaba vivo, nada podría impedir que yo lo atrapara”.

Puede que así fuera, pero incluso algunos miembros de su equipo cuestionarían posteriormente cómo Harel manejó el caso, destacando lo mucho que tardó en seguir la pista que había ofrecido Bauer debido a varios errores de partida. Pasarían más de dos años entre la reunión de Bauer con Shinar y el inicio de los preparativos de la Operación Eichmann, el secuestro del famoso fugitivo. Ahora bien, está claro que, por dudosas que fueran las primeras decisiones de Harel, al final logró poner en marcha un plan sorprendente y atrevido que se ejecutó a la perfección.

Shinar, el representante israelí en Alemania occidental, visitó Israel poco después de que Harel recibiera las noticias sobre Eichmann. Eso permitió al jefe del Mosad indagar un poco más en su conversación con Bauer, y, sobre todo, evaluar de primera mano a aquel hombre. "Lo que el doctor Shinar me contó acerca de la personalidad de Fritz Bauer me dejó muy impresionado", escribiría Harel, quien le aseguró a Shinar que mandaría a un enviado especial para continuar los contactos con Bauer y conseguir más información.

El hombre que eligió para esa labor, Shaul Darom, se había ido a vivir a Francia en 1947 para estudiar Bellas Artes y allí acabó formando parte de un grupo que ayudaba a los judíos a viajar a Israel. Era bueno como pintor y como agente secreto. Tenía un "talento natural" para este último trabajo, aseguraba Harel, y se movía alegremente por toda Europa en su condición de artista de fama incipiente que hablaba varios idiomas.

Darom y Bauer se reunieron en Colonia el 6 de noviembre de 1957, y de ese encuentro salieron algunas informaciones clave. Bauer le explicó que su fuente era un alemán medio judío que vivía en Argentina y que había escrito a las autoridades alemanas después de haber leído en los periódicos que Eichmann había desaparecido. Bauer decidió no revelar su nombre, de momento, pues aún trataba directamente con él y quería proteger a su fuente. Eso sí, le dejó claro a Daron que los detalles que esa fuente le ofrecía cuadraban con lo que él ya sabía acerca de Eichmann y su familia, incluyendo la edad de los hijos que habían nacido antes de que su esposa Vera se hubiera marchado con ellos de Alemania, supuestamente para vivir con su segundo marido. El confidente le había dado incluso la dirección del hombre que él creía que era Eichmann: calle Chacabuco 4261, en Olivos, un barrio de Buenos Aires.

Bauer le aclaró con sinceridad por qué había recurrido a los israelíes en vez de a las autoridades alemanas: “Estoy convencido de que ustedes son los únicos con capacidad y voluntad para actuar”, le dijo a Darom. Cuando el agente israelí le mostró su preocupación porque Eichmann pudiera recibir algún soplo cuando empezaran los procedimientos de extradición y volviera a escaparse, Bauer le respondió: “A mí también me preocupa y no descartaría llevarlo a Israel de la manera que digan ustedes”.

Estas palabras no dejaban mucho margen a la ambigüedad. Pese a su condición de representante de la ley en Alemania occidental, Bauer estaba animando a los israelíes a que se saltaran los procedimientos legales habituales tomando una decisión práctica. La única persona en Alemania a la que había informado de lo que estaba haciendo, añadió, era alguien en quien confiaba por completo: Georg-August Zinn, un viejo compañero del partido socialdemócrata y a la sazón primer ministro del estado de Hesse.

A Darom le impresionó “la valentía” de Bauer, no solo a la hora de saltarse a su propio gobierno y contactar con los israelíes sino también por la sinceridad con la que parecía dispuesto a aceptar cualquier tipo de acción que planearan. Harel escribiría posteriormente que lo veía como “un hombre sincero con un cálido corazón judío”. En cuanto al regreso de muchos antiguos nazis a puestos públicos de poder, añadiría: “Me da la sensación de que está muy decepcionado con la evolución de Alemania, y eso hace que no se sienta en paz consigo mismo por haber decidido retomar sus actividades políticas en una Alemania así”.

Con todo, los primeros intentos de Harel de verificar las pistas de Bauer no tuvieron ningún éxito aparente. En enero de 1958, envió a Buenos Aires a Yael Goren, un agente que había pasado bastante tiempo en Sudamérica, con instrucciones estrictas de no hacer nada que pudiera llamar la atención. Acompañado por un israelí que estaba como investigador en Argentina, Goren comprobó la dirección que había dado Bauer y le echó un vistazo al barrio en cuestión… pero tanto él como su compañero concluyeron inmediatamente que ahí había algo que no cuadraba. Era una zona pobre de la ciudad, las calles ni siquiera estaban asfaltadas y, en palabras de Harel, “esa ruina de casucha no encajaba en absoluto con nuestra idea de lo que podía ser la vida de un oficial de la SS del rango de Eichmann”. En aquel momento, todo el mundo daba por hecho que los principales fugitivos nazis se las habían ingeniado para sacar del país muchísimo dinero, a expensas sobre todo de sus víctimas en tiempos de guerra.

A los dos hombres también los sorprendió la apariencia desaliñada de la mujer europea que vieron en el jardín de la casa. Eichmann tenía fama de mujeriego y no podían creerse que esa fuera su esposa. Harel aseguraría posteriormente que el informe de Goren fue “una gran decepción” para él. En su relato de todo el asunto Eichmann, que solo pudo publicar en 1975, doce años después de renunciar como director del Mosad, declaró: “La conclusión más obvia era que la información que Bauer nos había pasado era infundada, aunque yo me resistía a creerlo”.

Lo más probable es que esta resistencia no fuera en su momento tan firme, aunque lo cierto es que su siguiente decisión fue la más lógica: le pidió a Doram que volviera a reunirse con Bauer, pero insistiéndole en que tenía que saber quién era su fuente para poder comprobar al detalle su historia. El 21 de enero de 1958 se reunieron en Frankfurt y Bauer pronto cedió, dando el nombre de Lothar Hermann y su dirección en Coronel Suárez, una ciudad a más de quinientos kilómetros de Buenos Aires. Bauer también le dio una carta de presentación para la persona que Harel decidiera enviar a hablar con Hermann.

Esa persona sería Efraim Hofstaetter, uno de los mejores investigadores de la policía israelí, que tenía que viajar a Sudamérica por otro caso. Harel le pidió que se reuniera con Hermann cuando hubiera acabado con sus otras ocupaciones y le dio la carta de presentación de Bauer. Hermann se negó a reunirse con él en Buenos Aires, así que Hofstaetter tuvo que viajar de madrugada a Coronel Suárez. Cuando llamó a la puerta de Hermann, este le invitó a entrar pero inmediatamente le pidió algún tipo de garantía de que realmente representaba a las autoridades alemanas, pues esa era la coartada que Harel y él se habían inventado para no levantar sospechas. “¿Cómo puedo saber que me está contando la verdad?”, le preguntó.

Hofstaetter sacó entonces la carta de presentación firmada por Bauer y se la mostró a Hermann, pero al principio este le ignoró por completo. En ese momento, llamó a su mujer y le pidió que cogiera la carta y la leyera en voz alta. Fue entonces cuando Hofstaetter se dio cuenta de que Hermann era ciego. Su mujer leyó la carta y añadió: “Sin duda, es la firma del doctor Bauer”.

Hermann se relajó de inmediato y empezó a contar su historia. Sus padres habían muerto a manos de los nazis y él mismo había pasado un tiempo en los campos de concentración. “Tengo sangre judía en las venas, pero mi mujer es alemana y nuestra hija ha sido educada siguiendo las

tradiciones de su madre”, añadió. Su única razón para perseguir a Eichmann era “saldar cuentas con los criminales nazis que tanta angustia y tanto sufrimiento nos causaron a mi familia y a mí”.

Los Hermann se habían mudado de Olivos solo dieciocho meses antes. Todo el mundo los aceptaba como alemanes, “en todos los sentidos”. Sylvia, la hija, empezó a salir con un joven llamado Nicolas Eichmann, que no tenía ni idea de que la chica era medio judía. La visitó en su casa varias veces y en una ocasión señaló que todo habría ido mejor si los alemanes hubieran completado el exterminio de los judíos. También les explicó que no tenía ningún acento regional porque su padre había estado destinado en muchos lugares distintos durante la guerra.

Después de escuchar un noticiario en el que se hablaba de los juicios por crímenes de guerra y se mencionaba a Eichmann, Hermann intuyó que aquel Nicolas podía ser su hijo. En aquellos tiempos, muchos nazis se sentían tan a salvo en Argentina que solo tomaban las precauciones más básicas… y aunque Adolf se había cambiado el apellido, sus hijos nunca se preocuparon en hacer lo propio. Ahora bien, Nicolas sí fue cauto en un aspecto cuando empezó a salir con Sylvia: nunca reveló la dirección de su casa. Cuando Nicolas y Sylvia se siguieron escribiendo una vez ella se hubo mudado, le pidió que mandara las cartas a la dirección de un amigo. Eso no hizo sino reforzar las sospechas de Hermann y allí fue cuando decidió ponerse en contacto con Bauer.

En aquel momento, Sylvia, “una mujer atractiva, de unos veinte años”, como Hofstaetter la describió ante Harel, entró en la habitación. Estaba claro que, sintiera lo que sintiera por Nicolas, había decidido ayudar a su padre en el intento por confirmar su teoría. Cuando Bauer le pidió a Hermann que fuera a Buenos Aires para seguir la investigación, el ciego se llevó a su hija no solo para poder contar con un par de ojos, sino también para aprovecharse de su relación con Nicolas. Con la ayuda de un amigo, la chica localizó la casa y llamó a la puerta sin más.

Abrió una mujer y Sylvia le preguntó si aquella era la casa de la familia Eichmann. “Tardó un tiempo en contestar y durante esa pausa, apareció un hombre con gafas, de mediana edad, y se colocó a su lado –contó la chica–. Le pregunté si Nick estaba en casa”. En un tono “desagradable y estridente”, la mujer le dijo que Nick estaba haciendo horas extra en el trabajo. Sylvia continuó: “Le pregunté si era el señor Eichmann. No

contestó. Entonces le pregunté si era el padre de Nick. Dijo que sí, pero solo después de pensárselo un buen rato".

La familia tenía cinco hijos, tres nacidos en Alemania y dos nacidos en Argentina, añadió Sylvia. Aunque las edades de los hijos nacidos en Alemania encajaban con lo que Bauer ya sabía de Eichmann, Hofstaetter prefirió seguir mostrándose cauto: "Lo que me cuenta resulta bastante convincente pero no es una identificación definitiva", le dijo. Añadió que Vera podría haberse vuelto a casar sin necesidad de cambiar el apellido de sus tres hijos. Lothar Hermann insistió en que no había duda de que el hombre con el que vivía no era otro que Adolf Eichmann.

Después de prometerle que todos los gastos correrían de su cuenta, el israelí le dijo a Hermann que necesitaba que consiguiera más información acerca del sospechoso: qué nombre utilizaba, dónde trabajaba, cualquier fotografía oficial o documento personal, y sus huellas dactilares. Al volver a Tel Aviv, le contó a Harel que Hermann le había parecido "demasiado impetuoso y convencido de su historia", indicando que él no lo veía tan claro. Eso sí, Sylvia lo había impresionado favorablemente, y recomendó seguir con la investigación lo antes posible, pues la chica planeaba irse a vivir pronto al extranjero.

Harel aprobó una partida adicional de fondos destinada a cubrir los gastos de Hermann para que pudiera seguir investigando en Buenos Aires, pero los resultados no fueron los esperados. Un registrador de la propiedad les dijo a Lothar y Sylvia Hermann que el propietario de la casa en la calle Chacabuco era un austriaco llamado Francisco Schmidt y que tenía dos apartamentos con diferentes contadores de electricidad: uno para un tipo llamado Dagoto y otro para un tal Klement. Hermann concluyó que Schmidt tenía que ser Eichmann y que se había hecho una cirugía plástica para cambiar su aspecto.

Sin embargo, cuando un investigador israelí que llevaba tiempo trabajando en el caso en Argentina decidió seguir la pista, descubrió que Schmidt no podía ser Eichmann: su situación familiar era diferente y ni siquiera vivía en la casa que era de su propiedad. "Esta conclusión dañó irremediablemente la credibilidad de Hermann", escribió Harel. En agosto de 1958, según su versión, "nos dieron instrucciones para que poco a poco fuéramos rompiendo lazos con él".

Ese fue el año en que Alemania occidental abrió la Oficina Central para la Investigación de los Crímenes Nacionalsocialistas en Ludwigsburg, una

pintoresca ciudad al norte de Stuttgart. En agosto de 1959, Tuvia Friedman declaró haber recibido una carta de Erwin Schüle, el director de la oficina de Ludwigsburg, en la que se mencionaba una pista que apuntaba a que Eichmann podría estar en Kuwait. Entusiasmado, Friedman habló con Asher Ben-Natan, su antiguo contacto israelí en Viena que ahora trabajaba para el ministerio de Defensa. Incluso fantaseó con la idea de viajar junto a un grupo de unos pocos hombres a Kuwait para secuestrar a Eichmann. Ben-Natan no le hizo demasiado caso, como tampoco se lo hizo el veterano oficial de la policía al que lo remitió. Friedman llegó a la conclusión de que estos hombres ya no tenían interés alguno en cazar a Eichmann y recurrió a la prensa israelí para que dieran publicidad a la supuesta presencia del fugitivo en Kuwait.

A Bauer, el hecho de que el Mosad decidiera prescindir de Hermann y que poco tiempo después se empezara a hablar en todos lados de Kuwait le resultó muy frustrante; cada vez le preocupaba más que Eichmann se diera cuenta de que lo estaban buscando insistentemente y se volviera a fugar. En diciembre de 1959, Bauer viajó a Israel con más información. Según una nueva fuente, Eichmann había viajado a Argentina bajo el nombre de Ricardo Klement, el mismo que aparecía en uno de los contadores de la casa de la calle Chacabuco que Hermann había señalado como escondite desde el primer momento. En su defensa, Harel señaló que había sido Hermann el que había asumido erróneamente que Eichmann era el propietario de la casa y no uno de sus inquilinos. Al darse cuenta de lo que había sucedido, el jefe del Mosad designó a un nuevo hombre, Zvi Aharoni, para que continuara con las investigaciones. De repente, la pista de Hermann volvía a tener buena pinta, pero nadie sabía si Eichmann seguía ahí.

Cuando Bauer se reunió en Jerusalén con Harel, Aharoni y Chaim Cohen, el fiscal general de Israel, no pudo ocultar su enfado: “¡Esto es increíble!”, exclamó, haciendo hincapié en que Hermann ya había mencionado el nombre de Klement tiempo atrás y que ahora lo hacía otra nueva fuente. “Cualquier policía de segunda división habría sido capaz de atar los cabos. Preguntadle al carnicero o al frutero del barrio y os contará todo lo que necesitéis saber acerca de Klement”.

Aharoni, que fue el que hizo público el monumental enfado de Bauer, se convertiría en uno de los más duros críticos de cómo Harel había manejado la investigación sobre Eichmann. “La triste realidad es que a Eichmann lo

descubrió un ciego y que el Mosad necesitó más de dos años para creerse la historia de ese ciego”, declararía luego.

Harel informó a Ben-Gurión de esta posible pista decisiva. El primer ministro le dijo que, si la información resultaba veraz, quería que trajeran a Eichmann a Israel para juzgarlo allí. En el relato que hace Harel de su conversación, Ben-Gurión creía que un juicio así “supondría un éxito de consecuencias morales e históricas incalculables”.

Harel decidió que esta vez fuera Aharoni el enviado a Argentina, para comprobar si todavía podían identificar y localizar a Eichmann en la dirección que Hermann les había dado en un primer momento. El jefe del Mosad lo consideraba “uno de los mejores investigadores” de Israel; nacido en Alemania, logró escapar a Palestina en 1938, donde colaboró con el ejército británico interrogando a prisioneros de guerra alemanes.

Ahora bien, Aharoni tenía que acabar antes un encargo previo, lo que supuso otro retraso de un par de meses, que puso a Harel, “de los nervios, lleno de impaciencia”. Durante ese tiempo, Aharoni se preparó para su misión estudiando el caso y reuniéndose con Bauer. El 1 de marzo de 1960 aterrizó por fin en Buenos Aires con un pasaporte diplomático israelí y un nombre falso; su coartada era que trabajaba para el departamento de contabilidad del ministerio de Asuntos Exteriores.

Acompañado por un estudiante de la zona que se había comprometido a ayudar en la operación, Aharoni alquiló un coche el 3 de marzo y se dirigieron hasta la calle Chacabuco, en Olivos. Al llegar a la casa de las dos familias, el estudiante se acercó fingiendo que estaba buscando a otra persona, pero resultó que no había nadie dentro de los apartamentos. A través de las ventanas vio que estaban vacíos, y a unos pintores trabajando dentro. Si Eichmann y su familia habían estado allí en algún momento, obviamente se habían mudado.

Al día siguiente, Aharoni improvisó un plan para conseguir más información. En el archivo sobre Eichmann se mencionaba que Klaus, su hijo mayor, cumplía años el 3 de marzo, así que le ordenó a un joven voluntario llamado Juan que volviera a la casa vacía con un regalo y una tarjeta. Se inventó la historia de que un amigo que trabajaba de botones en uno de los grandes hoteles de Buenos Aires le había pedido que le enviara

el paquete, que en realidad venía de parte de una chica; si alguien lo presionaba, podría escudarse en que no sabía nada más.

Al no encontrar a nadie en la puerta principal de la casa, Juan fue a mirar a la parte de atrás. Allí, vio a un hombre que hablaba con una mujer que estaba limpiando algo cerca de un cobertizo.

“Discúlpenme, por favor, ¿saben si vive aquí el señor Klement?”, preguntó. Ambos inmediatamente confirmaron que el nombre les sonaba y el hombre respondió: “¿Te refieres a los alemanes?”.

Para no levantar sospechas, Juan fingió que no tenía ni idea de la nacionalidad del tal Klement. El hombre añadió: “¿Un tipo con tres hijos ya mayores y otro más jovencito?”.

De nuevo, Juan se encogió de hombros y explicó que solo estaba ahí para entregarle un paquetito. El hombre le informó de que la familia se había mudado unos quince o veinte días atrás pero que no sabía adónde se habían marchado.

Esta noticia podría haber resultado devastadora, pues sugería que, si Aharoni hubiera llegado unos días antes los habría encontrado en la casa. Sin embargo, el hombre se creyó por completo la historia de Juan y lo llevó adonde estaban trabajando los pintores, en una habitación de la parte de atrás de la casa. Uno de ellos fue particularmente amable y le dijo que los Klement se habían mudado a San Fernando, otro barrio de Buenos Aires. No sabía la dirección exacta, pero le sugirió que hablara con uno de los hijos de Klement, que trabajaba en un taller de reparación de coches muy cercano.

Vestido de mecánico, el joven alemán confirmó que era uno de los hijos de Klement y Juan oyó que los otros le llamaban algo parecido a Tito o Dito. Como Aharoni explicaría más tarde, se trataba sin duda de Dieter, el tercero de los hijos de Eichmann. Dieter se mostró más desconfiado que los obreros argentinos. Le pidió a Juan más detalles de la historia y de quién había enviado el paquete. Cuando Juan volvió a contarle lo que ya le había contado a los demás, Dieter le dijo que la calle donde vivían ahora no tenía nombre ni números. Consciente de que no iba a obtener más información y para evitar más preguntas, le entregó el regalito a Dieter y le pidió que se lo entregara a su hermano.

Aharoni y los pocos hombres de su equipo esperaban a la salida del taller y, tras escuchar al chico, decidieron seguir los movimientos de Dieter

cuando saliera del trabajo. Esa tarde no consiguieron verlo salir, pero luego observaron a dos personas en un ciclomotor y asumieron que el que iba sentado atrás era Dieter. El ciclomotor siguió el camino hacia San Fernando y el conductor dejó a su pasajero cerca de un quiosco que resultó estar a unos cien metros de una casita, recién construida, en la calle Garibaldi. Pronto descubrirían que se trataba de la casa a la que se acababan de mudar los Eichmann.

Aharoni estaba convencido de que "Klement" era en realidad Eichmann pero necesitaba confirmarlo por completo. Le dijo a Juan que volviera al taller a ver a Dieter para decirle que el remitente del paquete se había quejado de que su hermano no lo había recibido aún. Dieter insistió en que sí que le había dado el paquete en mano y de paso le avisó de que la próxima vez lo enviara a nombre de Nicolas "Aitchmann" –así escribió el apellido Juan– y no "Klement". Juan se entristeció al principio porque pensaba que este cambio de apellido indicaba que no habían encontrado al hombre que buscaban. Sin embargo, Aharoni, que no había querido explicarle al detalle a quién estaban buscando exactamente, le aseguró que había hecho "un excelente trabajo".

Aharoni empezó a viajar repetidamente a San Fernando, utilizando distintos pretextos para poder hablar con los vecinos. Confirmó que la familia de alemanes se había mudado hacía poco y un arquitecto le enseñó el documento que mostraba que la parcela catorce de la calle Garibaldi, donde estaba situada la nueva casa, pertenecía a Veronica Catarina Liebl de Eichmann, citando tanto su apellido de soltera como el de casada. Después de pasar delante de la casa varias veces para echar un vistazo, Aharoni consiguió por fin ver de refilón el 19 de marzo a "un hombre de estatura y complexión medianas y de unos cincuenta años, con una frente ancha y una calva incipiente". El hombre estaba recogiendo la ropa tendida y luego volvió a entrar en la casa.

Entusiasmado, Aharoni les envió un cable a sus superiores contándoles que había visto a un hombre en la casa de Vera Eichmann "que sin duda se parecía a Eichmann" y que daba su identidad por confirmada. También pedía el regreso inmediato a Israel para ayudar a planear la operación que derivaría en su secuestro… aunque antes estaba decidido a conseguir una foto de su presa.

Sentado en la parte de atrás de una furgoneta pequeña cubierta por un toldo, Aharoni le pidió al conductor que aparcara cerca del quiosco y se

fuera a por algo de comida. Mientras tanto, examinó la casa y buscó un ángulo en la lona desde donde poder apuntar con la cámara. Hizo varias fotografías de la casa y los alrededores. Ahora bien, el trabajo de fotografiar a Eichmann con una cámara oculta en un maletín lo tuvo que dejar en manos de otro ayudante local que hablaba español nativo. Interceptó a Eichmann y a su hijo Dieter cuando se los encontró fuera de la casa y consiguió entretenerlos en una conversación muy breve, pero suficiente para poder fotografiarlos.

Aharoni se fue de Argentina el 9 de abril. Harel se unió a él en el vuelo de París a Tel Aviv. “¿Estás completamente seguro de que ese es nuestro hombre?”, le preguntó. Aharoni le enseñó la foto que habían tomado con la cámara del maletín. “No tengo la más mínima duda”, le contestó.

Que Vera Eichmann utilizara su nombre real en el registro de la propiedad ya indicaba que la familia se estaba relajando en sus precauciones, pero ese no sería su único desliz. Wiesenthal, que seguía monitorizando los movimientos del resto de la familia Eichmann en Austria, también había reunido pruebas concluyentes de que la supuesta viuda estaba viviendo con su tristemente famoso y fugitivo marido. Cuando la madrastra de Eichmann murió, el *Oberösterreichische Nachrichten*, un periódico de Linz, publicó una esquela firmada por Vera Eichmann, utilizando su nombre de casada. “La gente no miente en las esquelas”, Wiesenthal señalaría en sus memorias. Vera también firmó con su nombre una esquela similar cuando el padre de Eichmann murió en febrero de 1960. “El sentimiento familiar de los Eichmann obviamente les cegó ante el peligro”, añadiría Wiesenthal.

Wiesenthal relata que contrató a dos fotógrafos equipados con teleobjetivos para conseguir fotos de los asistentes al funeral del padre. Entre ellos estaban los hermanos de Eichmann y uno de ellos, Otto, guardaba un parecido sorprendente con Adolf. Wiesenthal se dio cuenta de que esto explicaba que tanta gente hubiera afirmado a lo largo de los años haber visto a Eichmann en distintas partes de Europa. Según su relato, les dio las fotos a dos agentes israelíes que las recogieron para enviárselas a sus jefes. “Cualquiera con una foto de Otto Eichmann en sus manos podría reconocer a Adolf Eichmann… por mucho que insistiera en llamarse Ricardo Klement”, concluyó Wiesenthal.

Harel y los demás críticos de Wiesenthal rechazarían buena parte de esta historia, argumentando que Wiesenthal solo pretendía exagerar su papel a

base de invenciones. El encuentro con los dos agentes israelíes al que Wiesenthal se refiere en sus memorias, "nunca tuvo lugar", según Harel. Lo que hizo Wiesenthal en realidad fue mandar las fotos a la embajada israelí de Viena, añadió el jefe del Mosad. Nadie "prestó demasiada atención a esas fotografías" ni las encontró significativas. Sin embargo, Aharoni, quien sí expresó luego una profunda admiración por Wiesenthal y un cierto desprecio hacia Harel, reconoció "la enorme aportación" del cazador de nazis en Austria al haber facilitado "una información crucial".

Cualquiera que sea la veracidad de estas dos versiones distintas de los hechos, no había duda de que las pruebas cada vez eran más claras e indicaban que los israelíes iban por buen camino y se acercaban a su objetivo. Sin embargo, Harel y Eitan, el hombre que había designado para liderar la operación sobre el terreno, eran conscientes de que, antes de secuestrarlo, aún tenían que decidir qué harían con Eichmann para sacarlo del país. Eso implicaba buscar un piso franco donde encerrar al prisionero, y la forma de transportarlo hasta Israel.

Harel se hizo cargo de las negociaciones para sacar adelante su opción preferida: llevarse a Eichmann en avión. El problema es que El Al, la aerolínea israelí, no ofrecía por entonces vuelos directos a Argentina, así que necesitaban encontrar un pretexto que justificara el envío extraordinario de un avión. Dio la casualidad de que Argentina estaba preparando las celebraciones del 150 aniversario de su independencia para finales de mayo y los representantes israelíes estaban invitados. Harel le sugirió al ministro de Asuntos Exteriores que la delegación volara a Buenos Aires en un avión especial y se puso a trabajar codo con codo con los ejecutivos de El Al para asegurarse de que podía contar con la colaboración incondicional de la aerolínea. Incluso permitieron que el jefe del Mosad eligiera la tripulación para el vuelo.

Mientras Harel se encargaba de los preparativos del vuelo, Eitan trabajaba en un plan B: la poco deseable opción de emprender un largo viaje por mar. Se puso en contacto con el presidente de Zim, la compañía naviera israelí, que tenía por entonces dos buques frigoríficos. Como Eitan señalaría entre risas, los utilizaban para transportar carne de ternera kosher de Argentina a Israel. En colaboración con el capitán de uno de estos barcos, Eitan consiguió que se reservara un compartimento especial que pudiera servir de prisión temporal para Eichmann si la opción del vuelo no

salía adelante por la razón que fuera. En otras palabras, lo habrían sacado de contrabando junto a un buen cargamento de ternera kosher.

Después de dos semanas en Israel, tiempo que Harel aprovechó para preparar a los miembros del equipo que pronto viajarían a Argentina utilizando distintos pasaportes y coartadas, Aharoni aterrizó de nuevo en Buenos Aires el 24 de abril. Esta vez no como diplomático israelí sino como empresario alemán, con un nuevo pasaporte, un nuevo bigote y un nuevo traje. Uno de los primeros en seguirlo fue Avraham Shalom, el segundo de Eitan en la operación. Shalom venía de una larga misión en Asia y, en cuanto llegó a Israel, Harel lo llamó a su despacho. El jefe del Mosad le dijo que quería que se reuniera con Aharoni, comprobara todo lo relacionado con los supuestos avistamientos de Eichmann y su familia en la calle Garibaldi y que mandara una señal en clave cuando estuviera completamente convencido de que estaban detrás de la persona adecuada.

Shalom era un agente con mucha experiencia, pero, por la razón que fuera, casi desmonta su coartada en un par de ocasiones. Cuando llegó a París en la primera escala de su viaje, recogió un pasaporte alemán con nuevos documentos de identidad. Ya en Lisboa, le requisaron el pasaporte junto al de otros pasajeros con la promesa de que se lo devolverían cuando estuvieran listos para embarcar en el siguiente vuelo, en este caso el que lo llevaba a Buenos Aires. A Shalom se le olvidó su nombre falso y, ante la mirada atónita de un funcionario del aeropuerto, tuvo que indicar mediante señas qué pasaporte era el suyo gracias a que al menos consiguió reconocerlo por el color. Cuando por fin llegó a su hotel en Buenos Aires, al registrarse en recepción, volvió a quedarse en blanco durante un buen rato. Shalom siempre decía que todo el asunto de la caza de nazis le traía sin cuidado pero, por lo que se ve, estaba mucho más nervioso de lo que luego reconocería.

Cuando Aharoni lo llevó a ver la calle Garibaldi, Shalom se quedó gratamente sorprendido. “Aquello no era una calle de verdad –recordaría después–. Era un camino peatonal que podían utilizar también los coches. El lugar ideal para una operación de este tipo: sin luz eléctrica, sin apenas gente”. Solo de vez en cuando, algún coche iluminaba la escena con sus faros. A los israelíes ya no les desconcertaba que un hombre antes tan poderoso como Eichmann viviera en un entorno tan humilde y para cuando llegaron los demás miembros del equipo, Shalom ya había confirmado que realmente habían dado con él. El comando lo vigiló en su rutina diaria

desde una distancia prudente. Lo observaban mientras paseaba cada mañana hasta la parada del autobús camino de una fábrica de Mercedes, para volver después en la misma línea y bajarse en la parada que quedaba justo en la esquina con su calle. Todas las noches llegaba a la misma hora. Desde ahí, Eichmann tenía un corto paseo hasta su casa.

Peter Malkin, uno de los miembros más fuertes del equipo, fue el elegido para sujetar primero a Eichmann. "Nunca, en toda mi carrera, había sentido el menor miedo –recordaría más tarde–. Pero en aquel momento me aterrorizaba que algo pudiera salir mal". La cosa pintaba bien, o al menos eso pensaba Eitan, que fue el último en llegar: "Desde el mismo principio, cuando analicé la situación, el área, la casa, los alrededores… vi que no había razón para que fracasáramos", aseguró.

Sin embargo, desde la distancia, cuando recuerda aquellos días en los que el equipo se fue juntando en Buenos Aires, Eitan sí reconoce que había cosas que podían haber ido mal: por ejemplo, era difícil conseguir un buen coche en Buenos Aires y los vehículos de segunda mano que habían alquilado tenían tendencia a averiarse constantemente; también cabía la posibilidad de que algún descuido de los israelíes pudiera levantar sospechas. Harel, que también voló a Argentina pero se alojó en el centro de Buenos Aires para controlar la acción desde cerca, le había dado a Eitan unas esposas abiertas y se había quedado con la llave. La orden era que si la policía argentina los pillaba después de atrapar a Eichmann, Eitan se esposara al alemán, mano con mano, y les dijera a los agentes que los llevaran a los dos ante el embajador israelí.

Eitan aceptó las esposas, pero, sin decirle nada a Harel, acordó con Aharoni que, si por cualquier razón la operación salía realmente mal, lo que harían sería matar a Eichmann. Para ello ni siquiera necesitaban un arma; de hecho, ni él ni ningún otro miembro del equipo llevaban pistola, ya que consideraban que eso solo podía complicar aún más la situación si los detenían. "La manera más fácil de matar a alguien con tus propias manos es romperle el cuello", afirmó.

En la noche del 10 de mayo, el día antes de la operación, Harel reunió a todo el equipo para la charla final. Para entonces, todo el mundo sabía lo que tenía que hacer y había un total de siete casas y apartamentos francos preparados, tanto para esconder a Eichmann hasta poder sacarlo del país como para, si la cosa salía mal, dar refugio a los miembros del equipo. Los

que habían estado viviendo en hoteles esos días recibieron la orden de mudarse a una de las casas seguras. El jefe del Mosad no quería que todos dejaran sus hoteles el mismo día del secuestro, porque eso podría darles una pista a la policía en cuanto a sus identidades reales.

Como todas estas cuestiones logísticas ya estaban bajo control, Harel dedicó la mayor parte de la charla a cuestiones más trancendentales: "Intenté que los hombres entendieran la irrepetible oportunidad moral e histórica ante la que se encontraban –recordaría después–. El destino había llamado a su puerta […] para garantizar que uno de los peores criminales de todos los tiempos […] fuera juzgado en Jerusalén".

"Por primera vez en la historia, los judíos podrán juzgar a sus asesinos –afirmó–, y por primera vez, el mundo va a oír, y la oirán las generaciones más jóvenes de Israel, la historia completa de cómo se dio la orden de exterminar a un pueblo entero". Harel hizo especial hincapié en la importancia de que la operación fuera un éxito. Los métodos que estaban a punto de utilizar eran lamentables, añadió, "pero no hay mejor manera de servir a la moral y a la justicia que realizar esta operación específica".

A continuación, como era de esperar, los puso en alerta: si les descubrían, explicó Harel, debían admitir que eran israelíes pero que habían planeado esta acción por iniciativa propia. No podían confesar bajo ningún concepto que se trataba de una acción oficial.

Harel creía que la operación sería un éxito, y estaba convencido de que así pensaba la mayoría de los miembros de su equipo… pero, como es lógico, todos tenían en mente la posibilidad del fracaso. Uno de los agentes le preguntó sin rodeos: "¿Cuánto tiempo cree que tendremos que pasar en prisión si nos detienen?".

El jefe del Mosad tampoco recurrió a ningún eufemismo: "Un buen montón de años".

El equipo utilizó dos coches para la operación, que pretendía interceptar a Eichmann justo después de bajar del autobús a la vuelta del trabajo, en torno a las 7:40 de la tarde. Aharoni conducía el primer coche, que también llevaba a Eitan, a un agente llamado Moshe Tavor y a Malkin, el hombre designado para agarrar a Eichmann. Harel consideraba esencial el papel de Malkin: "Te lo advierto: no quiero que le hagas daño –le advirtió–. Ni un rasguño".

Malkin, que era un maestro en el arte del disfraz, se puso una peluca y unas ropas oscuras. También llevaba un par de guantes forrados. Puesto que en Argentina estaban en pleno invierno, su atuendo no llamaba la atención. “Por supuesto, los guantes me servían para combatir el frío, pero no fue esa la principal razón por la que los compré –contaba–. La sola idea de tener que poner la mano desnuda sobre la boca que había decretado la muerte de millones de personas, o tener que sentir su aliento caliente o su saliva en la piel, me provocaba arcadas”. Malkin, como tantos otros miembros del equipo, había perdido a varios familiares durante el Holocausto.

Shalom, el segundo de Eitan, estaba con los demás agentes en otro coche. Lo habían dejado a unos treinta metros, con el capó abierto, como si estuvieran arreglando algo. Su misión era encender las luces largas en cuanto vieran a Eichmann, para cegarlo y que no pudiera ver el primer vehículo justo delante de él.

Eichmann siempre seguía una misma rutina, pero justo esa noche no se bajó del autobús que esperaban los israelíes. A las ocho aún no había llegado y Aharoni le susurró a Eitan: “¿Nos vamos o seguimos esperando?”. Eitan contestó que tenían que esperar, pero él también era consciente de que no podían seguir ahí mucho más tiempo. Aunque ya estaba oscuro, se arriesgaban a que los dos coches aparcados llamaran la atención de alguien.

Shalom se bajó del segundo coche a esperar y a eso de las 8:05 reconoció a Eichmann en medio de la oscuridad de la noche. Inmediatamente, volvió al coche, otro agente bajó el capó y Shalom dio las luces largas. En el primer vehículo, Aharoni distinguió claramente a Eichmann a través de sus prismáticos. Sacó la cabeza por la ventana y avisó a Malkin, que seguía esperando: “Lleva una mano en el bolsillo. Ten cuidado, puede ser un arma”.

Cuando Eichmann giró la esquina de la parada del autobús y pasó junto a su coche, Malkin se dio la vuelta y le bloqueó el camino. “Un momentito, señor”, le dijo, utilizando la expresión en español que llevaba ensayando semanas. Eichmann se detuvo de golpe y Malkin aprovechó para lanzarse sobre él. El problema fue que, debido a la advertencia de Aharoni, le cogió del brazo derecho en vez de agarrarlo por la garganta, como tenía pensado, y los dos hombres cayeron a una zanja.

Eichmann empezó a gritar. En palabras de Aharoni: “Aquella operación bien planeada y ensayada hasta la extenuación se convirtió de repente en un caos absoluto”. Encendió el motor para tapar el ruido de los gritos, mientras

Eitan y Tavor saltaban del coche para ayudar. Malkin tenía sujeto a Eichmann por las piernas, así que los otros lo cogieron por los brazos, metiéndolo a toda prisa en el coche por la puerta de atrás. Lo tumbaron en el hueco entre el asiento del conductor y el asiento de atrás, donde habían colocado unas mantas para taparlo con ellas y que no se hiciera daño. La cabeza de Eichmann quedó incrustada contra las rodillas de Eitan mientras Malkin se sentaba al otro lado. El cautivo no iba armado.

Aharoni le dijo a Eichmann en alemán: "Como te muevas lo más mínimo, te disparo". Malkin todavía tenía la mano tapándole la boca al secuestrado, bajo la manta, pero cuando Eichmann asintió, haciendo ver que aceptaba la orden, la retiró inmediatamente. A continuación, empezaron a conducir en silencio. Eitan y Malkin se dieron un apretón de manos. Eichmann, al que habían puesto unas gafas con las que no podía ver nada, permaneció tumbado en el suelo, inmóvil.

De camino al piso franco principal, pararon para cambiar las matrículas del coche. Por un momento perdieron al segundo automóvil que se suponía que tenía que acompañarlos, pero pronto volvió a aparecer y los siguió hasta el lugar designado, donde los otros miembros del equipo esperaban llenos de nerviosismo.

Los israelíes llevaron a Eichmann a un cuartito del segundo piso que le tenían preparado, y lo tumbaron en una cama de hierro, encadenándolo al somier por una pierna. Lo desnudaron y uno de los miembros del equipo, que era médico, examinó la boca del detenido al detalle para asegurarse de que no llevaba veneno. El prisionero protestó: después de tanto tiempo en libertad ya no tomaba precauciones de ese tipo, pero aun así el doctor le retiró la dentadura postiza para asegurarse y después le inspeccionó el resto del cuerpo. Eitan, Shalom, Malkin y Aharoni estaban junto a ellos en la habitación, observando mientras el doctor comprobaba si Eichmann llevaba en la axila el tatuaje que los oficiales de la SS se grababan para indicar su grupo sanguíneo. En su lugar, Eichmann solo tenía una pequeña cicatriz, que después reconocería que se había hecho intentando quemar el tatuaje con un cigarrillo cuando los estadounidenses lo detuvieron al acabar la guerra. En aquella ocasión sus captores no habían descubierto su verdadera identidad.

Dada su experiencia como interrogador en el ejército británico, Aharoni fue el encargado de que esta vez al prisionero no le quedara más remedio que confesar su identidad. Había estudiado el informe sobre Eichmann que

Fritz Bauer había compartido con los israelíes y estaba preparado para preguntarle todo lo que hiciera falta hasta forzar su confesión. Su estilo habitual consistía en hacer las preguntas muy despacio y repetirlas muchas veces. "Era un interrogador de lo más aburrido –recordaría Shalom, años después, con una sonrisa–. Podía sacarte de tus casillas esperando a que pronunciara la siguiente palabra. Era un tipo muy listo, capaz de hacer la misma pregunta diez veces".

Al final, Eichmann se derrumbó mucho antes de lo esperado, haciendo innecesario todo el procedimiento habitual de Aharoni. Cuando este le preguntó por su nombre, contestó: "Ricardo Klement" pero, cuando le preguntó su altura, número de pie y talla de ropa, cada una de sus respuestas cuadraba con los datos que aparecían en el informe. A continuación, Aharoni le preguntó su número de miembro del partido nazi y Eichmann se lo dio correctamente. Lo mismo ocurrió cuando le pidió su número de la SS. También confesó su lugar y fecha de nacimiento: el 19 de marzo de 1906 en Solingen, Alemania.

En aquel momento, Aharoni preguntó: "¿Qué nombre le pusieron al nacer?".

"Adolf Eichmann", contestó.

En palabras de Aharoni: "Fue como ver por fin la luz al final del túnel […] las tensiones de una operación tan difícil y prolongada desaparecieron".

Justo antes de medianoche, Aharoni y Shalom condujeron hasta el centro de Buenos Aires, donde Harel esperaba noticias en una cafetería. El plan del jefe del Mosad, según recordaba Shalom, consistía en ir cambiando cada poco tiempo de cafetería para no llamar la atención. "No sé ni cuántos tés se tomó", exclamó entre carcajadas.

El vuelo especial de El Al, un turbopropulsor Bristol Britannia que transportaba a la delegación israelí, aterrizó en Buenos Aires poco antes de las seis de la tarde del 19 de mayo. La delegación la presidía Abba Eban, un ministro sin cartera que ya había trabajado como embajador de Israel ante Estados Unidos y las Naciones Unidas; años más tarde se convertiría en el muy eficiente ministro de Asuntos Exteriores del país. El primer ministro Ben-Gurión ya le había informado de que la verdadera misión del vuelo era transportar a Eichmann a Israel y que esa información solo la conocían unos

pocos miembros de la expedición… aunque la presencia de tres tipos extraños con uniforme de El Al, que ni siquiera se esforzaban en fingir que eran parte de la tripulación, ya hacía pensar que se estaba tramando algo.

Cuando volvieron al piso franco, y mientras esperaban a que el avión estuviera preparado, Aharoni y Malkin siguieron interrogando a Eichmann. En lo que sería la base de su defensa durante el juicio, Eichmann les aseguró que nunca había sido un antisemita. “Tienen que creerme, no tenía nada en contra de los judíos”, insistió, pero Hitler era “infalible” y él había prestado juramento como oficial de la SS en su mismísima presencia, y por eso no le quedaba más remedio que cumplir órdenes. Malkin resumió su argumentación en una frase: “Había un trabajo que hacer y él lo hizo”.

Como prisionero, Eichmann fue de lo más obediente. “Se comportaba como un esclavo sumiso, asustado, cuyo único objetivo era complacer a sus nuevos amos”, en palabras de Harel. Al principio, al prisionero le aterrorizaba la idea de que sus captores lo fueran a ejecutar o le envenenaran la comida. Hizo un gesto de alivio cuando se enteró de que el plan era juzgarlo. Intentó convencer a sus captores de que el juicio debería ser en Alemania, Argentina o Austria, pero cuando Aharoni le dijo que en ningún caso iba a ser así, accedió incluso a firmar una declaración en la que mostraba su voluntad de ser trasladado a Israel y juzgado allí.

Durante todo este tiempo, el equipo israelí no dejó de leer al detalle todos los periódicos, buscando temerosos algún indicio de que las autoridades argentinas estaban al tanto del secuestro de Eichmann. Pero, aunque la familia de Eichmann ya suponía que los israelíes estaban detrás de la desaparición, como aseguraría posteriormente su hijo Nicolas, prefirieron no hacer declaraciones para no arriesgarse a que las autoridades argentinas descubrieran su verdadera identidad.

La siguiente tarea del equipo israelí fue organizar los preparativos para subir a Eichmann al vuelo de El Al. Shalom se había encargado de conducir varias veces hasta el aeropuerto para familiarizarse con el camino y que los guardias se acostumbraran a su presencia. Cuando el avión estaba en la zona de mantenimiento, podía entrar y salir sin que nadie le dijera nada. El 20 de mayo, día planeado para la salida, Shalom hizo una última inspección al avión y mandó un mensaje a Harel informándole de que todo estaba listo para la acción. Algunas horas antes, ese mismo día, otro miembro del equipo le había explicado a parte de la tripulación que uno de los pasajeros

llevaría un uniforme de El Al y tendría aspecto de estar enfermo. No les confesó su identidad, pero la naturaleza de la operación les quedó clara.

De vuelta al piso franco, Eichmann se mostró de lo más colaborador mientras lo bañaban, lo afeitaban y le ponían el uniforme de la aerolínea. Cuando el médico del equipo sacó una jeringuilla para sedarlo, el prisionero le aseguró que no era necesario porque iba a estarse completamente callado. Los israelíes no estaban dispuestos a asumir un riesgo así. Al ver que se empeñaban en ceñirse al plan, Eichmann se dejó hacer. Cuando los agentes ya estaban listos para sacarlo de casa, el narcótico empezó a hacerle efecto, pero seguía lo suficientemente despierto para señalar que se habían dejado su chaqueta, y les pidió que se la pusieran para confundirse mejor con los demás miembros de la tripulación.

Eichmann se quedó algo traspuesto de camino al aeródromo, su coche rodeado de otros dos que servían de escolta. Como todos los pasajeros del primer coche llevaban uniformes de El Al, el guardia abrió la puerta y dejó que pasaran. Una vez llegaron al avión, los agentes rodearon a Eichmann y lo subieron en volandas por los escalones. Lo dejaron en uno de los asientos de primera clase, cerca de otros “tripulantes” que también fingían estar durmiendo. La coartada era que todos formaban parte del equipo que iba a sustituir más adelante al que había empezado el viaje y necesitaban por tanto descansar un buen rato. Pasada la medianoche, es decir, ya entrados en el 21 de mayo, el avión despegó. Cuando abandonó el espacio aéreo argentino, la “tripulación” sentada en primera clase se levantó y todos empezaron a abrazarse para celebrar su éxito. El resto de la tripulación verdadera supo entonces por fin la identidad de su misterioso pasajero.

Harel estaba a bordo, pero no así la mayoría de los agentes que habían llevado a cabo la operación, incluyendo a Eitan, Shalom y Malkin. Tendrían que abandonar Argentina por separado, llegando a Israel días más tarde. Aunque su misión se hizo pública rápidamente, su intervención en la misma se mantuvo en secreto durante muchos años.

Este hecho contribuyó a las amargas peleas posteriores para determinar quien se merecía el mérito por la captura de Eichmann. Los cazadores de nazis independientes, como Simon Wiesenthal y Tuvia Friedman, se lanzaron encantados a contar sus propias versiones de los acontecimientos. Friedman tardó poco en publicar unas memorias en las que exageraba su propia aportación. Según su relato, Eichmann se desmayó cuando supo que sus captores eran judíos que llevaban siguiéndolo mucho tiempo. Cuando se

repuso, siempre según el libro, preguntó: "¿Quién de ustedes es Friedman?".

Es cierto que añadía: "La historia me ha llegado de oídas, así que no puedo jurar que sea cierta". Eitan, el comandante de la operación que ayudó a meter a Eichmann en el coche, asegura que eso no sucedió en ningún momento.

Wiesenthal también publicó la primera versión de su papel en la caza del oficial de la SS en su libro de 1961, *Ich Jagte Eichmann* [Yo cacé a Eichmann]. Ya solo el título sugiere que la mayor parte del mérito había sido suya, aunque luego el texto y sus posteriores declaraciones y escritos serían más moderados. En el libro contaba eufórico que Yad Vashem le había mandado un telegrama el 23 de mayo de 1960, después de que Ben-Gurión hubiera anunciado la captura y llegada de Eichmann, que decía: "FELICIDADES DE TODO CORAZóN POR SU BRILLANTE LOGRO".

Sin embargo, en una conferencia de prensa que tuvo lugar en Jerusalén poco después, Wiesenthal eligió sus palabras con más cuidado: "La captura de Eichmann no fue mérito de una sola persona. Fue una colaboración en el mejor sentido de la palabra. Algo así como un mosaico, especialmente durante la última fase, cuando mucha gente, que en su mayor parte ni siquiera se conocía entre sí, fue aportando su piececita. Yo solo puedo hablar de mi propia contribución y ni siquiera sé si fue especialmente valiosa".

En su libro de memorias, *Justicia, no venganza* (1989), escribiría: "Lo perseguí sin cejar, pero no fui yo el que consiguió atraparlo". Su hija Paulinka y su yerno, Gerard Kreisberg, dicen que ante ellos nunca se atribuyó todo el mérito. En cuanto a los israelíes, dijo: "Jamás podría haber hecho lo que hicieron ellos. ¿Cómo podría compararme yo con un país como Israel?".

En ningún momento, hasta el día de su muerte en 1968, buscó Bauer, el fiscal general de Hesse que había aportado la pista clave que llevó a los israelíes hasta Eichmann, reconocimiento público alguno. En cuanto Harel volvió a Israel con Eichmann, le mandó un mensaje a uno de sus hombres en Alemania para que se reuniera con Bauer en un restaurante unas pocas horas antes de que Ben-Gurión hiciera pública la captura. Cuando le contó lo sucedido, Bauer lo abrazó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba exultante.

Aunque él prefirió mantener el silencio acerca de su propio papel en la operación, lo cierto es que a Bauer no dejaba de sorprenderle la atención que los medios le dedicaban a Wiesenthal como hombre clave en la caza de Eichmann. "Puede llamarse a sí mismo con ese nombre, aunque él no lo atrapó –le confesó en privado a un amigo–. Lo persiguió, eso sí".

Bauer y Wiesenthal coincidieron en persona en alguna ocasión pero el alemán nunca mostró ningún resentimiento por el hecho de que el otro se estuviera llevando todos los titulares.

Lo de Harel fue distinto. Como no podía reclamar su parte de la gloria porque todavía dirigía el Mosad, no dejó de refunfuñar desde el primer momento ante la percepción general de que Wiesenthal había sido el hombre decisivo en la captura de Eichmann… y tampoco soportaba que Wiesenthal se prestara a ese juego.

En 1975, Harel por fin pudo publicar *La casa de la calle Garibaldi*, su versión de la operación Eichmann. A Wiesenthal, con toda la intención, ni se le menciona. Más tarde, en un manuscrito que no se llegó a publicar, "Simon Wiesenthal y la captura de Eichmann", Harel escribiría que Wiesenthal no había jugado "papel alguno" en la captura de Eichmann, "ni podría desdecir la verdad".

El antiguo jefe del Mosad no insinuaba en ningún momento que Wiesenthal "no se hubiera dedicado en cuerpo y alma durante años a la persecución de Eichmann o se hubiera negado a prestar apoyo si se lo pedían, pero le indignaba lo que él veía como un intento de Wiesenthal de aprovecharse del silencio oficial de Israel en cuanto a los detalles de la operación. "Al principio, actuó con cierta cautela, pero, entendiendo que el silencio de Israel como consentimiento, cada vez se fue dando más aires, llegando al punto de atribuirse todo el mérito como el cerebro que hizo posible la captura de Adolf Eichmann", escribió. Este manuscrito inconcluso, que incluye varios documentos, es un ataque sentido al personaje de Wiesenthal en el que subyace, por encima de todo, una reivindicación del papel principal de Harel en el secuestro.

Algunos miembros del equipo de Harel sí que fueron más generosos con la aportación de Wiesenthal, tanto por mantener viva la caza durante tantos años como por las pistas de utilidad que fue aportando. El enfrentamiento Harel-Wiesenthal no era tanto una discusión sobre los hechos y su interpretación sino un choque frontal entre dos personalidades arrolladoras. Shalom, el segundo de a bordo en el equipo operativo de Buenos Aires, vio

enseguida el motivo de su pelea: “Estaban compitiendo por el premio –aseguró–. El premio de hacerse famoso por haber atrapado a Eichmann”.

Para la pequeña comunidad de cazadores de nazis, esta disputa continuaría activa incluso después de la muerte de ambos antagonistas (Harel murió en 2003; Wiesenthal, en 2005). Sin embargo, para el gran público, la pelea prácticamente pasó inadvertida. Lo que de verdad les interesaba era la pregunta que Harel se hizo cuando fue a ver a su famoso prisionero en el piso franco de Buenos Aires.

“Cuando vi a Eichmann en persona por primera vez, me quedé sorprendido”, recordaba. En vez de sentir odio, su primer pensamiento fue: “Vaya, ¡pero si parece un tipo cualquiera!”. No estaba seguro de cómo esperaba que fuera, pero se dijo: “Si me lo cruzara por la calle, no sería capaz de distinguirlo entre los miles de personas que estuvieran paseando por allí en ese momento”. Por último, se preguntaba: “¿Qué es lo que convierte a una criatura así, a uno más entre tantos hombres, en un monstruo?”.

Esta pregunta estaría en la mente de todos los que asistieron al juicio de Eichmann en Jerusalén.

IX
‘A SANGRE FRÍA’

“Que muchos (incluido yo) sentíamos ‘vergüenza’, esto es, un sentimiento de culpa durante el confinamiento y después es un hecho establecido y confirmado por numerosos testimonios. Puede parecer absurdo, pero es así”.
(El químico y escritor italiano Primo Levi, superviviente de Auschwitz, en su último libro sobre el Holocausto, *Los hundidos y los salvados*. Se suicidó en 1987).

El vuelo especial que transportaba a Eichmann aterrizó en el aeropuerto Lydda de Tel Aviv –que, años después, cambiaría su nombre por el de Ben-Gurión– en la mañana del 22 de mayo de 1960. Al día siguiente, Ben-Gurión le dijo a su gabinete: “Nuestros servicios secretos llevan años buscando a Adolf Eichmann y al final lo han encontrado. Está en Israel y aquí será juzgado”. Ese mismo día, añadió, trasladaría la noticia al parlamento israelí, la Knesset, dejando claro que a Eichmann lo juzgarían por una serie de delitos que en Israel todavía se castigaban con la pena de muerte.

Según la transcripción secreta de la reunión del gabinete, que solo vería la luz en 2013, a Ben-Gurión le llovieron las preguntas de su estupefacto equipo. “¿Cómo, dónde, de qué manera…? ¿Cómo se hace algo así?”, le preguntó el ministro de Transportes Yitzhak Ben-Aharon. El primer ministro contestó: “Para eso tenemos un servicio secreto”. El resto lo felicitó por la captura y el ministro de Economía, Levi Eshkol, sugirió que Ben-Gurión expresara en su discurso ante la Knesset, “un agradecimiento especial por esta acción, con algún tipo de detalle”.

“¿Qué tipo de detalle?”, preguntó el primer ministro.

Cuando Eshkol señaló que Israel debería tener sus propias medallas para premiar a sus héroes, Ben-Gurión le contestó: “La recompensa de un *mitzvah* es el propio *mitzvah*”. En hebreo, *mitzvah* significa, literalmente, mandamiento, pero generalmente se relaciona con cualquier buena obra.

Los miembros del gabinete mostraron una curiosidad voraz acerca de cómo y dónde habían capturado a Eichmann, pero el ministro de Justicia, Pinhas Rosen, recomendó que “no se dieran detalles” al exterior.

A continuación, pasaron a discutir quién podía ejercer de abogado de Eichmann, y Rosen explicó que pondrían a su servicio “al abogado que él quisiera”. En ese momento, intervino la ministra de Asuntos Exteriores, Golda Meir, para puntualizar: “Siempre que no fuera un nazi”.

Cuando Moshe Dayan, el ministro de Agricultura, preguntó qué pasaría si el abogado fuera árabe, Ben-Gurión lo tranquilizó: “Estoy convencido de que ningún árabe aceptaría ser su defensor”.

Harel, el jefe del Mosad, también presente en la reunión, contestó a una pregunta acerca del comportamiento de Eichmann en prisión. “No entiende por qué nos portamos así con él, él creía que le daríamos palizas y lo trataríamos con crueldad –afirmó–. Estamos tratándolo según las leyes del estado de Israel”.

Aquello tenía su razón de ser. Como señalaría más tarde el fiscal general, Gideon Hausner, que también fue el fiscal jefe del posterior juicio, una vez que el mundo se enteró de la captura de Eichmann, “Israel también estaba en tela de juicio. Todo el mundo parecía estar mirándonos atentamente para ver cómo solventábamos la tarea que habíamos decidido emprender”.

La opinión pública se enteró de la captura de Eichmann cuando Ben-Gurión hizo esta breve y electrizante declaración en la Knesset: “He de informar a la Knesset de que hace poco tiempo uno de los más infames criminales de guerra nazis, Adolf Eichmann –responsable, junto a los líderes del partido nazi, de lo que ellos llamaban ‘la Solución Final a la Cuestión Judía’, esto es, la exterminación de seis millones de judíos europeos–, fue descubierto por los servicios de seguridad israelíes y ya está bajo arresto en Israel, esperando un juicio que pronto tendrá lugar en nuestro país siguiendo lo establecido por la ley en lo referente a antiguos nazis y colaboradores”.

Hausner tenía toda la razón al decir que Israel también estaba en tela de juicio. Como ya se esperaban Ben-Gurión y los demás, la comunidad

internacional condenó la acción israelí de inmediato. Sus compatriotas se mostraron sorprendidos y después eufóricos cuando oyeron el anuncio de su líder, pero el gobierno argentino se sintió ultrajado y avergonzado, y montó en cólera. Su ministro de Asuntos Exteriores llamó al embajador israelí y le exigió una explicación… y el regreso de Eichmann a Argentina.

El enviado israelí descartó esto último y el gobierno se inventó una historia según la cual "un grupo de voluntarios judíos, entre ellos algún ciudadano israelí" le había seguido la pista a Eichmann y había conseguido su permiso por escrito para llevarlo a Israel y juzgarlo ahí. El embajador de Argentina ante las Naciones Unidas hizo presión en favor de su país, logrando el apoyo necesario para que el Consejo de Seguridad emitiera una resolución condenando a Israel por violar su soberanía nacional. Pero la resolución también dejaba claro que Eichmann tenía que pasar por los tribunales.

Las críticas al secuestro de Eichmann no vinieron tan solo de las voces anti-israelíes más habituales y virulentas. *The Washington Post* acusó a Israel en su editorial de restaurar "la ley de la jungla" y le negó el supuesto derecho a "actuar en nombre de una imaginaria identidad étnica judía". Importantes judíos de fuera de Israel exigieron que el juicio se celebrara en otro lugar. El filósofo Isaiah Berlin escribió al alcalde de Jerusalén, Teddy Kollek, advirtiéndole de que juzgarlo allí sería "poco inteligente en términos políticos". Sería mucho mejor, en su opinión, que Israel lo entregara a un tercer país para que se le juzgara ahí, demostrando así "su renuncia a ejercer de verdugo". El psicólogo Erich Fromm consideró el secuestro de Eichmann "un acto fuera de la ley, exactamente del mismo tipo […] de los que cometían los nazis".

El Comité Judío Americano le dijo a la ministra Meir que estaban en contra de que a Eichmann se le juzgara en Israel porque era culpable de "crímenes inexpresables contra la humanidad, no solo contra los judíos". También publicó el dictamen de un grupo de jueces y abogados que recomendaban a Israel que investigara los crímenes de Eichmann pero después entregara las pruebas a un tribunal internacional.

Ben-Gurión rechazó de plano todas estas propuestas. Como Hausner dejó bien claro en el alegato inicial de la acusación cuando empezó el juicio, el 11 de abril de 1961, casi un año después, los dirigentes israelíes realmente creían actuar en nombre de todas las víctimas del Holocausto. "Junto a mí, en este lugar y a esta hora, se presentan seis millones de

acusadores –declaró Hausner–. Pero ellos no pueden levantarse y acusar con el dedo al hombre que se sienta en esa cámara acristalada, ni pueden gritar 'Yo acuso'". Y continuó diciendo que sus cenizas se encontraban esparcidas por Auschwitz, Treblinka y otros campos de exterminio "a lo largo y ancho de Europa".

Gabriel Bach, uno de los dos fiscales ayudantes de Hausner en el caso, y el único miembro del equipo que permanecía con vida cuando terminé de escribir este libro, señaló otra razón fundamental por la que Ben-Gurión creía que era crucial que el juicio se celebrara en Jerusalén. "En Israel, antes de que empezara el juicio, los profesores me contaban que muchos de los jóvenes no querían oír hablar del Holocausto –afirmó–. ¿Por qué? Porque muchos de estos jóvenes se sentían avergonzados. Un joven israelí puede entender que te hieran en la guerra, incluso que te maten o que pierdas una batalla, pero no puede entender cómo millones de personas se dejaron masacrar sin organizar una revuelta. Por eso no querían saber nada de ese asunto". Algunos supervivientes del Holocausto recibieron el apodo de *sabonim* (jaboneros), en referencia al rumor extendido de que los alemanes habían fabricado jabón con los restos de sus víctimas.

El juicio cambiaría esta mentalidad, demostrando a los jóvenes israelíes, según Bach, que "estas víctimas fueron engañadas hasta el último momento" y cómo "cuando a los judíos les quedó claro que lo que les esperaba era la muerte, sí que hubo revueltas, como por ejemplo en el gueto de Varsovia, donde luchó hasta el último hombre con increíble coraje". Sin embargo, la polémica siguió rodeando al juicio, y del mismo modo continuaron los debates acerca del comportamiento de las víctimas del Holocausto, intensificándose incluso según fueron surgiendo diferentes relatos, cuando los acusadores y el mundo entero que los contemplaba intentaban explicarse la naturaleza del hombre que era el eje de esta tragedia.

***

Los israelíes habían planeado cuidadosamente lo que harían con Eichmann cuando llegara al país. Lo metieron en una cárcel grande y bien protegida en Camp Iyar, cerca de Haifa. Eichmann ocupaba una celda de tres metros de largo por cuatro de ancho; los únicos muebles disponibles eran un catre, una mesa y una silla. La luz eléctrica permanecía encendida a todas horas y

disponía de acceso a un baño adjunto con ducha. El resto de celdas del complejo carcelario se vaciaron de prisioneros. Los únicos que acompañaban a Eichmann eran más de treinta agentes de policía y un destacamento de la policía fronteriza cuyos miembros también hacían de vigilantes. Para prevenir cualquier tentación de venganza, nadie que hubiera perdido a alguno de sus familiares en el Holocausto podía ejercer de guardia.

Esta regla, sin embargo, no se le aplicó al hombre elegido para interrogar al prisionero durante los meses de preparación del juicio, permitiéndole pasar con Eichmann doscientas setenta y cinco horas en las que recabó su testimonio directo. El capitán de la policía Avner Less había huido de Alemania cuando era aún adolescente, poco después de que Hitler tomara el poder. Su padre, un empresario berlinés que ostentaba la Cruz de Hierro por su servicio a la patria durante la Primera Guerra Mundial, pereció en las cámaras de gas de Auschwitz. Como reconocía el propio Less, el prestigio de su padre como veterano de guerra fue lo que le otorgó "el privilegio de ser uno de los últimos deportados de Berlín y por lo tanto uno de los últimos en ser liquidados".

El principal contacto de Eichmann con el mundo exterior era Bach, que se acabaría convirtiendo en ayudante del fiscal durante el juicio. Less se encargaba de tomar testimonio al prisionero mientras que el papel de Bach era asegurarse de que la investigación avanzara sin problemas e intermediar en cualquier cuestión práctica; por ejemplo, él fue el encargado de decirle a Eichmann que podía elegir al abogado que quisiera y que el estado israelí correría con los gastos. El prisionero eligió a Robert Servatius, un importante letrado de Colonia que había formado parte de la defensa durante el juicio de Núremberg.

Durante la fase de investigación, Bach se hospedaba en un hotel de Haifa y tenía su propio despacho en la prisión. El día en que conoció a Eichmann por primera vez, el joven abogado acababa de leer la autobiografía de Rudolf Höss, el comandante de Auschwitz que acabó en la horca en Polonia. Aún recordaba los pasajes en los que Höss describía cómo agrupaban a las mujeres y a los niños para meterlos en las cámaras de gas y cómo el comandante intentaba no dar ninguna muestra de debilidad ante sus súplicas. También recordaba las partes en las que Eichmann explicaba la supuesta necesidad de este asesinato en masa. A los pocos minutos, la policía llegó y le dijo que Eichmann quería verlo. "Lo oí caminar hacia mi

oficina y de repente ahí estaba, sentado frente a mí, como usted ahora –recordó Bach–. No era fácil poner cara de póker".

Lo de Bach no era nada comparado con lo que tuvo que pasar Less, que se veía obligado a reunirse con el prisionero un día tras otro para interrogarlo durante horas y después tenía que repasar cuidadosamente la transcripción de cada sesión, un total de tres mil quinientas sesenta y cuatro páginas. Todas se enviaron después como pruebas para el juicio.

En su primer encuentro, el 29 de mayo de 1960, Less se encontró con un hombre de calvicie incipiente que llevaba puesta una camisa caqui, unos pantalones y unas sandalias. Un aspecto "de lo más normal", en sus palabras. Después de haber pasado tanto tiempo leyendo sobre Eichmann, incluyendo los informes que le había entregado Tuvia Friedman, la verdad es que no pudo evitar un cierto sentimiento de decepción. "La propia normalidad de su aspecto le daba a su testimonio desganado un aire aún más deprimente de lo que me esperaba después de examinar los documentos", escribió.

Sin embargo, Less también se dio cuenta enseguida de que Eichmann estaba hecho "un manojo de nervios", ocultando las manos bajo la mesa para que no se viera cómo temblaban. "Notaba su miedo y no me habría costado nada ensañarme con él", aseguró. El israelí comprendió entonces que su prisionero esperaba que lo trataran como habría hecho él si los papeles estuvieran cambiados. Ahora bien, cuando Less llevaba una semana interrogándolo según las normas, Eichmann se relajó visiblemente. Al ver que el acusado era un fumador empedernido, el capitán de la policía consiguió que pusieran a su disposición una ración cada vez mayor de cigarrillos. "Lo hice porque después estaba más hablador y le ayudaba a concentrarse", afirmó Less. Era la misma táctica que Jan Sehn, el juez de instrucción polaco, había utilizado con Höss.

Eichmann hizo todo lo posible por minimizar su influencia y su papel en el Holocausto y negar cualquier tipo de antisemitismo, la misma estrategia que después utilizaría en el juicio. Le explicó a Less que había tenido un buen amigo judío en el colegio y que, cuando empezó a ocuparse de asuntos relacionados con los judíos, trabajó codo con codo con los líderes judíos de Praga. Su objetivo inicial era encontrar una manera de que los judíos pudieran emigrar a algún otro lugar. Él "no odiaba a los judíos", insistía una y otra vez.

Cuando observó por primera vez las matanzas de judíos en cámaras de gas improvisadas en barracones o en camiones con los gases del tubo de escape, Eichmann "se quedó horrorizado", según su testimonio. Los gritos lo dejaron "descompuesto" y huyó de ahí después de ver cómo tiraban los cadáveres a una trinchera donde un civil les arrancaba los dientes de oro con unos alicates. Aseguró que aquellas visiones le habían provocado pesadillas porque no podía evitar que la violencia y el sufrimiento lo afectaran. "Incluso hoy, si veo que alguien se ha hecho un corte profundo, tengo que mirar hacia otro lado", aseguró. Ahora bien, eso no le impidió visitar Auschwitz y los demás campos, inspeccionando su maquinaria de muerte cada tanto. También asistió a la conferencia de Wannsee, el encuentro de los principales oficiales de seguridad nazis que tuvo lugar a las afueras de Berlín el 20 de enero de 1942; allí fue donde se coordinó el mecanismo de la Solución Final, y en aquella infame reunión Eichmann había sido el encargado de levantar acta. Pero aseguraba que había estado sentado en una esquina junto al taquígrafo, lo que demostraba hasta qué punto él era "alguien insignificante".

Si organizó el transporte de judíos a Auschwitz y a los demás campos fue simplemente porque obedecía órdenes. Eichmann repitió esa frase una y otra vez. Reconoció que había mostrado un "celo poco habitual" al cumplir con sus tareas pero en su opinión eso no lo hacía responsable de los asesinatos. Eran otros los que tomaban esas decisiones de vida y muerte. "Si me hubieran dicho que mi propio padre era un traidor y que tenía que matarlo, lo habría hecho –afirmó–. En aquel momento obedecía las órdenes sin pensar".

Muy de vez en cuando, Eichmann intentaba mostrar que tenía las emociones y la curiosidad de una persona normal y trató de establecer una conexión personal con su interrogador. Hasta llegó a preguntarle a Less si sus padres seguían vivos. Cuando este le contó el destino de su padre, Eichmann gritó: "¡Pero eso es terrible, Herr Hauptmann [señor capitán]! ¡Es terrible!".

El interrogador descubrió que la mejor arma para romper las barreras de Eichmann era el fantasma de Höss, especialmente según la misma autobiografía del comandante de Auschwitz que Bach había leído antes. Puesto que el juicio y la ejecución de Höss tuvieron lugar en Polonia, detrás del recién levantado telón de acero, su caso no levantó la expectación que sí

levantaría el de Eichmann. Sin embargo, Less había estudiado cuidadosamente lo que había escrito Höss y supo sacarle partido.

Cuando Less empezó a leerle la autobiografía de Höss, Eichmann se puso visiblemente nervioso. Hizo algunos comentarios sarcásticos acerca del comandante, pero, como sucediera en su primer encuentro, las manos le temblaban. Höss relataba sus muchas discusiones con Eichmann en torno a la Solución Final. Cuando estaban solos "y la bebida llevaba un tiempo fluyendo alegremente –recordaba Höss–, dejaba claro que estaba completamente obsesionado con la idea de destruir hasta al último judío al que pudiera echar mano". Su mensaje no admitía muchos matices: "Sin piedad y a sangre fría, debemos completar este exterminio lo antes posible. Cualquier cesión, por pequeña que sea, la acabaremos pagando amargamente más adelante".

Cuando Less le leyó este y otros pasajes similares, Eichmann protestó, afirmando que todo era completamente falso. "Yo no tenía nada que ver con las matanzas de judíos –afirmó–. Nunca he matado a un judío y nunca le he ordenado a nadie que mate a un judío". Eso le daba una cierta "paz mental", añadió. Sí admitió: "Soy culpable, porque colaboré en las evacuaciones. Por eso sí estoy dispuesto a pagar". Ahora bien, él insistía en que los que entraban en los trenes que él organizaba no eran sino "mano de obra" y que él no tenía responsabilidad alguna en su destino una vez que llegaban al este.

Para refutar las afirmaciones de Eichmann de que él nunca había mandado a la muerte a nadie, Less procedió a presentarle múltiples ejemplos en los que Eichmann metódicamente trataba de anular las exenciones de las que disfrutaban los judíos que habían evitado en un inicio su deportación. En un documento con su firma, Eichmann argumentaba que el embajador de Tailandia en Berlín solo había contratado a un profesor de idiomas judío "para protegerlo". Instaba al ministerio de Asuntos Exteriores a presionar al diplomático para que "cesara como empleador del judío", lo que, tal y como le señaló Less, habría supuesto "su deportación dentro del siguiente contingente o en uno de los próximos". Eichmann también ordenó a los representantes del Reich en La Haya que dejaran sin valor la exención de la que disfrutaba una mujer judía que tenía planeado viajar a Italia, en principio por petición del gobierno fascista italiano, que no mostraba gran entusiasmo por ayudar a Alemania en la implantación de la Solución Final.

La mujer debía ser enviada “inmediatamente al este como mano de obra”, escribió.

La consecuencia práctica de esa decisión de Eichmann, concluyó Less, fue que la mujer sería enviada a Auschwitz. Ante estas pruebas, Eichmann solo pudo tartamudear: “Eso es… el… el… Ese era nuestro trabajo”. Una vez se hubo repuesto un poco, repitió su excusa habitual de que “no se trataba de decisiones personales”. Solo seguía instrucciones, continuó, y si él se hubiera negado a seguirlas, algún otro habría ocupado su lugar y habría hecho exactamente lo mismo; las decisiones de verdad las tomaban los de arriba. “De mí no se esperaba que tomara decisión alguna”, concluyó.

Eichmann insistía en demostrar que él no era un asesino, ni en pensamiento ni en obra, pero los interrogatorios constantes le hicieron imposible seguir minimizando su papel en el Holocausto todo lo que a él le hubiera gustado. Less llegó a la conclusión de que todos los esfuerzos de Eichmann tenían como objetivo enmascarar “la fría y astuta sofisticación con la que había planeado y llevado a cabo el exterminio de los judíos”. El juicio suponía otra oportunidad de ofrecer explicaciones similares a sus actos y la única esperanza de Eichmann era que tanto los presentes en la sala como la opinión pública en general fueran más receptivos con sus argumentos de lo que lo estaba siendo Less.

“Pensar ya es de por sí una empresa peligrosa”, declaró Hannah Arendt en la que resultó ser su última entrevista en televisión antes de morir en 1975, una conversación con el catedrático de derecho francés Roger Errera. Desde luego lo fue para la filósofa judía nacida en Alemania cuando escribió las cinco partes de su serie de artículos sobre el juicio de Eichmann para *The New Yorker* y cuando publicó en 1963 su libro *Eichmann en Jerusalén: Un informe sobre la banalidad del mal,* basado en dichos artículos.

Arendt describió a Eichmann como la “correa de transmisión más importante” de la deportación de judíos a los campos de exterminio, lo que implicaba que el prisionero sometido a juicio era más una pieza de la máquina de matar y no tanto un monstruo, un argumento que le generó elogios generalizados y críticas vitriólicas, especialmente entre sus compañeros judíos, muchos de los cuales la condenaron al ostracismo para el resto de su vida. Se coloque uno donde se coloque dentro de este debate, que sigue vigente en la actualidad, lo cierto es que la tesis de Arendt sigue siendo la clave de toda argumentación. No hay discusión acerca de

Eichmann y la naturaleza del mal que no empiece con la interpretación que Arendt hizo del hombre y de sus motivaciones.

Cuando Arendt llegó a Jerusalén, poco antes de que empezara el juicio, Bach, el ayudante del fiscal, le informó de que estaba dispuesto a reunirse con ella. "Dos días después me llegó el mensaje de que no estaba preparada para hablar con ningún miembro de la acusación", recordó Bach. Pese a todo, solicitó al tribunal que todos los documentos de la defensa y de la acusación quedaran a la disposición de Arendt, incluyendo las transcripciones de los interrogatorios de Less a Eichmann.

Arendt se quedó fascinada con esta voluminosa documentación, que leyó con gran atención. Es cierto que en parte estaba ahí para informar en *The New Yorker*, pero también pretendía construir su propia interpretación del hombre que iba a ocupar la cabina de cristal durante el juicio. Estaba decidida a evitar que nadie, mucho menos la acusación, intentara influir en sus pensamientos. Todo parece indicar que ya estaba predispuesta a alcanzar las conclusiones que levantarían más polémica. Una década antes, había publicado su aclamado libro *Los orígenes del totalitarismo*, en los que ya apuntaba su preocupación por cómo tanto la Alemania de Hitler como la Unión Soviética de Stalin habían utilizado una combinación de terror y propaganda para imponer un sistema que negaba los valores tradicionales del judeocristianismo. El libro también trataba detalladamente los orígenes del antisemitismo.

El interés que mostraba por estos asuntos era una consecuencia directa de su historia personal. Nacida en 1906, Arendt le confesó a un entrevistador que cuando era niña, en Königsberg, la palabra "judío" nunca se pronunciaba. Su padre murió joven y su madre no era religiosa. Arendt no "vio la luz" –como ella misma lo definió– hasta que los otros niños empezaron a dirigirle insultos antisemitas. Cuando Hitler llegó al poder en 1933, huyó de Alemania. "Si a uno lo atacan como judío, debe defenderse como judío", declaró.

Se instaló en París, donde ayudó a jóvenes judíos alemanes y polacos a salir por barco hacia Palestina. Tras la ocupación alemana de Francia, en 1940, volvió a escapar, esta vez a Estados Unidos, donde empezaría una nueva vida. A pesar de sus primeros escarceos con el movimiento sionista, acabaría convertida en una crítica feroz del estado de Israel y de muchas de sus figuras más prominentes, la mayoría de ellas judíos provenientes de Europa oriental. Esto se trasladaría a Hausner, el fiscal jefe, al que con un

desprecio que rozaba lo personal, describió como “el típico judío de la Galicia polaca” con “mentalidad de gueto”.

Desde un principio, Arendt mostró un enfoque muy crítico con el juicio de Eichmann, que comenzó el 11 de abril de 1961. Hausner intentaba poner el foco en la vileza de los crímenes de Eichmann, su responsabilidad personal en los mismos y su feroz antisemitismo, mientras ella se formaba un concepto intelectual muy distinto. “Una de mis principales intenciones era destruir la leyenda de la grandeza del mal, de la supuesta fuerza demoníaca”, declaró en su última entrevista televisiva. En otra ocasión, insistió: “Si alguien carecía de aura demoníaca alguna, ese era Herr Eichmann”.

En sus artículos y en su libro, retrató a Eichmann como un funcionario gris con una capacidad intelectual muy limitada. En su opinión, “era completamente incapaz de emitir una sola frase que no fuera un cliché”, lo que lo llevó a escribir: “Cuanto más lo escuchábamos, más claro quedaba que su incapacidad para hablar estaba relacionada directamente con su incapacidad para *pensar*, sobre todo para pensar desde la perspectiva del otro”. Su afirmación posterior fue la que le generó las mayores críticas: “Pese a todos los esfuerzos de la acusación, todo el mundo podía ver que aquel hombre no era un ‘monstruo’ sino que resultaba difícil no sospechar que era un payaso”. De hecho, este hombre en apariencia corriente ejemplificaba “la banalidad del mal”.

Los factores que motivaban a Eichmann no eran ideológicos ni antisemitas, aseguró Arendt, sino una cuestión de arribismo, un deseo de medrar en el escalafón de la burocracia nazi. “Excepto el de mirar por su ascenso personal con diligencia extraordinaria, no tenía ningún motivo en absoluto”, escribió. En otras palabras, habría mandado igualmente a la muerte a otros tantos millones de personas de otro colectivo, sin importarle su raza o su religión, si el régimen nazi hubiera decidido que había que ir a por ellos como lo decidió con los judíos.

En la sala, en cambio, la acusación siguió un relato completamente distinto, empeñada en ilustrar hasta qué punto los actos de Eichmann eran fruto de su profundo compromiso con la doctrina nazi. Los testigos, uno tras otro, conmovieron a la audiencia con sus duros testimonios acerca de la vida y la muerte en los campos, lo que contribuyó a perfilar la imagen general que el mundo tiene desde entonces del Holocausto. Acompañados frecuentemente de exclamaciones de asombro y sollozos provenientes del

público, los supervivientes compartieron sus últimos recuerdos de sus seres amados. Sin embargo, a diferencia de casi todos los demás presentes, "Eichmann no dio muestra alguna de que todo aquello le afectara", señaló Hausner. Hasta que le tocó testificar, el hombre que se había descrito a sí mismo ante Less como "tan solo un encargado menor del transporte de prisioneros" dejó pasar las horas "tenso, rígido y en silencio dentro de su cubículo de cristal".

Cuando la acusación preparó un vídeo sobre el Holocausto, invitaron a Eichmann y a sus abogados a la sala para verlo primero, antes de que se proyectara como parte del juicio. Como Bach ya había visto el vídeo, se dedicó a escudriñar los gestos del prisionero durante la proyección. Eichmann se mostró impávido ante las imágenes de las cámaras de gas y los cadáveres, pero en un momento dado sí que se puso a hablar lleno de agitación con el guardia de la prisión. Más tarde, Bach le preguntaría al guardia el motivo de ese nerviosismo: Eichmann estaba muy enfadado porque lo habían llevado al juzgado con un suéter y un traje gris; le recordó al guardia que le habían prometido que podría llevar todos los días su traje azul oscuro al juicio. Con una risa irónica, Bach recordaba a Eichmann indignado por lo que consideraba una injusticia, insistiendo en que las promesas estaban para cumplirlas… en cuanto a la película, no hizo comentario alguno.

Durante el juicio, muchos de los testigos describieron el proceso de selección que se seguía con las víctimas, desconcertadas, agotadas y muertas de hambre, cuando las descargaban de los trenes que llegaban a Auschwitz-Birkenau. Más de medio siglo después, Bach recordaba aún el relato de cómo un oficial de la SS les ordenó a la mujer y a la hija pequeña de uno de los testigos que se fueran a la fila de la izquierda mientras que el propio testigo, que era ingeniero, era enviado a la de la derecha. El hombre le preguntó al oficial de la SS dónde debía colocarse su hijo y, después de consultar brevemente a su superior, le dijo al chico que corriera detrás de su madre y su hermana. El testigo dijo que en aquel momento le preocupaba que el niño no llegara a alcanzarlas porque ya había cientos de personas entre ellos avanzando hacia la izquierda, y que sintió una gran desazón cuando lo vio perderse entre la multitud. Sí pudo localizar a su hija porque llevaba un abrigo rojo, que se convirtió en un punto que cada vez se hacía más y más pequeño. "Así es como su familia desapareció de su vida", señaló Bach.

Steven Spielberg incluyó una escena similar con una niña pequeña vestida con un abrigo rojo en su película *La lista de Schindler* y Bach está convencido de que el director tomó la idea del juicio de Eichmann.

Dos semanas antes de tomar declaración a dicho testigo, Bach le había comprado a su hija, que solo tenía dos años y medio por entonces, un abrigo rojo. Cuando escuchó el testimonio, “me quedé sin palabras”, recuerda. Tuvo que ponerse a juguetear con sus documentos para hacer tiempo hasta recuperar la compostura y poder hacerle la siguiente pregunta. La foto del pensativo Bach que tantas veces se ha publicado se tomó precisamente en aquel momento. “Incluso hoy, puedo estar en un estadio de fútbol, en la calle o en un restaurante y cuando veo a una niña o un niño con un abrigo rojo me da un vuelco el corazón”, dijo durante nuestra entrevista, medio siglo más tarde.

Ni siquiera este tipo de testimonios tan personales minaron la convicción de Arendt de que el papel de Eichmann tenía que ver con su función dentro de la burocracia nazi y no era producto de sus opiniones personales. En un momento del juicio, Hausner le recordó al acusado algo que le había dicho a sus hombres durante los últimos días de la guerra: “Iré a la tumba saltando y riendo, con la extraordinaria satisfacción de la muerte de los cinco millones de judíos que llevo en la conciencia”. Según el fiscal, Eichmann intentó explicar que había dicho “enemigos del Reich” y no judíos, pero después admitió ante uno de los jueces que sí que se había referido a los judíos. Hauser señaló que el acusado puso una cara de “perplejidad absoluta y, por un momento, de pánico” cuando le leyeron su propia frase.

Para Arendt, las afirmaciones de ese tipo solo demostraban que “Eichmann era un fanfarrón sin remedio”. Conforme se fue sintiendo más cómodo en Argentina, un país que consideraba un santuario para los nazis, Eichmann incluso llegó a aceptar en 1957 una entrevista en profundidad con Willem Sassen, un periodista nazi holandés. Sassen vendió algunos extractos de estas charlas a la revista *Life* y puede que Eichmann tuviera ya en mente que, en algún momento, la transcripción completa podría ayudarlo a presentar su versión de los hechos. Sin embargo, el tono pomposo de la entrevista no cuadraba en absoluto con la táctica que desplegaría después en Jerusalén, donde parecía empeñado en minimizar su papel. Eichmann insistió en que aquellas entrevistas tuvieron lugar en un “ambiente de bar” y no contenían información fiable, aunque él mismo había revisado y

corregido algunas de las transcripciones. Estas objeciones sirvieron para que el tribunal decidiera que la entrevista no podía admitirse como prueba.

Sin embargo, para Arendt, el hecho de que Eichmann estuviera dispuesto a correr estos riesgos le daban la razón a ella. “Lo que al final llevó a su captura fue su condición de bocazas”, escribió. Veía en su empeño por adaptarse y decir lo que creía conveniente según la situación –sin pensar en las futuras consecuencias– una explicación del papel que desempeñó en el Tercer Reich. “No era un estúpido –escribió–. Fue su insensatez, que no tiene nada que ver con la estupidez, lo que le predispuso a convertirse en uno de los mayores criminales de aquellos años”, concluyó.

La otra tesis de Arendt que enfureció a sus críticos, disparando las acusaciones de que era una “judía renegada” fue su forma de hablar de la complicidad de los consejos judíos en la Europa ocupada. Una de sus tareas principales era entregarles a los alemanes a todos los judíos que pidiesen para transportarlos a los campos de exterminio, asegurándose de cumplir con las fúnebres cuotas que cada uno marcara. Durante el juicio, la acusación llamó a varios testigos que insistieron en las triquiñuelas de los alemanes para engañar a sus víctimas, por ejemplo invitando a los que eran transportados al este a que les mandaran postales a sus familiares relatando las excelentes condiciones de vida y de trabajo que iban a encontrarse en sus nuevos destinos. Era habitual oír a los testigos explicar cómo todos ellos se esforzaban en creer, contra toda evidencia, que esas historias eran ciertas.

Sin embargo, Arendt no pasó por el aro, acusando a los líderes judíos de tomar parte en este engaño deliberadamente, con la esperanza de salvarse así ellos. “El papel de estos líderes judíos en la destrucción de su propio pueblo es sin duda el capítulo más negro de toda esta negra historia”, escribió. Arendt no parecía entender lo difícil que debió de ser para los líderes judíos resistirse a la presión continua de los alemanes, empeñados en llenar y llenar trenes rumbo al este, junto a la combinación de amenazas cada vez más serias y las promesas, casi siempre vacías, de que a algunos judíos no les iba a pasar nada.

Este fue un tema especialmente sensible durante el juicio de Jerusalén. “La tragedia de los líderes judíos atrapados en la Europa ocupada salió de nuevo a la superficie en toda su crudeza”, recordó Hausner. Uno de los miembros más destacados de este grupo de líderes europeos fue el húngaro Rudolf Kastner, que negoció con Eichmann mientras este orquestaba la deportación de más de cuatrocientos mil judíos húngaros a Auschwitz. Al

final, como Arendt comentaba en su libro con acritud, “Kastner salvó exactamente a mil seiscientas ochenta y cuatro personas de unas cuatrocientas setenta y siete mil víctimas”. Entre los salvados estaban el propio Kastner, algunos de sus familiares y otros “judíos destacados”, según los llamó él. Kastner aceptó pagar a los alemanes un rescate cuantioso a cambio de un salvoconducto a Suiza. Posteriormente, se iría a vivir a Israel, donde ejercería de portavoz del ministerio de Comercio e Industria.

En 1953, Malchiel Gruenwald, un periodista *freelance* nacido en Hungría pero de nacionalidad israelí, acusó a Kastner de colaborar con los nazis. Como Kastner trabajaba por entonces para el gobierno, las autoridades israelíes demandaron a Gruenwald por libelo. En un principio, los tribunales le dieron la razón al periodista, asegurando que Kastner “había vendido su alma al diablo”. El gobierno apeló la decisión. En 1957, antes de que la batalla legal se resolviera del todo, Kastner murió asesinado en Tel Aviv. Poco después, el caso se cerró oficialmente, exonerando al difunto.

Sin embargo, el papel de Kastner seguía dividiendo profundamente a la opinión pública. Para Bach, que había ayudado en la apelación del caso de difamación, y para otros miembros del equipo que llevaba la acusación en el juicio contra Eichmann, las negociaciones entre este y Kastner solo eran un ejemplo más de los métodos infames del oficial nazi. No estaban dispuestos a condenar a los desesperados líderes judíos y, de hecho, los defensores de Kastner lo veían como un héroe por todas las vidas que salvó.

Pese a todo, Arendt siguió insistiendo en que los líderes judíos y sus organizaciones no habían hecho sino facilitarle el trabajo a Eichmann y a los demás nazis a la hora de capturar a casi todo el mundo. Es cierto que si estos líderes no les hubieran ayudado, habríamos asistido de todos modos “a altas dosis de caos y desgracia”, escribió Arendt, “pero el número total de víctimas nunca hubiera estado entre los cuatro millones y medio de muertos y los seis millones”.

En cuanto Arendt publicó *Eichmann en Jerusalén* en 1963, se convirtió en el objeto de críticas despiadadas por parte de sus detractores. La fiscalía, ya sabemos, nunca suscribió su punto de vista acerca de Eichmann. “La idea que tenía Hannah Arendt de que este hombre se limitaba a obedecer órdenes era algo completamente absurdo”, declaró Bach, añadiendo que a Eichmann no lo habrían dejado al cargo de la cuestión judía en el aparato de seguridad

durante todo el tiempo que duró el Holocausto si no hubieran visto en él a alguien completamente entregado a la causa del genocidio. Además, señaló que Eichmann había continuado su empeño por matar judíos mucho después de que se hiciera evidente que la guerra estaba perdida y cuando sus superiores ya estaban intentando hacer desaparecer todas las pruebas materiales del Holocausto. Pero los contraataques a Arendt en los medios de comunicación y los foros públicos se orquestaron por parte de otros.

Uno de los que llevaron la voz cantante fue Michael Musmanno, el juez del proceso de Núremberg contra los comandantes de los *Einsatzgruppen*, los escuadrones especiales que habían llevado a cabo las ejecuciones en masa de judíos y otros colectivos en el frente oriental antes de que las cámaras de gas estuvieran operativas. Musmanno escribió un libro después de la captura de Eichmann titulado *The Eichmann Kommandos* [Los comandos de Eichmann] y fue uno de los testigos de la acusación durante el juicio en Jerusalén. A preguntas de Servatius, el abogado defensor, habló de sus conversaciones con los líderes nazis en Núremberg, y aseguró que Göring le había dejado "muy claro que Eichmann era el responsable todopoderoso en la cuestión de exterminio de los judíos […] Tenía poder ilimitado para decidir a qué judíos matar". De esta manera refutaba las continuas afirmaciones de Eichmann de que él no tenía autoridad alguna para tomar decisiones por sí solo.

En otra ocasión, Musmanno –con un marcado gusto por el dramatismo– escribió que, en Núremberg, el nombre de Eichmann "aparecía una y otra vez, como el suspiro del viento que atraviesa una casa vacía, desierta, mientras el repiqueteo de las ramas de los árboles contra el tejado sugiere la presencia de un fantasma".

Musmanno tuvo la oportunidad de exponer su punto de vista al gran público cuando *The New York Times* le ofreció hacer la reseña de *Eichmann en Jerusalén*, sabiendo claramente qué podían esperar. El texto fue, como era de prever, mordaz e hiriente, rechazando los argumentos de Arendt con desprecio absoluto: "En el fondo, Eichmann no era un nazi, no sabía cuáles eran las intenciones de Hitler cuando se hizo miembro del partido nazi, creía que la Gestapo estaba ayudando a los judíos a emigrar a Palestina y que Himmler (¡Himmler!) era un hombre compasivo". Eso no era todo: en su artículo, añadía que Arendt era la única que entendía a Eichmann cuando decía que no odiaba a los judíos sin que nadie lo creyera y, en general, la

acusaba de haberse tragado la embustera presentación de su vida y sus ideas.

Musmanno fue especialmente mordaz al hablar del convencimiento con el que Arendt insistía en que Eichmann nunca llegó a ver “las infraestructuras de aniquilación” de Auschwitz, a pesar de haber visitado el lugar “en repetidas ocasiones”. “Es algo así como decir que alguien ha estado de vacaciones en Niágara una y otra sin enterarse de que allí había unas cataratas”, escribió. En cuanto a sus acusaciones a los consejos judíos, Musmanno suscribía la opinión generalizada según la cual Arendt había errado el objetivo. “El hecho de que, amenazándolos de muerte, Eichmann consiguiera la ‘cooperación’ de algún Quisling o algún Laval solo es uno más de sus crímenes horrorosos”, concluyó.

El artículo consiguió despertar tanta polémica como el propio libro y los lectores se inclinaron apasionadamente hacia uno u otro bando en esta batalla entre dos figuras tan célebres. Poco después, en su sección de críticas literarias, *The Times* publicaría una réplica de Arendt, una réplica de la réplica a cargo de Musmanno y varias cartas apasionadas de los defensores de uno y otro. En su respuesta, Arendt criticaba al periódico por la “extraña” elección de Musmanno como reseñista, teniendo en cuenta que ya habían tenido un enfrentamiento anterior cuando ella definió las ideas del juez sobre el totalitarismo y sobre el papel de Eichmann como “tonterías peligrosas”. Aun siendo conscientes de esta situación, ni *The Times* ni Musmanno se preocuparon en informar previamente al lector, lo que suponía “una quiebra intencionada del procedimiento editorial habitual”, acusaba Arendt. En cuanto a la reseña, la veía como un ataque “a un libro que, hasta donde yo sé, ni se ha escrito ni se ha publicado”. En otras palabras, que Musmanno lo había malinterpretado por completo.

Musmanno replicó que su obligación era señalar “las numerosas deformaciones de la señorita Arendt sobre los hechos del caso Eichmann” y no admitía haber cometido “ninguna malinterpretación de ningún tipo”. Los lectores pro-Arendt consideraron su reseña como “un ejemplo de hasta dónde puede caer la crítica literaria”, “una lectura errónea y grosera” del libro y enfatizaron “su incapacidad para apreciar la ironía” que empleaba la autora. Los lectores anti-Arendt alabaron a Musmanno por “poner las cosas en su sitio” y acusaron a Arendt de intentar “hacer malabarismos” para entender a Eichmann y de “despreciar o ignorar los hechos históricos”.

La batalla no terminó ahí. Jacob Robinson, que había sido uno de los asesores en temas judíos del juez Robert Jackson en los juicios de Núremberg, y que después ejerció de consejero legal de la delegación israelí en las Naciones Unidas, dedicó un libro entero a echar por tierra los argumentos de Arendt: *And the Crooked Shall Be Made Straight: The Eichmann Trial, the Jewish Catastrophe and Hanna Arendt's Narrative* [Enderezando lo torcido: el juicio de Eichmann, la catástrofe judía y la versión de Hannah Arendt], publicado en 1965. Como abogado y académico, se propuso analizar todas y cada una de las afirmaciones de Arendt, sin pasar ni un detalle por alto.

Por supuesto, Robinson negó que la acusación hubiera exagerado el papel de Eichmann en el Holocausto. "La imagen que Hannah Arendt da de Eichmann lo deja a uno boquiabierto", escribió, añadiendo que los documentos demostraban que "el verdadero Eichmann" era "un hombre de iniciativas propias, un maestro en el arte de la astucia y el engaño, inteligente y competente en su campo, obsesionado con su misión de construir una Europa 'libre de judíos' *(judenrein)*; en resumen, el hombre ideal para convertirse en el supervisor de la mayoría de los programas nazis orientados a exterminar a los judíos".

Robinson confesó que le había "aterrorizado" especialmente la "distorsión de los hechos históricos" que utilizaba Arendt para hablar del papel de los consejos judíos en la Europa ocupada. En su libro, explicaba detalladamente los orígenes de estas organizaciones que los alemanes utilizaban para administrar los guetos. Destacaba los "intentos beneficiosos de estos consejos por preservar en todo momento la existencia física y moral de sus vecinos", aunque admitía que "hicieron todo lo posible para no enfrentarse abiertamente a los dominadores nazis, convencidos de que así podían proteger mejor a la comunidad de una suerte aún peor". También intentó distinguir entre los consejos y la policía judía, que a menudo ayudaba a los nazis en las redadas, afirmando que dicha policía estaba directamente a las órdenes de los alemanes en esos casos.

Arendt no era la única a la que no le convencían estos argumentos. Simon Wiesenthal también criticó la falta de interés general en debatir el papel de los consejos judíos y de la policía judía, rechazando la idea de que eso supusiera rebajar la culpabilidad de los jerarcas nazis, que eran los verdaderos asesinos. "Hemos hecho muy poco por condenar la colaboración

judía con los nazis –escribió–. Nadie tiene derecho a culparnos por ello… pero en algún momento tendremos que enfrentarnos a la cuestión”.

En cualquier caso, estas opiniones suponían normalmente una excepción a la regla. Robinson resumió así la opinión de la mayoría: “Legal y moralmente, culpar a los miembros de los Consejos Judíos de haber sido cómplices de los nazis es como llamar cómplice al dueño de una tienda cuando rinde su negocio ante un ladrón armado que lo apunta con una pistola”.

Las voces de los anti-Arendt fueron especialmente ruidosas en la cuestión de la naturaleza del mal que representaba Eichmann… y lo cierto es que la filósofa no encontró demasiados apoyos, al menos en los círculos intelectuales, donde a menudo la trataban como a una paria. En el largometraje *Hannah Arendt* (2012), la directora alemana Margarethe von Trotta mostraba hasta qué punto los amigos y colegas de toda la vida de Arendt se alejaron de ella y empezaron a cruzarse ataques cada vez más furibundos.

Ahora bien, incluso entre los agentes israelíes que capturaron a Eichmann había quien veía con buenos ojos la idea que Arendt se había hecho de aquel hombre. “En cierto sentido, tenía razón –me dijo Rafi Eitan, el líder del equipo del Mosad en Buenos Aires–. No creo que odiara a los judíos o al menos no me llevé esa impresión. En eso consiste la banalidad del mal. Si mañana lo mandan a matar franceses lo habría hecho también”.

La batalla acerca de lo que realmente representaba Eichmann no ha cesado a lo largo de las décadas. En 2011, Bettina Stangneth, otra filósofa alemana, publicó un libro basado en una investigación profunda de los documentos del caso Eichmann, incluyendo las transcripciones originales de sus entrevistas con Willem Sassen, el nazi holandés, y centrada en los años que pasó en Argentina. La traducción al inglés del libro, titulada *Eichmann Before Jerusalem: The Unexamined Life of a Mass Murderer* [Eichmann antes de Jerusalén: la vida desconocida de un asesino de masas] se publicó en 2014. Incluía una cantidad impresionante de pruebas que respaldaban el punto de vista de Robinson entre otros.

Eichmann no era en absoluto un burócrata mediocre que se había convertido por casualidad en una pieza clave de la maquinaria asesina, según Stangneth. Más bien era un ferviente antisemita “que abrazó sin dudarlo el totalitarismo”, lejos de la imagen de alguien que se limitaba a seguir órdenes, fueran las que fueran. “Cualquier ideología que desprecie la

vida humana puede llegar a resultar muy atractiva si resulta que tú eres miembro de la que se proclama como raza dominante y si legitima aquellos comportamientos por los cuales serías condenado bajo cualquier otro concepto tradicional de la justicia y la moral”, escribió.

Stangneth reconocía el mérito de Arendt a la hora de iniciar una discusión muy necesaria en aquel momento, cuando los estudios sobre el Holocausto estaban aún en pañales. Su libro “cumplía con la misión primordial de todo filósofo desde los tiempos de Sócrates: llegar al entendimiento a partir de la controversia”. Ahora bien, su conclusión era que Arendt había caído en la trampa que Eichmann le había tendido al construir una narrativa deliberadamente falsa de su vida. “El Eichmann de Jerusalén era poco más que una máscara –escribió Stangneth–. Arendt no lo reconocía, aunque era muy consciente de que no había comprendido el fenómeno todo lo bien que le hubiera gustado”.

Apenas hay dudas de que Arendt, que se basó sobre todo en las transcripciones de los interrogatorios de Eichmann y en su testimonio directo en la parte final del juicio, dio por buenas sin más muchas de sus afirmaciones, como su supuesto rol secundario en aquella maquinaria y su ausencia de enemistad personal contra los judíos. Buscaba demostrar como fuera su tesis de que los sistemas totalitarios se valen para sus propósitos de individuos mediocres sin convicciones propias. Es innegable que pecó de arrogancia, convencida como estaba de que su enfoque intelectual era el único acertado para entender a aquel hombre y su papel en la historia.

En lo que sí tenía razón Arendt era en que sus críticos solían atacarla con tanta virulencia que distorsionaban sus opiniones hasta dejarlas irreconocibles, y por ello intentó defenderse en varias entrevistas para las televisiones alemana y francesa durante la década que siguió a la publicación de *Eichmann en Jerusalén*. Era fácil malinterpretarla y desde luego ella no ayudaba en absoluto al repetir una y otra vez precisamente las frases que más se prestaban a equívoco. En una de las primeras entrevistas, siguió insistiendo en que Eichmann era “un bufón”, añadiendo que cuando leyó la transcripción de sus interrogatorios “se reía a carcajadas”.

En las siguientes entrevistas, sí explicó de manera más clara lo que quería decir en realidad: en una charla con el historiador alemán Joachim Fest, señaló que al considerar “banal” el comportamiento de Eichmann no pretendía darle una connotación positiva sino todo lo contrario. Censuraba

la “existencia impostada” de Eichmann y de los acusados en el juicio de Núremberg, empeñados en que no eran responsables de los asesinatos en masa simplemente porque estaban obedeciendo órdenes, como si eso los liberara de toda responsabilidad. “Hay algo indignantemente estúpido en todo eso –añadió–. ¡Tanto que acaba resultando cómico!”. En sus entrevistas, queda claro que “cómico” no significa en absoluto “divertido”.

Sin embargo, no dejó de insistir en su tesis de que Eichmann era “un mero funcionario” y que la ideología no jugaba un papel demasiado importante en su comportamiento. La interpretación de muchos de sus críticos –que era un monstruo, la encarnación del diablo […]– era muy peligrosa porque les ofrecía a los alemanes una coartada para su conducta, mantenía Arendt: “Si sucumbes al poder de una bestia maligna es normal que te sientas menos culpable que si sucumbes a un hombre de lo más normal como era Eichmann”. Esa es la razón por la que se resistía a verlo a él y a los de su calaña como demonios.

Arendt defendió su percepción de Eichmann con una argumentación lo suficientemente sofisticada como para que sus enemigos más enconados tuvieran al menos que pararse a pensar, pero nunca se retractó de muchas de sus acusaciones sobre la colaboración de los judíos. Sí que dejó claro que veía a los directores de los consejos judíos como “víctimas”, señalando que, por muy cuestionable que fuera su comportamiento, nunca podía asemejarse al de los asesinos. Era un reconocimiento implícito de que sus primeros juicios al respecto habían sido demasiado duros.

Uno de los pasajes menos conocidos de *Eichmann en Jerusalén* demuestra que Arendt no estaba culpando a las víctimas, como repetían una y otra vez sus críticos. Como había señalado Bach, uno de los objetivos de los dirigentes israelíes al organizar el juicio era demostrarle a la generación más joven los métodos que habían utilizado los alemanes, dándoles esperanzas a sus víctimas hasta el último momento. Aunque Arendt se hacía eco de la percepción popular de que los judíos “fueron al matadero como ovejas”, añade inmediatamente: “La triste verdad es que esta afirmación yerra, porque ningún colectivo de personas no judías se hubiera comportado de otro modo”. En ese sentido, Arendt y los fiscales del caso Eichmann estaban de acuerdo.

Desde la distancia que da el medio siglo que ha transcurrido desde el juicio, la sensación es que Eichmann tenía mucho de lo que tanto Arendt como sus críticos le atribuían. Eran versiones, hasta cierto punto,

compatibles. Por un lado, era un arribista en un sistema totalitario, dispuesto a hacer lo que fuera para satisfacer a sus superiores… y por otro lado era un antisemita convencido que disfrutaba de su poder para enviar a sus víctimas a la muerte, persiguiendo hasta el final a cualquiera que intentase escapar de las redes nazis. Era mucho más consciente de su maldad de lo que Arendt quería reconocer y aun así encarnaba a la perfección su concepto de la banalidad del mal. Estas dos nociones no son necesariamente contradictorias. Cometió unos actos monstruosos en nombre de un sistema monstruoso pero resumirlo todo en que era un demonio hace que los demás parezcan ángeles a su lado y no explica la facilidad con la que los regímenes tiránicos encuentran a ciudadanos normales dispuestos a comportarse como criminales.

A partir del libro de Arendt, abundaron las investigaciones que se proponían estudiar hasta qué punto los ciudadanos medios están dispuestos a obedecer órdenes sin pensar. El más famoso de todos fue el de Stanley Milgram, psicólogo de la universidad de Yale, que llevó a cabo una serie de experimentos a principios de la década de 1960 con distintos voluntarios que creían estar administrando violentas descargas eléctricas a unas personas que estaban en otra habitación. Les dijeron que estaban participando en un experimento educativo y que podían dejarlo en cualquier momento, pero en la mayoría de los casos, estos voluntarios siguieron, obedeciendo las órdenes de administrar lo que creían que eran descargas cada vez mayores, sin importarles si oían gritos o golpes de los actores que fingían estar recibiéndolas.

La conclusión de Milgram fue que dicho comportamiento indicaba que “la concepción de Arendt de *la banalidad del mal* está más cerca de la realidad de lo que uno se atreve a imaginarse”. La Alemania nazi y otras sociedades similares lograban que la gente obedeciera a ciegas cualquier orden aprovechándose de “la desaparición de todo sentido de la responsabilidad” que se da en las sociedades modernas; los individuos se limitan a llevar a cabo pequeñas tareas técnicas en su campo según las órdenes que les van dando sus superiores. “Ya no quedan personas que se hagan completamente responsables de sus actos –escribió–. Quizá esta sea la característica más habitual de la organización social del mal en las sociedades modernas”.

Milgram describió estos experimentos en su libro *Obediencia a la autoridad*, que, como sucediera con *Eichmann en Jerusalén* dio pie a

nuevos y encendidos debates. Sus conclusiones se alineaban con una concepción del comportamiento humano y los sistemas totalitarios que ya había empezado a estudiarse antes incluso del Holocausto. Después de ser testigo del auge de Hitler en Alemania, Sinclair Lewis publicó en 1935 su novela *Eso no puede pasar aquí*, cuyo mensaje era exactamente el opuesto al título: un régimen parecido al nazi *podría* perfectamente llegar al poder en Estados Unidos. En otras palabras, el peligro más grande al que se enfrenta la humanidad no son los monstruos sino aquellos que obedecen ciegamente y sin dudarlo sus monstruosas órdenes.

El impulso de buscar e identificar rasgos malvados en seres humanos aislados es poderoso, especialmente cuando asistimos a comportamientos verdaderamente horribles. Pocos quieren creer que ellos o sus vecinos serían capaces de actos parecidos de violencia gratuita simplemente porque una autoridad decidiera que dichos actos son necesarios. La mayoría de la gente coincidió instintivamente con David Cameron, primer ministro británico, cuando definió como "monstruos" a los terroristas que habían decapitado a sus rehenes estadounidenses y británicos en 2014, igual que esa misma mayoría se había apresurado a llamar monstruos a los líderes nazis setenta años antes.

Los intentos de identificar rasgos peculiares de personalidad en los principales criminales de guerra nazis, allá donde se les capturó y juzgó, no generaron consenso alguno entre los psiquiatras e investigadores que los interrogaron. Había, eso sí, algunas características recurrentes: el celo con el que se dedicaban a lo que ellos veían como un trabajo, una falta total de empatía con respecto a sus víctimas, la sensación de que no eran responsables de sus acciones, puesto que siempre había alguien superior a quien culpar, y las grandes dosis de autocompasión. También, en muchos casos, llamaba la atención la capacidad que tenían para engañarse a sí mismos. Göring, a quien se tenía como el más inteligente y sociable de los acusados en Núremberg, le dijo al psiquiatra estadounidense Douglas Kelley que "estaba decidido a pasar a la historia de Alemania como uno de sus grandes hombres". Aunque no pudiera convencer al tribunal, insistió, acabaría convenciendo al pueblo alemán. "En cincuenta o sesenta años, Alemania estará llena de efigies de Hermann Göring –afirmó–. Pequeñas efigies, a lo mejor, pero presentes en cada hogar alemán".

G. M. Gilbert, otro psiquiatra estadounidense, concluyó que alguien como Höss, el comandante de Auschwitz, presentaba los rasgos de "un

psicópata con todas las letras". Sin embargo, Kelly no consiguió identificar ningún elemento concreto que indicara que estos criminales estaban locos o que se diferenciaran en algo fundamental del resto de seres humanos. En otras palabras, no eran producto de ningún "gen monstruoso".

"La locura no explica a los nazis –escribió Kelly–. Simplemente, eran seres que vivían en un entorno determinado, como todos los humanos, solo que ellos eran también –en un grado superior al de la mayoría– los que creaban ese entorno". Para alguien que confiaba en encontrar respuestas rigurosas y científicas utilizando los tests de Rorschach, una explicación tan vaga era de hecho una admisión de derrota. Ahora bien, dicho fracaso llevó a Kelley a una conclusión más clara y aterradora: si no había indicio alguno de locura entre los nazis, aquello de "podría pasar aquí", siendo "aquí" cualquier lugar de la tierra, era verdad.

Este tipo de debates no se resolvieron sin más con el juicio a Eichmann ni con las interpretaciones de Arendt o las críticas a estas interpretaciones. De hecho, los debates en televisión de la escritora durante la siguiente década indicaban que había revisado muchas de sus ideas acerca del valor de todo el caso. Aunque mantenía muchas de sus críticas punzantes a determinados aspectos del juicio, cada vez valoraba más el papel que había jugado, sirviendo como "catalizador" para futuros juicios en la propia Alemania… y para dar pie a un examen de conciencia que permitiera a su país volver a ganarse una reputación internacional.

Arendt no fue la única en revisar sus planteamientos. Buena parte del escepticismo inicial en torno a la capacidad de Israel para llevar a cabo un juicio justo, tan evidente en la cobertura inicial sobre el secuestro de Eichmann, se esfumó en cuanto empezó el proceso. A las seis semanas, un estudio de Gallup mostró que el sesenta y dos por ciento de los encuestados en Estados Unidos y el setenta por ciento de los encuestados en Gran Bretaña creían que Eichmann estaba disfrutando de todas las garantías legales.

El 15 de diciembre de 1961, Eichmann fue condenado a morir en la horca, la primera y única vez que un tribunal israelí aplicaba la pena capital. El 29 de mayo de 1962, el Tribunal Supremo rechazó su apelación y dos días después, a las siete de la tarde del 31 de mayo, se le informó de que Ben-Gurión había rechazado su petición de clemencia. La noticia se dio a conocer al mundo a las once de la noche, sin mención alguna a cuándo tendría lugar la ejecución. Bach había propuesto que no pasaran más de dos

horas entre la decisión del primer ministro y la cita con la horca, para evitar así que los simpatizantes de Eichmann se hicieran con algún rehén e intentaran negociar para evitar el ahorcamiento. “Tenía miedo de que si pasaba más tiempo, alguien pudiera secuestrar a un niño judío en algún lugar, fuera Hawai, Portugal o España”, afirmó el ayudante del fiscal.

Bach no supo exactamente cuándo iban a colgar a Eichmann hasta que se hizo el anuncio oficial. El 30 de mayo había visitado al prisionero en lo que acabaría siendo su último encuentro. Bach estaba en la bañera a las once de la noche del día siguiente, en el mismo apartamento de Jerusalén cercano a la residencia presidencial donde aún vive la familia, cuando su mujer, Ruth, le contó que había oído en la radio que el presidente había rechazado la petición de clemencia. Bach era uno de los pocos oficiales que sabía lo que esto implicaba: la ejecución tendría lugar en una o dos horas. “Mire, no es que yo albergara dudas, pero la noticia me afectó mucho –recordaría años después–. Cuando has estado viendo a una persona casi a diario durante dos años…”.

Shalom Nagar, un judío yemenita de veintitrés años, guardia en la prisión de Eichmann, fue el elegido como verdugo. Como última voluntad, Eichmann pidió vino blanco y unos cigarrillos. Cuando le ofrecieron una capucha, la rechazó. Según Nagar, esto indicaba que no le tenía miedo a su destino.

En su último alegato, Eichmann exclamó: “Larga vida a Alemania. Larga vida a Argentina. Larga vida a Austria… tuve que obedecer las leyes de la guerra y de mi bandera. Estoy preparado”.

Nagar, que al principio había protestado por ser él quien se encargara de esta tarea, tiró de la palanca a las doce de la noche. Como explicaría mucho tiempo después en una entrevista con la revista judeo-americana *Zman*, todos los presentes “sintieron algo parecido a la venganza, creo que es algo humano”. Inmediatamente, añadió: “Pero no se trataba de vengarse. Si hubiera estado en su mano, él nos habría matado a todos. Yo habría estado también en su lista por muy yemenita que fuera”.

Lo siguiente que tuvo que hacer Nagar fue preparar el cuerpo para su inmediata cremación. Nunca había hecho algo parecido y le horrorizó ver aquel cadáver que parecía estar mirándole fijamente. Tampoco sabía que cuando una persona muere estrangulada le queda aire en los pulmones. “Así que cuando lo levanté, todo el aire que estaba dentro salió de su boca y me llenó la cara con un sonido terrorífico: ‘grrrreeerrrererere’. Parecía que

quisiera decirme: ‘Eh, tú, yemenita…’. Pensé que el Ángel de la Muerte había venido a llevarme a mí también”.

Dos horas después de incinerar el cadáver, los guardias metieron las cenizas en un recipiente y las llevaron a un barco patrulla que estaba esperando en el puerto de Jaffa. El capitán lo hizo salir justo hasta el límite de las áreas territoriales de Israel y allí esparcieron en el mar las cenizas de Eichmann.

En cuanto a Nagar, ya había vuelto a casa y le había explicado lo sucedido a su mujer, que al principio no lo creía. Se suponía que tenía que haber ido a Jaffa con las cenizas, pero lo había pasado tan mal haciendo de verdugo de Eichmann y preparando su cadáver que se le liberó del servicio. Se pasó un año “muerto de miedo”, según recordaba. Cuando su mujer le preguntaba por qué estaba tan agitado, él contestaba que tenía la sensación de que Eichmann lo estaba persiguiendo.

“Realmente no sé por qué tenía miedo –admitiría–. Pero lo tenía. Una experiencia como esa te cambia hasta extremos insospechables”.

X
‘LOS DON NADIES’

“¿Qué debería hacer esta segunda generación? ¿Cómo debería reaccionar tras enterarse de los horrores de la exterminación de judíos?… ¿Basta con que nos quedemos callados, envueltos en un sentimiento de vergüenza, repulsión y culpa? ¿Qué sentido tendría eso?”.
(Bernhard Schlink, *El lector*. Esta novela acerca de la generación alemana de posguerra se convirtió en un éxito internacional).

*E*n los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, lo que la mayoría de alemanes occidentales quería era olvidar todo lo relacionado con el Tercer Reich lo antes posible, mientras sus nuevos líderes democráticos ponían en marcha lo que se conoció como “milagro económico”. Pero Fritz Bauer fue la excepción. Encerrado en su despacho de Frankfurt, el fiscal general de Hesse estaba decidido a utilizar todos los medios a su disposición para seguir obligando a sus compatriotas a enfrentarse a su pasado reciente. En su opinión, no bastaba con que vieran el juicio de Eichmann desde la distancia; necesitaban ver cómo se juzgaba a los asesinos en la propia Alemania.

Antes incluso de que los israelíes siguieran la pista que él les había facilitado para atrapar a Eichmann, Bauer ya estaba trabajando en una pista que lo llevaría más tarde a presentar cargos contra veinticuatro oficiales y guardias de Auschwitz, exactamente la clase de oportunidad que estaba deseando.

Thomas Gnielka, un joven reportero del *Frankfurter Rundschau* que llevaba tiempo investigando distintos casos de indemnizaciones a judíos y reuniendo pruebas contra antiguos nazis, entrevistó a principios de enero de

1959 a Emil Wulkan, un superviviente de Auschwitz. En un momento dado, Gnielka se interesó por una pila de documentos que estaban en su armario atados con un hilo rojo, aunque también puede ser que el propio Wulkan se los entregara sin más. “Tal vez esto le interese como periodista”, le habría dicho, al parecer.

Los documentos en cuestión eran los archivos del mes de agosto de 1942 sobre “Disparos a prisioneros en fuga” de Auschwitz, que formaban parte de una investigación interna sin especificar. En ellos se incluían listas de prisioneros y los nombres de los oficiales de la SS que les habían disparado. Fuera cual fuera el motivo de los investigadores nazis para pedir una lista así, el caso es que constituía una prueba clara de unos casos específicos de asesinato. Wulkan le explicó a Gnielka que un amigo suyo los había salvado de la quema de una comisaría de Breslau cuando la guerra ya estaba acabando. Después, los había guardado como “un recuerdo”. Aunque Wulkan llegaría a ser miembro del Consejo Judío de Frankfurt, hasta entonces no había considerado que esos documentos pudieran tener “algún valor legal”.

Cuando Gnielka regresó a casa después de ver las listas de ejecutados, “estaba completamente pálido”, según recuerda su mujer, Ingeborg. Parecía enfermo. Le pidió permiso a Wulkan para utilizar las listas e inmediatamente se las trasladó a Bauer. Esto puso en marcha una cadena de sucesos que al cabo de los años llevaría al más largo y más conocido juicio de posguerra en Alemania occidental. Aunque Bauer delegó la acusación en dos jóvenes miembros de su equipo y nunca tuvo un papel oficial en la sala, fue el motor que impulsó el juicio y la persona con más empeño en que sus compatriotas entendieran lo que él veía como una lección.

Pero ni esa lección ni el juicio en sí tuvieron nada de simple: el proceso duró desde el 20 de diciembre de 1963 al 20 de agosto de 1965. En total, se celebraron ciento ochenta y tres sesiones en el tribunal de Frankfurt, con más de veinte mil asistentes y una amplia cobertura por parte de los medios de comunicación alemanes y extranjeros. Los veintidós acusados no tenían nada que ver con los líderes nazis que se habían presentado como “estrellas” en Núremberg, ni habían tenido un papel tan importante en la organización del Holocausto como el que tuvo Eichmann. En cambio, se vieron en el banquillo por su papel de ayudantes en Auswitz, y su lamentable fama vino de la extrema brutalidad con la que se habían comportado en los campos, tal y como atestiguaban los documentos que

Gnielka le había trasladado a Bauer y el testimonio de doscientos once supervivientes de los campos de concentración.

Para Bauer, los veintidós acusados, en realidad, "solo eran cabezas de turco" que tendrían que pagar por los crímenes cometidos en nombre de todos los alemanes. "La cuestión es qué hacer con ellos", dijo, y no se refería a los veintidós acusados, sin más, sino "a los cincuenta millones de alemanes, o, mejor dicho, los setenta millones de alemanes". Al matizar esta última cifra, quería dejar claro que incluía también a los de Alemania oriental, y que todos tendrían conclusiones que sacar del juicio. Los procesos "pueden y deben abrir los ojos al pueblo alemán en cuanto a lo que verdaderamente pasó". La auténtica lección, insistió, era que "cualquiera que haya formado parte de esta maquinaria mortal es culpable de asesinato, hiciera lo que hiciera, siempre y cuando supiera cuál era el objetivo final de estas acciones".

Sin embargo, el juez Hans Hofmeyer no lo veía así, como afirmó repetidamente; para él, era "un juicio por asesinato como otro cualquiera, con independencia de su contexto". Cuando emitió su veredicto, el tribunal señaló que "solo podía juzgar los crímenes en sí, esto es, según los recogía el código penal. La responsabilidad política, moral y ética no eran de su incumbencia", según el artículo de Bernd Naumann, el reportero del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, que fue quien cubrió el juicio con más detalle. En otras palabras, no se trataba de establecer el relato definitivo de lo sucedido en Auschwitz ni de establecer el principio de que todos los oficiales y guardias del campo eran culpables; había que centrarse únicamente en los hechos concretos e individuales de los acusados.

Pese a todos sus intentos por presentar el proceso como un juicio más, que merecía la misma frialdad y ecuanimidad que cualquier otro, el propio Hofmeyer no pudo evitar mostrar sus emociones, precisamente al tratar el tema de la responsabilidad individual. "A ver si algún día encuentro a alguien que hiciera algo en Auschwitz", señaló caústicamente cuando vio que todos los acusados y sus abogados proclamaban insistentemente su inocencia.

Los acusados en el banquillo de Frankfurt ya daban de entrada una impresión muy diferente a la de Eichmann, sentado él solo en una cabina de cristal en Jerusalén. Según el escritor Robert Neumann. "Cuando todos se sientan uno junto a otro, es imposible diferenciarlos […] El fiscal podría ser

el acusado […] El acusado podría ser tu cartero, tu cajero, tu vecino”. Los noticiarios de la época mostraron a cinco de ellos caminando por las calles de Frankfurt durante un receso de las sesiones, mezclados con los demás peatones, imposibles de distinguir salvo por el hecho de que un policía que se cruzó con ellos les respondió cuando lo saludaron.

Las autoridades alemanas esperaban encontrar al menos a un acusado de perfil alto. De hecho, en un momento de la prolongada investigación, parecieron conseguir su objetivo: después de buscarlo por todo el país, en diciembre de 1960 encontraron y arrestaron a Richard Baer, el último comandante de Auschwitz. Höss, el primer comandante, y Arthur Liebehenschel, su sucesor en el cargo, habían sido ejecutados en Polonia en 1947 y 1948 respectivamente. Baer se las había ingeniado para desaparecer, cambiarse de nombre y encontrar trabajo como guardabosques en la finca del bisnieto de Otto von Bismarck, el estadista prusiano. Cuando su foto apareció en *Bild*, el tabloide de mayor tirada del país, un compañero de trabajo lo reconoció y dio parte a la policía. Sin embargo, en junio de 1963, Bauer murió en prisión, seis meses antes de que empezara el juicio.

Sin un acusado que llamara especialmente la atención, la fiscalía se centró aún más en las acciones individuales del resto de acusados. De esa manera, el juez Hofmeyer se veía reforzado en su afirmación de que aquello no era más que un juicio por asesinato y no el ejercicio educativo y político que Bauer tenía en mente. Pese a todo, al final, los procesos tuvieron un poco de cada cosa.

Lo que más les llamó la atención a los medios y a los miembros del público, que abarrotaban la sala y entre los que se encontraban muchos supervivientes de los campos de concentración, fueron las descripciones descarnadas de distintos actos de brutalidad gratuita. Auschwitz no era simplemente una máquina de matar mecanizada que operaba según reglas impersonales; también era en buena parte el producto de las acciones personales, las peculiaridades de cada uno y el sadismo de los que estaban a cargo de esa maquinaria. Como demostraron los procesos de Frankfurt, había muchas maneras de morir y de vivir… y una variedad casi infinita de tormentos que se podían infligir a cualquiera en cualquier momento, dependiendo del antojo de los acusados y de muchos otros como ellos.

Según la fiscalía fue desarrollando la acusación, algunos de los acusados empezaron a destacar por encima de otros, precisamente por los devastadores testimonios que se iban acumulando en su contra. El sargento

de personal de la SS Wilhelm Boger era uno de los interrogadores más temidos del campo por el uso frecuente que hacía del "columpio de Boger". Tal y como lo explicaba Lilly Majerczik, una antigua prisionera que había trabajado como secretaria en el departamento político donde Boger trabajaba, "se ataban las muñecas de las víctimas a un palo de este aparato y después se les azotaba con un látigo". El aparato en cuestión era un caballete y los prisioneros estaban colgados cabeza abajo durante las sesiones de tortura. Ni ella ni ninguno de los prisioneros que trabajaban en la oficina podían ver el procedimiento pero oían "los aullidos desgarradores de las víctimas. Mientras intentaban sacarles toda la información posible, les arrancaban las uñas y les hacían pasar por toda clase de torturas".

Otro testigo describió cómo Boger disparaba a los prisioneros con su propia pistola después de llevarlos a un patio interior y ponerlos en fila contra el "Muro Negro"; en una ocasión, disparó a cincuenta o sesenta de ellos en grupos de dos. Sin embargo, el testimonio que quizá resultó más estremecedor fue el de otra superviviente, Dounia Wasserstrom. Contó la historia de un camión lleno de niños judíos que se paró delante del departamento político. Un niño de unos cuatro o cinco años saltó al exterior con una manzana en la mano… justo en el momento en el que Boger se acercaba a la puerta. "Boger agarró al niño por los pies y le estampó la cabeza contra la pared", explicó. Wasserstrom tuvo que limpiar la pared y cuando, minutos más tarde, la llamaron para trabajar en unas traducciones, "Boger estaba en su despacho, comiéndose la manzana del niño".

Aunque las cámaras de gas se cobraron el mayor número de víctimas, había otras muchas formas de asesinar. El practicante Josef Klehr, otro sargento de personal de la SS, pudo haber inyectado fenol a unos veinte mil prisioneros, causándoles la muerte instantánea. El doctor Victor Capesius, el oficial rumano de la SS que estaba al cargo de la farmacia de Auschwitz, era el que le suministraba el veneno a Klehr. También estaba el cabo de la SS Oswald Kaduk, que torturaba y mataba a los prisioneros con una rabia tal que le hacía destacar incluso entre el grupo de asesinos despiadados con los que compartía el banquillo. Cuando se emborrachaba, le gustaba disparar a prisioneros al azar. Y, al igual que Boger, su nombre estaba asociado a un tipo particular de tortura: en su caso, colocar un bastón en el cuello de su víctima y ponerse de pie encima hasta que el prisionero moría ahogado.

Dichos testimonios respaldaban la tesis de la fiscalía de que no había nada de automático en la manera en que los guardias y los oficiales se comportaban en Auschwitz. Ella Lingens, una doctora austriaca que ayudó a varios judíos a esconderse o a huir antes de que ella misma fuera arrestada y enviada a Auschwitz, fue especialmente expresiva a la hora de explicar hasta qué punto las conductas individuales de los oficiales y guardias podían ser completamente diferentes entre sí, concluyendo que nadie obligaba a los acusados a actuar como actuaban. El juez Hofmeyer le preguntó: "¿Lo que quiere decir es que en Auschwitz todo el mundo tenía libertad para hacer el bien o hacer el mal?". Lingens, quien recibiría posteriormente junto a su marido un homenaje organizado por el Yad Vashem para agradecerle sus esfuerzos por salvar judíos, antes y después de ser encarcelada, respondió: "Sí, exactamente eso es lo que quiero decir".

Esta argumentación encaja con la de Benjamin Ferencz, el fiscal del ejército de los Estados Unidos que se había encargado de la acusación durante el juicio de Núremberg a los jefes de los *Einsatzgruppen*. En el juicio de Frankfurt, Hans-Günther Seraphim, un experto de la universidad de Göttingen que prestó su testimonio, hizo referencia a estos procesos cuando declaró que los oficiales de la SS que decidían no tomar parte en estas masacres por la razón que fuera nunca eran castigados. Después de diez años de investigación, declaró, "no había encontrado ni un solo caso en el que negarse a ejecutar una 'orden de aniquilación' supusiera 'un riesgo para la vida o para la salud' de ningún oficial de la SS". Sí reconocía que dichos oficiales podían verse destinados al frente oriental, algo que la mayoría de los que servían en los campos de concentración intentaba evitar a toda costa.

Los acusados y sus abogados hicieron todo lo posible por contrarrestar este testimonio. "Yo no era más que un don nadie en Auschwitz, no tenía voz sobre vidas y muertes", mantuvo Klehr, al referirse a sus asesinatos por inyección letal. "Me limitaba a cumplir con las órdenes de los doctores pese a mi gran reticencia interna". Capesius quiso pintarse como un farmacéutico amable y bonachón: "Yo no le hice daño a nadie. Me portaba de manera educada y amistosa con todo el mundo y estaba dispuesto a echar una mano a cualquiera que me lo pidiera". Añadió que su mujer era medio judía y que solo una serie de "circunstancias desafortunadas" lo habían convertido en el responsable de la farmacia del campo.

No faltaron los toques puramente surrealistas tanto dentro como fuera de la sala. En una entrevista para un documental, la mujer de Boger –el conocido por su "columpio"– insistía en que la pareja siempre había llevado "una vida de lo más armoniosa" a lo largo de sus veinticuatro años de matrimonio, incluyendo el tiempo que vivieron juntos en Auschwitz. "No me lo puedo imaginar haciendo todas las cosas que dicen que ha hecho", afirmó. Reconoció que era un hombre estricto, "pero acusarlo de matar a niños cuando él mismo es padre… Hacer eso y después llegar a casa y comportarse como un padre bueno y amoroso me resulta imposible de imaginar". Lingens, la superviviente que había trabajado como doctora en el campo, recordó entonces que la mujer de Höss, el primer comandante, tuvo la ocurrencia una vez de enviar a este infierno "un jersey rosa y una tarjeta cariñosa", se supone que para mostrar su compasión hacia los prisioneros.

La cobertura mediática del juicio de Auschwitz se centró en las acusaciones más horripilantes contra los acusados, retratándolos como "monstruos", "demonios" y "bárbaros", mientras que Auschwitz aparecía como una réplica del infierno de Dante en la tierra. Basta con echar un vistazo a algunos de sus titulares para comprobar el tono sensacionalista: "El columpio de la tortura de Auschwitz", "El diablo se sienta en el banquillo", "Mujeres lanzadas a las llamas aún con vida" y "Moribundos entregados a las ratas".

El escritor Martin Walser, conocido por sus a menudo polémicos comentarios sobre la dificultad de los alemanes para asumir su pasado nazi, advirtió de los peligros de demonizar a los acusados de Auschwitz con este tipo de titulares: "Cuanto más sensacionalistas somos en nuestra manera de contar lo que pasó en Auschwitz más nos distanciamos del Auschwitz real –escribió–. Nosotros no tenemos nada que ver con esos sucesos, con esas atrocidades, podríamos pensar. No nos parecemos en nada [a los acusados]. Este juicio no tiene nada que ver con nosotros…". Al igual que Arendt, que afirmaba que demonizar a Eichmann permitía a otros colaboradores del Tercer Reich considerarlo una aberración, Walser pretendía ser pragmático en su enfoque: "Auschwitz no era el infierno, era un campo de concentración alemán", señaló.

Bauer era de la misma opinión. Aunque estos acusados en concreto destacaran por sus actos especialmente crueles, no convenía dar la

impresión de que los otros guardias y oficiales que trabajaron allí –aquellos que también hacían funcionar la maquinaria de muerte pero sin mostrar especial sadismo– no eran igual de culpables. Ahora bien, esta no era la conclusión a la que querían llegar la mayoría de sus compatriotas, a los que no les interesaban los artículos que aparecían ocasionalmente en algunos medios y que sugerían que los acusados no eran tan distintos del resto de seres humanos. En el *Suddeutsche Zeitung*, Ursula von Kardorff parecía repetir las palabras de Arendt sobre "la banalidad del mal" cuando escribió lo siguiente sobre los acusados: "Señores con canas, más bien callados y rostro normal. ¿Es este el aspecto que uno espera de los cómplices de asesinato?".

Al emitir su veredicto, el juez Hofmeyer insistió de nuevo en que el juicio dirimía la culpabilidad de cada acusado desde un punto de vista estrictamente legal y no como parte de un proceso político contra todos aquellos que hubieran obedecido órdenes de los nazis. Al mismo tiempo, eso sí, rechazaba la idea de que los funcionarios de un nivel inferior pudieran eludir su responsabilidad en actos criminales, señalando que "sería un error afirmar que los 'don nadies' no son culpables porque las iniciativas no eran suyas". Además, añadió: "Eran tan necesarios para la ejecución de los planes de exterminio como los que diseñaron dichos planes sentados en su despacho".

El veredicto no satisfizo prácticamente a nadie: cinco de los acusados salieron en libertad: tres de ellos, absueltos, y otros dos al haber cumplido suficiente prisión preventiva. Boger, Klehr y Kaduk fueron condenados a cadena perpetua, pero a Capesius, el farmacéutico, solo le cayeron nueve años; el resto de penas fueron muy bajas, incluso de tres años en un caso concreto.

Bauer no se podía explicar que estas condenas fueran tan suaves. En su opinión, el gran fallo de los jueces de Frankfurt y de los demás tribunales sobre casos nazis había sido tratar a los acusados como criminales corrientes. Para él, este enfoque "reforzaba la fantasía de que en aquel estado totalitario solo unos pocos tenían la culpa de todo y que el resto se limitaba a vivir aterrorizado, como personajes deshumanizados a los que obligaban a hacer cosas contrarias a su naturaleza. Pareciera que Alemania no había sido una sociedad obsesionada con el nazismo –que es lo que realmente fue–, sino un país ocupado por el enemigo". A continuación, añadió con tino: "Pero esto poco tiene que ver con la realidad histórica".

Bernd Naumann, el reportero del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* que publicaría en un libro su meticuloso relato del juicio poco después de que concluyera el mismo, nos dejó otra frase lapidaria: "Los hechos criminales, la culpa de Auschwitz y el castigo que eso merecería son imposibles de cuantificar –escribió–. Ni los que lo planificaron, ni los que ayudaron, ni los asesinos ni las víctimas pueden esperar que se haga verdadera justicia en el juzgado ordinario de un estado de derecho".

Hannah Arendt escribió la introducción al libro de Naumann, lo que le permitió extenderse en las ideas que ya había defendido anteriormente. Estaba de acuerdo con Bauer en un aspecto clave: "El asesinato de masas y la complicidad en el asesinato de masas constituyen un delito por el que se podría y se debería condenar a cualquier hombre de la SS que hubiera hecho aunque fuera un turno en cualquiera de los campos de concentración e incluso a muchos de los que nunca pisaron uno de estos campos", escribió. En cuanto al significado del proceso en su totalidad, Arendt concluyó: "En vez de *la* verdad […], el lector se encontrará con *momentos de verdad* y esos momentos son en realidad la única manera de articular este caos de maldad y ensañamiento".

Muchos alemanes no tenían ninguna gana de seguir el juicio ni de percibir estos momentos de verdad. La cobertura de los medios, que consideraban exagerada, les irritaba sobremanera. Un lector escribió al *Abendpost*, un tabloide de Frankfurt: "¡Maldita sea! Ya está bien de tanto darle vueltas a Auschwitz. ¿De verdad pretendéis convencernos de que la verdad os interesa lo más mínimo? No, vosotros y vuestros queridos compatriotas solo buscáis el sensacionalismo barato". En una encuesta realizada a principios de 1965, cuando el juicio estaba en pleno desarrollo, el cincuenta y siete por ciento de los alemanes afirmaba que no querían más juicios de ese tipo, un salto significativo desde el treinta y cuatro por ciento que había contestado en los mismos términos a la encuesta de 1958.

A Emmi Bonhoeffer no le sorprendió en absoluto esta reacción. Viuda de Klaus Bonhoeffer, un abogado que pagó con la vida su participación en el movimiento de resistencia al nazismo, escribió en una carta a una amiga: "Por supuesto que el juicio de Auschwitz es impopular. Eso hace aún más extraño que los medios insistan en cubrirlo a diario, aunque no con todo el detalle que sería deseable. Escriben artículos que en realidad nadie quiere leer, en especial quienes más necesitarían leerlos". El teólogo Helmut Gollwitzer insistió en este punto de vista al explicar que el juicio

incomodaba a sus compatriotas, pues daba la impresión de que muchos de ellos “podrían estar también en el banquillo de los acusados”.

Ambos estaban en lo cierto, pero fueron innumerables los artículos que describían a los acusados como monstruos, una raza aparte. Rebecca Wittmann, historiadora de la universidad de Toronto, señaló en su perspicaz resumen del juicio que aquello no era ninguna casualidad: “En muchos sentidos, la prensa se limitaba a reflejar la estrategia legal, especialmente porque satisfacía la necesidad de titulares sensacionalistas y detalles escabrosos”. Sin embargo, nada podía calmar del todo la sensación de constante incomodidad en la que vivían millones de alemanes. Instintivamente, se sentían implicados aunque insistieran en que ellos no tenían nada que ver con los crímenes que habían cometido los que estaban en el banquillo.

“Sería bastante injusto culpar a ‘la mayoría del pueblo alemán’ por su falta de entusiasmo hacia los procesos legales contra los criminales nazis, y no mencionar los hechos inmencionables de la época de Adenauer”, escribiría Arendt después del juicio. En concreto, señaló que “la administración de Alemania occidental está plagada a todos los niveles de antiguos nazis”. Este hecho invitaba a la opinión pública a pensar que *“a los peces pequeños los pescan mientras que a los grandes los ascienden”*, añadía, poniendo la frase en cursiva para enfatizar su importancia.

Nadie como Hans Globke simbolizaba el fracaso del gobierno a la hora de romper por completo con el pasado nazi. Durante el Tercer Reich, Globke había trabajado en el ministerio del Interior y se había convertido en un experto en las leyes raciales de Núremberg que institucionalizaron la doctrina del antisemitismo nazi, lo que suponía no solo explicar sus medidas prácticas sino justificarlas. Pese a todo, Adenauer lo eligió como su secretario de estado y hombre de confianza, al cargo de la oficina del canciller desde 1953 a 1963, cuando Adenauer se retiró de la política.

Bauer intentó investigar el papel de Globke, especialmente cuando su nombre apareció durante el juicio a Eichmann de 1961. Pidió una serie de documentos a las autoridades de Alemania oriental pero la administración Adenauer entendió esas acusaciones como una campaña de descrédito que formaba parte de la batalla que ambas Alemanias libraban en medio de la guerra fría. Bauer se vio obligado enseguida a remitir su investigación a la oficina del fiscal general en Bonn, que decidió archivar el caso.

En 1963, el Tribunal Supremo de Alemania oriental decidió imputar a Globke por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. El portavoz del gobierno occidental descalificó las acusaciones, tildándolas de “farsa legal” y argumentando que Globke ya había sido investigado y que las acusaciones “se habían demostrado falsas”. El portavoz añadió que había pruebas de que Globke había ayudado incluso a proteger a algunas personas perseguidas en esa época.

Está claro que Alemania oriental solo pretendía alimentar la propaganda con estas acusaciones, olvidándose de los exnazis que tenía en sus propias filas, pero en este asunto Alemania occidental también dejaba mucho que desear: de 1950 a 1962, las autoridades investigaron a treinta mil antiguos nazis; ahora bien, de los cinco mil cuatrocientos veintiséis que acabaron siendo juzgados, cuatro mil veintisiete fueron absueltos y solo ciento cincuenta y cinco condenados por asesinato. Teniendo en cuenta las estrecheces de las leyes de Alemania occidental que Bauer tantas veces había criticado, el dato no podía sorprender a nadie.

Cuando la Oficina Central para la Investigación de Crímenes Nacionalsocialistas abrió en Ludwigsburg en 1958, sus miembros solo tenían la potestad de llevar la instrucción preliminar de los casos. Si conseguían reunir suficientes pruebas que indicaran que un determinado caso debía ir más allá, tenían que pasar la investigación a los fiscales locales, que a veces se mostraban interesados en seguir con el caso y procesar al investigado y otras veces no. Incluso ahora, el equipo que trabaja en Ludwigsburg no puede ocultar su frustración: “No tenemos la posibilidad de llevar a juicio los casos que encontramos –señaló el vicedirector Thomas Will en 2014–. Y deberíamos haberla tenido”.

Pero en aquellos años 50, aunque la administración Adenauer quería demostrar que se tomaba en serio la investigación de los crímenes de guerra, también pretendía darles a sus inquietos ciudadanos la seguridad de que en ningún caso se iría demasiado lejos en dichas investigaciones. De esta manera, lo que se hizo fue limitar deliberadamente el poder de los jueces instructores. Valga como medida del ambiente en aquella Alemania la hostilidad con la que eran tratados los miembros de la oficina de Ludwigsburg. “Durante los primeros años, no éramos bienvenidos aquí”, explicó Will. Cuando alguno de sus trabajadores buscaba alojamiento, se guardaba mucho de mencionar dónde trabajaba. Algunos incluso podían tener problemas para encontrar un taxi que los llevara a la oficina, con sede

en una antigua prisión del siglo XIX. Todo esto cambiaría con el tiempo, pero muy lentamente. Hoy, la oficina sigue con sus investigaciones y ha acumulado un archivo histórico impresionante sobre el Tercer Reich, con la aceptación y hasta cierto punto incluso el orgullo de sus vecinos.

A pesar de la insatisfacción generalizada que provocó el juicio de Auschwitz, tanto entre los que se oponían de forma instintiva al procesamiento de antiguos nazis como entre los que pensaban que no se había ido lo suficientemente lejos, se puede considerar que el proceso en sí fue un enorme paso adelante. En primer lugar, la cobertura mediática fue tal que incluso los alemanes que habían conseguido obviar los anteriores juicios se vieron obligados a prestar atención al drama que estaba teniendo lugar en la sala de Frankfurt. Además, aunque la reacción inicial del público fue en buena parte negativa, al año se publicó otra encuesta que indicaba que la gente estaba empezando a replantearse seriamente lo de dar carpetazo al asunto del Tercer Reich. Si en la encuesta de 1965 un cincuenta y siete por ciento de alemanes se oponían al enjuiciamiento de antiguos nazis, la de 1966 señalaba un descenso hasta el cuarenta y cuatro por ciento.

Exponer ante todo el pueblo alemán los horrores de Auschwitz con gran acervo de pruebas, no fue el único legado de este juicio sino que además sirvió para que las fuerzas enfrentadas en la guerra fría colaboraran entre sí, algo muy poco habitual. No es casualidad que los dos hombres responsables de ese paso adelante fueran Fritz Bauer y Jan Sehn, el juez instructor polaco que había organizado el primer juicio de Auschwitz en su país y que acabó con el comandante Rudolf Höss en la horca. Sehn envió a sus homólogos alemanes los testimonios y demás pruebas que había reunido en Polonia para que pudieran utilizarlos en el juicio, y en más de una ocasión viajó en persona a Frankfurt para entregar material sensible.

Sehn también fue de gran ayuda cuando se organizó en Frankfurt una exposición especial: “Auschwitz: Imágenes y documentos”, inaugurada el 18 de noviembre de 1964, coincidiendo con el juicio. El objetivo de esta exposición, en palabras de Carl Tesch, era enseñar a los jóvenes “que algo así no debe volver a pasar”. Tesch era el comisario de la exposición pero Bauer fue el catalizador y el que la defendió con más ardor. Sehn se aseguró de que el museo de Auschwitz, situado en lo que queda del campo de concentración en Polonia, le prestara a la exposición todos los objetos que necesitaran mostrar.

Durante el juicio, Sehn también desempeñó un papel crucial en las negociaciones para que una delegación de Alemania occidental, compuesta por un juez, varios fiscales y abogados defensores, además de algunos representantes del gobierno, pudiera visitar Auschwitz en diciembre de 1964. De esta manera, pudieron examinar el lugar y verificar los relatos de los testigos basándose en aspectos prácticos como las distancias reales entre las distintas partes del campo. Hablamos de una época en la que Polonia aún no había establecido relaciones diplomáticas con Alemania occidental debido a las tensiones subyacentes de la guerra fría, así que la visita fue todo un hito. Sehn y Bauer mediaron ante sus respectivos gobiernos para que no pusieran impedimentos, con la idea de incrementar la cooperación más allá de este caso concreto. "Ojalá así las relaciones entre los dos pueblos se suavicen y podamos unir lazos", afirmó Sehn.

El impacto causado por el juicio fue todavía más allá. El dramaturgo Peter Weiss escribió *La indagación*, que se presentó como "una reconstrucción teatral de los juicios de Frankfurt a los criminales de guerra" y un "oratorio en once cantos". Se representó simultáneamente en trece teatros de Alemania occidental y Alemania oriental el 19 de octubre de 1965, apenas dos meses después de la finalización del juicio. La Royal Shakespeare Company, dirigida por Peter Brook, también llevó a cabo una lectura de la obra esa misma noche en el Aldwych Theatre de Londres.

La indagación estaba compuesta por extractos de los testimonios que se escucharon en el juicio. En la versión de Weiss, un testigo cuenta de la siguiente manera cómo logró evitar en el último momento que Boger, el más sádico de los acusados, lo matara:

Cuando me bajaron del columpio
Boger me dijo
Ahora ya estás listo
para viajar alegre hacia el cielo
Me llevaron a una celda en el Bloque Once
donde esperé horas y horas
a que me fusilaran
No sé cuántos días pude pasar ahí
las nalgas me supuraban
mis testículos se volvieron negros y azules
gigantes de tan hinchados
La mayor parte del tiempo lo pasaba inconsciente en el suelo
Un día por fin me llevaron

junto a muchos otros
a las duchas
Tuvimos que desnudarnos
y nos escribieron nuestros números
en el pecho
con un lápiz azul
Sabía que esa
era mi condena de muerte
Ahí estábamos, desnudos y en fila
Cuando vino uno de los encargados
y preguntó a cuántos prisioneros tenía que anotar
como fusilados
Una vez se hubo marchado
nos contaron de nuevo
Resultó que sobraba uno
Yo había aprendido
a colocarme siempre el último
así que me dieron una patada
y me devolvieron la ropa
Se suponía que tenían que llevarme a mi celda
a esperar al siguiente turno
pero un enfermero
que también estaba preso
me llevó con él al hospital
Dio la casualidad de que
uno o dos estaban
destinados a sobrevivir
y yo era uno de ellos

Nacido en 1944, Bernhard Schlink formaba parte de la generación de posguerra de Alemania occidental que se acabaría conociendo como "los del 68": los jóvenes que empezaron primero a cuestionar la autoridad de sus padres en los años 60 y luego la de todo el sistema en 1968, el año en el que se lanzaron a la calle para protestar a lo largo y ancho de Europa y Estados Unidos. Mientras en otros lados las protestas tenían que ver con la guerra de Vietnam, el movimiento por los derechos civiles y demás causas, en Alemania occidental había otro factor que contribuía al malestar general. "Mil novecientos sesenta y ocho no puede entenderse sin tener en cuenta las protestas en todo el planeta, pero en Alemania tampoco puede entenderse sin [entender] el juicio de Auschwitz", señaló Schlink.

Para Schlink, que llegaría a ser profesor de derecho y escritor de éxito, la importancia de ese juicio es incuestionable: "El juicio de Auschwitz me

marcó profundamente, como a buena parte de mi generación, más aún que el juicio a Eichmann –afirmó–. Por supuesto, el juicio a Eichmann también lo seguimos muy atentamente porque todos los periódicos informaban del mismo, pero lo de Auschwitz nos tocaba más de cerca”. El hecho de que los acusados no fueran figuras importantes del régimen hizo que su generación se preguntase: “¿Quiénes eran los jefes de esos tipos?”.

Durante el juicio, Schlink intentó satisfacer su curiosidad leyendo la autobiografía de Rudolf Höss, que había escrito su versión de los hechos por petición expresa de Jan Sehn antes de morir ahorcado en 1947. Años después, todavía recordaba “el estupor que me causaba leer a aquel hombre, que parecía el encargado de una oficina abrumado por una tarea difícil”. A Schlink le impresionó especialmente la reacción agónica de Höss ante el traslado de judíos húngaros al campo: “Oh, Dios mío… ¿dónde los metemos, cómo los quemamos, cómo los matamos?”. En su opinión, el comandante era “un tecnócrata” que “se limitaba a resolver los problemas que su régimen criminal generaba. Daba mucho, mucho miedo”. El relato de Höss le resultaba mucho más “auténtico” que todos los lloros posteriores de los distintos acusados en los distintos juicios, desesperados por retorcer la verdad y buscar la absolución.

El juicio también hizo que esta generación se preguntara por el papel que habían desempeñado sus padres, sus familiares y cualquier conocido de mayor edad durante el Tercer Reich, un tema que a menudo se orillaba cuando era niño. “La presión que ejerció nuestra generación hizo que todo eso saliera a la luz”, señaló Schlink, y a menudo llevó al descubrimiento de secretos muy oscuros. Ahora bien, aunque el juicio de Auschwitz sirviera como detonante de estos debates entre los grupos de estudiantes como Schlink, la sociedad alemana en su totalidad no empezó en serio su ejercicio de autoanálisis hasta la década siguiente gracias a la miniserie de la NBC *Holocausto* (1978), que fascinó a los espectadores alemanes con su brillante retrato de una familia judía y un abogado ambicioso que se convierte en asesino de masas de la SS.

Este proceso de descubrimiento del pasado no fue cosa de un momento. Como estudiante de derecho, Schlink y muchos de sus amigos admiraban a Bauer por su empeño en sacar adelante el proceso como fuera. Sin embargo, Peter Schneider, otro miembro de la quinta del 68 que se convertiría en un destacado escritor, admite que solo se enteró de quién era Bauer y del papel que había desempeñado en Auschwitz en los años 80, cuando decidió

escribir una novela sobre el hijo de Josef Mengele, el temido doctor del campo de concentración. Pese a todo, Schneider también considera que el juicio de Auschwitz influyó en su forma de pensar y comportarse en los 60, especialmente cuando leyó la versión teatral de Peter Weiss. Fue un elemento más que le decidió a encabezar los movimientos de protesta de 1968.

Schlink no tuvo un papel tan principal en dichas protestas, pero aquella época lo marcó de muchas otras maneras, plantando las semillas que florecerían décadas más tarde. En 1995, publicó su obra más conocida, la novela corta *El lector*, que se disparó hasta lo más alto de las listas de ventas después de que se tradujera al inglés y Schlink asistiera como invitado al programa de Oprah Winfrey. A principios de la posguerra, el narrador, un chico de quince años, se enamora de la conductora de un tranvía que le dobla la edad. Después de un largo romance, ella desaparece… para reaparecer años después como acusada en un juicio contra varios guardias de campos de concentración al que él tiene que asistir como estudiante de derecho. La historia está lejos de ser tan simple o tan moralmente ambigua como el resumen de su argumento podría sugerir, y Schlink se maneja con habilidad en el terreno de la culpa personal y la traición.

El lector no es una obra autobiográfica en el sentido más estricto del término: Schlink no tuvo ningún romance de ese tipo cuando era adolescente. Pero en su instituto de Heidelberg "adoraba y admiraba a una profesora de inglés" que había formado parte de la SS. En aquel entonces, estaba convencido de que esta "maravillosa profesora" no podía haber hecho nada vergonzoso durante la guerra. Cuando ella se jubiló, Schlink se enteró de que no era así, pero prefirió no hacer públicos los detalles pues la información le había llegado en forma de confidencia. Schlink pronto se dio cuenta de que esta misma experiencia la había vivido de una u otra forma buena parte de su generación: "Quieres a alguien, admiras a alguien, le debes mucho a alguien y de repente, un día descubres la verdad. Para muchos de nosotros, se trataba de gente del entorno más cercano: el padre o el tío". Esto también forma parte del legado de Auschwiz y todo lo que representa.

Cuando Jan Sehn abandonaba su oficina de director del Instituto de Investigaciones Forenses de Cracovia para viajar al extranjero, seguía

siempre una misma rutina: le entregaba las llaves de casi todos los cajones de su escritorio a Maria Kozłowska, su vecina y compañera de trabajo, pero no las de la sección intermedia, en la que guardaba sus documentos privados. Para sorpresa de Kosłowska, Sehn cambió este patrón de conducta cuando le tocó viajar de nuevo a Frankfurt, a finales de 1965. "La última vez que se marchó, me dio también las llaves de estos cajones del medio". Entonces, como si todavía estuviera intentando entender el porqué de su acción, enunció una obviedad: "Tenía todas las llaves".

Echando la vista hacia atrás, la importancia de este detalle es aún mayor para Kozłowska pues Sehn moriría durante aquella visita a Frankfurt. El 12 de diciembre de 1965, mientras se preparaba para acostarse, le pidió a su guardaespaldas oficial, al que las autoridades comunistas habían encargado que controlara de paso los contactos del juez con cualquier extranjero, que saliera a comprarle cigarrillos. Cuando el guardaespaldas volvió, Sehn estaba muerto. Solo tenía cincuenta y seis años. Sus compañeros del instituto de Cracovia no podían creérselo, afirma Kozłowska, y hubo quien especuló con que "tal vez alguien le había ayudado a morir".

Tanto ella como la mayoría de sus colegas rechazaron esta posibilidad ya que no había ninguna prueba que lo apoyara. Además, Sehn era un fumador compulsivo y había estado tratándose unos problemas de corazón con anterioridad. Todo el mundo dio por hecho que había muerto de un infarto. Lo que nadie pudo explicar, sin embargo, fue por qué decidió confiar todas las llaves a Kozłowska, como si él mismo presintiera que algo iba a ir mal.

Sehn había recibido varias amenazas anónimas en distintas ocasiones. Algunas tenían forma de letras sueltas recortadas que al leerlas componían un mensaje. Las había en alemán y las había en polaco, pero Kozłowska siempre tuvo la impresión de que estaban escritas por alguien cuya primera lengua era el alemán. Posiblemente, alguien muy disgustado por su empeño en llevar ante la justicia al personal que trabajó en Auschwitz y a otros criminales de guerra.

Con todo, en Polonia Sehn era una figura mucho menos controvertida –y mucho menos conocida, en general– que Bauer en Alemania occidental. Aunque Bauer delegó en sus ayudantes más jóvenes durante el juicio de Auschwitz, no dejó de hacer declaraciones públicas, incluso en televisión, resaltando la necesidad de que los responsables de los asesinatos de masas pagaran por sus crímenes. "El juicio debería mostrarle al mundo entero que hay una nueva Alemania, una nueva democracia, que está dispuesta a

proteger la dignidad de cada ser humano”, declaró al principio del proceso. Tampoco tuvo reparos a la hora de mostrar públicamente su malestar con el comportamiento de los acusados en el juicio: mediado ya el proceso, señaló en una entrevista que la acusación llevaba todo aquel tiempo esperando “que al menos uno de los acusados […] se dirigiera en términos humanos a los testigos que habían sobrevivido mientras toda su familia perecía […] eso, al menos, habría rebajado la tensión”. Pero eso nunca ocurrió.

Bauer también presionó para que se hiciera una limpieza entre los jueces y fiscales de Alemania occidental, cargos entre los cuales se contaban numerosos nazis. Exasperado por la aparente indiferencia de su generación ante esta tranquila continuidad entre lo viejo y lo nuevo, prefirió dedicar sus esfuerzos a debatir con los más jóvenes, con los que siempre se llevó mejor, acerca de la necesidad de llevar a todos los nazis ante la justicia y las implicaciones que eso suponía. No era raro verlo compartiendo una bebida o un cigarrillo con estos jóvenes, fuera en bares o en salones, durante horas y horas. Cuando las protestas estallaron en 1968, varios de sus detractores lo acusaron de instigar la violencia que las acompañó.

Tanto las acciones como las declaraciones de Bauer enfurecieron a muchos alemanes. Recibió muchas más amenazas escritas que Sehn e incluso lo llamaban a su casa por teléfono aunque su número no aparecía en el listín. “Cuando salgo de mi despacho, me espera un país extranjero y hostil”, señaló Bauer. Durante el juicio de Auschwitz, alguien pintó una esvástica en la pared de su edificio. Por mucho que la limpiaran siempre volvía a aparecer. Bauer guardaba una pistola de 6,35 milímetros en su piso para protegerse y contaba, además, con un guardaespaldas. El 14 de febrero de 1966, el *Frankfurter Rundschau* informó de un supuesto complot para asesinarlo, con el siguiente titular: “El fiscal general se libra de la muerte”.

Todo esto no consiguió intimidar a Bauer. Hablaba sin tapujos sobre la necesidad de abrir más juicios en los años venideros contra el resto de criminales nazis y no perdía ninguna oportunidad para criticar el “furioso antisemitismo” de los alemanes. En 1967, consiguió impedir la confiscación del *Braunbuch*, “el libro marrón”, durante la feria del libro de Frankfurt; dicho volumen, que se había publicado en 1965 en Alemania oriental, contenía los nombres de unos mil ochocientos conocidos alemanes occidentales que supuestamente habrían ocupado puestos relevantes en la administración nazi. El gobierno de Bonn lo quiso quitar de la circulación por considerarlo propaganda, pero Bauer se mantuvo firme. En aquel

momento, el canciller de Alemania occidental era Kurt Georg Kiesinger, que se había unido al partido nazi en 1933 y había trabajado en el departamento de propaganda del ministerio de Asuntos Exteriores durante la guerra. Estaba claro que Bauer iba por un camino y el resto del país, al que no parecía importarle que un antiguo nazi ocupara el puesto más importante de la administración, iba por otro bien distinto.

Bauer siempre quiso dejar claro que no criticaba a sus compatriotas por no haber conseguido acabar activamente con el régimen de Hitler, pero, en su opinión, que afectaba a millones, "nuestro deber tendría que haber sido ejercer la resistencia pasiva, asegurarnos de no causar ningún daño al prójimo ni ser cómplices de la injusticia –declaró en uno de sus últimos discursos–. Nuestros juicios contra los criminales nazis se basan exclusivamente en la presunción de ese deber de desobediencia. Esta es la manera en la que estos juicios pueden contribuir a acabar con la injusticia del pasado, el presente y el futuro".

El 1 de julio de 1968, Bauer, que en dos semanas habría cumplido sesenta y cinco años, apareció muerto en su bañera; al parecer, llevaba muerto al menos veinticuatro horas. Inmediatamente, se especuló con un asesinato o incluso con un suicidio, pero el forense que examinó el cuerpo descartó ambas teorías. Al igual que Sehn, Bauer era un fumador compulsivo. También padecía una bronquitis crónica y, como se pudo ver en la exposición de Frankfurt de 2014 sobre su vida, a veces mezclaba somníferos y alcohol. Bauer siempre le quitaba importancia a sus hábitos poco saludables. Cuando un reportero le preguntó cuántos cigarrillos fumaba al día, Bauer le contestó: "¿Cuánto crees que tardo en fumarme uno?". El reportero calculó que unos cinco minutos, y entonces declaró: "Pues divide dieciocho horas en periodos de cinco minutos y ya sabrás lo que consumo al día".

Ahora bien, no todo el mundo quedó convencido de que Bauer hubiera muerto como peaje de estos hábitos. En el intenso documental que Ilona Ziok estrenó en 2010 sobre su vida, se destacaba que nunca se hizo una autopsia al cadáver y se incluían testimonios que ponían en duda la causa de su muerte. Rolf Tiefenthal, el sobrino danés de Bauer, admite en el documental que se trata de pura especulación pero que "sus enemigos, sus muchos enemigos, podrían haberlo ayudado a morir, podrían haberlo obligado a suicidarse o asesinarlo sin más. Tenían motivos de sobra".

En la polémica sobre cómo tratar determinados aspectos de la vida de Bauer, tampoco hay consenso en torno a su muerte. La exposición del Museo Judío de 2014 parecía aceptar el veredicto del forense. Ziok nunca se atrevió a denunciar una conspiración en su documental y admitió que “no había pruebas” que indicaran otra cosa… pero siempre que le preguntan directamente si cree que fue asesinado, su respuesta es contundente: “Sí”.

En el funeral de Bauer, Robert Kempner, el judío de origen alemán que había sido miembro del equipo de fiscales de Núremberg, habló de su legado: “Fue el mejor embajador que jamás pudo tener la República Federal –afirmó–. A diferencia de tantos hombres sin altura de miras, tenía una idea muy clara de lo que había que hacer para ayudar a Alemania y la ayudó”. El semanario *Die Zeit* señaló con mucha razón: “Gracias a él recibimos en el extranjero unos honores que no nos merecíamos”.

Hasta este reciente repunte en el interés por la vida de Bauer, la mayoría de los alemanes no sabían nada de él. En Polonia, Sehn ha caído completamente en el olvido excepto para los que siguen trabajando en el instituto del que fue director tantos años y que recibiría tras su muerte el nombre de Instituto Jan Sehn de Investigaciones Forenses. Eso sí, a nadie, en ninguno de los dos países, parece intrigarle por qué estos dos hombres, que cooperaron en su momento para llevar a los nazis ante la justicia, murieron en Frankfurt, con dos años y medio de diferencia, en circunstancias que siguen resultando algo oscuras. Las teorías de la conspiración puede que se equivoquen por completo, pero hay que reconocer que las similitudes resultan inquietantes.



1. El 16 de octubre de 1946, el sargento del ejército estadounidense John C. Woods (centro) debía ahorcar a once altos cargos nazis en Núremberg. Hermann Göring (arriba a la izquierda) eludió la condena suicidándose. Los otros diez fueron (fila superior, después de Göring) Hans Frank, Wilhelm Frick y Julius Streicher; (segunda fila) Fritz Sauckel y Joachim von Ribbentrop; (tercera fila) Alfred Jodl y Arthur Seyss-Inquart; (fila de abajo) Alfred Rosenberg, Ernst Kaltenbrunner y Wilhelm Keitel. Todavía se discute si Woods hizo una chapuza a propósito en alguna de las ejecuciones.



2. Ningún cazador de nazis alcanzó tanta fama –ni generó tanta controversia e, incluso, virulencia– como Simon Wiesenthal. Pero hasta sus críticos reconocen que desempeñó un papel esencial a la hora de mantener la presión sobre los secuaces de Hitler que habían escapado a la justicia.



3. Como Wiesenthal, Tuvia Friedman fue un superviviente del Holocausto que terminó en Austria, persiguiendo a criminales de guerra. Los dos cazadores de nazis trabajaron juntos ocasionalmente, pero cuando Friedmann se trasladó a Israel siguieron operando casi siempre por separado.



4. William Denson, el fiscal jefe del ejército estadounidense en los juicios de Dachau al personal de los campos de concentración, consiguió un historial impresionante: veredicto de culpabilidad para sus ciento setenta y siete casos. Pero este porcentaje de éxitos despertó recelos, y se le acusó de precipitación en los juicios.



5. Ilse Koch, la viuda del comandante del campo, apodada “la perra de Buchenwald”, se ganó fama de provocar sexualmente a los prisioneros. Denson llamó a testigos que contaron historias escabrosas, como las de las pantallas de lámpara fabricadas con la piel de sus víctimas, de dudosa credibilidad.



6. Benjamin Ferencz solo tenía veintisiete años cuando se convirtió en el fiscal jefe de lo que Associated Press denominó “el mayor juicio por asesinato de la historia”: el juicio de Núremberg a

los veintidós comandantes de los *Einsatzgruppen*, las unidades especiales para el asesinato en masa que operaban en el frente oriental.



7. Otto Ohlendorf, culto y con estudios, era el comandante del *Einsatzgruppe* D, el más famoso de los escuadrones asesinos. El general Telford Taylor lo calificó, junto al resto de los acusados, de su "el hombre que detonó un gigantesco programa de exterminio". Ohlendorf murió en la horca en 1951.



8. El juez de instrucción polaco Jan Sehn (derecha) interrogó a Rudolf Höss, el comandante que más tiempo estuvo al frente de Auschwitz, y lo convenció para que escribiera sus memorias antes de que lo ahorcaran en 1947. El relato refleja su orgullo por las "mejoras" que hizo en la maquinaria de la muerte del campo, y ofrece un atisbo estremecedor de la mente de un asesino de masas. Los cazadores de nazis posteriores consideraron este libro una lectura imprescindible.



9. De izquierda a derecha, Richard Baer, el último comandante de Auschwitz, en un encuentro con Josef Mengele y Rudolf Höss (al frente, a la derecha del centro) en julio de 1944, después de que se reasignara a Höss a la inspección del campo de concentración.



10. Después de recibir la pista de que Eichmann estaba en Buenos Aires, el jefe del Mosad, Isser Harel (derecha), puso en marcha la investigación que finalmente condujo a la captura de Eichmann. Desplegó un equipo de agentes en Buenos Aires y organizaron la elaborada operación que sorprendió a Argentina y al mundo.



11. Rafi Eitan (sobre estas líneas, en un campo de tiro en Israel en 1984) dirigía el comando que secuestró a Eichmann en Buenos Aires el 11 de mayo de 1960. Dejó claro que hasta entonces Israel no había considerado que la caza de nazis fuera una prioridad.





12 y 13. El 15 de diciembre de 1961, encerrado en una cabina de cristal a prueba de balas que se había construido expresamente para su juicio en Jerusalén, Adolf Eichmann (sobre estas líneas), uno de los principales artífices del Holocausto, escucha la sentencia que lo condena a muerte. Después de que los agentes israelíes lo secuestraran en Buenos Aires y lo sacaran escondido en un vuelo especial a Israel, su caso abrió nuevos debates sobre el Holocausto y “la banalidad del mal”. A la derecha podemos verlo paseando por el patio de su celda en la prisión israelí.



14. El juez y fiscal alemán Fritz Bauer, un socialdemócrata procedente de una familia judía no practicante, pasó la mayor parte de la era nazi en el exilio. Tras la guerra regresó a Alemania occidental, donde tuvo un papel secreto vital para la captura de Eichmann. En la década de 1960 orquestó el juicio de Auschwitz que se celebró en Frankfurt y obligó a muchos alemanes a enfrentarse a su pasado.



15. Entre los acusados del juicio de Auschwitz en Frankfurt destacó el sargento de la SS Wilhelm Boger por sus métodos de interrogatorio especialmente sádicos. La descripción de sus elaborados aparatos de tortura se convirtió en un relato repelente y fascinante a la vez.





16 y 17. En la década de 1970 aparecieron *bestsellers* y taquillazos que ofrecían entretenidas, pero poco certeras, historias sobre cazadores de nazis. En *Los niños del Brasil* (arriba), Gregory Peck interpretaba a Josef Mengele, perseguido por un personaje muy similar a Simon Wiesenthal. En *Marathon Man* (debajo), el malvado nazi fugitivo es un dentista de un campo de concentración, interpretado por Laurence Olivier, que tortura a Babe Levy, su joven perseguidor estadounidense, interpretado por Dustin Hoffman.



18. En mayo de 1941, este grupo de judíos extranjeros fue arrestado en Francia y enviado desde la estación de Austerlitz en París a los campos de internamiento. Más tarde, tanto los ocupantes alemanes como los colaboracionistas franceses enviarían a los campos de la muerte a miles de judíos franceses.



19. Los cazadores de nazis Beate y Serge Klarsfeld en una rueda de prensa en Bonn en 1979, presentando las pruebas contra el antiguo oficial de la SS Kurt Lischka sobre su papel en la deportación de los judíos franceses. El padre de Serge murió en Auschwitz, dando a la pareja franco-alemana un poderoso motivo para perseguir estos casos.



20. Uno de los éxitos más famosos de los Klarsfeld fue localizar a Klaus Barbie, oficial de la Gestapo y apodado “el carnicero de Lyon”, en Bolivia. A la izquierda vemos a Barbie entrando en el juzgado de Lyon en 1987, donde fue condenado a cadena perpetua.



21. El hogar infantil de la localidad francesa de Izieu sirvió de refugio para niños judíos hasta que la Gestapo de Barbie arrestó a los cuarenta y cuatro
niños y los siete adultos que los cuidaban el 6 de abril de 1944. Excepto uno de los adultos, todos perecieron en Auschwitz.



22. Eli Rosenbaum, el director de la Oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia de Estados Unidos que más tiempo ha estado en el cargo, dirigió las actividades oficiales enfocadas a identificar y quitar la nacionalidad estadounidense a los criminales de guerra nazis que residían en Estados Unidos.



23. En uno de sus primeros casos, Rosenbaum se fijó como objetivo a Arthur Rudolph, uno de los ingenieros alemanes que acogió Estados Unidos. Rudolph desarrolló el Saturn V, el cohete que envió a los primeros hombres a la luna, pero antes había matado de extenuación a cientos de prisioneros de guerra mientras elaboraban misiles V-2. A la izquierda, la tarjeta de identificación de Rudolph durante la guerra; el sello británico se añadiría después.



24. El antiguo secretario general de la ONU Kurt Waldheim haciendo campaña para la presidencia de Austria en 1986. Eli Rosenbaum, entonces secretario general del Congreso Judío Mundial, desveló

nuevas pruebas de que Waldheim había ocultado su papel en los Balcanes durante la guerra, cuando sirvió a las órdenes de un general que posteriormente sería ejecutado como criminal de guerra.



25. Nunca tuvo miedo a los enfrentamientos: Beate Klarsfeld (arriba) convocó las protestas contra Waldheim tanto antes como después de su victoria. Esta amarga campaña dividió a la opinión pública y a los cazadores de nazis, y provocó que Simon Wiesenthal culpara al Congreso Judío Mundial por la subsiguiente ola de antisemitismo en Austria.



26. Josef Mengele, el infame médico de Auschwitz conocido como “el Ángel de la Muerte”, consiguió eludir a los israelíes y a otros cazadores de nazis después de huir a Sudamérica. Se ahogó mientras se bañaba en una playa de Brasil en 1979, pero su búsqueda continuó hasta que aparecieron sus restos en 1985.



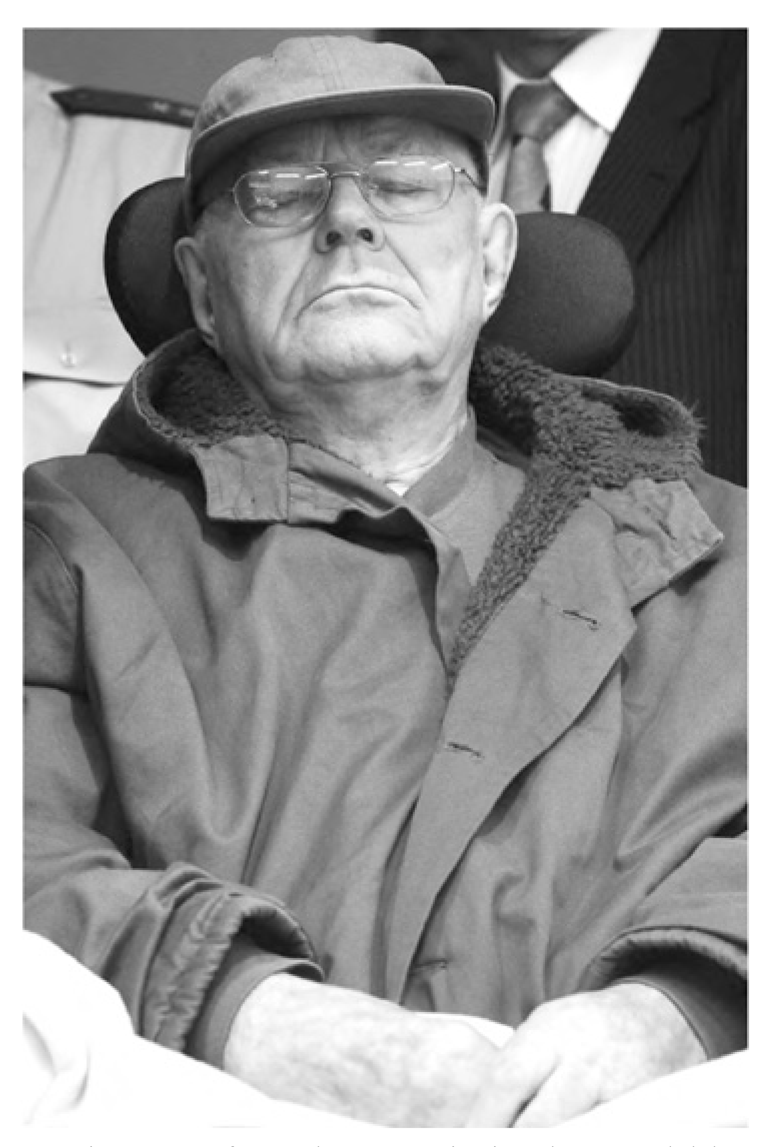
27. Como Mengele, Aribert Heim, el “Doctor Muerte”, su colega del campo de concentración de Mauthausen, consiguió escapar. Mucho después de su muerte en El Cairo en 1992 siguió siendo el protagonista de muchas especulaciones y presuntos avistamientos.



28. Hasta 1994, Erich Priebke vivió cómodamente en Argentina a pesar de su papel en la ejecución de trescientos treinta y cinco hombres y niños, entre ellos setenta y cinco judíos, en las proximidades de Roma en 1944. Sin embargo, después de que el reportero de la ABC Sam Donaldson se enfrentara a él delante de una cámara, Argentina lo extraditó a Italia. Priebke (izquierda) fue sentenciado a cadena perpetua, aunque se le permitió cambiarla por un arresto domiciliario debido a su edad.



29. Efraim Zuroff, el director del Centro Simon Wiesenthal en Jerusalén, organizó la campaña "Operación Última Oportunidad" para localizar a los ya envejecidos criminales nazis. Aquí lo vemos en 2013, enseñando uno de los pósters que colocó en las ciudades alemanas y que proclamaban "Tarde pero no demasiado tarde".



30. Ningún caso fue tan largo o tan intrincado como el del mecánico jubilado de Cleveland John Demjanuk, que se esforzó al máximo por aparecer con aspecto de enfermo durante el juicio. Llegó a Alemania en 2009, identificado por error como “Iván el Terrible”, un famoso guardia de Treblinka. Posteriormente se le encontraría culpable de servir en otro campo. Murió en 2012.

XI
UNA BOFETADA MEMORABLE

"Como éramos débiles, teníamos que ser duros en nuestras acciones. Y lo más duro era ir al lugar donde el enemigo es poderoso y contar allí la verdad".
(Serge Klarsfeld, cazador de nazis francés).

A Beate Klarsfield no la educaron para correr riesgos. Nacida en Berlín el 13 de febrero de 1939, pocos meses antes de la invasión alemana de Polonia que dio inicio a la Segunda Guerra Mundial, era demasiado joven como para recordar bien el conflicto. Aunque sí recuerda que, poco antes de que la guerra terminara con la rendición de Alemania, todavía la obligaban "a recitar poemas en honor al Führer en la guardería".

Su padre luchó con la Wehrmacht en 1940, en Francia, hasta que al año siguiente Hitler ordenó atacar la Unión Soviética y trasladaron su unidad al frente oriental. Tuvo la suerte de contraer una doble neumonía que le permitió volver a Alemania, donde trabajó como contable para el ejército. Después de un breve periodo de cautividad a manos de los británicos nada más acabar la guerra, se reunió con su familia en el pueblo donde habían encontrado refugio para evitar los bombardeos aliados sobre Berlín. A finales de 1945, volvieron a la capital, donde Beate empezó la escuela primaria, jugando al escondite con sus amigos entre los edificios bombardeados y las pilas de escombros.

Era una estudiante "concienzuda y muy educada", según recuerda. "En aquellos años, nadie hablaba de Hitler", añadía. Sus profesores y sus padres evitaban continuamente todo lo que tuviera que ver con lo sucedido en Alemania bajo su mandato. Sus padres no se habían afiliado al partido nazi

pero sí habían votado a Hitler, como tantos otros compatriotas. “Pese a todo, no se sentían responsables de lo sucedido bajo los nazis”, apuntó. En cambio, tanto ellos como sus vecinos se quejaban sin cesar por todo lo que se había perdido en la guerra “sin dedicar una sola palabra de compasión o de comprensión por las demás naciones”. Durante su infancia nadie le dio una explicación de verdad sobre lo que estaba pasando. Lo único que oía era la misma frase repetida una y otra vez: “Hemos perdido una guerra y ahora tenemos que trabajar duro”.

De adolescente, y a diferencia de sus padres, que apoyaban al canciller Adenauer y al Partido Demócrata-Cristiano, empezó a simpatizar con el Partido Socialdemócrata de Willy Brandt. No era una cuestión de coincidencia política, sino más bien de que el aspecto juvenil de Brandt “lo hacía diferente al resto de políticos del momento”. Como buena adolescente, empezó a mostrar una cierta incomodidad ante “la atmósfera asfixiante” que, según ella, se vivía en su casa. Su padre empezó a beber demasiado y su madre quería que Beate empezara a buscarse un marido adecuado. Pero ella, después de acabar el bachillerato, encontró un trabajo como estenógrafa en una gran compañía farmacéutica. Su propósito era ganar suficiente dinero para instalarse por su cuenta.

En marzo de 1960, a los veintidós años, se fue a París para estudiar francés y trabajar de *au pair*. Dormía “en una buhardilla asquerosa, muerta de miedo por las arañas”. Sin embargo, como es habitual, se enamoró de la ciudad, que le parecía mucho más viva y más elegante que Berlín occidental. Tampoco tardó mucho en enamorarse del que sería su futuro esposo.

El 11 de mayo de 1960, dos meses después de su llegada a París, Beate estaba esperando en Porte-de-Saint-Cloud, su estación de metro habitual. Un joven de pelo negro no dejaba de mirarla: “¿Es usted inglesa?”, le preguntó. La propia Beate reconoce que “por supuesto, aquello solo era un pretexto”. El joven, Serge Klarsfeld, admitiría más tarde que esa era la táctica habitual para empezar una conversación con una chica alemana. Para cuando contestaban “no”, ya era demasiado tarde para cortar por completo la charla. Serge se bajaría poco después en la parada más cercana a la escuela de Ciencias Políticas, donde estaba terminando su tesis antes de empezar una carrera profesional como profesor de historia, su ambición por entonces. Cuando pisó la calle, ya tenía el teléfono de Beate.

Ese mismo día, el equipo israelí se preparaba en Buenos Aires para capturar a Eichmann. En aquel momento, ni Serge ni Beate tenían conocimiento de la operación, por supuesto, pero, en 2013, sentados uno al lado del otro en el apartamento parisiense de su hijo no pueden evitar pensar que aquello fue algo más que una simple coincidencia. La pareja que después se haría famosa –para mal, según muchos– por tomar el relevo de los primeros cazadores de nazis con una táctica de enfrentamiento directo, se había conocido el mismo día que el Mosad entraba en acción en Argentina.

Tres días más tarde, en su primera cita, quedaron para ver la película *Nunca en domingo*… y empezaron a contarse sus respectivas vidas por primera vez mientras veían a la gente pasar sentados en un banco del Bois de Boulogne. Ahí fue donde Beate se enteró de que Serge era judío y que su padre había perecido en Auschwitz. Siendo como era una joven alemana que, en sus propias palabras, "apenas tenía idea de la historia de mi propio país", la noticia le causó un gran sobresalto. "Me sorprendió y me revolvió, pero también en cierto sentido, me hizo dudar –señaló–. En Berlín, prácticamente nadie hablaba bien de los judíos. ¿Por qué tenía yo que complicarme la vida de esta manera?".

Serge no se desanimó, instruyéndola con cariño durante sus conversaciones sin fin. "No podíamos dejar de hablar –recuerda Beate–. Él introdujo en mi vida la historia, el arte… el pensamiento, en general". Sobre todo, le habló sobre la historia reciente de su país, "la aterradora realidad del nazismo", una realidad que estaba demasiado presente en la vida de Serge.

Arno y Raissa, los padres de Serge, eran judíos y habían abandonado Rumanía para instalarse en Francia en la década de 1920. Arno era de origen armenio y Raissa había crecido en una zona de influencia rusa en Besarabia. Serge nació en Bucarest, en 1935, durante una visita a la familia de sus padres. Su padre se alistó en la Legión Extranjera en 1939, combatió contra los alemanes durante su conquista relámpago de Francia en 1940, se escapó de un campo de prisioneros de guerra y se unió a la Resistencia en Niza. Pero si la familia entera corría peligro, no era por sus acciones militares, sino por el mero hecho de ser judíos.

En junio de 1943, el capitán de la SS Alois Brunner viajó hasta Francia para supervisar las detenciones de judíos; en pocas semanas mandaría a

unos veinticinco mil a distintos campos de exterminio del este. Estrecho colaborador de Eichmann, ya se había encargado de cometidos semejantes en su Austria natal y en Grecia, donde el número de víctimas fue aún mayor. Cuando Brunner empezó con sus redadas de judíos en Niza, Arno construyó una mampara fina de madera contrachapada que hacía de falso fondo de un armario empotrado; detrás dejó un espacio mínimo para que la familia pudiera esconderse.

En la noche del 30 de septiembre de 1943, las tropas alemanas rodearon la zona donde vivían los Klarsfeld y empezaron a entrar casa por casa. Cuando llegaron a la puerta de al lado, los Klarsfeld pudieron oír los gritos y las súplicas desesperadas de sus vecinos, incluyendo a la hija de once años, que tuvo el valor de pedirles a los alemanes algún tipo de identificación. Un oficial de la Gestapo le rompió la nariz con la culata de su pistola, lo que provocó aún más caos. Su padre llamaba a gritos por la ventana a algún policía francés: "¡Ayúdennos, sálvennos, somos franceses!".

Mientras escuchaba atentamente en su escondite del armario, Arno tomó una rápida decisión: "Si los alemanes nos arrestan, yo sobreviviré porque soy fuerte, pero vosotros no", le dijo a su mujer y a sus hijos, Serge y su hermana Tanya. Raissa intentó detenerlo pero Arno salió a gatas del armario. Cuando los alemanes llamaron a la puerta, abrió sin dudarlo. Serge oyó que un alemán le preguntaba en francés: "¿Dónde están tu mujer y tus hijos?", Arno le contestó que se habían ido a pasar unos días al campo mientras desinfectaban la casa.

Inmediatamente, los alemanes se pusieron a rastrear todo el apartamento y uno de ellos llegó a abrir el armario, pero solo toqueteó las ropas sin alcanzar el falso fondo. Más tarde, al recordar las redadas de Brunner y los otros sobre los judíos franceses, Serge escribiría: "Lo conocía bien y eso que nunca le había visto", añadiendo que la fina lámina de madera era "lo único que nos había separado aquella noche". En realidad Klarsfeld no puede asegurar que el propio Brunner estuviera en el apartamento: "Puede que estuviera ahí, en persona, pero no tengo ninguna prueba que lo demuestre", afirmó, señalando que Brunner trabajaba con un equipo de oficiales austriacos de la SS y de franceses pagados por la Gestapo. Independientemente de quién entrara en el apartamento, Brunner era el hombre que planificaba todas las detenciones y el posterior transporte de los

prisioneros al centro de detención de Drancy, donde iniciaban su viaje de ida a Auschwitz.

Raissa huyó con los dos niños al Alto Loira, una región al sur de Francia. Vivieron en Saint-Julien-Chapteuil, un pueblecito que era "muy hospitalario con los judíos", según Serge. Tal vez lo fuera, pero, por si acaso, Raissa siempre quiso mantener secreta su identidad judía. Contó que su marido estaba en un campo de prisioneros de guerra y mandó a los niños a la escuela católica del lugar. Cuando vio que Niza ya no era objetivo de más redadas de judíos, Raissa regresó a su apartamento con Serge y Tanya, aunque sin confiarse. Les dijo a sus hijos: "Si vienen los nazis, os metéis en el escondite y yo abro la puerta".

La historia de la familia de Serge obligó a Beate a plantearse qué conclusiones debería sacar como alemana. No se sentía individualmente responsable del nazismo pero "no dejaba de ser una pequeña parte de la nación alemana y por lo tanto fui consciente de mi obligación", recuerda. Llegó a pensar en renunciar a la nacionalidad alemana, pero Serge rechazó de plano la idea, afirmando que sería demasiado fácil. "Ser alemán después del nazismo era algo complicado y excitante a la vez", concluye Beate.

Serge también le habló de Hans y Sophie Scholl, los hermanos alemanes que organizaron el grupo que puso en marcha un acto desesperado de resistencia en Múnich, en 1943, distribuyendo panfletos anti-nazis. Los arrestaron, condenaron y mandaron a la guillotina de inmediato. Según Beate, su ejemplo sirvió de inspiración para aquellos alemanes que se habían negado a someterse al régimen de Hitler. "Aunque en 1943 pareciera absurdo y estéril, la significación de su acto ha crecido con el tiempo hasta el punto de influir en Serge y, después, en mí –escribió–. Me veía reflejada en ellos".

Eso en cualquier caso, sería más adelante. El 7 de noviembre de 1963, Serge y Beate se casaron y eligieron trabajos en principio perfectamente normales. Serge, como director adjunto de la Radio y Televisión Francesa (ORTF) mientras Beate empezaba a trabajar como secretaria bilingüe de la Alianza Franco-Alemana para la Juventud (OFA), una organización recién creada que tenía el apoyo tanto del canciller Adenauer como del presidente francés Charles de Gaulle. La idea era establecer nuevos lazos a todos los niveles entre estos dos vecinos en permanente conflicto.

No había nada en aquellos inicios que apuntara la trayectoria final que acabarían tomando sus vidas. "Lo teníamos todo listo para llevar una

existencia ordenada y estable como la de miles de otras parejas jóvenes", señalaba Beate. En 1965, dio a luz a un niño. La pareja decidió ponerle Arno de nombre, en homenaje al abuelo paterno.

No tardaron mucho los Klarsfeld en dar señales de que no estaban preparados para llevar una vida estable y dentro de la normalidad. La ideología de Beate viraba cada vez más hacia la izquierda y no se preocupaba en ocultarlo: no solo apoyaba al Partido Socialdemócrata de Brandt sino que abogaba por romper el tabú y tratar a la Alemania oriental como a un interlocutor legítimo. Como parte de su trabajo en la OFA, confeccionó una lista de asociaciones culturales franco-alemanas para un manual de ayuda destinado a las *au pairs* a las que se encargaba de formar; una de estas asociaciones tenía por objetivo fomentar la amistad entre Francia y Alemania oriental. El editor, de Alemania occidental, le insistió en que cambiara la lista, omitiendo lo que muchos veían como una mención deliberadamente provocadora. "¡Debes de estar loca!", le dijeron.

Tampoco tuvo problemas en mostrarse como una ferviente feminista. En un artículo, publicado en la revista *Women in the Twentieth Century*, escribió: "No puedo evitar preguntarme por qué tantas mujeres alemanas como yo hemos decidido abandonar nuestro país". Aun concediendo que a menudo los motivos eran tan prosaicos como estudiar un nuevo idioma y una nueva cultura, su conclusión era la siguiente: "Creo que, en el fondo, se esconde una motivación más poderosa y a menudo inconsciente: el deseo de ser libres".

En cuanto al rol de las mujeres en Alemania, escribió: "Desde la guerra, las mujeres han trabajado muy duro para crear una nueva Alemania que ha resultado no ser tan nueva como esperaban y en la que, como siempre, apenas ocupan puestos políticos de relevancia". También avisaba de que la opinión pública "está a punto de dar un giro muy peligroso y reducir de nuevo a la mujer a su papel domesticado de hacerle al hombre la vida lo más agradable que pueda y cumplir con sus funciones reproductivas naturales".

A sus jefes conservadores no les gustó nada esta deriva y así se lo comunicaron al consejo de administración, que incluía al menos a dos delegados del ministerio alemán de Asuntos Exteriores exnazis. Cuando quiso volver al trabajo después de que su baja por maternidad terminara en 1966, se encontró con que su puesto en el departamento de información

había desaparecido por “motivos presupuestarios”. Le asignaron de nuevo un trabajo menor como secretaría, para mecanografiar y contestar el teléfono.

Pero ese no fue el gran suceso de 1966 que consagró la transformación de Beate de empleada de perfil bajo en ocasiones problemática y con ideas poco convencionales a activista partisana decidida a que su país expiara de una vez su pasado nazi. Ese fue el año en el que Kurt Georg Kiesinger fue nombrado canciller a pesar de haber sido miembro del partido nazi desde 1933 y de su labor como director asistente de la división radiofónica del ministerio de Asuntos Exteriores durante la guerra, aireando por toda Europa la propaganda nazi. En su defensa, Kiesinger aseguró que el nazismo lo desilusionó casi de entrada y que llegaron a denunciarlo por sus opiniones disidentes.

La llegada de Kiesinger al poder vino acompañada de sonoras protestas. El filósofo Karl Jaspers declaró: “Lo que parecía imposible hace diez años está sucediendo ahora sin oposición alguna”. Aun concediendo que era inevitable que algunos de pasado nazi acabaran como altos cargos, Jaspers continuaba en su alegato: “Si un antiguo nazi puede convertirse en jefe de estado, hay que entender que a partir de ahora el hecho de que un hombre haya sido nazi ha dejado de tener importancia”.

Beate vio la elección de Kiesinger como un reto personal. Pensó en Hans y Sophie Scholl, que habían entregado sus vidas para protestar contra el régimen de Hitler y consideró que esa era la oportunidad ideal para vengarlos, aunque supiera que tenía muy pocas opciones de éxito. “Lo importante es ser valiente, seguir los dictados de tu conciencia, mantener los ojos bien abiertos y actuar”, según sus propias palabras. Aprovechando la primera visita oficial a París de Kiesinger en enero de 1967, Beate escribió el primero de una serie de artículos para *Combat*, un periódico de izquierdas fundado por la Resistencia francesa durante la guerra. “Como alemana, condeno la llegada de Kiesinger a la cancillería –escribió–. La socióloga Hannah Arendt utilizó la expresión ‘la banalidad del mal’ para referirse a Eichmann. Para mí, Kiesinger representa la respetabilidad del mal”.

En otro artículo, aún más incendiario, escribió: “Si la URSS se diera cuenta del peligro que Kiesinger representa para el futuro de la democracia en Alemania y quisiera de verdad quitárselo de en medio, no hay duda de que estaría moralmente justificada ante los ojos del mundo para hacerlo”.

El 30 de agosto de 1967, un mes después de publicarse el artículo, Beate fue despedida de su trabajo en la Alianza Franco-Alemana para la Juventud. Cuando se marchó de la oficina, ninguno de sus compañeros de trabajo le dijo adiós ni le dio la mano; estaba claro que no querían que sus jefes los relacionaran con ella. Corrió a ver a Serge, que había cambiado de puesto y en ese momento estaba trabajando para Continental Grains, una empresa multinacional de cereales. Aunque no había participado en protestas públicas como sí lo había hecho Beate, él también había tomado conciencia de la importancia del legado de su padre y, en 1965, decidió visitar Auschwitz. "Por entonces, ningún europeo occidental quería ir a Auschwitz –recordaría décadas más tarde–. Pero yo sentía que tenía que mantener ese vínculo con mi padre".

Serge descubrió que su padre había muerto nada más llegar al campo. Después de ser golpeado por un *Kapo*, un prisionero a las órdenes de los oficiales de la SS, Arno le devolvió el golpe. Ahí firmó su sentencia de muerte. Entendiendo que su padre le había dado una lección de valor que lo tendría que acompañar toda la vida, se prometió que siempre honraría la memoria de los judíos que murieron en el Holocausto y que siempre defendería a Israel. Cuando la guerra estalló el 5 de junio de 1967, se marchó a Israel como voluntario. Para cuando llegó, la guerra de los Seis Días ya estaba prácticamente acabada, así que no pudo entrar en combate, pero este arranque de solidaridad fue importante para él.

Todo ello colocó a la familia Klarsfeld en una situación crítica, especialmente cuando echaron a Beate de su trabajo a finales de agosto. Aunque muchos de sus amigos les aconsejaban que aceptaran las cosas tal y como eran y siguieran con sus vidas, Serge no podía concebir algo así: "¿Cómo puedo aceptar sin más que te hayan echado del trabajo sin protestar de alguna manera? –le dijo a Beate–. Eres la primera mujer en Francia desde el final de la guerra que cuenta por fin la verdad sobre un nazi. Eso sería someterse de la peor forma".

***

Los Klarsfeld iniciaron lo que sería una larga batalla legal contra el despido de Beate. Puesto que había conseguido la nacionalidad francesa, quiso recurrir a las altas instancias francesas para que la ayudaran, pero no encontró demasiadas simpatías. En cualquier caso, el objetivo principal de

los esfuerzos de los Klarsfeld no era solo demostrar que Beate tenía todo el derecho a atacar a Kiesinger por su pasado nazi sino aumentar de paso la presión sobre el canciller alemán.

Con ese fin, Serge pidió una excedencia en su trabajo para viajar a Berlín oriental, donde el ministro de Interior de la Alemania del este le permitió acceder a los documentos que dejaban constancia del papel de Kiesinger durante el Tercer Reich. Cuando regresó a París, llevaba consigo una abultada carpeta que contenía las copias de algunos documentos clave. Buena parte de ese material se acabó utilizando en un libro que escribieron entre los dos y que hacía públicos los detalles del pasado nazi de Kiesinger, enfatizando especialmente su papel como coordinador de la propaganda nazi.

Este fue el inicio de una relación con Alemania oriental que continuaría de forma esporádica a medida que los Klarsfeld intensificaban su campaña para denunciar a los antiguos nazis en Alemania occidental. Sus críticos los acusaron de hacerle el juego propagandístico al régimen comunista de Alemania oriental, encantado de ver cómo le sacaban los colores al gobierno de Bonn. Beate, desde luego, les dio argumentos de sobra. Por ejemplo, el 2 de septiembre de 1968, escribió en *Combat* que Alemania debería reunificarse en “un solo estado verdaderamente socialista, democrático y pacifista”, un lenguaje que recordaba a la retórica de los alemanes del este.

Después de la caída del muro de Berlín y la desclasificación de los archivos de la Stasi –la policía secreta de Alemania oriental– y del SED –el partido comunista–, arreciaron las acusaciones de que los Klarsfeld habían recibido ayuda económica de los alemanes del este. “Beate Klarsfeld, a sueldo de la Stasi y el SED”, tituló el 3 de abril de 2012 el diario conservador *Die Welt*.

Los Klarsfeld admitieron sin ambages que habían recibido ayuda de Alemania oriental a la hora de conseguir documentación para sus investigaciones, especialmente en el caso Kiesinger. De hecho, el gobierno de la República Democrática también publicó dos libros suyos sobre nazis a los que estaban buscando por los crímenes que habían cometido en Francia durante la ocupación, circunstancia que aprovecharon los Klarsfeld para mandar un ejemplar de los mismos a varios diputados y dirigentes occidentales. Esta acción les sirvió para impulsar su campaña de publicidad y les ayudó en sus batallas legales. “No negamos que Alemania oriental nos

ayudó mucho", reconoce Serge, pero los Klarsfeld siempre insisten en que también recibieron documentación y ayuda de muchos otros países, entre ellos Francia y Estados Unidos. "Siempre mantuvimos nuestra independencia de pensamiento", afirma.

De hecho, Beate pronto descubriría que sus protestas no eran tan bien recibidas en Polonia y Checoslovaquia, adonde viajó en 1970 para denunciar las campañas "antisionistas" de los gobiernos comunistas, un eufemismo para criticar su antisemitismo encubierto. En varias oportunidades, organizó protestas públicas en el bloque oriental, incluyendo una ocasión en la que se encadenó a un árbol en Varsovia y otra en la que se puso a distribuir octavillas a los transeúntes en Praga. Acabó detenida y luego expulsada en ambos países.

Con todo, esas primeras batallas para minar la reputación de Kiesinger fueron las que les sirvieron a los Klarsfeld para llevar su activismo a los noticiarios de todo el mundo, con Beate como principal agente provocador. Nada era casual. Aunque Beate siguió escribiendo artículos y el arbitraje laboral le dio la oportunidad de repetir sus acusaciones contra el canciller, la verdad es que la prensa apenas prestaba atención a su cruzada y eso les resultaba de lo más frustrante. "Me di cuenta de que cualquier cosa que hiciera tendría muy poca repercusión salvo que fuera algo muy espectacular que llamara la atención de la prensa", recuerda Beate. En palabras de Serge: "Como éramos débiles, teníamos que ser duros en nuestras acciones".

En el caso de Kiesinger, la acción no solo requería fortaleza sino asumir un riesgo enorme. Beate solicitó una entrada para la sección de visitantes del parlamento de Alemania occidental, utilizando su nombre de soltera para no levantar ninguna sospecha, y viajó a Bonn para la sesión del 30 de marzo, donde sabía que estaba previsto que Kiesinger interviniera. Su plan era muy claro: avergonzarlo delante de todo el congreso, pero una vez llegó al parlamento, recuerda, "tuve miedo de no atreverme ni a abrir la boca".

Pero se rehizo justo cuando llegó el momento oportuno. "¡Kiesinger, nazi, dimite!", gritó todo lo alto que pudo, y después repitió sus palabras. Kiesinger interrumpió su discurso y los guardias de seguridad rápidamente se lanzaron sobre ella, le taparon la boca y la arrastraron hasta la salida. Permaneció detenida en una comisaría cercana durante tres horas y después la liberaron. Los periódicos del día siguiente reflejaron su gesto con el puño cerrado y la escena en la que los guardias la agarraban. De vuelta a París, ayudó a organizar una manifestación delante de la embajada de Alemania

occidental donde los estudiantes sujetaban carteles que decían "Kiesinger es un nazi". Esos mismos días, miembros de grupos de izquierda de Alemania occidental se presentaron en un mitin electoral repitiendo eslóganes parecidos.

Beate estaba encantada y motivada, convencida de que había que ir más lejos. Hablamos de 1968, un año en el que las manifestaciones aparatosas, a menudo violentas, se habían convertido en algo cada vez más habitual. Durante una de estas manifestaciones en Alemania occidental, prometió a los presentes que "abofetearía públicamente al canciller". La mayoría hizo una mueca de desprecio ante lo que se entendió como una exageración retórica, alocada y vacía… pero Beate iba en serio.

En noviembre de 1968, los demócrata-cristianos de Kiesinger celebraban su convención en Alemania occidental y Beate pensó que era el momento ideal. Raissa, su suegra, intentó disuadirla, avisándole de que podían incluso matarla. Serge estaba de acuerdo con el plan pero era plenamente consciente de los riesgos. Además, sabía que no habría manera de disuadirla. Al llegar a Berlín oeste, Beate se mezcló entre los miembros de la prensa y logró que un fotógrafo le dejara su acreditación. Libreta en mano, para que nadie pusiera en duda su condición de reportera, consiguió colarse hasta la primera fila, donde estaban sentados Kiesinger y otros dirigentes. Después de convencer a un guardia de seguridad de que solo pretendía cruzar detrás de ellos para tomar un atajo y acercarse a un amigo, consiguió llegar hasta donde estaba el canciller. Cuando este se dio la vuelta, ella le gritó a la cara "¡Nazi, nazi!" y le dio una bofetada.

Aquello fue el caos absoluto. Mientras arrastraban a Beate fuera del edificio, se oyó al canciller decir: "¿Es esa la tal Klarsfeld?". Ya detenida, Ernst Lemmer, uno de los compañeros de Kiesinger en el Partido Demócrata-Cristiano le preguntó por qué había abofeteado al canciller. Cuando le respondió que lo había hecho "para que todo el mundo supiera que hay alemanes que no piensan dejarse avergonzar", el hombre se limitó a negar con la cabeza. Posteriormente, ante los medios desplazados a la comisaría, Lemmer declaró: "Esa mujer, que podría llegar a resultar muy atractiva si no fuera por su aspecto enfermizo, es una hembra sexualmente insatisfecha". El revuelo fue tal que tuvo que escribir una carta a la revista *Stern* disculpándose por el comentario. "Cuando dije lo que dije, no sabía que *Frau* Klarsfeld estaba casada y tenía un niño, ni que su suegro había fallecido en Auschwitz".

A Beate la condenaron a un año de cárcel pero fue liberada el mismo día. Apeló y al final le dejaron una condena de cuatro meses que fue suspendida de inmediato. Con todo, la cárcel no era el mayor riesgo al que se había enfrentado. Recordando el episodio, Serge señaló que los guardaespaldas de Kiesinger "habían sacado las pistolas pero no habían podido disparar" dada la gran cantidad de gente que había por medio. Sin embargo, no tenían garantía alguna de que todos fueran a mostrar los mismos reparos. Hablamos del mismo año en el que Martin Luther King y Robert Kennedy habían muerto asesinados, así que una mujer que pretendía abofetear al canciller podía perfectamente confundirse con una potencial asesina. "No les habría costado mucho derribarme allí mismo", admite Beate.

Al año siguiente, los demócrata-cristianos de Kiesinger perdieron la mayoría en el parlamento a manos de los socialdemócratas, liderados por Willy Brandt, que se convirtió en el nuevo canciller. "Una vez derrotado, Kiesinger cayó en el más absoluto olvido", señala Beate con cierta satisfacción, añadiendo que ella había jugado "un pequeño pero importante papel en la victoria de las fuerzas de progreso".

Beate asistió eufórica a la llegada de Brandt, su político favorito, al poder. El nuevo canciller la indultó, poniendo fin a la suspensión de condena por la bofetada a Kiesinger. Ahora bien, ni ella ni Serge tenían ninguna intención de aflojar en su campaña por denunciar a antiguos nazis… ni de evitar los riesgos que suponía dicha misión. Incluso Serge, que solía quedarse en la retaguardia, centrado en recoger pruebas, podía ser igual de atrevido si llegaba el momento.

Por razones que resultan evidentes, los Klarsfeld tenían un especial interés en que los oficiales jefe de la SS y la Gestapo que habían sido responsables de las detenciones y las deportaciones de judíos de Francia no vivieran tranquilos el resto de sus días. Sin embargo, a causa de los complejos acuerdos legales entre Francia y Alemania, la mayoría de ellos estaba haciendo precisamente eso.

El lado francés había firmado al acabar la guerra una resolución por la que no se veía obligado a informar a los tribunales alemanes de las acusaciones a ciudadanos de su país en Francia, lo que en la práctica, les evitaba un segundo juicio al volver a Alemania occidental. En la más inmediata posguerra, los franceses temían que los complacientes jueces alemanes, muchos de los cuales habían sido nombrados durante la era nazi,

los dejaran libres sin más. Sin embargo, esta medida resultó contraproducente: puesto que los alemanes también habían decidido no extraditar a sus acusados, el resultado fue que los presuntos criminales de guerra alemanes condenados o juzgados en Francia podían vivir sin miedo a tener que pagar por sus delitos en el momento en que pisaban de nuevo su país.

El intento de cambiar este acuerdo franco-alemán derivó en una batalla: los franceses revocaron la ley y pidieron a los tribunales alemanes la jurisdicción sobre aquellos crímenes de guerra cometidos en Francia. Los Klarsfeld fueron de los que más presionaron para que esta injusticia propia de un sistema disfuncional se resolviera cuanto antes. Junto con Wiesenthal y muchos otros, pidieron una extensión del estatuto alemán de prescripción de delitos en lo correspondiente a crímenes de guerra, que, de lo contrario, permitiría en la práctica a incontables criminales de guerra respirar aliviados. Estas batallas se prolongaron durante años pero al final se tradujeron en significativas victorias; primero, parciales, y, más tarde, en 1979, logrando la abolición completa del estatuto de limitaciones para los casos de asesinato, crímenes contra la humanidad y genocidio.

Nada de esto fue fácil, y las tácticas agresivas de los Klarsfeld, yendo ellos mismos a por los criminales, fueron un factor importante en este resultado final. Emprendieron una campaña para denunciar públicamente los crímenes de varias personalidades eminentes de la sociedad que habían sido nazis, centrándose sobre todo en Kurt Lischka, Herbert Hagen y Ernst Heinrichsohn. Según Serge, estos tres oficiales de la SS eran los máximos responsables de la deportación de judíos de Francia. “En París, la Gestapo era Lischka”, señaló Beate; Lischka estaba al cargo de todo el aparato de control ciudadano en Francia. Hagen, que mantenía estrechos lazos con Eichmann, lo estaba de la sección de información de la SS que trataba los asuntos judíos y antes lo había estado de la policía en las regiones atlánticas de Francia. Heinrichsohn, aunque no ocupaba un cargo tan alto, había demostrado una especial crueldad hacia los niños.

Lo más impresionante de la historia de estos hombres es que vivían tan tranquilos en Alemania occidental. No temían en absoluto que sus crímenes del pasado pudieran acecharlos de nuevo. Beate descubrió que Lischka vivía en Colonia y consiguió su dirección y su número de teléfono con solo llamar a información. Como le contó a un corresponsal de la televisión israelí en Francia: “Los únicos nazis que tienen que vivir en secreto,

temblando cada vez que una puerta se abre en la lejana Patagonia, son los que salen en las novelas de detectives”.

Aunque este trío y otros tantos en una situación parecida no tenían necesidad de preocuparse en aquel momento, lo cierto es que pronto las cosas cambiarían. Beate preparó un nuevo artículo para *Combat* y la televisión israelí señaló que emitiría encantada un reportaje sobre Lischka y Hagen si conseguían imágenes de los dos. Acompañados de un cámara israelí, los Klarsfeld aparcaron a las ocho de la mañana del 21 de febrero de 1971 enfrente del edificio de apartamentos donde Lischka vivía en Colonia, con la idea de abordar a su víctima cuando saliera a la calle. A las dos de la tarde aún no había señal de Lischka pero Beate ya había aprovechado para llamar a su casa y pudo oír la voz de la mujer del nazi al otro lado del teléfono, señal suficiente de que había alguien en el piso. Después de llamar al telefonillo de varios de sus vecinos, por fin consiguieron entrar en el edificio.

Al llegar a la cuarta planta, arriba del todo, se encontraron con una mujer rubia con un gesto muy poco acogedor. Sin embargo, cuando Beate le dijo que su propósito era entrevistar a su marido para la televisión francesa, la mujer gritó: “Kurt, ven a ver qué quieren estos señores”.

Lischka, un hombre muy alto con el pelo corto, casi rapado, apareció inmediatamente por la puerta. Beate utilizó su nombre de soltera y se presentó como la intérprete del periodista francés, “Herr Klarsfeld”. Lischka no reconoció el apellido, pero aun así se mostró suspicaz y le pidió a Serge su carné de prensa. El “equipo de rodaje” había preparado de antemano cada detalle y Serge sacó un carné de prensa que había obtenido de la revista *Combat*.

Serge pronto dejó claro que aquello no era una misión de reconocimiento. Le dijo a Lischka que, con motivo de la firma del nuevo tratado franco-alemán, estaba contactando con criminales nazis condenados *in absentia* en Francia, y que Lischka era el primero de su lista. “Pero antes de empezar una campaña contra usted, queremos saber si tiene algo que decir en su defensa”, le advirtió Serge.

Al principio, Lischka mantuvo la calma, asegurando que no tenía por qué rendirle cuentas ni a él ni a ningún tribunal francés. “Si, después de todo, tengo que responder por mis acciones ante un tribunal alemán, estaré encantado de hacerlo –añadió–. Pero a usted no tengo nada que decirle”.

Serge intentó presionarlo para que reconociera su participación en las detenciones de judíos franceses, pero Lischka no permitió que el cámara lo grabara. La tensión podía cortarse con un cuchillo y Beate tuvo la impresión de que Lischka podría romper la cámara si intentaban utilizarla.

Los Klarsfeld tenían otro as en la manga. “¿Le interesaría ver las órdenes que usted mismo firmó?”, preguntó Serge, haciéndole notar que aquellos documentos se guardaban en París y que llevaban su firma, y añadiendo que eso podía desembocar en un juicio y en una posterior condena.

Lischka no pudo resistirse a echar un vistazo al montón de papeles que Beate le entregó. Las manos le temblaban ostensiblemente al pasar las páginas, que su mujer intentaba leer por encima de su hombro. “Sin duda, estaba viendo cómo el pasado lo atrapaba de nuevo… un pasado que solo nosotros pudimos reconstruir gracias a nuestro esfuerzo de muchas horas en los archivos”, señaló Beate.

En cierto sentido, este encuentro fue un fracaso: no consiguieron imágenes de Lischka ni lograron que contestara ninguna pregunta. Al menos, eso sí, habían dado un primer paso y desde luego habían conseguido alterarlo.

Aquel mismo día, Beate llamó a la casa de Herbert Hagen en Warstein, un pueblo a unos ciento cincuenta kilómetros al noreste de Colonia. Cuando la mujer de Hagen contestó al teléfono, Beate le preguntó si su marido estaría dispuesto a conceder una entrevista a un periodista francés. “Imposible –contestó la mujer, añadiendo–: Mi marido no entiende por qué quieren entrevistarlo”.

Al día siguiente, los Klarsfeld y su cámara se fueron hasta Warstein y aparcaron a unos cien metros de la casa, esperando interceptar a Hagen en cuanto saliera. Esperaron durante unas horas y terminaron siguiendo a alguien que resultó ser otra persona. Poco después, sin embargo, un hombre que no podía ser sino Hagen por fin salió de la casa hacia el garaje y se montó en un Opel de gran tamaño. Cuando el coche iba a incorporarse a la carretera, Beate saltó para ponerse en medio. “¿Es usted Herr Hagen?”, le preguntó.

Hagen asintió y de repente se dio cuenta de que había una cámara grabándole. Paró el coche, se bajó y amenazó con agredirles. Entonces, consciente de que una acción así podría jugar en su contra, cambió de opinión, lo que le permitió a Beate explicarle que Serge era un periodista francés que quería hacerle algunas preguntas.

En un francés excelente, Hagen le dijo a Serge: “Caballero, no tiene usted derecho a grabarme delante de mi casa”. Añadió que no tenía nada de lo que esconderse. “He vuelto a Francia más de veinte veces desde el final de la guerra”.

“Es una pena que la policía francesa no se fijara en su nombre –contestó Serge–. Lo habrían detenido”.

Cuando Serge intentó preguntarle sobre sus obligaciones en Francia, Hagen, como hiciera Lischka, insistió en que no tenía nada que decir. “Tan solo quiero llevar una vida tranquila”, añadió, pero los Klarsfeld no tenían intención alguna de rendirse tan fácilmente con ninguno de los dos.

Un mes más tarde, los Klarsfeld –junto con Marco, uno de los amigos de Serge de la universidad, que se dedicaba a la medicina y a la fotografía– volvieron a Colonia en un coche de alquiler. Tenían entre manos un plan que, si salía bien, llamaría la atención de todo el mundo y pondría en evidencia que alguien como Lischka no había pagado precio alguno por sus crímenes como oficial de la SS en Francia. El plan era sencillo: secuestrarlo. Serge llevaba consigo un par de esposas y Marco dos porras. La operación consistía en apresar a Lischka en medio de la calle, meterlo en el vehículo de un empujón y después cambiar de automóvil antes de volver a Francia. “Estábamos tan perdidos que no se sabía si éramos una unidad de comando o un consejo de obispos”, comentó Beate.

Cuando Lischka se bajó de un tranvía, la “unidad” lo rodeó y Beate gritó: “¡Venga con nosotros, venga con nosotros!”. Instintivamente, Lischka avanzó un par de pasos hacia el coche pero cuando quiso volver hacia atrás, el fotógrafo le atizó en la cabeza con la porra. Lischka pidió ayuda a gritos y se tiró al suelo aunque más por miedo que por otra cosa. Todo ello hizo que la gente se diera cuenta de lo que estaba pasando y empezara a rodear al grupo de los Karsfeld. Un policía mostró su placa. En ese momento, Serge gritó: “¡Todos al coche!”. El grupo se dio a la fuga dejando atrás a Lischka; no pararon hasta que llegaron a Francia.

Inmediatamente, Beate empezó a llamar a los periódicos alemanes. Utilizando un nombre falso, les pidió que investigaran lo que le había pasado a Lischka. Su objetivo, en palabras de Beate, “era llamar la atención de los alemanes con respecto a la impunidad de la que estaban disfrutando Lischka y sus secuaces”… aunque el precio a pagar fuera la cárcel, que es

exactamente lo que le esperaba a Beate cuando volvió a Colonia para entregar los documentos acerca de Lischka y de Hagen a los tribunales y la prensa alemana. La encerraron, pero solo durante tres semanas. Como en tantas otras ocasiones, las autoridades se dieron cuenta de que dejar a Beate entre rejas durante más tiempo se traduciría en una mayor atención hacia los Klarsfeld y su causa.

En cuanto a Lischka, Serge tenía planeado otro golpe de efecto. El 7 de diciembre de 1973, un día de nieve y frío en Colonia, se quedó vigilando su coche, que estaba aparcado cerca de la catedral. Cuando Lischka apareció, Serge le puso una pistola entre los ojos. El alemán se quedó de piedra, convencido de que estaban a punto de matarlo… pero la pistola estaba descargada. A Serge le bastaba con que su víctima "mirara a la muerte a la cara". Antes había escrito una carta al fiscal regional afirmando que su grupo estaba en condiciones de matar nazis pero que no pensaba hacerlo. Solo quería enviarlos ante el juez.

Si la bofetada a Kiesinger fue el momento más peligroso de Beate, sin duda este fue el de Serge. Sin embargo, cuando le pregunté por el mismo cerca de medio siglo más tarde, negó tan tranquilo que hubiera corrido riesgo alguno. "Sabía que él llevaba una pistola", admitió Serge, pero argumentó que ni Lischka habría tenido tiempo para sacarla ni le hubiera sido fácil apretar el gatillo teniendo en cuenta que llevaba guantes por el día tan frío. "Nunca tuve la sensación de estar arriesgándome a que me mataran", afirmó.

Para los Klarsfeld, la mayor satisfacción consistía en saber que los Lischka, Hagen y compañía ya no podrían vivir en paz nunca más. Como apareció publicado en *Vorwärts*, el periódico socialdemócrata: "Son varios los hombres de mediana edad, caballeros de bien con sus buenos empleos, que últimamente no consiguen dormir demasiado a gusto en la República Federal. Se han encerrado en sus casas […] y no están para nadie".

Beate mantuvo sus escarceos con la ley y más de una vez sus acciones le valieron el apelativo de "fanática enloquecida". Los Klarsfeld también recibieron muchísimas amenazas y, en dos ocasiones, bombas. En 1972, Serge llamó a la policía al recibir un paquete sospechoso que ponía "azúcar" pero del que salían motas de polvo oscuro. El equipo de detonación de explosivos confirmó que en su interior había dinamita y otros explosivos. En 1979, una bomba con temporizador destruyó el coche de Serge en mitad de la noche.

Ahora bien, poco a poco, la acusación contra Lischka, Hagen y Heinrichsohn fue ganando consistencia. Al final, los tres hombres tuvieron que enfrentarse a un tribunal en Colonia y, el 11 de febrero de 1980, se les encontró culpables de complicidad en la deportación y posterior muerte de cincuenta mil judíos franceses. Habían sido "completamente conscientes" del destino que esperaba a sus víctimas, sentenció el juez. Hagen fue condenado a doce años de prisión, Lischka a diez y Heinrichsohn a seis. La duración de las condenas no era lo más importante, sino el mero hecho de que los juzgaran y los metieran en la cárcel. Y nadie podía dudar de que habían sido los Klarsfeld, con toda su agitación y todo su dramatismo, los que lo habían conseguido.

En 1934, cuando la aviación aún era algo novedoso en buena parte del mundo, el capitán de las fuerzas aéreas letonas Herbert Cukurs se convirtió en un héroe en su país de la noche a la mañana al volar hasta Gambia, en la costa occidental de África, a bordo de un pequeño biplano que él mismo había diseñado. Aclamado como "el Lindbergh del Báltico", Cukurs fue una presencia constante en la prensa letona, donde todo el mundo lo adoraba, y posteriormente se atrevería a volar a Japón y a la Palestina británica. Al volver de este último viaje, dio una conferencia en el club judío de Riga, abarrotado para la ocasión. El historiador Yoel Weinberg, todavía un estudiante cuando asistió a la charla, recuerda: "Cukurs hablaba con fascinación, incluso con entusiasmo, del movimiento sionista en Israel […] Sus relatos me incendiaron la imaginación".

Sin embargo, Cukurs era un ferviente nacionalista y, a finales de la década de 1930, se hizo miembro de una organización fascista llamada La Cruz del Trueno. La Unión Soviética se anexionó los estados bálticos nada más empezar la Segunda Guerra Mundial, como parte de la división de los despojos que acordaron Hitler y Stalin y que refrendó el pacto Molotov-Ribbentrop haciéndolos aliados de facto entre 1939 y 1941. Cuando el ejército de Hitler invadió la Unión Soviética en junio de 1941, lo primero que ocuparon fueron los países bálticos. En Letonia, el coronel Victor Arajs, un expolicía letón, dirigía una unidad que llevaba su propio nombre: el Comando Arajs, compuesta por voluntarios de grupos de extrema derecha dispuestos a ayudar a los nuevos ocupantes. Eligió como segundo a Cukurs e inmediatamente empezaron las redadas, las palizas y los asesinatos de judíos.

Después de la guerra, los supervivientes de estas acciones testificaron ante una comisión encargada de los crímenes nazis en los estados bálticos y muchos de ellos recordaban perfectamente el papel de Cukurs. Según Raphael Schub, "él fue el que empezó con la aniquilación de los judíos de Riga", a principios de julio. Sus hombres y él metieron a trescientos judíos letones en la Gran Sinagoga y les ordenaron "abrir el arca sagrada y extender los rollos de la Torá por el suelo" mientras se disponían a prender fuego al edificio. Cuando los judíos se negaron a cumplir sus órdenes, "Cukurs golpeó salvajemente a muchos". Sus hombres empezaron entonces a echar gasolina por el suelo, se colocaron cerca de las salidas y lanzaron al interior una granada de mano. La sinagoga ardía y los judíos intentaban escapar, pero los hombres de Cukurs disparaban a cualquiera que saliera por la puerta. "Aquellos trescientos judíos, entre los que se encontraban muchos niños, murieron abrasados", concluyó Schub.

Abraham Shapiro, que tenía dieciséis años en aquel momento, estaba en casa cuando Cukurs apareció por allí y le anunció a su familia que se quedaba con la vivienda para su uso personal. Les obligó a marcharse y arrestó al padre, que fue inmediatamente ejecutado. A Shapiro lo mandaron a la sede de la policía letona, donde los prisioneros judíos se amontonaban en unas cien celdas diminutas. Allí, pudo ver en distintas ocasiones cómo Cukurs y sus hombres metían a cientos de estos judíos en camiones. Shapiro y otros prisioneros se encargaban de cargar palas y picos en una camioneta. Los camiones volvían unas pocas horas más tarde, vacíos. "Las palas estaban sucias, manchadas de polvo, tierra y restos de sangre", testificó.

Luego, los alemanes arrestaron a unos diez mil judíos y los llevaron a un bosque, donde los fusilaron. David Fiszkin, otro de los supervivientes, testificó que Cukurs había acompañado a los judíos en su camino hacia el bosque, colocado al final de la larga columna y disparando a cualquiera que no pudiera seguir el ritmo. "Cuando un niño lloraba, Cukurs lo arrancaba de los brazos de su madre y lo mataba de un disparo –recordó–. Pude ver con mis propios ojos cómo disparaba y mataba a diez niños y bebés".

Como Cukurs había sido tan famoso en Letonia antes de la guerra, los supervivientes lo identificaron fácilmente, a diferencia de muchos otros casos en los que los asesinos eran difíciles de distinguir unos de otros. Su unidad fue responsable de la muerte de unos treinta mil judíos, y se ganó el apodo de "el verdugo de Riga", pero justo después de la guerra logró

escapar de Europa y acabó en São Paulo, Brasil, donde gestionaba un puerto deportivo y seguía volando en su propio avión. Durante casi dos décadas vivió una vida de lo más cómoda y al sol; estaba tan convencido de que su pasado había quedado atrás que ni siquiera se molestó en cambiarse el nombre. Cukurs era consciente del destino que había corrido Eichmann, por supuesto, pero en comparación él era "un asesino sádico pero de poca monta", como lo definiría posteriormente un escritor israelí, y por eso pensaba que no sería la prioridad de ningún cazador de nazis.

El 23 de febrero de 1965, Cukurs llegó a Montevideo, Uruguay, para reunirse con Anton Kuenzle, un empresario austriaco con el que acababa de hacer amistad en São Paulo. Kuenzle llevaba tiempo buscando nuevas inversiones en Sudamérica y estaba valorando a Cukurs como posible socio. El plan era montar una oficina temporal en Montevideo y Kuenzle quería enseñarle a Cukurs la casa que podía servirles para ese propósito.

Kuenzle entró primero en la casa, con Cukurs justo a su espalda. En cuanto este último se adentró en la penumbra del recibidor, el primero cerró de un portazo. En ese momento, el letón pudo ver a varios hombres en ropa interior que saltaban sobre él. Inmediatamente se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y, aunque tenía casi sesenta y cinco años, "luchó como un animal salvaje herido –recuerda Kuenzle–. El miedo a morir le dio una fuerza increíble". En ese momento, uno de sus atacantes le golpeó en la cabeza con un martillo, llenándolo todo de sangre, lo que aprovechó otro de los miembros del equipo para acabar con él, disparándole dos veces en la cabeza.

En realidad, "Kuenzle" era Yaakov Meidad, un maestro del disfraz que había formado parte del equipo del Mosad que secuestrara a Eichmann cinco años antes; cambiando frecuentemente de aspecto físico, había sido el encargado de alquilar los pisos francos y los coches en Buenos Aires y de comprar los suministros necesarios. En esta ocasión, Meidad se había hecho pasar por un empresario austriaco para ganarse la confianza de Cukurs y hacerle caer en la trampa que le había tendido. Los otros agentes del Mosad iban en calzoncillos porque no querían mancharse la ropa de cara a la posterior huida. Una precaución que se demostró de lo más inteligente.

Los israelíes metieron el enorme cuerpo de Cukurs en el maletero de un vehículo que habían traído al efecto. Antes de cerrarlo, le colocaron una hoja en el pecho con un mensaje escrito en inglés:

VEREDICTO

Considerando la gravedad de los crímenes de los que se acusa a HERBERT CUKURS, en especial su responsabilidad personal en el asesinato de treinta mil hombres, mujeres y niños, y teniendo en cuenta la terrible crueldad con la que HERBERT CUKURS llevó a cabo estos crímenes, condenamos al mencionado CUKURS a muerte.

Fue ejecutado el 23 de febrero de 1965.

Firmado: 'Los que nunca olvidarán'.

Después de abandonar Uruguay, Meidad y su equipo esperaron a que la prensa informara del descubrimiento del cuerpo de Cukurs. Viendo que pasaban los días y no se sabía nada del asunto, dieron el aviso a un par de agencias de noticias de Alemania occidental, incluyendo incluso la dirección exacta de la escena del crimen. La historia se publicó en los periódicos de medio mundo, mencionando el hecho de que el misterioso grupo responsable se hacía llamar "Los que nunca olvidarán". Como señaló *The New York Times*, "el caso de Cukurs, como el de Eichmann, tiene un halo de intriga y de misterio".

Sin embargo, para la mayoría de la prensa esta noticia duró un día, sin mayor cobertura. Fuera de Letonia, y a diferencia de Eichmann, a Cukurs apenas se lo conocía y, evidentemente, no pasó por juicio alguno que diera a conocer mejor la magnitud de sus crímenes. Incluso hoy, en Israel, muchos no tienen ni idea de esta operación del Mosad, la única que se puso en marcha con la autorización oficial para asesinar a uno de los responsables del Holocausto.

¿Por qué eligieron a Cukurs, entonces? Sus crímenes fueron horribles, pero no mucho peores que los de otros tantos asesinos que seguían viviendo una vida tranquila en aquel momento. En 1997, Meidad por fin escribió un libro en hebreo describiendo al detalle la misión que acabó con Cukurs, pero tuvo la precaución de escribirlo bajo el seudónimo de Anton Kuenzle. En 2004, se publicó una edición en inglés titulada *The Execution of the Hangman of Riga: the Only Execution of a Nazi War Criminal by the Mosad* [La ejecución del verdugo de Riga: la única ejecución de un criminal de guerra nazi a manos del Mosad]. La mayoría de los lectores solo conocieron su verdadero nombre cuando leyeron su obituario, el 30 de junio de 2012.

En su libro, Meidad recordaba la primera conversación que mantuvo con el dirigente del Mosad que le encargó la misión. Este oficial, a quien solo identificaba por su nombre, Yoav, le dijo que al gobierno le alarmaba la

posibilidad de que el estatuto de prescripción de delitos de Alemania occidental permitiera a criminales como Cukurs salirse con la suya, dado que el debate sobre si extender dicho estatuto o no estaba aún en marcha y con resultado incierto. También señaló que el secuestro y juicio de Eichmann cuatro años antes "ha conseguido que la gente tome conciencia del horror nazi, pero ese efecto parece [...] que se va perdiendo poco a poco".

Yoav insistió en que los israelíes tenían la obligación "de dar la vuelta a esta tendencia al olvido". El éxito en la operación Cukurs, añadió, "metería el miedo en el cuerpo de decenas de miles de criminales de guerra nazis [...] ¡No deben tener un solo momento de paz y tranquilidad hasta el día en que se mueran!". Aun reconociendo que Israel no tenía los recursos suficientes para perseguir a todos esos criminales, pensaba que Cukurs podría servir como ejemplo para los asesinos menos conocidos.

Todas estas explicaciones son plausibles, pero no necesariamente definitivas. Rafi Eitan, quien fuera líder del equipo que secuestró a Eichmann pero que no tuvo nada que ver con la operación Cukurs, señaló durante nuestro encuentro de 2013 lo siguiente: "Si quieres matar a un hombre, lo más fácil es dispararle desde lejos. No hace falta organizar una operación". El hecho de que el Mosad decidiera mandar a sus agentes para matarlo en persona, es decir, para que Cukurs fuera perfectamente consciente de lo que estaba sucediendo, le haría pensar que ahí había una "cuestión personal" de por medio. Con ello, quería decir que puede que hubiera alguien en la cúpula del Mosad deseoso de ajustar cuentas con Cukurs.

Solo después de la muerte de Cukurs, Meidad descubrió que uno de los soldados de su unidad de asalto era de origen letón y su familia había vivido en Riga. "Cukurs y sus hombres los mataron a todos", señaló Meidad. Sin embargo, un miembro como otro cualquiera de su equipo no podía ser el responsable de la decisión de asesinar al Verdugo de Riga. Aún hoy quedan muchas preguntas por contestar acerca de este suceso singular.

Sin embargo, hace poco se ha producido una especie de epílogo: en 2014, se estrenó en Letonia un musical acerca de la vida de Cukurs. Aunque se incluyó una breve escena al final del mismo en la que aparecía rodeado de gente que le gritaba "asesino", la obra se centraba en su época de famoso aviador anterior a la guerra. Como a Cukurs nunca se le juzgó –argumenta el productor, Juris Millers–, "al menos desde el punto de vista legal todavía

es inocente. Hay algunas personas que afirman que era un asesino pero también hay otras que insisten en verlo como un héroe”.

El Consejo Judío Letón, Israel, Rusia y otras instituciones denunciaron inmediatamente el intento de la obra de lavar la imagen de un asesino de masas. “No deberíamos tolerar bajo ningún concepto los intentos de convertir a un odioso criminal en un héroe cultural”, afirmó un portavoz del ministerio israelí de Asuntos Exteriores. El gobierno letón, que se había negado a limpiar la reputación de Cukurs pese a la insistencia de su familia, dejó muy claro que no estaban en absoluto contentos con la obra en cuestión. Pese a señalar que el compromiso del país con la libertad de expresión les impedía prohibirla, el ministro de Asuntos Exteriores, Edgars Rinkēvičs, afirmó: “Haber sido un miembro del Comando Arajs no es algo que merezca canción alguna. Dejemos que los que acudan a la representación la valoren por sí mismos; en cualquier caso, la postura del gobierno está clara: no nos parece de buen gusto”.

Sin embargo, muchos letones aplaudieron fervientemente al final de cada representación, prefiriendo guardar en su memoria el recuerdo de Cukurs como el popular aviador de la década de 1930 e ignorar sus actividades posteriores como asesino. En ese sentido, Yoav, el oficial del Mosad que le encargó a Meidad la misión, tenía razón: en lo que respecta al Holocausto, la memoria de la gente es demasiado frágil… y peligrosamente selectiva.

Los cazadores de nazis siempre fueron conscientes de ello. Suponía una motivación extra que les impedía rendirse.

XII
‘CIUDADANOS EJEMPLARES’

“Para la policía y la prensa, no es más que un viejo pesado con los archivadores llenos de fantasmas; si lo matas, lo convertirás en un mártir con enemigos vivos aún por capturar”. (El doctor Josef Mengele, el “Ángel de la Muerte” de Auschwitz, hablando del personaje inspirado en Simon Wiesenthal dentro de *Los niños del Brasil*, la exitosa novela de Ira Levin).

*E*ntre las muchas leyendas que rodean a los cazadores de nazis ninguna está más lejos de la verdad que el retrato de Wiesenthal como un depredador que buscaba continuamente enfrentarse directamente a su presa, persiguiendo a los fugitivos nazis si era preciso hasta los más recónditos escondites de América del Sur. Su imagen es la de Laurence Olivier en la película *Los niños del Brasil* (1978), especialmente el momento en el que por fin encuentra a Mengele (interpretado por Gregory Peck) en una granja de Lancaster, Pensilvania, y se enzarza con él en una batalla a vida o muerte. Cuando Olivier echa a su rival, literalmente, a los perros –los famosos dóbermans que no dejan de gruñir– para acabar con él, la historia se desvía por completo de la realidad, dejando entre el público una imagen de Wiesenthal imposible de cambiar: a partir de ahí, todo el mundo lo verá como una mezcla de Colombo y James Bond.

En realidad, parte de culpa de esta imagen es del propio Wiesenthal. En 1961, había publicado su libro *Ich Jagte Eichmann* [Yo cacé a Eichmann], aprovechando que el jefe del Mosad, Isser Harel, no podía atribuirse el mérito del secuestro ni explicar qué pistas habían sido las más importantes para el éxito del mismo. A pesar de las matizaciones de Wiesenthal, afirmando que solo era una parte más de “un mosaico” de gente que había

puesto su granito de arena para capturar a Eichmann, lo cierto es que estaba encantado de haberse convertido en una celebridad. En cierto modo, este éxito sobrevenido lo ayudaba a recuperarse del cierre obligado de su Centro de Documentación de Linz, en 1954. De hecho, el 1 de octubre de 1961, abrió un nuevo Centro de Documentación, esta vez en Viena, con la ayuda de la comunidad judía de esa ciudad.

Su nueva condición le dio nuevas fuerzas, exhibiendo esa peculiar habilidad para promocionarse y ayudando a que las historias de nazis en fuga y cazadores de nazis se convirtieran en algo habitual dentro de la cultura popular. Frederick Forsyth recurrió a él para que lo ayudara con la ambientación de *Odessa*, su exitosa novela de 1972, que se convertiría en una de las películas más taquilleras de 1974. Al parecer, Forsyth se había inspirado en un capítulo de las memorias que Wiesenthal había escrito en 1967, *Los asesinos entre nosotros*. Wiesenthal aceptó encantado el ofrecimiento. Incluso convenció a Forsyth de que convirtiera a su villano en un personaje real: Eduard Roschmann, un austriaco que había estado al mando del gueto de Riga. Al igual que el letón Herbert Cukurs, Roschmann era tristemente famoso por su particular brutalidad.

Después de la guerra, Roschmann había huido a Argentina, pero el éxito del libro y de la película no hicieron sino aumentar la presión para que las autoridades locales lo capturaran y extraditaran. “Roschmann se convirtió en el fugitivo amenazado que retrataba la película”, señaló Wiesenthal lleno de satisfacción. El antiguo nazi huyó a Paraguay en 1977, pero a las dos semanas de llegar allí murió de un infarto. La película ofrecía un final aún más catártico: a Roschmann lo capturaban y lo mataban.

Wiesenthal no se cansó de repetir que le habían ofrecido hacer de sí mismo en la película a cambio de una buena cantidad de dinero, “pero no quería involucrarme tanto en la industria del entretenimiento”. Ahora bien, la industria del entretenimiento siempre ha mantenido una fascinación muy peculiar hacia Wiesenthal; de hecho, hace poco hemos podido ver un retrato dramático que se acerca mucho más al verdadero Wiesenthal, reflejando la ambigüedad y el regocijo con los que veía a la imagen que se tenía de él. Se trata de *Wiesenthal*, una obra *off-Broadway* estrenada en 2014, con Tom Dugan como guionista y único actor. En la publicidad se describe a Wiesenthal como “el James Bond judío”, pero el personaje de la obra no puede sino reírse ante tal afirmación. “Mis armas son la persistencia, la

publicidad y la documentación”, le dice al público. Y esa es la verdad, sin más.

Eso sí, aunque Wiesenthal no tenía problema en explotar su imagen e incluso burlarse de sí mismo en ocasiones, se tomaba muy en serio su reputación como el cazador de nazis particular más importante, empeñado en poner una cierta distancia con respecto a cualquiera que pudiera discutirle tal honor. Tuvia Friedman, que había creado el primer Centro de Documentación en Viena justo después de la guerra pero que después se mudó a Israel en 1952, fue de los que más decepcionados quedaron al verse eclipsado por Wiesenthal, especialmente después del secuestro de Eichmann. “Tú eres el gran cazador de nazis y yo no soy más que un segundón”, le escribió Friedman. A este respecto, Tom Segev, el biógrafo de Wiesenthal, mantiene que el austriaco trataba a Friedman “como a un pariente pobre” que había cometido el error crucial de instalarse en Israel, donde sus actividades cada vez generaban menos atención.

Wiesenthal se mantuvo firme en su decisión de quedarse en Viena, incluso después de que un grupo encabezado por un alemán con pasado nazi que había escapado de prisión colocara una bomba el 11 de julio de 1982 en la entrada del edificio donde vivía. El dispositivo llegó a explotar, dañando su vivienda y rompiendo las ventanas de la casa de al lado, pero no hubo heridos. Aunque las autoridades vienesas colocaron un escolta en su despacho y otro en su domicilio para protegerlo, nunca consideró que los incidentes como esos o la cantidad de cartas amenazantes que recibía cada día fueran motivo suficiente para irse a vivir definitivamente a Israel. “No, lo mío es cazar cocodrilos, así que tengo que vivir en el pantano”, le dijo a un abogado estadounidense con su característica sonrisa irónica.

Serge Klarsfeld era uno de los jóvenes cazadores de nazis que más admiraban a Wiesenthal e hizo por visitarlo por primera vez en Viena, en agosto de 1967. El francés, que por entonces tenía treinta y un años, se quedó sorprendido por el hecho de que a Wiesenthal “no le revolviera las tripas” que Kiesinger, un antiguo jefe de propaganda del partido nazi, hubiera sido elegido como canciller alemán. Más tarde, Wiesenthal condenaría públicamente la famosa bofetada de Beate Klarsfeld y las demás protestas algo teatrales de la pareja. “No estábamos de acuerdo en la manera de actuar con respecto a los alemanes ni compartíamos los mismos métodos –afirmó Serge–. Mientras Wiesenthal se hacía fotos con los líderes del momento, nosotros acabábamos en la cárcel”.

Serge admite que Wiesenthal se merece todo el reconocimiento del mundo por haber mantenido encendida la llama de la lucha contra los nazis en los años 50 y los primeros 60, cuando muchos de ellos fueron liberados o nadie los buscaba siquiera. Sin embargo, la relación entre los Klarsfeld y el veterano cazador de nazis se enturbió casi desde el principio. A Wiesenthal no solo le espantaban sus tácticas de enfrentamiento constante –que, especialmente Beate, no dejaron de utilizar en ningún momento, viajando incluso a Latinoamérica para exigir que los nazis respondieran ante la justicia y protestar de paso contra los regímenes de derechas que ocupaban entonces el poder–, sino que no simpatizaba en absoluto con sus posturas izquierdistas.

Wiesenthal era conservador tanto en su vida personal como en la política, además de un declarado anticomunista que acusó al régimen polaco de "alimentar el antisemitismo con los mismos fines de siempre: distraer la atención de su propia incompetencia y sus propios delitos". A menudo repetía que los comunistas polacos y el Kremlin estaban divulgando información maliciosa contra él, incluyendo documentos falsos en los que se le acusaba de todo, desde colaborar con los nazis a trabajar para la CIA o el gobierno israelí. Beate, al contrario, estaba orgullosa de los halagos que recibía regularmente del gobierno y la prensa de Alemania oriental y escribía cada semana un artículo defendiendo una Alemania occidental procomunista… aunque ella también protestaba por el uso propagandístico del antisemitismo en los regímenes comunistas.

Estas diferencias no harían sino agravarse con el tiempo, elevando la tensión entre los cazadores de nazis.

Desde el primer momento, Wiesenthal entendió que su misión iba más allá de buscar justicia para los millones de víctimas de su generación: había, además, que educar a los jóvenes. Eran dos objetivos inseparables y requerían de los mismos métodos. La denuncia pública y, en el mejor de los casos, la captura y el juicio de antiguos nazis eran la mejor oportunidad para conseguir pruebas que contrarrestaran los esfuerzos de posguerra por negar, o al menos minimizar, los horrores del Tercer Reich. En algunos casos, la denuncia pública –es decir, ponerle nombres y apellidos a determinadas acciones que parecían demasiado grandes y abstractas para que la gente pudiera empatizar con ellas– ya le bastaba a Wiesenthal para

sentir que lo que hacía valía para algo, aunque después no hubiera consecuencias legales para los responsables.

Probablemente, el ejemplo más representativo de este método lo podamos encontrar en su búsqueda del oficial de la Gestapo que detuvo a Ana Frank. En octubre de 1958, cuando Wiesenthal aún vivía en Linz, el Landestheater estrenó la obra *El diario de Ana Frank*. Un amigo le llamó una noche para decirle que tenía que ir cuanto antes al teatro para ser testigo de las airadas muestras de antisemitismo que se estaban produciendo. Llegó cuando la obra acababa de terminar y Wiesenthal se enteró de que unos provocadores adolescentes se habían pasado buena parte del espectáculo gritando “¡Traidores! ¡Vendidos! ¡Estafadores!”. También habían lanzado octavillas en las que se afirmaba que la famosa escritora del diario en realidad jamás existió. “Los judíos se han inventado toda esta historia para conseguir sacar más dinero en las compensaciones. No os creáis ni una sola palabra. Es todo un puro invento”.

Todo ello formaba parte, en opinión de Wiesenthal, de los constantes intentos de antiguos nazis y simpatizantes por desacreditar un libro que se había convertido en un éxito mundial y que personalizaba el Holocausto de una manera que les resultaba demasiado incómoda. Estaban intentando “envenenar las mentes” de las nuevas generaciones, concluyó. Dos días más tarde, sentado en una cafetería con un amigo hablando del incidente, Wiesenthal vio a unos chicos de instituto sentados en la mesa de al lado y decidió preguntarle a uno de ellos qué pensaba acerca de toda la polémica. El chico repitió la frase de que Ana Frank no era una persona real.

“¿Y el diario?”, le preguntó Wiesenthal. El chico contestó que podía ser un invento y que no suponía prueba alguna de la existencia de Frank. Tampoco le hizo cambiar la opinión el hecho de que Otto Frank, el padre de Ana y el único superviviente de la familia, hubiera explicado ante la justicia cómo la Gestapo los arrestó y cómo los deportaron a Auschwitz de inmediato. (Posteriormente, Ana y su hermana mayor, Margot, fueron trasladadas a Bergen-Belsen, donde murieron justo antes de que la guerra terminara; Ana solo tenía quince años por entonces).

Como último recurso, Wiesenthal le preguntó si le valdría como prueba el testimonio del oficial que había llevado a cabo la detención. “De acuerdo, pero solo si él mismo lo reconoce”, contestó el chico, convencido de que eso no sucedería jamás.

Wiesenthal se tomó sus palabras como un reto personal. Durante años, no consiguió avanzar en la investigación, pero un apéndice del diario de la chica mencionaba a un antiguo empleado de la compañía en la que trabajaba el padre que había ido a la sede de la Gestapo, después de que la familia fuera arrestada, con la esperanza de ayudarlos. El hombre recordaba haber hablado con el oficial que había llevado a cabo la detención, un hombre de la SS de Viena cuyo nombre empezaba por algo parecido a "Silver". Wiesenthal asumió que debía de tratarse de "Silber", en alemán, y se puso a buscar en el listín telefónico de Viena, encontrando a varios "Silbernagels" que habían trabajado en la SS, aunque ninguno resultó ser su hombre.

Así siguieron las cosas hasta que, en 1963, Wiesenthal visitó Ámsterdam. Un policía holandés le dio la fotocopia del directorio telefónico de 1943 de la Gestapo en Holanda, que incluía trescientos nombres. En el vuelo de vuelta a Viena, encontró el nombre "Silberbauer" bajo el titular "IV B4, Joden (Judíos)". Consciente de que muchos de los agentes de ese departamento eran policías, Wiesenthal contactó con un alto cargo del ministerio del Interior que le aseguró que se encargarían de investigar el asunto. Así lo hicieron, pero en cuanto descubrieron que Karl Silberbauer, el agente que admitió haber arrestado a Ana Frank, seguía trabajando en la policía de Viena, intentaron tapar todo el asunto. Se limitaron a suspenderlo de servicio, pero el *Volkstimme*, el periódico del Partido Comunista de Austria, recuperó la historia después de que les llegara el rumor de que Silberbauer se andaba quejando de que "el tema de Ana Frank le estaba causando problemas". Radio Moscú también se hizo eco de la historia.

Wiesenthal no consiguió que ningún fiscal procesara a Silberbauer, pero sus esfuerzos se vieron recompensados cuando otros periodistas se interesaron por el personaje. Siguiendo la pista que le había dado el propio Wiesenthal, un reportero holandés fue a entrevistar a Silberbauer en Viena. "¿Por qué os ha dado conmigo después de tantos años?", se quejó el antiguo oficial de la SS. "Me limité a cumplir con mi deber". Cuando le preguntaron si lamentaba lo que había hecho, Silberbauer contestó: "Desde luego que lo lamento, a veces me siento tremendamente avergonzado". ¿Por qué? Porque le habían suspendido del cuerpo de policía y había perdido su permiso para viajar gratis en tranvía; ahora tenía que comprar un billete como el resto de la gente.

El reportero le preguntó si había leído el diario de Frank. “Me compré el librito la semana pasada para ver si salgo –contestó Silberbauer–. Pero se ve que no”. Al parecer, no se le ocurrió pensar que al arrestar a la autora le había negado la posibilidad de seguir escribiendo su diario.

El nombre de Silberbauer salió a la luz porque su víctima era famosa, pero no dejaba de ser un funcionario de bajo nivel dentro del Tercer Reich. Como muchos otros que enviaron a personas menos conocidas a la muerte, nunca llegó a pagar un precio de verdad por sus acciones. A Wiesenthal le habría gustado ir más allá de la denuncia pública, pero las autoridades no mostraron ningún interés en procesarlo.

En cualquier caso, Wiesenthal tenía motivos de sobra para sentirse orgulloso. En las siguientes décadas, el diario de Ana Frank se consagró como uno de los testimonios personales más potentes acerca del Holocausto, un ejemplo para nuevas generaciones de escolares. Los esfuerzos por desacreditarlo quedaron en nada. Incluso los simpatizantes nazis más fervientes se vieron incapaces de contradecir el testimonio directo de un oficial de la SS que no veía que hubiera hecho nada malo.

Wiesenthal recuerda en su posterior libro de memorias, *Justicia, no venganza*, que en enero de 1964 estaba sentado tranquilamente en la terraza del café Royal de Tel Aviv cuando le avisaron de que tenía una llamada. Al volver a su mesa, se encontró con que estaba ocupada por tres mujeres. Estaba a punto de tomar la revista que se había dejado allí y buscar algún otro sitio libre cuando una de las mujeres se levantó y se disculpó en polaco por sentarse a su mesa. “Cuando oímos su nombre por los altavoces, sentimos el impulso de hablar con usted –afirmó–. Las tres estuvimos en Madjanek, así que pensamos que teníamos que hacerle una pregunta. ¿Sabe qué pasó al final con Kobyła?”.

En polaco, “Kobyła” significa “yegua”, pero Wiesenthal no tenía ni idea de a qué o a quién se refería aquella mujer.

“Discúlpeme, siempre damos por supuesto que todo el mundo sabe quién era Kobyła”, añadió la señora. Le explicó que ese era el apodo con el que se conocía a una guardia austriaca a la que todas las internas temían especialmente por su costumbre de patear sin contemplaciones a las prisioneras y utilizar a la mínima el látigo que llevaba consigo cada vez que llegaba un nuevo cargamento. Su nombre real era Hermine Braunsteiner.

La mujer empezó a agitarse cada vez más, describiendo un incidente tras otro: “Nunca olvidaré a ese niño, el niño… un niño pequeño, ya sabe”, empezó. Era la historia de un prisionero con una mochila a la espalda que había pasado por delante de Braunsteiner. La guardia le soltó inmediatamente un latigazo a la mochila y en su interior empezó a llorar un niño escondido. Braunsteiner le ordenó al hombre que abriera la mochila, ante lo cual el niño saltó y empezó a correr. “Pero Kobyła se lanzó a atraparlo, lo agarró con tanta fuerza que el niño empezó a gritar y le metió una bala en…”. La mujer no pudo continuar y se echó a llorar desconsoladamente.

Sus acompañantes tomaron el relevo, contando más historias horribles. Cuando llegaba un nuevo transporte, las mujeres se aferraban a sus hijos más pequeños, especialmente antes de entrar en los camiones que los conducían a las cámaras de gas. Braunsteiner se encargaba de separarlos con sus propias manos. Junto con otras dos guardias que eran igual de crueles, se ensañaba en especial con las chicas más jóvenes. “Las golpeaba con el látigo en la cara, preferiblemente en los ojos”, recordó una mujer. No bastaba con mandarlas a la cámara de gas, antes necesitaba atormentarlas.

El Ejército Rojo llegó a la ciudad polaca de Lublin y liberó el campo de Majdanek en julio de 1944 y, a finales de noviembre, los guardias de la SS y el resto del personal capturado tuvieron que comparecer ante un tribunal, que condenó a ochenta de los acusados. Después de esta charla en Tel Aviv, Wiesenthal comprobó si Braunsteiner estaba entre esas ochenta personas; resultó que no. Al parecer, la habían detenido en el estado de Carintia, al sur de Austria, en 1948, y la habían juzgado en Viena por su trato brutal hacia las prisioneras, patadas y latigazos incluidos, durante su etapa como guardia en Ravensbrück, otro campo de concentración. De sus días en Madjanek apenas se hablaba en la sentencia. Se la condenó “solo a tres años de cárcel”, apuntó Wiesenthal en su libro.

Eso quería decir que Braunsteiner debía de llevar más de una década en libertad, y Wiesenthal estaba decidido a encontrarla. Su última dirección registrada estaba en Viena y databa de 1946, así que decidió comprobar si sus antiguos vecinos sabían algo de su paradero actual. El primer vecino al que se acercó le cerró la puerta en las narices cuando le explicó sus intenciones, pero otra vecina, una mujer mayor que había conocido a la familia, sí aceptó hablar con él, aunque dejó claro enseguida que no se creía las acusaciones contra Braunsteiner, a quien recordaba como una jovencita

que iba “bien vestida” a la iglesia los domingos. La mujer no sabía adónde había ido después de ser puesta en libertad pero sí tenía las direcciones y los nombres de algunos de sus familiares en Carintia.

Consciente de que no era probable que los familiares de Braunsteiner se fiaran de él, Wiesenthal le pidió ayuda a uno de los jóvenes austriacos que acababan de acudir a su oficina para ofrecerse como voluntarios. Richard, como lo llama en sus memorias, había confesado con toda sinceridad que venía de una familia de antisemitas y que su padre había muerto en combate en 1944, luchando por el Tercer Reich. Sin embargo, estaba convencido de que su padre no habría estado de acuerdo con los asesinatos en masa. No fue ninguna casualidad que la mayoría de estos jóvenes ofrecieran su ayuda a Wiesenthal después de que el juicio de Eichmann hubiera puesto el foco de nuevo en el Holocausto. “La gente como Richard le da a la gente como yo un motivo para sobrevivir y quedarnos en Austria”, señaló Wiesenthal.

Richard viajó a Carintia y, siguiendo el plan de Wiesenthal, se las ingenió para entablar relación con los familiares de Braunsteiner. Les dijo que tenía un tío al que habían condenado injustamente a cinco años de prisión, lo que provocó que los familiares respondieran inmediatamente que el caso de Braunsteiner era parecido. Pronto descubrió que, después de salir de prisión, “Kobyła” se había casado con un estadounidense y se habían ido a vivir a Halifax. Un superviviente de Auschwitz que vivía en dicha ciudad le contó a Wiesenthal que Braunsteiner y su marido, un tal señor Ryan, se acababan de mudar de nuevo, esta vez a Maspeth, en el barrio de Queens, Nueva York.

Wiesenthal era consciente de que hasta aquel momento el gobierno de Estados Unidos no había juzgado ni extraditado a ningún nazi que se hubiera instalado en su país. En consecuencia, era de suponer que todavía vivía allí… o que al menos aún podía seguirse su rastro. En ese momento, decidió trasladar toda la información a Clyde A. Farnsworth, un corresponsal de *The New York Times* que acababa de escribir un reportaje sobre él titulado “El detective con seis millones de clientes”. Farnsworth inmediatamente compartió el soplo con la sede central en Times Square.

Los editores le asignaron la historia a Joseph Lelyveld, un reportero debutante al que le tocaba hacer un poco de todo. Según Lelyveld, el mensaje que le enviaron incluía información sobre Hermine Braunsteiner, su cambio de apellido a Ryan y el barrio obrero donde vivía, Maspeth. Lo que no venía por ningún lado era la dirección exacta, aunque Wiesenthal

insiste en que sí se la envió. En cualquier caso, Lelyveld se hizo rápidamente una idea de su cometido: “localizar a una guardia de un campo de exterminio de pésima reputación, siguiendo las pistas de un famoso cazador de nazis de Viena”.

Puesto que no sabía el nombre de pila del marido de Braunsteiner, hizo una lista con todos los Ryan que aparecían en el listín telefónico de Queens y cuyo domicilio pertenecía al barrio de Maspeth. Se preparó para un largo día llamando a distintas puertas, pero la primera señora Ryan a la que preguntó ya le dio la información que necesitaba. Lelyveld le preguntó por una mujer con el mismo apellido procedente de Austria y ella contestó que debía de tratarse de la mujer con acento alemán que se había casado con Russell Ryan. La pareja vivía muy cerca, en el 52-11 de la calle Setenta y dos, añadió amablemente.

Lelyveld llamó a la puerta y ahí estaba aquella mujer. “Señora Ryan, necesito hacerle unas preguntas sobre el tiempo que pasó en Polonia, en el campo de Madjanek, durante la guerra”, le dijo el reportero.

“Oh, Dios mío, sabía que esto acabaría sucediendo”, le contestó Braunsteiner entre sollozos. “Parecía que me estuviera esperando”, recuerda Lelyveld.

El chico entró en la casa y se sentó en el salón, que estaba “perfectamente ordenado, al estilo alemán, con muñecas y relojes de cuco y motivos de los Alpes”. Sentado frente a ella, escuchó su “historia llorosa, autocompasiva” en la que proclamaba una y otra vez su inocencia. Fue una breve conversación pero dio pie a un artículo de lo más dramático titulado: “Una antigua guardia de un campo nazi es ahora una ama de casa de Queens”.

Tras mencionar a Wiesenthal como el responsable del hallazgo, Lelyveld explicaba que, aunque Braunsteiner había estado en prisión en Austria, no había informado del hecho al departamento de inmigración cuando llegó a Estados Unidos en 1959.

El artículo, publicado el 14 de julio de 1964, describía al detalle su corto encuentro:

> De complexión fuerte, con una mueca de seriedad en la boca y el pelo rubio ya tirando a canoso, la mujer llevaba unos pantalones cortos a rayas blancas y rosas y una blusa sin mangas del mismo color.

‘Me limité a hacer lo que hacen los guardias en los campos de concentración’, dijo en un inglés con marcado acento alemán.

‘En la radio no dejan de hablar de paz y libertad –afirmó–. Muy bien. Entonces, ¿por qué se dedican a molestar a la gente quince o dieciséis años después?’

‘Ya recibí suficiente castigo. Pasé tres años en prisión. Tres años, ¿sabe usted lo que es eso? ¿Y ahora quieren que vuelva a pagar por lo mismo?’

Levlyveld consiguió contactar por teléfono con Russell Ryan al cabo de unos días. “Mi mujer, caballero, no le haría daño ni a una mosca –aseguró–. No hay nadie más decente que ella. Me ha dicho que se limitó a cumplir con su deber y punto”. Sin embargo, también reconoció que su mujer nunca le había contado hasta aquel momento que había sido guardia de un campo de concentración ni que había estado en la cárcel por ello.

Que no le hablara a su marido sobre su pasado era una cosa, pero mentir al Servicio de Inmigración y Ciudadanía (INS por sus siglas en inglés) era otra bien distinta. Lelyveld citó en su artículo las palabras de un alto cargo del INS que afirmaba que este hecho podía provocar una revisión de su concesión de la nacionalidad estadounidense, aunque “dichas revisiones rara vez desembocan en la pérdida de la nacionalidad”.

Costaría siete años demostrar que el cargo en cuestión estaba equivocado. Después de una larguísima batalla legal, Braunsteiner perdió su nacionalidad estadounidense en 1971. Polonia y Alemania occidental habían pedido su extradición, lo que le llevó a solicitar que la mandaran a Alemania occidental por miedo al trato que pudiera recibir en Polonia. La extradición se produjo en 1973 y, dos años después, se convertiría en la principal acusada en el juicio al personal de Madjanek que tuvo lugar en Düsseldorf; el juicio se alargó hasta 1981 y Braunsteiner fue condenada a cadena perpetua. En 1996 quedó en libertad por motivos de salud y se fue a vivir a la residencia donde su marido estadounidense, que nunca la abandonó, llevaba un tiempo viviendo. Murió en 1999.

En cuanto a Lelyveld, su artículo fue algo puntual y no siguió cubriendo el tema. El mismo día que volvió de Maspeth, se enteró de que a su padre, el rabino Arthur Lelyveld, le habían dado una paliza en Mississippi, durante los violentos altercados que siguieron al “Verano de la libertad”. El joven reportero pronto se vio cubriendo los disturbios raciales que se desencadenaron en la zona y en ese mismo otoño lo mandaron a África. Acabaría siendo un reportero estrella, director editorial y ganador del

Premio Pulitzer. De 1994 a 2001, fue el director ejecutivo de *The Times,* el puesto más importante de esa histórica institución.

Sentado en una cafetería cercana a su apartamento en el Upper West Side a principios de 2014, Lelyveld parecía verdaderamente sorprendido cuando le mencioné el hecho de que su artículo sobre Braunsteiner, producto de un viaje relámpago a Maspeth, había dado pie a que la gente empezara a interesarse en serio por la cuestión de los nazis refugiados en Estados Unidos. ¿No era consciente del impacto que había tenido ese artículo? "No hasta este momento", afirmó.

Eli Rosenbaum desprecia el término "cazador de nazis" puesto que está convencido de que la combinación de novelas y películas de ficción y la información engañosa o manipulada de la prensa y los libros de ensayo ha dotado al término de connotaciones casi mitológicas. Y, como en casi todos los mitos, la ficción acaba eclipsando los hechos que los inspiraron en un principio. Sin embargo, por mucho que se queje cuando se habla de él como el principal cazador de nazis estadounidense, lo cierto es que Rosenbaum se ha ganado el título a pulso. Ha dedicado buena parte de su vida a perseguir y localizar a los nazis refugiados en Estados Unidos para que les quitaran la nacionalidad y obligarlos así a abandonar el país, deportados o, en caso de acuerdo, de forma voluntaria. Por supuesto "voluntaria" no es el término más adecuado, puesto que son decisiones que los nazis toman bajo la presión que él y otros miembros del departamento de Justicia han aplicado insistentemente a lo largo de estos años.

Los logros de Rosenbaum llevaron a Alan Elsner, el veterano corresponsal de la agencia Reuters, a utilizarlo como modelo para su personaje principal en la novela de suspense de 2007 titulada *The Nazi Hunter*. El protagonista da voz al verdadero Rosenbaum cuando rumia su desagrado:

> Todavía me repatean esas palabras: 'Cazador de nazis'… Parece que estemos hablando de aventureros intrépidos que viajan a las selvas de Sudamérica para localizar a los despiadados torturadores de la Gestapo que viven en sus fortalezas. ¡Ojalá las cosas fueran así! La verdad es mucho menos glamourosa. Soy un abogado, no un aventurero, ni siquiera un detective privado. Llevo trajes oscuros y corbatas sobrias. Me paso el día metido en los archivos consultando microfilms o en larguísimas reuniones y sesiones de juicios. Los nazis con los que tengo que tratar no son peligrosos matones sino hombrecillos grises de setenta u ochenta años que llevan vidas de lo más aburridas y anónimas en alguna barriada de Cleveland o de Detroit.

Por supuesto, Mark Cain, el nombre que le dio Elsner a la versión ficticia de Rosenbaum, acaba envuelto en una de esas fantásticas aventuras a vida o muerte que alimentan la imagen popular de los cazadores de nazis y que el verdadero Rosenbaum tanto desprecia por considerarlas absurdas.

Nacido en 1955, hijo de padres judíos que huyeron de Alemania a finales de los años 30, Rosenbaum creció en Westbury, un pueblo de Long Island. Aunque leyó en el instituto, como el resto de sus compañeros, *El diario de Ana Frank*, el Holocausto no era precisamente una de sus preocupaciones y no lo sería hasta pasados bastantes años. Sabía que muchos de sus familiares europeos habían perecido, pero ese era un tema del que sus padres preferían no hablar. "El hecho de que nadie hablara en casa de ello me hizo ver hasta qué punto se trataba de algo realmente grave, demasiado doloroso como para siquiera mencionarlo", recuerda.

Con todo, poco a poco, Rosenbaum empezó a aprender cosas sobre ese tema que sus padres obviaban. Cuando tenía unos doce años, vio en su pequeño televisor en blanco y negro *La investigación*, la representación del juicio de Auschwitz en Frankfurt que había llevado a cabo Peter Weiss para Broadway y que fue emitida por la NBC. "Esa fue la primera vez que tuve conocimiento de lo que había sucedido en los campos de concentración –señaló en nuestra charla– y me afectó profundamente". De aquella representación guarda un recuerdo muy vívido: el testimonio de una mujer polaca, católica, que explicaba los grotescos experimentos médicos que había sufrido. "Me quedé de piedra", añadió. Un par de años más tarde, leyó *Los asesinos entre nosotros*, de Wiesenthal, lo que le hizo darse cuenta de la cantidad de criminales que no habían recibido castigo alguno, un hecho que volvió a impresionarlo.

A los catorce años, más o menos, su padre le reveló algo inesperado que hizo que la cuestión adquiriera un tinte más personal. Los dos iban en coche desde Long Island al norte del estado de Nueva York, donde su padre había cerrado unas cuantas reuniones para pasar después unos días juntos esquiando. Una tormenta les cortó el paso en la autopista y su padre empezó a contarle sus aventuras en el ejército durante la guerra, uno de sus pasatiempos favoritos. Al principio, lo habían destinado al norte de África y después lo trasladaron a Europa, en concreto a la unidad de guerra psicológica del Séptimo Ejército, que necesitaba con urgencia gente que hablara alemán. En anteriores ocasiones ya le había contado a Eli cómo ponían altavoces cerca de las líneas del frente e invitaban a los soldados

alemanes a entregarse, asegurándoles que los tratarían bien. También contaba a menudo cómo organizaban combates de boxeo dentro de la propia unidad o aquella vez que se emborrachó con sus compañeros, lo que provocó más risas que enfado en el oficial de turno.

Sin embargo, se ve que en ese viaje por el estado de Nueva York a su padre se le habían agotado las viejas historias y de repente le contó a Eli algo que el chico no había oído antes. "No sé si sabes que estuve en Dachau el día después de que lo liberaran", le dijo. Por entonces, Eli ya sabía qué era Dachau. Su padre no formaba parte de la unidad que había liberado el campo, pero estaba cerca de la zona y pronto se extendió el rumor de que allí había sucedido algo terrible. Le ordenaron que fuera al campo junto con otro soldado para comprobar el estado del mismo e informar después a sus superiores. En ese punto de la historia, Eli preguntó por lo más importante: ¿qué había visto su padre cuando llegó al campo?

La nieve arreciaba. "Era una auténtica ventisca, cada vez era más peligroso conducir –recuerda Eli–. Estábamos los dos atrapados en la carretera y yo esperaba su respuesta, pero mi padre no decía nada". Se giró hacia él y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Sus labios parecían querer decir algo pero no conseguían emitir palabra alguna. Finalmente, después de una larga pausa, su padre cambió de tema. "Entendí perfectamente lo que había pasado", comentó Eli, que confirmó lo que ya suponía al ver que sus padres siempre evitaban la cuestión. "El hecho de que aquello fuera tan brutal que ni siquiera pudiera pronunciar palabra me dio toda la información que necesitaba".

A partir de ahí, el joven Rosenbaum se hizo un ávido seguidor de las historias de nazis… y en los años 70 había mucho donde elegir. El reportero de *The New York Times* Ralph Blumental fue el encargado de dar continuación al caso Braunsteiner escribiendo extensos artículos sobre otros criminales nazis que vivían en América, y un joven escritor llamado Howard Blum publicó *Wanted! The Search for Nazis in America* [¡Se busca! La búsqueda de nazis en América]. El libro se convirtió en un exitazo en la categoría de no ficción y tenía como protagonista a Anthony DeVito, un veterano de la Segunda Guerra Mundial que, como el padre de Rosenbaum, había estado en Dachau poco después de su liberación. Después de volver a Estados Unidos casado con una alemana, DeVito trabajó como investigador para el INS, que le asignó el caso Braunsteiner. A partir de ahí ya no pudo parar, intentando encontrar a cada uno de los

cincuenta y nueve criminales nazis que aparecían en la lista que le había pasado un analista del Congreso Judío Mundial y que aún vivían en Estados Unidos.

DeVito tuvo que enfrentarse en repetidas ocasiones a las reticencias de sus jefes y acabó dimitiendo del INS en 1974, declarando a la prensa que sus dirigentes estaban haciendo todo lo posible para obstruir cualquier investigación. "Era un hombre solitario que buscaba venganza", escribió Blum. La idea romántica del cruzado que luchaba contra unos nazis disfrazados, algunos de los cuales habían trabajado para la CIA y otras agencias gubernamentales, cautivó de inmediato la imaginación popular… y la del propio Rosenbaum, quien, por entonces, acababa de matricularse en la facultad de Derecho de Harvard. "Me lo creí todo, desde luego, hasta la última coma", recuerda.

Más tarde, Rosenbaum descubriría que Blum había exagerado el drama, ignorando los primeros esfuerzos de Estados Unidos por mantener alejados del país a numerosos nazis, y le había dado una importancia desmesurada al papel de DeVito. En cuanto al propio DeVito, añadió Rosenbaum, se acabó creyendo el retrato que Blum había hecho de él y empezó a mezclar realidad y ficción en lo que respectaba a la caza de nazis. "Su vida se convirtió en una película de suspense –afirmó Rosenbaum–. Era un tipo que había leído demasiadas novelas de género". Con todo, no hay duda de que el libro de Blum contribuyó a que la gente se diera cuenta de que algo había ido realmente mal si se había permitido que numerosos criminales nazis buscaran santuario en Estados Unidos.

Blum y DeVito no fueron los únicos en llegar a esa conclusión. Poco después de que Elizabeth Holtzman se convirtiera en congresista en 1973, esta demócrata de Brooklyn recibió la llamada de un mando intermedio del INS que quería mantener con ella una reunión no oficial. Su encuentro desencadenó una serie de eventos que, seis años más tarde, culminarían con la creación de la Oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia, que, según Holtzman, tenía como objetivo "convertirse en una unidad de lucha contra los nazis". No podía procesar a ningún nazi por los crímenes que hubieran cometido en el extranjero o mandarlos a la cárcel, pero sí podía hacer públicas las mentiras que habían contado sobre su pasado cuando entraron en el país, lo que en la mayoría de los casos implicaba la pérdida de la nacionalidad y la deportación inmediata, a ser posible a países en los que estuvieran pendientes de juicio.

Holtzman se enteró del caso Braunsteiner y le pareció algo aberrante, así que cuando el oficial del INS se presentó en su despacho de Longworth House para informarle de que el servicio de inmigración disponía de una lista de cincuenta y tres criminales de guerra nazis y no estaba haciendo nada al respecto, su primera reacción fue de incredulidad. "Me parecía imposible", recuerda. Teniendo en cuenta los sacrificios que había hecho Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, añadió, "no tenía sentido que nuestro gobierno permitiera vivir aquí a los criminales de guerra contra los que había luchado".

Sin embargo, la conversación sirvió para que la duda anidara en la mente de Holzman, una duda que se vio reforzada por la lectura de un artículo publicado poco después acerca de Valerian Trifa, un antiguo miembro del grupo fascista rumano Guardia de Hierro que había dirigido su sección estudiantil y al que acusaban de instigar un pogromo en 1941 contra los judíos de Bucarest. Trifa se había instalado después de la guerra en Estados Unidos y había hecho carrera en la iglesia ortodoxa rumana de Norteamérica hasta convertirse en su arzobispo y máxima autoridad. Charles Kremer, un dentista judío de origen rumano, llevaba desde los años 50 financiando por su cuenta una campaña para llevarlo ante la justicia. Trifa siempre había negado las acusaciones, asegurando que las autoridades rumanas estaban intentando difamarlo por su activismo anticomunista.

Pocos meses después de su reunión con el oficial que le había informado acerca de los criminales de guerra nazis, Holtzman tuvo la oportunidad de preguntar directamente a Leonard F. Chapman, alto comisionado del INS y excomandante de los marines, que había sido llamado como testigo ante el subcomité de inmigración.

"¿Tiene en su poder el Servicio de Inmigración y Ciudadanía una lista de supuestos criminales de guerra que viven en Estados Unidos?", le preguntó.

"Sí", fue la respuesta de Chapman.

Holtzmann había dado por hecho que iba a contestarle que no y, como recordaría tiempo después, "casi me caigo del asiento". Cuando le preguntó el número de personas que formaban la lista, Chapman fue igual de claro: "Cincuenta y tres". Sin embargo, cuando encontró el aplomo suficiente para preguntarle qué estaba haciendo el INS respecto a esa lista, Chapman se ocultó detrás de "un cúmulo de palabras, una pantalla de humo verbal" de la que era imposible obtener ninguna respuesta.

Frustrada por su incapacidad para descubrir qué había pasado con la lista, que era similar a la que DeVito había obtenido años atrás, pidió acceso a los documentos. De nuevo, el comisionado la sorprendió al aceptar sin poner pega alguna.

Los papeles estaban en Manhattan y el siguiente fin de semana volvió a su ciudad natal; la hicieron pasar a un despacho donde le esperaba una pila de documentos perfectamente dispuestos para ella. Las historias eran muy similares entre sí: se reflejaban las acusaciones contra cada uno de los criminales de guerra nazis y se pormenorizaban las atrocidades y los frecuentes asesinatos de judíos. Quedaba claro, en cualquier caso, que si los dirigentes del INS habían utilizado esa lista para algo, habría sido como mucho para visitar a los mencionados e interesarse por su salud. No habían investigado los cargos de los que se les acusaba ni habían verificado documento alguno; ni siquiera habían buscado testigos para iniciar una acusación formal. "El INS no está haciendo nada –fue su conclusión–. Es una vergüenza".

A partir de ese momento, Holtzmann inició una campaña para exigir la creación de una unidad especial que investigara esos y otros posibles casos. No tenía ni idea de cuántos criminales de guerra nazis se habían instalado en Estados Unidos, pero estaba convencida de que el INS "era un organismo poco colaborador y en el peor de los casos, directamente obstruccionista". En su opinión, DeVito y Victor Schiano, el fiscal del INS que había trabajado con él en el caso Braunsteiner, habían intentado cambiar las cosas pero habían fracasado en el intento. Según la información que manejaba, ambos habían sido los únicos oficiales del INS interesados en perseguir seriamente a los nazis… y para entonces ya habían dimitido ambos.

Con la ayuda del congresista demócrata por Pensilvania Joshua Eiberg, a la sazón presidente del subcomité de inmigración, y de otros colegas de ambos partidos, Holtzman siguió presionando. En 1977, el INS anunció la formación de una Unidad Especial de Arbitraje con el fin de investigar las acusaciones contra antiguos nazis. El fiscal general Griffin Bell eligió al abogado Martin Mendelsohn –quien, como Holtzman, había crecido en Brooklyn– para ponerlo en marcha y ejercer como su primer director. "No sé nada de todo esto –le dijo Bell a Mendelsohn–, pero esa dama de Brooklyn nos está volviendo locos, así que mejor será contentarla".

Mendelsohn era consciente de que su nueva unidad tendría que enfrentarse a retos enormes a la hora de establecer lo que había pasado en

las décadas anteriores. “Las pruebas en estos casos son como piezas de un rompecabezas que se han ido gastando con el tiempo, de manera que ya no encajan”, afirmó. Cada vez era más difícil encontrar testigos fiables: “Incluso las mejores memorias terminan fallando”. Muchos de los supervivientes ni siquiera podían identificar a sus torturadores. “Cuando estaba en el campo, les miraba a los pies, no a los ojos”, afirmó uno de ellos.

Para cumplir su misión con éxito, Mendelsohn necesitaba el mejor equipo posible, pero la mayoría de los investigadores y abogados del INS, como pronto descubriría, “carecían de capacidad y de competencia”. Incluso criticó a De Vito, al considerarlo como “un engañabobos” que había exagerado sus logros para convencer a todo el mundo, incluido a sí mismo, de que “era Simon Wiesenthal”.

La Unidad de Arbitraje Especial fue un desastre absoluto, pero Holtzman no iba a permitir que eso detuviera su lucha por acabar con la inacción del gobierno. En 1978, consiguió que se aprobara una ley que llevaba defendiendo desde 1975. La Enmienda Holtzman, como pasó a conocerse, le daba poderes al INS para deportar a cualquiera que hubiera participado en las persecuciones nazis. “Esta medida confirma mi creencia de que nunca es demasiado tarde para mostrar nuestra firmeza, clara e inequívoca, ante los crímenes de guerra”, declaró en un comunicado de prensa.

En enero de 1979, la nombraron directora de la subcomisión de inmigración del congreso, lo que no hizo sino reforzar su propósito de conseguir una nueva meta: hacer que esos casos dejaran de depender del INS y pasaran a manos del departamento de Justicia, que disponía de muchos más medios. Mendelsohn se mantuvo de su lado… pero al principio los dirigentes del departamento de Justicia se resistieron a la medida, dejando claro que no tenían la más mínima intención de hacerse cargo de esta responsabilidad.

Holtzman no les dio opción: “Les dije que podían hacerlo de forma voluntaria u obligarme a promulgar una ley que les obligara a ello”, recuerda. Aquel mismo año, 1979, vio la creación de la Oficina de Investigaciones Especiales (OSI en sus siglas en inglés), que pasó a formar parte de la División Criminal del departamento de Justicia. Esta unidad tenía unos objetivos mucho más ambiciosos que los del INS. Con un presupuesto inicial de unos dos millones de dólares, la OSI logró formar un

equipo de cincuenta personas entre abogados, investigadores, historiadores, analistas y personal de apoyo.

En torno a aquellas fechas, Rosenbaum regresaba en su vehículo a la facultad de Derecho de Harvard tras haber asistido a la boda de un amigo en Filadelfia, cuando se detuvo en una gasolinera para beber un refresco y aprovechó para comprar el periódico. Al instante, le llamó la atención una noticia breve sobre los planes del departamento de Justicia para crear la OSI. Como estudiante de segundo año de derecho, necesitaba buscar un trabajo de verano y enseguida decidió intentarlo allí. “Era con diferencia lo que más me apetecía hacer en el mundo entero,”, aseguró.

Llegó a su alojamiento en Cambridge en torno a la medianoche y llamó al departamento de Justicia para pedir el número de la nueva oficina. A las nueve de la mañana siguiente contactó con Mendelsohn, que ya había abandonado el INS para ayudar al OSI en sus primeros pasos. Mendelsohn solo le hizo una pregunta: ¿Conocía a Alan Dershowitz, el afamado profesor de la facultad de Derecho de Harvard? Rosenbaum le contestó que había asistido a sus clases justo el semestre anterior. A continuación, Mendelsohn llamó a Dershowitz, que le confirmó que Rosenbaum era “un buen chico”. Eso le bastó para ofrecerle una beca como ayudante para el verano. “Algo así nunca podría pasar ahora”, afirma Rosenbaum, refiriéndose al complejo proceso de selección de personal que se sigue en la actualidad.

Aunque Mendelsohn dejó pronto el OSI para dedicarse a la acusación como fiscal privado en casos relacionados con el nazismo, Rosenbaum ya había dado el primer paso en un viaje que, después de muchas vueltas, lo acabaría llevando a lo más alto del OSI, convirtiéndose en el director que más años ha estado al frente de la institución y en el mayor cazador de nazis del país.

No era casualidad que la mayoría de los implicados en la persecución de los nazis que habían conseguido llegar a Estados Unidos no fueran ni alemanes ni austriacos, sino provenientes de los países que Hitler había conquistado con su ejército. Había una explicación para ello: en el caos de la Europa de posguerra, muchos de los que habían huido de los territorios ocupados o sobrevivido al Holocausto terminaron en campos de desplazados en Alemania, Austria e Italia. En 1948, el presidente Truman firmó la Ley de Personas Desplazadas, que permitía la entrada de doscientos mil en Estados

Unidos durante los siguientes dos años. Ahora bien, en un periodo en el que el antisemitismo aún estaba demasiado en boga y muchos estadounidenses temían una avalancha de refugiados judíos, se decidió favorecer al resto de grupos: aquellos que venían de países que "habían sido anexionados *de facto* por una potencia extranjera", como los procedentes de los estados bálticos, engullidos por la Unión Soviética, o incluso los *Volksdeutsche*, campesinos de etnia alemana huidos de los territorios que habían estado bajo dominio nazi.

Esta norma iría cambiando con el tiempo, con una mayor liberalización de las condiciones que hizo posible la llegada de unos ochenta mil judíos desplazados entre los casi cuatrocientos mil que consiguieron entrar en Estados Unidos antes de que la ley expirara en 1952. Aunque se veía a los llegados de los estados bálticos y de Ucrania como víctimas del comunismo, lo cierto es que entre ellos había numerosos colaboradores nazis. En cuanto a los inmigrantes de origen alemán que habían vivido en los territorios ocupados por Hitler, la probabilidad de que hubieran colaborado con los nazis era aún mayor. Como señala Allan Ryan, director del OSI de 1980 a 1983: "La ley de desplazados era como lanzar las redes en unas aguas que sabes que están llenas de tiburones. Era inevitable pescar a unos cuantos".

Ryan añade que sería un error inferir que la mayoría de los nuevos inmigrantes estaban implicados en crímenes nazis, pero si calculamos que el 2,5 por ciento había tenido algún tipo de responsabilidad, lo cierto es que "casi diez mil criminales de guerra nazis acabaron en Estados Unidos". La cifra no es más que una estimación y Rosenbaum, entre otros, cree que es demasiado alta. Teniendo en cuenta que apenas se controlaba quién entraba y quién no, los culpables lo tenían muy fácil para colarse junto a los inocentes. A partir de ese momento intentaban pasar lo más inadvertidos posible. No eran como los villanos que aparecían en las películas de Hollywood, siempre tramando nuevos planes para que el nazismo volviera a dominar el mundo. En palabras de Ryan, "se convirtieron en ciudadanos ejemplares y vecinos silenciosos".

Hasta 1973, cuando creció la presión para perseguir a estos colaboradores, el gobierno solo había solicitado la deportación de nueve antiguos nazis y en la mayoría de los casos, los tribunales lo impidieron. Cuando se creó en 1979, el OSI tenía por delante la tarea de rectificar más de tres décadas de absoluta negligencia. La idea era mandar el mensaje de que,

aunque fuera más tarde que pronto, en Estados Unidos estaban dispuestos a librarse de cualquier colaborador nazi que hubiera mentido sobre su pasado para conseguir así la entrada al país.

Rosenbaum esperaba con ansia el momento de entrar como becario en la nueva unidad. En su mente, aún bullían las oscuras conspiraciones que Blum había reflejado en su novela, basadas en las acusaciones que DeVito había hecho públicas cuando dejó el INS. Ahora él mismo podría acceder a los archivos, pensó Rosenbaum, lo que implicaba que "el verano que viene, llegaré hasta el fondo de esta mascarada". Por el contrario, se encontró buscando documentación legal para complejos y fascinantes casos, trabajando con miembros del nuevo equipo, que lo sorprendieron por su dedicación y su inteligencia. "Lo cierto es que no había ninguna gran conspiración ni mascarada que sacar a la luz", añadió con una sonrisa. A finales de verano, su meta era más realista: regresar al OSI cuando se licenciara al año siguiente, que fue exactamente lo que hizo.

La nueva unidad tuvo que enfrentarse al tipo de obstáculos ecormes con los que Mendelsohn había tenido que lidiar cuando intentó que el INS fuera más agresivo en sus acciones. "Tantos años después de acabar la guerra, 'la caza de nazis' se ha convertido en algo dramático, tedioso y complejo", señalaba en 2010 un informe interno del departamento de Justicia a propósito del OSI. A eso había que añadirle la complicación de conseguir pruebas en territorios que estaban al otro lado del telón de acero. A través de los contactos que Holtzman, entre otros, había establecido a lo largo de los años con los dirigentes soviéticos, el OSI pudo acceder al testimonio de testigos que vivían en la Unión Soviética, llevando consigo tanto a los abogados como a los fiscales del caso. Sin embargo, los jueces americanos desconfiaban de cualquier cosa que viniera del bloque oriental, fuera en forma de testimonio o de documento, especialmente en los casos de ucranianos o bálticos que insistían en que no eran más que víctimas de una campaña de descrédito por parte de las autoridades comunistas. El columnista Pat Buchanan, que más tarde sería candidato a la presidencia, fue uno de los que denunció al OSI como portavoz de la propaganda del Kremlin.

Pero, en unos pocos casos, el OSI consiguió resultados relativamente rápidos, con consecuencias a menudo inesperadas. Por ejemplo, en 1981, identificó a Albert Deutscher, un ferroviario de sesenta y un años que había llegado a Estados Unidos en 1952 como alemán de origen ucraniano.

Deutscher había formado parte de un grupo de paramilitares que fusilaba a los judíos según llegaban en tren a Odessa. El día después de que el OSI hiciera pública su denuncia, Deutscher se suicidó tirándose a las vías del tren al paso de un mercancías en Chicago.

Sin embargo, la mayoría de sus batallas legales tardaron años e incluso décadas, incluyendo aquellas que ya se habían puesto en marcha antes de la creación del OSI. Valerian Trifa, el arzobispo rumano acusado de instigar pogromos contra los judíos, nunca dejó de proclamar su inocencia. Cuando le mostraron una foto de sí mismo vestido con el uniforme de la Guardia de Hierro, no le quedó más remedio que admitir que había sido miembro de esa organización fascista, pero insistió en que no había hecho nada malo. Cuando el OSI se hizo cargo de la acusación, en 1980, Trifa renunció a la nacionalidad, pensando que así podría detener el procedimiento legal en su contra. Dos años más tarde, como el gobierno seguía manteniendo los cargos, aceptó que lo deportaran.

Ahora bien, ese no fue el final de su historia: uno de los mayores obstáculos a los que se enfrentaba regularmente el OSI era encontrar un país que quisiera hacerse cargo de estos criminales de guerra y que estuviera dispuesto a procesarlos una vez llegados. El OSI lo intentó con Israel pero fracasó. Los líderes de dicho país no querían dar la impresión de que se podía contar con ellos para albergar más juicios contra nazis; siempre vieron el caso de Eichmann como algo excepcional y no como un precedente. Al final, en 1984, Portugal aceptó la deportación de Trifa, aunque se negó a procesarlo. De hecho, el rumano vivió allí con total libertad y se mostró desafiante en ocasiones: “Los judíos no paran de hablar del Holocausto y tarde o temprano eso les va a pasar factura”, aseguró. Murió tres años más tarde.

Un día, durante su último año en la facultad de Derecho de Harvard, Rosenbaum estaba echando un vistazo a la sección dedicada al Holocausto en una librería de segunda mano de Cambridge cuando se encontró con un libro que hablaba de Dora, un campo de concentración del que no sabía nada. El autor era Jean Michel, un antiguo miembro de la resistencia francesa que había sobrevivido a las penurias de ser prisionero en dicho campo. Incluso para alguien que ya estaba acostumbrado a las historias de terror de aquellos años, el relato de Michel sobre las condiciones de vida en

aquel lugar donde los científicos alemanes desarrollaron sus famosos cohetes V-2 resultaba especialmente sobrecogedor.

"Los esclavos de los misiles trabajaban sin descanso, temiendo por sus vidas, aterrorizados por los sádicos de la SS y los *Kapos*", escribía Michel. Los prisioneros, que provenían de distintos países ocupados, tenían que cavar y acondicionar túneles sin apenas herramientas, utilizando a menudo las manos desnudas. "Transportaban rocas y máquinas en unas condiciones asombrosas. El peso de las máquinas era tan grande que los hombres, esqueletos andantes al límite de sus fuerzas, a menudo morían aplastados. El amoniaco les quemaba los pulmones. La comida no habría sido suficiente ni para alimentar a las ratas". Después de trabajar dieciocho horas al día y tener que dormir en los túneles, solo los prisioneros más fuertes lograron sobrevivir. De los sesenta mil que fueron enviados a Dora, según Michel, treinta mil murieron allí.

Rosenbaum eligió a continuación otro libro, cuyo título era *The Rocket Team* [El equipo del cohete], un estudio escrito en tono de admiración acerca de Wernher von Braun y su grupo de ingenieros aeronáuticos, muchos de los cuales acabaron en Estados Unidos como parte fundamental del programa estadounidense de misiles y conquista del espacio. Entre ellos estaba Arthur Rudolph, que supervisó el desarrollo del cohete Saturn V, el encargado de mandar a los primeros astronautas a la luna. Los autores del libro, americanos, citaban de pasada que Rudolph también había sido el responsable de la producción de misiles en Dora. Esto implicaba que era uno de los amos de los "esclavos de los misiles".

Rosenbaum resalta que, aunque por entonces los casos del OSI solían partir de una pista que los medios o algún gobierno extranjero les hacía llegar, en este caso, él sentía que tenía algo que aportar y estaba ansioso por regresar al departamento de Justicia en cuanto se licenciara para ofrecer esta información y atar cabos. Aunque Von Braun había muerto en 1977, Rudolph seguía con vida. En cuanto regresó al OSI, Rosenbaum sacó el tema en su primera reunión con Neal Sher, el subdirector de la unidad. Sher no había oído hablar de Rudolph, pero inmediatamente le preguntó si formaba parte de la Operación Clip, el programa de posguerra creado para llevar a Estados Unidos a los mejores científicos alemanes. Rosenbaum contestó afirmativamente. Sher le avisó de que las demás investigaciones relacionadas con miembros de la Operación Clip no estaban llevando a ningún lado, pues era complicado implicar a los científicos en crímenes

específicos. Eso sí, le dejó intentarlo “siempre que no le dedicara demasiado tiempo”.

Rosenbaum reconoce que hizo caso omiso a las advertencias de Sher. Con ayuda de un becario, rescató algunos documentos de los Archivos Nacionales y viajó a Alemania occidental para examinar los registros del juicio por crímenes de guerra relacionados con el campo de Dora-Nordhausen, uno de los muchos que el ejército de Estados Unidos había llevado a cabo en Dachau en 1947. Rudolph no estaba entre los acusados pero el 2 de junio de 1947 lo había interrogado el sargento Eugene Smith y Rosenbaum dio con la transcripción. Rudoph admitía haber asistido a la ejecución de “seis, quizá doce” prisioneros. Los oficiales de la SS los colgaron lentamente de una grúa eléctrica que se utilizaba para mover las partes de los cohetes, mientras obligaban a los demás prisioneros a mirar. Según Rudolph, el objetivo era “enseñarles lo que pasa cuando se intenta sabotear la producción de la fábrica”.

Basándose en dicho testimonio, Rosenbaum acabó convenciendo a Sher de que debían ir a por Rudolph. Por entonces, el científico alemán estaba ya jubilado, viviendo plácidamente en San José, California. Dada su posición privilegiada como laureado científico estadounidense, Rudolph no se alarmó cuando Rosenbaum, Sher y el director del OSI, Ryan, se presentaron en su casa en 1982. Habló con ellos a solas, sin necesidad de un abogado, deseoso de demostrarles que estaba dispuesto a colaborar e insistiendo en que había hecho todo lo posible para hacerles la vida más fácil a los prisioneros de Dora. Ahora bien, su versión de los hechos no parecía cuadrar con la realidad, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de documentos que los abogados del OSI tenían a su disposición acerca de la brutalidad que se ejercía en el campo y las constantes ejecuciones.

A la segunda reunión Rudolph sí acudió con sus abogados y preguntó si había algún modo de acabar con la acusación en su contra sin necesidad de pasar por los tribunales. Las dos partes llegaron a un acuerdo: Rudolph renunciaría voluntariamente a la nacionalidad estadounidense y abandonaría el país. Como no lo habían condenado legalmente por ningún crimen, podría seguir recibiendo su pensión estadounidense como jubilado. Desde el punto de vista del OSI, se trataba de una victoria. “Si hubiéramos ido a juicio, todo se habría prolongado durante años –recuerda Rosenbaum–. Básicamente, él aceptó perder y nosotros aceptamos ganar”.

Para Rudolph, la cosa no fue tan grave, por mucho que se quejara amargamente de la supuesta ingratitud de los estadounidenses, que se habían beneficiado de sus conocimientos científicos. Como en el caso de otros nazis que después trabajarían para la CIA, Rosenbaum entiende perfectamente que se llegara a determinados acuerdos de colaboración al inicio de la guerra fría. En el caso concreto de Rudolph, afirma: “No me opongo radicalmente a la decisión de contratarlo”, pero está convencido de que, dada la envergadura de las pruebas en su contra, Estados Unidos debería haberlo enviado de vuelta a Alemania mucho antes, una vez que ya no era de utilidad alguna para el programa aeronáutico.

Este fue el caso más grande del que se encargó Rosenbaum durante sus primeros años en el OSI. No estaba seguro de cuánto tiempo aguantaría en el negocio de la caza de nazis ni de cuánto duraría la propia unidad del departamento de Justicia en la que trabajaba. Su compañera de trabajo Elizabeth White, una especialista en historia moderna europea, llegó al OSI en 1983. “En aquel momento me dijeron que la oficina duraría como mucho de tres a cinco años. De hecho, es lo que le han ido diciendo a cada nuevo empleado durante sus veinticinco años de existencia”, señaló con una carcajada. Se suponía que cada vez habría menos nazis a los que investigar puesto que muchos de ellos morirían pronto. Al final, White se quedó en el OSI durante veintisiete años, trabajando en las listas de alerta que se publicaban periódicamente para detectar a posibles nazis que quisieran entrar en los Estados Unidos.

Rosenbaum era un entusiasta y le gustaba especialmente visitar por sorpresa a sus potenciales investigados, pero no podía evitar una cierta frustración. “Demasiada gente que sabías que estaba metida hasta las cejas pero no podías demostrarlo –dijo–. Era parte del trabajo. No teníamos suficientes medios para encargarnos adecuadamente de cada caso; teníamos que prescindir de personal continuamente”.

Después de tres años en el OSI, Rosenbaum decidió optar por algo más convencional, aceptando un puesto en un importante bufete de abogados de Manhattan. Pronto descubrió que el derecho empresarial “no me decía nada”, especialmente después de “haber tenido la mala suerte”, en sus propias palabras, “de trabajar en casos que sí que me aportaban mucho”.

En 1985, Rosenbaum ya estaba de nuevo investigando a nazis. Todavía no como director del OSI sino como consejero general del Congreso Judío Mundial. Estuvo allí dos años, durante los cuales no solo se dedicó a

denunciar públicamente el pasado secreto de los que habían servido al Tercer Reich, sino que se vio envuelto en un enfrentamiento cada vez más enconado con otro cazador de nazis, el hombre al que había idolatrado cuando empezó a interesarse por la caza de criminales de guerra: Simon Wiesenthal.

XIII
VIAJE DE IDA Y VUELTA A LA PAZ

"Cuarenta y cuatro niños deportados… no se trata de una cifra más sino de cuarenta y cuatro tragedias que nos siguen haciendo sufrir casi cuarenta años más tarde".
(Beate y Serge Klarsfeld).

El cazador de nazis francés Serge Klarsfeld reconoce que el capitán de la SS, Klaus Barbie, que había ejercido de jefe de la Gestapo en Lyon, estaba a un nivel distinto del de Eichmann, Mengele o el comandante de Auschwitz, Rudolf Höss. "Barbie no era un miembro de la ejecutiva principal de criminales nazis, sino un mando intermedio", señala. Esta condición, sin embargo, no minimiza en su opinión su culpa ni su importancia. "Él es el símbolo de lo que fue la Gestapo en nuestro país. Los superiores de la policía nazi no tenían contacto con sus víctimas: actuaban por mediación de los Barbie de turno. Era el propio Barbie quien dejaba una huella indeleble en los prisioneros que sobrevivían. Era un hombre particularmente celoso y fanático de su trabajo en su zona".

Barbie fue el responsable de miles de muertes durante la ocupación alemana de Francia y torturó en persona a incontables víctimas. Incluso en un mundo anegado por la brutalidad gratuita pronto consiguió ganarse una merecida reputación, con el seudónimo de "El carnicero de Lyon". Su víctima más conocida fue Jean Moulin, el líder de la Resistencia francesa. Barbie lo golpeó y torturó sin piedad para conseguir que confesara, pero el desdichado Moulin no dijo ni palabra; murió en el tren que lo transportaba a Alemania.

Además de cebarse con la Resistencia, Barbie puso especial interés en la detención de judíos, y en este campo también destacó con creces. El 6 de abril de 1944, siguiendo la pista de un confidente francés, la Gestapo de Lyon entró en una escuela que servía de refugio para niños judíos en el pueblecito de Izieu. Un granjero que trabajaba en las cercanías fue testigo de toda la escena: “Los alemanes metieron a los niños a golpes en las camionetas, como si fueran sacos de patatas”, recordaba. Los niños, aterrorizados, empezaron a pedirle ayuda pero cuando intentó ir hacia ellos lo detuvo la culata de un rifle. Vio cómo uno de los chicos intentaba saltar del furgón y escapar… pero no pudo hacer más que asistir impotente a la brutalidad nazi: “Empezaron a darle una paliza a culatazos, y a patearle en las canillas”.

Barbie envió de inmediato un telegrama firmado al cuartel de la Gestapo en París informando de las detenciones y del cierre de “el refugio de niños judíos” en Izieu. El mensaje de Barbie, según escribió Klarsfeld en su momento, “ha entrado en los anales de la historia como prueba irrefutable de una crueldad que en términos de intensidad –y de maldad absoluta– superaba con mucho la que se estaba ejerciendo contra la Resistencia”. Los cuarenta y cuatro niños, cuyas edades iban de los tres a los trece años, fueron enviados inmediatamente a Auschwitz junto a los siete adultos que los protegían; solo uno de los adultos sobrevivió, una mujer. Ella pudo contar cómo le arrebataron de las manos a una de las niñas más pequeñas para mandarla junto a los otros a la cámara de gas.

Para Klarsfeld, el destino de esos niños suponía algo más que otra tragedia de guerra; le afectó en lo más profundo. Después de todo, su hermana y él habían sobrevivido en un pueblo parecido cuando tenían más o menos la misma edad. Una de las niñas de Izieu, Nina Aronowicz, le escribió a su tía, que vivía en París, una carta en la que quedaba claro lo seguros que se sentían todos en aquel lugar meses antes de la redada de la Gestapo:

> Estoy muy contenta de estar aquí. Hay unas montañas preciosas y desde lo alto se puede ver el Ródano y es muy bonito. Ayer fuimos a darnos un baño al río con Miss Marcelle [una de las profesoras]. El domingo celebramos el cumpleaños de Paulette y otros dos niños. Montamos un teatrillo y nos lo pasamos genial.

Klarsfeld y su mujer, Beate, decidieron hacer todo lo posible por que Barbie pagara por sus crímenes… además de rescatar la memoria de sus

víctimas. También estaban decididos a demostrar que el Carnicero de Lyon había trabajado después de la guerra para los servicios secretos estadounidenses y que habían sido los americanos los que le habían ayudado a escapar a América Latina. Su tarea se prolongó durante más de dos décadas pero al final consiguieron cumplir todos sus objetivos y de paso ayudaron a que el gobierno de Estados Unidos hiciera un ejercicio de autocrítica sin precedentes sobre su ayuda a un criminal de guerra nazi.

Barbie había sido ya sentenciado a muerte en dos ocasiones por un tribunal de Lyon después de la guerra, la primera en 1947 y la segunda en 1954, ambas en ausencia del acusado. En 1960, la Asociación de Víctimas Alemanas del Nazismo puso en marcha en Múnich una investigación sobre los crímenes de Barbie en Francia, pero para entonces hacía tiempo que no se sabía nada de él. En 1951 había huido de su país natal y se había instalado junto a su familia en Bolivia. Bajo el nombre de Klaus Altmann se había convertido en un próspero "hombre de negocios" con excelentes relaciones con la derecha boliviana y los militares. En el verano de 1971, Beate Klarsfeld oyó por primera vez que el fiscal alemán de Múnich iba a abandonar la investigación de los crímenes de Barbie, lo que implicaba que "Altmann" tenía motivos de sobra para respirar tranquilo y confiar en que el pasado no volvería a molestarlo. Además, tenía muy buena relación con Hugo Banzer, el dictador militar que gobernó el país durante buena parte de los años 70.

Sin embargo, Barbie no contaba con la pasión y el convencimiento de los Klarsfeld. Empezaron por lo más básico: reunir todas las pruebas que encontraron acerca de la actuación de Barbie durante la guerra y cómo lo habían protegido los estadounidenses al final de la misma, lo que les llevó a la conclusión de que tenía que haber trabajado para ellos de alguna manera en los años posteriores. Beate fue la más insistente, enviando a la prensa cada avance en su investigación y movilizando a los antiguos miembros de la Resistencia, que la acompañaron a Múnich para hacer presión y que el caso siguiera abierto.

Barbie era muy consciente de lo que le pasaba a la gente que arrestaba. "Matadlo o mandadlo a un campo de concentración. En el fondo es lo mismo", habría dicho Barbie en presencia de Robert Greissmann, un líder de la comunidad judía de Lyon al que localizó Serge. La hermana de Jean Moulin escribió una carta apoyando la lucha de los Klarsfeld. Beate fue a

Múnich para ayudar a Fortunée Benguigui, superviviente del Holocausto que había sido deportada a Auschwitz un año antes de que sus tres hijos siguieran sus pasos desde Izieu para no volver jamás. “Estoy en huelga de hambre y no la abandonaré hasta que no se vuelva a abrir la investigación contra Klaus Barbie, el asesino de mis hijos”, rezaba el cartel que Beate sostenía.

El fiscal de Múnich, Manfred Ludolph, no solo dio marcha atrás y reabrió el caso sino que también le entregó a Beate dos fotos. Una era de Barbie en 1943. La otra era de un grupo de empresarios sentados a una mesa, uno de los cuales se parecía mucho al nazi pero ya avejentado. Ludolph les dijo que la foto se había tomado en La Paz, Bolivia, en 1968. “Esto es todo lo que tengo en este momento –añadió–. Puesto que habéis demostrado tantas veces vuestra eficacia, ¿por qué no me ayudáis a identificar a este hombre?”.

Después de hacer circular las fotos, los Klarsfeld empezaron a reunir los testimonios de distintas personas que habían conocido a Barbie y que podían identificarlo en la foto de La Paz. Cuando la foto de 1943 apareció en la prensa alemana y en la francesa, un alemán que vivía en Lima informó al fiscal de Múnich que había conocido a “Klaus Altmann” en un viaje que el empresario había hecho recientemente a la capital peruana. Ludolph le pasó el contacto a Beate y pronto los Klarsfeld consiguieron la dirección de Barbie en Bolivia. Ludolph y los Klarsfeld también elaboraron un informe que demostraba sin género de dudas que Altmann era Barbie. Allí se señalaba que las fechas de nacimiento de los hijos de Altmann eran exactamente las mismas que las de los hijos de Barbie. Como siempre, Beate se lanzó a la acción directa. Tomó un avión a Lima y después a La Paz, donde se reunió con varios periodistas para contarles la historia de Barbie. Al mismo tiempo, aprovechó para denunciar que el régimen de Banzer lo estaba protegiendo. “Mi intención era hacer ver a los bolivianos que lo que nos pasó a nosotros bajo el mandato de Hitler era lo que les iba a pasar a ellos bajo el de Panzer”, afirmó. Como era de esperar, las autoridades bolivianas no vieron con buenos ojos estas protestas y la echaron del país. De escala en Lima, dos policías la encerraron en un despacho para que no pudiera moverse libremente por la ciudad. “Estamos aquí para protegerla –le dijo uno de ellos–. Corre serio riesgo de que alguna de las organizaciones nazis de Lima la asesine. Están furiosos por la campaña que ha iniciado usted en Sudamérica contra ellos”.

A principios de 1972, la campaña de publicidad de los Klarsfeld obligó a las autoridades francesas a ponerse en marcha. El presidente Georges Pompidou le escribió a Banzer para explicarle que el pueblo francés no permitiría que los crímenes del pasado “se olvidaran en medio de la indiferencia”. Beate regresó a La Paz, esta vez con la madre de otros dos niños de Izieu que habían muerto en Auschwitz. Con la atención pública puesta en estas dos mujeres, a las autoridades bolivianas no les quedó más remedio que permitirles entrar en el país, aunque les dejaron bien claro que no debían hablar en público. Al principio, Beate les siguió el juego… mientras preparaba una conferencia de prensa. El siguiente paso fue encadenarse a un banco delante de las oficinas de la empresa de transporte donde Barbie trabajaba. Uno de los carteles proclamaba en español: “En nombre de los millones de víctimas del nazismo, ¡extraditen a Barbie-Altmann!”.

Esa visita también acabó antes de tiempo, pero al menos habían conseguido dar otro paso importante frente a la opinión pública. Barbie no tardó en reconocer que no se llamaba Altmann y su caso empezó a recibir más atención por parte de los medios de comunicación. Con todo, los Klarsfeld tenían claro que, aunque consiguieran un mayor apoyo de las autoridades alemanas y francesas, las posibilidades de que el régimen boliviano entregara a Barbie eran prácticamente nulas. Un consejero del ministerio de Asuntos Exteriores en La Paz le había dicho a Beate: “Bolivia es un asilo inviolable y todos los que se refugian allí son intocables”. También le informó de que el país tenía una ley de prescripción de delitos graves de solo ocho años, lo que quería decir que todo lo que había hecho Barbie durante la guerra era “historia antigua”.

Barbie sabía que el régimen de Banzer lo protegía y podía permitirse un cierto desdén hacia la campaña que los Klarsfeld estaban llevando en su contra. Como muchos otros criminales de guerra nazis aseguró que se había limitado a cumplir con sus obligaciones y que no tenía nada de lo que arrepentirse. “Yo ya lo he olvidado todo –dijo–. Si ellos no lo han olvidado, es problema suyo”.

Los Klarsfeld estaban ante un importante dilema: ¿debían limitarse a continuar sus campañas a favor de la extradición, con la esperanza de que en algún momento las cosas cambiaran lo suficiente como para que fuera una opción viable o había llegado el momento de considerar acciones más drásticas? En sus memorias, publicadas en francés en 1972 y traducidas al

inglés en 1975, Beate reconocía que mucha gente les había preguntado por qué no iban allí y mataban a Barbie sin más. “Ninguno de los que lo decía tan convencido se habría atrevido a hacerlo”, aseguraba, desechando la idea. Además, añadía, “matar a Barbie no habría servido de nada […] Sería un mero ajuste de cuentas”. Aseguraba que la intención de Serge y la suya era llevarlo a juicio, donde se pudieran presentar todas las pruebas irrefutables en su contra para que la opinión pública pudiera saber un poco más de los crímenes nazis.

Lo que no quiso mencionar entonces, aunque sí lo admitiría años más tarde junto a Serge, es que en realidad nunca descartaron del todo utilizar la fuerza si no conseguían sacar a Barbie de Bolivia legalmente. “Lo primero que intentamos fue secuestrarlo”, me explicó Serge cuando los entrevisté a ambos en 2013 en París. En diciembre de 1972, voló a Chile para reunirse con Régis Debray, el marxista francés que había luchado junto al Che Guevara, líder argentino de la revolución cubana, en su intento por derrotar al régimen boliviano. La operación acabó en fracaso: en 1967, Guevara fue asesinado y Debray acabó en una prisión boliviana, sentenciado a treinta años de cárcel. Solo la presión internacional consiguió que las autoridades de ese país liberaran a Debray en 1970.

El plan era reunir a unos cuantos rebeldes bolivianos, cruzar la frontera y agarrar a Barbie. Serge llevaba consigo cinco mil dólares para comprar un coche y utilizarlo en la operación. Según él, todo se vino abajo cuando el vehículo se averió, pero también puede que influyera la situación política en Chile, cada vez más deteriorada, que derivó en el golpe militar de 1973 contra el presidente marxista Salvador Allende.

Durante casi diez años, los Klarsfeld mantuvieron con vida la acusación contra Barbie sin conseguir apenas progreso. También seguían con las campañas contra Lischka, Hagen y Heinrichsohn, antiguos oficiales de la SS que habían ocupado puestos relevantes en la Francia ocupada. Ellos eran mucho más vulnerables que Barbie puesto que aún vivían en Alemania occidental. Cuando, en 1980, consiguieron poner entre rejas a los tres por su papel en la deportación y asesinato de cincuenta mil judíos franceses, los Klarsfeld pudieron cantar victoria.

Fue entonces cuando doblaron sus esfuerzos por atrapar a Barbie. Pese al rechazo frontal que Beate había mostrado diez años antes respecto al asesinato del antiguo nazi, lo cierto es que Serge y ella sí que estaban dispuestos a apoyar una maniobra de ese tipo entrada la década de 1980.

Banzer, el protector boliviano de Barbie, perdió el poder en 1977, pero rápidamente ocupó su lugar otro dictador militar que le ofreció la misma protección. En 1982, un boliviano que vivía en Francia habló con los Klarsfeld y les explicó que estaba preparando el viaje de vuelta a su país y que quería matar a Barbie. "Le dijimos que nos parecía bien", me reconoció Serge, matizando que una acción así solo podía justificarse en aquel contexto, con una dictadura que protegía a un criminal nazi y no daba otra opción.

El caso es que, cuando el encargado del asesinato llegó a Bolivia, les informó de que el régimen militar se estaba viniendo abajo. Los Klarsfeld dejaron a un lado el plan e intentaron convencer al gobierno francés para que volviera a presionar para que a Barbie lo juzgaran en Francia. Esta vez contaron con un aliado muy importante: como señaló Serge, "Debray ya no era por entonces un terrorista sino uno de los principales asesores de [el presidente francés] Mitterrand".

Cuando los militares perdieron el poder en La Paz en favor de un gobierno civil, Barbie fue detenido, el 25 de enero de 1983, en principio por un delito de fraude empresarial. El nuevo gobierno boliviano dejaba claro así que estaba deseando deshacerse de aquel residente problemático. Primero se lo ofrecieron a Alemania occidental, pero los alemanes no lo veían tan claro y ahí fue donde los contactos de Klarsfeld con el gobierno francés dieron su fruto: los bolivianos mandaron a Barbie a la Guayana francesa, desde donde un avión militar lo trasladó a Francia.

Antes del juicio de Barbie, Serge publicó su libro *Les Enfants d'Izieu: Une tragédie juine* [Los niños de Izieu: una tragedia humana]. En él, incluía un perfil de cada uno de los cuarenta y cuatro niños condenados a la muerte; sus nombres y sus caras estaban ahí para rescatarlos del anonimato de la estadística y que pudieran ofrecer su testimonio mudo pero impactante. Beate colaboró en el prólogo, en el que se dejaba bien claro que una de las principales razones por las que había que juzgar a los nazis era poder documentar sus crímenes. "La razón por la que nos decidimos a perseguir y desenmascarar a Klaus Barbie son los niños de Izieu, y solo ellos", añadían.

Barbie no fue juzgado hasta 1987, y siguió proclamando su inocencia hasta el último día. El proceso tuvo lugar en Lyon, la ciudad en la que había ejercido su mandato criminal como jefe de la Gestapo. Fue condenado a

cadena perpetua por crímenes contra la humanidad y murió en 1991, a los setenta y siete años, en una cárcel de Lyon.

Las maniobras para llevar a Barbie ante la justicia dejaron un importante cabo suelto: la acusación de que los servicios de inteligencia estadounidenses habían colaborado con él después de la guerra y lo habían ayudado a huir a Sudamérica. Allan Ryan, el director de la Oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia en aquel entonces, reconoció que la historia lo había pillado por sorpresa: "No tenía ni puñetera idea, y eso es exactamente lo que dije", declaró.

Ahora bien, cuando el Congreso y los medios de comunicación empezaron a interesarse por el tema, Ryan fue el primero en querer averiguar qué había pasado exactamente. El 11 de febrero de 1983, menos de tres semanas después de que Barbie fuera entregado a Francia, se reunió con el director del servicio de contrainteligencia del ejército, que había preparado un informe de medio palmo de grosor sobre Barbie. El documento más reciente databa del 27 de marzo de 1951: era el informe de dos agentes del servicio de inteligencia del ejército que le habían conseguido una documentación falsa bajo el nombre de "Altmann", después lo habían escoltado hasta Génova y allí lo habían enviado a Sudamérica. "Las pruebas de que Estados Unidos colaboró con Barbie eran irrefutables y si nosotros no lo denunciábamos, lo haría la prensa o cualquier cazador de nazis interesado en el tema", concluyó Ryan.

En otros tiempos, Washington habría escondido el asunto entre negativas y apelaciones a la seguridad nacional, pero con la OSI en funcionamiento y el compromiso oficial del gobierno de ayudar a localizar nazis, era imposible ignorar una acusación tan grave. Con todo, eso es lo que el fiscal general William French Smith intentó en un principio. Ante el estupor de Ryan, Smith decidió que no era necesaria una investigación oficial, aunque no llegó a anunciarlo públicamente: mientras el departamento de Justicia intentaba esquivar cualquier pregunta sobre Barbie, la prensa y varios congresistas exigieron saber por qué no se estaba tomando ninguna medida al respecto. Ryan tuvo que morderse la lengua pero estaba indignado.

Al final, el 14 de marzo, John Martin, de la cadena de televisión ABC, lo llamó para decirle que estaba trabajando en un reportaje para el telediario de esa misma noche y que necesitaba comprobar si había alguna novedad al respecto. "Nos acusaba tácitamente de estar ocultando algo", recuerda

Ryan. Llamó al secretario de prensa de Smith para advertirle. Smith solo tardó media hora en cambiar de opinión y anunciar que iniciaría inmediatamente una investigación. Martin pudo incluir esa novedad en su reportaje.

Ryan reunió rápidamente un pequeño equipo en el OSI para rescatar toda la información que pudieran. Aunque ya no había dudas de que Barbie había trabajado para los servicios de contrainteligencia del ejército y se había beneficiado de su protección, no estaba del todo claro hasta qué punto los oficiales estadounidenses que habían trabajado con él sabían exactamente quién era, lo que había hecho en Lyon durante la guerra y los intentos de Francia por encontrarlo. Tampoco estaba claro si había trabajado para la CIA ni si había continuado trabajando para Estados Unidos una vez instalado en Bolivia, a partir de 1951.

La exhaustiva investigación del OSI tuvo como resultado un informe detallado que, aunque mantenía un tono desapasionado y cuidadoso, sacaba a la luz una historia de intrigas y engaños propia de una novela de espías de John Le Carré. Aunque las oficinas centrales del CIC ya habían mandado información en 1947 sobre Barbie, identificándolo como el exjefe de la Gestapo en Lyon y un "peligroso conspirador" en una red de antiguos oficiales de la SS, a los agentes del CIC sobre el terreno les preocupaba más otra cosa: reunir información sobre toda actividad comunista sospechosa que se diera en la Alemania ocupada. Un antiguo miembro de los servicios de inteligencia alemanes en Francia avisó a uno de dichos agentes, Robert S. Taylor, de que Barbie podía ser de gran ayuda al respecto.

Taylor y su inmediato superior decidieron que, en vez de notificárselo a la central, que quizá les pidiera que lo detuvieran, utilizarían a Barbie como confidente. Según Taylor, Barbie era "un hombre honrado, tanto a nivel intelectual como en lo personal, sin nervios ni miedos. Un anticomunista declarado y un idealista del nazismo que cree que sus ideas fueron traicionadas por los nazis que estaban en el poder". En solo dos meses, Taylor y su superior se convencieron de su valor hasta el punto de solicitar abiertamente a la sede central que lo mantuvieran en libertad mientras estuviera trabajando para ellos.

En octubre de 1947, sin embargo, la central ordenó el arresto de Barbie para ser "interrogado al detalle" por el Centro de Inteligencia Europeo. Barbie salió de todo aquello sin un solo rasguño. Se le veía como alguien especialmente valioso por su conocimiento de los servicios de espionaje

franceses, que los estadounidenses creían llenos de comunistas, y además su interrogador consideró que era más seguro para el ejército mantenerlo a sueldo porque sabía demasiado de "lo que hace el CIC: sus agentes, subagentes, presupuesto, etcétera".

El gobierno francés intentó varias veces localizar a Barbie. Su embajador en Washington y otros importantes mandatarios presionaron al departamento de Estado y a la Alta Comisión Estadounidense para Alemania, pidiéndoles ayuda en su tarea. Pese a todo, el CIC continuó dándole trabajo. Según el informe de la OSI, que Ryan redactó eligiendo las palabras con gran cuidado, los agentes que decidieron reclutar a Barbie en aquel momento "no deberían ser vilipendiados por tal decisión" puesto que venía motivada "por su patriotismo y su compromiso con Estados Unidos en un momento de enorme dificultad". La decisión de contar con Barbie para ese cometido "ni era hipócrita ni fruto de la corrupción".

El informe también señalaba que por entonces no se sabía que Barbie era un importante criminal de guerra y les da el beneficio de la duda a los agentes del CIC que trabajaron con él en un principio. Según David Marwell, el historiador que utilizó el OSI para la investigación, "no estaba claro si en el momento de reclutarle sabían que era algo más que un profesional de los servicios de inteligencia". Sin embargo, en mayo de 1949 ya estaba muy claro que a Barbie lo buscaban por crímenes de guerra muy graves, y eso no impidió al CIC ocultar el hecho de que seguía trabajando para ellos, evitando todas las preguntas que llegaban de la Alta Comisión estadounidense para Alemania. El resultado fue que los jefes militares de la zona "no sabían que los oficiales del CIC conocían el paradero de Barbie y no tenían motivo alguno para sospechar que el CIC les estaba mintiendo". De ahí que esa Alta Comisión insistiera a los franceses que ellos no sabían nada de Barbie.

El informe concluía que el CIC también ocultó deliberadamente la información sobre Barbie a la CIA. Las dos agencias eran grandes rivales y no se fiaban la una de la otra. Según el informe, no había pruebas de que Barbie hubiera trabajado para la CIA o para ningún otro organismo gubernamental estadounidense una vez instalado en Sudamérica.

Todo esto llevó a Ryan a afirmar en las conclusiones del informe que "la decisión de utilizar a un antiguo nazi, incluso a un antiguo oficial de la Gestapo, es una cosa y la decisión de utilizar a una persona perseguida por crímenes de guerra es otra bien distinta". En cuanto a la actuación del CIC cuando se enteró de que había cruzado esa línea, Ryan se mostró aún más

duro: “El miedo a quedar mal no puede ser excusa para que un organismo del gobierno le pase a otro información falsa a sabiendas”, escribió.

El informe era igual de claro a la hora de describir el papel que jugó el CIC para sacar a Barbie de Europa. Aunque los estadounidenses ya habían ayudado antes a otros nazis a abandonar Alemania, este había sido el primer y único caso, mantenía el informe, en el que habían utilizado ciertos medios: pagaron al padre Krunoslav Dragonović, un sacerdote croata que ya había ayudado a varios supuestos criminales de guerra nazis a escapar de su patria siguiendo la llamada “ruta de las ratas”, para que les consiguiera a Barbie y a su familia una plaza en un barco desde el que pudieran viajar de Génova a Buenos Aires. Una vez allí, seguirían su camino hasta Bolivia.

En sus memorias, Ryan definió todo lo sucedido como “un episodio deshonroso”. Al menos estaba orgulloso del informe del OSI y del impacto inmediato que provocó. En una nota formal al gobierno francés que acompañaba a la copia del informe, el secretario de Estado, George Schultz, trasladaba “sus más sentidas disculpas al gobierno de Francia” por la actuación de Estados Unidos, que había hecho que la justicia se hubiera retrasado tanto tiempo. Aunque los medios de comunicación también insistieron en la gravedad de lo sucedido, en general fueron más los halagos que las críticas hacia Washington por su disposición a ser honestos con su propio pasado. Ryan se mostró especialmente satisfecho por el mensaje que el ministro de Justicia francés, Robert Badinter, le envió al fiscal general Smith. “Este rigurosísimo informe demuestra una preocupación por la verdad y su esclarecimiento que hace honor a su sociedad”, escribió.

La larga campaña de Klarsfeld para localizar y detener a Barbie había provocado una reacción en cadena mucho mayor de lo que nunca hubieron imaginado.

XIV
MENTIRAS DE GUERRA

“Detrás de la vida de cada hombre hay una historia”.
(William Shakespeare, *Enrique IV*).

*S*i el desarrollo del caso Barbie supuso una victoria innegable de la justicia y un intento elogiable de ajustar cuentas con la historia, el de Kurt Waldheim no pudo ser más diferente. Cuando el exsecretario general de las Naciones Unidas se postuló como candidato a las elecciones presidenciales de 1986, surgieron una serie de informaciones acerca de su pasado en la guerra que no solo dieron pie a un debate feroz durante la campaña presidencial sino que también provocaron un agrio enfrentamiento entre cazadores de nazis rivales y entre la comunidad judía de Austria y el Congreso Judío Mundial con sede en Nueva York. Al final, nadie se hizo con la victoria y muchos vieron su reputación afectada.

El 29 de enero de 1986, Eli Rosenbaum asistía al pleno de la Asamblea del Congreso Judío Mundial en Jerusalén cuando Israel Singer, el secretario general de la organización, le informó de repente de que tenía pensado mandarlo a Viena. Había algo que necesitaba que investigara. “Tiene que ver con Kurt Waldheim –le explicó–. Lo creas o no, parece que nuestro doctor Waldheim pudo haber sido un nazi. Un nazi *de los de verdad*”.

Rosenbaum, que acababa de dejar un bufete de abogados en Manhattan para asumir el cargo de consejero general del Congreso Judío Mundial, se mostró escéptico al respecto. Todo el mundo sabía que Waldheim había servido en la Wehrmacht y que lo habían herido en el frente oriental, pero no había indicio alguno de que hubiera sido miembro del Partido Nazi o de

que hubiera ido más allá de su deber como soldado. La experiencia de Rosenbaum en la Oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia le había enseñado lo difícil que era determinar las responsabilidades personales en crímenes específicos cuando se trataba de soldados del Tercer Reich. “Es demasiado frustrante”, le dijo a Singer, intentando evitar el encargo. Solo tenía treinta años en aquel momento pero la idea de volver a sus antiguas labores le resultaba agotadora.

Singer, cuyos padres habían huído de Austria, no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Llevó a Rosenbaum a ver a otro participante de la conferencia: Leon Zelman, polaco de nacimiento y superviviente de Auschwitz y Mauthausen. En aquel momento, Zelman era el director del Servicio de Acogida a Judíos en Viena, situado en una pequeña oficina justo enfrente de la catedral de San Esteban. Desde allí se dedicaba a animar a otros judíos a que viajaran a Austria y combatieran desde el interior las manifestaciones del antisemitismo tan arraigado en aquel país. Al parecer, Zelman había descubierto algo turbio acerca del pasado de Waldheim que dejaba muchas cuestiones en el aire.

Zelman les dio a leer un artículo del semanario vienés *Profil* acerca de la polémica desatada por la decisión de una academia militar austriaca de colocar una placa en honor al general Alexander Löhr, el jefe de las fuerzas aéreas del país antes del *Anschluss* con Alemania. Como jefe de la Luftwaffe en la Segunda Guerra Mundial, Löhr había supervisado el bombardeo sorpresa de Belgrado, el 6 de abril de 1941, que destruyó buena parte de la capital yugoslava y mató a miles de civiles. En 1947 fue juzgado en Yugoslavia, condenado a muerte y colgado en la horca como criminal de guerra.

En 1942, Löhr vio cómo lo relevaban de la Wehrmacht para convertirlo en el jefe del Batallón E, responsable de Yugoslavia y Grecia. Justo en las últimas líneas del artículo, el escritor mencionaba “un rumor” según el cual Waldheim habría trabajado a las órdenes de Löhr en aquella época. El artículo enfatizaba su condición de subordinado, pero Zelman vio ahí potencial suficiente para conseguir una información explosiva.

Teniendo en cuenta el escrutinio al que se había sometido a Waldheim durante su mandato al frente de las Naciones Unidas, Rosenbaum tenía aún sus dudas. Si era verdad que había trabajado para un criminal de guerra, ¿por qué no había salido esa información a la luz mucho antes? Y puesto que a Löhr lo habían ejecutado por los crímenes que había cometido antes

de ser destinado a la Wehrmacht, es decir, antes de que fuera posible ninguna participación de Waldheim, ¿cómo atribuirle al candidato austriaco responsabilidad alguna incluso si el "rumor" acababa siendo cierto?, razonaba Rosenbaum.

Antes de que Rosenbaum pudiera exponer estas dudas en voz alta, Zelman señaló un "ingrediente" que el artículo de Profil dejaba de lado: tanto en su autobiografía como en las biografías oficiales publicadas y en su correspondencia, Waldheim había omitido cualquier mención a una posible estancia en los Balcanes como soldado. Después de resultar herido en el frente oriental en 1941, volvió a Austria, y, según indicaba su relato, ese fue el fin de su carrera militar. Por ejemplo, en una carta dirigida en 1980 al congresista estadounidense Stephen Solarz, explicaba así lo sucedido: "Al quedar incapacitado para servir en el frente, retomé mis estudios en la facultad de Derecho de la universidad de Viena, donde me licencié en 1944".

"Aquí hay algo que no cuadra de ninguna manera –continuó Zelman–. Si abandonó [el servicio activo] en 1941, ¿cómo pudo haber trabajado con Löhr? Löhr no pasó de la Luftwaffe al ejército de tierra *hasta* 1942. Alguien está mintiendo".

Zelman se ofreció para acompañar a Rosenbaum a Viena cuando acabara la conferencia, instándole a investigar "con discreción". Aunque el estadounidense seguía mostrando sus dudas respecto a todo el caso y estaba como loco por volver a Nueva York, no tuvo más remedio que aceptar la oferta. Al menos, Zelman estaría ahí con él para ayudarlo a buscar pistas y comprobar así la información que se apuntaba en el artículo de *Profil*.

Sin embargo, nada más llegar a Viena, Zelman le advirtió compungido de que eso no iba a ser posible. Cuando Rosenbaum le pidió consejo sobre cómo y dónde empezar a investigar en el pasado de Waldheim, a Zelman se le cambió la cara. Se puso pálido y fue como si en un momento envejeciera varios años y el terror se apoderara de su cuerpo. "Ya sabe, mi querido Eli, que mi situación en Austria no es precisamente fácil –le dijo–. Amo a esta ciudad, pero también sé lo que oculta bajo su superficie".

El mensaje estaba claro: como judío que vivía en Viena, no quería que se lo vinculara con nada de lo que Rosenbaum pudiera descubrir. Cuando el estadounidense le preguntó si al menos podía compartir con él sus avances en la investigación, Zelman fue contundente: "No, por favor, no lo haga. Manténgame completamente al margen de todo esto".

Lo único que le interesaba era el resultado final, aunque sí le dijo a Rosenbaum que podía acudir a él si se metía en líos. Pero no iba a tener ninguna otra relación con el asunto.

“Evidentemente, una cosa era mostrarse como un viejo judío sin miedo a nada en Jerusalén y otra cosa era hacerlo en Viena”, concluyó Rosenbaum.

No era solo una cuestión de valor o de cobardía, como creyó Rosenbaum al principio. Zelman sabía que cualquier información relativa al papel de Waldheim durante la guerra provocaría una reacción inmediata de sus seguidores, que desatarían su ira contra los judíos y los socialistas. Waldheim era el candidato del conservador Partido Popular, mientras que los socialistas presentaban a Kurt Steyrer, que partía con varios puntos de desventaja en las encuestas. El favorito utilizaba su pasado como líder de la ONU para impresionar a sus compatriotas y resaltar sus credenciales internacionales. “El doctor Kurt Waldheim: un austriaco en el que el mundo confía”, proclamaban sus carteles de campaña. En palabras de Rosenbaum, cargadas de ironía, Waldheim era “el austriaco más conocido desde Hitler”.

Gracias a los otros contactos que Singer le había conseguido, Rosenbaum empezó a charlar con aquellos que habían estado indagando en el pasado de Waldheim. Pronto se dio cuenta de que la mayoría se vinculaban de alguna manera con el Partido Socialista, aún en el poder; ellos eran los que habían filtrado la historia a *Profil,* pero les había decepcionado el poco impacto que había causado en la opinión pública. Vivieron la llegada de Rosenbaum a Viena como una segunda oportunidad y por eso habían aprovechado el intervalo para descubrir más cosas acerca de Waldheim. Rosenbaum consiguió reunirse con “Karl Schuller”, el seudónimo que le da un hombre que le hizo jurar que nunca revelaría su nombre verdadero. Schuller y algunos colegas suyos habían comenzado esta investigación informal, confiando en pillar a Waldheim en algún renuncio.

Habían recurrido al Centro de Documentación de Berlín, dirigido por Estados Unidos, que guardaba todos los registros de los nazis detenidos, pero no encontraron nada sobre Waldheim. Más suerte tuvieron al visitar los Archivos Estatales Austriacos. La hoja de servicios militares estaba allí, bajo candado, pero, según Schuller, “un amigo mío que trabaja para el gobierno” había conseguido hacer copias de algunas páginas. Aunque Waldheim había afirmado en repetidas ocasiones que su familia era

profundamente antinazi y que, de hecho, él mismo había hecho campaña contra la anexión de Austria por parte de Alemania, dichos documentos indicaban que no le había costado nada adaptarse al nuevo régimen una vez que el *Anschluss* se materializó en 1938. Pronto se afilió a una organización estudiantil afín al partido nazi y, aún más grave, se hizo miembro de una unidad de asalto de las SA, el brazo paramilitar del gobierno nazi o "guardias de choque".

Por si esto no era lo bastante escandaloso, Schuller le mostró una foto tomada el 22 de mayo de 1943, con un sello oficial del ejército, en la que aparecían cuatro oficiales en una pista de aterrizaje. Según el pie de foto, se trataba de un oficial italiano, un importante general de la SS y del primer teniente Kurt Waldheim. En los archivos se mencionaba que la foto se había sacado en Podgorica, capital de Montenegro, lo que indicaba que Waldheim, en efecto, había pasado allí aquellos años, y no en Viena estudiando derecho. Era la prueba definitiva de que había trabajado a las órdenes de Löhr en los Balcanes.

Rosenbaum pronto se dio cuenta de que había muchos cabos sueltos en la investigación de Schuller y su equipo, pero al menos su escepticismo inicial fue dando paso al convencimiento de que la historia podía interesar a los medios de comunicación. Con todo, quería saber qué más habían hecho para verificar estos descubrimientos. Les hizo una pregunta que le pareció de lo más obvia: "¿Le han enseñado las fotografías y los documentos a Simon Wiesenthal? Podría llamarlo y…".

Schuller lo interrumpió inmediatamente. "¡No, por favor!", le dijo, antes de preguntarle si Wiesenthal sabía que Rosenbaum estaba en Viena.

Cuando Rosenbaum le dijo que aún no se había puesto en contacto con él, Schuller respiró aliviado. "Mejor así. No debe enterarse de lo que está haciendo usted aquí", le dijo, para explicarle después que Wiesenthal odiaba a los socialistas y que, en consecuencia, apoyaba al Partido Popular. Si el cazador de nazis se enteraba de algo, "iría inmediatamente a contárselo a Waldheim", le aseguró Schuller.

Rosenbaum insiste en que durante esta conversación intentó convencerlos de que era un error mantener al margen a Wiesenthal. "Estamos en Viena –afirmó–. Delante de sus narices. Si no contamos con él desde el principio será muy difícil pedirle después que nos ayude".

Sin embargo, Schuller no cedió. Le dijo al estadounidense que cortaría cualquier comunicación con él si se le ocurría contactar con Wiesenthal.

Rosenbaum decidió hacerle caso. Las consecuencias resultaron mucho más graves de lo que él mismo había previsto.

Rosenbaum regresó a Nueva York para informar a sus jefes acerca de sus avances en la investigación. El presidente del Congreso Judío Mundial, Edgar M. Bronfman, el multimillonario propietario de Seagrams, mostró en un inicio ciertas dudas acerca de la conveniencia de hacer público lo averiguado hasta aquel momento. "No nos dedicamos a la caza de nazis", afirmó. Todos sabían que el asunto se vería como una "injerencia política" para evitar la elección de Waldheim, recordaba Rosenbaum. Pero también eran conscientes de que, si mantenían el silencio hasta pasadas las elecciones, se les podría acusar de intentar protegerlo. Singer le entregó a Bronfman un informe pormenorizado con la firma del propio Rosenbaum y le instó a que diera su autorización inmediata. Después de ponderar sus argumentos, Bronfman le devolvió el informe con un mensaje escrito a mano: "Adelante. EMB".

Rosenbaum se puso en contacto con *The New York Times*, que encargó la investigación a John Tagliabue, uno de sus mejores corresponsales. *Profil* también siguió investigando y desveló en el número publicado el 2 de marzo que Waldheim había sido miembro de una organización estudiantil nacionalsocialista y de las SA.

Tagliabue había entrevistado a Waldheim el día anterior para contrastar la información que manejaba y *The Times* publicó su artículo el 3 de marzo. Inmediatamente, la historia se convirtió en un escándalo internacional. "Nuevos documentos demuestran que Kurt Waldheim estuvo a las órdenes de un criminal de guerra", resaltaba el titular. Tagliabue explicaba en la pieza central que Waldheim había formado parte del comando del general Löhr que había aniquilado brutalmente a varias unidades de partisanos en Yugoslavia y había deportado a judíos griegos de Salónica a Auschwitz y a otros campos. También señalaba que a Waldheim lo habían mandado a Salónica en marzo de 1942 dentro de un comando del ejército y que había trabajado como intérprete para distintos oficiales alemanes e italianos en Yugoslavia.

A mí me tocó cubrir la historia para *Newsweek* y no tardé en dar con Waldheim en la ciudad balneario de Semmering, donde estaba pasando la noche después de un largo día de campaña. No le apetecía en absoluto seguir contestando preguntas acerca de lo publicado en *Profil* y en *The*

Times pero aceptó concederme una entrevista en su hotel, imaginándose que así podría limitar los daños. Estaba de muy mal humor, pero aun así consiguió controlar sus emociones y dar la impresión de que toda la polémica no era sino el resultado de un "malentendido" de fácil explicación.

Ese fue el término preciso que utilizó para referirse a su pertenencia a la SA y a la organización estudiantil nazi, a las que según dijo jamás había pertenecido. Como estudiante en la Academia Consular de Viena, participó "en algunos ejercicios deportivos" organizados por un grupo de estudiantes, afirmó. El caso es que, después de apuntarse, y sin su permiso, las listas de participantes en dichos grupos entraron a formar parte de los archivos de la SA. Del mismo modo, había asistido "a unas cuantas reuniones" de un grupo de debate. "No fui miembro de ninguna de las dos organizaciones. Parece haber algún malentendido y nada más".

A diferencia de lo que sucedió con la SS, los aliados nunca consideraron a la SA una organización criminal, y sus miembros no tuvieron que soportar el mismo estigma. Además, una vez que los jóvenes como Waldheim se unían al ejército no podían mantener su condición de miembros de la SA. Por lo tanto, lo que realmente estaba en cuestión era la credibilidad de Waldheim: ¿llevaba años mintiendo acerca de su pasado para poder llegar a lo más alto del organismo internacional más importante? ¿Había ocultado a propósito su colaboración con Löhr en los Balcanes? De ser así, ¿qué más tenía que esconder?

Como hemos visto, Waldheim negó en todo momento haber sido miembro de la SA o de ningún grupo estudiantil nazi, pero no que lo hubieran mandado a los Balcanes a combatir. "Mi hoja de servicios en el ejército alemán no es ningún secreto", afirmó. Sin embargo, hasta aquel momento solo se había mostrado dispuesto a hablar de la primera parte de dicha carrera militar. La documentación disponible dejaba bien claro que había regresado al servicio activo una vez se hubo recuperado de la herida en la pierna que había sufrido en Rusia, y que había formado parte de una unidad de comando en Salónica mientras intentaba sacar adelante a intervalos su carrera de derecho.

Le pregunté por qué siempre había omitido esa parte de su historial, incluso en su autobiografía, recientemente publicada. "No entré en tantos detalles porque sinceramente no me parecieron relevantes", contestó. No

era una explicación demasiado convincente pero a él le pareció que bastaría para esquivar la cuestión.

Mucho más agitado se mostró cuando le recordé unas declaraciones suyas a *The Times* en las que afirmaba no haber sabido nada de las deportaciones de judíos desde Salónica. En 1943, cuando estaba allí de servicio, miles de judíos fueron obligados a subir a los trenes que partían hacia los campos de exterminio. Sin embargo, él insistió en que su trabajo en los Balcanes era casi en exclusiva el de traductor, lo que explicaba su foto con los generales italianos y alemanes. En Salónica, afirmó, también tenía que analizar los movimientos de las tropas enemigas sobre el terreno. "Por supuesto que lamento profundamente lo sucedido –aseguró, refiriéndose a las deportaciones–. Es una parte fundamental de la terrible historia del Holocausto, pero lo único que puedo decirle es que yo no tenía conocimiento […] esta es la primera vez que oigo hablar de dichas deportaciones".

Conforme fue avanzando nuestra charla, cada vez insistía más: "Me crea usted o no, la verdad es esa y lo que quiero es acabar de una vez con todo esto porque no es verdad que yo supiera nada de lo que estaba pasando. Nada. Nunca me vi involucrado en ese tipo de acciones. No tenía ni idea. Se trata de una campaña en mi contra muy bien organizada".

Ahora bien, "todo esto" no iba a desaparecer así sin más; en realidad, no había hecho sino empezar.

A Simon Wiesenthal la historia de Waldheim lo tomó por sorpresa. Como él mismo reflejó amargamente en sus memorias, descubrió demasiado tarde que Rosenbaum había estado en Viena "sin hacerme una visita ni llamarme por teléfono siquiera". Wiesenthal había trabajado anteriormente con los dirigentes del Congreso Judío Mundial y, como Rosenbaum preveía, se tomó como una ofensa que se iniciara una investigación así, con su posterior campaña de publicidad y en su propio terreno, sin consultarle antes.

Aparte, esta no era la primera vez que surgían rumores acerca de las actividades de Waldheim durante la guerra. En 1979, los israelíes le habían pedido a Wiesenthal que comprobara si tenía algún vínculo con los nazis que pudiera explicar su posición pro-árabe en la ONU. Wiesenthal, según relató, se puso en contacto con Axel Springer, el famoso editor alemán, que

aceptó examinar los archivos del Centro de Documentación de Berlín, puesto que él tenía un acceso más fácil a los mismos que Wiesenthal. La investigación no mostró indicio alguno de que Waldheim hubiera pertenecido a ninguna organización nazi. Lo que sí reveló fue que había estado en los Balcanes, pero por entonces la insistencia de Waldheim en omitir cualquier mención a esa estancia no llamaba tanto la atención y la información no se consideró especialmente relevante.

Cuando el caso Waldheim estalló en 1986, Wiesenthal le quitó importancia al hecho de que el candidato hubiera sido miembro de una organización estudiantil nazi. Para ello, citó a su gran amigo Peter Michael Lingens, uno de los periodistas austriacos más importantes del momento, que había señalado que ese tipo de vinculación a menudo era necesaria "incluso si querías conseguir una habitación en un colegio mayor". Tampoco pareció molestarlo que el grupo de actividades deportivas de Waldheim acabara formando parte de la SA. Sin embargo, pese al enfado que sentía hacia el Congreso Judío Mundial, no dudó en criticar a Waldheim, no por lo que había hecho –después de todo, no había prueba alguna que lo vinculara directamente con crímenes de guerra– sino por insistir en que no sabía lo que estaba pasando. A Wiesenthal le parecía completamente inverosímil que Waldheim no supiera que se estaba deportando judíos desde Salónica. "Su reacción parece producto del pánico –me contó en su momento–. No entiendo por qué miente".

Waldheim llamó a Wiesenthal cuando leyó sus acusaciones. El candidato reiteró que no había sido consciente de lo que les estaba pasando a los judíos en Salónica durante su estancia en los Balcanes. "Es imposible que no te dieras cuenta de nada –le contestó Wiesenthal–. Las deportaciones se prolongaron durante seis semanas. Cada día se llenaban trenes con unos dos mil judíos; trenes que habían llegado a Salónica llenos de armamento para la Wehrmacht, es decir, para tu gente, y que de vuelta se llevaban a los judíos".

Waldheim siguió insistiendo en que no sabía nada. Wiesenthal le señaló que los judíos constituían casi un tercio de la población de Salónica y que tuvo que darse cuenta de que algo estaba pasando: tiendas de judíos cerradas, judíos escoltados por las calles y otras señales indicativas. Cuando Waldheim le volvió a contestar lo mismo, Wiesenthal solo pudo contestarle: "No te creo".

Wiesenthal tampoco se acababa de creer a Waldheim cuando aseguraba que no sabía nada de las atrocidades que las tropas alemanas habían cometido en Yugoslavia, especialmente teniendo en cuenta que formaban parte de su mismo destacamento. Su cargo allí era de oficial de inteligencia y no de mero traductor, como había señalado en un principio. Este cargo lo convertía en "uno de los oficiales mejor informados", en palabras de Wiesenthal.

Todas estas dudas y acusaciones no significaron en cualquier caso que Wiesenthal se alineara con el Congreso Judío Mundial en su ataque contra Waldheim. Pese a su nombre, no era más que "una pequeña organización judía de escasa importancia", declaró. Aunque estaba convencido de que Waldheim era un mentiroso y un oportunista, "no había sido un nazi ni un criminal de guerra", sostuvo. Según él, el Congreso Judío Mundial se había precipitado a la hora de insinuar que Waldheim era "un nazi de la línea dura y un criminal de guerra con todas las letras".

Los defensores de Waldheim se hicieron eco de estas acusaciones y denunciaron inmediatamente lo que veían como un complot judío para acabar con su candidato. Rosenbaum quiso aclarar, con razón, que el artículo de *The Times* en el que se explicaban los descubrimientos del Congreso Judío Mundial no acusaba en ningún momento a Waldheim de crímenes de guerra y que lo único que se intentaba poner en evidencia era que Waldheim había mentido sobre su pasado. Tanto él como otros altos cargos del Congreso se quedaron sorprendidos por la feroz reacción que les cayó encima, encabezada por la mayoría de la prensa austriaca, y por lo difícil que les resultaba explicar exactamente cuáles eran sus objetivos. Cuando les preguntaron si estaban intentando influir en las elecciones, afirmaron que lo único que les interesaba era averiguar cómo Waldheim había sido elegido secretario general de la ONU dos veces en la década de 1970 teniendo en cuenta lo confuso de su pasado. "Todo sonaba tan falso que no conseguimos convencer a nadie –admitiría Rosenbaum años más tarde–. Nos hubiera encantado que Waldheim dimitiera o que lo obligaran a apartarse de la carrera electoral".

Cada vez más periodistas se unieron a Rosenbaum y al Congreso para investigar otras informaciones aún sin airear. El Congreso Judío Mundial convocó al historiador Robert Edwin Herzstein, de la universidad de South Carolina, para que examinara los archivos. Lo que descubrió suscitó nuevas cuestiones: cuál había sido exactamente el papel de Waldheim en la

campaña de la Wehrmacht en los Balcanes, por qué los aliados lo incluyeron en 1948 en una lista de posibles criminales de guerra, y por qué motivo ningún país había pedido su extradición, en concreto Yugoslavia, que lo había acusado de crímenes de guerra para después retirar la acusación. Waldheim no era ni mucho menos un simple intérprete: sus funciones como oficial de inteligencia incluían elaborar informes sobre la captura de comandos británicos que acababan desapareciendo sin dejar rastro, así como interrogar a determinados prisioneros. Como él mismo tuvo que reconocer, también tenía que informar sobre la actividad de los partisanos en Yugoslavia.

Waldheim organizó una contraofensiva de relaciones públicas y mandó a Washington a su hijo Gerhard para que entregara al departamento de Justicia un informe de trece páginas en el que se defendía la hoja de servicios de su padre y se negaba cualquier vinculación con crímenes de guerra. En dicho informe, rebatía las acusaciones de haber participado en las matanzas que tuvieron lugar en tres pueblos de Yugoslavia durante el mes de octubre de 1944. En aquel momento, las tropas alemanas se hallaban en plena retirada prácticamente en todos los frentes y Löhr estaba sacando a sus tropas del sur de los Balcanes para dirigirlas al norte a través de Macedonia. A tal efecto, necesitaban controlar una carretera clave que unía las ciudades de Stip y Kocani. El 12 de octubre, según indicaban los documentos rescatados por el Congreso Judío Mundial, Waldheim firmó un informe en el que se resaltaba “el incremento de la actividad de bandoleros [partisanos] a lo largodel tramo Stip-Kocari”.

Se sabía con certeza que las tropas alemanas arrasaron en los días posteriores los tres pueblos que bordeaban dicha carretera, pero la duda residía en si estas masacres fueron consecuencia directa del informe de Waldheim o no. En el informe que su hijo llevó a Washington, Waldheim mantenía que las tropas alemanas llegaron a estos pueblos en torno al 20 de octubre, es decir, más de una semana después de que hubiera informado acerca de la actividad partisana en la zona. Si esto era cierto, la relación causa-efecto entre el informe y la matanza dejaba de estar tan clara.

Viajé a Macedonia junto a un periodista yugoslavo para ver si podía descubrir algo en los tres pueblos que eran el centro de la polémica. Lo que descubrí ahí no tenía nada que ver con la supuesta campaña de guerra, violenta pero no criminal, que defendía Waldheim en sus declaraciones. “Hubo víctimas en ambos lados”, había afirmado. Los supervivientes me

ofrecieron una perspectiva muy distinta y todos recordaban que las matanzas tuvieron lugar el 14 de octubre y no el 20 de octubre, como mantenía Waldheim.

Peter Kocev me explicó su historia: un día, estaba volviendo a su casa de Krupiste después de pasar el día trabajando en el campo cuando los oficiales alemanes detuvieron a todos los hombres del pueblo y los organizaron en filas de diez. Kocev estaba en la primera fila… pero era el undécimo hombre, así que los oficiales alemanes lo apartaron en el último momento. “A continuación, dispararon a los otros diez a quemarropa”, recordó. Los alemanes siguieron abriendo fuego contra todos los demás. Kozev huyó rumbo a un río que quedaba a un kilómetro y medio de distancia y se escondió en las montañas durante un mes. “Cuando volví, lo único que quedaba de nuestra casa eran las paredes. Todo lo demás estaba calcinado”.

Risto Ognjanov me señaló un pequeño monumento que recordaba a los cuarenta y nueve vecinos masacrados. Cuando aparecieron los alemanes, me contó, le ordenaron a él y a otros hombres del pueblo que se pusieran a gatas en ese mismo lugar. “Cuando oí el primer disparo, me eché inmediatamente al suelo –recordó–. Dos cadáveres cayeron sobre mí. Después del tiroteo, los alemanes empezaron a comprobar quién estaba muerto y quién no disparando en la planta de los pies”. Los cuerpos que cubrían a Ognjanov lo salvaron de la muerte. Cuando los alemanes se marcharon, él y otros dos supervivientes consiguieron salir a gatas de debajo de la pila de cadáveres. “Para mí, el 14 de octubre es mi segundo cumpleaños –dijo, rompiendo a llorar–. Fue el comienzo de mi segunda vida”.

En los demás pueblos pude escuchar historias muy similares. Ninguna demostraba que Waldheim fuera responsable directo de las matanzas, pero dejaban claro que su informe acerca de “la actividad delictiva” en la zona se había entregado a las autoridades apenas dos días antes de que estas tuvieran lugar, lo que invitaba a pensar que había sido parte de la cadena de acontecimientos que había conducido dichas atrocidades.

Hasta entonces, yo no había hablado nunca con Rosenbaum puesto que el encargado de entrevistarlo a él y a los demás dirigentes del Congreso Judío Mundial era otro colega de Nueva York. Sin embargo, después de que mi artículo apareciera en la revista, Rosenbaum me llamó para confirmar que todos los supervivientes con los que había hablado estaban seguros de

que la fecha de las matanzas era el 14 de octubre y no el 20. Lo estaban, le contesté.

La consecuencia de todos estos reportajes fue que, a los ojos de buena parte del mundo, Waldheim se convirtió en alguien cada vez más sospechoso, mientras que a los ojos de gran parte de sus compatriotas era la víctima de una campaña difamatoria. Esto último, por supuesto, era el mensaje que Waldheim y sus seguidores repetían en sus mítines de campaña. Después de que en mayo se quedara a punto de conseguir la victoria en primera vuelta, al sumar casi el cincuenta por ciento de los votos, redobló el victimismo frente a los ataques de Singer, el Congreso Judío Mundial o Yitzhak Shamir, el ministro de Asuntos Exteriores de Israel, de cara a la segunda vuelta, prevista para junio. En un mitin al que asistí, Waldheim centró su discurso en los "círculos de poder extranjeros" que no dejaban de calumniarlo. "Ni un tal Singer en Nueva York ni un tal Shamir en Israel […] tienen derecho a meterse en los asuntos de otro estado", afirmó.

Sus palabras apenas necesitaban interpretación: el mensaje era que había que darles una lección a los judíos. "Señoras y caballeros, ¡basta de escarbar en el pasado! –añadió–. Tenemos problemas mucho más importantes que resolver".

Waldheim concentró todas sus fuerzas en ese enfoque y se negó incluso a debatir con su oponente socialista, además de anunciar que no volvería a atender a los medios extranjeros. Cuando me acerqué a él al principio del mitin para ver si estaba dispuesto a hacer una excepción, soltó toda la rabia contenida hasta entonces: "Le diré con toda franqueza que las informaciones que han aparecido en su revista han sido tan malas y tan negativas y tan cargadas de mala fe que no tengo la menor intención de conceder ninguna entrevista. Cuando se trata de mi persona, siempre dan por buenos los argumentos negativos pero no prestan atención a los positivos". En cuanto a las acusaciones en su contra, afirmó: "Es todo falso, es todo un invento". A continuación, señalando a la grabadora que llevaba en mi mano, añadió: "Esta no es una declaración oficial".

Todo ello volvió la campaña cada vez más agria y más virulenta conforme entraba en sus últimos días. Erwin Ringel, un psiquiatra de Viena, señaló "lo absurdo" de la campaña de Waldheim, que había empezado resaltando su prestigio en el extranjero para terminar defendiendo lo

contrario. "Al principio era 'Votad a Waldheim porque el mundo lo ama' –afirmó–. Ahora es 'Votad a Waldheim porque el mundo lo odia'".

La táctica funcionó en términos electorales. Waldheim ganó la segunda vuelta. Llevado por la euforia de la victoria, no pudo evitar atacar al grupo que consideraba responsable de "la campaña de difamación" de la que había sido objeto. "Ya puede el Congreso Judío Mundial rastrear en todos los archivos del mundo durante toda la eternidad que no encontrará nada que me incrimine", fueron sus palabras.

Al final, el Congreso pudo presumir de una victoria parcial cuando en abril de 1987 la Oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia, el antiguo lugar de trabajo de Rosenbaum, emitió su propio informe sobre Waldheim, concluyendo que el examen de sus actividades en los Balcanes "deja claro que colaboró en los numerosos actos de persecución que las tropas nazis cometieron contra aliados y civiles". Entre estos actos, mencionaba específicamente "las matanzas de Kocane y Stip y la deportación de los judíos griegos". A partir de ese momento, se le colocó en la lista de sospechosos de Estados Unidos, lo que implicaba la prohibición de entrar en el país, aunque fuera para hablar ante las Naciones Unidas, la organización que en su momento presidió. Estuvo al frente de Austria durante un mandato y no se presentó a la reelección en 1992.

Herztein, el historiador especialista en la Segunda Guerra Mundial al que recurrió el Congreso Judío Mundial para investigar la hoja de servicios de Waldheim como militar, publicó un libro en el que resumía sus conclusiones. Aunque estaba de acuerdo con la decisión del departamento de Justicia de poner a Waldheim en su lista negra, señaló que Waldheim no era "necesariamente malvado sino ambicioso y listo, sin más… Era un hombre, como muchos de los de su generación, que había intentado deshacerse de cualquier responsabilidad del pasado limitándose a olvidarlo". Y concluía: "Teniendo en cuenta lo que sabemos ahora mismo, es justo decir que, aunque Waldheim colaboró con muchos individuos que entrarían en la definición de criminal de guerra, él no lo era. Era más bien un accesorio burocrático que facilitaba las actividades militares legítimas [de su unidad] y en ocasiones también las ilegítimas […] Waldheim era un mediador. Los aliados occidentales prefirieron no perseguir a este tipo de individuos después de la guerra".

Su punto de vista era mucho más moderado que el mostrado durante la campaña por los líderes del congreso y sus partidarios. "En un mundo

perfecto, Waldheim tendría que ir a juicio", declaró Elan Steinberg, director ejecutivo del Congreso Judío Mundial, ignorando el hecho de que no había ninguna prueba concluyente en su contra. Beate Klarsfeld se presentó en varios mítines de Waldheim para acosarlo, reuniendo a pequeños grupos de manifestantes que soltaban unos globos en los que aparecía escrita la frase: "Dichoso aquel que olvida" y portando pancartas en las que se decía que Waldheim era un mentiroso y un criminal de guerra. Los partidarios del candidato les arrancaron estas pancartas de las manos y las rompieron en pedazos.

"He venido aquí para demostrar que Austria corre serio peligro si elige a un hombre como Waldheim –me dijo Klarsfeld en Viena, entre protesta y protesta–. Los austriacos tienen que abrir los ojos a esta realidad". Sin embargo, estos avisos solo sirvieron para ayudar a Waldheim. Cuando Klarsfeld intentó interrumpir al candidato en una conferencia, se le negó el micrófono. "Siéntese, señora Klarsfeld", le dijo Erhard Busek, alcalde de Viena, que estaba moderando la charla. "Aquí está usted como invitada. Esto no es un mitin de los Klarsfeld". Varios miembros del público gritaron en ese momento: "Váyase, señora Klarsfeld".

Singer, el secretario general del Congreso Judío Mundial, tampoco ayudó en absoluto. Hizo unas declaraciones a *Profil* que se interpretaron como una amenaza directa y se comentaron mucho: "El público austriaco debería tener claro que, si Waldheim sale elegido, los próximos años no les van a resultar nada fáciles", afirmó. Añadió que las acusaciones que la organización había lanzado "perseguirían de por vida" no solo a Waldheim sino al país entero, afectando al turismo y al comercio.

Incluso Rosenbaum concedería años más tarde que su jefe se había expresado "sin medir sus palabras" y que el resto de líderes del Congreso siguieron esa misma línea. Su presidente, Bronfman, atacó a los que criticaban sus tácticas: "Muchos líderes judíos creían que este 'ataque' provocaría mayor animadversión hacia ellos –escribió en sus memorias–. En mi opinión, era más bien un imperativo moral y, allá donde iba, todo aquel con quien hablaba me apoyaba al cien por cien". Añadió que la campaña supuso "una gran publicidad para el Congreso y nos dio a conocer en todo el mundo".

Sin embargo, muchos miembros de la pequeña comunidad judía austriaca estaban aterrorizados por las posibles consecuencias de dicha publicidad. Wiesenthal fue el más directo, acusando al Congreso del regreso

del antisemitismo: “Habíamos conseguido que muchos jóvenes se hicieran amigos de Israel –dijo, refiriéndose a los esfuerzos de la comunidad judía por promover el diálogo y la comprensión–. Ahora, toda nuestra labor se ha venido abajo”.

Los demás líderes de los judíos austriacos compartían el enfado de Wiesenthal con el Congreso por no atender a su situación ni consultarles su opinión. Paul Grosz declaró que su actuación había sido “muy eficaz en términos de publicidad en los medios occidentales pero muy *amateur* a la hora de manejar el caso, especialmente al evaluar las repercusiones que podía tener dentro de la propia Austria. Se ha hecho mucho daño”. En una reunión de miembros judíos europeos del Congreso Judío Mundial, Grosz, como representante de los austriacos, consiguió que sus compañeros apoyasen su proposición de que, en adelante, se consultara previamente con las comunidades judías locales antes de tomar cualquier medida que pudiera afectarles.

Zelman, que se negaba aún a reconocer que había sido él quien puso al Congreso tras la pista de Waldheim, afirmó que la obligación del CJM era hacer público el asunto “pero lo están haciendo desde la perspectiva de los judíos estadounidenses, algo que aquí es difícil de entender”. Le preocupaba mucho lo que él llamaba el regreso del “nosotros y vosotros”, una mentalidad con la que históricamente los austriacos habían tratado a los judíos. “Lo peor de todo [lo que hizo el Congreso] fue identificar a Waldheim con cualquier austriaco mayor de sesenta y cinco años –añadió–. Fue un error terrible”. Wiesenthal sostenía que el error era aún más grave. “Amenazaron a toda una nación, a siete millones y medio de austriacos, entre los cuales hay cinco millones que han nacido después de la guerra o que eran unos niños cuando esta terminó”.

El problema no residía solo en el contenido de las acusaciones sino en cómo se llevaron a cabo. “Primero lanzaron la acusación y luego se pusieron a buscar las pruebas”, denunció Wiesenthal en lo que solo se puede calificar como un exceso de simplificación, puesto que el CJM ya tenía algunas pruebas en su poder cuando empezaron su campaña pública. Ahora bien, como ellos mismos admitieron, esas pruebas no eran suficientes, lo que provocó que tuvieran que seguir buscando más elementos en contra de Waldheim con la campaña ya iniciada. Según Grosz, este hecho debilitó considerablemente el impacto de sus descubrimientos. “Publicar a intervalos las pruebas contra Waldheim hizo que la gente

acabara inmunizándose –dijo–. Como quien bebe una gota de veneno cada pocos días y consigue al final beberse el vaso entero”.

Había una razón primordial que explicaba por qué tantos austriacos se habían puesto a la defensiva. Durante la posguerra, habían conseguido presentarse a sí mismos como las primeras víctimas del Tercer Reich y no como los fervientes entusiastas del nazismo que muchos de ellos habían sido. Para muchos austriacos, incluyendo antiguos soldados de la Wehrmacht, el momento de enfrentarse a la verdad nunca llegó. “Nadie les dijo a esos hombres cuando volvieron a casa que habían perdido seis años de su vida luchando en una guerra injusta”, afirmó Erika Weinzierl, la directora del Instituto de Historia Contemporánea de Viena.

En cambio, a los alemanes no les había quedado más remedio que enfrentarse a esa verdad casi a diario, incluyendo su responsabilidad por los horrores del Holocausto y otras matanzas. Yo trabajaba como corresponsal en Bonn cuando el caso Waldheim llegó a las primeras planas de los periódicos y muchos de mis amigos alemanes no hicieron esfuerzo alguno por ocultar que se alegraban. Disfrutaban viendo cómo se caía el mito de que los austriacos habían sido víctimas y no verdugos. “Los austriacos han convencido al mundo de que Beethoven era austriaco y Hitler era alemán”, bromeaban. Un alto dirigente del gobierno de Bonn que había militado en la Wehrmacht al final de la guerra me dijo: “Soy uno de los muchos alemanes que piensan que los austriacos por fin están recibiendo lo que se merecen”.

Una consecuencia positiva del caso Waldheim fue que al menos algunos austriacos, en especial los profesores más jóvenes, empezaron a preocuparse por elaborar un relato más sincero de la historia reciente de su país. Después de la victoria de Waldheim, incluso el ministro de Asuntos Exteriores, Peter Jankowitsch, reconoció que en Austria había brotado “una nueva sensibilidad” que estaba provocando “un análisis meditado de lo que hemos sido”. Las charlas y conferencias en torno al antisemitismo proliferaron y los diplomáticos austriacos redoblaron sus esfuerzos por convencer al público extranjero de que su país no era ningún bastión de las ideas neonazis. Al principio, puede que esto no fuera más que un ejercicio de relaciones públicas, pero permitió que por fin se discutieran determinados temas en los que no se había entrado hasta entonces. En lo que respecta al conflicto entre Wiesenthal y el Congreso Judío Mundial, ambos bandos tenían las emociones a flor de piel y la animadversión mutua no hizo sino crecer después de la victoria de Waldheim.

Como el propio Rosenbaum ha reconocido varias veces, Wiesenthal había sido para él un héroe durante su juventud. Sin embargo, ni él ni otros líderes del CJM le perdonaron que durante la campaña de 1986 y después se empeñara en contrarrestar cualquier ataque contra Waldheim. Wiesenthal puso en duda buena parte de las pruebas, argumentando que no demostraban que Waldheim hubiera participado en crímenes de guerra. Ahora bien, lo que realmente enfureció a sus acusadores fue que les culpara de los brotes de antisemitismo que se hicieron habituales en la campaña del Partido Popular.

Rosenbaum se desahogó con Singer acerca de Wiesenthal: "Siento decir esto, pero está siguiendo la línea de argumentación de los antisemitas: 'Los judíos se han ganado lo que les pasa'", dijo Rosenbaum en una de estas conversaciones. Singer estaba igual de furioso: "¿Qué *problema* tiene Wiesenthal? –se preguntaba mientras repasaba las últimas declaraciones del cazador de nazis–. Alguien debería recordarle que no son los judíos los responsables del antisemitismo, sino los *antisemitas*". No tardó mucho Singer en acusar a Wiesenthal de "acostarse con esos cerdos del Partido Popular", al defender en la práctica a su candidato.

Cuando vio que Waldheim salía victorioso –aunque magullado– de la batalla, Rosenbaum se decidió a contar en público todas sus frustraciones y acusaciones. Le escribió a Singer el borrador de respuesta a un artículo que Wiesenthal había publicado en el periódico judío de Viena *Der Ausweg* y en el que criticaba de nuevo al CJM. "No cabe duda de que fue el señor Wiesenthal quien garantizó la victoria electoral del doctor Waldheim", escribió, añadiendo que cada vez que aparecía algún nuevo dato que perjudicaba al candidato, "salía el cazador de nazis más famoso del mundo a defenderlo con alguna justificación improbable".

Rosenbaum también señaló que Wiesenthal había rechazado la oferta que el CJM le había hecho para consultar la documentación de la que disponían cuando estalló el caso Waldheim. "La manera en la que le ha hecho el juego a Kurt Waldheim será una mancha que acompañará siempre a su reputación –concluía Rosenbaum–. Se ha cubierto de oprobio y ha avergonzado al mundo judío. Solo podemos sentir lástima por Simon Wiesenthal". Aunque el tono de estas acusaciones se rebajaría antes de enviar el artículo a *Der Ausweg*, el periódico ni siquiera llegó a publicarlo.

En su libro acerca del caso Waldheim, Rosenbaum desarrolló una teoría aún más elaborada, que ya aparecía reflejada en el propio título: *Betrayal:*

The Untold Story of the Kurt Waldheim Investigation and Cover Up [Traición: la historia nunca contada de la investigación a Kurt Waldheim y cómo le protegieron]. En él, argumentaba que tanto Waldheim como Wiesenthal habían intentado enterrar la historia "porque los dos tenían secretos que ocultar y ambos secretos hubieran corrido la misma suerte". El secreto de Wiesenthal, según Rosenbaum, consistía en haber absuelto a Waldheim cuando los israelíes le pidieron que comprobara su pasado en 1979. "Si ha habido algún error manifiesto en la historia de la caza de nazis, seguramente se trate de este", escribió. Esa sería la razón por la que Wiesenthal desacreditó con tanto afán las acusaciones del CJM; lo contrario sería admitir "que había fracasado de la peor forma".

Después de llegar a esta conclusión, Rosenbaum dedicó el resto de su libro a poner en cuestión toda la carrera de Wiesenthal. Tomando como referencia las acusaciones de Isser Harel, jefe del Mosad, que sostenía que Wiesenthal había construido toda su carrera adjudicándose el mérito de la captura de Eichmann, Rosenbaum perfiló el retrato de un hombre que "modificaba a su antojo el pasado" en sus autobiografías, exagerando tanto el dramatismo de sus experiencias durante la guerra como sus logros en tiempos de paz. "Quienes realmente hemos perseguido a criminales nazis sabemos que en ese hombre hay mucho más de mito que de verdad". Mucha gente, añadía, era consciente de su "patética ineficacia" como cazador de nazis. "¿Pero quién es lo suficientemente valiente –o estúpido– como para dar un paso adelante y decirlo?".

Estaba claro que Rosenbaum se presentaba como voluntario para la tarea. Sí reconocía, en cambio, el papel crucial de Wiesenthal a la hora de mantener viva la cuestión de "los nazis que no fueron ni perseguidos ni juzgados" durante los primeros años de la guerra fría. "Sin el trabajo específico de Simon Wiesenthal y de Tuvia Friedman, creo que la lucha por la justicia habría acabado en algún momento de finales de los 60", me dijo en 2013. Con todo, Rosenbaum aún echa humo cada vez que oye hablar de Wiesenthal como de un cazador de nazis brillante y con éxito. Su enfado no se ha mitigado ni un ápice.

Hay muchos factores que influyeron en este conflicto entre Rosenbaum y Wiesenthal, algunos de lo más personal. Después de dejar de trabajar para el gobierno, Martin Mendelsohn, el abogado que contrató por primera vez a Rosenbaum como becario en el OSI, colaboró a menudo con Wiesenthal y el Centro Simon Wiesenthal de Los Ángeles en la investigación de

determinados casos de antiguos nazis. En su opinión, el enfado de Rosenbaum con Wiesenthal tenía que ver con que se sentía decepcionado por el que fuera su héroe. "Cuando empezó en esto, Simon era su ídolo y después descubrió que tenía los pies de barro y que en realidad era un ser humano y no un dios y se volvió contra él", afirma. Otro antiguo compañero en el OSI sugiere que Rosenbaum se sintió como un hijo repudiado cuando Wiesenthal despreció sus intentos por construir una acusación firme contra Waldheim. "Creo que Eli se sintió ofendido en lo personal porque Wiesenthal lo trataba como si fuera un chiquillo", afirmó.

Su enfrentamiento también fue un ejemplo de las tensiones habituales entre los judíos estadounidenses y los europeos. En público y en privado, Wiesenthal solía quejarse de la facilidad con la que el CJM y otras organizaciones judías con sede en Estados Unidos "creen que pueden hablar en nombre de todos los judíos". Los estadounidenses, argumentaba, dejan de lado demasiado a menudo los problemas de los judíos europeos por considerarlos insignificantes, sin llegar a entender hasta qué punto su situación no tiene nada que ver con la que ellos viven en Estados Unidos. Atribuía el talante combativo de la mayoría de los activistas judíos estadounidenses "al hecho de que muchos de ellos se sienten culpables de alguna manera, aunque sea inconsciente, por no haber hecho lo suficiente durante la guerra para evitar la persecución de judíos en Europa". El caso Waldheim, añadía, "les dio la oportunidad de colocarse en el escaparate".

Dichas tensiones se podían sentir incluso en la relación entre Wiesenthal y el Centro Simon Wiesenthal. Fundado en Los Ángeles en 1977, era una organización independiente que utilizaba su nombre a cambio de una compensación económica vital para sufragar las actividades del cazador de nazis. Wiesenthal y el centro trabajaron juntos en varias ocasiones pero también tuvieron sus diferencias. El rabino Marvin Hier, fundador y director del centro, recuerda más de una conversación telefónica en la que Simon Wiesenthal acababa preguntándole a gritos: "¿Pero qué estáis haciendo?".

Durante la crisis de Waldheim, Hier se mostró públicamente más crítico que Wiesenthal respecto al candidato a la presidencia austriaca. De hecho, en medio de la pelea entre Wiesenthal y el CJM, Singer le mandó un mensaje muy claro: "DILE A WIESENTHAL QUE SE CALLE DE UNA VEZ; YA BASTA" y Hier llegó a encararse con Wiesenthal, pero solo hasta cierto punto. Recuerda que le explicó: "Simon, si no podemos encerrarlo, deberíamos hacer algo

con él. Debería sentirse avergonzado, no deberíamos dejarle que se suba de nuevo a un avión". Su centro apoyó la decisión de colocar a Waldheim en la lista de sospechosos con entrada prohibida en Estados Unidos, algo a lo que Wiesenthal se oponía. Todo esto contribuyó a que las relaciones entre ambas partes se deterioraran gravemente.

Sin embargo, Hier también reconoce que Wiesenthal tenía razón al señalar que no había pruebas suficientes que demostraran que Waldheim había participado en algún crimen de guerra en concreto, y, desoyendo la petición de Singer, no estaba dispuesto a decirle a Wiesenthal lo que tenía que hacer –en cualquier caso, no le habría escuchado– ni a arriesgarse a romper por completo la colaboración con él. Wiesenthal estaba orgulloso del centro y el centro estaba orgulloso de llevar el nombre de alguien que había dedicado su vida a llevar a los criminales nazis ante la justicia. "Era un auténtico icono", asegura Hier, y el caso Waldheim no le hizo cambiar de opinión.

Había algo irónico en que Rosenbaum y el Congreso Judío Mundial insistieran en que Wiesenthal era un defensor del nuevo presidente austriaco dado el historial del cazador de nazis y todo lo que había hecho por denunciar el papel de los austriacos en el Tercer Reich. Wiesenthal solía repetir que, aunque solo suponían el diez por ciento de la población del Tercer Reich, los austriacos habían sido responsables de cerca del cincuenta por ciento de sus crímenes de guerra; casi tres de cada cuatro jefes de campos de concentración eran austriacos, insistía.

Como era público y notorio, Wiesenthal tuvo varios enfrentamientos con Bruno Kreisky, el líder socialista que fuera canciller de 1970 a 1983, por su actitud demasiado permisiva hacia los antiguos nazis. También discutieron violentamente acerca de Israel y la situación en Oriente Medio.

Aunque Kreisky provenía de una familia judía no practicante, se quiso erigir en el gran adalid de las causas del Tercer Mundo, lo que, al parecer, exigía criticar a Israel por cada cosa que hiciera. Kreisky también rechazaba la idea de que existiera "un pueblo judío" como tal. Wiesenthal lo acusaba de considerarse especial, superior al resto de los judíos de Europa oriental. "No quiere que se lo relacione con nosotros –declaró–. Ya tiene suficiente con que se lo vincule con el pueblo judío en general como para que encima lo vinculen con nosotros, eso le resulta intolerable". Según Wiesenthal, al crecer en una Austria tan antisemita, Kreisky quería "demostrar a los que le

rodeaban que en realidad no era distinto a ellos […] Si eres judío en Austria y quieres que te reconozcan como un igual, es necesario adoptar determinadas posiciones antisemitas”.

La mayor polémica entre Wiesenthal y Kriesky surgió a raíz de los cargos que el canciller socialista nombró a su llegada a la presidencia en 1970 y los aliados políticos que eligió durante su mandato. Wiesenthal lo criticó por incluir a cuatro antiguos nazis como ministros en su gabinete. Más tarde, también le afeó su amistad con Friedrich Peter, el dirigente del Partido Liberal, con el que tantos antiguos nazis simpatizaban. Kreisky estuvo a punto de nombrar a Peter vicecanciller, pero en ese momento Wiesenthal reveló que el líder de los liberales había formado parte de uno de los *Einsatzgruppen* de la SS que habían masacrado a los judíos. Peter tuvo que reconocer que había pertenecido a dicha unidad, aunque negó tener nada que ver con las matanzas.

Kreisky montó en cólera y llamó a Wiesenthal “judío fascista” y “mafioso”, añadiendo que era “un reaccionario, porque también entre los judíos hay reaccionarios, igual que hay asesinos y putas”. Utilizando unos argumentos parecidos a los que el propio Wiesenthal utilizaría una década más tarde contra el CJM, Kreisky acusó al cazador de nazis de ganarse la vida “contándole al mundo que Austria es un país antisemita”. Supuestamente, también habría amenazado con cerrar el Centro de Documentación de Wiesenthal en Viena. Para rematar, el canciller sacó de nuevo a colación las acusaciones que había aireado el gobierno polaco según las cuales Wiesenthal habría colaborado en su momento con los nazis. Kreisky solo se desdijo públicamente cuando Wiesenthal lo denunció ante los tribunales por injurias.

Está claro que el odio enfermizo que Wiesenthal sentía hacia Kreisky y el Partido Socialista fue lo que lo acercó al Partido Popular, aunque nunca lo reconociera. Rosenbaum y Beate Klarsfeld, por ejemplo, lo veían como un acérrimo seguidor de Waldheim. Cuando la polémica estalló, Beate no fue la única que se alineó con el CJM en sus ataques. Como señaló el propio Wiesenthal, “Serge Klarsfeld me puso de vuelta y media en la televisión francesa”.

Ahora bien, incluso aquellos que creían que el CJM hacía bien en reunir pruebas contra Waldheim veían con cierto escepticismo la acusación de Rosenbaum según la cual Wiesenthal solo intentaba tapar su fracaso de 1979, cuando los israelíes le pidieron que investigara el pasado del

secretario general de la ONU durante la guerra. Herzstein, el historiador al que recurrió el CJM para llevar a cabo su propia investigación del pasado de Waldheim, señaló que el Centro de Documentación de Berlín, controlado por los estadounidenses, le entregó un informe a Wiesenthal según el cual Waldheim nunca había pertenecido a la SS ni al Partido Nazi. “Después de estudiar al detalle la documentación, Wiesenthal informó correctamente a los israelíes de que no había nada que incriminara a Waldheim”, escribió.

Herzstein añadió que “lo que Wiesenthal no podía saber” era que Waldheim sí había sido miembro de los Cuerpos de Caballería de la SA y del grupo de estudiantes afines al partido nazi, porque esas organizaciones no estaban incluidas entre las asociadas al partido nazi según el listado del Centro de Documentación de Berlín. No había allí registro alguno de sus actividades, como descubrirían siete años más tarde todos aquellos que intentaron escarbar en el pasado de Waldheim.

El historiador Peter Black, uno de los dirigentes del Museo del Holocausto en Washington, trabajaba por entonces como historiador para el OSI y alaba el “gran trabajo” de Rosenbaum a la hora de investigar a Waldheim pero también descarta la teoría de que Wiesenthal estuviera intentando tapar algo. “No lo veo formando parte de una gran conspiración –afirmó–. Creo que no había nada oscuro en las intenciones de Wiesenthal”. Según Black, Wiesenthal simplemente “no prestó la suficiente atención” al historial de Waldheim y “pensó que era como la mayoría de los oficiales militares que pasaron por ahí y de alguna manera consiguieron mantenerse al margen de todo”. Black también señaló que los expertos solo empezaron a prestar atención a la estrecha colaboración de la Wehrmacht en los crímenes nazis –“especialmente en países ocupados como Grecia, Yugoslavia y la Unión Soviética”– a partir de finales de la década de 1980 y en la de 1990, lo que explicaba que Wiesenthal no viera nada raro en el historial militar de Waldheim en los Balcanes.

Sin embargo, Rosenbaum nunca se ha retractado de los virulentos ataques que le dedicó a Wiesenthal y a *su* historial. Las heridas que se abrieron durante el cruce de acusaciones entre el CJM y Wiesenthal aún no se han cerrado. Después de todo, el caso Waldheim no fue solo una batalla contra los simpatizantes del Tercer Reich sino también una lucha entre los propios cazadores de nazis.

XV
PERSIGUIENDO FANTASMAS

“En esta estación intermedia [los que acaban de morir] tienen que entendérselas con sus víctimas, que les esperan ansiosas de venganza. Dios dice que la venganza es buena para el alma”.
(Palabras de “Babe” Levy, el héroe de la novela

superventas de William Goldman *Marathon Man* (1974), al ficticio dentista de la SS de Auschwitz, Christian Szell, justo antes de matarlo).

Si nos creyéramos todo lo que leemos, los cazadores de nazis se habrían pasado la vida cobrándose venganzas. En 2007, por ejemplo, Danny Baz, un coronel ya jubilado de las Fuerzas Aéreas Israelíes, publicó unas supuestas memorias en francés tituladas *Ni oubli ni pardon: Au coeur de la traque du dernier nazi* [Ni olvido ni perdón: en el corazón de la búsqueda del último nazi], que se publicaron en inglés bajo el título de *The Secret Executioners: The Amazing True Story of the Death Squad That Tracked Down and Killed Nazi War Criminals* [Los ejecutores secretos: la increíble y verdadera historia del escuadrón de la muerte que persiguió y mató a los criminales de guerra nazis].

En aquel momento, aún seguía activa la búsqueda de Aribert Heim, uno de los fugitivos nazis más famosos. El doctor, nacido en Austria, había trabajado en Mauthausen, ganándose con creces el apelativo de “Doctor Muerte”. Mataba a los judíos inyectándoles gasolina y otras sustancias venenosas directamente en el corazón; también llevó a cabo varios experimentos médicos especialmente sádicos, como abrir en canal a prisioneros sanos para quitarles los órganos y dejarlos morir en la mesa de

operaciones. Después de la guerra, todos se lanzaron a su búsqueda, desde el gobierno alemán al Centro Simon Wiesenthal, que lo puso en lo más alto de su lista de criminales más buscados. Sin embargo, el libro de Baz revelaba un hecho desconocido hasta entonces: al parecer, todos ellos llevaban veinticinco años persiguiendo a un fantasma.

Según su propia versión, Baz habría formado parte de un escuadrón secreto de la muerte compuesto íntegramente por judíos y que se habría encargado en 1982 de ejecutar a Heim. Bajo el nombre de guerra de "El Búho", el grupo lo habrían fundado supervivientes millonarios del Holocausto y para ello habrían reclutado a los más preparados miembros de los servicios de seguridad estadounidenses e israelíes. "He modificado los nombres de mis compañeros de armas para no quebrantar la confidencialidad de nuestra organización, que se benefició de un presupuesto sin límites, a la altura de los más grandes servicios secretos del mundo –escribió–. Los hechos relatados en este libro son rigurosamente ciertos".

A partir de ahí, venía un relato impactante: El Búho se habría encargado de capturar y de matar a decenas de criminales de guerra nazis, según Baz, pero su gran reto era encontrar a Heim y capturarlo vivo. A continuación, un tribunal de supervivientes del Holocausto lo juzgaría y lo acabaría condenando a muerte. "Queremos que las ratas se enfrenten cara a cara con sus víctimas antes de morir", le explicaba a Baz uno de los miembros más veteranos del Búho. Al parecer, Heim estaba escondido en Estados Unidos y no en ninguno de los lugares exóticos donde decían haberlo visto, y los vengadores lo persiguieron por el norte del estado de Nueva York hasta llegar a Canadá, secuestrándolo por fin en un hospital de Montreal; por último, lo entregaron a otros miembros del Búho en California, que organizaron el tribunal y llevaron a cabo la ejecución.

Esta no era la única historia sobre un famoso criminal de guerra nazi presuntamente asesinado en secreto. Martin Bormann, el poderoso secretario personal de Hitler y máximo dirigente de la cancillería del Partido Nazi, había desaparecido del búnker de Hitler en Berlín justo después de que el Führer se suicidara. Cuando el Tribunal Militar Internacional condenó a muerte en Núremberg a doce cabecillas nazis, Bormann fue el único juzgado en ausencia. Su desaparición dio pie a diferentes rumores sobre si había muerto o si había sobrevivido. Muchos dieron por hecho que lo habían matado o que se había suicidado mordiendo

una cápsula de cianuro poco después de escaparse del búnker. Al igual que sucedió con Heim, muchos afirmaron haber visto a Bormann en el norte de Italia, en Chile, en Argentina y en Brasil, entre otros lugares. Sin embargo, en 1970, el periódico sensacionalista *News of the World* publicó un serial escrito por Ronald Gray, un antiguo agente de inteligencia del ejército británico, que poco después aparecería en forma de libro bajo el título de *I Killed Martin Bormann!* [¡Yo maté a Martin Bormann!].

"Bormann está muerto, acribillado por una metralleta Sten –escribió–. Y fui yo el que apretó el gatillo". Según su versión, Gray estaba destinado en el norte de Alemania al acabar la guerra, cerca de la frontera con Dinamarca. Cuando un misterioso alemán se puso en contacto con él para colar a alguien por la frontera a cambio de cincuenta mil coronas (ocho mil cuatrocientos dólares de la época) en marzo de 1946, aceptó el soborno, para poder así investigar desde dentro a la red que estaba sacando a criminales de guerra nazis del país. Cuando se puso al volante de su furgoneta militar, se dio cuenta de que el pasajero en cuestión era Bormann. Aunque era de noche, la luz de la luna le bastó para confirmar su identidad cuando lo dejó en su destino, del lado danés de la frontera, donde dos hombres lo esperaban. De repente, Bormann echó a correr y Gray se dio cuenta rápidamente de que le habían tendido una emboscada. Abrió fuego y vio cómo Bormann caía derribado por las balas. Los dos hombres que estaban esperando respondieron con sus propias ráfagas de disparos.

Gray se lanzó al suelo, haciéndose el muerto. Desde ahí pudo ver a los hombres arrastrar el cuerpo sin vida de Bormann. Los siguió de lejos y pudo ver cómo sacaban el cuerpo junto a un fiordo, lo subían a un pequeño bote con remos y lo lanzaban al agua a unos cuarenta metros de la orilla. "Por el agua que levantó al caer, supuse que los dos compatriotas de Bormann habían cargado el cuerpo con más peso, probablemente envolviéndolo en cadenas –escribió–. Tuve la sensación de que el bote –y las cadenas– estaban en principio pensadas para mí".

El relato de Gray no acabó con la ristra de versiones sobre lo que había sucedido con Bormann. En 1974, el historiador militar y escritor de éxito Ladislas Farago publicó el libro *Aftermath: Martin Bormann and the Fourth Reich* [Después de la guerra: Martin Bormann y el Cuarto Reich]. Aseguraba haber perseguido a Bormann hasta un hospital en el sudoeste de Bolivia después de sobornar a varios contactos y guardias en la frontera con Perú. Todo este dinero sirvió para que al menos pudiera ver fugazmente a su

hombre: “Cuando me llevaron a su cuarto para la visita de cinco minutos que habíamos acordado […] vi a un viejecito tumbado en una gran cama, las sábanas recién lavadas, la cabeza elevada por tres almohadas, una mirada vacía en los ojos, que hablaba por lo bajo consigo mismo”, escribió. Según Farago, lo único que Bormann le habría dicho sería: “Maldita sea, ¿no ve que no soy más que un viejo? ¿Por qué no me deja morir en paz?” .

Todas estas historias sirvieron para llenar páginas y páginas en los tabloides y a veces incluso en periódicos de más prestigio, pero tenían un pequeño problema en común: todas eran producto de la febril imaginación de sus autores y no había nada “verdadero” en ellas, como se nos había prometido. En el caso de Heim, *The New York Times* y la cadena alemana de televisión ZDF consiguieron reunir suficientes pruebas de que el Doctor Muerte se había trasladado a El Cairo después de la guerra, se había convertido al islam y había adoptado el nombre de Tarek Hussein Farid. Todo ello se supo gracias al hallazgo de un maletín con su correspondencia personal, su historial médico, su registro de cuentas bancarias y un artículo sobre el proceso de búsqueda. Ambos nombres –Heim y Farid– aparecían en dichos documentos con la misma fecha de nacimiento, el 28 de junio de 1914, es decir, la de Heim. Un certificado de defunción dejaba claro que Farid había muerto en 1992, una década después de que supuestamente lo ejecutara el grupo de vengadores de Baz.

En entrevista con *The Times*, Rüdiger Heim, el hijo de Aribert, no solo confirmó la identidad de su padre (“Tarek Hussein Farid es el nombre que mi padre adoptó cuando se convirtió al islam”, aseguró) sino que reveló que estaba visitándolo en El Cairo cuando murió de cáncer colorrectal. Los dos reporteros de *The Times* encargados de la historia, Nicholas Kulish y Souad Mekhennet, escribieron luego un libro contando al detalle la peripecia de Heim en la Alemania de posguerra, donde siguió trabajando como médico en la ciudad balneario de Baden-Baden hasta 1962, cuando voló a Egipto al recibir el soplo de que las autoridades estaban a punto de detenerlo. Los autores contaron al efecto con la colaboración de su hijo, de otros familiares y los amigos egipcios que lo conocían por su nuevo nombre.

Cotejando los escritos de Heim, encontraron repetidas referencias a Wiesenthal, a quien el fugitivo veía como la cabeza pensante detrás de un plan sionista para atraparlo. El cazador de nazis fracasó en su búsqueda, pero según Heim era “el que controlaba todas las agencias alemanas”. Esta afirmación demostraba que Heim –y muy probablemente, otros fugitivos–

temían a Wiesenthal y creían que su imagen de vengador todopoderoso era cierta. Por supuesto, se trataba de una exageración, pero dejaba constancia de uno de los puntos fuertes de Wiesenthal: parte de su misión consistía en que sus presas vivieran con miedo y eso lo conseguía exagerando sus propios logros.

En cuanto a Bormann, la versión de Gray según la cual le habría disparado y la afirmación de Farago de que lo había visitado en Bolivia también resultaron ser mentira. Los supuestos restos mortales de Bormann habían aparecido en un solar de Berlín en 1972, pero solo en 1998 se pudo confirmar su identidad al comparar su ADN con el de uno de sus familiares. Se concluyó que había muerto el 2 de mayo de 1945, poco después de abandonar el búnker de Hitler ante la proximidad de las tropas del Ejército Rojo. Pero en los años siguientes, los supuestos avistamientos de Bormann no cesaron, sobre todo en Sudamérica.

Baz tenía razón en que los cazadores de nazis habían estado persiguiendo fantasmas en muchas ocasiones, pero normalmente era por una combinación de información poco fiable y palos de ciego. Lo que no hicieron en ningún caso fue urdir grandes historias de venganza. Ahora bien, como esta versión caló en la opinión pública, muchos creyeron que las historias de cacerías de nazis no tenían nada que envidiar a los guiones de las películas de Hollywood.

Lo normal, en cambio, era que la caza de dichos criminales de guerra –tanto por parte de los gobiernos como de los cazadores individuales– llevara un ritmo mucho más lento y trabajado, especialmente cuando todo acababa en batallas legales que parecían no tener fin. No había en todo aquello, desde luego, ni los espectaculares tiroteos ni los enfrentamientos violentos que sirvieron para vender entre el público estas “historias verdaderas” prefabricadas. Aun así, hubo algunas excepciones, aunque muy contadas. En ocasiones, la realidad parecía imitar a la ficción y los vengadores aparecían de entre las tinieblas.

Uno de los villanos que aparecían en el exitoso libro de Howard Blum *Wanted! The Search for Nazis in America* [¡Se busca! La persecución de nazis en Estados Unidos] (1977) era Tscherim Soobzokov, originario de la minoría circasiana en la parte norte del Cáucaso, en la Unión Soviética. A primera vista, “Tom” Soobzokov, como se lo conocía en Paterson, Nueva Jersey, la ciudad donde vivía, era la personificación del sueño americano.

Según un artículo publicado en *The Paterson News*, cuando los alemanes invadieron el Cáucaso en 1942, a Soobzokov lo enviaron a Rumanía para trabajar "en condiciones de semiesclavitud". Al acabar la guerra, se juntó con otros exiliados circasianos de Jordania, antes de trasladarse a Estados Unidos en 1955. Instalado en Paterson, empezó a trabajar en un lavadero de coches pero pronto pasó a organizar el sindicato de su empresa y luego el Partido Demócrata de su localidad, lo que le llevó después al puesto de inspector jefe de comercio del condado de Passaic. Era el hombre al que todos recurrían cuando había un problema, especialmente entre los demás inmigrantes procedentes del Cáucaso. Era un tipo amable, con buenos contactos y cada vez más próspero.

Sin embargo, no todos los inmigrantes circasianos que iban llegando a Estados Unidos estaban dispuestos a creerse la historia de "Tom" ni aceptaban que se erigiera en su representante. Su nombre aparecía en la lista de criminales de guerra nazis que acabó en manos de Anthony DeVito, el investigador del Servicio de Inmigración y Ciudadanía a principios de los 70, y los vecinos de Paterson no dejaban de preguntarse por qué. Kassim Chuako, uno de los circasianos a los que cita Blum en su libro, afirmó que cuando los alemanes llegaron a su región del Cáucaso, Soobzokov les había ofrecido inmediatamente sus servicios. "Era habitual verlo entrar en los pueblos con los alemanes para participar en sus batidas de comunistas y judíos –declaró–. Lo vi con las tropas de la SS que se encargaban de deportar a los detenidos". Otros aseguraban haberlo visto en Rumanía con un uniforme de la SS, intentando reclutar a refugiados para formar una unidad militar caucásica.

Aunque siguió militando en las Waffen, el brazo armado de la SS, hasta el mismísimo 1945, Soobzokov no tuvo problema en presentarse como un refugiado de guerra normal y corriente cuando terminó el conflicto. En 1947, formó parte del grupo de circasianos que emigraron de Italia a Jordania, donde trabajó como ingeniero agrícola. Pronto encontró un nuevo jefe: la CIA. La agencia quería que Soobzokov le ayudara a hacer una selección de circasianos para enviarlos después en misión secreta a la Unión Soviética y él aceptó el encargo con entusiasmo.

Sus nuevos jefes sabían perfectamente con quién estaban tratando: "El sujeto reacciona de manera airada a cualquier pregunta que tenga que ver con crímenes de guerra y no hay duda de que nos está ocultando muchas actividades al respecto", informó un oficial de la CIA en 1953. Pese a todo,

la prioridad del organismo no era otra que sacar el máximo partido a sus servicios, escondiera lo que escondiera su pasado. Cuando Soobzokov se instaló en Estados Unidos en 1955, siguió trabajando a tiempo parcial para la agencia, pero su ambigüedad respecto a determinadas cuestiones relativas a los años de guerra hizo que otro oficial de la CIA concluyera que era "un manipulador incorregible" y dejaran de contar con él en 1960.

Pese a todo, cuando el INS empezó a investigar su pasado en los 60, un importante dirigente de la CIA no dudó en afirmar que "aunque aún hay dudas por resolver" acerca de su posible colaboración con los nazis, Soobzokov había sido de "gran ayuda" para Estados Unidos y el organismo nunca había encontrado pruebas específicas de que hubiera participado en ningún crimen de guerra, lo que llevó al INS a abandonar la investigación. Cuando la recién constituida Oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia intentó reabrir el caso en 1980, sus investigadores descubrieron que Soobzokov había confesado por escrito su afiliación a diversas organizaciones nazis cuando pidió un visado para entrar en Estados Unidos. Puesto que la estrategia del OSI era expatriar a los supuestos criminales de guerra con la excusa de que habían mentido para conseguir colarse en el país, en este caso tuvieron que retirarse a regañadientes: aunque la lista probablemente fuera incompleta, el hecho de que Soobzokov hubiera admitido su pasado y no hubiera mentido a los servicios de inmigración impedía expulsarlo del país.

A pesar de toda la polémica que lo rodeó durante aquellos años, Soobzokov consiguió salir de la experiencia victorioso. Incluso llegó a demandar a Howard Blum por lo que había escrito sobre él en su libro, y el autor se vio obligado a llegar a un acuerdo extrajudicial… aunque en ningún momento se retractó de nada de lo que había escrito.

El 15 de agosto de 1985, una bomba casera explotó en la puerta de la casa de Soobzokov en Paterson. El hombre que había sido el centro de tanta polémica quedó gravemente herido y acabó muriendo el 6 de septiembre. El FBI insinuó en un principio que la Liga Judía de Defensa podía estar detrás del atentado, pero el caso nunca llegó a resolverse.

Ocho años más tarde, hubo otro asesinato que podría haber formado parte de las páginas de cualquier novela de misterio. Esta vez, el escenario fue un apartamento del moderno décimosexto *arrondissement* de París y la víctima fue René Bousquet, el antiguo jefe de policía de ochenta y cuatro años que había orquestado la deportación de judíos de la Francia ocupada,

incluyendo a miles de niños. Aunque Bousquet fue juzgado después de la guerra, la condena que recibió quedó en suspenso por su supuesta colaboración posterior con la Resistencia. Emprendió una exitosa carrera en el mundo de los negocios y su entusiasta participación en el Holocausto pareció caer en el olvido. Aunque su pasado salió de nuevo a la luz cuando Francia se volvió a tomar en serio la investigación del colaboracionismo durante la Segunda Guerra Mundial y se intentó volver a llevarlo a juicio aportando nuevas pruebas, Bousquet siguió mostrándose desafiante, sin nada de lo que arrepentirse y extrañamente confiado en que no tenía nada que temer. Siguió paseando a su perro dos veces al día por el Bois de Boulogne.

El 8 de junio de 1993, un hombre llamado Christian Didier llamó al apartamento de Bousquet con la excusa de que tenía unos documentos judiciales que entregarle. Cuando el exjefe de policía le abrió la puerta, según palabras del propio Didier a la televisión francesa, "saqué una pistola y le disparé a bocajarro". Aunque alcanzó su objetivo, Bousquet aún tuvo tiempo de lanzarse contra él. "El tipo tenía una energía increíble –continuó Didier–. Disparé una segunda vez pero eso tampoco le detuvo. La tercera vez que le alcancé, empezó a tambalearse. La cuarta vez le di en la cabeza o en el cuello y por fin cayó al suelo en un charco de sangre".

Didier escapó de la escena del crimen y después llamó a las cadenas de televisión para hacer pública su confesión. No se arrepentía de nada. Bousquet "era la encarnación del mal" y lo que él había hecho era "como matar a una serpiente", declaró, añadiendo que, en este caso, "él representaba a las fuerzas del bien". En realidad, la verdadera motivación de Didier parecía ser el deseo de alcanzar la fama a cualquier precio. Ya había intentado matar a Klaus Barbie con anterioridad, se había colado en los jardines del palacio presidencial y había intentado entrar a la fuerza en unos estudios de televisión. Lo habían internado un tiempo en un hospital psiquiátrico y, después de matar a Bousquet, lo condenaron a diez años de prisión. Cuando lo liberaron, tras cumplir la mitad de la sentencia, expresó un cierto arrepentimiento por lo que había hecho, pero añadió: "Si lo hubiera matado hace cincuenta años, me habrían dado una medalla". También cambió su explicación de por qué había decidido acabar con Bousquet: "Creí que, matando a Bousquet, mataría lo que hay de malo en mí", afirmó.

Para Serge Klarsfeld y tantos otros que confiaban en que Bousquet acabara de nuevo ante la justicia, el asesinato fue una gran decepción. “Los judíos queremos justicia, no venganza”, afirmó. Aunque Klarsfeld llegó a considerar en su momento la opción de matar a Barbie, siempre dejó claro que lo deseable era llevarlo a juicio y condenarlo, que fue exactamente lo que pasó al final. De esta manera, la justicia triunfó y el público aprendió más cosas sobre el Holocausto. Juzgar a Bousquet habría servido para mostrar a todo el mundo de forma objetiva hasta qué punto los colaboracionistas franceses habían participado activamente en los crímenes planeados por los alemanes. A diferencia de lo que ocurría en las películas de Hollywood, esta vez el pistolero disparó al malo y no recibió aplauso alguno. La gran derrotada había sido la justicia.

En 1985, la intermitente caza del doctor de la SS Josef Mengele, el médico de Auschwitz conocido como “El Ángel de la Muerte”, volvió a la primera plana de los periódicos. La opinión pública lo veía como una encarnación del demonio gracias a la novela y película *Los niños del Brasil* y, aunque se sabía que el fugitivo había conseguido la nacionalidad paraguaya veinticinco años atrás, su paradero exacto seguía siendo fuente de constante especulación. No faltaba quien, regularmente, afirmaba haberlo visto en algún lugar de América Latina o de Europa, incluso de Alemania occidental. Gracias a la presión internacional, cada vez más agobiante, Paraguay le retiró la nacionalidad a Mengele en 1979, tras lo cual el presidente Alfredo Stroessner, otro dictador de extrema derecha, advirtió de que hacía tiempo que su régimen le había perdido la pista por completo. Sin embargo, ninguno de los cazadores de Mengele le creyó, y todos compartían una misma sospecha. Recuerdo que, cuando aún estaba trabajando en Bonn, un 16 de marzo de 1985, entregué mi primer artículo sobre Mengele a mis jefes de Nueva York. En él escribía: “Que Mengele sigue vivo es un hecho que nadie discute”.

Wiesenthal siempre filtraba a la prensa nuevas pistas y nos aseguraba que estaba a punto de localizarlo. Aunque a veces lo acusaban de lanzar rumores sin base alguna, lo cierto es que no era el único empeñado en que la figura de Mengele siguiera presente en los telediarios y que, así, la caza siguiera abierta. En mayo, Fritz Steinacker, un abogado de Frankfurt, se salió de su habitual “sin comentarios” y reconoció: “Sí, he representado legalmente durante años a Mengele y aún sigo haciéndolo”. A pesar de que

Rolf, el hijo de Mengele, y otros familiares de su ciudad natal de Günzburg, en Baviera, donde el negocio familiar de maquinaria agrícola seguía prosperando, negaban continuamente conocer su paradero, Wiesenthal estaba convencido de que "siempre han sabido dónde estaba, incluso hoy lo saben", tal y como me contó. El hecho de que la familia siguiera contestando "sin comentarios" a todas las preguntas sobre Mengele invitaba a pensar que el doctor seguía vivo y escondido. "Cuando puedan reconocer que ha muerto, se quitarán un peso de encima", afirmó Wiesenthal.

Serge y Beate Klarsfeld compartían esta convicción y, de hecho, Beate viajó a Paraguay para protestar por el papel del gobierno. "Mengele vive en Paraguay bajo la protección del presidente Stroessner", declaró Serge sin pelos en la lengua. Wiesenthal, el Centro Simon Wiesenthal de Los Ángeles, los Klarsfeld, el gobierno de Israel, el de Alemania occidental y otros particulares ofrecieron cuantiosas recompensas para quien lograra capturar al médico de Auschwitz. En mayo de 1985, la cifra total superaba los 3,4 millones de dólares. Hans-Eberhard Klein, el fiscal de Frankfurt encargado de la búsqueda de Mengele en nombre del gobierno de Alemania occidental, explicó que "tenemos los archivos llenos de pistas" provenientes de personas convencidas de haberle visto, pero "ninguna de ellas ha dado fruto". Esa fue la razón por la que Alemania occidental y los demás decidieron seguir aumentando la cantidad de las recompensas. También en mayo, Klein y otros miembros de su equipo se reunieron en Frankfurt con los representantes de Estados Unidos y de Israel para coordinar los esfuerzos de los tres países.

Sin embargo, como todos descubriríamos apenas un mes después, llevaban más de seis años persiguiendo un fantasma: Mengele se había ahogado mientras se bañaba en una playa de Bertioga, Brasil, en 1979, probablemente después de sufrir un infarto. Sus restos se encontraron en una tumba cerca de São Paulo y un equipo forense se encargó de identificarlo de manera concluyente. Rolf Mengele por fin admitió lo que Wiesenthal y otros venían sospechando todos esos años: que la familia no solo había mantenido contacto con su padre sino que él mismo lo había visitado en Brasil en 1977. También reconoció que tuvo que volver a Brasil dos años después "para confirmar las circunstancias de su muerte". En 1992, un análisis de su ADN terminó de confirmar la verdad sobre el caso. Mengele, que tenía sesenta y siete años cuando se ahogó, había conseguido eludir a la justicia y engañar a sus perseguidores incluso después de muerto.

Aunque de esta manera se resolvía el enigma de qué había pasado con él, el descubrimiento de su muerte aún dejaba sin respuesta la pregunta de cómo el hombre más buscado desde Eichmann había conseguido escapar. Su nombre había aparecido incluso durante el juicio a los principales líderes nazis que el Tribunal Militar Internacional organizó en Núremberg. En su condición de testigo, el comandante de Auschwitz Rudolf Höss mencionó específicamente los “experimentos que el doctor Mengele practicaba con gemelos”.

Los supervivientes de Auschwitz explicarían más tarde con todo lujo de detalles hasta qué punto era una pieza clave en la maquinaria de muerte y tortura del campo. Era de los primeros en acercarse a los trenes que llegaban llenos de deportados para participar activamente en el proceso de selección, mandando a miles a las cámaras de gas nada más llegar. Desde el principio, se destacó por salvar a hermanos gemelos para poder experimentar con ellos, lo que se convirtió en una auténtica obsesión. Inyectaba tintes en los ojos de los bebés y los niños para cambiar su color, y practicó numerosas transfusiones de sangre y punciones en la médula espinal. Gustaba de comprobar la resistencia de los prisioneros exponiéndolos a sobredosis de rayos X que acababan quemándolos, como en el caso de unas monjas polacas. También hacía experimentos quirúrgicos con los órganos sexuales de sus víctimas, inoculaba el tifus y otras enfermedades a prisioneros que estaban sanos y les extraía médula ósea. En un informe, uno de sus superiores lo elogiaba por “su valiosa contribución al campo de la antropología utilizando el material científico que hemos puesto a su disposición”. Mengele ejecutó personalmente a varios de los prisioneros que consiguieron sobrevivir a sus experimentos, deshaciéndose así de parte de ese “material científico”.

Según Robert Kempner, el abogado alemán judío que abandonó su país natal en 1935 y volvió como miembro del equipo de fiscales estadounidenses encargado de los juicios de Núremberg, el nombre de Mengele apareció repetidas veces en el llamado “Juicio a los médicos” de 1947, el primero de los juicios de seguimiento que organizó el Tribunal Militar Internacional. “La búsqueda de Mengele empezó en Núremberg –me contó en 1985–. Intentaron atraparlo pero no lo pudieron encontrar en Alemania. Ya estaba escondido en algún otro lugar”. Añadió que Mengele había llegado a estar bajo custodia estadounidense inmediatamente después de la guerra pero que sus carceleros, como era habitual, no fueron

conscientes de quién era. El prisionero, que era increíblemente vanidoso, había conseguido convencer a la SS de que no necesitaba el tatuaje identificativo porque consideraba que estropearía su aspecto. En consecuencia, los estadounidenses no pudieron identificarlo.

Aunque Mengele ya estaba por entonces en todas las listas de criminales de guerra, a Kempner no le sorprendía que hubiera conseguido huir del cerco estadounidense en aquellos momentos de caos. “Esos tipos desaparecían sin más –afirmó–. No les resultaba difícil. Los criminales de verdad eran más listos que nuestros chicos”. Kempner estaba convencido de que, al contrario que Klaus Barbie, Mengele no necesitó siquiera negociar con los estadounidenses para conseguir escapar. “Era un tipo independiente –afirmó–. A diferencia de muchos otros, era un hombre de posibles”.

Tras el caso Barbie, el departamento de Justicia de Estados Unidos mostró especial atención al pasado de Mengele. La Oficina de Investigaciones Especiales llevó a cabo otro estudio exhaustivo que se publicó finalmente en 1992. Aunque se señalaba que Mengele había vivido utilizando un seudónimo en una granja de la zona de ocupación estadounidense hasta que se escapó a América del Sur en 1949, el estudio concluía lo siguiente: “Mengele huyó de Europa sin ayuda ni conocimiento de los servicios secretos estadounidenses. No consta prueba alguna de que llegara a colaborar en ningún momento con ellos”.

En un principio, Mengele se instaló en Buenos Aires, en concreto en el barrio de Olivos, el mismo en el que residía Eichmann. Cuando los israelíes empezaron a preparar la operación para secuestrar a Eichmann, a Isser Harel, el jefe del Mosad, le llegó el rumor de que Mengele también podía estar por ahí, aunque nunca consiguió confirmarlo. Sus sentimientos acerca del doctor de Auschwitz no dejan lugar a la duda: “De todos los personajes malvados que jugaron un papel principal en el macabro intento de borrar a los judíos del mapa, él destacó por disfrutar espantosamente de su papel como mensajero de la muerte”, señaló. Cuando se empezaron a cuestionar los costes de la operación Eichmann, le dijo a uno de los miembros de su equipo: “Para que nos compense la inversión, intentaremos traernos también a Mengele”.

Aunque Harel hubiera dado lo que fuera por encontrar a Mengele, no quiso hacer nada “que pudiera poner en peligro nuestro principal objetivo: la Operación Eichmann”. Su equipo en Buenos Aires estaba ocupado las veinticuatro horas del día en seguir los pasos de su presa, buscar pisos

francos y medios de transporte para la huida y planificar tanto el secuestro en sí como los pasos siguientes. Eran conscientes de que Mengele podía andar cerca pero estaban de acuerdo en concentrarse en su objetivo princpipal. “Ninguno de nosotros mostró ningún interés en iniciar una Operación Mengele”, recuerda Zvi Aharoni, uno de los miembros clave en el secuestro de Eichmann y el encargado de interrogarlo posteriormente. “No era una cuestión de cobardía. Nos preocupaba que una operación doble pudiera poner en peligro el éxito de la ‘Operación Eichmann’”. Según Aharoni, Harel era el que más ganas tenía de atrapar a Mengele y fue Rafi Eitan, el jefe de la operación sobre el terreno, el que tuvo que disuadirlo, apelando al dicho hebreo que equivale a “quien mucho abarca poco aprieta”.

Sin embargo, en cuanto los israelíes capturaron a Eichmann, Harel presionó a Aharoni para que le preguntara sobre Mengele. En un principio, el prisionero se negó a contarle nada, pero luego reconoció que había llegado a coincidir por casualidad con Mengele una vez en un restaurante de Buenos Aires. No sabía dónde vivía exactamente, pero al parecer mencionó una casa de huéspedes en Olivos regentada por una alemana. Aharoni le creyó pero, por lo que recuerda, Harel no lo vio tan claro: “¡Te está mintiendo! –dijo Harel–. ¡Claro que sabe dónde está Mengele!”. En aquel momento, Aharoni pensó que el jefe del Mosad “estaba a punto de perder los nervios”.

En realidad, Mengele se había ido de Argentina rumbo a Paraguay el año anterior, después de que Alemania occidental hubiera hecho pública una orden de arresto en su contra. En caso de tener alguna duda de que debía retirarse a un país aún más acogedor que Argentina para con los criminales de guerra nazis, el secuestro de Eichmann seguro que terminó de convencerlo por completo. Sin embargo, Paraguay tampoco era un lugar del todo seguro. Después del exitoso secuestro de Eichmann, Harel encargó a Aharoni y a otros agentes que siguieran el rastro de Mengele por América Latina. Con la ayuda de otros antiguos nazis que se habían ido instalando en la zona, Mengele se mudó a una granja cerca de São Paulo, trabajando de jornalero pero sintiendo una lástima empalagosa por sí mismo… especialmente cuando supo que los periódicos de Alemania occidental no dejaban de contar a sus lectores los horrores que había cometido en Auschwitz.

“Como puede observarse, mi estado de ánimo en este momento es bastante malo, sobre todo en estas últimas semanas y con todas esas tonterías sobre los destripamientos en B (Auschwitz-Birkenau) –escribió en su diario–. En estas circunstancias es difícil disfrutar de este cielo soleado y radiante. Uno acaba reducido a una criatura miserable, sin amor por la vida y sin sustancia”.

Aharoni afirmaba que, en 1962, gracias a la información de uno de los contactos de Mengele en Sudamérica, se puso a investigar a Wolfgang Gerhard, un nazi que vivía cerca de São Paulo y que había ayudado a Mengele a huir. “En aquel momento, no sabíamos hasta qué punto estábamos cerca de nuestro objetivo”, escribió. Empezó a peinar la zona y, pensándolo años después, cree que incluso llegó a ver fugazmente a Mengele con otros dos hombres en un camino en medio de la selva. Sin embargo, para sorpresa de Aharoni y de los otros agentes asignados al caso, Harel los derivó de la noche a la mañana a otro asunto de alta prioridad: la búsqueda de un niño de ocho años que había sido secuestrado por unos extremistas religiosos en desafío a una orden judicial. Los agentes encontraron al niño en Nueva York y lo llevaron de vuelta a Israel con su madre. Después ya no volvieron a Sudamérica.

La cúpula del Mosad cambió en 1963, cuando Harel dio paso a Meir Amit y eso provocó que se perdiera el interés en la búsqueda de Mengele, porque el nuevo jefe pronto se concentró en prepararse para el conflicto inminente con los vecinos árabes, que se concretaría en 1967 en la Guerra de los Seis Días. “Le dimos poca importancia a la búsqueda de Mengele y por eso no encontramos a Mengele”, explicó Eitan, jefe de la operación Eichmann y alto cargo del Mosad también con la nueva directiva. Una vez más, la caza de nazis había dejado de ser una prioridad.

Cuando en 1985 se descubrió el cuerpo de Mengele, su hijo Rolf dio su propia explicación de por qué nunca habían atrapado a su padre: “Su casa era pequeña y muy humilde […] tan pequeña que nadie sospechó de él”, le dijo a la revista alemana *Bunte*. Como sabían que venía de una familia con dinero, sus perseguidores “buscaban a alguien que viviera en una villa junto al mar, condujera un Mercedes y estuviera protegido por guardaespaldas y perros alsacianos”, añadió. En otras palabras, esperaban encontrarse al Mengele que interpretaba Gregory Peck en *Los niños del Brasil*.

Rolf nunca pidió perdón por haber mantenido silencio durante tantos años, incluso cuando ya sabía que su padre estaba muerto. “He permanecido

callado hasta ahora por consideración hacia la gente que estuvo en contacto con mi padre durante treinta años”, declaró. Su padre tampoco mostró nunca arrepentimiento alguno por sus crímenes. En una carta a Rolf, escribió: “No tengo por qué justificar o excusar ninguna de mis decisiones, acciones o comportamientos”.

El hecho de que, como Rolf al final tuvo que admitir, la familia de Mengele y tantos otros amigos lo hubieran ayudado a eludir la justicia durante todos esos años también levantó dudas sobre la eficacia de la investigación que el fiscal de Frankfurt, Klein, había dirigido en nombre del gobierno de Alemania occidental. Ni siquiera se les ocurrió registrar las casas y las empresas de los miembros de la familia Mengele y no se esforzaron demasiado en interrogarlos. Según Dieter Mengele, un sobrino del fugitivo, el fiscal nunca se dirigió a él para preguntarle nada. Klein se defendió asegurando que la familia sí que estaba bajo vigilancia policial aunque “solo” parcialmente, sin que quedara muy claro a qué se refería en concreto.

Cuando la Oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia hizo público su informe sobre Mengele en 1992, reconoció una obviedad: “Que el ‘Ángel de la Muerte’ de Auschwitz pudiera perpetrar tranquilamente sus crímenes y morir después ya viejo en Brasil demuestra que algo se hizo muy mal”. Al mismo tiempo, el informe valoraba que Alemania occidental, Israel y Estados Unidos hubieran organizado, aunque fuera tarde, “una búsqueda sin precedentes por todo el mundo” lo que indicaba que no estaban satisfechos con la situación. Es más, “se puede considerar que todos los años que pasó escondiéndose en Brasil, viviendo en la miseria y torturado por el miedo a que los agentes israelíes lo capturaran en cualquier momento ya fueron de por sí una forma de hacer ‘justicia’, aunque a todas luces insuficiente”. Al menos, según el informe, pagó por sus crímenes convirtiéndose “en un prisionero de su propio terror a ser capturado”.

Mengele logró escapar de los cazadores de nazis, pero no de sus alargadas sombras.

XVI
SE CIERRA EL CÍRCULO

"Sobrevivir es un privilegio que implica ciertas obligaciones. Todos los días me pregunto qué puedo hacer por aquellos que no sobrevivieron".
(Simon Wiesenthal).

En abril de 1994, un equipo de la cadena ABC News se acercó cuidadosamente a Erich Priebke. Lo habían localizado en San Carlos de Bariloche, una ciudad balneario, a los pies de los Andes, donde en el siglo XIX los inmigrantes alemanes habían construido una serie de casas de estilo alpino. Como muchos nazis implicados en asesinatos masivos, este antiguo capitán de la SS había huido de Europa después de la guerra para empezar una nueva vida, perfectamente normal. Era propietario de una tienda de delicatessen e incluso viajaba en ocasiones a Europa, sin preocuparse de cambiarse el nombre. Su pasado parecía haber quedado muy atrás… al menos hasta el día en que el tenaz reportero de la ABC, Sam Donaldson, se interpuso en su camino delante de una cámara.

La presunta infamia de Priebke consistía en haber organizado la ejecución de trescientos treinta y cinco hombres y niños, incluyendo a setenta y cinco judíos, en las Fosas Ardeatinas, a las afueras de Roma, el 24 de marzo de 1944. Unos partisanos italianos habían matado a treinta y tres alemanes días antes y Herbert Kappler, el jefe de la Gestapo en Roma, ordenó la masacre siguiendo un principio: debían morir diez italianos por cada alemán. A diferencia de Priebke, Kappler no consiguió huir de Italia a tiempo y recibió condena de por vida, pero en 1977 se le permitió salir de un hospital militar y pudo vivir en libertad durante un año antes de morir.

Además, varios documentos involucraban a Priebke asimismo en la deportación de judíos italianos a Auschwitz.

"Señor Priebke, soy Sam Donaldson, de la televisión estadounidense –dijo el reportero mientras se acercaba a Priebke, que estaba a punto de subirse a su coche, en medio de la calle–. Usted estuvo en la Gestapo en Roma en 1944, ¿no es así?".

En un principio, Priebke no dio muestras de nerviosismo ni intentó fingir que no tenía nada que ver con las ejecuciones. "Sí, en Roma, así es –dijo, hablando en un perfecto inglés, aunque con algo de acento–. Ya sabe que los comunistas mataron a un grupo de nuestros soldados alemanes. Por cada soldado alemán, tenían que morir diez italianos".

Priebke llevaba un polo, una cazadora y un sombrero bávaro, como cualquier alemán que hubiera decidido instalarse en ciudad tan pintoresca.

"¿También civiles?", preguntó Donaldson.

Manteniendo el mismo tono de voz, pero dando unas primeras muestras de incomodidad, Priebke respondió que eran "en su mayoría terroristas".

"Pero mataron a niños", continuó el reportero, presionando.

"No", insistió Priebke. Cuando Donaldson señaló que se habían encontrado los cuerpos de chicos de catorce años, Priebke negó con la cabeza e insistió: "No".

"Pero, ¿por qué les dispararon? No habían hecho nada".

"Estábamos cumpliendo órdenes. En la guerra, este tipo de cosas suceden". Llegado este momento, a Priebke ya se le notaba con ganas de terminar la conversación.

"¿Estaban cumpliendo órdenes? ¿Eso es todo?".

"Sí, por supuesto, aunque yo no disparé a nadie".

Donaldson le repitió la acusación de que había matado a civiles en esa fosa y de nuevo Priebke lo negó: "No, no, no".

Después de insistir otra vez en que se había limitado a cumplir órdenes, Donaldson le interrumpió: "Pero una orden así no puede servir de excusa".

Priebke empezó a indignarse ante la incapacidad de aquel reportero americano de entender cómo funcionaban las cosas. Tenía que cumplir esas órdenes, insistió. "En aquel momento, una orden era una orden".

"Y murieron civiles", concluyó Donaldson.

"Y murieron civiles –admitió Priebke–. Murieron muchos civiles durante la guerra, en todos lados, y lo siguen haciendo". Con una sonrisa nerviosa

en la cara y sin parar de girar la cabeza a los lados, añadió: “A usted le ha tocado esta época, pero a nosotros nos tocó vivir en 1933 –en referencia al año en que Hitler llegó al poder–. ¿Puede entender la diferencia? Toda Alemania era… nazi. No cometimos ningún delito. Hicimos lo que nos ordenaron. Eso no es delito”.

Donaldson no se rindió, y aprovechó el momento para preguntarle si había deportado a judíos a campos de concentración.

Priebke volvió a negar con la cabeza: “¿Judíos? No, a ninguno… Nunca tuve nada en contra de los judíos. Yo crecí en Berlín. En Berlín convivíamos con los judíos. No, no lo hice”.

Dicho esto, se metió en su vehículo y cerró de un portazo. Aún tuvo tiempo de dirigir unas últimas palabras a su entrevistador: “Usted no es un caballero”, le dijo, lo que provocó la risa irónica de Donaldson mientras el coche de Priebke se alejaba: “Que *yo* no soy un caballero”, repitió incrédulo.

Nacido en 1934, Donaldson era demasiado joven para luchar cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, pero siempre se sintió fascinado por aquel conflicto y por cómo Hitler consiguió hipnotizar al pueblo alemán. Ya como reportero de la ABC, veía a menudo *El triunfo de la voluntad*, de Leni Riefenstahl, junto a los becarios de la cadena, para analizar lo que él consideraba “la primera película con fines propagandísticos”.

Cuando su productor, Harry Phillips, consiguió localizar a Priebke y organizar un equipo de vigilancia que lo tuviera controlado durante dos semanas antes de preparar la emboscada, Donaldson estaba convencido de que el interés del público en los nazis y sus crímenes se había agotado. Sin embargo, su historia resonó por todo el mundo y provocó que por primera vez las autoridades se interesaran en llevar a Priebke ante la justicia. Argentina lo extraditó rumbo a Italia en 1995, tras lo cual se vivió una agria batalla legal. En un principio, un tribunal militar decidió su puesta en libertad por una cuestión técnica, pero pronto lo arrestaron de nuevo, lo juzgaron y condenaron de por vida en 1998. En consideración a su avanzada edad, se le mantuvo en arresto domiciliario en Roma, donde murió en 2013 a los cien años,.

La iglesia católica se negó a organizar un funeral público en Roma y tampoco aceptaron Argentina ni Alemania. Tuvo que ser la Sociedad de San Pío X, un grupo de disidentes católicos que se opone a las reformas que la iglesia ha llevado a cabo en las últimas décadas y que ha hecho públicas sus

dudas respecto al Holocausto, la encargada de organizar el funeral en una iglesia de Albano Laziale, un pequeño pueblo en lo alto de un monte, al sur de la capital. Conforme el coche fúnebre avanzaba por las calles, los antidisturbios hicieron lo posible por contener a los manifestantes, que no dejaban de golpear el vehículo.

Priebke nunca mostró arrepentimiento alguno, fiel a su tesis de que solo había cumplido con su deber en todo excepto en una cosa: reconocía que, en vez de matar a trescientos treinta italianos, siguiendo la proporción de diez a uno, habían detenido a trescientos treinta y cinco, es decir, que al final murieron cinco italianos más de los debidos. Al parecer Priebke habría añadido los cinco nombres de más cuando estaba preparando las listas de ejecución. "Fue un error", le confesó a un reportero del periódico alemán *Süddeutsche Zeitung*, pero estaba claro que lo consideraba un detalle sin importancia –básicamente, un error de contabilidad que ya no podía remediarse– dentro de lo que había sido en general una operación sin tacha: los miembros de la Gestapo llevaron a sus víctimas con las manos atadas a la espalda hasta las fosas, allí les ordenaron que se arrodillaran y a continuación les dispararon en la nuca.

Repasando su carrera televisiva, Donaldson reconoce que de la historia de Priebke se siente particularmente orgulloso: "Cuando la gente me pregunta cuál fue mi mejor entrevista, todos esperan que responda Reagan o Sadat o algo por el estilo, pero siempre les cuento lo de Priebke", afirma, pues para él fue "la noticia más importante e interesante que jamás cubrí".

Aunque los periodistas nunca ejercieron de cazadores de nazis en sentido estricto, está claro que parte del credo de estos cazadores había calado en Donaldson, como también en algunos de sus colegas que se hicieron cargo de historias similares. Eran historias que se consideraban importantes más allá de los titulares que pudieran generar. En palabras de Donaldson: "Creo en la vieja idea de que, si no mantienes vivo el recuerdo de lo que pasó en las siguientes generaciones, le acabarás dando la razón a Santayana: quien no recuerda su historia, está condenado a repetirla".

En la mayoría de los casos, los periodistas se limitaban a cubrir lo que los cazadores de nazis habían descubierto o a investigar la información que les iban filtrando, así como los juicios posteriores. En el caso de Priebke, la entrevista en plena calle de Donaldson fue producto de la investigación periodística y no de la filtración de ningún cazador de nazis. La emisión de dicha entrevista selló el destino del antiguo capitán de la SS, poniendo fin a

su cómoda vida en Argentina y dando paso a su extradición y posterior condena.

El año 2015 supuso el septuagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz y los demás campos de concentración, así como del final de la guerra que mayor número de muertes había causado en la historia. Obviamente, cada vez había menos criminales de guerra nazis a los que perseguir y juzgar. Los peces gordos probablemente estuvieran ya todos muertos. Un guardia de un campo de concentración que tuviera veinte años en 1945 ya andaría por los noventa en 2015, lo que implicaba que cualquier caso nuevo que se descubriera solo podía afectar al personal de menor rango. Esto provocó un debate incluso entre los cazadores de nazis, que no estaban seguros de si merecía la pena seguir investigando estos casos, justo en un momento en el que su propia saga estaba tocando a su fin.

Irónicamente, uno de estos últimos casos, el de un guardia de un campo de concentración de escasa relevancia, dio pie a una serie de giros sorprendentes a principios de este siglo, generando un intenso debate acerca de qué reglas del juego se debían aplicar a aquellos que siguieran con vida. Esta historia se desarrolló a lo largo de varias décadas en Estados Unidos, Israel y Alemania, provocando polémica tras polémica. Incluso cuando el protagonista, John Demjanuk, un mecánico jubilado de Cleveland, murió en una residencia en Alemania allá por 2012 a los noventa y un años, el debate que dejaron atrás las sucesivas acusaciones en su contra siguió abierto.

Solo los primeros años de Demjanuk están fuera de toda disputa. Como muchos otros hombres atrapados entre las convulsiones del siglo XX, tuvo la mala suerte de criarse en una región que pronto sufriría en carne propia las políticas bestiales de Stalin y de Hitler. Nacido en un pueblecito cerca de Kiev en 1920, Iwan Demjanuk (se cambió el nombre a John cuando se convirtió en ciudadano estadounidense) solo llevaba cuatro años en la escuela cuando lo llevaron a trabajar a una granja de explotación colectiva. Cuando Stalin desató su campaña para acabar con la oposición de los ucranianos a la colectivización obligatoria a principios de los años 30, el líder soviético provocó una hambruna que se saldó con millones de muertos. Demjanuk y su familia se libraron por los pelos. Cuando el ejército de Hitler invadió la Unión Soviética, el Ejército Rojo inmediatamente lo reclutó, fue herido de gravedad, y después de una larga recuperación, volvió al campo de batalla. En 1942, los alemanes lo hicieron

prisionero junto a otros compañeros de armas soviéticos, muchos de los cuales sucumbieron debido al trato brutal, las diversas enfermedades y la falta de alimentos.

Stalin lo veía de otra manera: en su opinión, todos los soldados capturados por los alemanes eran "traidores que habían desertado"; había que castigarlos duramente en cuanto fueran liberados y, mientras tanto, sus familias tenían que recibir su parte del escarmiento. Dadas las circunstancias y las duras condiciones por las que habían tenido que pasar sirviendo al bando soviético, no era de extrañar que algunos de los prisioneros de guerra decidieran que lo mejor, si querían sobrevivir, era colaborar con el enemigo. Se apuntaron como "voluntarios" para trabajar como guardias de los campos de concentración y, más tarde, como soldados del Ejército Ruso de Liberación, comandado por el general Andrei Vlasov, un antiguo héroe de guerra soviético que había cambiado de bando después de ser capturado. Vlasov defendía que su principal objetivo era detener a Stalin, no ayudar a Hitler, aunque eso implicara luchar del lado de los invasores alemanes.

Según Demjanuk, primero lo enviaron a una unidad completamente ucraniana de la Waffen SS, lo que suponía tatuarse su tipo de sangre en el brazo, y después pasó a formar parte del Ejército Ruso de Liberación de Vlasov. Sin embargo, cuando acabó la guerra dijo haberse mantenido al margen de cualquier contienda y consiguió guardar su secreto durante el tiempo que pasó en un campo de desplazados en Alemania. De esta manera, evitó que lo repatriaran junto a los demás soldados de Vlasov, y de paso se libró de la ejecución sumaria que los esperaba a su regreso. Se casó con una compatriota ucraniana a la que conoció en el campo y encontró trabajo como conductor para el ejército de Estados Unidos.

A la hora de solicitar su estatus de refugiado, se inventó una historia según la cual habría trabajado como granjero durante buena parte de la guerra en Sobibor, un pueblo polaco que se hizo conocido por el campo de exterminio que los alemanes instalaron allí. Demjanuk insistió en que solo había elegido este pueblo en concreto porque muchos ucranianos vivían allí. En 1952, se instaló en Estados Unidos junto a su mujer y su hija. Tuvieron dos hijos más y se hizo un sitio en la comunidad de exiliados ucranianos de Cleveland, donde se le tenía por un cristiano anticomunista obsesionado con la liberación de su tierra natal del yugo soviético.

Sin embargo, en 1975, Michael Hanusiak, antiguo miembro del Partido Comunista estadounidense y director del *Ucranian Daily News*, publicó una lista de supuestos criminales de guerra ucranianos con residencia en Estados Unidos y uno de ellos era Demjanuk, a quien se identificaba como guardia de la SS en Sobibor. Tanto el FBI como la comunidad ucraniana vieron en esta acusación de Hanusiak un intento de difamación proveniente de la Unión Soviética. Sin embargo, el INS, que ya por entonces era objeto de duras críticas por parte de la congresista Elizabeth Holtzman por no hacer nada respecto a la mayoría de los criminales de guerra nazis que vivían en Estados Unidos, decidió iniciar una investigación. Enviaron a Israel fotos de cuando Demjanuk y varios otros sospechosos de crímenes de guerra eran jóvenes. La idea era ver si alguno de los supervivientes de los campos podía reconocerlos en aquellas instantáneas.

Miriam Radiwker, una inspectora de policía de origen ucraniano que había trabajado en la Unión Soviética y en Polonia antes de emigrar a Israel, mostró las fotos a los supervivientes de los campos. Cuando reunió a un grupo de exprisioneros de Treblinka para ver si podían identificar a otro de los sospechosos que aparecía en las fotografías, uno de ellos señaló a Demjanuk y exclamó: "Ese es Iwan, Iwan de Treblinka, Iwan Grozny". Se refería al conocido como "Iván el Terrible", el apelativo del guardia que se encargaba del funcionamiento de las cámaras de gas y que se regocijaba golpeando, azotando y disparando a prisioneros. Puesto que la información de los americanos apuntaba a que Demjanuk había ejercido de guardia en Sobibor y no en Treblinka, Radiwker se quedó sorprendida y prefirió guardar cierta cautela.

Pero entonces otros dos supervivientes de Treblinka señalaron la foto de Demjanuk y lo identificaron también como Iván el Terrible. Uno de ellos se mostró completamente seguro mientras el otro matizó que no podía afirmarlo al cien por cien puesto que la foto no pertenecía al mismo periodo en el que Demjanuk habría, supuestamente, trabajado en el campo. Aunque sus descripciones físicas de Iván el Terrible presentaban un claro parecido con Demjanuk, no eran del todo fiables, sobre todo en lo que tenía que ver con su altura.

Radiwker informó a los americanos de todo lo que había descubierto y dejó la cuestión en sus manos. En 1977, la oficina del fiscal general en Cleveland acusó formalmente a Demjanuk, asegurando que en realidad sí que era Iván el Terrible, el temido guardia de Treblinka. La Oficina de

Investigaciones Especiales del departamento de Justicia, puesta en marcha en 1979, enseguida se hizo cargo del caso. Puesto que los archivos de Treblinka habían sido destruidos por los nazis, uno de sus inspectores empezó a investigar los que pertenecían a Trawniki, el campo de entrenamiento destinado a los prisioneros de guerra soviéticos que querían convertirse en guardias de la SS. Asumiendo que dichos archivos estarían en manos soviéticas, formuló una petición a través de la embajada estadounidense en Moscú. A principios de 1980, la embajada soviética en Washington envió un sobre a la OSI que contenía una copia de un carné de la SS a nombre de Iwan Demjanuk. La fecha de nacimiento y el nombre de su padre eran los correctos. El documento también se publicó en algunos periódicos ucranianos.

Allan Ryan, que había entrado en el OSI como ayudante del director, comparó junto a su equipo la foto del carné con la foto de solicitud de visado que Demjanuk había entregado a las autoridades estadounidenses de inmigración en 1951. "No cabía duda alguna de que las dos fotos pertenecían al mismo hombre", fue la conclusión. Aunque el carné indicaba que Demjanuk había servido en Sobibor y no hacía mención alguna a Treblinka, Ryan estaba convencido de que habían encontrado a su hombre. "Te hemos atrapado por fin, hijo de perra", fue su reacción.

Sin embargo, no todo el mundo estaba convencido de que el gobierno estuviera haciendo lo correcto. El *Ukranian Daily News* ya había publicado con anterioridad las palabras de un antiguo guardia ucraniano de la SS que había permanecido mucho tiempo en prisión en la Unión Soviética antes de ser enviado a Siberia, en las que afirmaba que había coincidido con Demjanuk en Sobibor, no en Treblinka. A George Parker, el fiscal del departamento de Justicia que venía trabajando en el caso Demjanuk desde sus inicios, las inconsistencias del caso llegaron a preocuparle tanto como para enviarles un informe a Ryan y al director del OSI, Walter Rockler, invitándolos a considerar otras opciones o al menos añadir a la acusación contra Demjanuk que también había trabajado en Sobibor, aunque lo más sensato parecía retirar cuanto antes la mención a Treblinka. Sin embargo, Ryan, que acabaría sustituyendo a Rockler como jefe del organismo, decidió mantener la acusación de que Demjanuk era el famoso Iván el Terrible de Treblinka.

El gobierno ganó en los tribunales y a Demjanuk le retiraron la nacionalidad. La comunidad ucraniana en Estados Unidos protestó

airadamente al considerar que el OSI había castigado a un hombre inocente basándose en pruebas prefabricadas desde Moscú, pero eso no impidió que Israel pidiera su extradición. El 27 de enero de 1986, Demjanuk embarcó en un avión de El Al rumbo a Tel Aviv. Por primera vez desde los tiempos de Eichmann, Israel aceptaba encargarse del juicio de un supuesto criminal de guerra nazi.

Aunque el ministro de Asuntos Exteriores, Yitzhak Shamir, afirmó que la decisión de Israel era una cuestión de "justicia histórica", el caso es que no todo el mundo estaba de acuerdo. Avraham Shalom, que había ejercido de segundo al mando en la operación que acabó con el secuestro de Eichmann en Buenos Aires, era por entonces el director del Shin Bet, la agencia de seguridad interna. Antes de solicitar la extradición de Demjanuk, el primer ministro israelí, Shimon Peres, le pidió su opinión. "Le dije que no lo hiciera porque Eichmann no hay más que uno –recuerda Shalom, que veía a Demjanuk como un personaje menor–. Cuanto más insustancial sea la presa, más insustancial será la repercusión".

Emocionados, los supervivientes de Treblinka juraron uno a uno durante el juicio en Jerusalén que Demjanuk era en realidad Iván el Terrible. "Ahí lo tenéis sentado –gritó Pinchas Epstein, señalando al acusado–. Sueño con él cada noche… Ha dejado una marca, en mí y en mi memoria". Los espectadores aplaudían y en otras ocasiones insultaban tanto a Demjanuk como a su abogado defensor, el israelí Yoram Sheftel. "Eres un mentiroso. Mataste a mi padre", le gritó a Demjanuk un judío polaco. De Sheftel se dijo que era un "Kapo", un "nazi" y un "bastardo sin vergüenza". En abril de 1988, el tribunal declaró culpable a Demjanuk y lo condenó a muerte.

Sin embargo, para cuando sus abogados decidieron apelar la decisión ante el Tribunal Supremo israelí, las cosas habían cambiado mucho: al parecer, el verdadero Iván el Terrible era un guardia llamado Ivan Marchenko. El programa *60 Minutes* de la cadena CBS hizo pública la declaración de una prostituta polaca a la que Marchenko visitaba con asiduidad; anteriormente, su marido había confirmado la versión, añadiendo que Marchenko, que compraba vodka en la tienda que él regentaba, hablaba sin ambages de su trabajo con las cámaras de gas. Estas informaciones, junto a otras declaraciones que exoneraban a Demjanuk, supusieron un varapalo tremendo para la acusación.

El Tribunal Supremo israelí absolvió a Demjanuk en julio de 1993 y el Tribunal de Apelación estadounidense de su distrito resolvió que podía

regresar a Estados Unidos. Para complicarlo todo aún más, también le devolvió la nacionalidad y declaró al OSI culpable de negligencia en su acusación. Los abogados de Demjanuk venían insistiendo en que el OSI había escondido determinadas pruebas que perjudicaban a su acusación y que habían incluso hurgado en el contenedor de la basura de su oficinas para intentar rescatar documentos incriminatorios. "Las acusaciones que nos lanzaron hablando de una supuesta negligencia en nuestra investigación fueron innecesariamente duras", me confesó el antiguo director del OSI, Ryan, en 2015. Sin embargo, Eli Rosenbaum, que ocupó el mismo cargo a partir de 1995, admitió: "Nos dieron un buen puñetazo en la cara con ese caso y diría que nos lo habíamos ganado con creces".

Todo esto no impidió a Rosenbaum seguir convencido de que Demjanuk tenía algo que ocultar. "Estaba claro que Demjanuk estaba mintiendo, que había sido guardia de un campo de exterminio, como mínimo del de Sobibor", afirmó. Al fin y al cabo, eso es lo que indicaba su carné de la SS. Bajo la dirección de Rosenbaum, el OSI puso en marcha una nueva investigación y poco a poco fue reconstruyendo su acusación, basándose sobre todo en el carné de identidad y en los nuevos documentos que encontraron en los archivos alemanes y soviéticos, prescindiendo esta vez del testimonio de posibles testigos presenciales.

Tanta investigación derivó en los siguientes hallazgos: Demjanuk nunca había sido soldado del Ejército Ruso de Liberación de Vlasov, como había mantenido. Se trataba de otra coartada falsa, como la del trabajo de granjero en Sobibor que contó para conseguir el visado. En 2002, el mismo Tribunal de Apelación estadounidense volvió a despojar a Demjanuk de la nacionalidad. La posterior pelea por encontrar un lugar adonde deportarlo solo terminó en 2009, cuando Demjanuk abandonó de nuevo el país para que lo juzgaran, en esta ocasión en Alemania.

Demjanuk mantenía que ya estaba demasiado viejo y demasiado enfermo para viajar y pasar por un nuevo juicio y de hecho embarcó en su vuelo destino a Múnich tumbado en una camilla. Durante el juicio, hubo que transportarlo en una silla de ruedas y parecía un moribundo. Tenía ochenta y nueve años y su salud era precaria, pero sus enemigos estaban empeñados en que en realidad estaba actuando ante la opinión pública. Poco antes de que viajara a Múnich, el Centro Simon Wiesenthal subió un vídeo a YouTube en el que se lo veía caminar por una calle de su vecindario y subirse a un coche sin necesidad de ayuda.

En mayo de 2011, el tribunal se pronunció contra Demjanuk, al considerar que las pruebas que confirmaban que había ejercido de guardia en Sobibor eran lo bastante convincentes. A diferencia de otros casos resueltos por los tribunales alemanes, se le consideró colaborador necesario en la muerte de veintinueve mil sesenta personas, el número total de fallecidos en el campo durante su estancia allí. Se le condenó a cinco años de prisión, aunque hubo que descontar los dos que ya había pasado detenido antes del juicio. Mientras sus abogados apelaban el veredicto, se le permitió vivir en una residencia de ancianos, donde murió el 17 de marzo de 2012, aún pendiente de que la apelación se resolviera.

Esta circunstancia permitió a su hijo afirmar que, en términos estrictamente legales, el veredicto del tribunal debía quedar sin efecto. También se hizo eco de la convicción de buena parte de la comunidad ucraniana en Estados Unidos de que Alemania había utilizado a su padre "como cabeza de turco para culpar a los indefensos prisioneros de guerra ucranianos de los crímenes de los nazis alemanes". El columnista Pat Buchanan inició una furiosa campaña contra el OSI por su persecución de este "Dreyfus estadounidense", como denominó a Demjanuk. "¿Cuántos hombres en la historia de este país han sido perseguidos con tanto encono y de forma tan despiadada?", se preguntó.

Los partidarios de Demjanuk siempre podrán señalar la equivocada identificación como Iván el Terrible y su condena a muerte en Israel como pruebas de que tanto los fiscales como los jueces cometieron errores muy graves. Ahora bien, después de casi tres décadas de batallas legales, no queda duda alguna sobre su culpabilidad y la falsedad de todas las historias que se fue inventando para ocultar su pasado. Es más, el veredicto de Múnich sentó un nuevo precedente en Alemania a la hora de tratar con el decreciente número de supuestos criminales de guerra que seguían vivos. Las reglas del juego habían cambiado de repente.

Hasta el caso Demjanuk, los fiscales alemanes tenían que demostrar que los acusados de crímenes nazis eran culpables de actos concretos de asesinato o delitos similares, y de ahí el escaso porcentaje de condenas. Encontrar las pruebas y los testigos que pudieran establecer la responsabilidad de un asesinato masivo no era complicado, pero hallar las pruebas y los testigos de un asesinato en particular a manos de un individuo en particular representaba grandes dificultades. Según las cifras del Instituto de Historia

Contemporánea en Múnich, entre 1945 y 2005 se pusieron en marcha en la Alemania occidental ciento setenta y dos mil doscientas noventa y cuatro investigaciones individuales para un total de seis mil seiscientas cincuenta y seis condenas. Ahora bien, solo mil ciento cuarenta y siete de esos veredictos de culpabilidad lo fueron por homicidio. Considerando la cantidad de víctimas del Tercer Reich, estamos hablando de que una ínfima fracción de los asesinos tuvieron que pagar por sus actos.

Lo que diferenció el caso Demjanuk de los demás fue que, en vez de exigir a la acusación que demostrara su culpabilidad en asesinatos concretos, el tribunal de Múnich aceptó la alegación de que era un colaborador necesario para un asesinato masivo. En otras palabras, aquellos que habían servido en los campos de exterminio eran culpables por el mero hecho de haber ocupado esos cargos. Kurt Schrimm, el director de la Oficina Central para la Investigación de los Crímenes Nacionalsocialistas, con sede en Ludwigsburg, dejó claro inmediatamente que a partir de ese momento se regiría por dicha doctrina. En septiembre de 2013, anunció que su organismo tenía información sobre treinta antiguos guardias de Auschwitz-Birkenau, una información que mandarían a la fiscalía del estado para que investigara si ellos también podían considerarse colaboradores necesarios de asesinato. “Consideramos que el mero hecho de aceptar este trabajo [en Auschwitz-Birkenau], independientemente de lo que cada uno hiciera de manera individual, ya los convierte en cómplices de asesinato”, declaró. Estos treinta exguardias tenían edades comprendidas entre los ochenta y seis y los noventa y siete años, lo que hizo que muchos fallecieran o enfermaran antes de ser procesados. A principios de 2015, trece de estos casos todavía estaban bajo investigación judicial y solo uno de ellos se había resuelto.

Cuando Oskar Gröning, “el contable de Auschtwitz”, un antiguo miembro de la SS de noventa y tres años acusado de complicidad en la muerte de trescientos mil prisioneros, tuvo que rendir cuentas ante la justicia en abril de 2015 en la ciudad alemana de Lüneburg, reconoció haber trabajado como guardia y ser el encargado de calcular el valor de las pertenencias de los prisioneros que acababan en las cámaras de gas. Al igual que tantos otros acusados en distintos juicios, se defendió afirmando que no era más que una pequeña pieza en un enorme engranaje criminal. “Les pido clemencia –afirmó–. Sé que moralmente soy culpable, pero solo ustedes pueden decidir si soy culpable ante la ley”. Aunque era más de lo que la

mayoría de los acusados nazis habían admitido en el pasado, esta frase seguía implicando que no se consideraba legalmente culpable.

El 15 de julio de 2015, el tribunal declaró culpable a Gröning, condenándolo a cuatro años de prisión, una condena algo más severa que los tres años y medio que habían solicitado los fiscales del estado. El juez Frank Kompisch señaló que la decisión de unirse a la SS y de "aceptar un puesto tranquilo en las oficinas de Auschwitz" había sido completamente personal y fruto de su libre voluntad, lo que le hacía cómplice de asesinato masivo. Dirigiéndose a Gröning, declaró que esta decisión "probablemente estuviera condicionada por los tiempos que le tocó vivir, pero nadie le obligó a tomarla".

Schrimm había explicado anteriormente que el objetivo no era tanto castigar a los antiguos guardias como demostrar que la justicia todavía estaba dispuesta a actuar. "Mi opinión personal es que, en vista de la monstruosidad de los crímenes, aún tenemos una cuenta pendiente con los supervivientes y con las víctimas, y no basta con decir 'ya ha pasado demasiado tiempo, mejor barrerlo todo debajo de la alfombra'", añadió.

Curiosamente, lo que hizo la corte de Múnich que condenó a Demjanuk fue aceptar por fin los argumentos que varias décadas antes se habían presentado en torno a qué se podía considerar prueba suficiente para condenar a los participantes en la maquinaria nazi de muerte. William Denson, el fiscal jefe del ejército de Estados Unidos en el juicio de Dachau que se celebró a finales de 1945, había basado su acusación en la teoría del "objetivo común". En vez de centrarse en los crímenes individuales, bastaba, en su opinión, el hecho de que "cada uno de estos acusados fuera una pieza clave en esta máquina de exterminio". Fritz Bauer, el fiscal alemán que lideró tantas iniciativas para que sus compatriotas se hicieran responsables de sus acciones durante el Tercer Reich, había defendido una posición similar durante el juicio de Auschwitz celebrado en Frankfurt en los años 60: "Cualquiera que operara con aquella maquinaria es culpable de participación en asesinato, hiciera lo que hiciera, siempre que supiera cuál era el propósito de dicha maquinaria".

Y otra ironía aún mayor: si los tribunales alemanes hubieran aceptado este enfoque en las décadas de 1950 y 1960, los juicios y las condenas se habrían multiplicado. En palabras de Piotr Cywiński, el actual director del Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau: "Es algo habitual: se determina la responsabilidad colectiva en un crimen solo cuando ya no queda casi nadie

de ese colectivo a quien responsabilizar". Los tribunales alemanes lo habían hecho todo mal desde el principio, mantiene Cywiński: "Si la mafia está disparando a sus enemigos, ¿qué más da quién se encarga de llevar las pistolas y quién se encarga de hacer guardia para asegurarse de que no viene nadie? Ambos están participando en un mismo crimen. Es increíble que los alemanes decidieran no verlo así".

La revista alemana *Der Spiegel* ofreció otra explicación en el artículo que apareció en la portada del número publicado el 25 de abril de 2014 bajo el título: "Los expedientes de Auschwitz: por qué los últimos guardias de la SS quedarán sin castigo". Klaus Wiegrefe, el autor del extenso reportaje, concluía que la escasa cantidad de condenas alemanas se debía a algo más que a los rígidos requisitos legales. "Si el castigo de los crímenes cometidos en Auschwitz quedó en nada, no fue por culpa de unos cuantos políticos o unos cuantos jueces empeñados en torpedear el proceso –escribió–. Fracasó porque a casi nadie le interesaba de verdad condenar y castigar a los asesinos. Muchos alemanes se mostraron indiferentes ante los asesinatos masivos en Auschwitz en 1945… y también después".

En cualquier caso, Cywiński y muchos otros especialistas extranjeros sí valoraron muy positivamente la decisión de condenar a Demjanuk así como la determinación de Schrimm y la oficina de Ludwigsburg a la hora de llevar el caso. "No se trata solo de una cuestión legal sino de moralidad –dijo Cywiński–. Los que insisten en que no se puede condenar a alguien de noventa años lo hacen como si hubiera algo moralmente erróneo en ello. Pero el gran error moral sería negarse a juzgarlos. Eso supondría el triunfo definitivo de la injusticia".

Como se demostró con su actuación en el caso Demjanuk y en otros parecidos, la justicia estadounidense estaba en la misma línea de pensamiento que Cywiński. El 23 de julio de 2014, el juez Timothy R. Rice, magistrado jefe del tribunal del distrito de Pensilvania oriental ordenó que Johann Breyer, antiguo miembro de la SS y guardia de Auschwitz, fuera extraditado a Alemania para juzgarlo tras décadas viviendo en Filadelfia, donde había trabajado como herrero. Alemania justificaba su solicitud de extradición en unos términos que recordaban a los del caso Demjanuk. Breyer "era parte de una organización que ejecutaba con diligencia las órdenes asesinas emitidas por la cadena de mando", afirmaba la petición, haciendo clara mención a la unidad de la SS a la que pertenecía el guardia,

que se hacía llamar “Los cabecillas de la muerte”. Breyer no negó que hubiera trabajado en Auschwitz pero, según su testimonio, no tuvo nada que ver con los asesinatos.

En su veredicto, el juez estadounidense decidió dejar de lado el seco lenguaje procesal para explicar el razonamiento que sustentaba su decisión. “Como señala Alemania, es imposible que un guardia de un campo de exterminio como Breyer hubiera trabajado en Auschwitz durante el esplendor del terror nazi en 1944 sin saber que cientos de miles de seres humanos estaban siendo brutalmente masacrados en cámaras de gas, y sus cuerpos incinerados allí mismo –escribió–. Cada día pasaban por el campo los trenes de mercancías de los que se bajaban cientos de hombres, mujeres y niños que, en su mayoría, desaparecían de la noche a la mañana mientras sus gritos y su olor y el aroma de la muerte quedaban en el aire. Las alegaciones dejan claro que ha llegado la hora de que Breyer deje de engañarse a sí mismo y al resto del mundo acerca de su complicidad en tal horror”. También señaló que “no hay prescripción posible en la que refugiarse del asesinato”.

Sin embargo, el mismo día que Rice anunciaba su decisión, el antiguo guardia de la SS moría. Esta no era la primera vez que un nazi sospechoso de crímenes de guerra fallecía antes de que pudieran deportarlo de Estados Unidos para que lo juzgaran en otro país. El proceso legal a menudo era tortuoso, si es que empezaba siquiera. Para aquellos que trabajaron durante años en las acusaciones contra supuestos criminales de guerra nazis como Breyer se trataba de una victoria, si bien de lo más frustrante. La sensación era de oportunidad perdida, no tanto para castigar al acusado sino para ofrecer una nueva lección de historia y responsabilidad en los tribunales alemanes: la de que todo individuo es responsable de sus acciones en todo momento, independientemente de las órdenes que pueda haber recibido.

La muerte de Breyer justo antes de ser extraditado también planteó la cuestión de por qué casos así habían tardado tanto en salir a la luz… y de cuánto se había conseguido realmente. Desde su creación en 1978 hasta el año 2015, la Oficina de Investigaciones Especiales de Estados Unidos ganó ciento ocho juicios contra participantes en crímenes nazis, según su director Eli Rosenbaum. Consiguió que ochenta y seis personas perdieran la nacionalidad y que sesenta y siete de ellas fueran deportadas, extraditadas o simplemente expulsadas.

La excongresista Elizabeth Holtzman, sin cuya presión jamás se había constituido el OSI, está más que satisfecha con estas cifras, especialmente teniendo en cuenta lo difícil que es juzgar delitos que se cometieron hace tanto tiempo. “Estoy muy orgullosa de la gente que ha dirigido estas iniciativas –afirmó–. Conseguimos que la unidad funcionara de forma completamente profesional, buscando indicios en cualquier lugar del mundo. Los resultados han superado con mucho las expectativas. No hay país en todo el mundo que haya logrado lo que hemos logrado nosotros en este periodo de tiempo”.

Rosenbaum, que regresó al OSI en 1988 y que acabaría dirigiendo la oficina en 1995, está totalmente de acuerdo con Holtzman. En su opinión, fue la guerra fría lo que provocó que Estados Unidos perdiera el interés en perseguir a los asesinos nazis, llegando, en algunos casos, a reclutarlos en su batalla contra la Unión Soviética. Sin embargo, recalca que incluso a finales de la década de 1940 y a lo largo de gran parte de la de 1950, Estados Unidos siguió vigilando de cerca a los criminales nazis y evitando que la mayoría entrara en el país. La decisión de trabajar con algunos de ellos ha de entenderse en el contexto de la época, cuando parecía que la lucha entre las dos superpotencias era una cuestión de vida o muerte: “Para hacer cumplir la ley, se recurre a los tipos malos muchas veces”, señaló.

¿Han llegado estos esfuerzos del OSI y de los fiscales alemanes demasiado tarde y con demasiadas pocas consecuencias? En cierto sentido, sí, pero al menos el mensaje ha sido contundente y ha dejado algo claro: Estados Unidos ya no está dispuesto a mirar a otro lado y va a perseguir a cualquier asesino que quede con vida y que aún pueda ser identificado, para después quitarle la nacionalidad y deportarlo.

En 2010, el OSI y la Oficina de Seguridad Nacional del departamento de Justicia se fusionaron en una nueva unidad llamada Oficina de Derechos Humanos y Procesamientos Especiales, lo que no impidió a Rosenbaum y a su equipo seguir trabajando en los casos nazis pendientes. Holtzman insiste en que este esfuerzo es imprescindible para “hacer historia y dejar claro que Estados Unidos no se va a convertir en ningún santuario para asesinos de masas”. También debería servir como “ejemplo para las futuras generaciones”, educándolos en lo que es un genocidio y cómo se maneja un caso así. Siendo optimistas, pueden incluso tener un efecto disuasorio, aunque Holtzman reconoció que los casos de Camboya o Ruanda vienen a indicar que estamos lejos de ese objetivo.

"Es normal que haya una cierta tensión entre los agentes del orden o del gobierno y la gente que no tenemos poder alguno en un sentido práctico" , observó Efraim Zuroff, el director de la oficina israelí del Centro Simon Wiesenthal durante nuestra entrevista en Jerusalén–. Nosotros dependemos de que la gente nos apoye, pero no con sus votos sino con sus cheques".

Nacido en 1948, Zuroff se crio en Brooklyn antes de instalarse en Israel en 1970. De 1980 a 1986, trabajó allí como investigador del OSI. Fundó la oficina israelí del Centro Simon Wiesenthal en 1986 y en los últimos años se ha ganado una cierta fama como "el último cazador de nazis", un apelativo que acepta encantado. Aunque muchos siguen pensando que había una conexión profesional entre ellos, lo cierto es que Zuroff nunca trabajó para Wiesenthal, pues Simon siempre prefirió ir por su cuenta. Zuroff describe la labor de un cazador de nazis de la siguiente manera: "un tercio de detective, un tercio de historiador y un tercio de activista". Añadió que los cazadores de nazis no procesan judicialmente a nadie pero ayudan a que esos procesamientos se hagan realidad.

Si Wiesenthal tenía fama de polémico, Zuroff no se le queda atrás. Lo han acusado a menudo de buscar publicidad con el único fin de hacerse famoso y de enfrentarse no solo a sus enemigos sino a sus supuestos aliados para conseguirlo. Los países bálticos son uno de sus principales objetivos; a menudo los critica por haber tapado su connivencia con los nazis durante la guerra y por haber reescrito la historia para quitarle peso al Holocausto. Algunos líderes judíos de la zona han protestado por estas tácticas tan agresivas. "Son comunidades muy vulnerables –admitió Zuroff–. No tienen los recursos ni el valor para combatir ellos mismos por la memoria de los suyos". Su trabajo, afirmaba, pretendía darles ese apoyo que les faltaba. Sin embargo, al igual que la comunidad judía de Viena durante el caso Waldheim, los judíos bálticos estaban convencidos de que dichas acciones solo servirían para despertar el antisemitismo local, profundamente enraizado.

Zuroff también acometió varias expediciones, ampliamente aireadas, para buscar a criminales de guerra nazis. La más famosa fue la que pretendía localizar y cazar a Aribert Heim, médico en Mauthausen. En el verano de 2008, viajó a Chile y a Argentina para "rastrearlo", según sus palabras. Cuando poco después se supo que Heim había muerto en El Cairo en 1992, tuvo que reconocer que la noticia "lo había pillado por sorpresa" y,

en un principio, afirmó que su intención era dejar el caso abierto hasta que se confirmara definitivamente su muerte.

En los últimos años, Zuroff ha organizado una nueva campaña bajo el nombre de “Operación Última Oportunidad”. En 2013, colgó carteles en las principales ciudades alemanas con una foto del campo de Auschwitz-Birkenau y la siguiente frase, impresa en letras gigantes: “Tarde, pero no demasiado tarde”. El objetivo era que la gente revelara información sobre cualquiera que pudiera haber participado en los crímenes nazis y siguiera vivo. Zuroff afirma que esos carteles provocaron una avalancha de información entre la que destacaba el nombre de ciento once sospechosos. De esos ciento once nombres, envió cuatro a los fiscales alemanes, que investigaron a dos. Uno era un guardia de Dachau que en ese momento estaba afectado por el mal de Alzheimer. El otro, un hombre que no solo coleccionaba parafernalia nazi, sino también pistolas y munición, ya había muerto.

La campaña fue muy cuestionada y no solo por sus escasos resultados. “Es cierto que hay muchos nazis que han logrado vivir en paz mientras los supervivientes no consiguen olvidar su sufrimiento –apuntó Deidre Berger, la directora de la oficina en Berlín del Comité Judío Americano–. Es una injusticia que asombra y enfurece. El problema es que cuando una sociedad se siente atacada, que es lo que suele pasar cuando se inicia una campaña de este tipo, vienen reacciones en sentido contrario de muchos lados”. Al mismo tiempo, sin embargo, Berger admite la necesidad de perseguir cualquier caso que aún pueda llevarse ante un tribunal. “Da igual la condena posterior, lo importante es que los pocos supervivientes que aún quedan con vida sientan que se ha hecho justicia moral, que por fin tengan la oportunidad de dar su testimonio”, afirmó.

Sin embargo, algunos cazadores de nazis se mostraron contrarios a la persecución de estos ancianos guardias de campos de concentración. Serge Klarsfeld afirmó que la teoría que surgió a partir del caso Demjanuk por la cual cualquiera podía ser considerado culpable solo por haber ocupado tal o cual puesto durante la guerra le parecía “bastante soviética”. Tanto él como Beate ven con cierto escepticismo no solo la campaña de Zuroff sino también la reciente ofensiva de los investigadores alemanes. Los oficiales de Ludwigsburg “no quieren perder su trabajo”, afirmó, sugiriendo que todo su objetivo era conservar el puesto.

Que el número de nazis encausados haya disminuido no ha evitado que la lucha interna entre los cazadores siga abierta. Rosenbaum, por ejemplo, no ha dejado de criticar, incluso después de su muerte, a Wiesenthal, su gran enemigo en el caso Waldheim, y a otros como él que, en su opinión, han exagerado sus propios papeles. Aunque no menciona nunca el nombre de Zuroff, no hay duda de que lo incluye en esta categoría. “En lo tocante al destino de los nazis en la posguerra, la idea generalizada es que solo los ‘cazadores de nazis’ se encargaron de seguir su rastro y que los servicios de inteligencia estadounidenses no fueron más que un obstáculo para la justicia –afirmó en un simposio acerca del caso Eichmann en la facultad de Derecho de Loyola, Los Ángeles, en 2011–. En realidad, ambas consideraciones son completamente falsas”.

Zuroff se sacude todas las críticas: “No he encontrado en mi vida a un solo cazador de nazis que hable bien de otro cazador de nazis –afirma–. Es una cuestión de celos, competición, todo eso…”. Asegura que él, en cambio, no es “de esos” que se toman estos desacuerdos como algo personal, aunque critica enseguida a los Klarsfeld: “Hicieron un comentario muy desagradable sobre mí, algo así como que me dedicaba a cazar nazis desde mi salón –recuerda–. Creo que el trabajo de los Klarsfeld en Francia fue estupendo, sin duda alguna. Lo que consiguieron en materia de documentación fue impresionante. Pero después dejaron de cazar nazis”.

En Ludwigsburg, la oficina de investigación de crímenes nazis abrió su propio archivo en 2000 y se espera que la actividad en ese ámbito vaya aumentando a medida que se reduce el número de posibles acusados. De hecho, se ha convertido en un lugar de visita habitual para muchos ciudadanos, especialmente grupos de escolares, que aprenden allí acerca del Tercer Reich y el Holocausto. Nadie atisba el final a corto plazo de las operaciones activas del centro de Ludwigsburg: “Todavía tenemos material interesante entre manos y seguimos investigando a posibles sospechosos”, afirmó el subdirector, Thomas Will.

Zuroff es aún más contundente al referirse a sus planes de futuro. “Nunca daré una conferencia de prensa para anunciar que arrojo la toalla, que ya he tenido suficiente, que me voy a Tahití a descansar bajo un cocotero –afirmó–. Puede que ellos [los criminales nazis] estén todos muertos, pero no seré yo quien lo proclame”.

“No estamos juzgando a la gente por una cuestión simbólica o por un sentido moral de la justicia –escribió Allan Ryan, el jefe del OSI a principios de la década de 1980–. Los estamos juzgando porque infringieron la ley. Ese es el único motivo para juzgar a alguien”. Como jefe del OSI en sus primeros días, puede que Ryan se sintiera obligado a decir algo así, pero lo cierto es que se equivocaba, al menos en la segunda afirmación: los cazadores de nazis sí que entendían su labor dentro de un marco de “justicia moral”. Perseguían a quienes, independientemente de las leyes que rigieran en su momento, hubieran violado los conceptos básicos de humanidad y de comportamiento civilizado.

Este pequeño grupo de hombres y mujeres que se dieron a conocer como cazadores de nazis eran perfectamente conscientes de que no todos aquellos que habían violado esos conceptos acabarían pagando por ello. Como señaló en su momento Fritz Bauer, el fiscal general de Hesse que organizó el juicio sobre Auschwitz en la Alemania de los años 60, los acusados “no eran más que cabezas de turco”. El objetivo era castigar a quienes habían cometido crímenes monstruosos pero también que la sociedad tomara conciencia de lo que había pasado, aunque muchísimos culpables permanecieran en libertad.

Fue un proceso pedagógico lleno de dificultades, pero ningún país ha hecho más que Alemania a la hora de asumir el horror que habían desencadenado. Buena parte de esta toma de conciencia descansa en el trabajo de Bauer y de otros cazadores de nazis, como el polaco Jan Sehn, que se encargó del primer juicio sobre Auschwitz poco después de acabar la guerra. Ellos fueron los que insistieron en que había que saldar cuentas con el pasado de alguna manera.

Richard von Weizsäcker, hijo de un importante diplomático del Tercer Reich, sirvió en el ejército alemán durante la invasión de Polonia, en 1939. Su hermano, que luchaba junto a él, murió en el campo de batalla. Con todo, cuando llegó a la presidencia de Alemania occidental y posteriormente a la de la Alemania reunificada, insistió en recordar a sus compatriotas cuánto horror les quedaba aún por expiar. “Es difícil encontrar un país que a lo largo de su historia se haya mantenido al margen de la guerra o la violencia –declaró en su famoso discurso ante el parlamento en 1985, coincidiendo con el cuadragésimo aniversario de la rendición de Alemania y el final de la Segunda Guerra Mundial–. Ahora bien, el genocidio de los judíos fue un acto sin paralelismo en la historia”.

Weizsäcker también quiso compartir con sus compatriotas lo que sintió cuando se enteró de que la guerra había terminado. "Fue un día de liberación", dijo. En una entrevista concedida después de abandonar el cargo, me reconoció que muchos de sus compatriotas no compartían esta sensación, sobre todo si tenemos en cuenta el sufrimiento generalizado de aquella época. "Pero no creo que exista ahora mismo un debate serio sobre esta cuestión: esa fecha fue la de la liberación", insistió. No es habitual que una potencia derrotada en una guerra utilice un lenguaje así. Si hubiera seguido con vida, Bauer habría estado encantado de escuchar esas palabras.

Otros alemanes prefirieron ponerse a la defensiva cada vez que se les recordaba lo mucho que su país había hecho sufrir a otros. Martin Walser, el famoso escritor cuyas novelas y ensayos han profundizado en cómo los alemanes consiguieron reconstruir sus vidas después del Tercer Reich, nunca esquivó la polémica en este sentido, cuestionando lo que él llamaba "una manera casi ritual de referirse al pasado alemán", una crítica implícita al tipo de expresiones que Weizsäcker y otras importantes figuras políticas solían utilizar. Específicamente, se quejaba del uso de Auschwitz con fines políticos. "En mi opinión, Auschwitz se utiliza a menudo para poner fin a cualquier discusión –me dijo en plena controversia por uno de sus discursos–. En el momento en el que mencionas Auschwitz ya no hay nada que tu interlocutor pueda decir".

Cuando le pregunté si se refería a que se había hablado demasiado sobre el Holocausto, Walser contestó: "Es un capítulo que nunca podrá cerrarse; sería una locura pensar algo así. Pero tampoco se debería imponer a los alemanes una manera determinada de lidiar con su vergüenza nacional". En otras palabras, esa culpa existía, y sobre eso no habría discusión.

Cada juicio en cada lugar del mundo –fuera en Núremberg, Cracovia, Jerusalén, Lyon o Múnich– ayudó a la comprensión de ese sentimiento de vergüenza. Incluso muchas de las cacerías que no llegaron a buen puerto contribuyeron en parte a ese ejercicio, puesto que recordaron a la opinión pública por qué gente como Mengele tenía que vivir escondida hasta el fin de sus días.

Del mismo modo, cada uno de los intentos de los Klarsfeld por exponer públicamente y llevar a juicio a los alemanes que habían sido responsables de crímenes como la deportación de judíos de la Francia ocupada ofreció también la oportunidad de fijar los hechos históricos, cuestionando la leyenda de que "solo los alemanes" habían perseguido a los nazis, en

palabras de Serge. Klarsfeld reunió mucha de la documentación que hizo posible en 1998 la condena del antiguo dirigente de la policía de Vichy, Maurice Papon, por deportar judíos del sudoeste de Francia a distintos campos de exterminio. Arno, el hijo de los Klarsfeld, llamado así en homenaje a su abuelo asesinado en Auschwitz, ejerció de letrado de la acusación popular en dicho caso.

La meticulosa documentación de Serge Klarsfeld sobre los hechos de guerra ha servido para que Francia también se enfrente a un pasado que había intentado ignorar desde entonces. Kurt Werner Schaechter, un judío francés nacido en Austria, escudriñó los documentos de los Klarsfeld para usarlos en una demanda que había interpuesto contra la SNCF, la compañía nacional de trenes de Francia, por mandar a sus padres a la muerte. Un tribunal de París desestimó su petición en 2013, pero desde entonces la SNCF se ha preocupado de reconocer su historia reciente.

En 2010, la compañía expresó “su más profundo dolor y arrepentimiento” por su papel durante la guerra, y en diciembre de 2014, Francia y Estados Unidos anunciaron una compensación por un valor total de sesenta millones de dólares para las víctimas francesas del Holocausto que fueron transportadas a los campos de exterminio en trenes de la SNCF, a cargo de las arcas del gobierno francés. Al mismo tiempo, una exposición en París titulada “Colaboracionismo: 1940-1945” mostraba un telegrama de 1942 del jefe de la policía de Vichy, René Bousquet, pidiendo a los oficiales franceses que trabajaban para el régimen colaboracionista “que tomaran como una responsabilidad personal las medidas acordadas contra los judíos extranjeros”. Estas medidas, por supuesto, consistían básicamente en enviarlos a los campos de deportados, de donde salían después rumbo a los campos de exterminio.

A pesar de que fueron muchísimos los criminales nazis que nunca tuvieron que rendir cuentas por sus crímenes, los Klarsfeld parecen tener la conciencia muy tranquila ahora que sus intensas y a menudo arriesgadas batallas personales han acabado. “Estoy completamente satisfecho con la historia y con la justicia –afirma Serge–. La justicia, por definición, es siempre inefectiva: no puede resucitar a quienes fueron asesinados, así que siempre es algo simbólico. Creemos que, por primera vez en la historia de la humanidad, se ha hecho justicia”.

En Alemania, Beate aún es una figura muy controvertida. En 2012, *Die Linke* [La Izquierda] la propuso para el cargo de presidenta. Puesto que el

nombramiento dependía del parlamento y todos los demás partidos apoyaban a Joachim Gauck, un pastor luterano con pasado disidente en la antigua Alemania oriental, la derrota de Klarsfeld fue abrumadora. Sin embargo, según Serge, el hecho de que ella fuera la candidata de la oposición ya era significativo. “Eso implica que la sociedad alemana es ahora mucho mejor que antes y que nosotros hemos ayudado a esa mejoría –afirmó–. Cuando Beate abofeteó a [el canciller] Kiesinger, le dije: ‘Con el tiempo, el pueblo alemán te lo agradecerá’”.

Aunque muchos alemanes siguen condenando sus tácticas agresivas, era imposible no percibir cierto simbolismo al ver a la actual canciller, Angela Merkel, estrechar la mano a Beate antes de la votación del parlamento. El 20 de julio de 2015, Susanne Wasum-Reiner, la embajadora alemana en Francia, galardonó a Serge y a Beate con la Medalla al Mérito, el más alto honor de su país, expresando su gratitud por “haber rehabilitado la imagen de Alemania”. Para Beate, que en su momento llegó a abofetear a un canciller germano-occidental, no se puede imaginar un momento más emocionante.

Al final de sus días, Wiesenthal afirmó que una de sus mayores satisfacciones había sido sobrevivir a la gran mayoría de los asesinos que lo habían metido a él y a millones de los suyos en los campos de concentración. “He hecho todo lo posible por asegurarme de que la gente no olvide lo que sucedió”, me dijo en nuestra última conversación. Desde su muerte en 2005, Austria –su país de adopción después de la guerra, al que tanto criticó por no enfrentarse a su pasado nazi– no ha dejado de reconocer sus contribuciones. Los nuevos dueños del adosado de los Wiesenthal en el decimonoveno distrito de Viena le pidieron permiso a su hija, Paulinka, para colocar una placa en su honor, y le pidieron que ella misma eligiera las palabras: “Aquí vivió Simon Wiesenthal, quien dedicó su vida a la justicia, junto a su mujer, que lo hizo posible”.

La historia de los cazadores de nazis prácticamente toca a su fin, al menos en lo que respecta a la búsqueda de criminales de guerra. Pero su legado permanece vivo.

AGRADECIMIENTOS

Estoy tremendamente agradecido a todos aquellos a los que entrevisté en el curso de mi investigación, la mayoría de los cuales aparecen listados al final de la bibliografía. Con todo, esa lista no es más que una pequeña parte de esta historia. También tengo que dar las gracias a todos aquellos a los que expliqué mi proyecto e inmediatamente me ayudaron a identificar a las fuentes y a contactar con ellos, aunque sus nombres no aparezcan mencionados en el libro. Como sucedió en mis anteriores libros, ir contando aquí y allá lo que estaba preparando sirvió para que nueva información, de valor incalculable, apareciera y se multiplicara por todos lados. En consecuencia, pude beneficiarme de una enorme cantidad de testimonios escritos y orales que hicieron posible construir una narrativa que abarcara toda la posguerra.

Como siempre ha hecho, especialmente cuando trabajaba en los Archivos de la Institución Hoover, Brad Bauer, que en la actualidad es el archivista jefe del Museo de Recuerdo del Holocausto de Estados Unidos, me honró con sus provechosos consejos y sus contactos. Gracias a él, pude localizar a Benjamin Ferencz, el fiscal jefe del juicio contra los *Einsatzgruppen* en Núremberg y a Gerald Schwab, el civil que sirvió de intérprete a Estados Unidos en Núremberg. Brad también me puso en contacto con muchos de los grandes expertos en la materia, como Peter Black y Henry Mayer, que trabajan en el Museo, o como Alina Skibinska, su delegada en Varsovia.

En Cracovia, Maria Kala, la directora del Instituto de Investigación Forense, me presentó a quienes habían trabajado con Jan Sehn cuando estuvo al frente de la institución justo después de la guerra. Arthur Sehn, su

sobrino-nieto, que divide su tiempo entre Estocolmo y Cracovia, me ayudó a profundizar en la historia familiar que permite entender el papel de Jan como interrogador del comandante de Auschwitz, Rudolf Höss. También quiero mencionar de forma especial a Marcin Sehn, un joven miembro del clan que me ayudó a entrevistar por Skype a Józef Sehn, el sobrino de Jan, y a su esposa, Franciszka. Justyna Majewska también nos ayudó desde Varsovia.

Le debo un agradecimiento especial a Gary Smith, por entonces director de la Academia Americana de Berlín, y a sus colegas Ulrike Graalfs y Jessica Biehle, por invitarme a pasar unos días como profesor visitante mientras investigaba en Alemania. Linda Eggert, mi exalumna en el programa Bard sobre Asuntos Exteriores y Globalización, en Nueva York, me ayudó a bucear en las fuentes alemanas. La directora de cine Ilona Ziok no solo me mandó su espectacular documental sobre Fritz Bauer sino que también me hizo llegar parte del material en el que se había basado. Monika Boll, la comisaria de la exposición sobre Fritz Bauer en el Museo Judío de Frankfurt, me hizo una visita guiada y respondió pacientemente a todas mis preguntas. En Ludwigsburg, Thomas Will fue igual de receptivo a la hora de hablar de la historia y de las actuales operaciones que ocupan a la Oficina Central para la Investigación de los Crímenes Nacionalsocialistas.

En Israel, mi antiguo compañero de *Newsweek* Dan Ephron me pasó varios contactos que me ayudaron a localizar a personajes clave del caso Adolf Eichmann. En particular, me gustaría mencionar a Dror Moreh, el director del impactante documental *Los guardianes*, acerca de las fuerzas de seguridad nacional israelíes. Eli Rosenbaum, además de conversar sobre su propio trabajo en la Oficina de Investigaciones Especiales del departamento de Justicia de Estados Unidos, me presentó a Gabriel Bach, el último superviviente del equipo de fiscales del juicio de Eichmann, y no dejó de ofrecerme pistas y darme todo tipo de información sobre una gran variedad de temas.

En los archivos de la Institución Hoover, Carol Leadenham e Irena Czernichowska fueron, como siempre lo han sido, de una enorme ayuda. David Marwell, el director del Museo del Patrimonio Judío en Nueva York y exhistoriador del OSI, compartió generosamente conmigo sus extensos conocimientos en determinados temas clave de mi investigación. Mis antiguos compañeros en *Newsweek* Joyce Barnathan y Steve Strasser fueron decisivos en la reconstrucción de las ejecuciones de Núremberg al ponerme

en contacto con Herman Obermayer, que había trabajado con el verdugo que se encargaría de acabar con los líderes nazis. Michael Hoth, un amigo de Berlín de toda la vida, me presentó a Peter Sichel, que había dirigido el primer operativo de la CIA en dicha ciudad. Mi primo Tom Nagorski, que había trabajado en la ABC, me explicó cómo sus compañeros habían conseguido localizar a Erich Priebke.

Tres de las personas a las que entrevisté –Avraham Shalom, el número dos del equipo que secuestró a Eichmann; Gerald Schwab, el intérprete de Núremberg, y Józef Sehn– murieron antes de la publicación de este libro. Por supuesto, Simon Wiesenthal ya lleva más de diez años muerto, pero tuve la inmensa fortuna de entrevistarlo en numerosas ocasiones durante mi época de reportero en *Newsweek*. Cuando viajé a Israel, la hija de Wiesenthal, Paulinka, y su marido, Gerard Kreisberg, fueron de lo más hospitalarios.

Durante los primeros meses de investigación para este libro, tuve que compaginar dicho trabajo con el que llevaba a cabo en el Instituto EastWest. Quiero dar las gracias a mi maravilloso equipo –Sarah Stern, Dragan Stojanovski, Alex Schulman y la becaria Leslie Dewees– por su amistad y su apoyo.

¿Y qué decir de Alice Mayhew, mi formidable editora en Simon & Schuster? Todo lo que se me ocurra se quedaría corto. Como siempre, me dio todo tipo de consejos desde el principio hasta el final con la cortesía y la firmeza justas como para que no perdiera el rumbo en ningún momento. También quiero agradecer a Stuart Roberts, Jackie Seow, Joy O'Meara, Maureen Cole, Stephen Bedford, Nicole McArdle y el resto del equipo de Simon & Schuster, que volvieron a hacer magia con mi manuscrito, así como al corrector, Fred Chase. Mi agente, Robert Gottlieb, como es habitual, me apoyó en todas las etapas del proyecto y fue clave a la hora de que saliera adelante. También quiero agradecer a sus colegas Claire Roberts y Erica Silverman, de Trident Media Group.

Tengo la inmensa fortuna de contar con una gran cantidad de amigos. Quiero mostrar mi gratitud hacia David Satter, Ardith y Steve Hodes, Francine Shane y Robert Morea, Alexandra y Anthony Juliano, Eva y Bart Kaminski, Monika y Frank Ward, Linda Orrill, Ryszard Horowitz y Ania Bogusz, Renilde y Bill Drozdiak, Linda y Michael Mewshew, Anna Berkovits, Victor y Monika Markowicz, Sandra y Bob Goldman, Elaine y Marc Prager, Lucy y Scott Lichtenberg, Jeff Bartholet, Fred Guterl, Arlene

Getz y Leslie y Tom Freudenheim. Pido disculpas a cualquiera que se haya quedado fuera de esta lista.

Por último, quiero dar las gracias a mi familia. Ahora que mi padre, Zygmunt, ya no está con nosotros, ha sido mi madre, Marie, la encargada de continuar con la tradición de supervisar mi investigación y releer lo que iba escribiendo, mostrándome su apoyo en todo momento. También quiero dar las gracias a mis hermanas Maria y Terry, así como a sus parejas Roberto y Diane.

Quiero brindarle un homenaje especial a Eva Kowalski, el alma más generosa que se pueda encontrar en el mundo. Su difunto marido Waldek no fue solo mi cuñado, sino mi íntimo amigo.

Estoy muy orgulloso de ser el padre de cuatro hijos ya adultos: Eva, Sonia, Adam y Alex. Espero que sean conscientes de lo mucho que su amor y su apoyo significa para mí en el día a día. Junto a sus cónyuges, Eran y Sara, han formado ya sus propias familias y puedo presumir de siete nietos maravillosos: Stella, Caye, Sydney, Charles, Maia, Kaia y Christina.

En lo que respecta a Krysia, la mujer que me robó el corazón cuando la conocí durante un intercambio escolar en la universidad Jagiélonica de Cracovia, ha sido siempre mi principal consejera en todos los aspectos, incluyendo todas y cada una de las líneas de este libro. Sin ella, todo esto sería impensable.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

22 "No tengo": Harry Patterson, *The Valhalla Exchange*, 166.

23 "Cualquiera que intente": David Marwell, entrevista con el autor.

26 Entrevisté a Niklas Frank: Niklas Frank, entrevista con el autor; extractos: "Horror at Auschwitz", *Newsweek*, 15 de marzo de 1999; y "Farewell to Berlin", *Newsweek.com*, 7 de enero de 2000, de Andrew Nagorski.

CAPÍTULO I: 'EL OFICIO DEL VERDUGO'

29 "Mi marido fue": Abby Mann, *Judgment at Nuremberg*, 62.

29 El 16 de octubre de 1946: Los detalles de las ejecuciones se han extraído sobre todo de Kingsbury Smith, el cronista oficial del acto. Su informe completo se puede consultar en: http://law2.umkc.edu/faculty/projects/ftrials/nuremberg/NurembergNews10_16_46.html.

Se ha obtenido información adicional de Whitney R. Harris, un abogado del equipo estadounidense en Núremberg, designado por el juez Robert H. Jackson como su representante en el palacio de justicia en la noche del 15 al 16 de octubre, en concreto de su libro *Tyranny on Trial: The Evidence at Nuremberg, 485-488.*

29 “No hay que se pueda aducir”: Telford Taylor, *The Anatomy of the Nuremberg Trials: A Personal Memoir*, 588.

30 “Su cara estaba pálida” y “Las manos”: G. M. Gilbert, *Nuremberg Diary*, 431.

30 “Lo único que Göring”: Harold Burson, entrevista con el autor.

30 “Morir ahorcado”: Telford Taylor, 600.

30 “la muerte que se le garantiza” y “conmutar la condena”: Ibid., 602.

30 “se rechazaba”: Ibid., 623.

31 Herman Obermayer: Todas las citas de Obermayer proceden de dos fuentes: de una entrevista con el autor y de su artículo “Clean, Painless and Traditional”, en el número de diciembre de 1946 del *Dartmouth Jack-O-Lantern*, la revista literaria de la universidad de Dartmouth.

31 trescientas cuarenta y siete personas: Ann Tusa y John Tusa, *The Nuremberg Trial*, 487. Otros cuestionan esa cifra. Véase por ejemplo: http://thefifthfield.com/biographical-sketches/john-c-woods/.

33 Kaltenbrunner insistió: Gilbert, 255.

34 “me lo merecía”: Ibid., 432.

35 “Todos los que estábamos en la sala”: Stanley Tilles y Jeffrey Denhart, *By the Neck Until Dead: The Gallows of Nuremberg*, 136.

36 “Un trabajo rápido”: Werner Maser, *Nuremberg: A Nation on Trial*, 255.

37 En una entrevista: Ibid., 254.

37 “murieran asfixiados lentamente”: Telford Taylor, 611. En este pasaje también se mencionan las fotografías de los nazis ejecutados.

37 “ciertos indicios de torpeza”: Albert Pierrepoint, *Executioner: Pierrepoint*, 158.

37 el historiador alemán Werner Maser: Maser, 255.

38 Intentó esquivar las críticas: Tusa and Tusa, 487.

38 “en plena borrachera”: Herman Obermayer, “Es limpio e indoloro”, *Dartmouth Jack-O-Lantern*, diciembre de 1946.

39 “Me he encargado” y “La pena capital”: Pierrepoint, 8.

CAPÍTULO II: ‘OJO POR OJO’

41 “Si este tema de los judíos”: Christopher R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, 58.

41 “Ahora lo sabemos”: Richard Overy, Russia’s War, 163-164.

42 “enviarían de vuelta” y “Si por mí fuera”: Michael Beschloss, *The Conquerors: Roosevelt, Truman and the Destruction of Hitler’s Germany, 1941-1945*, 21.

42 “Al menos cincuenta mil”, “No cuenten conmigo” y la intervención de Roosevelt: Ibid., 26.

43 Según su relato, y el resto de la mención al diario de Liddell: Ian Cobain, “Britain Favoured Execution over Nuremberg Trials for Nazi Leaders”, *The Guardian*, 25 de octubre de 2012.

44 cuatrocientos cincuenta mil: Richard Bessel, *Germany 1945: From War to Peace*, 11.

44 “Cortes marciales itinerantes”: Ibid., 18.

44 “Miserable sea la tierra”: Norman H. Naimark, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, 72.

45 “Lo que les están haciendo”: David Stafford, *Endgame, 1945: The Missing Final Chapter of World War II*, 315.

45 1,9 millones: Frederick Taylor, *Exorcising Hitler: The Occupation and Denazification of Germany*, 54.

45 “Les daban unas palizas”: Naimark, 74.

46 “llegaban por la noche”: Douglas Botting, *From the Ruins of the Reich: Germany, 1945-1949*, 23.

46 “de manera humana”: Frederick Taylor, 70.

46 “En un pueblo”: Ibid., 73.

47 doce millones y estimación de bajas mortales: Bessel, 68-69.

47 El 29 de abril de 1945: la información sobre la Rainbow Division y la liberación de Dachau se ha extraído de Sam Dunn (ed.), *Dachau 29 April 1945: The Rainbow Liberation Memoirs*.

47 Diseñado como el primer: Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos, “Dachau”, www.ushmm.org.

47 “Parado en unas vías”: Dunn (ed.), 14.

48 “Los vagones estaban repletos” y el resto del relato del teniente Cowling: Ibid., 22-24.

49 “La SS intentó”: Ibid., 32.

49 “A los que no”: Ibid., 77.

49 “Se hizo un silencio absoluto” y el resto del relato de Jackson: Ibid., 91-92.

50 “Nunca volveré”: Ibid., 24.

50 “No dejaba de pensar” y el resto del relato y citas de Friedman: Tuvia Friedman, *The Hunter*, 50-102.

50 El movimiento de resistencia: Norman Davies, *Heart of Europe: A Short History of Poland*, 72.

51 “actividades contra el estado soviético”: Frederick Taylor, 226.

54 “Era sopa *de verdad*” y el resto del relato de Wiesenthal sobre su liberación: Joseph Wechsberg (ed.), *The Murderers Among Us: The Wiesenthal Memoirs*, 45-49.

55 El padre de Wiesenthal y otros detalles autobiográficos: Tom Segev, *Simon Wiesenthal: The Life and Legends*, 35-41; y Wechsberg (ed.), 23-44.

55 “De joven era sionista” y “Media hora más tarde”: Andrew Nagorski, “Wiesenthal: A Summing Up”, *Newsweek International*, 27 de abril de 1998.

56 “¡Ya basta!”: Wechsberg (ed.), 28.

56 “Wiesenthal tenía”: Segev, 27.

56 “deseaba vengarme”: Wechsberg (ed.), 8.

57 “Cuando salió del campo”: Friedman, 146.

57 “Su sola presencia” y el resto del relato de Wiesenthal sobre Mauthausen: Wechsberg (ed.), 47-49.

CAPÍTULO III: EL PLAN COMÚN

59 "Somos un pueblo muy obediente": Frederick Forsyth, *The Odessa File*, 92.

59 "Si todos los judíos": Wechsberg (ed.), 11.

60 la habían "obligado": archivo Saul K. Padover, 1944-1945, departamento de Manuscritos y Archivos de la biblioteca pública de Nueva York.

60 Peter Heidenberger: Peter Heidenberger, entrevista con el autor. Salvo que se indique lo contrario, todas sus citas proceden de esta entrevista.

61 "que fuera imposible": Beschloss, 275.

61 Este nativo de Alabama: Joshua M. Greene, *Justice at Dachau: The Trials of an American Prosecutor,* 17-20.

62 "Pensé que se trataba" y "contaban básicamente": Michael T. Kaufman, "William Denson Dies at 85; Helped in Convicting Nazis", *The New York Times*, 16 de diciembre de 1998.

62 Cuando el general George S. Patton y "Habéis visto": Greene, 13.

62 Tanto Denson como sus colegas: Ibid., 19.

62 "Llegué a un punto": Ibid., 24.

63 El interrogador que trabajaba para Denson y el perfil de Guth: Ibid., 26.

63 Cuando Guth fue a hablar y "Los alemanes no podían": Ibid., 36.

63 Cuando empezó el juicio y todo el primer día de juicio: Ibid., 39-44, 53-54; y entrevista de Peter Heidenberger con el autor.

64 "Los espectadores alemanes": Peter Heidenberger, *From Munich to Washington: A German-American Memoir*, 53.

64 "plan común": Ibid., 57.

64 "Con la venia": Greene, 44.

65 Según el testimonio de Ali Kuci: Ibid., 64.

66 "Es importante enfatizar": Ibid., 101.

66 "no ofrecer ninguna resistencia" y "Si este tribunal": Ibid., 103-104.

66 "Cada uno de ellos": Lord Russell de Liverpool, *Scourge of the Swastika: A Short History of Nazi War Crimes*, 251.

66 El 13 de diciembre de 1945: "Nazi War Crime Trials: The Dachau Trials", jewishvirtuallibrary.org.

66 “Clavado a un poste”: Lord Russell of Liverpool, 252.

67 Denson actuó personalmente y total de ahorcados: Greene, 2, 349.

67 “El coronel Denson”: “Chief Prosecutor Returns Home”, *The New York Times*, 24 de octubre de 1947; Greene, 316.

67 De setenta y tres kilos: Flint Whitlock, *The Beasts of Buchenwald: Karl and Ilse Koch, Human-Skin Lampshades, and the War-Crimes Trial of the Century*, 196.

67 “Decían que era yo” y En enero de 1947: Greene, 226-227.

67 “ella se había casado”: Ibid., 128.

68 Se trataba de una auténtica condesa y otros detalles biográficos de Huschi: Ibid., 80-85, 345.

68 “¡Les entregamos este pueblo!”: Ibid., 127.

68 “las mejores de mi carrera”: Ibid., 348.

68 “un capítulo de”: Whitlock, 199.

69 “Llevaba una falda”: Greene, 266.

69 “También se decía”: Ibid., 263.

69 “Ya lo tengo”: Heidenberger, 61.

69 No le ayudó y la historia de la cabeza reducida: Greene, 263-264.

70 “No puedo soportarlo más”: Ibid., 273.

71 “Con todos sus problemas legales”: Heidenberger, 58.

CAPÍTULO IV: LA REGLA DEL PINGÜINO

73 “Tenía un tono de voz”: Michael A. Musmanno, *The Eichmann Kommandos*, 70.

73 “el mayor juicio por asesinato de la historia”: Citado por Eli M. Rosenbaum en su presentación de Ferencz en el 102º Encuentro Anual de la American Society for International Law (ASIL), Washington D.C., 10 de abril de 2008.

74 Nacido en Transilvania y otros detalles biográficos y citas: entrevista de Benjamin Ferencz con el autor y www.benferencz.org (“Benny Stories”).

74 “Mi autoridad se basaba en” y otras citas de Ferencz en esta sección, salvo que se indique lo contrario: www.benferencz.org (“Benny Stories”).

77 “Usted misma” y el resto de la historia sobre la mujer que acusó a Ferenz de robo: entrevista de Benjamin Ferencz con el autor y www.benferencz.org (“Benny Stories”).

78 “Cuando pasé”: www.benferencz.org (“Benny Stories”).

79 El juicio duró: Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos, “Subsequent Nuremberg Proceedings, Case #9, The Eisatzgruppen Case”, Holocaust Encyclopedia.

79 “Supongo que aparecerá”: www.benferencz.org (“Benny Stories”).

79 “No llamé a declarar”: Heikelina Verrijn Stuart y Marlise Simons, *The Prosecutor and the Judge: Benjamin Ferencz and Antonio Cassese, Interviews and Writings*, 18.

79 “la matanza deliberada”: *Trials of War Criminals Before the Nuremberg Military Tribunals Under Control Council Law No. 10*, Vol. IV, 30.

79 “promediaban unos mil trescientos”: Ibid., 39.

79 La expression la había acuñado: Donna-Lee Frieze (ed.), *Totally Unofficial: The Autobiography of Raphael Lemkin*, 22.

79 “un tipo algo perdido”: www.benferencz.com (“Benny Stories”).

80 “el exterminio”: *Trials of War Criminals Before the Nuremberg Military Tribunals Under Control Council Law No. 10*, Vol. IV, 30.

80 “Si estos hombres”: Ibid., 53.

80 “no le interesaba”: Musmanno, *The Eichmann Kommandos*, 65.

80 “como un David”: Ibid., 126.

80 Hijo de inmigrantes y otros detalles biográficos de Musmanno: Len Barcousky, “Eyewitness 1937: Pittsburgh Papers Relished ‘Musmanntics’”, *Pittsburgh Post-Gazette*, 7 de marzo de 2010.

81 “Si la ley ampara”: Associated Press, “Decrees Santa Claus Is Living Reality”, publicado en *The New York Times*, 23 de diciembre de 1936.

81 “meros rumores” e “incluso, si es necesario”: www.benferencz.com (“Benny Stories”).

81 “El soldado que” y el resto de la conversación Musmanno-Ohlendorf: Musmanno, *The Eichmann Kommandos*, 78-79.

82 “Alemania se veía amenazada”: www.benferencz.org, (“Benny Stories”).

82 “Si uno entrara”: Musmanno, *The Eichmann Kommandos*, 148.

82 “ejecutores de un gigantesco”: *Trials of War Criminals Before the Nuremberg Military Tribunals Under Control Council Law No. 10*, Vol. IV, 369-70.

82 “no hay condena posible”: Stuart and Simons, 20.

82 “Musmanno fue” y el resto de las reflexiones de Ferencz sobre Musmanno: www.benferencz.org, (“Benny Stories”).

83 “Tenía datos incriminatorios” y el resto de las reflexiones de Ferencz: entrevista de Benjamin Ferencz con el autor; and www.benferencz.org (“Benny Stories”).

84 “No conocí a nadie”: entrevista de Harold Burson con el autor.

84 “Lo más interesante de la posguerra”: Richard W. Sonnenfeldt, *Witness to Nuremberg: The Chief American Interpreter at the War Crimes Trials*, 13.

84 “En Alemania no hay nazis”: Mann, 48.

84 “supondrán un antes”: Lord Russell de Liverpool, xi.

85 “Los espectadores” y otras citas de los guiones para radio de Burson: http://haroldburson.com/nuremberg.html.

86 “la venganza no resucitará” y otros comentarios de Agee sobre el metraje de Dachau: Greene, 14.

86 “Hay en todo este juicio”: John F. Kennedy, *Profiles in Courage*, 199.

86 “Castigar a los criminales”: Frieze (ed.), 118.

86 “Los que estábamos involucrados”: www.benferencz.com (“Benny Stories”).

87 Herman Obermayer: entrevista de Herman Obermayer con el autor.

87 “Me pareció algo maravilloso” y perfil de Gerald Schwab: entrevista de Gerald Schwab con el autor.

87 “No, no se trataba de eso”: Stuart y Simons, 23.

88 “Que cuatro grandes naciones”: Harris, 35.

88 “Nunca se han expuesto”: Ibid., XXIX.

88 “los juicios culminaron”: Ibid., XIV.
88 “Sin ellos”: Mann, 13
89 “El gran problema”: Musmanno, *The Eichmann Kommandos*, 175-176.

CAPÍTULO V: EL GUARDIÁN DE MI HERMANO

91 “Un alemán cree”: William L. Shirer, *Berlin Diary: The Journal of a Foreign Correspondent, 1934-1941*, 284.
91 También escribió: doctor Jan Sehn, *Obóz Koncentracyjny Oswięcim-Brzezinka.*
92 Sus escritos no eran, simpatías políticas e historial de Sehn: Władyslaw Mącior, “Professor Jan Sehn (1909-1965)”, *Gazeta Wyborcza*, Cracovia, 12 de octubre de 2005.
93 Arthur Sehn y la información que facilitó sobre la familia de Jan Sehn: entrevista de Arthur Sehn con el autor.
93 “un apasionado de la criminología”: Jan Markiewicz, Maria Kozłowska, “10 rocznica smierci Prof. J. Sehna”, Wspomnienie na U.J., XII, 1975, Jan Sehn Archives.
94 “A los niños” y otras citas de Józef Sehn y su esposa, Franciszka Sehn: entrevista de Józef y Franciszka Sehn con el autor.
95 “intentaba rescatar” y otras citas e información de Maria Kozłowska: entrevista de Maria Kozłowska con el autor.
95 Se dedicaba en exclusiva y pérdidas de población: Davies, 64.
96 El campo principal e historia de los primeros años del campo, así como las citas de mis entrevistas a los prisioneros políticos polacos: Andrew Nagorski, “A Tortured Legacy”, *Newsweek*, 16 de enero de 1995.
97 Hizo tan bien su trabajo y *Aktion Höss*: Thomas Harding, Hanns y Rudolf: *The True Story of the German Jew Who Tracked Down and Caught the Kommandant of Auschwitz*, 165.
97 “El Führer se había ido”: Rudolf Höss, *Commandant of Auschwitz: The Autobiography of Rudolf Hoess*, 172.
97 Höss tomó el nombre: Ibid., 173; y Harding, 201-202.

98 Cuando las fuerzas británicas: Harding, 201-202. El libro de Harding ofrece un relato detallado de la huida y posterior captura de Höss que he esbozado aquí.

98 En marzo de 1946, el teniente Hans Alexander y la cadena de acontecimientos que condujo a la captura de Höss, incluyendo cómo Alexander hizo confesar a Hedwig y después a su marido, una vez capturado; la cita "sano y salvo", la celebración en el bar y Höss desnudo en la nieve: Ibid., 234-245.

99 Envuelto en una manta: Robert Gellately (ed.), *The Nuremberg Interviews: Conducted by Leon Goldensohn*, 295.

99 "Estaba sentado": Ibid.

100 "un tipo tranquilo e insignificante": Harris, 334.

100 "al menos dos millones" y otras citas de la confesión de Höss: Ibid., 336-337.

100 Höss le diría más tarde: Gellately (ed.), 304-305.

100 De hecho, lo estaban: Yisrael Gutman y Michael Berenbaum, *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, 70-72. Aquí se cita una cifra máxima de 1,5 millones, que era lo que se estimaba en ese momento.

100 "Aquel fue el peor momento": Gilbert, 266.

101 "La 'solución final'" y otras citas de la confesión de Höss: Harris, 336-337.

101 "una decisión extraordinaria": Telford Taylor, 362.

101 "el mayor asesino" y "desprovisto de": Harris, 335.

102 "su tono de voz calmado" y otras citas de Gilbert sobre Höss: Gilbert, 249-251, 258-260.

102 "Creía que estaba haciendo": Gellately (ed.), 315.

103 Jan Sehn, quien había ayudado: testimonio de Jan Markiewicz sobre Jan Sehn, Jan Sehn Archives.

104 Más adelante y la información sobre el comportamiento y los hábitos de Sehn, incluyendo cómo trataba a Höss: entrevistas del autor con Zofia Chłobowska, Maria Kozłowska y Maria Kała.

105 "predisposición positiva" y "Höss escribía": doctor Jan Sehn (ed.), *Wspomnienia Rudolfa Hoessa*, Komendanta Obozu Oświęcimskiego, 14.

105 “Debo admitir”: Hoess, 176.

105 “Me evitó muchas horas” y el resto de citas de este párrafo: Ibid., 77.

106 “En las siguientes páginas” y los sucesivos detalles autobiográficos y y citas referentes a sus primeros años y posterior trabajo en Dachau y Sachsenhausen: Ibid., 29-106.

108 Por ejemplo, en Auschwitz y el resto de la historia de la relación entre Höss y la prisionera Eleanor Hodys: Harding, 142-146.

111 “El nacionalsocialismo prefería”: doctor Jan Sehn (ed.), prólogo a la segunda edición polaca de las memorias de Höss, 32.

111 Höss dio muchos más detalles y otras referencias al relato de Höss sobre su etapa en Auschwitz: Höss, *Commandant of Auschwitz*, 107-168.

114 “Cada vez que explica”: Sehn, *Oboz Koncentracyjny Oświęci1m-Brzezinka*, 32.

114 “Está llena de maldad”: Höss, *Commandant of Auschwitz*, 19.

115 los miembros supervivientes y testimonios sobre los *Sonderkommando*: Gutman y Berenbaum, 64.

115 Esta cifra se convirtió y el libro de Sehn: Sehn, *Oboz Koncentracyjny Oświęcim-Brzezinka*, 10.

116 Los que niegan y “marioneta de los soviétivos”: Joe Belling, “Judge Jan Sehn”, http://www.cwporter.com/jansehn.htm.

116 “No creo que las comisiones”: entrevista de Piotr Cywiński con el autor.

116 Escribió un libro al respecto: Franciszek Piper, *Ilu Ludzi Zgineło w KL Auschwitz.*

116 “minimizar el genocidio”: Gutman y Berenbaum, 67.

116 “a cualquiera que hubiera”: entrevista de Franciszek Piper con el autor.

117 “el hijo ilegítimo” y otros detalles sobre Sehn: entrevistas de Maria Kozłowska y Zofia Chłobowska con el autor; y los testimonios de Jan Markiewicz y Maria Kozłowska en los Archivos Jan Sehn.

CAPÍTULO VI: HACIENDO LA VISTA GORDA

121 “Entendemos”: Copia de telegrama, cortesía de Eli Rosenbaum.

122 “No es asunto nuestro”: documentos de Saul K. Padover, departamento de Manuscritos y Archivos de la biblioteca pública de Nueva York.

122 “Lo que estamos haciendo”: Frederick Taylor, 273.

122 Peter Sichel tenía doce años y el resto de la historia y citas de Sichel: entrevista de Peter Sichel con el autor.

124 “Todos los miembros”: Perry Biddiscombe, *The Denazification of Germany: A History, 1945-1950*, 37.

125 Ocho millones y medio de alemanes y la historia de la fábrica de papel de Múnich: Frederick Taylor, 247-250.

125 “La democracia en Alemania”: Noel Annan, *Changing Enemies: The Defeat and Regeneration of Germany*, 212.

125 Al principio, los estadounidenses y las cifras sobre los cuestionarios revisados y los despidos resultantes: Frederick Taylor, 268.

126 “Ni en cien años”: Jean Edward Smith, *Lucius D. Clay: An American Life*, 302.

126 “en manos de los propios alemanes”: Ibid., 271.

126 “implicados de primer grado” y otras categorías: Sandra Schulberg, *Filmmakers for the Prosecution, The Making of Nuremberg: Its Lessons for Today*, III.

126 Muchos antiguos nazis: Biddiscombe, 183.

126 *Persilschein:* Frederick Taylor, 285.

126 en 1946 y los resultados de ambas encuestas: Biddiscombe, 191.

126 En algunos casos: Ibid., 199.

126 “Pero no sé qué”: Smith, 240.

127 “Puede que no hayan hecho”: Lucius D. Clay, *Decision in Germany*, 262.

127 En junio de 1946 y los despidos y readmisiones de Volkswagen: Annan, 205.

127 Los franceses y los despidos y readmisiones de profesores: Frederick Taylor, 321.

127 en poco más de dos meses y medio y veredictos: Patricia Heberer y Jürgen Matthäus (eds.), *Atrocities on Trial: Historical Perspectives on the Politics of Prosecuting War Crimes*, 175.

128 Ya en 1946: Henry Leide, *NS-Verbrecher und Staatssicherheit: Die geheime Vergangenheitspolitik der DDR*, 45-46.

128 "Uno se desnazifica": Clay, 145.

128 "A pesar de que muchos inocentes": Leide, 414.

129 Los aliados occidentales y cifras sobre el suministro aéreo a Berlín: www.trumanlibrary.org (http://www.trumanlibrary.org/teacher/berlin.htm).

129 "no debía iniciarse": Copia de telegrama, cortesía de Eli Rosenbaum.

129 El ejército de Estados Unidos: Greene, 321.

130 Los juicios de Dachau: Clay, 253-254.

130 "personaje sórdido e indeseable": Ibid., 254.

130 Los rumores y la historia de las pantallas para lámparas: Smith, 301.

130 "una burla": Greene, 323.

130 "Nunca me pareció" y el resto de las declaraciones de Denson delante del subcomité del senado: Ibid., 328-329.

131 "Mi opinión respecto a este caso": Ibid., 336.

131 "Cada acto": Ibid., 340.

131 el subcomité del senado: Clay, 254.

131 "A la vista de": Norbert Frei, *Adenauer's Germany and the Nazi Past: The Politics of Amnesty and Integration*, 6-7.

132 después de que Koch: Whitlock, 258.

132 "una secretaria de pueblo": entrevista de Peter Heidenberger con el autor.

132 En 1963 y el destino de Koch: Greene, 347; y Whitlock, 259-261.

132 "No puedo hacer otra cosa": Whitlock, 260.

133 "completamente deleznable": Stuart y Simmons, 17.

133 "Hay algo": Greene, 351-352.

133 "oficiales y coroneles": entrevista del autor con Benjamin Ferencz.

134 "nazis menores": Smith, 297.

134 Pese a la creciente presión: Hilary Earl, *The Nuremberg SS-Einsatzgruppen Trial, 1945-1958: Atrocity, Law, and History*, 276.

134 poco después John J. McCloy y cómo abordó McCloy's los casos contra los *Einsatzgruppen*: Ibid., 277-286.

135 "la personificación del politiqueo": Ibid., 286.

135 "Sabía que le iba a costar": Stuart y Simmons, 24.

135 "Si hubiera manejado": Earl, 286.

135 "para impresionar" y el resto del relato sobre las devoluciones de propiedades y otras organizaciones tempranas: Stuart y Simons, 31-32; y www.benferencz.org ("Benny Stories").

136 "Nunca había sucedido": entrevista de Benjamin Ferencz con el autor.

136 El 25 de agosto de 2011: www.benferencz.org ("Benny Stories").

136 "Mejor olvidarlos": entrevista de Benjamin Ferencz con el autor.

137 Para asegurarse y la historia del documental sobre Núremberg, de donde he extraído la mayor parte de los datos: Sandra Schulberg, *Filmmakers for the Prosecution*, un librito incluido en la edición restaurada en Blu-ray del documental. Véase también www.nurembergfilm.org.

137 "La Guerra Fría": entrevista de Sandra Schulberg con el autor.

138 "Todavía llevaban": Sandra Schulberg, 6.

139 "La guerra interna": Ibid., 37.

139 "inesperadamente buenas" y otras citas de Stuart Schulberg: Ibid., 42-45.

140 "quitando las palabrotas" y otras citas de la correspondencia Jackson-Royall: copias cedidas por el profesor John Q. Barrett, procedentes del archivo Robert H. Jackson, de la biblioteca del congreso de Estados Unidos, caja 115, carpeta 3.

141 "demasiado difíciles de digerir": Sandra Schulberg, 46-47.

141 "¿Se puede ser más idiota?": Ibid., 47.

141 "hay en las altas esferas": Ibid., 50.

141 William Shirer y "un escándalo": Ibid., 49.

142 En 2004 y la historia de Sandra Schulberg y la restauracion de la película: entrevista y correspondencia de Sandra Schulberg con el autor.

CAPÍTULO VII: 'UNOS LOCOS COMO YO'

143 “Nada pertenece”: extracto del documental *Death by Installments*.

143 El oficial jefe de la organización y citas sobre su nota: Hella Pick, Simon Wiesenthal: *A Life in Search of Justice*, 98.

144 empezó también a trabajar y otros detalles sobre sus primeras ocupaciones en Linz: Segev, 68-70.

144 no se andaba con medias tintas y “esa decisión”: Pick, 102.

144 En el recién creado y “Nunca he creído”: Wechsberg (ed.), 51.

145 “Ya verás la velocidad”: Wiesenthal, 40.

145 “Los estadounidenses”: Ibid., 56.

146 “las *Fräuleins*”: Wechsberg (ed.), 58.

146 en 1946: Segev, 79, 423.

146 Ya al año siguiente: Pick, 95.

146 Wiesenthal había convencido: Segev, 78-80.

146 “Los austriacos solo suponían”: Wiesenthal, 273.

146 Las actividades de Wiesenthal y el permiso para llevar armas: Segev, 85, 82.

146 cartas amenazantes: Pick, 103.

146 Él mismo pensaba: Ibid., 105. Para un relato detallado de las actividades de la Brichah, véase Yehuda Bauer, *Flight and Rescue: Brichah*.

147 Wiesenthal se pasó el resto: Andrew Nagorski, “Wiesenthal: A Summing Up”, *Newsweek International*, 27 de abril de 1998.

147 “Lo más probable”: Wiesenthal, 55.

147 “parecía importarle muy poco” y “por los criminales”: Wechsberg (ed.), 65.

148 “En 1949, mis padres”: entrevista de Paulinka (Wiesenthal) Kreisberg con el autor.

148 En 1947, resumen de los escritos de Wiesenthal sobre Haj Amin el-Husseini, y “no hay prueba alguna”: Segev, 86-88; y www.jewishvirtuallibrary.org.

148 En 1936: www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/History/muftihit.html.

148 Wiesenthal aprovechó, “empezó entonces” y “un colaborador” junto con el resto del relato de la relación de Wiesenthal con los servicios

secretos israelíes: Segev, 90-95.

149 Junto a sus compañeros y "Nuestra oficina": Friedman, 180.

150 En una ocasión y detalles y citas sobre el caso Mattner: Ibid., 180-182.

151 Durante el periodo y las cifras de casos y condenas: Heberer y Matthäus (eds.), 235.

151 "Aquello era cada vez más bochornoso": Friedman, 191.

151 "Esto es Austria": Ibid., 193.

152 De 1956: Heberer y Matthäus (eds.), 235.

152 Al igual que hiciera Wiesenthal y "Dedique todas sus fuerzas" y los contactos y actividades de Haganah: Friedman, 188-190.

152 En 1949 y "La situación se volvió": Ibid., 199.

152 "Tenía los archivos": Ibid., 210–211.

153 "Se quedó con un expediente": Ibid., 211.

153 "Decidimos": Ibid., 146.

153 Wiesenthal aseguraba y "alto oficial": Wechsberg (ed.), 100.

154 Tanto en su primera y la historia de la casera: Ibid., 100-101; y Wiesenthal, 67-69.

154 Ese fue el inicio y el interrogatorio a Veronika Liebl: Wechsberg (ed.), 101-102.

154 "Eichmann Wiesenthal" y "la información me desbordaba": Wiesenthal, 69.

155 En algunos de los casos: Véase Guy Walters, *Hunting Evil: The Nazi War Criminals Who Escaped and the Quest to Bring Them to Justice*, 80.

155 "el mayor asesino" y "Friedman, tienes que": Friedman, 122.

155 "Tenéis pruebas": Robert M. W. Kempner, *Ankläger Einer Epoche: Lebenserrinrungen*, 445.

155 En 1947, solicitud de declaración de fallecimiento, y "Posiblemente, esta acción": Wiesenthal, 70.

156 Según Friedman y "Arthur permitió": Friedman, 203. Los movimientos de Eichmann en la posguerra se narran en el libro de Neal Bascomb *Hunting Eichmann: How a Band of Survivors and a Young Spy Agency Chased Down the World's Most Notorious Nazi*.

156 “La verdad es”: Friedman, 204.

156 “les insistiera a los israelíes” y “Piensa en ello”: Ibid., 215.

156 Wiesenthal daría y citas de Wiesenthal sobre el barón austriaco y su encuentro: Wiesenthal, 76.

156 Aquel barón: Segev, 102.

157 “A que no sabes” y “¿Qué le parece eso?”: Wechsberg (ed.), 123.

157 “Como adversario” y el informe al Congreso Judío Mundial y el consulado israelí: Wiesenthal, 76-77; y Weschsberg (ed.), 124.

157 “Probablemente, los judíos” y “La verdad es que no sé”: Wiesenthal, 77.

158 “la caza de nazis”: Pick, 133.

158 El también metió en cajas: Segev, 117.

159 A mediados de la década: Heberer y Matthäus (eds.), 191.

159 “Creo que ha llegado”: Deborah Lipstadt, *The Eichmann Trial*, 27.

159 “En un momento”: Irmtrud Wojak, *Fritz Bauer 1903-1968: Eine Biographie*, 15.

160 “Bauer contribuyó”: Ibid., 13.

160 “¡Muere, cerdo judío!” y “Acaso su rencor”: Ronen Steinke, *Fritz Bauer: Oder Auschwitz vor Gericht*, 26, 29.

161 *Fritz Bauer, muerte a plazos:* el título alemán original es *Fritz Bauer: Tod Auf Raten,* CV Films, 2010.

161 “figura histórica” y otras citas: entrevista de Ilona Ziok con el autor.

161 “La familia de Fritz Bauer” y otras citas de la exposición: textos cedidos por la curadora de la exposición, Monika Boll. Muchos de los documentos y textos se incluyen también en el catálogo de la exposición: Fritz Backhaus, Monika Boll, Raphael Gross, Fritz Bauer. DerStaatsanwalt. NS-Verbrechen Vor Gericht.

162 “a mucha gente” y el resto de charla con los estudiantes: Wojak, 62.

162 “ruidosas multitudes”: Ibid., 97-98.

163 “Un juez de distrito judío” y el resto de textos de NS-Kurier: Steinke, 83-85.

163 “Apoyamos incondicionalmente” y “su increíble fe”: Ibid., 97-98.

164 “Los daneses disfrutan”: exposición sobre Fritz Bauer en el Museo Judío de Frankfurt.

164 “Apela a los prejuicios”: entrevista de Irmtrud Wojak con el autor.

165 en 1943 y otros detalles: exposición sobre Fritz Bauer en el Museo Judío de Frankfurt; y Steinke, 106-108.

165 “listo como un estadounidense”: Steinke, 109.

166 “Alemania es”: Wojak, 183.

166 aquel mismo año: Ibid., 179.

166 Aún en Dinamarca, le escribió y “no quieren que”: Ibid., 221.

167 Lo habían herido y el encuentro Remer-Goebbels: William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany*, 1061-1063.

168 “de 39 años” y “ejecutores de las órdenes” y “Aquellos conspiradores” y número de periodistas presentes en el juicio: Alaric Searle, *Wehrmacht Generals, West German Society, and the Debate on Rearmament, 1949-1959*, 238-239.

168 “Acaso no tenían” y “Un estado injusto”: Wojak, 273-274.

169 “El sentimiento anti-nazi”: carta al comunista austriaco Karl B. Frank, 2 de marzo de 1945, citada en la exposición sobre Fritz Bauer en el Museo Judío de Frankfurt.

169 “Es la obligación”: Steinke, 144.

169 “entendían que su labor” y “lo habían conmovido”: Wojak, 275.

169 El tribunal lo declaró y cómo Remer nunca llegó a cumplir su sentencia: Searle, 244.

170 “actuaron con el objetivo”: Frei, 268.

170 se publicó una encuesta: Steinke, 137.

CAPÍTULO VIII: ‘UN MOMENTITO, SEÑOR’

171 “Todo el mundo sabía”: Jack Higgins, *The Bormann Testament*, 49-50.

171 “Me dije: Compraré”: entrevista de Rafi Eitan con el autor.

173 la población total: “Vital Statistics: Population in Israel”, www.Jewishvirtuallibrary.org.

173 “Nunca me interesó”: entrevista de Avraham Shalom con el autor.

174 Según Isser Harel y relato y citas del encuentro Shinar-Bauer: Isser Harel, *The House on Garibaldi Street*, 4.

174 Cuando Walter Eytan, “Por entonces no sabía”, el resto de las acciones iniciales de Harel y “Esa noche me prometí”: Ibid., 2-3.

175 “Lo que el doctor Shinar” y detalles y citas del encuentro Darom-Bauer, incluyendo las afirmaciones de Harel sobre Bauer: Ibid., 4-9.

177 En enero de 1958, “esa ruina de casucha” y el resto de la misión de Goren, incluyendo la reacción de Harel al informe: Ibid., 10-12.

178 Esa persona sería y el viaje de Hofstaetter a Argentina, incluyendo el encuentro con Hermann, su esposa e hija: Ibid., 12-22.

180 Lothar y Sylvia Hermann: Bascomb, 111-112.

180 “Esta conclusión”: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 27.

181 En agosto de 1959, Tuvia Friedman y sus medidas para hacer pública la teoría de que Eichamnn estaba en Kuwait: Friedman, 246-249.

181 En diciembre de de 1959: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 32-35.

181 “¡Esto es increíble!” y el resto del relato sobre el encuentro de Bauer en Jerusalén: Zvi Aharoni y Wilhelm Dietl, *Operation Eichmann: The Truth About the Pursuit, Capture and Trial*, 85.

182 “La triste realidad”: Ibid., 84.

182 Harel informó Ben-Gurión y “supondría un éxito”: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 36-37.

182 “uno de los mejores” y perfil de Aharoni: Ibid., 35; and Bascomb, 130-131.

182 “de los nervios”: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 36.

182 El 1 de marzo de 1960: Aharoni and Dietl, 88.

182 Acompañado por un estudiante y el resto de la búsqueda de Eichmann por parte de Aharoni, incluyendo las citas y las visitas a la primera y segunda dirección: Ibid., 90-100. En el relato de Harel aparecen algunas alteraciones menores de la historia, afirmando por ejemplo

que los israelíes utilizaron a un auténtico botones para la operación de reconocimiento.

184 Aharoni y los pocos y los acontecimientos posteriores, junto con las citas y los esfuerzos para fotografiar a Eichman: Ibid., 102-125.

186 “La gente no miente” y “El dolor de la familia” y el resto de la historia sobre la esquela de la madrastra y después el padre de Eichmann: Wiesenthal, 77.

186 Wiesenthal relata y las fotos del funeral: Ibid., 77-78.

186 “nunca tuvo lugar” y “prestó demasiada”: Isser Harel, “Simon Wiesenthal and the Capture of Eichmann” (manuscrito inédito, cortesía de Eli Rosenbaum), 230.

186 Sin embargo, Aharoni y “la enorme aportación”: Aharoni and Dietl, 86-87.

187 Harel se hizo cargo: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 85-87.

187 Mientras Harel se encargaba y las gestiones de Eitan para el transporte marítimo: entrevista de Rafi Eitan con el autor.

187 Esta vez no como: Aharoni and Dietl, 126.

187 Uno de los primeros en seguirlo y las peripecias de Shalom en su viaje: entrevista de Avraham Shalom con el autor.

188 “Nunca en toda mi carrera”: Peter Z. Malkin y Harry Stein, *Eichmann in My Hands*, 127.

189 “Desde el mismo principio” y el resto del relato de Eitan: entrevista de Rafi Eitan con el autor.

189 En la noche del 10 de mayo, pisos francos y las últimas instrucciones de Harel a su equipo: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 150-152.

190 “Te lo advierto” y “Por supuesto”: Malkin y Stein, 142, 183.

191 Lo habían dejado y el resto de la operación de secuestro: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 162-169; entrevistas del autor con Rafi Eitan y Avraham Shalom; Aharoni y Dietl, 137-144 (citas de Aharoni).

191 “Un momentito, señor” y el resto del relato de cómo Malkin atrapó a Eichmann: Malkin y Stein, 186-187.

194 El vuelo especial de El Al: Bascomb, 262-263.

194 “Tienen que creerme” e “infalible”: Malkin y Stein, 204-205.

194 “Había un trabajo”: Ibid., 216.

194 “Se comportaba como” y los miedos de Eichmann: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 182.

194 Intentó convencer: Aharoni y Dietl, 152-153.

195 como aseguraría posteriormente: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 179-180.

195 Shalom se había encargado: entrevista de Avraham Shalom con el autor.

195 El 20 de mayo, la inspección de Shalom e información a la tripulación: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 249, 237.

195 De vuelta al piso franco y el traslado de Eichmann al avión: Ibid., 252-256.

196 Cuando abandonó el espacio aéreo: Bascomb, 290.

196 “¿Quién de ustedes?” y “la historia”: Friedman, 266.

197 “FELICIDADES DE TODO CORAZóN”: Segev, 148.

197 “La captura de Eichmann”: Pick, 147.

197 “Lo perseguí sin cejar”: Wiesenthal, 70.

197 “Jamás podría”: entrevista de Paulinka y Gerard Kreisberg con el autor.

197 En cuanto Harel: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 275.

197 “Puede llamarse”: Steinke, 23.

198 “papel alguno” y “ni podía desdecir”: Harel, “Simon Wiesenthal and the Capture of Eichmann”, 3, 23.

198 “no se hubiera dedicado” y “Al principio”: Ibid., 3, 5.

198 “Estaban compitiendo”: entrevista de Avraham Shalom con el autor.

199 “Cuando vi a Eichmann”: Harel, *The House on Garibaldi Street*, 196-197.

CAPÍTULO IX: ‘A SANGRE FRíA’

201 “Que muchos”: Primo Levi, *The Drowned and the Saved*, 73.

201 “Nuestros servicios secretos” y otros extractos de las transcripciones de las reunions del gabinete: “Ben-Gurion’s Bombshell: We’ve Caught Eichmann”, *The Times of Israel*, 8 de abril de 2013.

202 “Israel también”: Gideon Hausner, Justice in Jerusalem, 288.

202 “He de informar”: Bascomb, 298-299.

203 Su ministro de Asuntos Exteriores, “un grupo de voluntarios” y resolución de la ONU: Ibid., 304-305.

203 *The Washington Post:* “Adam Bernstein, “Israeli Judge Moshe Landau, Who Presided over Nazi Officer’s Trial, Dies at 99”, *The Washington Post*, 3 de mayo de 2011; y Lipstadt, 34.

203 El filósofo Isaiah Berlin: Ofer Aderet, “The Jewish Philosopher Who Tried to Convince Israel Not to Try Eichmann”, Haaretz, 28 de diciembre de 2013.

203 “un acto fuera de la ley”: Lipstadt, 31.

203 El Comité Judío Americano y “crímenes inexpresables”: Ibid., 34.

204 “Junto a mí”: Hausner, 323.

204 “En Israel” y las siguientes citas de Bach: entrevista de Gabriel Bach con el autor.

204 Algunos supervivientes del Holocausto: “Snatching Eichmann”, *Zman*, mayo de 2012, 130.

205 Eichmann ocupaba una celda: Jochen von Lang y Claus Sybill (eds.), *Eichmann Interrogated: Transcripts from the Archives of the Israeli Police*, XIX.

205 Esta regla, doscientas setenta y cinco horas y la mención posterior a tres mil quinientas sesenta y cuatro páginas: Ibid., XVII.

205 El capitán de la policía y “el privilegio”: Ibid., 4.

206 En su primer encuentro y citas de Less: Ibid., v-vi.

207 Le explicó a Less y “no odiaba a los judíos”: Ibid., 57.

207 “se quedó horrorizado”, “descompuesto” e “Incluso hoy”: Ibid., 76-77.

207 “alguien insignificante”: Ibid., 90.

208 “celo poco habitual”: Ibid., 156.

208 “Si me hubieran”: Ibid., 157, vi.

208 “¡Pero eso es terrible!”: Ibid., ix.

208 Cuando Less empezó: Ibid., xxi.
208 "y la bebida llevaba": Hoess, 155.
208 "Yo no tenía": Lang y Sybill, 101-102.
209 Para refutar las afirmaciones y el resto de ejemplos y citas de Eichmann: Ibid., 142-144.
210 "la fría y astuta sofisticación": Ibid., vi.
210 "Pensar ya es": Hannah Arendt, *The Last Interview and Other Conversations*, 128.
210 "correa de transmisión": Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, 153.
211 "Judío", "vio la luz" y "Si a uno lo atacan": Arendt, *The Last Interview and Other Conversations*, 11-12, 20.
211 "el típico judío de la Galicia polaca" y "mentalidad de gueto": Lipstadt, 152.
211 "Una de mis principales": Arendt, *The Last Interview and Other Conversations*, 130.
212 "Si alguien carecía": Ibid., 46.
212 "era completamente incapaz": Arendt, *Eichmann in Jerusalem*, 48-49.
212 "Pese a todos": Ibid., 54.
212 "Excepto el de mirar": Ibid., 287.
213 "Eichmann no dio", "tan solo un encargado" y "tenso, rígido": Hausner, 332, 325.
213 Cuando la acusación: entrevista de Gabriel Bach con el autor.
214 "Iré a la tumba saltando" y relato de Hausner: Arendt, *Eichmann in Jerusalem*, 46; Hausner, 359-360.
214 "Eichmann era": Arendt, *Eichmann in Jerusalem*, 46.
215 "un ambiente de bar" y decisión del tribunal sobre las grabaciones de Sassen: Hausner, 348-349.
215 "Lo que al final": Arendt, *Eichmann in Jerusalem*, 47.
215 "no era un estúpido": Ibid., 287-288.
216 "El papel de estos líderes": Ibid., 117.
216 "La tragedia": Hausner, 341.
216 "Kastner salvó exactamente": Arendt, *Eichmann in Jerusalem*, 118.

216 “había vendido su alma”: Jonah Lowenfeld, “Rudolf Kastner Gets a New Trial”, *Yom HaShoah*, 26 de abril de 2011.

217 “a altas dosis de caos y desgracia”: Arendt, *Eichmann in Jerusalem*, 125.

218 “muy claro que Eichmann”: Musmanno, *The Eichmann Kommandos*, 16.

218 “aparecía una y otra vez”: Albert Averbach y Charles Price (eds.), *The Verdicts Were Just: Eight Famous Lawyers Present Their Most Memorable Cases*, 98.

218 “En el fondo, Eichmann”: Michael A. Musmanno, “No Ordinary Criminal”, *The New York Times*, 19 de mayo de 1963.

219 En su respuesta, respuestas de Arendt y cartas de los lectores: “Letters to the Editor: ‘*Eichmann in Jerusalem*’”, *The New York Times*, 23 de junio de 1963.

220 “La imagen que Hannah”: Jacob Robinson, *And the Crooked Shall Be Made Straight: The Eichmann Trial,* the Jewish Catastrophe, and Hannah Arendt’s Narrative, 58-59.

220 “aterrorizado” e “hicieron todo lo posible”: Ibid., 147, 160-162.

220 “Hemos hecho”: Wiesenthal, 231.

220 “Legal y moralmente”: Robinson, 159.

221 “En cierto sentido”: entrevista de Rafi Eitan con el autor.

221 En 2011: el título orginal del libro en alemán es *Eichmann vor Jerusalem: Das unbehelligte Leben eines Massenmörders*.

221 “que abrazó sin dudarlo” y “Cualquier ideología”: Bettina Stangneth, *Eichmann Before Jerusalem: The Unexamined Life of a Mass Murderer*, 222.

222 “cumplía con la mission primordial” y “El Eichmann de Jerusalén”: Ibid., XXIII.

222 En una de las primeras entrevistas: Arendt, *The Last Interview and Other Conversations*, 26-27.

223 “existencia impostada” y “Hay algo”: Ibid., 50-51.

223 “un mero funcionario” y “Si sucumbes”: Ibid., 44-45.

223 “víctimas”: Ibid., 42.

224 “fueron al matadero” y “La triste verdad”: Arendt, *Eichmann in Jerusalem*, 10-11.

225 “la concepción de Arendt” y “la desaparición”: Stanley Milgram, *Obedience to Authority: An Experimental View*, 6, 8.

225 “Ya no quedan personas”: Ibid., 11.

225 “monstruos”: “British PM on New ISIS Beheading”, ABC News, 14 de septiembre de 2014.

226 “Estaba decidido”: Douglas M. Kelley, *22 Cells in Nuremberg: A Psychiatrist Examines the Nazi Criminals*, 71.

226 “un psicópata con todas las letras”: Gilbert, 260.

226 “La locura no explica”: Kelley, 3.

226 Ahora bien: Jack El-Hai, *The Nazi and the Psychiatrist: Hermann Göring, Dr. Douglas M. Kelley, and a Fatal Meeting of the Minds at the End of WWII*, 218-220.

227 “catalizador”: Arendt, *The Last Interview and Other Conversations*, 41.

227 A las seis semanas y resultados de las encuestas: Hausner, 464.

227 El 15 de diciembre de 1961 y las fechas de apelación y ahorcamiento: Bascomb, 316-318.

228 Shalom Nagar y relato de Nagar: “Snatching Eichmann”, *Zman*, Mayo de 2012.

228 “Larga vida a Alemania”: Bascomb, 319.

CAPÍTULO X: ‘LOS DON NADIES’

231 “Qué debería”: Bernhard Schlink, *The Reader*, 104.

231 Thomas Gnielka y su entrevista con Emil Wulkan, contactos con Bauer y la historia de los documentos incriminatorios: Devin O. Pendas, *The Frankfurt Auschwitz Trial, 1963-1965: Genocide, History, and the Limits of the Law*, 46-47; y Rebecca Wittmann, Beyond Justice: The Auschwitz Trial, 62-63.

232 "Tal vez esto": Claudia Michels, "Auf dem Büfett lagen die Erschiessungslisten", *Frankfurter Rundschau*, 27 de marzo de 2004.

232 "un recuerdo" y "algún valor legal": Wittmann, 62.

232 "estaba completamente pálido": Claudia Michels, "Auf dem Büfett lagen die Erschiessungslisten", *Frankfurter Rundschau*, 27 de marzo de 2004.

232 En total, se celebraron: Pendas, 2.

232 veinte mil asistentes: Wittmann, 175.

233 doscientos once supervivientes: exposición sobre Fritz Bauer, Museo Judío de Frankfurt.

233 "solo eran", "La cuestión es" y "pueden y deben": Steinke, 157, 156, 155.

233 "cualquiera que haya formado": Wittmann, 256.

233 "un juicio por asesinato": Ibid., 215.

233 "solo podía juzgar" y "A ver si algún día": Bernd Naumann, *Auschwitz: A Report on the Proceedings Against Robert Karl Ludwig Mulka and Others Before the Court at Frankfurt*, 415, XIV.

234 "Cuando todos": citado en Steinke, 180.

234 Los noticiarios de la época: *Verdict on Auschwitz: The Auschwitz Trial, 1963-1965*, documental para la televisión alemana, 1993.

234 De hecho, en un momento y el relato del arresto y muerte de Bauer: Pendas, 48-49.

235 "se ataban las muñecas": Wittmann, 139.

235 Otro testigo: Pendas, 117-118.

235 El testimonio que quizá y testimonio de Wasserstrom: Wittmann, 88.

236 El practicante Josef Klehr: Ibid., 75.

236 El doctor Victor Capesius: Ibid., 197.

236 También estaba el cabo y el resto de las atrocidades de Kaduk: Ibid., 140.

236 Ella Lingens y su perfil: www.yadvashem.org.

236 "Lo que quiere decir": Pendas, 158.

236 Hans-Günther Seraphim y "no había encontrado": Wittmann, 80-81.

237 "Yo no era más" y "Yo no le hice daño a nadie": Naumann, 410, 409.

237 No faltaron los toques y las citas de *Frau* Boger y Lingens: *Verdict on Auschwitz: The Auschwitz Trial, 1963-1965*, documental para la televisión alemana, 1993.

238 La cobertura mediática y "monstruos": Pendas, 262.

238 "El columpio de la tortura" y otros titulares citados por Martin Walser: Wittmann, 176-77.

238 "Cuanto más sensacionalistas" y "Auschwitz no era": Ibid., 177, 180.

238 El el *Suddeutsche Zeitung:* Pendas, 263.

239 "sería un error": Naumann, 415.

239 El veredicto no satisfizo y las sentencias: Ibid., 412-413.

239 "reforzaba la fantasía": Wittmann, 255.

239 "Los hechos criminales": Naumann, VIII.

240 "'El asesinato de masas" y "En vez de": Ibid., XXII, XXIX.

240 "¡Maldita sea!": Pendas, 256.

240 En una encuesta y resultados de encuestas: Ibid., 253.

240 "Por supuesto que el juicio" y "podrían estar también": Ibid., 256-257.

241 "En muchos sentidos": Wittmann, 190.

241 "Sería bastante injusto": Naumann, XVII.

241 Durante el Tercer Reich y alegaciones: Perry Biddiscombe, *The Denazification of Germany: A History 1945-1950*, 212-213; y, por ejemplo, "Eichmann to Testify on Dr. Globke's Role in Deportation of Greek Jews", JTA, 31 de enero de 1961.

241 Pidió una serie de documentos y la subsiguiente investigación de Bauer sobre Globke: exposición sobre Fritz Bauer, Museo Judío de Frankfurt.

242 En 1963: "Bonn Denounces Globke Trial in East Germany as Communist Maneuver", JTA, 10 de julio de 1963.

242 De 1950 a 1962 y estadísticas sobre investigación, juicios, absoluciones y condenas por asesinato: Wittmann, 15.

242 "No tenemos la posibilidad" y la historia de Ludwigsburg: entrevista de Thomas Will con el autor.

243 la de 1966: Pendas, 253.

244 "que algo así" y exposición: Ibid., 182-183.

244 "Ojalá así las relaciones" y visita de la delegación de Alemania occidental a Polonia: Ibid., 179-80.

244 El dramaturgo Peter Weiss: Peter Weiss, *The Investigation: Oratorio in 11 Cantos*.

245 "Cuando me bajaron del columpio": Ibid., 73-74.

246 "Mil novecientos sesenta y ocho" y otras citas de Schlink: entrevista de Bernhard Schlink con el autor.

247 Sin embargo, Peter Schneider: entrevista de Peter Schneider con el autor.

247 Cuando Jan Sehn y relato de Kozłowska, incluyendo las cartas anónimas: entrevista de Maria Kozłowska con el autor.

250 "El juicio debería mostrarle": Steinke, 218.

250 en una entrevista: *Death by Installments*, documental.

250 Cuando las protestas: Steinke, 263.

250 Tanto las acciones y amenazas, esvástica, pistola y guardaespaldas: *Death by Installments*, documental; y Steinke, 221.

250 "Cuando salgo": Steinke, 257.

251 "El fiscal general": Wojak, 443.

251 "furioso antisemitismo": Ibid., 445.

251 En 1967 y "el libro marrón": Fritz Bauer exhibition, Museo Judío de Frankfurt.

251 "nuestro deber": Wojak, 453.

252 "¿Cuánto crees?": Steinke, 272.

252 "no había pruebas" y "Sí": entrevista de Ilona Ziok con el autor.

252 "fue el mejor embajador": *Death by Installments*, documental.

252 "Gracias a él": Wojak, 455.

CAPÍTULO XI: UNA BOFETADA MEMORABLE

255 "Como éramos débiles": entrevista de Serge Klarsfeld con el autor.

255 “a recitar poemas” y “concienzuda”: Beate Klarsfeld, *Wherever They May Be!*, 4.

255 Su padre luchó, citas y detalles biográficos: Ibid., 3-23; Serge Klarsfeld y Anne Vidalie, *La Traque des Criminals Nazis*, 11-13, 31-32; y entrevista de Beate y Serge Klarsfeld con el autor.

258 En junio de 1943: “Alois Brunner”, jewishvirtualibrary.org.

258 “Lo conocía bien”: Jeremy Josephs, *Swastika Over Paris: The Fate of the French Jews*, Serge Klarsfeld, Introduction, 17.

261 Ese fue el año: Frei, 395, n46; y “Kurt Kiesinger, 60’s Bonn Leader and Former Nazi, Is Dead at 83”, *The New York Times*, 10 de marzo de 1988.

261 “Lo que parecía imposible”: Beate Klarsfeld, 18.

262 Beate vio la elección y su relato y citas sobre la campaña contra Kiesinger: Ibid., 19-63.

262 Serge descubrió que su padre y Entendiendo que: Serge Klarsfeld con Vidalie, 13, 76; entrevista de Serge Klarsfeld con el autor.

263 “Cómo puedo aceptar”: Beate Klarsfeld, 22.

264 “un solo estado”: Ibid., 48.

264 “Siempre mantuvimos”: entrevista de Serge Klarsfeld con el autor.

264 De hecho, Beate y las experiencias de Varsovia y Praga: Beate Klarsfeld, 112-140.

267 Apeló y al final, “habían sacado las pistolas”, el perdón de Brandt: Beate Klarsfeld, 87.

267 Sin embargo y situación de los alemanes que habían servido en Francia: Serge Klarsfeld con Vidalie, 40-41; Beate Klarsfeld, 160-164.

268 Estas batallas se prolongaron y estatuto de limitaciones para casos de asesinato: Heberer y Matthäus (eds.), 242, n22.

268 Según Serge: Serge Klarsfeld con Vidalie, 43-44.

268 “En País, la Gestapo”: Beate Klarsfeld, 153. Para más información sobre los tres, véase: John Vinocur, “3 Ex-Nazis Get Jail Terms for War Crimes”, *The New York Times*, 12 de febrero de 1980.

269 “Los únicos nazis”: Beate Klarsfeld, 166.

269 Beate preparó y el resto del relato sobre las tentativas contra Lischka y Hagen: Ibid., 167-203; y Serge Klarsfeld con Vidalie, 43-52.

273 Los tres hombres y “completamente conscientes”: John Vinocur, “3 Ex-Nazis Get Jail Terms for War Crimes”, *The New York Times*, 12 de febrero de 1980.

274 En 1934, “el Lindbergh del Báltico” y “Cukurs hablaba”: Anton Kuenzle y Gad Shimron, *The Execution of the Hangman of Riga: The Only Execution of a Nazi War Criminal by the Mosad*, 29-31.

274 Sin embargo, Cukurs y su hoja de servicios: Ibid., 32-34.

274 Después de la guerra y testimonios de supervivientes sobre Cukurs: Ibid., 35-43.

276 “un asesino sádico”: Ibid., XX.

276 El 23 de febrero de 1965 y la historia del asesinato de Cukurs, incluyendo el “VEREDICTO”: Ibid., 125-27.

277 “el caso de Cukurs”: “Reports from Abroad”, *The New York Times*, 14 de marzo de 1965.

278 La mayoría de los lectores y obituario: véase por ejemplo, “Zvi Aharoni and Yaakov Meidad”, *The Telegraph*, 16 de agosto de 2012.

278 “ha conseguido que la gente” y el resto de la conversación de Yoav con Meidad: Kuenzle y Shimron, 8-9.

278 “Si quieres matar a un hombre”: entrevista de Rafi Eitan con el autor.

279 “Cukurs y sus hombres”: Kuenzle y Shimron, 102.

279 “asesino” y “al menos desde el punto” y “Haber sido un miembro”: Associated Press, “Latvian Musical on Nazi Collaborator Stirs Anger”, 30 de octubre de 2014.

279 “No deberíamos tolerar”: “Israel Condemns Latvia’s ‘Butcher of Riga’ Musical”, israelinternationalnews.com, 23 de octubre de 2014.

CAPÍTULO XII: ‘CIUDADANOS EJEMPLARES’

281 “Para la policía”: Ira Levin, *The Boys from Brazil*, 12.

282 Lo ayudaba a recuperarse y la apertura del Centro de Documentación en Viena: Pick, 152.

282 Frederick Forsyth y la historia de Roschmann, incluyendo “Roschmann se convirtió” y “pero no quería”: Wiesenthal, 96-103.

283 “Tú eres el gran” y “como a un pariente pobre”: Segev, 326.

283 Wiesenthal se mantuvo firme: Wiesenthal, 344.

283 “No, lo mío”: entrevista de Martin Mendelsohn con el autor.

284 “no le revolviera las tripas” y “No estábamos de acuerdo”: Serge Klarsfeld con Vidalie, 39; entrevista de Serge Klarsfeld con el autor.

284 “alimentar el antisemitismo”: Wiesenthal, 209.

284 A menudo repetía: Ibid., 7; y entrevista de Simon Wiesenthal con el autor.

285 En octubre de 1958 y la reacción y citas sobre la obra de teatro basada en la vida de Ana Frank, la conversación de Wiesenthal y sus actos posteriores: Wiesenthal, 335-340; y Wechsberg (ed.), 172-183.

288 Wiesenthal recuerda y el resto del relato de Wiesenthal y las citas sobre Braunsteiner: Wiesenthal, 139-157.

290 “El detective con seis millones de clientes”: Clyde A. Farnsworth, *The New York Times*, 2 de febrero de 1964.

290 Según Lelyveld y el resto del relato de Lelyveld: entrevista de Joseph Lelyveld con el autor; Joseph Lelyveld, *Omaha Blues: A Memory Loop*, 175-182.

291 “Una antigua guardia”: Joseph Lelyveld, *The New York Times*, 14 de julio de 1964.

292 Después de una larguísima: Douglas Martin, “A Nazi Past, a Queens Home Life, an Overlooked Death”, *The New York Times*, 2 de diciembre de 2005.

294 “Todavía me repatean”: Alan Elsner, *The Nazi Hunter*, 2.

294 “El hecho de que” y el resto del relato de Rosenbaum, salvo que se indique lo contrario: entrevista de Eli Rosenbaum con el autor.

296 A partir de ahí: Howard Blum: *Wanted! The Search for Nazis in America*, 19-22. Blum identifica la fuente como Oscar Karbach, al que describe como el presidente del Congreso Judío Mundial. Rochelle G. Saidel en su libro *The Outraged Conscience: Seekers of Justice for Nazi War Criminals in America* afirma en cambio que Karbach era un

miembro del equipo de investigación del Congreso, no su presidente (página 98).

297 "Era un hombre solitario": Blum, 25.

297 "convertirse en una unidad", "Me parecía imposible" y el resto del relato de Holtzman: Elizabeth Holtzman with Cynthia L. Cooper, *Who Said It Would Be Easy? One Woman's Life in the Political Arena*, 90-96; y entrevista de Elizabeth Holtzman con el autor.

298 Trifa se había instalado y la historia de Trifa: Saidel, 31-45.

300 "No sé nada" y otras citas de Mendelsohn: entrevista de Martin Mendelsohn con el autor.

300 "Esta medida confirma": Saidel, 119.

301 Con un presupuesto inicial: Ibid., 127, y Allan A. Ryan, Jr., *Quiet Neighbors: Prosecuting Nazi War Criminals in America*, 249.

302 En 1948 y la Ley de Personas Desplazadas: Ryan, 15-28; y el Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos, "Displaced Persons".

302 "La ley de desplazados", "casi diez mil criminales", y "se convirtieron en ciudadanos ejemplares": Ryan, 22, 26, 268.

303 Hasta 1973: Ibid., 42.

304 "Tantos años después": una copia escrita del informe se puede encontrar en http://www2.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB331/DOJ_OSI_Nazi_redacted.pdf. El informe completo no se ha publicado oficialmente, aunque ha sido citado por Eric Lichtblau en su reportaje para *The New York Times* y en su libro *The Nazis Next Door: How America Became a Safe Haven for Hitler's Men*.

304 Por ejemplo en 1981: Ryan, 268.

305 "Los judíos no paran" y la historia de Trifa: Ari L. Goldman, "Valerian Trifa, an Archbishop with a Fascist Past, Dies at 72", *The New York Times*, 29 de enero de 1987; y Saidel, 43-45.

305 "Los esclavos de los misiles" y la mortalidad: Jean Michel, *Dora*, 62, 65.

306 Los autores del libro: Frederick I. Ordway III y Mitchell R. Sharpe, *The Rocket Team*, 79-85.

306 “siempre que no” y el resto de la conversación Rosenbaum-Sher: entrevista de Eli Rosenbaum con el autor.

307 Rudolph no estaba y “enseñarles”: trascripción de los Archivos Nacionales (copia cortesía de Eli Rosenbaum).

317 “En aquel momento”: entrevista de Elizabeth White con el autor.

CAPÍTULO XIII: VIAJE DE IDA Y VUELTA A LA PAZ

311 “Cuarenta y cuatro niños”: Serge Klarsfeld, *The Children of Izieu: A Human Tragedy*. 7.

311 “Barbie no era”: Ibid., 15.

312 “Los alemanes metieron”: Tom Bower, *Klaus Barbie: Butcher of Lyons*, 112-113.

312 “ha entrado en los anales”: Serge Klarsfeld, *The Children of Izieu*, 15.

312 “Estoy muy contenta”: Ibid., 45.

313 servicios secretos estadounidenses: Ibid., 15.

313 Barbie había sido ya sentenciado y el relato de Beate Klarsfeld sobre el caso de Barbie: Beate Klarsfeld, 215-277.

314 “Matadlo o mandadlo” y la identidad de la persona que dijo esto: Ibid., 234, 240.

314 “Estoy en huelga”: Ibid., 239.

314 “Esto es todo”: Ibid., 242.

315 “Mi intención era” y “Estamos aquí”: Ibid., 255-256.

315 “se olvidaran en medio”, “Bolivia es un asilo”, y el resto de la visita a La Paz: Ibid., 263-273.

316 “Yo ya lo he olvidado”: Ryan, 279.

316 “Ninguno”: Beate Klarsfeld, 247-248.

316 En diciembre de 1972: Bower, 18-19; Serge Klarsfeld con Vidalie, 55; y entrevista de Beate y Serge Klarsfeld con el autor.

318 Primero se lo ofrecieron: Ryan, 277-279.

318 “La razón por la que”: Serge Klarsfeld, *The Children of Izieu*, 7.

318 “No tenía ni puñetera” y el resto del relato de Ryan sobre la investigación del caso Barbie: Ryan, 280-323.

319 “Las pruebas”: Ibid., 282.

319 “Nos acusaba tácitamente”: Ibid., 285. En su libro Ryan no da el nombre de la cadena de televisión a la que se refiere, pero sí la identificó durante una entrevista con el autor. En otra entrevista, John Martin confirmó esta historia.

320 “peligroso conspirador”: Ibid., 288.

320 “un hombre honrado”: Ibid., 289.

320 “interrogado al detalle”: Ibid., 290.

320 “lo que hace el CIC”: Ibid., 291.

321 “no deberían ser” y otras citas del informe del OSI: departamento de Justicia de Estados Unidos, *Klaus Barbie and the United States Government: A Report to the Attorney General of the United States*, Agosto de 1983.

321 “no estaba claro”: entrevista de David Marwell con el autor.

322 “un episodio deshonroso”: Ryan, 321.

322 “sus más sentidas disculpas”: Ibid., 322.

322 “Este rigurosísimo”: Ibid., 323.

CAPÍTULO XIV: MENTIRAS DE GUERRA

323 “Tiene que ver” y otras citas de Rosenbaum, incluyendo sus conversaciones con Zelman: Eli M. Rosenbaum con William Hoffer, *Betrayal: The Untold Story of the Kurt Waldheim Investigation and Cover-up*, 1-13.

325 En una carta dirigida: Ibid., 15.

326 “el austriaco más conocido”: Ibid., 12.

327 “un amigo mío” y el resto del encuentro Schuler-Rosenbaum: Ibid., 22-33.

327 “Le han enseñado” y el resto de la conversación Schuler-Rosenbaum sobre Wiesenthal: Ibid., 46-49.

328 “No nos dedicamos” y el resto de la discusión del Congreso Judío Mundial, así como el papel de Bronfman: Ibid., 57-58.

329 Tagliabue explicaba: “Files Show Kurt Waldheim Served Under War Criminal”, *The New York Times*, 3 de marzo 1986.

329 A mí me tocó cubrir y mi relato sobre las entevistas a Waldheim y Wiesenthal: “Waldheim: A Nazi Past?”, *Newsweek*, 17 de marzo de 1986, y el abultado informe que le envié a mis editores el 7 de marzo de 1986.

331 “sin hacerme una visita” y En 1979: Wiesenthal, 311.

332 “incluso si querías”: Ibid., 313.

332 “Su reacción parece”: Wiesenthal después dijo, en una carta al editor de *Newsweek* publicada el 7 de abril de 1986, que él no había afirmado explícitamente que Waldheim fuera un mentiroso. Pero no se retractó de haber dicho que no creía que Waldheim no supiera nada sobre las deportaciones de los judíos de Salónica.

332 Waldheim llamó, la conversación de Wiesenthal con Waldheim, y “uno de los oficiales mejor informados”: Wiesenthal, 318-319.

333 “una pequeña organización” y “no había sido” y “un nazi de la línea”: Ibid., 315, 313.

333 Rosenbaum quiso aclarar y “Todo sonaba”: Rosenbaum con Hoffer, 90-91.

334 Waldheim organizó y mi historia sobre los pueblos, junto con el contexto más amplio: “Waldheim on the ‘A’ List”, *Newsweek*, 31 de abril de 1986; mi reportaje para *Newsweek* de 11 de abril de 1986; y Robert Edwin Herzstein, *Waldheim: The Missing Years*, 128-129.

336 En un mitin: “Waldheim Under Siege”, *Newsweek*, 9 de junio de 1986; y mis informes para *Newsweek*.

337 “lo absurdo”: “Waldheim Under Siege”, *Newsweek*, 9 de junio de 1986.

337 “la campaña de difamación” y “ya puede”: “Waldheim: Home Free?”, *Newsweek*, 16 de junio de 1986.

337 “deja claro que colaboró”: Oficina de Investigaciones Especiales, *In the Matter of Kurt Waldheim*, 9 de abril de 1987, 200-201.

338 “necesariamente malvado” y “Teniendo en cuenta”: Herzstein, 23, 254.

338 "En un mundo perfecto": "Waldheim Under Siege", *Newsweek*, 9 de junio de 1986.

338 Beate Klarsfeld se presentó: Ibid.; y James M. Markham, "In Austrian Campaign, Even Bitterness Is Muted", *The New York Times*, 6 de junio de 1986.

338 "He venido aquí": entrevista de Beate Klarsfeld con el autor. Relato de su intercambio con el alcalde Busek en el mitin de Waldheim: mi informe a *Newsweek* del 30 de mayo de 1986.

339 "El pueblo austriaco", "perseguirían de por vida" y "con torpeza": Andrew Nagorski, "Clumsy Acts, Bad Blood", *Newsweek*, 12 de mayo de 1986; y Rosenbaum con Hoffer, 142.

339 "Muchos líderes judíos": Edgar M. Bronfman, *The Making of a Jew*, 115.

339 "Habíamos conseguido": Andrew Nagorski, "Clumsy Acts, Bad Blood", *Newsweek*, 12 de mayo de 1986.

339 "muy eficaz" y otras citas de judíos austriacos sobre las iniciativas del Congreso Mundial Judío: mi informe para *Newsweek* de 5 de junio de 1986.

341 "Soy uno de los muchos": Andrew Nagorski, "Clumsy Acts, Bad Blood", *Newsweek*, 12 de mayo de 1986.

342 "Siento decir esto", "¿Qué problema?" y "acostarse con": Rosenbaum con Hoffer, 165.

342 "No cabe duda": Ibid., 300-301.

343 "porque los dos tenían": Ibid., 461.

343 "Si ha habido algún error": Ibid., 463.

343 "que había fracasado": Ibid., 461.

343 "modificaba a su antojo" y "Quienes realmente": Ibid., 304.

343 "patética ineficacia": Ibid., 472.

343 "¿Pero quién es?": Ibid., 304.

343 "los nazis que no fueron": entrevista de Eli Rosenbaum con el autor.

344 "Cuando empezó en esto": entrevista de Martin Mendelsohn con el autor.

344 "Creo que Eli": antiguo oficial del OSI que no desea que su nombre aparezca en ninguna discusión sobre Rosenbaum.

344 "creen que pueden": Andrew Nagorski, "Wiesenthal: A Summing Up", *Newsweek International*, 27 de abril de 1998.

344 "el hecho de que": Wiesenthal, 321.

345 "¿Pero qué estáis haciendo?" y otras citas de Hier: entrevista de Rabbi Marvin con su autor.

345 "DILE A WIESENTHAL": Rosenbaum con Hoffer, 149.

345 Wiesenthal solía repetir: entrevista de Simon Wiesenthal con el autor, reflejada en mi informe a *Newsweek* de 21 de mayo de 1986.

346 "No quiere que" y Según Wiesenthal: Wiesenthal, 301.

346 "Judío fascista" y "mafioso": Herzstein, 250.

346 "un reaccionario" y "contándole al mundo": Joshua Muravchik, "The Jew Who Turned the Left Against Israel", *The Tablet*, 29 de julio de 2014.

347 Kreisky solo se desdijo: Segev, 292-293.

347 "Serge Klarsfeld me puso": Wiesenthal,320.

347 "Después de estudiar al detalle": Herzstein, 229.

348 "gran trabajo" y "No lo veo": entrevista de Peter Black con el autor.

CAPÍTULO XV: PERSIGUIENDO FANTASMAS

349 "En esta estación intermedia": William Goldman, *Marathon Man*, 262.

349 El doctor, nacido en Austria y detalles biográficos: Nicholas Kulish y Souad Mekhennet, *The Eternal Nazi: From Mauthausen to Cairo, the Relentless Pursuit of SS Doctor Aribert Heim*; Souad Mekhennet y Nicholas Kulish, "Uncovering Lost Path of the Most Wanted Nazi", *The New York Times*, 4 de febrero de 2009.

350 "He modificado los nombres": Danny Baz, *The Secret Executioners: The Amazing True Story of the Death Squad That Tracked Down and Killed Nazi War Criminals*, XIII.

350 "Queremos": Ibid., 10.

351 "Bormann está muerto": Ronald Gray, *I Killed Martin Bormann!*, 5; serialización del libro ofrecida por Reuters, "Most Wanted Nazi Shot,

Claims Ex-British Agent”, publicada en *The Montreal Gazette*, 8 de agosto de 1970.

351 “Por el agua que levantó”: Gray, *I Killed Martin Bormann*, 73.

352 “Cuando me llevaron”: Ladislas Farago, *Aftermath: Martin Bormann and the Fourth Reich*, 428.

352 En el caso de Heim: Souad Mekhennet y Nicholas Kulish, “Uncovering Lost Path of the Most Wanted Nazi”, *The New York Times*, 5 de febrero de 2009.

353 “el que controlaba”: Kulish y Mekhennet, 173.

353 Los supuestos restos e identificación de Bormann mediante análisis de ADN: “New Genetic Tests Said to Confirm: It’s Martin Bormann”, *The New York Times*, 4 de mayo de 1998.

354 Según un artículo y biografía de Soobzokov: Blum, 47-48, 42-61; Richard Rashke, *Useful Enemies: John Demjanuk and America’s Open-Door Policy for Nazi War Criminals*, 48-50.

355 “Era habitual verlo”: Blum, 57.

355 Aunque siguió militando y relato de la historia de Soobzokov después de la guerra, incluyendo “El sujeto reacciona”, “un manipulador incorregible”, y “aunque aún hay dudas”: Richard Breitman, “Tscherim Soobzokov”, American University (https://www.fas.org/sgp/eprint/breitman.pdf).

256 Incluso llegó a demandar: Blum, 258-263.

356 El FBI insinuó: Ibid., 263.

356 Ocho años más tarde y el resto de la historia y asesinato, incluyendo sus citas: Richard J. Goslan, “Memory and Justice Abused: the 1949 Trial of René Bousquet”, *Studies in 20th Century Literature*, Vol. 23, 1-1-1999; Paul Webster, “The Collaborator’s Pitiless End”, *The Guardian*, 8 de junio de 1993; y Douglas Johnson, “Obituary: René Bousquet”, *The Independent*, 9 de junio de, 1993.

357 “Si lo hubiera matado” y “Creí que, matando”: Sorj Chalandon, “L’assassinat de René Bousquet: larmes du Crime”, *Liberation*, 4 de abril de 2000.

357 “Los judíos queremos”: entrevista de Serge Klarsfeld con el autor.

358 En 1985 y la búsqueda de Mengele: Ibid., “Hunting the Angel of Death”, *Newsweek*, 20 de mayo de 1985; mi informe extenso a

Newsweek, 16 de abril de 1985; y los siguientes informes a lo largo de junio de 1985, junto con mis notas para reportajes de este periodo (archivo personal).

359 Mengele se había ahogado: Ibid., “Reaching a Verdict on the Mengele Case”, *Newsweek*, 1 de julio de 1985; Ibid., “Who Helped Mengele”, *Newsweek*, 24 de junio de 1985; y mis informes a *Newsweek*.

360 “experimentos que”: Gerald L. Posner y John War, *Mengele: The Complete Story*, 76.

360 Según Robert Kempner: entrevista de Robert Kempner con el autor.

361 El prisionero, que era: Posner y Ware, 63.

361 “Mengele huyó”: Oficina de Investigaciones Especiales, *In the Matter of Josef Mengele*, Octubre de 1992, 193.

362 “De todos los personajes”, “Para que nos” y “que pudiera poner”: Harel, 210-211.

362 “Ninguno de nosotros”, “Quien mucho abarca” y “¡Te está mintiendo!”: Aharoni y Dietl, 149-150.

363 “Como puede observarse”: Posner y Ware, 163.

363 “En aquel momento”: Aharoni y Dietl, 151.

364 “Le dimos poca importancia”: entrevista de Rafi Eitan con el autor.

364 “Su casa era”: Ibid., “Mengele: The Search Ends”, *Newsweek*, 1 de julio de 1985.

364 “He permanecido callado”: Ibid., “Who Helped Mengele?”, *Newsweek*, 24 de junio de 1985.

364 “No tengo por qué” y los fallos de la investigación de Alemania occidental: Ibid., “Reaching a Verdict in the Mengele Case”, *Newsweek*, 1 de julio de 1985.

365 “Que el ‘Ángel de la Muerte’”: Oficina de Investigaciones Especiales, *In the Matter of Josef Mengele*, Octubre de 1992, 1992, 196-197.

CAPÍTULO XVI: SE CIERRA EL CÍRCULO

367 “Sobrevivir es”: Wiesenthal, 351.

367 La presunta infamia y el resto de la historia de Priebke en Italia, Argentina y posterior extradición: Alison Smale, "Erich Priebke, Nazi Who Carried Out Massacre of 335 Italians, Dies at 100", *The New York Times*, 11 de octubre de 2013; "Erich Priebke: 'Just Following Orders'", *The Economist*, 26 de octubre de 2013; "Erich Priebke", jewishvirtuallibary.org.

368 "Señor Priebke" y el resto del intercambio Donaldson-Priebke: vídeo de YouTube.

369 Nacido en 1934 y perfil y citas de Donaldson: entrevista de Sam Donaldson con el autor.

369 Cuando su productor y el papel de Harry Phillips: entrevista de Harry Phillips con el autor; y Robert Lissit, "Out of Sight", *American Journalism Review*, diciembre de 1994.

370 La iglesia católica y funeral: Elisabetta Povoledo, "Funeral for Ex-Nazi in Italy Is Halted as Protesters Clash", *The New York Times*, 16 de octubre de 2013.

372 Nacido en un pueblecito y detalles sobre los primeros años de Demjanuk: Rashke, X-XIII, 548-549; Robert D. Mc-Fadden, "John Demjanuk, 91, Dogged by Charges of Atrocities as Nazi Camp Guard, Dies", *The New York Times*, 17 de marzo de 2012.

372 "traidores que": Andrew Nagorski, *The Greatest Battle: Stalin, Hitler, and the Desperate Struggle for Moscow That Changed the Course of World War II*, 70.

373 Sin embargo, en 1975 e investigación preliminar en Estados Unidos e Israel, y "Ese es Iwan, Iwan": Rashke, 108-116.

374 La Oficina de Investigaciones, "No cabía duda alguna" y "Te hemos atrapado": Ryan, 106-107.

375 Sin embargo, no todo el informe de Parker: Rashke, 149-154.

375 El 27 de enero, 1986: Ibid., 313.

376 "justicia histórica": Ibid., 348.

376 "Le dije que no": entrevista de Avraham Shalom con el autor.

376 Emocionados, los supervivientes y reacción de los asistentes: Rashke, 361-369.

376 El programa *60 Minutes*: Ibid., 466-468.

377 “Nos dieron un buen puñetazo”: entrevista de Eli Rosenbaum con el autor.

377 Tanta investigación: Rashke, 502.

378 Demjanuk mantenía y alegaciones de enfermedad: Ibid., 513-515.

378 “como cabeza de turco”: Robert D. McFadden, “John Demjanuk, 91, Dogged by Charges of Atrocities as Nazi Camp Guard, Dies”, *The New York Times*, 17 de marzo de 2012.

378 “Dreyfus estadounidense”: Patrick J. Buchanan, “The True Haters”, http://buchanan.org/blog/pjb-the-true-haters-1495, 14 de abril de 2009.

379 Según las cifras: Oficina Central para la Investigación de los Crímenes Nacionalsocialistas, hoja informativa de diciembre de 2012. Las estadísticas cubren el periodo que incluye la unificación de Alemania, pero reflejan los datos judiciales de Alemania occidental.

379 En septiembre de 2013 y “Consideramos que el mero”: Melissa Eddy, “Germany Sends 30 Death Camp Cases to Local Prosecutors”, *The New York Times*, 3 de septiembre de 2013.

380 A principios de 2015: estadísticas facilitadas por Thomas Will, subdirector de la Oficina Central para la Investigación de los Crímenes Nacional Socialistas.

380 “Les pido clemencia”: “Auschwitz Trial: Oskar Groening Recalls ‘Queue of Trains’”, BBC News, 22 de abril de 2015.

380 El 15 de julio de 2015: Alison Smale, “Oskar Gröning, Ex-SS Soldier at Auschwitz, Gets Four-Year Sentence”, *The New York Times*, 15 de julio de 2015.

380 “Mi opinión personal”: David Crossland, “Late Push on War Crimes: Prosecutors to Probe 50 Auscwitz Guards”, *Spiegel Online International*, 8 de abril de 2013.

381 “cada uno de estos”: Greene, 44.

381 “Cualquiera que haya participado”: Wittmann, 256.

381 “Es algo habitual”: entrevista de Piotr Cywiński con el autor.

381 “Los expedientes de Auschwitz”: Der Spiegel, 25 de agosto de 2014; la versión en inglés se publicó en *Spiegel Online International* el 28 de agosto de 2014.

382 “era parte de una organización” y “Como señala”: Corte del distrito Este de Pensilvania, “In the Matter of the Extradition of Johann (John) Breyer”, Misc. No. 14-607-M (cortesía de Eli Rosenbaum).

383 Desde su creación y estadísticas del OSI: correo electrónico de Eli Rosenbaum, 4 de febrero de 2015. Estas estadísticas cubren el periodo desde la creación del OSI hasta 2010 y los primeros cinco años de sus operaciones como parte de la recién creada unidad de Derechos Humanos e Investigaciones Especiales.

383 “Estoy muy orgullosa”: entrevista de Elizabeth Holtzman con el autor.

384 “Es normal que haya”: entrevista de Efraim Zuroff con el autor.

385 “rastrearlo” y “lo había pillado por sorpresa”: Efraim Zuroff, *Operation Last Chance: One Man’s Quest to Bring Nazi Criminals to Justice*, 199, 206.

386 Zuroff afirma: entrevista de Efraim Zuroff con el autor y conversación por correo electrónico, 11 de febrero de 2015.

386 “Es cierto que”: entrevista de Deidre Berger con el autor.

386 “bastante soviética”: entrevista de Serge Klarsfeld con el autor.

387 “En lo tocante al”: Eli M. Rosenbaum, “The Eichmann Case and the Distortion of History”, *Loyola of Los Angeles International & Comparative Law Review*, Spring 2012.

387 “Todavía tenemos material”: entrevista de Thomas Will con el autor.

388 “No estamos juzgando”: Ryan, 335.

389 “Es difícil encontrar un país”: Wolfgang Saxon, “Richard von Weizsäcker, 94, Dies: First President of Reunited Germany”, *The New York Times*, 31 de enero de 2015.

389 “Fue un día” y “Pero no creo”: entrevista de Richard von Weizsäcker con el autor. La entrevista se incluyó en “Voices of the Century”, *Newsweek*, 15 de marzo de 1999.

389 “una manera casi ritual”: entrevista de Martin Walser con el autor (“Hitler Boosts Ratings”, *Newsweek*, 21 de diciembre de 1998).

390 “cuestionando la leyenda”: Serge Klarsfeld con Vidalie, 57.

390 Arno, el hijo de los Klarsfeld: Pascale Nivelle, “Maurice Papon Devant Ses Juges”, *Liberation*, 10 de febrero de 1998.

390 Kurt Werner Schaechter: Alan Riding, “Suit Accusing French Railways of Holocaust Role Is Thrown Out”, *The New York Times*, 15 de mayo 2003. La búsqueda de Schaechter en el archivo de los Klarsfeld: colección, Kurt Werner Schaechter, Archivos de la Institución Hoover.

390 En 2010: “France Agrees Holocaust SNCF Rail Payout with US”, BBC Europe, 5 de diciembre de 2014.

391 Al mismo tiempo: Maia de la Baume, “France Confronts an Ignoble Chapter”, *The New York Times*, 16 de diciembre de 2014.

391 “Estoy completamente satisfecho”: entrevista de Serge y Beate Klarsfeld con el autor.

391 El 20 de julio de 2015: “Nazi-Hunting Couple Honored by Germany”, *The Forward*, 21 de julio de 2015.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DE ARCHIVO

Archivos de la Institución Hoover, Stanford, California.
Archivo Jan Sehn, Instituto de Investigaciones Forenses, Cracovia, Polonia.
Departamento de Manuscritos y Archivos, biblioteca pública de Nueva York.
Archivo Nacional, College Park, Maryland.
Archivos del Museo del Holocausto de Estados Unidos, Washington, D.C.

LIBROS

AHARONI, Zvi, y DIETL, Wilhelm, *Operation Eichmann: The Truth About the Pursuit, Capture and Trial*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1997.

ANNAN, Noel, *Changing Enemies: The Defeat and Regeneration of Germany*, Nueva York, W. W. Norton, 1996.

ARENDT, Hannah, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Nueva York, Penguin, 1977. [*Eichmann en Jerusalén*, Madrid, DeBolsillo, 2017; traducción de Carlos Ribalta]

—, *The Last Interview and Other Conversations*, Brooklyn, Melville House, 2013. [*La última entrevista*, Barcelona, Página Indómita, 2016; traducción de Ana González y Diego Ruiz]

—. *The Origins of Totalitarianism*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1979. [*Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2006; traducción de Guillermo Solana Diéz]

AVERBACH, Albert, y PRICE, Charles (eds.), *The Verdicts Were Just: Eight Famous Lawyers Present Their Most Memorable Cases*, Rochester, The Lawyers Co-operative Publishing Company, 1966.

BACKHAUS, Fritz; BOLL, Monika y GROSS, Raphael, *Fritz Bauer Der Staatsanwalt, NS-Verbrechen vor Gericht*, Frankfurt, Campus, 2014. Catálogo de la exposición sobre Fritz Bauer en el Museo Judío de Frankfurt.

BASCOMB, Neal, *Hunting Eichmann: How a Band of Survivors and a Young Spy Agency Chased Down the World's Most Notorious Nazi*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 2009. [*A la caza de Eichmann*, Barcelona, Debate, 2010]

BAUER, Yehuda, *Flight and Rescue*, Brichah, Nueva York, Random House, 1970.

BAZ, Danny, *The Secret Executioners: The Amazing True Story of the Death Squad That Tracked Down and Killed Nazi War Criminals*, Londres, John Blake, 2010.

BEEVOR, Antony, y VINOGRADOVA, Luba (eds.), *A Writer at War: Vasily Grossman with the Red Army, 1941-1945*, Nueva York, Pantheon, 2005. [*Un escritor en la guerra. Vasily Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2006; traducción de Juan María López de Sa y de Madariaga]

BESCHLOSS, Michael, *The Conquerors: Roosevelt, Truman and the Destruction of Hitler's Germany, 1941-1945*, Nueva York, Simon & Schuster, 2002.

BESSEL, Richard, *Germany 1945: From War to Peace*, Londres, Pocket Books, 2010. [*Alemania, 1945. De la Guerra a la paz*, Barcelona, Ediciones B; traducción de Gabriel Dols Gallardo]

BIDDISCOMBE, Perry, *The Denazification of Germany: A History, 1945-1950*, Stroud, Gloucestershire, 2007.

BLUM, Howard, *Wanted! The Search for Nazis in America*, Nueva York, Touchstone, 1989.

BOTTING, Douglas, *From the Ruins of the Reich: Germany, 1945-1949*, Nueva York, Crown, 1985.

BOWER, Tom, *Klaus Barbie: Butcher of Lyons*, Londres, Corgi, 1985.

BRONFMAN, Edgar M., *The Making of a Jew*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1996.

BROWNING, Christopher R., *Ordinary Men: Reserve Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, Harper Perennial, 1993. [*Aquellos hombres grises. Batallón 101 y la solución final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2002; traducción de Montse Batista]

CLAY, Lucius D., *Decision in Germany*, Nueva York, Doubleday, 1950.

DANN, Sam (ed.), *Dachau 29 April 1945: The Rainbow Liberation Memoirs*, Lubbock: Texas Tech University Press, 1998.

DAVIES, Norman, *Heart of Europe: A Short History of Poland*, Oxford: Clarendon Press, 1984.

EARL, Hilary, *The Nuremberg SS-Einsatzgruppen Trial, 1945-1958: Atrocity, Law, and History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

EL-HAI, Jack, *The Nazi and the Psychiatrist: Hermann Göring, Dr. Douglas M. Kelley, and a Fatal Meeting of the Minds at the End of WWII*, Nueva York, Public Affairs, 2013.

ELSNER, Alan, *The Nazi Hunter*, Nueva York, Arcade, 2011.

FARAGO, Ladislas, *Aftermath: Martin Bormann and the Fourth Reich*, Nueva York: Simon & Schuster, 1974.

FERENCZ, Benjamin B., *Less Than Slaves: Jewish Forced Labor and the Quest for Compensation*, Bloomington, Indiana University Press, 2002.

FORSYTH, Frederick, *The Odessa File*, Nueva York, Viking, 1972. [*Odessa*, Barcelona, Plaza & Janés, 1993; traducción de Ana María de la Fuente Rodríguez]

FREI, Norbert, *Adenauer's Germany and the Nazi Past: The Politics of Amnesty and Integration*, Nueva York, Columbia University Press, 2002.

FRIEDMAN, Tuvia, *The Hunter*, Londres, Anthony Gibbs & Phillips, 1961.

FRIEZE, Donna-Lee (ed.), *Totally Unofficial: The Autobiography of Raphael Lemkin*, New Haven, Yale University Press, 2013.

GELLATELY, Robert (ed.), *The Nuremberg Interviews: Conducted by Leon Goldensohn*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2004. [*Las entrevistas de Núremberg, Barcelona*, Taurus, 2004; traducción de Amado Diéguez Rodríguez, Miguel Martínez-Lage y Teresa Carretero López-Tello]

GILBERT, G. M., *Nuremberg Diary*, Boston, Da Capo, 1995.

GOLDMAN, William, *Marathon Man*, Nueva York, Dell, 1988. [*Marathon Man,* Barcelona, Torres de Papel, 2014; traducción de Lucía Reyes Serrano]

GRAY, Ronald, *I Killed Martin Bormann!*, Nueva York, Lancer, 1972.

GREENE, Joshua M., *Justice at Dachau: The Trials of an American Prosecutor,* Nueva York, Broadway, 2003.

GUTMAN, Yisrael y BERENBAUM, Michael (eds.), *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Bloomington, Indiana University Press, 1994.

HARDING, Thomas, *Hanns and Rudolf: The True Story of the German Jew Who Tracked Down and Caught the Kommandant of Auschwitz*, Nueva York, Simon & Schuster, 2013.

HAREL, Isser, *The House on Garibaldi Street*, Londres, Frank Cass, 2004.

—. "Simon Wiesenthal and the Capture of Eichmann", manuscrito inédito.

HARRIS, Whitney R., *Tyranny on Trial: The Evidence at Nuremberg, Dallas*, Southern Methodist University Press, 1954/Barnes & Noble Books, 1995.

HAUSNER, Gideon, *Justice in Jerusalem*, Nueva York, Harper & Row, 1966.

HEBERER, Patricia, y MATTHÄUS, Jürgenss (eds.), *Atrocities on Trial: Historical Perspectives on the Politics of Prosecuting War Crimes*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2008.

HEIDENBERGER, Peter, *From Munich to Washington: A German-American Memoir*, Xlibris, 2004.

HELMS, Richard y HOOD, William, *A Look Over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Nueva York, Random House, 2003.

HERZSTEIN, Robert Edwin, *Waldheim: The Missing Years*, Nueva York, Arbor House/William Morrow, 1988. [*El oscuro pasado de Kurt Waldheim*, Barcelona, Ediciones B, 1988]

HIGGINS, Jack (Harry Patterson), *The Bormann Testament*, Nueva York, Berkley, 2006.

HOLTZMAN, Elizabeth con COOPER, Cynthia L., *Who Said It Would Be Easy? One Woman's Life in the Political Arena*, Nueva York, Arcade, 1996.

HÖSS, Rudolf, *Commandant of Auschwitz*:*The Autobiography of Rudolf Hoess,* Londres, Phoenix, 2000. [*Yo, comandante de Auschwitz*, Barcelona, Ediciones B; traducción de Juan Esteban Fassio]

HÖSS, Rudolf, BROAD, Perry y KREMER, Johann Paul, *KL Auschwitz Seen by the SS*, Varsovia, Interpress, 1991.

JOSEPHS, Jeremy, *Swastika Over Paris: The Fate of the French Jews*, Londres, Bloomsbury, 1990.

KELLEY, Douglas M., *22 Cells in Nuremberg: A Psychiatrist Examines the Nazi Criminals*, Nueva York, Greenberg, 1947.

KEMPNER, Robert M. W., *Ankläger einer Epoche: Lebenserrinrungen*, Frankfurt, Ullstein Zeitgeschichte, 1986.

KENNEDY, John F., *Profiles in Courage*, Nueva York, Harper Perennial, 2006.

KERSHAW, Ian, *Hitler 1889-1936:* Hubris, Londres, Penguin, 1998. [*Hitler, 1889-1936*, Barcelona, Península, 1999; traducción de José Manuel Álvarez Flórez]

—, Hitler 1936-45: *Nemesis*, Nueva York, W. W. Norton, 2000. [*Hitler, 1889-1936*, Barcelona, Península, 20017; traducción de José Manuel Álvarez Flórez]

KLARSFELD, Beate, *Wherever They May Be!*, Nueva York, Vanguard, 1972.

KLARSFELD, Serge, *The Children of Izieu: A Human Tragedy*, Nueva York, Harry N. Abrams, 1985.

—, y VIDALIE, Anne, *La Traque des Criminals Nazis*, París, Tallandier/L'Express, 2013.

KUENZLE, Anton y SHIMRON, Gad, *The Execution of the Hangman of Riga: The Only Execution of a Nazi War Criminal by the Mosad*, Londres, Valentine Mitchell, 2004.

KULISH, Nicholas, y MEKHENNET, Souad, *The Eternal Nazi: From Mauthausen to Cairo, the Relentless Pursuit of SS Doctor Aribert Heim*, Nueva York, Doubleday, 2014.

LANG, Jochen von, y SIBYLL, Claus (eds.), *Eichmann Interrogated: Transcripts from the Archives of the Israeli Police*, Nueva York, Vintage, 1984.

LEIDE, Henry, *NS-Verbrecher und Staatssicherheit: Die geheime Vergangensheitspolitik der DDR*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2007.

LELYVELD, Joseph, *Omaha Blues: A Memory Loop*, Nueva York, Picador, 2006.

LEVI, Primo, *The Drowned and the Saved*, Nueva York, Vintage, 1989. [*Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Península, 2014; traducción de Pilar Gómez Bedate]

LEVIN, Ira, *The Boys from Brazil*, Nueva York, Random House, 1976. [*Los niños del Brasil*, Barcelona, Zeta de Bolsillo; traducción de María Isabel Guastavino Castro]

LEWIS, Sinclair, *It Can't Happen Here,* Nueva York, New American Library, 2005. [*Eso no puede pasar aquí*, Madrid, Antonio Machado, 2013; traducción de Amaya Bozal Chamorro e Íñigo Rodríguez Villa]

LICHTBLAU, Eric, *The Nazis Next Door: How America Became a Safe Haven for Hitler's Men*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 2014.

LINGEMAN, Richard, *Sinclair Lewis: Rebel from Main Street*, Nueva York, Random House, 2002.

LIPSTADT, Deborah E., *The Eichmann Trial*, Nueva York, Schocken, 2011.

MALKIN, Peter Z., y STEIN, Harry, *Eichmann in My Hands*, Nueva York, Warner, 1990.

MANN, Abby, *Judgment at Nuremberg*, Nueva York, Samuel French, 2001.

MASER, Werner, *Nuremberg: A Nation on Trial*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1979.

MIALE, Florence R. y SELZER, Michael, *The Nuremberg Mind: The Psychology of the Nazi Leaders*, Nueva York, Quadrangle, 1975.

MICHEL, Jean, *Dora*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1980. [*Dora*, Barcelona, Plaza & Janés, 1979; traducción de José María Martínez Monasterio]

MILGRAM, Stanley, *Obedience to Authority: An Experimental View*. Nueva York, Harper Colophon, 1975. [*Obediencia a la autoridad: un punto

de vista experimental, Bilbao, Desclee de Brouwerm, 1980; traducción de Javier Goitia Gorritxo]

MOWRER, Edgar Ansel, *Germany Puts the Clock Back*, Paulton y Londres, Penguin, 1938.

—, *Triumph and Turmoil: A Personal History of Our Times*, Nueva York, Weybright & Talley, 1968.

MUSMANNO, Michael A., *The Eichmann Kommandos*, Nueva York, Macfadden, 1962.

—, *Ten Days to Die*, Nueva York, Macfadden, 1962.

NAGORSKI, Andrew, *The Greatest Battle: Stalin, Hitler, and the Desperate Struggle for Moscow That Changed the Course of World War II*, Nueva York, Simon & Schuster, 2007.

—, *Hitlerland: American Eyewitnesses to the Nazi Rise to Power*, Nueva York: Simon & Schuster, 2012.

NAIMARK, Norman M., *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge, Belknap Press, Harvard University Press, 1995.

NAUMANN, Bernd, *Auschwitz: A Report on the Proceedings Against Robert Karl Ludwig Mulka and Others Before the Court at Frankfurt*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1966.

OBERMAYER, Herman J., *Soldiering for Freedom: A GI's Account of World War II*, College Station, Texas A&M University Press, 2005.

ORDWAY, Frederick I. III y SHARPE, Mitchell R., *The Rocket Team*, Nueva York, Thomas Y. Crowell, 1979.

OVERY, Richard, *Russia's War*, Nueva York, Penguin, 1998.

PATTERSON, Harry, *The Valhalla Exchange*, Nueva York, Stein & Day, 1976. [*Operación Valhalla,* Barcelona, Plaza & Janés, 1980; traducción de Adolfo Martín]

PENDAS, Devin O., *The Frankfurt Auschwitz Trail, 1963-1965: Genocide, History, and the Limits of the Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

PICK, Hella, *Simon Wiesenthal: A Life in Search of Justice*, Boston, Northeastern University Press, 1996.

PIERREPOINT, Albert, *Executioner: Pierrepoint*, Cranbrook, Kent, George G. Harrap, 1974.

PIPER, Franciszek, *Ile Ludzi Zginęło w KL Auschwitz: Liczba Ofiar w Świetle Żrodeł i Badań 1945-1990*, Oświęcim: Wydawnictwo Państwowego Museum w Oświęcimu, 1992.

POSNER, Gerald L. y WARE, John, *Mengele: The Complete Story*. Nueva York, McGraw-Hill, 1986. [*Mengele, el médico de los experimentos de Hitler,* Barcelona, Planeta DeAgostini, 2007; traducción de Ana Mendoza]

POWERS, Thomas, *The Man Who Kept the Secrets: Richard Helms and the CIA*, Nueva York, Pocket Books, 1981.

RABINOWITZ, Dorothy, *New Lives: Survivors of the Holocaust Living in America*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1976.

RASHKE, Richard, *Useful Enemies: John Demjanuk and America's Open-Door Policy for Nazi War Criminal*, Harrison, NY: Delphinium, 2013.

ROBINSON, Jacob, *And the Crooked Shall Be Made Straight: The Eichmann Trial*, *the Jewish Catastrophe, and Hannah Arendt's Narrative.* Nueva York, Macmillan, 1965.

ROSENBAUM, Eli con HOFFER, William, *Betrayal: The Untold Story of the Kurt Waldheim Investigation and Cover-Up*, Nueva York, St. Martin's, 1993.

RÜCKERL, Adalbert, *The Investigation of Nazi War Crimes, 1945-1978: A Documentation*. Heidelberg, C. F. Müller, 1979.

LORD RUSSELL OF LIVERPOOL, The *Scourge of the Swastika: A Short History of Nazi War Crimes*, Londres, Greenhill, 2002.

RYAN, Allan A. Jr., *Quiet Neighbors: Prosecuting Nazi War Criminals in America*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1984.

SAIDEL, Rochelle G., *The Outraged Conscience: Seekers of Justice for Nazi War Criminals in America*, Albany, State University of New York Press, 1984.

SALOMON, Ernst von, *Der Fragebogen*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 2011.

SCHLINK, Bernhard, *The Reader*, Nueva York, Vintage, 1998. [*El lector*, Barcelona, Anagrama, 2000; traducción de Joan Parra Contreras]

SCHULBERG, Sandra, *Filmmakers for the Prosecution, The Making of Nuremberg: Its Lesson for Today*, Nueva York, Schulberg Productions, 2014.

SEARLE, Alaric, *Wehrmacht Generals, West German Society, and the Debate on Rearmament, 1949-1959*, Westport, CT, Praeger, 2003.

SEGEV, Tom, *Simon Wiesenthal: The Life and Legends*, Nueva York, Doubleday, 2010.

SEHN, Dr. Jan. *Obóz Koncentracyjny Oświęcim-Brzezinka*, Varsovia, Wydawnictwo Prawnicze, 1960.

—, *Wspomnienia Rudolfa Hoessa*, Komendanta Obozu Oswięcimskiego, Varsovia, Wydawnictwo Prawnicze, 1961.

SHIRER, William L., *Berlin Diary: The Journal of a Foreign Correspondent, 1934-1941*, Nueva York, Galahad Books, 1995. [*Diario de Berlín*, Barcelona, Debate, 2008; traducción de Javier Calzada].

—, *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany*, Greenwich, CT, Fawcett, 1965. [*Auge y caída del Tercer Reich*, Barcelona, Caralt Editores, 1971; traducción de Jesús López Pacheco]

SMITH, Jean Edward, *Lucius D. Clay: An American Life*, Nueva York, Henry Holt, 1990.

SONNENFELDT, Richard W., *Witness to Nuremberg: The Chief American Interpreter at the War Crimes Trials*, Nueva York: Arcade, 2006.

STAFFORD, David, *Endgame, 1945: The Missing Final Chapter of World War II*, Nueva York, Back Bay, 2007.

STANGNETH, Bettina, *Eichmann Before Jerusalem: The Unexamined Life of a Mass Murderer*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2014.

STEINKE, Ronen, *Fritz Bauer: Oder Auschwitz vor Gericht*, Múnich, Piper, 2013.

STUART, Heikelina Verrijn y SIMONS, Marlise, *The Prosecutor and the Judge: Benjamin Ferencz and Antonio Cassese, Interviews and Writings*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2009.

TAYLOR, Frederick, *Exorcising Hitler: The Occupation and Denazification of Germany*, Nueva York, Bloomsbury, 2011.

TAYLOR, Telford, *The Anatomy of the Nuremberg Trials: A Personal Memoir*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1992.

TILLES, Stanley y DENHART, Jeffrey, *By the Neck Until Dead: The Gallows of Nuremberg*, Bedford, IN, JoNa Books, 1999.

TOWNSEND, Tim, *Mission at Nuremberg: An American Army Chaplain and the Trial of the Nazis*, Nueva York, William Morrow, 2014.

TUSA, Ann y John, *The Nuremberg Trial*, Nueva York, Atheneum, 1984.

WALTERS, Guy, *Hunting Evil: The Nazi War Criminals Who Escaped and the Quest to Bring Them to Justice*, Nueva York, Broadway, 2009.

WECHSBERG, Joseph (ed.), *The Murderers Among Us: The Wiesenthal Memoirs*, Nueva York, McGraw-Hill, 1967.

WEISS, Peter, *The Investigation: Oratorio in 11 Cantos*, Londres, Martin Boyars, 2010. [*La investigación. Oratorio en 11 Cantos*, Barcelona, Grijalbo, 1969; traducción de Jacobo Muñoz Veiga]

WHITLOCK, Flint, *The Beasts of Buchenwald: Karl and Ilse Koch, Human-Skin Lampshades, and the War-Crimes Trial of the Century*, Brule, WI, Cable, 2011.

WIESENTHAL, Simon, *Justice Not Vengeance*, Nueva York, Grove Weidenfeld, 1989. [*Justicia, no venganza*, Barcelona, Ediciones B, 1989] WITTMANN, Rebecca, *Beyond Justice: The Auschwitz Trial*, Cambridge, Harvard University Press, 2012.

WOJAK, Irmtrud, *Fritz Bauer, 1903-1968: Eine Biographie*, Múnich, C. H. Beck, 2011.

ZUROFF, Efraim. *Occupation: Nazi Hunter*, Hoboken, NJ, KTAV, 1994.

—, *Operation Last Chance: One Man's Quest to Bring Nazi Criminals to Justice*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2009.

ENTREVISTAS

Gabriel Bach (2014)
John Q. Barrett (2014)
Deidre Berger (2014)
Peter Black (2013)
Monika Boll (2014)

Harold Burson (2014)
Zofia Chłobowska (2014)
Piotr Cywiński (2015)
Sam Donaldson (2014)
Rafi Eitan (2014)
Benjamin Ferencz (2013)
Alice Heidenberger (2014)
Peter Heidenberger (2014)
Rabbi Marvin Hier (2015)
Elizabeth Holtzman (2014)
Maria Kała (2014)
Beate Klarsfeld (2013)
Serge Klarsfeld (2013)
Maria Kozłowska (2014)
Gerard Kreisberg (2014)
Paulinka (Wiesenthal) Kreisberg (2014)
Joseph Lelyveld (2014)
John Martin (2015)
David Marwell (2013–2014)
Jürgen Matthäus (2013)
Henry Mayer (2013)
Martin Mendelsohn (2014)
Herman Obermayer (2013)
Krzysztof Persak (2014)
Harry Phillips (2015)
Eli Rosenbaum (2013–2014)
Allan Ryan (2015)
Bernhard Schlink (2014)
Peter Schneider (2014)
Sandra Schulberg (2013)
Gerald Schwab (2013)
Arthur Sehn (2013–2014)
Franciszka Sehn (2014)
Józef Sehn (2014)

Avraham Shalom (2014)
Peter Sichel (2013)
Elizabeth White (2013)
Thomas Will (2014)
Irmtrud Wojak (2014)
Ilona Ziok (2014)
Efraim Zuroff (2014)

SELECCIÓN DE ENTREVISTAS PREVIAS

Niklas Frank (1998)
Zygmunt Gaudasiński (1994)
Robert Kempner (1985)
Beate Klarsfeld (1986)
Peter Kocev (1986)
Abby Mann (2001)
Risto Ognjanov (1986)
Franciszek Piper (1994)
Kurt Waldheim (1986)
Martin Walser (1998)
Richard von Weizsäcker (1998)
Simon Wiesenthal (1985–1998)
Mieczysław Zawadzki (1994)
Leon Zelman (1986)

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

1. AP Photo
2. AP Photo / Ronald Zak
3. AP Photo / Max Nash
4. Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos
5. AP Photo / Hanns Jaeger
6. Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos
7. Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos
8. Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos
9. Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos
10. Oficina del Prensa del Gobierno de Israel
11. Copyright Yossi Roth
12. Oficina del Prensa del Gobierno de Israel
13. Oficina del Prensa del Gobierno de Israel
14. AP Photo
15. Bettmann / Corbis / AP Images
16. AF archive / Alamy
17. Pictorial Press Ltd / Alamy
18. Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos
19. AP Photo / Fritz Reiss
20. AP Photo / Lionel Cironneau
21. Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos
22. Museo en Memoria del Holocausto de Estados Unidos, por cortesía de Miraim Lomaskin
23. Copyright Eli Rosenbaum
24. AP Photo / W. Vollman

25. AP Photo / Martha Hermann
26. Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau en Oswiecim
27. DB / picture-alliance / dpa / AP Images
28. AP Photo / Gregorio Borgia
29. AP Photo / Kerstin Joensson
30. AP Photo / Oliver Lang, Pool

¡Gracias por comprar este ebook!

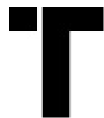
Para ver otros títulos de la colección,
pincha aquí

Síguenos en
www.turnerlibros.com










La España vacía
Viaje por un país
que nunca fue
SERGIO DEL MOLINO
T
TURNER NOEMA

La España vacía

Molino, Sergio del

9788416714667
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un viaje histórico, biográfico y sentimental por un país deshabitado dentro de España. En solo veinte años, entre 1950 y 1970, el campo español se vació. Las consecuencias de este éxodo marcan el carácter de la España de hoy. Un ensayo emocionante y necesario sobre las raíces de un desequilibrio que hace tanto daño a la ciudad como al campo. Un viaje a los pueblos de la España vacía y un análisis de la literatura, el cine y la historia que los relata. "Hay que viajar muy al norte, hasta Escandinavia, para encontrar en Europa unas densidades de población tan bajas como las de la España vacía".

Cómpralo y empieza a leer


LINGO
Guía de Europa para
el turista lingüístico
GASTON DORREN


TURNER NOEMA

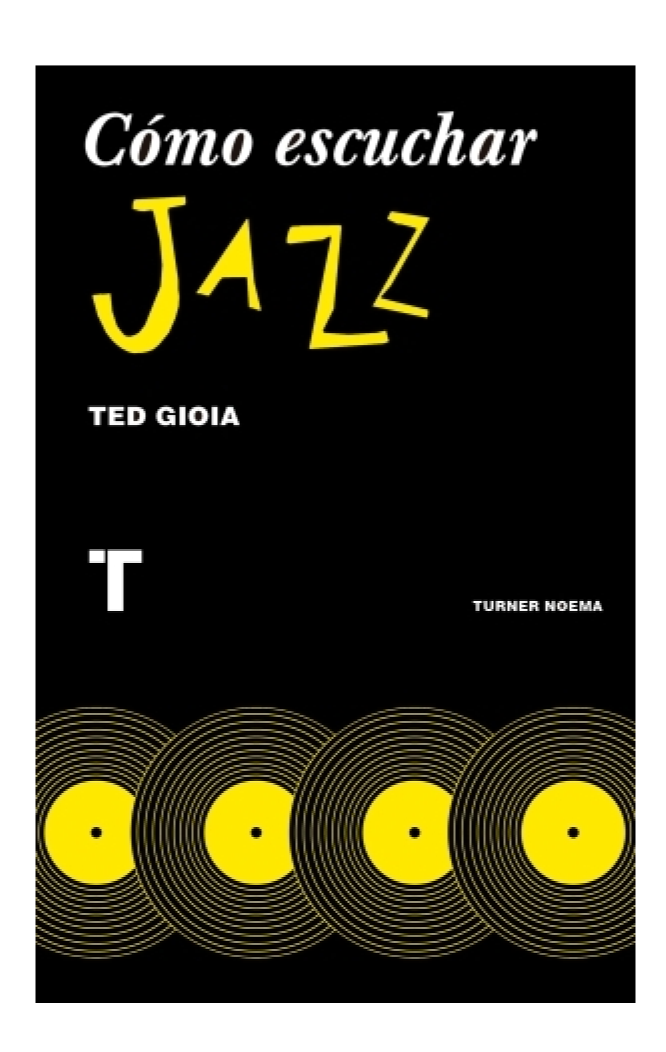
Lingo

Dorren, Gaston
9788416714650
374 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bienvenido a Europa como nunca la has visto: a través de las peculiaridades de sus idiomas y dialectos. Gaston Dorren mezcla la lingüística y la historia cultural y nos conduce a un fascinante tour por el continente, desde el protoindoeuropeo (el antepasado común de las lenguas europeas) hasta el triunfo del inglés, pasando por las complejidades de los plurales del galés y la pronunciación checa. Por el camino aprenderemos por qué el esperanto no prospera, qué les sorprende más a los extranjeros que intentan aprender español y por qué el finés es el idioma europeo más fácil de aprender. ¿Preparados? Sorprendente, ingeniosa y lleno de datos extraordinarios, "Lingo" cambiará nuestra forma de entender el lenguaje.

Cómpralo y empieza a leer


Cómo escuchar
JAZZ
TED GIOIA
T
TURNER NOEMA

Cómo escuchar jazz

Gioia, Ted
9788416714865
225 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Gioia nos presenta una introducción al arte de escuchar jazz: la estructura de la música, los cimientos de la improvisación, y las estrategias de escucha que ayudarán al lector a amar el jazz durante el resto de su vida. Un recorrido por los autores, los artistas, los temas, las versiones y los sonidos que le abrirán las puertas del jazz.

Cómpralo y empieza a leer



España

Juan Pablo Fusi

Las claves, los hechos, los personajes
y los hitos fundamentales para entender
la España del pasado y la del futuro.

Historia mínima de España

Fusi, Juan Pablo
9788415427650
304 Páginas

¿En qué siglo aparece el nombre "España"? ¿Es cierto que la reconquista duró ocho siglos? ¿Pudo haberse mantenido el califato de Córdoba? ¿Quién creó la Inquisición y para qué? ¿Cuál fue el gran error de Felipe II en Flandes? ¿Cómo afectó a España la independencia de los países americanos? ¿Quién fue el primer militar que presidió el gobierno español? ¿Fue alguna vez la agricultura española un sector próspero? ¿Cuándo empezó el bando republicano a perder la Guerra Civil? ¿Para qué sirvieron los pactos de la Moncloa? ¿Se puede hablar hoy de España como una plena democracia europea? Incluye 20 mapas originales, y un completo aparato crítico con cronología exhaustiva, recomendaciones bibliográficas del autor e índice onomástico

Cómpralo y empieza a leer

Las personas de la historia

Sobre la persuasión y el arte del liderazgo

MARGARET MACMILLAN

T

TURNER NOEMA

Las personas de la historia

MacMillan, Margaret
9788416714889
296 Páginas

La gran historiadora canadiense Margaret MacMillan, autora del bestseller internacional 1914. De la paz a la guerra, nos presenta aquí su propia selección personal de las figuras del pasado, hombres y mujeres, algunos famosos y otros menos conocidos, que en su opinión destacan como "personas que hicieron historia". MacMillan examina el concepto de liderazgo a través de Bismarck y su papel en la unificación de Alemania, Willam Lyon Mackenzie King en la defensa de la unidad canadiense, y Franklin D. Roosevelt en la política estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial, y señala los grandes errores o decisiones destructivas de dirigentes totalitarios Hitler, o democráticos como Nixon o Thatcher. También hay espacio para soñadores y aventureros y personalidades únicas menos conocidas pero cruciales en su época. Este libro trata de la relación importante y compleja que establecen la biografía y la historia, los individuos y su tiempo.

Cómpralo y empieza a leer